

# EL COLMILLO DEL DIABLO

Serie Infernum.  
Libro 1

El Infierno está reservado  
para los pecadores, de los  
cuales tú eres el peor

Lorena R. Jeffers

# **El Colmillo del Diablo**

Serie Infernum. 1

Lorena R. Jeffers

Título de la serie: Infernum.  
Libro: El Colmillo del Diablo.  
© 2018 por Lorena. R. Jeffers.

Fotografías: Pixabay.  
Ilustración de portada: Lorena R. Jeffers.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser adaptada, reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— sin la autorización previa por escrito de la autora.

Primera edición: agosto, 2018.

Dedicado a mi pequeño y maravilloso grupo de lectores de *Wattpad*, quienes me animaron y esperaron por mí, cuando mi depresión me hacía fallarles.

A todos los que queremos a un Aidan en nuestras vidas, aunque parezca un hijo de puta insoportable, porque su alma es hermosa.

**ADVERTENCIA:**

Contiene escenas sexuales, violencia, temas tabú, lenguaje ofensivo y situaciones no agradables: esclavitud, maltrato, drogas...

# **CONTENIDO:**

## **PRIMERA PARTE**

### **INTRODUCCIÓN**

### **CAPÍTULO 1**

### **CAPÍTULO 2**

### **CAPÍTULO 3**

### **CAPÍTULO 4**

### **CAPÍTULO 5**

### **CAPÍTULO 6**

### **CAPÍTULO 7**

### **CAPÍTULO 8**

### **CAPÍTULO 9**

### **CAPÍTULO 10**

### **CAPÍTULO 11**

## **SEGUNDA PARTE**

### **CAPÍTULO 12**

### **CAPÍTULO 13**

### **CAPÍTULO 14**

### **CAPÍTULO 15**

### **CAPÍTULO 16**

### **CAPÍTULO 17**

### **CAPÍTULO 18**

### **CAPÍTULO 19**

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

**CAPÍTULO 44**

**EPÍLOGO**

**NOTA DEL AUTOR**

**SOBRE EL AUTOR**

El Infierno está reservado para los pecadores, de los cuales tú eres el  
peor.



...Un retrato de la destrucción pintado con sangre.  
Mi querido amor, ¿no quieres venir a mí y ponerme en libertad?  
Todavía estoy atrapado en la jaula de esta memoria sádica.

*Decidere*, de GPKism.

# **PRIMERA PARTE**

# INTRODUCCIÓN

La eterna sonrisa amable de su hermano mayor no lo tranquilizó. Había algo en ella que lo afligía a niveles inimaginables, como el prelude de la desgracia.

—Espera aquí, Dan, No hagas ruido. Volveré pronto —dijo, metiéndolo dentro del armario.

Afuera, en algún lugar de la casa, se oyeron los angustiosos gritos de su madre y las amenazas de su padre; luego las súplicas de ambos. Un horroroso estallido que fue seguido por otros diez y el gélido silencio, que lo envolvió todo como un manto. Aidan negó, sujetando a Glaw del brazo, diciéndole sin palabras cuánto miedo tenía. Lo único que su hermano hizo fue besarlo en la frente, como cada vez que trataba de consolarlo.

—Te amo. Volveré pronto.

En el fondo de su alma, Aidan sabía que él no iba a regresar. Pese a tener ocho años, era inteligente e intuitivo. Glaw no iría por ayuda, él se enfrentaría a los demonios para protegerlo, e iba a morir.

Nadie luchaba contra el diablo y conseguía salir ileso.

Glaw cerró la puerta y la trabó. Lanzándose contra ella, Aidan intentó abrirla. No pudo. No tenía la fuerza suficiente. Y mientras estaba encerrado, en medio de la oscuridad, pudo ver por las rendijas cómo torturaban a la única persona que él realmente amaba y que lo amaba tanto como para sacrificarse.

Incapaz de cubrirse los ojos, el pequeño Aidan vio cómo le arrancaban la ropa a su hermano, burlándose de su apariencia, diciéndole lo hermoso que era. Lo frágil y delicado. Lo femenino y deseable.

—Mira ese pelo, ¿eh? —habló uno de los asaltantes.

Alto y fornido, Aidan solo pudo distinguir el tatuaje en forma de dragón que le cubría el brazo derecho. Él jaló a Glaw por cabello, él no se quejó ni por un instante.

—Y esa cara de mujercita —añadió otro—. Si así es la boca, ¿se imaginan el culo?

Ese era de piel muy pálida, tenía los ojos redondos y prominentes. Todos soltaron una carcajada, como si fuera un buen chiste. No lo era.

Jamás lo sería.

Y aunque lo golpearon, Glaw continuó en silencio. Aidan juró que rezaba, no por sí mismo, sino por él. Porque ¿cómo lograría vivir un niño de su edad con esas espantosas imágenes en su memoria?

—¿Qué, puta, no hablas? —Le dio un revés que le partió el labio.

Aidan lloró, cubriéndose la boca, al ver cómo uno de ellos deslizaba la horrible lengua a lo largo del cuello de Glaw. Eran tres y estaban armados; ellos solo dos y sin ninguna defensa. Sus padres yacían muertos en algún lugar de la casa.

«Hermano, por favor, corre», pensó. Glaw ni siquiera hizo el intento. ¿Por qué? Tenía que escapar. Pero cuando Aidan vio el dolor en sus ojos azules, el amor y la esperanza, entendió que lo estaba haciendo por él; para salvarlo.

No podía. Y con todo...

—A ver..., ¿qué tal ahora?

El hombre de piel morena, pateó a Glaw en la espalda, haciéndolo caer al suelo completamente desnudo. Vulnerable. De inmediato, comenzaron a llover golpes y patadas sobre él, de un modo tan rápido y furioso, que Glaw no podía interponer los brazos para defenderse. Las lágrimas brotaron de los ojos de Aidan en el instante en que su hermano le sonrió murmurando las palabras que se tatuaron con fuego en su memoria: «Te amo. Perdóname».

Maldito imbécil. Y, más o menos, ¿perdonarlo por qué? La furia lo invadió. Antes de que hiciera algún movimiento, Aidan se paralizó cuando el más alto y corpulento se bajaba los pantalones arrodillándose detrás de su hermano.

«¡No!», deseó gritar, la voz no se salió. Estaba mudo, petrificado por el terror y... era un completo inútil.

En ese instante, mientras lo violaban, Aidan juró que un día iba a vengarse. Sin importar el costo o el tiempo que le llevase, los haría pagar. Uno por uno,

los enviaría al infierno, lenta y dolorosamente.

No supo en qué momento cerró los ojos, aunque no evitó que escuchase cada quejido de dolor que Glaw emitió; las risas de sus secuestradores y sus burlas. Y, al final, cuando creyó que todo había terminado, un último estruendo rasgó el silencio en la habitación. El cuerpo de su hermano se desplomó como en cámara lenta, con sus hermosos ojos azules carentes de luz.

Se había ido, para siempre.

Y, ahora, él estaba solo en el mundo. Sin familia y amor. Atrapado en su propio laberinto, en esa horrible pesadilla que, para su desgracia, no era un sueño.

Lo último que Aidan vio antes quedar inconsciente fue el cadáver de su hermano: bañado en sangre, desnudo y cubierto de moretones; con una sonrisa serena en los labios. La misma con la que creció, la última que tuvo para él. La única que no vería de nuevo.

«Te amo. Volveré pronto». Pero no lo hizo.

Glaw no regresó. Nunca más...

# CAPÍTULO 1

Asegurándose la máscara *kabuki*, con forma de demonio, Aidan atravesó el largo pasillo del prostíbulo, sin detenerse. Un lugar, sin dudas, repugnante; lo menos que quería hacer era socializar con las personas que ofrecían sus propios cuerpos como mercancía ni aquellos que los compraban, como si no tuvieran valor. Simples juguetes. Usados. Rotos y reparados tantas veces, que ya carecían de dignidad.

Deprimente.

Y le recordaba una parte de su pasado que todavía golpeteaba en lo más profundo.

Siendo seguido por los miembros de su equipo, él se dirigió hacia la pequeña puerta de metal detrás de la que se ocultaba su próximo objetivo. Pateó una, dos, tres veces, hasta hacerla ceder e ingresó con la misma calma y elegancia de siempre. La adolescente que tenía la cabeza entre las piernas de Farid, el dueño del burdel, se alejó gritando. Completamente asustada y llena de vergüenza.

Detrás de Aidan, Leonardo soltó una risita juguetona, que él ignoró. Conociéndolo, querría iniciar una carnicería antes de conseguir la información necesaria. Y aunque la idea le pareció tentadora, Aidan tenía claro que no podía permitírselo..., aún.

—Relájate, Minino —dijo, empleando un tono neutral—. No hagas nada estúpido.

El muchacho rubio, que no superaba los veinte años y llevaba la cara cubierta por un pañuelo negro con el rostro bordado de un león, levantó las manos como señal de obediencia.

—Estamos de malhumor hoy, ¿eh? —Leo esbozó una sonrisa burlona—. A alguien le hace falta una buena mamada.

—Cierra la boca. —Aidan se giró hacia la única mujer de su grupo, y añadió—: Parca, afuera. Y asegúrate de que nadie nos moleste.

Madeleine le mostró ambos dedos corazón, enojada, aunque él no pudiera verle el rostro, debido a su propia mascarilla antigás.

—No soy una niña, coño, también quiero...

Aidan entrecerró los ojos. Ah, mierda, ¿por qué tenían que ser tan complicados? ¿Tanto les costaba acatar una orden? Hasta donde sabía, él continuaba siendo el líder del Noveno Círculo; por lo que le debían respeto y lealtad absoluta. Pero tal parecía que era mucho pedir, porque ninguno era capaz de hacer lo que él les decía sin protestar primero. En especial ella.

—Dame un motivo, *solo uno*, para arrancarte la lengua.

Madeleine abrió los ojos de forma desmesurada, tragó con dificultad su propia saliva y negó. Aidan no jugaba con sus amenazas. Si él decía que iba a hacerlo, lo haría sin importarle que ella estuviera bajo su cuidado. Porque él no protegía a nadie fuera de sí mismo, nunca. Esa fue la primera lección que les enseñó: el Colmillo del Diablo jamás podría su propio trasero en juego, por nadie.

—Como digas, jefe. —Salió cerrando la puerta detrás de sí.

Aidan bufó, devolviendo toda su atención al hombre que tenía frente a él. Alto, de piel tostada y unos pequeños ojos marrones, que lo hacían lucir inocente. Cosa que, por supuesto, no era. Con el terror surcándole la cara, él aún no se movía. Aidan hubiera sentido compasión, pero lo que vio al entrar borró esa idea de su mente. Ningún hombre como ese merecía nada de su parte, fuera de una bala entre las cejas, claro, o un cuchillo en el corazón. Prefería lo último.

Lo-que-fuera.

Tenía que trabajar.

Aidan arrastró una silla y la colocó con el respaldo rente a Farid. Se sentó, con las piernas abiertas y recostó la cabeza sobre sus brazos.

—Me halaga que te haga feliz verme. —Se burló, dirigiendo la mirada hacia la entrepierna del hombre—. Siempre es agradable hacer que se le pare a la persona que vas a torturar, ¿verdad?

Farid negó. Aidan se enderezó, quitándose los guantes oscuros y se tronó los dedos uno por uno. No se suponía que tuviera que matarlo, pero eso Farid

no lo sabía. Él solo necesitaba cierta información, y luego... Vio, de reojo a la adolescente que continuaba pegada al rincón, aterrada y semi desnuda. La imagen de Glaw, el último día de su vida, le golpeó como una patada en la ingle. Bueno, ¿qué tanto se molestaría el jefe si olvidaba que no tenía que asesinar al maldito bastardo? No mucho, de seguro. Y si lo hacía, le importaba poco. Él era, después de todo, el mejor de sus hombres. Nicholas no se arriesgaría a perderlo.

«Y el cachorro quiere jugar». Movi6 la cabeza hacia Leo, llam6ndolo.

—Bueno —continu6 con Farid—, y aqu6 estamos.

—Mira, lo que sea, no fui yo. Lo juro.

—S6, por supuesto. Pero la cosa es que tienes algo que yo necesito y me lo dar6s..., de un modo u otro. Podemos hacerlo de la forma f6cil: me dices lo que quiero o...

—¿Y qu6 es?

—La ubicaci6n del Lobo.

El rostro de Farid se deform6 por el terror. Aidan resopl6, molesto. Oh, maravilloso, tendr6a que sacarle la informaci6n a golpes. No que le molestara, en absoluto; pero no dispon6a del tiempo necesario para jugar. La tortura era un arte y como buen artista Aidan prefer6a tom6rselo con calma. Disfrutar el momento, saborearlo y al final...

—¡Ah, no! ¿Sabes lo que me har6 si yo...?

Aidan neg6, retir6ndose la m6scara. No la necesitar6a m6s, despu6s de todo. Los muertos no hablaban, su identidad se mantendr6a en secreto un largo tiempo. Leo, a su izquierda, lo imit6. Solo entonces Farid pareci6 entender lo que significaba: lo mandar6an al diablo; pero no antes de divertirse con 6l. De los miembros de Infernum, el Colmillo era conocido por ser el m6s cruel de todos. S6dico, fr6o, inhumano. Una bestia sedienta de sangre que nunca se saciaba, menos cuando se trataba de chulos, violadores y esclavistas.

Farid estaba jodido.

—En tu lugar, me preocupar6a m6s por lo que *yo* te puedo hacer.

Aidan meti6 la mano dentro de su largo abrigo de cuero negro y sac6 una daga de doble filo, que era acerrada solo por un lado y ten6a la empuñadura

con la forma de un cráneo con cuernos. Jugó con ella unos instantes y al final la clavó en la mesa, al lado de la mano de Farid. Él hizo el intento de levantarse para correr, Leo lo empujó de vuelta a la silla, negando con una sonrisa sarcástica en los labios.

—Minino. —Aidan suspiró—. Saca a la mujer de aquí, no quiero que vea esto.

Leo miró hacia arriba, fastidiado. Aidan trató de ignorar el gesto, no pudo. Con un demonio, él no estaba de humor para las pataletas del idiota. ¿Cómo era que teniendo casi la misma edad, se comportaba como un niño? Ellos eran hombres, asesinos a sangre fría; esa etapa había quedado atrás. No estaban para jugar a ser infantiles ni para fingir rabietas.

—Mira jefe, seguro ha visto cosas peores, como esa que estaba...

—Es una niña. *Sácala* de aquí.

—¡Ah! ¿En serio? ¡Por favor!

Aidan contuvo un gemido. Y, más o menos, ¿cuándo pensaba obedecer?

—Cierra la puta boca y haz lo que te digo. No empezaré sin ti, te lo prometo.

Leo se mordió el labio inferior.

—¿En serio, *babbo*<sup>[1]</sup>? —Rió tomando a la chica del brazo—. Muévete, lindura, que quiero jugar.

Aidan oyó la puerta abrirse, no volteó atrás, prefirió concentrarse en el bastardo que tenía en la silla, aterrado y a punto de orinarse. «Oh, sí, asqueroso de mierda. Hazlo. Quiero humillarte un poco». Sin embargo, y para su desagrado, Farid no lo hizo. Bien, sería la próxima.

Siempre habría una nueva oportunidad.

Ladeando la cabeza, Aidan golpeó la pequeña mesa de madera con las uñas. Estaba impaciente. Por lo que sabía, el Lobo, uno de los esclavistas más poderosos del país, estuvo haciendo de las suyas. Cosa que había enojado a la organización, por supuesto. Su deber era hallarlo y acabar con él; no sin causarle un gran dolor antes.

Mientras acariciaba la empuñadura de Abismo, la daga que estaba junto a

la mano de Farid, se preguntó hasta cuándo sería de ese modo. ¿Cómo continuaban sucediendo ese tipo de cosas en pleno siglo veintiuno? Él no tenía idea; no fue consciente del hecho hasta que lo vivió en carne propia: la maldad y la locura. La cara oculta del infierno. El odio y la violencia que le arrebataron a su familia... Y todo, ¿por qué? Porque su padre fue un fiscal honrado, que se esforzó por hacer del mundo un lugar mejor. Pero debió saberlo, ¿verdad? Que el mundo no mejoraría de ese modo, que la justicia estaba corrupta y que lo único que les quedaba era tomarla en sus manos para proteger a quienes amaban.

Aunque Glaw se había sacrificado por él. Y ese hecho continuaba persiguiéndolo por las noches. Incluso cuando escuchaba el sonido de la lluvia pensaba en su hermano mayor. Porque ese era el significado de su nombre. Aidan casi sonrió recordando la mirada amable de su madre. Ella era galesa, de ahí que hubiera elegido nombres tan extraños.

Glaw era la lluvia. Pero Aidan era el fuego. Un pequeño incendio. Todavía más sorprendente, siendo un nombre celta. Pero así había sido su madre: una caja de agradables sorpresas.

Echaba tanto de menos a su familia. Pero ahora Infernum lo era: su nueva y vengativa familia, que quería hacer del mundo un lugar mejor. O morir en el intento. Todos unidos por la desgracia, la pérdida y el dolor.

«Vaya mierda», pensó. Y sí, lo era. Mucho.

Leo volvió a su lado, ansioso, con el deseo de venganza en su interior. Aidan lo entendía bien, por esa razón lo eligió como su compañero. Aunque con Madeleine no tuvo opción. Maldita niña, un día conseguiría que la mataran, si no lo hacía él primero.

—¿Ves, Minino? *Babbo* cumplió.

Leo se echó a reír.

—¿Gracias?

Aidan lo ignoró por completo y acercó su rostro al de Farid. Había miedo en sus ojos oscuros, tanto que Aidan casi suelta una carcajada. Oh, bueno, ¿tan mal aspecto tenía? O acaso..., ¿sería su fama? Como fuera. En ese instante, solo tenía una cosa en mente.

—¿Y bien?

Farid negó.

—No. El Lobo va a cortarme la polla si te digo algo. Y me gusta mucho, gracias.

Aidan suspiró.

—Sí, ya me di cuenta. —Se lamió los labios—. ¿Sabes? No soy de dar oportunidades, así que...

Aidan sacó la daga de la madera y se la mostró. Acto seguido, él hizo salir otra de entre su chaqueta, exactamente igual.

—Mira, este es Abismo y su gemelo, Destructor. Preciosos, ¿cierto? Los recibí cuando cumplí quince y me convertí en el jefe del Noveno Círculo. Supongo que lo hice bien, porque Nick las mandó a hacer especialmente para mí. —Deslizó la lengua por la parte dentada—. Y sí, esto es oro puro. Son mis bebés.

Farid lo vio con un terror profundo. Antes de que pudiera hacer cualquier movimiento, Leo se colocó detrás de él y lo inmovilizó.

—Colmillo, ¿podemos al menos cubrirlo? No quiero ver esa cosita flácida, gracias.

Aidan se encogió de hombros. ¿Y qué? A él le daba igual.

—Te quejas como marica. —Aidan acercó a Destructor hacia la entrepierna de Farid—. ¿Y si mejor se la corto?

Farid negó repetidas veces, con los ojos muy abiertos y las lágrimas brotando como un río. Ah, mierda, no empezaba y el cobarde ya estaba llorando. Justo como los malditos que habían sodomizado y asesinado a Glaw. Aidan recordó sus patéticas súplicas, con una sonrisa. Dedicó gran parte de su vida buscándolos; cuando los halló, se tomó una semana entera para torturarlos, antes de acabar con sus miserables existencias. Pero eso no calmó el dolor en su alma ni disminuyó la sed de sangre que tenía. De justicia. De venganza.

Iba a pagarlo todo un día; sin embargo, se iría al mismo infierno sonriente. Sus padres y Glaw al fin descansaban en paz..., porque los vengó.

—Me da miedo cuando pones esa cara de orgasmo, ¿debo preocuparme?

Aidan sacudió la cabeza, negando.

—No, si no es tu culo el que está en peligro.

Leo casi jadeó.

—Oh, mierda —dijo al oído de Farid—. En tu lugar, yo le diría lo que quiere saber; si no, dudo que salgas de aquí en una pieza o vivo... o virgen de ahí atrás, tú sabes.

Aidan no era de ese tipo, pero siempre causaba un gran efecto alardear sobre ello. Le facilitaba el trabajo. No le haría lo mismo que sucedió con Glaw, aunque sabía el miedo que infundía siquiera mencionarlo. Farid continuó resistiéndose.

—Me cansé. —Aidan entrecerró los ojos—. Creo que esto no lo vas a necesitar más.

Sin pensarlo dos veces, él enterró a Destructor en la mano de Farid, haciéndolo chillar de dolor. Movié el filo dentado hacia abajo, ejerciendo tanta presión como podía. Y mientras la sangre brotaba, él volvió a pensar en su pasado: su madre había gritado y llorado igual. Lo sabía, a pesar de que no la vio. Sacó la daga y volvió a hundirla una, otra y otra vez; sin hacer caso a las súplicas de Farid. Afuera, la música continuó sonando a todo volumen.

Su padre rogó de la misma forma, pero nadie hizo nada.

Esbozó media sonrisa, a la vez que cortaba el pulgar de Farid. Glaw había soportado con más valor su inmerecido castigo. Sollozó en silencio y aunque gimió de dolor, jamás pidió clemencia. Aun cuando le metieron una bala en la cabeza, él se fue al cielo con una sonrisa. Farid, en cambio, lloraba sin parar; gritando y removiéndose entre los brazos de Leo, como la escoria repulsiva que era.

«Patético hombrecito», se burló en su interior.

—El Lobo, ¿dónde está?

Farid sorbió las lágrimas y lo vio con los ojos entrecerrados por el dolor.

—Pro-prométeme que no m-me vas a matar ni le dirás que... que fui yo.

Aidan vaciló. Norma número dos: «Nunca empeñes tu palabra, si no tienes pensado cumplir». Buena cosa que él pocas veces se apegara al jodido

reglamento de Nicholas y su hermano, Markus.

—Te lo prometo. Habla.

—E... en un almacén, en La-Black Lake. ¡Mierda! De-debería estar ahí, dijo que... que se hizo con un grupo de vírgenes y que...

No fue capaz de terminar. Aidan el enterró la daga en la mano, de nuevo.

—¿Cuántas?

—D-dos chicas y un chico.

Genial. Ahora probablemente sería una misión de rescate.

—¿Va a venderlos?

Farid gimió.

—¡Mierda, sí! E-el chico irá a un prostíbulo, y las... las chicas a... ¡no lo sé, no me lo dijo!

Aidan asintió, retirando a Destructor del cuerpo de Farid, con tanta lentitud como pudo. De acuerdo a la información que le fue dada sobre el Lobo, solo estuvo seguro de una cosa: tenía que llegar a Black Lake lo más pronto posible. Con tres personas en su poder, la situación se complicaba.

—Gracias. —Aidan se colocó de nuevo la máscara *kabuki*—. Minino, es todo tuyo.

Leo emitió un gemido ahogado, de pura satisfacción. Fue masculino y sexual. Extraño.

—¿De verdad? Oh, ¡*babbo* es el mejor!

Aidan guardó sus dagas, recogió los guantes y se dio media vuelta para marcharse. Farid gritó de terror.

—¡Di-dijiste que...!

Aidan movió un hombro, de arriba abajo. Un pequeño desliz, culpa suya. Evitó sonreír, aunque le fue casi imposible.

—Mentí.

—Pe-pero...

Él se giró y vio a Farid con lástima. Escoria, solo eso. Inmundicia que

necesitaba ser eliminada. Y Leo era el indicado.

—¿Sabes por qué el Minino tiene tantos deseos de jugar contigo? —Hizo una pausa dramática—: Su madre era prostituta, atada a un chulo de mierda, *como tú*. Cuando él le ordenó vender la virginidad de su único hijo, ella trató de huir. Así que fue cazada como un animal y asesinada. Y ¿el chico? Fue vendido como un pedazo de carne a un viejo miserable. —Aidan vio a Leo, sin un atisbo de burla—. Cuando Infernum lo encontró, estaba desnutrido, lleno de costras y piojos. No era humano, solo un juguete sexual, ¿cómo te decían, *bambino*<sup>[2]</sup>?

Leo dejó salir una risita amarga, llena de dolor.

—Putas, zorra, esclava... Oh, espera, ya recuerdo: ¡Culo-Estrecho!

Aidan asintió, lentamente.

—Sí. Entenderás por qué le emociona la idea de cortarte en pedacitos, ¿verdad? Él no es tan amable como yo y aún le cuesta controlar sus impulsos, por lo que... —Le dio la espalda y continuó caminando—. Minino, alcánzame cuando hayas acabado. ¡*Buon appetito*<sup>[3]</sup>!

Aidan abrió la puerta y se encontró con Madeleine, quien continuaba esperándolos. Detrás de ellos, se oyeron los intensos gritos de Farid. El maldito hijo de perra suplicaba por piedad. Aidan ni se inmutó.

«Bienvenido al infierno», pensó caminando junto a Madeleine de regreso a la salida.

## CAPÍTULO 2

Black Lake.

Aidan dejó salir el aire por la nariz, con fuerza. No entendía bien el nombre del lugar, no había ningún lago cerca —parecía más bien un desierto—; pero supuso que se debía al hecho de que, más allá de la inexistente agua, era el centro de las actividades ilegales de New Jericho. Desde tráfico de armas y drogas, pasando por la prostitución y terminando en la recién floreciente práctica de la esclavitud. Black Lake hacía parecer a Sodoma y Gomorra un juego de niños. Y qué decir de St Louis.

«Cuando piensas que lo has visto todo... ¡*Bam!* La realidad te golpea como una puta rabiosa», pensó con burla.

A su derecha, Madeleine silbó llevándose uno de sus elásticos rizados castaños detrás de la oreja. Aidan la vio de reojo. Ella era bonita: no demasiado alta, de piel acanelada y unos llamativos ojos marrones; pero insoportable e impertinente. Un grano en el culo, si se lo preguntaban. Y estaba incluso más demente que Leo. Algo favorable en el oficio, no cuando se trataba de Aidan. Siempre terminaba poniéndolos en peligro o arruinando los encargos del Gran Jefe. Aunque, bueno, ¿no era algo normal, cuando ya no se tenían motivos para vivir? Madeleine, al igual que el resto de los integrantes de Infernum, lo había perdido todo.

Sola. Sin amigos y familia. Ella tuvo que vagar por las calles durante tanto tiempo, siendo tratada como basura, que cuando fue rescatada incluso se ofreció a pagar con sexo. Porque a eso estaba acostumbrada. Sin valor, una cosa repulsiva, como la mayoría de ellos. Nicholas y Markus sabían elegirlos.

Como a él.

—¿Ahora? —Leo desenfundó su Magnum 47—. Aquí estamos, ¿qué, nos lanzamos a la mierda y ya?

Aidan movió un hombro, restándole importancia.

—Básicamente.

Madeleine gimió, haciendo girar un *Sai*<sup>[4]</sup> que tenía en la mano. Aidan los consideraba armas inútiles, pero ella los prefería porque le hacían sentir cómo la vida abandonaba a los cuerpos de sus víctimas. Bueno, era desconsiderado de su parte juzgarla, sobre todo cuando él optaba por sus cuchillos, por la misma razón.

—Tú y tus ataques suicidas, jefe. —Se rascó el puente de la nariz—. Mira, mañana tengo una cita con un chico y planeo llegar, así que dame algo más que eso.

Aidan se pasó la mano por la húmeda cabellera negra, que ya le llegaba los pectorales. En ese momento, ninguno llevaba puesta una máscara. No era como si pensarán dejar vivir al Lobo por mucho más. Por tanto, ¿qué importaba si veía sus rostros? Mauricio Navarro no iba a contárselo a nadie.

Jamás.

—Entramos, lo matamos y salimos.

Ella se palmeó la frente.

—¿En serio? ¡No-me-jodas!

Aidan esbozó media sonrisa. Leo, en cambio, se echó a reír. Al menos él se lo tomaba todo con humor.

—¿Te importa ofrecerte como carnada? —Madeleine negó, por lo que Aidan continuó empleando un tono más serio—: Entonces...

El principal problema con los esclavistas era lo posesivos que podían llegar a ser. Y arrogantes. Una cosa contradictoria, siendo que se dedicaban a marcar, empaquetar y vender a otros seres humanos como simple mercancía. No obstante, para Aidan eso era lo de menos. Él estaba tan acostumbrado a lidiar con ese tipo de individuos que, a esas alturas, ciertamente le parecía un juego de niños. Aunque la primera vez no fue igual. Entonces casi había llorado al ver lo que los esclavistas hacían con lo que consideraban su propiedad: el dolor y la impotencia que se reflejaba en sus ojos, la vergüenza y la culpa. Por lo general eran huérfanos, personas a las que nadie echaría de menos. Vírgenes. Y todos terminaban siendo sometidos al mismo horror.

Esto no se diferenciaba en nada.

Y él iba a volcar todo su odio en el Lobo. Que Dios se apiadara de su

alma, si acaso poseía una. Aidan lo dudaba.

Emitiendo un largo y cansado suspiro, Madeleine se apretujó los pechos mientras caminaba hacia la puerta del almacén, siendo seguida por la mirada de sus compañeros; en especial Aidan. Por lo que sabían, que era poco, Mauricio tenía como costumbre encerrarse en aquel lugar junto a su juguete nuevo. Uno que, por supuesto, disfrutaría hasta el hartazgo y luego vendería al mejor postor. Ea no era la prioridad del grupo, sin embargo, sino deshacerse de él, como Nicholas ordenó. Cosa que no sería fácil. Ellos estaban al tanto de que por lo menos había cinco guardias con él, lo cual incrementaba el nerviosismo.

Madeleine llamó al portón, fingiendo una sonrisa. El plan era sencillo: ella simulaba ser una prostituta y se colaba en el lugar. Aunque ninguno sabía si funcionaría, estaban preparados para el Plan B: hacer explotar el depósito, con o sin rehenes. La idea era cortesía de Leonardo, para variar.

Aidan contuvo la respiración, deseando no tener que llegar a ese extremo, pero si no le quedaba opción, él daría la orden.

Momentos después, asomó la cabeza calva un hombre de piel cenizosa y amarillenta, que sonrió de forma lasciva tan pronto como vio el pronunciado escote de Madeleine. Ella se llevó el cabello detrás de la oreja y se lamió los labios, incitándolo. Leo hizo el intento de moverse, Aidan lo detuvo. Aún tenían que esperar la señal.

—Aguarda. —Aidan buscó en su cintura su 9 mm—. Ella todavía...

Madeleine giró ligeramente el cuello y vio hacia atrás, se lamió el dedo del medio simulando una felación y continuó seduciendo al hombre calvo.

Leo arqueó una ceja, retándolo con esa actitud burlona que tanto molestaba a Aidan.

—¿Ahora sí, *babbo*?

Aidan vio hacia arriba, fastidiado. Y, más o menos, ¿cuándo dejaría de ponerle ese mote estúpido? Por favor, de todas las cosas malas que había hecho en la última década, ¿cuál estaba pagando?

—Ya, *bambino*. Vamos a jugar.

Leo gimió de placer, antes de lanzarse corriendo hacia la puerta, siendo

seguido por Aidan. En ese instante, Madeleine se abalanzó sobre el hombre y le enterró uno de sus *Sai* en la espalda.

«Arderá el infierno». Y sí, lo haría. Él se aseguraría de ello.

Adentro la conmoción se apoderó del lugar. Dando un vistazo rápido, Aidan buscó a los tres rehenes, solo halló a una adolescente que estaba cerca del Lobo. Ignorándola, él desenfundó su otra pistola y se unió a sus compañeros.

Además del Lobo, solo había un grupo de seis guardias. Aidan sonrió ante la idea, considerando que sería fácil. Volviéndose hacia su quipo, él asintió. Eso fue suficiente para que se desatara el caos.

Mientras Madeleine combatía cuerpo a cuerpo con un par de ellos y Leo disparaba sin siquiera ver a quién o a dónde, Aidan corrió hacia el Lobo. Mauricio Navarro era un pelinegro alto y de ojos verdes, que lucía demasiado joven como para ser uno de los peores criminales del país. Cuando estuvieron frente a frente, él se percató de una cosa: llevaba en el dorso de la mano un tatuaje que lo identificaba como miembro del Quinto Círculo. Él había pertenecido a *Infernum*. Eso encendió su ira. ¿Por qué Nicholas no les dijo nada? No. La pregunta correcta era, ¿por qué el Lobo los había traicionado? ¿Cómo fue que se convirtió en lo que trataba de erradicar?

No lo supo.

Sin embargo, cuando vio el tormento en sus ojos y la rabia, la locura, Aidan entendió que cualquiera podría sucumbir luego de permanecer mucho tiempo rodeado de tanta mierda. Nadie atravesaba el infierno sin quemarse. Ni siquiera él, por muy jodido que estuviera.

Y eso, por primera vez en años, le aterró.

Con todo, Aidan se mantuvo firme y lo apuntó con su arma. El Lobo ni se inmutó. Como si no tuviera motivos por los cuales vivir o un alma, él inclinó la cabeza hacia un lado y le mostró una sonrisa retorcida. Acto seguido, alargó la mano y jaló de la chica, que lloraba en un rincón, y la rodeó con su brazo.

Detrás de ellos, se oían los disparos y los agónicos gritos de los guardianes del Lobo, siendo atacados por Madeleine. Ella tenía ese efecto en los hombres: la mayoría huía despavorido de su lado y otros... morían desangrados a sus pies.

El Lobo colocó el cañón de su pistola sobre la cabeza de la muchacha. Aidan arrugó el entrecejo. «Maldito loco». ¿En serio utilizaría un recurso tan bajo como ese? Ah, mierda, ¿y dónde estaba la primera regla de la hermandad? Bien, por lo que veía, enterrada en algún lugar de su memoria.

—Bueno. —Mauricio arqueó ambas cejas—. Da un paso y ella muere.

Aidan se encogió de hombros. ¿La verdad? A él no le interesaba. Quizás fuera un poco inhumano, pero le parecía más importante detener al psicópata número uno del país. Un cadáver más, uno menos... Nicholas no iba a juzgarlo por eso, no si terminaba con su misión. Y si era franco, luego de lo que seguro había vivido, a la chica le vendría mejor estar muerta. Nadie quería seguir adelante con esos recuerdos, él más que nadie lo sabía.

—Y... —Hizo una de sus habituales pausas dramáticas—..., ¿sí sabes que me importa una mierda?

Mauricio lo vio, desconcertado.

—Hablo en serio.

—Yo también. Vamos, haznos ese favor. Después de lo que le has hecho, sería compasivo de tu parte si le metes una bala en la cabeza.

—¡Estás loco!

Aidan soltó una risita burlona. Loco, ¿él? Oh, genial, porque el Lobo estaba actuando como la más cuerda de las personas, ¿cierto? Seguro que secuestrar niños, violarlos y venderlos era un acto de caridad. San Mauricio Navarro, el patrono de los esclavistas piadosos.

—Eso me han dicho.

Aidan dio un par de pasos hacia el frente, mismos que el Lobo retrocedió junto con la chica, que lloraba sin levantar la cara. Él analizó sus probabilidades, al parecer solo tenía una: sacrificarla. «Es lo mejor», se dijo dispuesto a tirar del gatillo. Sin embargo, cuando ella lo vio, él se reconoció a sí mismo en su mirada llena de miedo. El dolor, la impotencia. Fue como verse frente a un espejo, el en instante en que la policía llegó a su casa para rescatarlo. ¿De qué?, se preguntó en aquel momento; su familia estaba muerta y él había presenciado el horror que hicieron sufrir a su hermano mayor.

Tragando con dificultad su propia saliva, Aidan intentó ignorarla; no pudo.

Le fue imposible. Ella lloraba en silencio, siendo sostenida por Mauricio como un escudo. «Mátala. Es lo mejor. Nadie quiere vivir así, lo sabes». No obstante, sus ojos lo gritaban: por favor, sálvame. Ella quería vivir. No. Más que nada, ella necesitaba vivir.

Qué extraño.

Madeleine chilló de dolor. Aidan vio hacia atrás. Lo que encontró incrementó la rabia en su interior: ella estaba herida. No. No herida, tendida en el suelo, llena de sangre, con una bala en el estómago. Solo Leo quedaba de pie. Al verla, él se echó a correr y se lanzó a su lado, luego colocó la cabeza de Madeleine sobre sus piernas y la consoló. Si no salían de ahí, en ese momento, ella moriría.

Aidan no estaba dispuesto a perder a ningún miembro de su equipo.

Mordiéndose el labio, con rabia, Aidan volvió la mirada al frente. El Lobo sostenía a la chica más cerca de su cuerpo, casi asfixiándola con el brazo. Solo tenía una oportunidad y no podía desaprovecharla. Aidan apretó los párpados un segundo mientras botaba el aire suavemente por la boca. Abrió los ojos y disparó.

La muchacha gritó, aterrada, cubriéndose las orejas. Junto a ella, el cuerpo de Mauricio cayó sobre su propia sangre. Un tiro perfecto, lástima que no le causara ninguna satisfacción. Aidan apretó los hombros de la chica y la zarandó para que reaccionara. Él evitó verla a los ojos, sintiéndose ridículo, para no hallarse a sí mismo en ellos. El dolor, casi siempre, era mejor evadirlo. Con el odio, en cambio...

—¿Estás bien? —preguntó. Ella asintió—. ¿Te duele algo?

Ella negó. Raro, bastante. No hablaba, pese a que la oyó gritar. ¿Sería muda? Él sabía que eran capaces de producir algunos sonidos, aunque no hablaran como el resto.

—¿Pue...?

—¡Jefe! —El grito desesperado de Leo le erizó la piel—. ¡Tenemos que sacarla de aquí, Madeleine se muere!

Debía de estar realmente desesperado, como para llamarla por su nombre. Por lo general, Leo, *Bestia*, solo se refería a ella como «bruja» o «puta»; pero jamás Madeleine. Dejando de lado a la exesclava de Mauricio, Aidan se

apresuró hacia la única mujer de su equipo. Cuando llegó hasta ambos, él reprimió gemido de dolor y sorpresa. Era mucho peor de lo que imaginaba. Se arrodilló junto a ella y le sostuvo la mano.

—¿Cuántas veces te he dicho que esos juguetes son inservibles?

Madeleine sonrió desdeñosa.

—Lo... lo dice el tipo de los cuchillos, ¿eh? No... no me jodas, jefe.

Le costaba hablar, aunque no más que respirar, eso era un hecho. Aidan quiso decirle que todo estaría bien, pero ¿era cierto? Vio de nuevo la herida. No, ni en un millón de años. Demonios, ¿en qué momento se convirtió en un inútil incapaz de cuidar a sus chicos?

Leo acarició la mejilla de Madeleine. Aidan emitió un suspiro. De modo que era cierto. Bien, él lo sospechaba, aunque jamás creyó que fuera posible. ¿Bestia y Parca? Ni en sus mejores fantasías sexuales, que eran muchas.

Y ahí estaban.

—No te atrevas a morirte, perra. Todavía tenemos una cita pendiente.

Madeleine rió, antes de quejarse.

—Lo siento, imbécil, será... será luego —murmuró.

Ella convulsionó en el regazo de Leo y, después de gemir tan intensa y profundamente que incluso Aidan sintió dolor, Madeleine dejó de respirar. Leo pasó la mano por su rostro, cerrándole los párpados y lloró en silencio. En todo el tiempo que llevaba conociéndolo, Aidan solo lo vio hacerlo un par de veces. La primera fue cuando lo tatuaron, y la segunda durante su primer asesinato. Desde entonces, él solo bromeaba, comportándose como un quinceañero inmaduro. Pero en ese instante, Leo se estaba desquebrajando ante sus ojos. Aidan solo fue capaz de apretarle el hombro para darle ánimos.

Fue inútil. Siempre lo era.

Leo abrazó a Madeleine contra su pecho y sollozó tan bajo que apenas se oyó.

—Maldita bruja, ¿quién coño crees que jugará conmigo ahora? Perra de mierda, te dije que no... —La voz se le quebró—. Madeleine, por favor, cariño... Nena, mírame. Madeleine, por favor...

—Leo, déjalo ir.

—Era mi chica, ¿cómo se supone que lo deje ir?

Buena pregunta. Una tristeza que nadie tuviera la respuesta.

—Como dejaste ir lo demás.

Leo exhaló, de forma entrecortada.

—¿Quién dijo que lo hice?

—Entonces vive con ello. —Le palmeó la espalda y se puso de pie—. Tenemos que irnos. Llévala tú, era tu mujer después de todo.

Leo asintió. Él cargó a Madeleine en brazos y avanzó hacia el portón, siendo seguido por Aidan, en silencio. Bueno, ¿y quién quería hablar en un momento como este? Al menos, ellos no. Tan pronto como estuvieron afuera, se dirigieron hacia sus respectivos vehículos. El de Leo era un Mercedes-Benz azul, en el que llegó junto a Madeleine, mientras que el de Aidan era una Ducati 1198 S, negra y roja.

Antes de que se subiera, alguien tiró de su gabardina. Aidan vio hacia abajo y se encontró de nuevo con aquellos ojos cafés claros. Eran grandes y almendrados, y bajo la luz del sol adquirirían un tono dorado que le recordaban a las muñecas que coleccionaba su madre. Enmarcados por gruesas y espesas pestañas oscuras; que los hacían lucir exóticos. Justo como las odiosas figurillas de la única mujer que echaba de menos.

Ella tenía el rostro sucio y lleno de moretones; además del cabello revuelto, y llevaba solo un vestido que alguna vez fue blanco, raído y lleno de sangre seca. Por algún motivo, eso despertó su lástima.

Tenía que matarla.

Aidan desenfundó su Jericho, apuntando hacia ella, tomó aire. La chica retrocedió con las lágrimas recorriéndole los pómulos. ¿Cuántos años tendría? ¿Catorce o quince? No importaba. Pronto la enviaría al cielo. Blasfemando, él se preparó para cruzar la línea inquebrantable: asesinar a un inocente.

Oh, maravilloso, un pecado que sumar a su extensa lista. En el infierno, él de verdad, iban a darse un festín con él.

Como si importara.

—¡Ah, no! —Leo lo sujetó por el brazo, deteniéndolo—. Mi chica murió por ella, no harás eso.

—Mira, Minino...

—¡Y una mierda, Aidan! Madeleine murió por ella, así que haz algo bueno, por una vez en tu puta vida, y llévala con su familia.

Leo tenía razón. Devolviendo el arma a su lugar, Aidan entrecerró los ojos, viéndola.

—¿Y tus padres? —Ella negó—. ¿Están vivos?

De nuevo, le dijo que no con un movimiento de cabeza. Ah, perfecto, ¿y luego qué? Él no sería la niñera de nadie. Nunca.

—¿Alguien además de ellos? —Volvió a negar—. ¿Segura?

Ella confirmó. «Mierda». Estaba jodido, y jodido en serio. No podía llevarla con él. Aidan se frotó las sienes, tratando de calmarse. ¿Qué haría? Recordó que varias personas le debían favores, una de ellas era la encargada de un orfanato. Eso tenía que servir de algo.

Lamiéndose los labios, él la sujetó por la cintura y la sentó sobre su motocicleta; se colocó detrás de ella y se puso en marcha, con Leo siguiéndole en su convertible.

Este era un día de mierda. ¿Y lo peor de todo? la muerte de Madeleine. Ella no le agradaba demasiado, pero era su compañera. Estaba bajo su cuidado, y la había perdido, para siempre.

Como todo lo demás.

Samantha Hamilton se quedó helada tan pronto como Aidan apareció en la puerta de su apartamento, con una adolescente mugrienta y desnutrida, que seguro estaba llena de liendres. Arrugando la nariz con asco, ella la vio desdeñosa, consiguiendo que la chica se ocultara detrás del cuerpo de Aidan.

—Dime que no la robaste, por favor.

Aidan la hizo a un lado e ingresó sin darle una respuesta. Él apestaba a sangre y ella a indigente. Más o menos, ¿qué había sucedido? Siguiéndolo, Samantha esperó que le dijera algo, no lo hizo. Carraspeó, cruzándose de brazos y con una ceja elevada, viendo a la adolescente sentada sobre su nuevo cojín de terciopelo rosa. «Más le vale compensarme por esto». Abrió la boca para quejarse, Aidan levantó la mano haciéndola callar. Él estaba furioso y si ella tenía cerebro no iba a empeorarlo. Nadie quería lidiar con el Colmillo, no al menos cuando parecía poseído por el mismo Satanás... o cuando lo hacía parecer un ángel bondadoso, con su carácter del infierno. No, ni loca.

La última vez Aidan le había abandonado y ella perdió a su bebé a causa de la discusión.

—Revísala —dijo él, con ese tono neutro que le causaba escalofríos—. Por su aspecto, asumo que no está bien, pero quiero saber qué tanto daño le hizo el bastardo.

Samantha suspiró.

—Aidan, ¿de dónde sacaste a la niña?

Él se pasó la mano por el cabello. Una señal de que estaba por romperse. Cosa inusual en Aidan. Por lo general, él soportaba casi cualquier cosa. Casi.

—Madeleine murió, así que no estoy de humor para tus tonterías. Haz lo que te digo y ya.

Samantha asintió. No le serviría de nada negarse. Aunque no quisiera, tendría que atender al costal de piojos.

—Sabes que aún no me gradúo y..., joder..., haré lo que pueda.

—Con eso me basta.

Con un bufido, Samantha sujetó a la chica del brazo, con tanta fuerza que la hizo gemir de dolor, y se la llevó hacia su propio dormitorio, arrastrándola. Lo que hacía por amor. Mierda, Aidan tendría que llevarla a la luna, luego de eso. ¿Cómo se atrevía a llegar a sí, a su casa, y ordenarle que hiciera cosas que no quería? Aún más, ¿qué diablos le importaba esa mocosa? Que la matara y ya, ¿no era lo que hacía? Ah, no, pero lo olvidaba. Regla número uno de Infernum: «Por tu vida y honor, nunca le harás daño a un inocente. El Infierno está reservado para los pecadores, de los cuales tú eres el peor». Y un demonio. ¿Desde cuándo el gran Colmillo del Diablo obedecía? Joder. Y ella que era

una tonta, por jamás se negarse.

Samantha la lanzó sobre la cama y fue por un par de guantes, que estaban en el armario. «¿Compensarme? Y una mierda, se casará conmigo, después de esto».

Volviéndose hacia ella, exhaló.

—Quítate la ropa.

Ella obedeció en silencio. Apenas Samantha la vio, reprimió un quejido de la más profunda angustia y dolor. «¿Qué coño te hicieron, cariño?». Por su profesión, y ser parte del Escuadrón Médico de Infernum, ella estaba acostumbrada a ver toda clase de horrores. Sin embargo, esto..., no halló palabras para describirlo.

Maldita mierda.

Ya recordaba por qué se había unido a la organización, después de su amor y lealtad por Aidan.

Mientras era examinada, por Samantha, Hannah trató de pensar en otra cosa. Era como una consulta médica, pero mucho peor. Ella podía notar que no le agradaba a la mujer pelirroja ni mucho menos a su amigo. Era todo lo que tenía en ese instante. Sus padres habían muerto, asesinados por Mauricio, y sus hermanos vendidos a prostíbulos diferentes. Con ella fue distinto solo por una cosa: él quería disfrutar antes de su cuerpo. «Probarla», como dijo. Y después entregársela a cualquiera que la quisiera como su juguete. No obstante, ellos llegaron antes para salvarla. Aunque intuyó que ella no era su prioridad, agradeció que estuvieran ahí.

Cerró los ojos y vio a Madeleine, agonizando en los brazos de Leo. Eso agitó la culpabilidad en su interior. Sus padres habían muerto de la misma forma, pero ella no pudo sostenerlos. Tampoco evitar que sus hermanos fueran llevados lejos.

Era bastante inútil, lo sabía, y con todo...

Hannah se mordió el labio inferior y despejó la mente. Siempre era mejor de ese modo, lo aprendió cuando se convirtió en la esclava del Lobo, meses atrás.

—Listo. —Samantha ni siquiera la vio a los ojos.

Hannah respiró tanto aire como le fue posible y se colocó el sucio vestido. El mismo con el que había sido raptada. Increíble, ¿cierto? Que Mauricio ni siquiera le hubiera dado otra muda de ropa... y qué decir de agua o comida. Nada, en absoluto, salvo las migajas que caían de su plato y las sobras que dejaban sus mascotas: dos *rottweilers* enormes, que la mordían si se acercaba. Porque ella no lo valía, se lo dejó claro tantas veces que lo creyó. No era nadie. No tenía nada.

Nunca más...

En silencio, Hannah le acompañó de regreso al recibidor. Seguro iban a echarle a la calle, como el animal mugriento que era. Saberlo, aunque fuera evidente, dolió.

Aidan estaba sentado, fumando un cigarrillo mientras bebía una cerveza. Él levantó la cara y se las quedó mirando, sin decir una palabra. Hannah encontró el tono de sus ojos tranquilizador, como las olas del mar. Eran de un azul intenso y vibrante, rodeados de un borde de un tono más oscuro que resaltaba sus irises. Sin embargo, y a pesar de lo que a ella le transmitían, estaban llenos de un profundo dolor. Tanto o más intenso que el que ella sentía; tal vez porque el suyo era mucho más antiguo. Eso despertó su curiosidad y misericordia.

Samantha carraspeó.

—Está increíblemente maltratada y desnutrida —dijo—. Creo que fue usada como saco de boxeo, cenicero y... cualquier cosa horrible que se te ocurra.

Aidan inclinó la cabeza, hacia un lado. Hannah siguió el movimiento con atención. Él tenía gestos suaves, pese a ser un asesino sanguinario. Qué raro. Recordó la frialdad con la cual la vio, antes de ser detenido por Leo, cuando iba a matarla. ¿Sería así otra vez? Bien, ella no tenía motivos para seguir viva, aunque lo deseaba.

Todavía más extraño.

«Quiero ir a casa», pensó. ¿Continuaba teniéndola? No, por supuesto que no. Mauricio la quemó, junto con los cadáveres de sus padres. Él le quitó todo lo que tenía. Cortó, de la forma más cruel, sus jóvenes alas.

Estaba sola en el mundo.

—¿La violaron? —La voz grave de Aidan se oyó como el gruñido del demonio.

Hannah trató de negar, Samantha se le adelantó.

—No, eso no. No fue violada, de ningún modo, ya sabes. Solo golpes y quemaduras, además de casi matarla de hambre.

Aidan exhaló, apagando el cigarrillo contra la mesita de cristal, y vio a Hannah. Ella retrocedió, llena de miedo.

—¿Tienes hambre?

Esa pregunta la llevó al llanto. ¿Que si la tenía? Oh, cielo santo, tanta que no sabía cómo continuaba de pie. Sin embargo, fue cautelosa. Siempre que el Lobo le preguntaba lo mismo y ella confirmaba, él terminaba golpeándola. Por lo que apretó los párpados y negó; pero su estómago no parecía entenderlo porque terminó delatándola.

«Ay, no. Por favor, no». Ellos también le pegarían por eso.

—Yo creo que sí. —Aidan se volvió hacia la pelirroja—. Sam, dale algo de comer.

Samantha casi jadeó, con una mano en la cintura, viendo a Hannah. La adolescente negó, llorando. No quería ser golpeada ni humillada de nuevo, ya no.

«Por favor, no».

—Solo tengo cereal, cerveza y algunas frutas. No he ido de compras, como casi no paro aquí...

Aidan se encogió de hombros.

—Dudo que le importe si es cereal o un durazno, tiene hambre. *Aliméntala.*

—Y tú, ¿desde cuándo tan compasivo?

Él frunció el ceño; Samantha retrocedió de inmediato. En cambio, Hannah se mantuvo inmóvil, confundida por ese inesperado acto de bondad.

—No estoy de humor. Solo dale algo a la maldita niña y ya deja de joderme. —Hizo una pausa para tomar aire—. Madeleine murió hoy, justo frente a mis putos ojos. Leo está inconsolable. Y yo no pude hacer nada. Así

que haz algo productivo y mueve el culo, dale de comer ¡y déjame en paz!

Sin emitir sonido alguno, Samantha corrió a la cocina.

—Y tú, niña, siéntate. Me pones los pelos de punta, ahí parada.

Hannah asintió lanzándose en el suelo, frente al televisor, el cual Aidan encendió de inmediato. Él vagó por algunos canales y al final se detuvo en *Disney Junior*. Hannah reprimió un quejido. Bueno, ¿y qué edad creía que tenía? ¿Siete? Estaba por cumplir los quince. Ella le dedicó una mirada intensa, de esas que solían convencer a su hermano gemelo de hacer lo que ella quisiera. Aidan curvó la comisura del labio, en una sonrisa burlona.

—¿Qué, no te agrada?

Hannah negó. Le hubiera gustado hablar, pero desde la muerte de sus padres, la voz no le salía. El recuerdo quemó en su interior, como el fuego. Los angustiosos gritos de su madre; los quejidos de su padre, siendo torturado. No se olvidaría de eso, jamás. Aunque lo quisiera, no podría.

—Bueno, entonces, ¿qué quieres?

Ella apretó los labios y le hizo señas, indicándole que le diera papel y lápiz. Aidan fue por ellos justo en el momento en el que Samantha regresaba con un gran tazón de cereal dietético, con azúcar y fruta fresca. Cuando Hannah lo tuvo en sus manos, sintió cómo las lágrimas le quemaban los ojos. Conteniéndolas, ella se llevó una cucharada a la boca y suspiró de placer. Era delicioso. Lo mejor que había probado desde hacía tiempo.

Se esforzó para comer como una persona y no como Mauricio la había obligado a hacerlo: un animal.

Aidan le tendió el cuaderno junto con un bolígrafo. Hannah se limpió los labios con el brazo y escribió:

«Foot Network».

Al leerlo, Aidan arqueó una ceja, incrédulo. Hannah le sonrió con timidez.

—El de cocina, está bien —murmuró sintonizándolo—. Ahora escribe tu nombre y si hay alguien con quien pueda llevarte.

Ella obedeció.

«Hannah Daniel Sullivan. No hay nadie. Él asesinó a mis padres y vendió

a mis hermanos. Solo faltaba yo, pero», se detuvo y le devolvió la libreta. No quería seguir pensando en ello. Aidan y Samantha resoplaron al unísono.

—Una mierda —dijo, más para sí mismo. Y después—: Acáballo todo, te quedarás conmigo esta noche. Mañana te llevaré a un lugar donde puedan cuidar de ti.

Samantha apretó el brazo de Aidan y se lo llevó hacia la cocina. Él suspiró, exhausto tanto mental como físicamente. No tenía ánimos de nada, menos de discutir. Pero ella no cedería, nunca lo hacía, por lo que se preparó para su nueva ronda de reproches. ¿Cómo diablos seguía junto a ella, si no la soportaba? Vio el escote, detrás del que estaban sus pequeños pechos erguidos y sonrió. Sí, por eso: el sexo con Samantha Hamilton era bueno. Además de que ella era de las pocas mujeres capaces de tolerar su carácter de mierda, sobre todo cuando estaba de malhumor.

A veces pensaba que ella era masoquista. Solo eso explicaba por qué continuaba a su lado, pese a saber que no le amaba. Que nunca iba a hacerlo.

«¿A quién mierda engañas? Aquí el único jodido masoquista eres tú». El pensamiento vino desde lo más profundo, y Aidan tuvo que admitirlo. La razón por la cual aún permitía que Samantha se aferrase a él, por qué la sostenía: culpa. La maldita que no lo dejaba en paz desde aquella vez.

«Mi hijo. Mi bebé». Ni siquiera podía pronunciar su nombre sin sentir que se desgarraba.

Esto era patético.

—Explícame, ¿qué haces?

Aidan se sujetó el puente de la nariz. Sí, y ahí iban de nuevo.

—Ya te lo dije: no estoy de humor.

—Entonces, dime, ¿por qué mierda te llevas a la chica contigo? Es que...

—Solo será una noche. La dejaré en un buen lugar, por la mañana. Se lo debo a Madeleine. —Se rascó la oreja—. No quiero que termine como ella: prostituyéndose y muerta, por un maldito descuido.

Samantha se lamió los labios.

—Te afectó mucho, ¿cierto?

—Estaba bajo mi cuidado. Además era la chica de Leo, así que...

Samantha se pegó a su cuerpo, tratando de besarlo, él al apartó. Ellos no compartían esta clase de intimidad. Sin decir una palabra, ella le soltó el botón del pantalón y deslizó la mano hacia adentro; luego acarició poco a poco su pene.

—Déjame ayudarte.

Aidan la sujetó del brazo, obligándola a detenerse. No quería esto, no hoy.

—Mañana. Ahora tengo que llevar a la chica conmigo.

Samantha bufó.

—Claro, mañana.

Aidan se acomodó los pantalones, giró y regresó a la sala, donde encontró a Hannah dormida sobre el suelo, acurrucada como un animalito de la calle. «Pobre niña». Debió haberla matado. Eso habría sido compasivo, más que obligarla a vivir con el recuerdo de lo que le sucedió.

Nadie merecía eso.

## CAPÍTULO 3

Aidan curvó la comisura del labio en un intento de sonrisa, cuando Amanda Thompson, la directora del orfanato Wilder, lo vio como si le hubiera salido un cuerno en la frente; luego ella dirigió sus pequeños ojos castaños hacia Hannah y otra vez a él, buscando respuestas a la pregunta que no se atrevía a formular.

La adolescente se encontraba sentada en una esquina, jugando con el teléfono celular de Aidan, ajena a la situación. Absorta en su propio mundo, o al menos fingiendo estarlo; aun cuando estaba oyéndolo todo y sintiéndose como un objeto sin valor al que nadie quería.

Hannah estaba vestida con uno de los suéteres de lana de Samantha y unos pantaloncillos que le quedaban grandes. Aidan la miró, por encima del hombro, y recordó la felicidad que hubo en su rostro la noche anterior, cuando él se los entregó junto con un par de botines de cuero, que como todo lo demás, eran demasiado anchos para ella. Aun así, la muchacha se lazó sobre su cuerpo y lo abrazó con tanta fuerza, mientras lloraba, que él se desconcertó. Él no le permitía a ningún ser vivo acercársele, y con todo, no hizo nada para alejarle. La dejó llorar hasta que se calmó y luego le indicó dónde podía tomar una ducha y vestirse con la privacidad que no tenía desde hacía mucho.

Con un suspiro, él volvió a fijarse en Amanda y esperó a que ella se decidiera por hacer algo más que abrir y cerrar la boca, como un pez fuera del agua.

—Di... —Ella carraspeó para aclararse la garganta—.... dime que no la secuestraste, por favor.

Aidan elevó la vista, molesto. Ah, mierda, ¿por qué todo el mundo le hacía la misma pregunta? Estaba claro, como el cristal, que no era el mejor de los hombres, que se dedicaba a un oficio nada piadoso; pero ¿secuestrador de menores? ¿En serio? Genial, al menos ya sabía lo que pensaban de él. Incluso Samantha, con quien llevaba dos años acostándose.

«Putá mierda».

—No. —Hizo énfasis en la palabra—. Eso no es lo mío.

La mujer rubia y de senos voluptuosos arqueó una ceja. Aidan se encogió de hombros, ¿a quién engañaba?

—Bueno, no en este caso. —Bufó, cruzando los brazos sobre su pecho—. Ya, carajo, quita esa cara. Vine a cobrar mi favor.

Amanda frunció el ceño a la vez que le echaba un último vistazo a Hannah. La chica levantó la mirada un segundo, le sonrió y continuó jugando. Aidan intuyó que nunca en la vida tuvo un teléfono en sus manos, porque se negaba a soltarlo. Quizás se lo dejaría. Como fuera, él tenía varios, por su doble vida.

—Cuando te dije que me pidieras lo que fuera, me refería a..., no sé..., una cena; sexo, qué sé yo.

Aidan dejó salir una risita burlona. Una oferta tentadora, por cierto, pero le gustaba más la idea de conseguirle un nuevo hogar; por Madeleine. Y Leo, que no lo dejaría en paz nunca.

Lo necesitaba de vuelta en el trabajo.

—Prefiero esto, gracias.

—¿Cuántos años tiene, trece, quince? —Golpeó la mesa, con las uñas, varias veces—. Da igual, Aidan, estamos llenos. Y si es difícil reubicar a uno de siete, imagínate a una adolescente. Por lo general, los futuros padres buscan niños pequeños para hacerlo más fácil. Así solo...

—Yo, más que nadie, lo sé.

Y claro que lo sabía. Al no tener parientes, él fue internado en ese mismo orfanato, luego del asesinato de su familia. Con sus propios ojos, Aidan vio cómo los aspirantes a padres rechazaban a los chicos mayores de ocho, por considerarlo complicado. Porque bueno, siendo sinceros, ¿quién quería lidiar con esa mierda? Ellos no, por supuesto. Y menos cuando se trataba de un niño problema, como lo fue él: introvertido, solitario; callado..., que tenía pesadillas cada noche. No, nadie quería llevarse a casa al único sobreviviente de una masacre por drogas y otros delitos. Estuvo en ese lugar dos largos y solitarios años, hasta que Markus y Nicholas aparecieron para reclutarlo.

Y, qué irónica era la vida, aquí estaba de nuevo.

—Aidan, mira...

—Amanda. —Exhaló, a punto de perder la paciencia—. Recuerdo haber puesto mi culo en peligro por ti, cuando te traje los testículos del hijo de puta que asesinó a tu hermano, sin la autorización de Infernum. Entonces tú empeñaste tu palabra: «lo que sea, McLaughlin, lo haré», ¿te suena? Y todo lo que deseo, justo a hora, es que la ubiques en un buen lugar, con padres amorosos y honrados, que la lleven a la escuela y le compren un jodido perro...

Amanda se mordió el pulgar, nerviosa. Aidan se frotó los parpados y señaló a Hannah, quien continuó fingiendo que estaba en su propio mundo.

—Fue secuestrada y torturada; no lo ha tenido fácil. Y no es que me interese, me importa una mierda; pero se lo debo a uno de mis hombres, porque su chica murió salvándola. Así que haz algo productivo: mueve el culo y búscale un hogar.

No era del todo cierto, pero él había aprendido con los años que era mejor ser temido y considerado un completo hijo de perra. Siempre.

—Haré lo que pueda, pero no será sencillo. Sabes que una vez que ingrese al sistema, se quedará ahí para siempre, luego saldrá cuando tenga dieciocho y, como estará sola, terminará muerta o como mula o la prostituta.

Sí, lo sabía. Varios de los miembros del Noveno Círculo compartían ese pasado en común. Incluso él, de no haber sido por los hermanos O'Connell, habría terminado del mismo modo. O suicidándose, por no ser capaz de soportar el dolor.

—Por eso le darás prioridad. Ya lo sabes: buenos padres, amorosos, honrados; con una linda casa, que la lleven a la escuela..., oh, y el puto perro.

Ella tecleó en su *laptop*, sin siquiera darle la cara. Luego de unos minutos, le sonrió.

—Tal vez hallé algo, no estoy segura. ¿Te llamo cuando esté instalada?

Aidan negó. De ninguna manera, su trabajo estaba terminado. Lo que menos quería era seguir cargando con ella, como un molesto costal de huesos, solo porque su lado humano estaba despertando. No, en esta vida..., ni ninguna otra.

—No —respondió.

Dio media vuelta y salió de la oficina sin siquiera despedirse, evitando ver atrás. Su acto de caridad del siglo estaba hecho. Eso le restaría años en el infierno. «Sí, cómo no». Él estaba condenado, sin posibilidad alguna de redención.

Hannah se levantó luego de un par de minutos, en los que quedó completamente abrumada. ¿Él la abandonaría, en ese lugar? ¿Por qué? Entendía que ella no era su responsabilidad, sin embargo, pensó que... «Tonta», se dijo a sí misma. ¿Acaso no había escuchado? Solo era un acto de misericordia, nada fuera de eso. No era como si tuviera valor para alguien, no al menos que estuviera vivo o a su lado.

El descubrirlo fue doloroso.

Aun así, Hannah, ignoró a Amanda y corrió detrás de él para agradecerle una vez más y devolverle su teléfono. No podía quedárselo, después de todo. Ella no tenía nada propio, ni siquiera esa bonita ropa de colores. No, incluso peor: ella no era nadie.

Triste, mucho. Doloroso.

Conteniendo las lágrimas, Hannah se asió a la manga de la chaqueta de cuero rojo de Aidan. Él se giró de forma brusca con un cuchillo en la mano, mirándola como si pensara cortarle la garganta. Se, se relajó tan rápido que a ella ni siquiera le dio oportunidad de parpadear y guardó la filosa cuchilla dentro de su ropa.

—¿Qué? —Su tono fue cortante, sin emociones de ningún tipo.

Hannah apretó los labios y le extendió el aparato. No lo necesitaba, de eso estaba segura.

—Quédatelo. Tengo otro, de todos modos.

Claro que sí, ella había visto el lugar en el cual vivía. El hombre nadaba en dinero..., o al menos tenía muchísimo, más que cualquiera que ella hubiera conocido en el humilde lugar en el cual nació. Aunque eso era lo de menos. Negando, insistió para que lo tomara. Él lo hizo, sin más objeciones, por lo que Hannah comenzó a levantarse el suéter. También tenía que llevárselo. Aidan frunció los labios en una mueca de enojo, que seguramente había provocado pesadillas y derrames cerebrales en un sinfín de personas. O eso imaginó.

Él era aterrador, cuando se lo proponía.

—¿Qué mierda crees que haces? —Casi gruñó—. No te quedarás aquí, desnuda. ¿Estás loca? ¿Qué mierda pasa contigo?

Ella ladeó la cabeza, pensando un modo de explicarle las cosas. ¿Dónde estaba su voz, por qué no podía hablar por mucho que quisiera? Aspirando tanto aire como pudo, Hannah jaló un poco de la prenda de ropa, negando. El rostro de Aidan se suavizó por un segundo.

—A Sam no le molestará, ni siquiera usa esas cosas. —Suspiró—. Como sea, regresa con Amanda, ¿quieres? Tengo que irme.

Desanimada, Hannah asintió. Había oído toda la conversación: nadie la adoptaría, jamás, porque era demasiado grande. Se quedaría sola en el mundo, para siempre. Pero eso a nadie le importaba, ni siquiera el hombre que la salvó del Lobo. Honestamente, ¿por qué no le disparó en cuanto pudo? ¿Por qué su amigo no lo dejó hacerlo? Eso habría sido lo mejor, incluso un acto misericordioso.

Girando sobre sus pies, ella dejó que las lágrimas fluyeran con libertad mientras volvía a la oficina de Amanda. «Gracias», pensó. Ojalá pudiera decírselo. De todos modos, ¿serviría de algo? Aunque se esforzaba por disimularlo, él la miraba como a un pedazo de basura maloliente.

Justo como lo que era.

Aun así, en el fondo Hannah deseó poder volver a verlo, quizás cuando ya pudiera hablar otra vez, y agradecerle de forma apropiada.

## CAPÍTULO 4

Hannah tuvo el peor de los presentimientos tan pronto como los vio.

A pesar de que sonreían amables, sus ojos escondían algo horrible a lo que no pudo darle un nombre. Solo fue consciente de que el infierno ardería para ella, como antes de ser liberada por Aidan, un mes atrás. Pero, sinceramente, ¿no podía tratarse solo de una jugarreta de su mente alienada por las torturas del Lobo? Tenía cierta lógica: estaba tan acostumbrada a ser tratada como un animal, que creía que todos querían lastimarla. Pero ellos no, ¿verdad? Quiso convencerse de ello.

No pudo.

Amanda le apretó el hombro para darle ánimos; como Hannah no se atrevió a dar un paso hacia sus nuevos padres, ella terminó empujándola. Sin más opciones, la adolescente avanzó tímida, hacia el matrimonio que la esperaba con una inquietante expresión de satisfacción.

Desde el inicio, ninguno le había agradado. Pero al estar tan crecida, no tenía muchas opciones. De hecho, los señores Young eran los únicos que estaban en búsqueda de un hijo adolescente, por lo que Amanda los vio como su tabla de salvación. Porque, después de todo, Aidan había sido enfático con eso: ella tenía que proveerle un hogar.

Aunque si era sincera, Hannah prefería vagar por las calles pidiendo limosnas, antes que ir con ellos.

No le gustaban ni un poco. En especial su nuevo padre. Él tenía una mirada aterradora, que ella ya conocía: la misma que vio cuando fue esclava Mauricio y sus sicarios. Eso le ponía los vellos de punta.

La señora Young la sujetó de la mano, con fuerza, como si temiera que se echara a correr huyendo de ellos; y comenzó a caminar con dirección a la salida. Sin otras opciones, Hannah se dejó guiar. Antes de cruzar la puerta, le echó un último vistazo a Amanda, esperando que reconociera el temor en su rostro y la salvara, como lo hizo Leo. Nada sucedió. Rendida, se despidió del

único lugar en el cual tuvo algo de quietud, al menos durante cuatro semanas.

En su interior, la voz de su conciencia le dijo que tenía que tatuar con fuego esa imagen en su memoria, porque nunca más tendría un poco de felicidad.

Como todos este mundo decadente, ella sería arrastrada de vuelta al abismo. Y, ahora, no habría nadie dispuesto a salvarla.

«Quiero ir a casa». Pero no a donde los señores Young la llevarían; sino a su pueblo, con sus familiares y amigos. Ella deseaba, con todo su ser, regresar a Yellow Horse y correr por los caminos de tierra, con los pies descalzos y su habitual vestido de flores. No, lo que más quería era poder tener a sus padres y hermanos de regreso y pasar una tranquila noche de fogata, asando algunas salchichas y mazorcas. Porque ellos eran personas humildes, pero unidas, que se amaban con todo el corazón.

«Papá, mamá. Megan, Ian...». Contuvo un sollozo. No volvería a verlos, nunca más.

Mientras marchaban por la carretera, Hannah se dedicó a ver los edificios, que iban quedándose atrás y haciéndose más pequeños cada vez, hasta que solo eran diminutos bloques de colores, en la distancia. Ella estaba acostumbrada a la vida campestre, por lo que todo esto la desconcertó. Por supuesto, no sería de este modo si el Lobo le hubiera permitido salir; en cambio estuvo encerrada en una habitación oscura mucho tiempo. Cuando por fin la liberó, solo fue para convertirla en el costal con el cual podía descargar toda su ira.

Hannah se estremeció al recordar cómo la desnudaban para azotarla, cuando se equivocaba con sus actitudes o respuestas; la forma en la que era tratada: como si no valiera ni el aire que respiraba. Aunque lo peor era cuando Mauricio, o alguno de sus hombres, la forzaba a mantenerse de rodillas y con los brazos extendidos durante horas. Si no lo conseguía, ellos la quemaban con sus cigarrillos. Por un instante, le alegró que estuvieran muertos.

¿Estaba bien sentirse de esa manera o la convertía en una persona horrible?

—Bueno. —El señor Young la sacó de sus pensamientos—. Tienes catorce, ¿cierto?

Dudosa, Hannah confirmó con un movimiento de cabeza. Su nueva madre

le dedicó una mirada confusa a la vez que le peinaba los cabellos. De haber tenido a donde ir, Hannah se habría alejado.

—Creo que te llevarás bien con los chicos. Tenemos otros: Susanna, de trece; y Scott, de quince.

Hannah volvió a asentir. Bueno, al menos tenían más chicos a su cuidado. Y según Amanda, poseían un historial impecable. Como ángeles caídos del cielo, Albert y Teresa, eran los padres que cualquier huérfano deseaba. Justo lo que Aidan ordenó. Incluso eran los dueños de un perro.

Demasiado bueno para ser real.

—Y dime —intervino la señora Young—, ¿eres muda? La señorita Amanda no supo contestar esa pregunta.

Hannah se decidió por una mentira. Al menos hasta que confirmara que solo se estaba volviendo loca, lo mejor era que continuaran creyéndolo. Después, cuando hallara la forma de poder hablar de nuevo, les explicaría por qué. Seguro iban a reírse de su desconfianza y le responderían algo como: «Oh, cariño, entendemos. Después de lo que pasaste, es normal que dudes de todo el mundo». Por supuesto, sería muy divertido. Se consoló con esa idea. Por lo que sacudiendo la cabeza, les dio a entender que era muda de nacimiento.

—Es una lástima. —El tono del señor Young le transmitió todo lo contrario.

Luego de una hora, llegaron a una urbanización como salida de un cuento de hadas: con casas de cada lado, que tenían hermosos jardines delanteros llenos de flores; y algunos automóviles estacionados. Todo parecía brillar bajo la luz del sol. Albert se detuvo frente a una vivienda amplia, que estaba pintada de blanco y celeste, y tenía un garaje enorme. Hermosa. Había algunos manzanos plantados y un naranjo, además de varias flores que no reconoció, pero que llenaban de vida el lugar.

Juntos, descendieron del automóvil y caminaron hacia la puerta. Apenas el señor Young la abrió, Hannah se encontró con sus nuevos hermanos: una chica rubia de ojos verdes y un pelinegro, que tenía una herida en la mejilla que aún no cicatrizaba. Ambos le sonrieron de forma automática, cosa que disparó sus alertas.

No era un lugar seguro.

—Bienvenida a casa, cariño —dijo la señora Young.

Este sería su nuevo infierno.

Aidan vio hacia el techo, enojado. Con las piernas cruzadas, fumó su cigarrillo esperando que Leo respondiera a su pregunta. Luego de más de un mes, él continuaba negándose a volver a trabajar. Resentido como estaba, era completamente normal; pero no todos en Infernum pensaban de la misma manera. Sobre todo no Nicholas, que comenzaba a impacientarse. Temeroso de que fuera a traicionarlos, el líder de la organización lo había enviado para convencerlo; lo cual se traducía en una simple amenaza, envuelta en mentiras y palabras amables.

Una completa porquería.

Y siendo sincero, Aidan no quería tener que hacerlo. Él había sido entrenado, desde los diez años, para suprimir cualquier tipo de emoción. Los sentimientos eran sinónimo de debilidad y ningún miembro de Infernum podía serlo. Por lo que cada uno se encontraba condicionado para no experimentar nada parecido a la amistad, misericordia o el amor. Sin embargo, el joven Bestia había roto el reglamento, cuando se enamoró de Madeleine.

Al igual que el propio Aidan.

No le gustaba aceptarlo, pero lo apreciaba. Teniendo casi la misma edad y conociéndose desde hacía tanto tiempo que ya no recordaba cuánto, ahora Aidan lo consideraba lo bastante cercano como para querer mantenerlo seguro. Aunque, siendo razonable, ¿eso era posible? Por como lo veía, no. A ese paso, Leo terminaría suicidándose o siendo asesinado por los Limpiadores; en el mejor de los casos. ¿En el peor? El propio Aidan tendría que deshacerse de él, y ambos sabían que no sería nada agradable. Porque aunque él podía tenerle cierto aprecio, no significaba nada a la hora de cumplir con su deber. Se lo debía a Infernum.

Ah, mierda, sí. Era un jodido bastardo.

«Por favor, no me obligues». No quería tener que hacerlo.

—Minino, ya me estoy cansando. —Soltó el humo por la nariz—. Te quiero de vuelta, *ahora*.

Leo levantó la cabeza, después de un rato, y le dedicó una mirada desdeñosa. Bajo la luz blanca de la bombilla, sus ojos verdes adquirieron un matiz más claro.

—Estoy de luto, mierda, ¿qué, tanto te cuesta entenderlo? Perdí a mi chica, murió en mis brazos, ¿te acuerdas? Estabas ahí.

Aidan casi jadeó. Por supuesto, el recuerdo todavía lo quemaba. Era la primera vez en años que perdía a un miembro de su equipo. Una cosa era que muriera alguien del Noveno Círculo; pero del reducido grupo a su cargo... No. Inconcebible. Insoportable, aún para alguien como él.

Sin embargo, tenía que continuar fingiendo frialdad, que nada le importaba. Que era la peor y más maloliente mierda que hubiera pisado la tierra. Así se suponía que debía ser, ¿verdad? El Colmillo, *sin corazón*, del Diablo.

—Y lo entiendo, pero tienes que regresar. —Hizo énfasis en cada palabra—. No es una opción, tú...

—¡Ay, no me jodas, jefe! —Leo se palmeó las piernas, rabioso—. ¿En serio, es todo lo que te importa? Madeleine murió, ¡*puff!*, desapareció, ¡ya no está! Y tú..., ¿cómo mierda me exiges que vuelva, así como así? Estoy enojado. Duele. —Su tono descendió—. Nos íbamos a casar. Teníamos planes. Íbamos a conversarlo con Nick y... ¿Sabías que estaba embarazada?

Aidan negó. ¿En serio? Maldijo en su interior. Y si lo sabían, ¿por qué insistió en ponerse en peligro? Imbéciles, eso eran. De estar viva todavía, él estaría golpeándola por idiota. Pero no lo estaba.

Madeleine no iba a volver.

—¿Cuánto tiempo?

Leo se encogió de hombros.

—Unas semanas, cuatro o cinco, creo. —Se mordió el labio inferior—. No lo sabíamos, por si eso era lo que ibas a preguntar.

—Leo, créeme que comprendo cómo te sientes; pero si no regresas...

Leo se echó a reír, de una forma tan siniestra, que Aidan dudó de su salud mental. ¿También perdería al Minino? Demonios, ¿qué, no podía conservar a una sola persona viva, una jodida vez? Estaba harto de esa mierda.

—¿Lo entiendes, en serio? Avísame cuando maten a tu mujer y a tu hijo, por deshacerte de un jodido miembro de tu puta organización. ¿Qué, creías que no iba a enterarme? El Lobo era de los nuestros.

Aidan apretó los labios. Si a eso iba a jugar...

—¡No-me-jodas! Madeleine murió, ¡qué pena! Pero cuando oigas gritar de dolor a tus padres y tu hermano sea sodomizado justo frente a tus ojos, y no seas capaz de hacer nada. Cuando veas cómo tres gorilas lo violan, uno por uno, para después meterle una bala en la cabeza... Cuando lo veas agonizar en su propia sangre, me avisas para llorar juntos. —Curvó la comisura del labio, en un intenso de sonrisa—. ¿Crees que no sé lo que es el dolor, Minino? Yo he vivido en el infierno desde que tengo memoria. ¡Oh!, y también perdí a mi bebé. Así que deja de actuar como un niño malcriado, date una ducha y ven conmigo, de lo contrario tendré que enviarte con Madeleine; y créeme, no quiero hacerlo.

Leo parpadeó, desconcertado. Aidan bufó.

«Día de mierda». Y seguramente se pondría peor.

—¿Qué?

Aidan evitó hacer una estupidez, como molerlo a golpes, por ejemplo.

—¿Estás sordo? Nick te quiere de regreso.

Fue el turno de Leo para resoplar, frustrado.

—No, lo de tu...

Aidan levantó la mano, indicándole que callara.

—No hablaré de eso. Mueve el culo, ponte hermoso y vamos a jugar, ¿quieres?

Leo asintió.

—Pero primero le llevamos flores a Madeleine y a Donatello, ¿está bien, *babbo*?

—¿Quién coño es Donatello?

—Mi bebé.

Aidan se frotó las sienes. Entendía la situación de Leo: su angustia, impotencia y dolor. Pero ¿de verdad? Bueno, no podía quejarse. Al menos lo hizo entrar en razón, y además se estaba esforzando para ser el mismo de antes.

—Tenía cuatro semanas, era un frijol.

—*Mi* frijol. —Se puso de pie y caminó hacia el baño—. Tienes la sensibilidad de un cadáver, jefe. Pobre de la mujer que se enamore de ti.

Sí, pobre, él también se compadecía de Samantha. Aunque, después de todo, ella estaba a su lado porque lo quería.

Samantha le dio un codazo a Gemma, su mejor amiga y señaló al hombre que las veía con interés desde la otra mesa. Intrigada, ella le echó una mirada rápida y discreta, luego centró toda su atención en Samantha otra vez.

—Paso —dijo, jugueteando con un rizo de su larga melena rubia—. *No* es mi tipo.

Samantha bufó. ¿No, y cuál lo era? Ellas se conocían desde que eran tan solo un par de niñas y, pese a ser hermosa y encantadora, Gemma jamás había pasado de coquetear con ningún chico. Incluso a esas alturas, con veintitrés años recién cumplidos, continuaba siendo virgen. Francamente, ¿qué esperaba? Los hombres perfectos no existían y por como ella veía las cosas su mejor amiga moriría en castidad, sola y rodeada de gatos.

La simple idea le causó escalofríos.

—Gem, la verdad, ¿eres lesbiana?

Los colores se le subieron al rostro. Atónita, ella abrió sus pequeños ojos color ámbar y trató de responderle; la voz no le salió. Samantha se echó a reír. Siempre era bueno molestarla con ese tipo de comentarios.

—Ya sé que no. Respira.

Gemma bufó.

—Eres cruel. —Se mordió el labio inferior, dudosa—. Pero ¿en serio te lo parezco?

Samantha le dio un sorbo a su malteada de vainilla.

—No, aunque no tengo idea de qué esperas.

Gemma se encogió de hombros.

—Al indicado, supongo. No es tan simple, Sam. Los chicos solo buscan sexo y yo quiero algo más que eso, como...

—¿Y cómo sabrás cuál es, si no lo intentas nunca? —Samantha volvió a ver al hombre de la otra mesa—. Es atractivo, prueba con él; si no te gusta, siempre hay más allá afuera. Por otro lado, a veces tenemos que conformarnos con cualquier cosa, ya sabes.

Gemma sacudió la cabeza, negando.

—¿Cómo tú, con Aidan?

La sola mención del Colmillo desató una tormenta de emociones en su interior. ¿Tan evidente y patética era que hasta Gemma se percataba del hecho? Juntó los párpados, por un segundo, y lo vio en la oscuridad de su memoria: sus ojos azules, destellando, con esa mirada despectiva que lo caracterizaba. Él era... ¿Qué significaba Aidan McLaughlin para sí misma? ¿Amor, un simple capricho o la tabla de salvación de una mujer desesperada? Honestamente, no lo sabía. Ya no, desde que las cosas comenzaron a cambiar.

Pero, bueno, ¿en qué habían cambiado? Tal vez que ahora, a diferencia de los dos años anteriores, él ya no solo la buscaba cuando quería desahogarse de la única forma que sabía: entre sus piernas. Se conocían mejor, podía decir que incluso le tenía un poco de confianza. «¿Y amor?». Le fue inevitable hacerse esa pregunta. ¿El Colmillo del Diablo era capaz de amar?

Estaba segura de que él no pondría su propia vida en peligro por la de otra persona, incluso ella. Aidan no daría una mierda para salvarla. Estaba claro, como el agua. Y el reconocerlo dolió. ¿Cuánto más iba a soportarlo?

Abrió los ojos y fingió una sonrisa.

—Gem, Aidan y yo tenemos una relación de dos años.

Ella resopló, con su mirada en blanco.

—Por supuesto, y por eso no han formalizado. Claro, es tan serio lo de ustedes, que Aidan te trata como a su puta personal y tú ni siquiera te quejas. —Hizo una corta pausa—. De eso hablo, Sam, *no* quiero una relación como esa.

Las palabras de su mejor amiga la hirieron, aun así no podía reclamarle: Gemma tenía razón. Sin embargo, ¿cómo le decía que esos fueron los términos de Aidan para aceptar salir con ella? E incluso, la palabra «salir» era una exageración. Ellos jamás iban a ninguna parte juntos; todo lo que hacían era encontrarse en sus apartamentos. Lo único que Aidan hacía con follarla hasta el hartazgo y dejarla sola.

«Sin sentimientos de por medio ni complicaciones. Entiéndelo: alguien como yo no está interesado en esa tontería del amor. No quiero jugar a la casita. No busco una relación formal ni mucho menos iniciar una familia. Si eres capaz de soportarlo, si estás completamente segura de ello, puede que funcione». La voz de Aidan resonó dentro de su cabeza, como un cruel recuerdo, que dolía.

Y pensar que por él se había unido a Infernum. ¿Quién iba a decirlo? Sí, era amor después de todo. Tenía que serlo para haberse condenado a sí misma de una forma tan ridícula.

—Es complejo —dijo—. No está listo para asumirlo, pero lo hemos conversado.

Gemma le dirigió una mirada cargada de reproche. Samantha titubeó.

—¿Te crees tus propias mentiras, Sam? Te conozco desde que éramos niñas, somos mejores amigas. No insultes mi inteligencia, por favor. No sé qué lío se traen ustedes dos, pero no me gusta. Y por tu bien, deberías alejarte de Aidan. Incluso te hiciste un tatuaje como el suyo, y con lo cobarde que eres.

«No te imaginas». Ella había intentado renunciar a la organización una vez, y ¿el resultado? Una invitación, por parte de Markus, para que regresara con sus hermanos. Estaba hundida hasta el cuello. Aunque quisiera abandonar Infernum, no podría. No viva o en una pieza, al menos. Gemma no tenía idea de lo que ocurría.

Además, ¿alejarse de Aidan? ¿Y quedarse sola para siempre? Ni de chiste.

Él era todo su mundo, lo único que tenía.

De nuevo, sus palabras la golpearon: «Te dije que te mantuvieras al margen. ¿Crees que por haberte unido, esto va a cambiar? ¡Reacciona, no estamos jugando! Una vez que te internas en el infierno, no hay vuelta atrás. Ahora, asume las consecuencias y trata de caminar a través del fuego sin quemarte».

¿Por qué no lo oyó, desde el inicio?

—Gem... —Su teléfono sonó—... Dame un segundo.

Samantha se fijó en el número. Hablando del rey de Roma... Era Aidan. Atendió al instante. Del otro lado, su voz resonó con furia.

Mierda, algo malo sucedía.

—Una hora. Todos los Círculos y Escuadrones. Reunión *urgente* —dijo, y colgó.

Samantha contuvo un gemido. Avergonzada, ella vio a Gemma y le ofreció una sonrisa.

—Lo siento, tengo que irme. Pero esta noche en tu casa, maratón de terror, ¿vale?

Si bien asintió, la mirada preocupada de Gemma le dijo que ella no estaba convenida del todo. Sin esperar una respuesta, Samantha se echó a correr.

## CAPÍTULO 5

Quería olvidar. No, él necesitaba hacerlo. Con el paso de los años terminó descubriendo que no podía hacer nada más que alejar a los demonios solo por unas horas, cuando estaba tan distraído como para no pensar. Aunque incluso en instantes como este, su mente se empeñaba en hacerle volver una y otra vez al pasado para que viera el horror y llorara. Pero él no lloraba desde hacía poco más de quince años. Quizás porque se había quedado seco o terminó acostumbrándose. Como fuera, la daba exactamente lo mismo a esas alturas.

Alargando el brazo, Samantha hundió la mano en su melena oscura mientras su lengua se frotaba juguetonamente contra la de él. Aunque le molestaba ser tirado del cabello por ella, Aidan no protestó. Estaba demasiado distraído, con los botones del uniforme de enfermera de Samantha. De todos modos, no quería iniciar una discusión, no ahora, cuando estaban a punto de follar como conejos calientes.

Retirándole el vestido blanco, Aidan se alejó. Como era de esperarse, ella no tenía puesto nada que le proporcionara soporte a sus pequeños pechos. Pocas veces se miraban a los ojos, una regla impuesta por él, ahora lo hizo. Medianos y marrones, que lo veían con deseo. Aidan se inclinó para soplar sobre el pezón desnudo hasta que se frunció. Deslizó la lengua alrededor de la aréola y luego chupo suavemente, antes de morderlo. Contrario a todas sus expectativas, Samantha le acuno la cabeza mientras él se movía para probar el otro seno, y gimió tan bajo que dudó que se tratara de ella.

Justo cuando quería oírla, tenía un ataque repentino de timidez.

Descendiendo, Aidan trazó un camino de besos a lo largo de su abdomen, succionando y dejando pequeñas mordidas, él se dedicó a fastidiarla.

—Aidan... —Samantha se mordió el labio inferior—. Hazlo ya.

Ella quería tenerlo dentro de su cuerpo, con tanta desesperación que era incluso vergonzoso. Tenía que admitirlo, era el único modo en el que ambos se complementaban, formando un solo ser. Tan patético que a veces le hacía dudar de su propia cordura. ¿Por qué no era capaz de anhelar otra cosa? Había

considerado terminar con lo que fuera que tuvieran; no obstante, cuando lo tenía frente a sí misma toda esa determinación se esfumaba.

Él esbozó una sonrisa y se irguió para volver a besarla.

—¿Sin preliminares, en serio?

Samantha negó, tomando su mano la condujo hacia la entrepierna, donde estaba húmeda y cálida para él.

Por él.

Aidan comenzó a acariciarla, formando círculos y arrancándole gemidos incluso antes de introducirle dos dedos hasta el fondo. Samantha separó las piernas, moviéndose contra él. Así: con los ojos entrecerrados y respirando agitada, ella le pareció dócil e indefensa. Nada podía ser más falso que esa tonta idea, Samantha Hamilton era tan letal como cualquiera en Infernum.

Mientras rodeaba y acariciaba su interior, él también se dedicó a masajearle muy suavemente el clítoris con el pulgar. Samantha se inclinó unos centímetros y lo mordió en el hombro, con tanta fuerza que consiguió endurecerlo hasta el punto del dolor.

Necesitaba estar dentro de ella, en ese instante.

Antes de que pudiera quitarse los pantalones, llamaron a la puerta. Aidan se detuvo dispuesto a alejarse, Samantha lo sujetó por el brazo.

—Ignóralo... —Su voz fue un murmullo—. Seguro es algún religioso repartiendo su publicidad o esas niñas vendiendo las galletas que te gustan.

No muy convencido, él continuó acariciándola. Volvieron a tocar, una, dos, tres, cuatro veces, con tanta prisa y desesperación que sus alertas se dispararon. Fuera de Samantha, solo tres personas conocían el lugar en el cual vivía; una de ellas era Leonardo. Temiendo que se tratara de una catástrofe, Aidan le entregó su vestido, indicándole con señas que se lo pusiera, y salió de la habitación. Fue hacia la puerta para ver de quién se trataba.

Se quedó sin aliento.

Ah, mierda, ¿qué hacía ella ahí? Todavía peor: ¿cómo sabía su dirección y por qué parecía un perro apaleado?

Furioso, abrió la puerta de golpe. Al instante, Hannah se lanzó contra su

pecho, llorando. De nuevo, Aidan se paralizó. ¿Qué se hacía en una situación como esta? Cuando Samantha le hacía un berrinche, él solo la tiraba sobre la cama y la jodía hasta que se olvidaba de su malhumor. Este no era el caso. Respirando profundo, trató de hacer memoria. ¿Qué hacía su madre cuando él tenía pesadillas? Ah, sí, ella le cantaba o le leía un cuento. Por otro lado, Glaw se acostaba junto a él, hasta que volvía a dormirse. No, ni aunque su existencia dependiera de ello. Él no tenía hijos ni pensaba engendrar otro. Tuvo suficiente con la pérdida de su bebé. Sujetándola de los hombros, le alejó de sí mismo.

Hannah se mordió el labio inferior. No tenía que haber regresado a ese lugar, aunque siendo honesta, ¿a dónde podía ir? Sola, sin amigos o familia ni dinero, no halló más opciones que esta. Le había tomado dos días llegar, pero lo hizo con la ilusión de que... Y, bueno, ¿qué esperaba? Él la llevaría de regreso al orfanato o con sus nuevos padres. La idea le aterró. Prefería estar muerta. Tal vez por eso fue a buscarle: para que terminara con su trabajo.

«Mátame, por favor». Era la única solución. Estaba cansada de sufrir, de ser golpeada y tratada peor que un animal. De sentirse como uno. Quería ir con sus padres, al paraíso. Quizá sus hermanos estuvieran esperándole ahí, también. Su querido gemelo y la pequeña Megan. Los extrañaba tanto. Tanto.

Limpiándose las lágrimas, Hannah lo vio con súplica. «Mátame, te lo pido». En lugar de eso, él la jaló del brazo hacia el interior del apartamento.

Aidan lanzó a la chica sobre el sofá. En su interior, la rabia se agitaba peligrosamente. ¿Por qué mierda estaba igual de herida que cuando la llevó con Amanda? Esa maldita bruja tendría que darle una explicación. Hasta donde él sabía, que no era mucho, ella fue adoptada por un matrimonio modelo: dos hijos, casa amplia, un perro. Perfectos. Demasiado para ser reales. «Infiernos». Ellos no lo eran.

¿Ya estaba pagando por sus pecados, tan pronto? La única persona por la que hizo algo bueno, volvía a él igual o peor que cuando la rescató. «Madeleine, ¿es así como te vengas de mí?». De estar Leo presente, habría hecho un alboroto. Conociéndolo, Bestia seguro estaría bailando en su cara, riéndose, mientras le recordaba su ineptitud.

«Putá mierda».

Samantha llegó al instante. Al ver a Hannah, frunció el ceño. Colocando

las manos sobre sus caderas, ella dejó salir un largo bufido.

—¿Qué le pasó?

Aidan la miró con reproche.

—No lo sé. Quizás daba un paseo y tropezó con un cactus salvaje que intentó *devorarla*.

Samantha hizo rodar los ojos.

—Odio cuando eres tan grosero.

Aidan resopló. Estaba de pésimo humor, lo que menos necesitaba era iniciar una discusión con Samantha. Ella saldría perdiendo, tenía que recordarlo.

—Entonces, ¿por qué hacemos preguntas *estúpidas*? —Apretó los labios, un momento—. Trata esas heridas mientras yo voy a cambiarme.

Samantha entrecerró los ojos, con una mueca de profundo desprecio que logró estremecer a Hannah. Ella lo que menos quería era estorbar.

—¿Y a dónde vas?

Aidan silbó.

—De nuevo con las preguntas *estúpidas*. Tú, ¿qué crees?

Tan pronto como Aidan se fue, Samantha trató de quitarle la ropa a Hannah para constatar su condición física, ella se resistió. Completamente humillada y confundida, lo que menos deseaba era ser vista con el desprecio que había en los ojos de la mujer. Entendía su lugar, que fue una estupidez ir por ayuda al único lugar en el que no sería bien recibida.

Rota, avergonzada y sintiéndose miserable, Hannah se levantó y caminó hacia la puerta. Antes de que pudiera tomar la perilla, Aidan le apretó el brazo.

—No, tú vienes conmigo.

Hannah sacudió la cabeza, negando, con las lágrimas nublándole la visión. ¿Por qué? Si no pensaba ayudarla, que al menos la dejase ir. No le contaría a nadie sobre lo que él hacía, tampoco lo buscaría otra vez. Tan solo deseaba un poco de compasión y paz. La mirada de Aidan le dijo que a él le importaba poco lo que ella quisiera. La entregaría a los señores Young y entonces...

Se resistió, con cada musculo de su cuerpo, para que él no la llevara.

—Po... por favor, no. —Antes de que se diera cuenta, había hablado.

La voz le volvió cuando su nuevo padre le dio su primera paliza, cuatro días después de que la llevara con ellos. Todo porque dejó caer una taza de porcelana. Y, más tarde, los golpes venían sin motivos. Aunque ella soportó, lo que la llevó a huir fue cuando él trató de hacerle daño, uno real e irreparable.

Aidan arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Hablas? —A menos que estuviera alucinando, eso que oyó fue su voz.

Hannah asintió despacio.

—Sí. —Armándose de valor, ella imploró—: Por favor, señor, no... no me lleve con ellos. Por favor.

Aidan se encogió de hombros. ¿Que no la llevara? Oh, pero él o haría.

—Eso no funciona conmigo, niña. —Apretó el agarre—. Ahora, camina o te arrastro, tú decides. Me da igual.

Vencida, Hannah hizo lo único que sabía: inclinó la cabeza. Y ante la sonrisa burlona de Samantha, se dejó guiar escaleras abajo. En cuestión de minutos, llegaron a un Hyundai Genesis Coupe negro y naranja, que estaba en el estacionamiento. Aidan la empujó dentro del automóvil y se puso en marcha de inmediato.

Estuvieron en silencio durante todo el trayecto, a excepción de los instantes en los que él se detenía para preguntarle hacia dónde ir. Sin otras opciones, ella le indicó el camino, diciéndole en qué lugar tenía que girar, y él obedecía sin siquiera verle a la cara. ¿Por qué todo lo que hacía era sufrir y sangrar? Entendía que no era nadie importante, que no merecía nada bueno. Mauricio se lo dijo hasta el cansancio; aun así, una parte de ella se negaba a creerlo. Una parte, más que cualquier cosa, anhelaba volver a los días sencillos en los que era feliz.

Realmente, solo quería huir de todo, incluso de sí misma.

Aidan se estacionó frente a una casa amplia con un hermoso jardín, como Hannah se lo indicó. ¿En serio estaba tan acostumbrada a cumplir órdenes que se resignó apenas le habló rudo? Más que nunca, lamentó no haberla asesinado,

para liberarla de su desgracia. Ahora, ¿qué haría con ella? Estaba claro que con Amanda no iba a volver; y con el par de bestias que le adoptaron, menos. Entonces... «No, ni de joda». Pero no tenía otra opción.

Después se preocuparía por el no-insignificante detalle.

Colocándose los guantes de cuero negro, al igual que su chaqueta, Aidan se giró hacia la adolescente. El terror en sus ojos llamó al dolor que enterró en el lugar más oscuro de su memoria. Glaw había tenido el mismo gesto, cuando los gritos de sus padres resonaron en su antiguo hogar. Sin embargo, él lo cambió por uno más amable, antes de encerrarlo en el armario y sacrificarse, por él. Tal vez...

«Por ti, hermano». Solo por Glaw, nadie más. Nunca.

—Camina —dijo abriendo las puertas.

Sin decir una palabra, Hannah lo siguió hacia la entrada de la vivienda. Aidan se detuvo y la jaló hacia su costado, donde ella permaneció sin hacer un movimiento ni levantar la cara. Como si no poseyera voluntad propia. Ah, genial, tendría un enorme trabajo con la chica. Sí, perfecto, como si no estuviera hasta el cuello con sus obligaciones: entre Infernum, la maldita profesión que estaba ejerciendo, por órdenes de Markus y Nicholas, y Samantha que trataba de volverle loco...

Jodido, más allá de todo remedio.

Tocó la campanilla y agudó a que abrieran. Adentro se oyeron algunas maldiciones, un par de sonidos y... silencio. Luego una pareja salió. Ambos se sorprendieron al ver a Hannah, quien trató de esconderse detrás del cuerpo de Aidan; él se lo impidió.

Que les tuviera tanto miedo confirmó sus sospechas. Alguien iba a sangrar, y no sería él.

—Lamento molestarlos, señores...

—Young. —La mujer se asió a su abrigo—. Yo soy Teresa; y él es mi esposo, Albert.

Aidan curvó los labios, en una sonrisa.

—Un placer. —Vio a Hannah de reojo y la señaló con el pulgar—. La encontré vagando por la calle, desorientada. ¿Vive acá?

—Sí, es nuestra hija... —Teresa suspiró, como si estuviera aliviada—. ¡Hannah, cariño! ¿Dónde te metiste? —Intentó tocarla, ella retrocedió—. Albert y yo estábamos preocupados.

Aidan ladeó la cabeza. Por supuesto, y él era estúpido. Se volvió hacia la chica.

—¿Son los que te hicieron esto?

Hannah titubeó.

—S-sí..., señor.

Aidan chocó la lengua con su paladar, varias veces. Mal, muy mal. Los padres estaban para proteger a sus hijos, no para golpearlos hasta la muerte. Si así quedó Hannah, no pudo ni imaginar a los otros dos. Antes de que pudieran cerrar la puerta, él interpuso el brazo; con la mano libre buscó su celular y se lo ofreció a Hannah.

—¿Qué, de verdad pensaste que te dejaría con este par de locos? —rió en tono bajo—. Toma, tiene varios juegos divertidos. Dejé la puerta abierta, métete al auto y ciérrala. No le abras a nadie. Yo iré en... media hora, más o menos.

Se descubrió el abdomen, dejando en evidencia su Jericho 941 FS. Teresa y Albert retrocedieron, asustados. Aidan les dio una mirada despectiva. Cerdos asquerosos, se bañaría con su sangre. Nicholas le daría una patada en el culo por esto; pero valdría la pena.

Él disfrutaría cada segundo.

—A ver, *papá*, si te atreves a pegarle a un hombre.

Hannah se quedó frente a la puerta, aun cuando Aidan la cerró en su nariz. Y, bien, ¿qué hacía? Él le dijo que regresara al vehículo, pero honestamente, ¿era lo que él quería? ¿Lo que ella quería? No estaba claro. Tomó la perilla, dispuesta a ingresar, se detuvo al oír lejanos quejidos de su nuevo padre. Cielo santo, ¿qué estaba haciéndole?

Por un instante recordó cómo le disparó a Mauricio: con una expresión dura, sin importarle que ella estuviera ahí. Tratándose de ese hombre, ¿qué podía esperar? Seguro lo estaba destripando vivo. Esa imagen le causó un temor sorprendente, tan fuerte que las piernas le fallaron.

Temblando, Hannah caminó hacia el automóvil y se metió en él, cerró la puerta, como Aidan le mandó y se puso los auriculares para oír algo de música.

Cerrando los ojos, suspiró cuando una canción le llenó los oídos. Ella no tenía idea de qué decía o en qué idioma estaba; la voz del cantante era dolorosa, tan triste que le provocó el llanto. Y evocó en ella imágenes del pasado: los ojos cafés claros de Ian, la sonrisa amable de Megan; las caricias de su madre, incluso la seriedad habitual de su padre, que escondía su preocupación. Su familia. Pero ella ya no tenía nada. Y estaba segura de que el hombre que estaba torturando a los señores Young solo la dejaría por ahí como un trasto viejo.

«No tengo a donde ir». ¿Qué opciones le quedaban? Quizás podía encontrar un trabajo de medio turno y estudiar, alquilar un piso... ¿De verdad lo creía posible? Aún no terminaba la escuela y pocas personas contrataban adolescentes, a menos que fuera para prostituirse o trabajar como esclavos con una paga minúscula, que apenas les servía para comer. Considerándolo de ese modo, ¿qué haría?

Se sobresaltó apenas Aidan se sentó a su lado. Olía a sangre y a sudor, y tenía una extraña mueca en los labios: como una sonrisa torcida y dolorosa. Él se quitó los guantes y los lanzó hacia la parte de atrás, al igual que la chaqueta y la camisa, quedándose solo con la franela sin mangas, de algodón rojo. Luego, le hizo señas para que se sacara los pequeños auriculares.

—¿Tienes hambre?

El tono con el que se lo preguntó le hizo dudar. ¿Qué tan malo podía ser? En última instancia, él le mataría. Ya se había preparado para eso.

—Sí.

Aidan suspiró, poniendo el motor en marcha.

—Yo también. —Después de un trabajo como este, siempre quedaba hambriento—. ¿Hamburguesas, pizza o alguna mierda saludable?

Hannah vaciló. Lógico, la chica debía de creer que él era una encarnación de Satanás o algo por el estilo. Eso casi le hace sonreír, casi.

—Hamburguesas..., bueno..., si...

Aidan elevó la mirada, fastidiado. ¿En serio?

—Relájate, no te voy a cortar en pedacitos ni nada. —Aceleró, tenía prisa —. Tampoco como bebés o desfloro vírgenes, para tu información. Las vírgenes..., quizás un poquito.

El rostro de Hannah se encendió de un color rojo tan intenso que Aidan creyó que tendría un colapso. Ah, maravilloso, mataría a la chica. Tanto esfuerzo en vano. Simplemente genial.

—¿Q-qué? —Su retorcido sentido del humor, la cogió desprevenida.

—Olvídalo. Entonces, te llamas Hannah. —Ella asintió. Bien, iban progresando—. ¿Tu edad?

—Cumpliré quince, en cinco meses.

Adolescente, en la flor de su ineptitud y rebeldía. Era capaz de lidiar con ello.

—Aidan, veinticuatro, abogado. Una ironía, ¿verdad?

Sí, lo era. Asesinando a los que defendía en la corte. Markus y Nicholas hacían buenas jugadas, eso debía admitirlo: cada uno de los miembros de los Nueve Círculos de Infernum tenía una profesión adecuada a su rol en la organización. Desde policías hasta fiscales; miembros de la Fuerza Élite; enfermeras, doctores, *hackers*... Un par de jodidos genios, eso eran.

Y a él le tocó estudiar una carrera que odiaba con cada parte de sí mismo, por un bien mayor. ¿Qué diría su padre, de saberlo? ¿Su madre o Glaw? Seguro estarían muy decepcionados.

—Señor...

Aidan bufó. ¿Señor, en serio, él? Hasta donde sabía, no se veía tan viejo.

—Ai-dan.

Hannah negó, estrujándose los dedos.

—Mamá me enseñó a ser respetuosa.

—¿Y siempre la obedeces, aún ahora que está muerta? —No quería ser sádico, pero la realidad era una perra.

Hannah se mordió la comisura del labio. «Muerta». Sintió las lágrimas

pincharle la parte de atrás de los ojos. Era la verdad. Y si lo sabía..., si estaba tan claro..., ¿por qué dolía como el infierno?

—Sí, siempre lo hago.

Por primera vez, él le mostró una sonrisa sincera. Extraño, mucho.

—Eso es bueno. —Se detuvo frente a un semáforo—. La mía se volvería a morir si viera en lo que me convertí. Una fortuna, ¿cierto?, que no pueda hacerlo.

Hannah le dio una mirada llena de reproche.

—Eso no es gracioso.

—No, pero la vida es *cruel*, niña. Asímelo.

Y sobre la brutalidad de la vida... Hannah buscó el modo de hacer la siguiente pregunta.

—Señor, ¿y qué voy a hacer ahora?

Aidan la vio de reojo.

—Comer una hamburguesa, ¿qué más?

—No... —Ella contuvo el dolor en su propia voz—. Yo, digo...

—Sé lo que dices. Venir a casa, supongo, ¿o tienes otra idea?

Ella negó. Casa... Le gustaba cómo se oía.

Hannah se quedó sin aliento. Estaban en una tienda enorme, ubicada en un centro comercial aún más grande, al que ella no hubiera podido entrar ni en sus mejores fantasías. Pero ahí se hallaba ella, al lado de Aidan, extasiada y temerosa a la vez de dar un solo paso en falso y terminar en la calle. ¿Cómo se suponía que tenía que actuar? ¿Qué esperaba de ella? No lo conocía, sin embargo, por lo poco que él le mostró no era un hombre empático. ¿Acaso habría una cosa espeluznante escondida detrás de toda esa inusual bondad? El solo hecho de imaginarlo le erizó la espalda.

Aidan movió la cabeza hacia los lados, estirando el cuello, y después fijó su intensa mirada en ella. Hannah se encogió en su lugar. Él, de nuevo, tenía ese gesto terrorífico que le hacía recordar la primera vez que se vieron, cuando casi le atraviesa con una bala.

—Y, más o menos, ¿qué esperas? —Se esforzó para sonar lo más amigable posible.

No resultó.

Llevaban quince minutos ahí parados y los vendedores comenzaban a verlos con desconfianza. Si era sincero, a él no le importaba; pero tampoco le parecía fascinante la idea de echar raíces en la tienda. Además, se suponía que ese era su día libre, el que tenía que haber dedicado a descansar y follar con Samantha. En su lugar, estaba estancado en un centro comercial desagradable junto a una adolescente que no hacía nada fuera de verlo como si tuviera al diablo sentado en los hombros. Esa idea casi le sacó una sonrisa.

Tenía que admitir que no se conocieron de la mejor manera y que, de no ser por Leo, ella estaría muerta; por lo que era normal que se encontrase asustada. Suspirando, llamó a una de las vendedoras con la mano. Mientras ella se acercaba, él se encorvó para hablar con la chica.

—Escoge lo que quieras.

Hannah apretó los labios, dudosa. ¿Lo que ella deseara? Sonaba demasiado bueno para ser verdad.

—No tengo dinero, señor.

Él hizo rodar los ojos.

—Aidan. Dime Aidan. Tengo veinticuatro, no cuarenta. —Exhaló—. Yo pago, anda con la mujer y escoge lo que más te guste.

Hannah negó, jugueteando con los dedos. Entendía que debía de verse como una indigente. Después de todo, pasó dos días vagando, en búsqueda del apartamento de la única persona que conocía. Sin comida ni posibilidad de tomar una ducha. Eso sin contar que la ropa que llevaba puesta era la que él mismo le dio cuando la llevó a su apartamento; por lo que sí, era lógico que inspirase lástima, y con todo...

—¿Y cómo le voy a pagar? —Le aterraba la idea.

Aidan maldijo en su interior. La chica le gustaba más cuando era muda. Todo lo que hacía era preguntarle y rebatir. ¿Qué tanto le costaba acatar una orden? «En qué líos me meto». ¿Y si mejor la dejaba de nuevo en el orfanato? Por mucho que quisiera, no podría. Su nueva conciencia no iba a permitirle eso y, como si fuera poco, se lo prometió a Glaw. No que su hermano muerto fuera a castigarlo por no cumplir con su palabra; pero sentía que era lo único que podía hacer por él..., en su honor.

«Putá mierda».

—¿Me quieres pagar? —Esbozó media sonrisa cuando ella asintió—. Bien: no me jodas tanto..., deja de mirarme como si estuviera a punto de atacarte, no me contradigas. Eso debería ser suficiente.

—¿Nada más?

—¿Qué, esperabas otra cosa? —Ella confirmó, desviando la mirada—. Mira, sé que te ha ido como la mierda y que probablemente creas que voy a venderte o algo así; pero no soy tan malo. Tengo sentimientos..., en algún lugar. No tienes que darme nada a cambio, ¿entiendes?

No, claro que no. Todo en el mundo se pagaba, de una forma u otra. Nadie hacía nada bueno sin esperar una compensación, ella había pasado suficiente tiempo con Mauricio como para saberlo.

—¿De verdad? ¿Lo promete?

Aidan se rascó la sien. ¿Qué, quería un documento certificado? Ah, mierda, que molesta podía llegar a ser.

—¿Hacemos un pacto de sangre? Sí, *te lo prometo*. Ahora, deja de hacerme perder el tiempo y vé por la ropa..

Hannah se mordió la comisura del labio y, aún llena de dudas y temores, fue con la joven dependiente. Mientras caminaban, contuvo el deseo de llorar. Lo que hubiera dado porque Megan e Ian le acompañasen. Habría sido hermoso. Pero ¿Aidan sería tan bueno de estar los tres? No lo sabía, aunque imaginó que sí. Ella quería creer de nuevo en la humanidad de las personas, incluso si eran asesinos como el hombre que dejó atrás. Hannah deseaba, y con todo su corazón, volver a ser la de antes: feliz. Siempre con una sonrisa en los labios, siendo amable sin importar los golpes o las caídas. ¿Podría ser posible?

Se levantó las mangas del suéter, para ver las quemaduras que le hicieron y las cicatrices que dejaron las navajas. ¿Cómo alguien se reponía después de haber sido herido de una forma horrible como esa? Estaba lastimada, más que en el cuerpo, en su alma. Rota, sucia y sintiéndose culpable.

Respirando profundo, para calmarse, tomó un par de pantalones anchos y se los quedó viendo. El precio era elevadísimo, por lo que los devolvió. «Lo que quieras», las palabras hicieron eco en su cabeza. ¿Se atrevería a confiar, en alguien como él? Y si no, ¿en quién más? No había nadie. Antes de que pudiera elegir otra prenda, los pantalones cayeron en su brazo. Confundida, levantó la cara y se encontró con los ojos azules de Aidan, viéndola con desaprobación.

«¿Qué hice?». No se atrevió a preguntarlo.

—Si te gustan, llévalos. —¿Qué parte no había entendido?—. No tienes idea de lo mucho que odio comprar ropa de mujer, no me obligues a elegir por ti. Si algo te gusta, lo tomas, se lo entregas a la mujer y continúas.

Hannah vaciló.

—Pe-pero... están carísimos y...

Aidan ladeó la cabeza. Considerado de su parte, aunque molesto. Quería salir lo más pronto posible, para volver a su apartamento y, si contaba con algo de suerte, seguir con lo que dejó inconcluso. Eso sí, y lo dudaba muchísimo, Samantha aún lo esperaba. Maldijo entre dientes al percatarse de una cosa: ¿cómo tendría sexo si la chica estaba viviendo en su casa? «¡Bravo, genio! Para la próxima, nos disparamos en las bolas».

—Sí, ya lo sé. —Se pasó la mano por el cabello—. Pero ese es *mi* problema, no tuyo.

—¿Está seguro?

—No, para nada. Solo te lo repito porque soy un descerebrado de mierda y me gusta perder mi tiempo.

Hannah se tensó ante el tono molesto. ¿Estaba de mal humor o solo bromeaba? No tenía idea. Separó los labios para contentarle; Aidan se le adelantó:

—Si se fija en algo por más de diez segundos, *tómelo* —le dijo a la

vendedora—. Si protesta, ignórela. Cualquier cosa, siempre que no sea ropa de puta, estará bien. —Luego se dirigió a Hannah—: Voy por un café, regreso en media hora. Espero que estés lista entonces.

Y sin esperar una respuesta, él se fue dando pasos largos y con las manos metidas en los bolsillos. «Es un hombre muy raro», pensó Hannah. Vio a la vendedora al rostro, ella le sonrió de inmediato. Era la primera vez que alguien lo hacía; si bien era falso y solo se trataba de su deber, Hannah olvidó por un instante toda su tristeza y se abandonó en la reciente felicidad.

«No será eterno. Eres como un cachorrito, cuando crezcas ya no serás tan linda y te dejarán en la calle, sola... de nuevo». Hannah trató de convencerse de que estaría bien. Ya fueran un par de años o una semana, ella disfrutaría al máximo su trocito de cielo. Solo pudo desear que, donde fuera que estuvieran, sus hermanos se encontraran con buenas personas que les dieran amor.

—Disculpe —Hannah dudó por un instante—, ¿puedo... puedo quedarme con algo de esto encima? Es decir..., para cambiarme y...

La muchacha asintió indicándole dónde estaban los vestidores. Sin decir otra palabra, ella caminó hacia el lugar. Adentro, se permitió suspirar. ¿No se trataba de un sueño? Se pellizcó y gimió por el dolor. Si no era uno, ¿por qué lo sentía como tal? La extraña alegría, la sensación de flotar en una nube de algodón... Acarició su propio reflejo. Tenía moretones en la cara y el cabello revuelto; nada que un baño no pudiera solucionar.

Se inclinó hasta ponerse se cuclillas y entonces lloró, cubriéndose la boca para que no escapara ningún sonido. Dios santo, ¿cuánta lástima debía de dar, para que Aidan se tomara tantas molestias con ella? «Soy tan triste». Honestamente, ¿qué hacía en ese lugar, fingiendo que todo estaba bien y que ella valía la pena? Al final del día, no sería más que una ilusión y, cuando terminara, ella terminaría incluso más herida que antes. Los golpes sanaba, con el paso del tiempo, pero eran las heridas del alma las que se quedaban ahí, como un atroz recordatorio de la única verdad que conocía: no valía nada.

Aun así, ella quería creer que era real, que podía ser duradero. Por lo que se desnudó deprisa, para poder colocarse parte de lo que eligió: un suéter rosa pálido y unos pantalones anchos de color negro. Nada llamativo, pero que le hacía sentir cómoda porque escondía a perfección su cuerpo.

No quería ser vista, nunca más.

Se peinó con los dedos y salió. Aidan se hallaba en la caja registradora, por lo que se apresuró hacia él y se paró a su lado, firme como una estatua. Él arqueó una ceja.

—¿Es todo?

¿Qué, esperaba que comprara más? Llevaba al menos cinco vestidos, tres pares de pantalones, varias camisas y suéteres; además de un par de pijamas. Con semejantes precios, le asombró que no estuviera gritándole o devolviéndolo todo.

—Sí, ¿es mucho? Yo puedo...

Aidan vio hacia arriba, hastiado de esa actitud. ¿Nunca había ido de compras? Él no sabía mucho de mujeres; sin embargo, cuando le entregaba su tarjeta a Samantha ella por lo general lo dejaba en saldos rojos. Jamás entendió por qué, pero todas ellas parecían tener un gusto enfermizo por las compras y terminaban gastando una enorme cantidad de dinero en objetos que casi nunca usaban.

—No, pero... Como sea, en un par de meses no te servirán, así que tendrás que volver, imagino.

Hannah parpadeó, sorprendida. ¿Lo decía en serio? Las lágrimas le pincharon la parte de atrás de los ojos. Conteniéndolas, ella asintió.

—Gracias.

Aidan se encogió de hombros. ¿Y por qué? Continuaba convencido de que matarle habría sido mejor. Ahora ella tendría que aprender a lidiar con los malos recuerdos, la culpa y todo lo que significaba ser el sobreviviente de una masacre. Él lo sabía, todavía se enfrentaba a ello. Pero la diferencia era que al menos drenaba toda la ira de una forma nada cristiana.

La miró de reojo, unos segundos. A su edad, él ya había asesinado a más de cien personas. ¿La sometería a una vida como esa? Ciertamente, Infernum le había ayudado con sus problemas, ¿pero a qué costo? No se arrepentía; aunque en algunos momentos se preguntaba cómo habría sido de no haberse unido a ellos. ¿Quién sería, dónde estaría? No importaba. Ahora solo tenía clara una cosa: no la obligaría a unírseles. Como fuera, la mantendría lejos de su mundo. Era lo que su hermano hubiera querido.

«Me haces falta, Glaw». Nadie imaginaba cuánto. Ni siquiera él lo hizo,

hasta ese instante.

—Sí, como digas. *Muévete*.

Hannah caminó a su lado, silenciosa. Todo le pareció tan increíble que, de nuevo, se preguntó si soñaba. ¿Estaría en coma, en una cama de hospital, como en las telenovelas? Eso lo explicaría. Consideró preguntarle, algo le dijo que de hacerlo Aidan no se lo iba a tomar nada bien. Por lo que había notado, tenía un carácter complejo. Se la pasaba haciendo comentarios crueles y se burlaba de su propia desgracia, como lo que dijo sobre su madre; no obstante, también lucía como si estuviera cansado de vivir. ¿Sería por eso que se dedicaba a un trabajo tan terrible?

Tenía sentido.

Ambos se metieron al automóvil. Antes de poner el motor en marcha, Aidan le entregó un par de bolsas.

—Jabones, cremas y otros productos —dijo—. En casa no hay nada, no al menos para mujeres; por lo que compré algunas cosas.

Y la verdad fue la tarea más horrible. Entre toallas sanitarias y desodorantes; cremas para el acné y la celulitis; perfumes y productos para el cabello..., él casi estuvo a punto de rendirse. ¿Cómo hacía Samantha para diferenciar una cosa de la otra? Tenía que darle crédito. De no haber sido por la encargada del departamento de higiene femenina, él habría comprado solo tampones y un rizador de pestañas. De todos modos, ¿para qué necesitaban uno? Lucía como los juguetes con los que Leo solía torturar a las personas, lo cual volvía los dichos aparatos algo aterradores. ¿Dolería?

Agradeció más que nunca la simplicidad de ser un hombre.

—Gracias... —Hannah se mordió la comisura del labio—. Yo...

Aidan dobló en una calle y hundió el acelerador.

—Deja de hacer eso.

—¿Qué cosa?

Bufó, exasperado. Demonios, todo lo que hacía era preguntar y mosquearlo. ¿Por qué, por qué, por qué? ¿En serio? Aunque, si era sincero, no tenía idea de qué le enojaba tanto. Ah, sí: porque le recordaba a sí mismo, antes de que su familia fuera asesinada. Y él odiaba con todas sus fuerzas a su

antiguo y patético yo, pues fue incapaz de proteger a las personas que amaba.

Justo por eso.

—Agradecer por todo, es *molesto*.

—Bueno... —Hannah desvió la mirada—, no puedo. Mamá me enseñó a ser agradecida.

—*No* conmigo.

Samantha parpadeó, boquiabierta, tan pronto como la puerta se abrió y Aidan ingresó junto a Hannah. Ambos tenían paquetes en las manos y la chica parecía más contenta que horas atrás. ¿Qué hacía en la casa del Colmillo y con esa ropa? Con un gesto de disgusto, ella se puso de pie y caminó hacia Aidan para besarlo en los labios, él se apartó.

—Niña —dijo siguiendo hacia el sofá, donde tomó asiento—, sabes dónde está la ducha. Vé, date un baño, cámbiate y regresa. Tenemos que hablar.

Asintiendo, Hannah se retiró sin decir una palabra, hacia el interior del apartamento.

Samantha colocó ambas manos en sus caderas y movió el pie, haciéndolo chocar su tacón contra el suelo. Estaba harta. ¿Quién demonios se creía para tratarla de esa manera? Primero le hacía a un lado, en medio del sexo, para irse con la pequeña piojosa; se tardaba una eternidad y, ahora, volvía con ella como si nada. Francamente, ¿qué pasaba por su cabeza?

—Aidan... —Él ni se inmutó—. Aidan... —Continuó ignorándola— ¡Te estoy hablando, mierda!

Él alzó la cara y la vio a los ojos. Samantha sabía lo que significaba: estaba molesto. No, eso era poco. Él odiaba, con todas sus fuerzas, que le gritaran. Sin embargo, ¿qué quería? Ella, como su mujer, se merecía una explicación.

—Te oí. —Resopló frotándose las sienes—. Sé que hemos tenido esa conversación miles de veces, pero déjame repetírtelo: no-me-¡grites! Nunca,

jamás, ni en un millón de años.

Aidan se soltó el cabello, que le cayó de inmediato sobre los hombros como gruesos hilos azabaches.

—Entonces explícame, ¿qué hace aquí?

Aidan se encogió de hombros.

—¿No es como que... evidente? —Porque para él sí—. Se quedará.

—¿Contigo? —Samantha no fue capaz de disimular la indignación en su voz.

—Sí, Sam, *conmigo*.

«¿Se ha vuelto loco?». Era la única explicación. Porque ¿cómo se le decía a un asesino que salvaba el culo de una horrenda vagabunda, se la llevaba de compras y luego pretendía meterla a vivir en su propio hogar? Confundida y enojada, ella cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Estás demente? ¡Aidan, por Dios!

—Deja de gritar. Me duele la cabeza, Sam, en serio.

Ella se burló.

—Oh, perdóname. Pero resulta que me dejaste aquí, te fuiste un millón de horas y luego volviste con esa *pordiosera*. ¿Cómo quieres que esté, feliz? ¡Y una mierda, Aidan!

—¿Y qué querías, que la echara para seguir jodiéndote? Solo hice mi trabajo.

Samantha arqueó una ceja.

—¡Tu trabajo es asesinar delincuentes!

La mirada burlona de Aidan le puso los pelos de punta. Ah, mierda, él lo había hecho. Temblando por la rabia, Samantha respiró profundo.

—No. ¿Mataste a sus padres, en serio? —Apretó las manos, en forma de puños—. ¡Qué coño te pasa! ¿Sabes lo que hará Nick si...?

Aidan curvó la comisura del labio, en una sonrisa. Disfrutó jugar con el bastardo que maltrataba a sus hijos y con la zorra que lo ayudaba. Los grandotes siempre terminaban gimiendo como putas. Con la mujer, no obstante,

fue piadoso: tan solo una bala en la cabeza. Los chicos bajo su cuidado estarían mejor sin ellos, incluso el perro.

—¿Y quién le dirá, *tú*? —No, si sabía lo que era conveniente—. Mira Sam, mi grupo y yo sacamos a la mocosa del almacén del Lobo. Tú misma viste lo que le hizo. La llevé con Amanda, para que le diera un buen hogar; pero la adoptaron un abusivo y su puta de mierda. Vino por ayuda, así que se la estoy dando.

Ella chasqueó la lengua.

—¿Y qué? ¿Desde cuándo tú...?

—¿Duele tanto, Sam? —La inmovilizo con una mirada furiosa—. ¿Alguna vez te has preocupado por alguien que *no seas tú*?

Samantha entrecerró los ojos. Ah. No, él no iba a ofenderla insinuando que era egoísta. Claro que entendía la situación de la chica; pero ¿por qué él?, ¿por qué ahí? Habiendo tantos lugares...

—Me preocupo *por ti*.

—¿En serio? —Soltó una risita burlona—. Estoy cansado de discutir, así que súmate a la causa o sal de mi camino.

—¡Aidan!

Él se levantó caminó hacia Samantha y la sujetó los las mejillas con una mano para que lo viera a los ojos.

—Me duele la cabeza, Sam. Sé que te importa una mierda, pero por favor deja de gritar. Si no puedes ser madura ni amable, entonces vete. Y no me hagas berrinches, ya no somos niños.

Ella desvió la mirada. «¿Por qué?», era una pregunta de la cual ya tenía respuesta: porque no le importaba. Él no la quería y, con todo, ella se esforzaba para estar a su lado. Demasiado humillada, como para continuar en el mismo lugar junto a él, Samantha se alejó. Recogió su bolso y se fue hacia la puerta. Antes de abrirla, le dio un último vistazo, él no hizo ningún movimiento para detenerla, como de costumbre. Salió vuelta una furia, dando un portazo.

Aidan se apretó el puente de la nariz. «Demonios, ¿por qué hago mi vida miserable?». ¿Por qué era siempre igual, en lo que a Samantha concernía? Un

día sin discutir con ella era lo bastante raro como un unicornio y, sin se sinceraba, comenzaba a creer que eran reales.

Nada que ver con su inexistente paz junto a ella.

—Señor... —Se giró para ver a Hannah, quien le dedicó una sonrisa tímida—, ¿su novia se fue por mi culpa?

Aidan suspiró, negando. Honestamente, ¿por qué hacía esto? Cerró los ojos un segundo, el rostro amable de su hermano le vino a la mente, como el destello de un recuerdo. Por él. Y por sí mismo. Le habría gustado que alguien lo hubiera ayudado en su momento. No convirtiéndolo en una máquina asesina y sin emociones, sino... *Bah*, ¿y qué importaba?

La función debía continuar.

—*No* es mi novia. —Nunca tuvo una—. Y se fue porque es una histérica. No te preocupes, se le pasará pronto.

Hannah no se lo creyó. Había oído parte de la discusión, ella no le agradaba a la mujer pelirroja. Le dolió fue ser llamada «pordiosera», le hizo recordar su breve y dolorosa estadía con Mauricio: las palizas e insultos, el modo en el que la miraba, como si fuera despreciable...

—Ah... —Se apretó los dedos de las manos, debajo del suéter de su pijama en forma de panda—. ¿Dónde voy a dormir?

Aidan volvió a sentarse y palmeó el sofá para que ella lo imitara. Hannah lo hizo.

—En la otra habitación. Sobre eso..., está algo desierta, así que pasarás la noche en la mía y yo dormiré acá.

—No importa, puedo hacerlo en el suelo. —Ni siquiera notaría la diferencia.

Aidan encendió un cigarrillo. Bueno, él no era conocido por sus actos de bondad; pero estaba malditamente seguro de que no haría dormir a la chica en el piso, como un animal sarnoso.

—Quiero que entiendas esto: *no* eres una esclava, puedes irte en el momento que quieras. Mañana o en cuatro años, es *tu decisión*. Eres... —Soltó el humo por la nariz—... una invitada o algo así. ¿Está claro?

—Sí. —No del todo, en realidad.

—Bien, vamos con las reglas: además de hoy, *nunca* entres a mi habitación, ¿entiendes? Jamás. Por lo general estoy ocupado, será muy difícil que nos encontremos más que un par de veces en la semana; pero sabré todo lo que haces, así que: nada de licor, drogas o fiestas escandalosas. —Sonrió ante la mirada confundida de la adolescente—. Puedes traer a tus amigos, siempre que me des sus nombres tres días antes. Puedes tener novio, pero *no te embaraces*, ¿bueno? Odio a los bebés y no te voy a pagar un aborto. Lo siento.

Hannah palideció. ¿Embarazos, abortos? Era tan directo y cruel..., y parecía disfrutarlo.

—¿Q-qué?

Aidan contuvo las ganas de echarse a reír.

—Alguien viene a hacer la limpieza, no debes preocuparte. No estás aquí para ser mi criada. Sobre eso... —Buscó en su teléfono un par de fotografías —: es esta. Fuera de ella solo puedes dejar entrar a Sam, la pelirroja con síndrome premenstrual invertido; a Leo, este rubio idiota de acá, y a cualquiera de tus amigos, solo si yo los autorizo.

—Yo no tengo amigos.

Aidan se encogió de hombros.

—Supongo que los harás, cuando regreses a la escuela. —Apagó el cigarrillo en el cenicero—. Otra cosa: no debes mencionarle a nadie quién soy o lo que hago. Fuera de ti, solo Sam, Leo y mis jefes lo saben; por lo que si alguien se entera, sabré que fuiste tú y... *no estaré muy contento*.

—No le diré a nadie, lo juro.

De todos modos, ¿quién traicionaba a la única persona que le había tendido la mano? Por supuesto, ella no.

—Si llaman a la puerta, a menos que sean las niñas de las galletas (nota informativa: ábreles siempre y compra montones de cajas. Amo la maldita cosa) o cualquiera de los que te enseñé, no abras. Si insisten, ignóralos. Si tratan de meterse a la fuerza, corre a esconderte debajo de la cama y llama a Emergencias.

Hannah vaciló antes de asentir. Cielos, ¿dónde se había ido a meter? Sin

embargo, toda su atención se desvió a un casi insignificante hecho, que Aidan mencionó.

—Yo..., ¿volveré a la escuela?

—Sí. —Que ni siquiera pensara en negarse—. Me importa una mierda si no quieres. Me aseguraré de que inicies en enero. No vas a vagabundear por ahí.

Hannah se limpió las lágrimas, que brotaban de sus ojos y se deslizaban a lo largo de las mejillas.

—Yo..., eso sería genial, volver a la escuela. ¡Gracias!

Aidan meneó la mano, restándole importancia.

—Sí, sí, *de nada*. ¿Preguntas?

Hannah ladeó la cabeza. Un millón de ellas, de hecho, ¿por dónde empezar? Pero la más importante, por el momento:

—¿A qué hora es la cena?

Aidan rió entre dientes. ¿En serio? Él le recitaba un montón de normas e incluso le amenazaba de forma discreta y ella..., ¿quería comer?

—Déjame pedir algo, no tengo nada hecho.

## CAPÍTULO 6

—Estaré fuera, dos semanas. —Aidan le ofreció una pequeña tarjeta de plástico—. No tienes que preocuparte por la comida, pagar la electricidad o el agua; ya me he encargado de eso.

Hannah vaciló antes de tomarla. Luego de poco más de un mes, casi estaba acostumbrada a su habitual frialdad; sin embargo, en ese momento se encontraba más que nada confundida. Dos semanas..., ¿qué se supondría que haría durante todo ese tiempo? Sola, abandonada, en un apartamento que le parecía demasiado grande y aterrador. Sin ninguna decoración que lo hiciera lucir como un hogar, pintado de blanco, como una sala de urgencias. Era como estar en la oficina de un mafioso: lleno de armas, licor, comida chatarra y cigarrillos. Solo faltaban las prostitutas desfilando en trajes de baño.

Aún no descubría las razones, no obstante, Aidan era un hombre paranoico; él incluso dormía con una pistola debajo de la almohada y con sus dos cuchillos al alcance de la mano. Como si esperara ser atacado por su peor enemigo o un apocalipsis zombi, él estaba en alertan constante. Aunque, por supuesto, sabía disimularlo bien. Escondía toda esa locura detrás de una máscara de serenidad que le hacía parecer frío y metódico, no humano. Un... demonio.

—Tienes dinero suficiente como para llenar el armario de ropa y zapatos —continuó apático—: Pero si llegaras a quedarte corta, hay efectivo en mi habitación.

Hannah se mordió el labio, suspirando, antes de responder.

—Pero usted dijo que...

—Sí, ya lo sé. —Tenía pleno conocimiento de sus palabras—. Nueva regla: puedes entrar, solo en caso de *emergencias*.

—¿De qué clase?

Aidan bufó, viéndola como si tuviera un serio retraso mental. ¿En serio, estaba haciéndole esa pregunta idiota? Pues, por cómo él lo veía, del tipo que

significaba «tu vida está en peligro, huye» o peor. Dudaba que la chica fuera a meterse en problemas, aunque no podía estar del todo seguro. No la conocía bien y no le interesaba hacerlo. Ella estaría bajo su cuidado, con suerte, unos pocos años. De modo que volverse amigos y jugar a las tardes de té, no se hallaba en su agenda. Siempre resultaba mejor no encariñarse.

Aún recordaba el modo en el cual lo aprendió: Nicholas y Markus le asignaron un tutor tan pronto como abandonó el orfanato, Randall. Aunque podía llegar a ser un hombre apático y misterioso, también fue la única persona que se interesó en él..., casi como un nuevo padre. Durante dos años estuvo a su lado, ayudándolo a superar su pérdida, a manejar la ira y el dolor que no le permitían seguir adelante. Hasta que llegó el día de su graduación y Aidan se vio forzado a jalar el gatillo porque su propia vida dependía de ello.

La última prueba siempre era la peor.

Y él todavía podía sentir las cálidas lágrimas deslizándose por sus mejillas mientras Randall agonizaba entre sus brazos. Incluso podía ver la vida abandonando sus ojos, a la vez que él le apretaba la mano diciéndole que todo estaría bien. «Ahora eres el Colmillo del Diablo. La Mano Justiciera del Infierno. No me decepciones». Esas palabras lo perseguían por las noches, sumándose a sus habituales pesadillas. Nunca entendió que era más retorcido: si hacerlos asesinar a sus propios maestros o que fuera ellos quienes les otorgaran sus apodos antes de morir.

Ese era el principal motivo por el que empalizaba con Leo. Su compañero había llorado a gritos luego de matar a su tutor. La única figura amorosa y paternal que conoció en toda su jodida vida miserable.

Pero el sufrimiento y la rabia los convertían en hombres fuertes. Infernum necesitaba a los mejores para poder limpiar al mundo de la inmundicia.

—Tú, ¿qué crees?

Hannah no tuvo una respuesta para esa pregunta. Lo que para ella significaba una emergencia, él podía tomarlo como una tontería. Lo descubrió en las últimas semanas. Para Aidan solo tres cosas calificaban como urgentes: una bala en algún lugar importante del cuerpo, una emboscada enemiga y no tener hamburguesas en el frigorífico. Sobre todo las hamburguesas, el hombre era adicto a la carne.

—¿Una del tipo «ya no hay carne» o... «mi vida está en peligro, necesito

dinero»?

Aidan arqueó una ceja. Hannah retrocedió un par de pasos, por instinto. Él no le había lastimado o intentado hacerlo; sin embargo, Samantha hacía lo mismo siempre que él la veía de esa manera: como si estuviera considerando sacarle el corazón con su propia mano. Y, honestamente, durante su primer encuentro, él quiso dispararle. ¿Qué se lo impedía ahora? Vio hacia los lados. Nada ni nadie.

—En serio, mocosa, ¿puedes dejar de verme como si fuera a atacarte? —Resopló—. Si quisiera, ya lo habría hecho, ¿no lo crees?

Él tenía un punto, muy bueno por cierto.

—S-sí...

Aidan esbozó media sonrisa.

—Bien. Volviendo al tema: una emergencia del tipo «mi vida está en peligro, necesito dinero». Pero *no* nos meteremos en problemas, ¿verdad?

Hannah sacudió la cabeza casi con desesperación.

—Señor, pero ¿qué haré todo ese tiempo, yo sola?

Aidan apretó los labios. Buena pregunta. ¿Por qué mierda no había pensado en ese minúsculo detalle? Demonios, tenía quince, ¿sería conveniente dejarla sin supervisión? Samantha no movería un dedo para ayudarla, no iba a contratarle una niñera de último momento y estaba malditamente seguro de que no la dejaría en las manos de ninguno de sus hombres... o mujeres. Eso sería poner su culo en peligro sin ninguna razón. Si alguien descubría su pequeña travesura, estaría en serios problemas. Si bien, Nicholas podría perdonarlo; sería distinto con ella. Querría entrenarla, lo cual no permitiría porque una vez en Infernum, Hannah no tendría posibilidad alguna de llevar una vida normal. La que le robaron a Glaw.

La misma que él tampoco tuvo.

—Bueno, ahí tienes tu *laptop*, sabes usarla. Te acabo de dar una tarjeta con suficiente dinero como para irte de vacaciones a Hawái. —Se recogió el cabello con una liga—. En lo que va de mes, solo has salido un par de veces. ¿Por qué no vas de compras, al cine o lo que sea que quieras? Solo no vayas con extraños, no dejes entrar a nadie a casa y... no vuelvas tarde. —Hizo una

pausa, para enviar un mensaje de texto—. Llamaré todos los días, sin falta, a eso de la diez; más te vale que estés aquí para entonces.

—¿Puedo hacer todo eso?

Aidan suavizó la mirada.

—Ya te lo dije: no eres mi esclava. Puedes hacer e ir a donde quieras, sin romper las normas.

Antes de que pudiera responderle, llamaron a la puerta. Con un gruñido, Aidan fue hacia ella y la abrió sin siquiera fijarse en quién se trataba. Él podía violar sus propias normas, después de todo. Hannah se sorprendió al volver a encontrarse con el mismo muchacho rubio, de ojos verdes, que le impidió a Aidan dispararle en la cabeza. Con una sonrisa, Leo atravesó la sala, ignorando a su compañero por completo, y se acercó a ella.

—¡Hey!, mírate —dijo, con su tono alegre—. Estás más bonita sin toda esa mugre.

Aidan se colocó junto a él, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Llegas tarde.

Leo se encogió de hombros.

—Cinco minutos, jefe, estaba dejándole flores a Madeleine y a Donatello. —De nuevo, fijó sus ojos en Hannah—. ¿Y cómo estás? El tipo este, que da miedo, ¿te trata bien?

Ella asintió, despacio. Era la segunda vez que lo veía, pero él la estaba tratando como si fueran familiares. Tan distinto a Aidan. ¿Cómo conseguían llevarse bien? Porque, por mucho que intentase fingir lo contrario, le pareció evidente: eran buenos amigos. Se querían.

Leo se volvió hacia Aidan.

—Entonces, *babbo*, ¿la adoptamos? ¿Ella es mi nueva hermanita?

Él vio hacia arriba, molesto, y refunfuñó unas maldiciones.

—No, *bambino*, mi único tumor parlante eres tú. —Esbozó una sonrisa tranquila, algo inusual—. Solo se está quedando aquí.

Leo pareció confundido.

—Quedando..., ¿cómo? ¿Del tipo «soy tu mascota»?

Esas palabras dolieron. Hannah fingió no haberle oído, aunque le hubiera hecho recordar su estadía con el Lobo. Pero incluso en ese momento, junto a él, ella no tenía un grado de importancia tan elevado. No merecía, si quiera, el título de «mascota».

—No. Del tipo «soy tu invitada».

Leo le dedicó una sonrisa a Hannah, tan amplia que se le vieron todos los dientes. Él era... extraño, más que Aidan; lo cual era mucho. Con todo tenía algo agradable, que ella no descifraba. Quizás fuera esa actitud relajada, optimista y altanera a la vez.

—Estoy *celoso*, niña. Yo nunca he pasado de ser un grano en el culo.

Hannah parpadeó.

—¿Qué?

—¡*Woah!*, sí hablas.

Leo le apretó las mejillas, hasta que se le pusieron rojas. Aidan, sujetándolo por el brazo, lo forzó a detenerse.

—Deja de jugar; nos esperan.

Él le frunció el ceño.

—¿Vas a dejarla *sola*?

Aidan tomó su mochila, que estaba en el sofá, y se fue de nuevo hacia la puerta.

—Sí, camina.

Leo suspiró, apretó el hombro de Hannah y acercó los labios a su oído.

—Sí, lo sé, es un insufrible de mierda; pero no es tan malo como parece. —Se irguió y volvió a sonreírle—. Cuídate, niña.

Sin decir una palabra, ella asintió.

—¡Muévete, no tenemos todo el día! —gritó Aidan, desde afuera.

Leo soltó una risa juguetona y se echó a correr.

Cuando la puerta se cerró, Hannah vio a su alrededor, entristecida. Estaba

sola, y odiaba esa sensación con todas sus fuerzas. Con un suspiro, regresó a su habitación, dispuesta a dormir. Serían dos larguísimas semanas.

Aidan se cruzó de brazos y negó con un suave movimiento de cabeza. Junto a Nicholas, se encontraba una mujer joven y alta, de piel pálida y corta cabellera teñida de verde. No la conocía, pero estaba malditamente seguro de no querer hacerlo. Ella le dedicó una mirada orgullosa, eso fue todo lo que él necesitó para descartarla. Antes de aceptarla como miembro de su grupo, prefería cortarse un testículo él mismo y sin anestesia.

—Ella es Tracy, mejor conocida como Ángel. —El tono de Nicholas fue indiferente—. La tomarás bajo tu...

—No. —Aidan hizo énfasis, para no dejar ninguna duda—. Envíala con Luka; yo no la quiero.

Su jefe resopló, haciendo rodar los ojos. Aidan conocía ese gesto: él iba a recordarle quién era y su lugar en la organización. Sin embargo, Nicholas O'Connell no era el único con una memoria impecable, debía de saber que una vez que lo empezara tendría que terminarlo. Él no era el único hijo de puta con un humor del demonio.

—McLaughlin... —Incluso estaba utilizando su apellido, qué miedo—. *No te lo estoy preguntando.*

—¿Qué crees? *Yo tampoco.*

Tracy sonrió. Leo, por otro lado, no fue tan discreto: él carcajeó como de costumbre. Aidan los ignoró y se mantuvo con la mirada fija en Nicholas. Aún estaba enojado por lo de Madeleine, se lo dijo desde el inicio: la chica no debía estar en el Noveno Círculo. Su lugar era con primero, tal vez el segundo; pero no en el que se encontraba bajo su mando. Todavía era joven y no tenía el adiestramiento necesario. Honestamente, ¿qué mierda tenía Nicholas en mente cuando se la impuso como compañera?

Ahora ella y su bebé estaban muertos. Cortesía del Gran Jefe. «Gracias, por el cargo de conciencia, Rey Tarado».

—Colmillo...

—No. —Se giró hacia Leo—. Bestia, nos vamos.

El muchacho asintió, dispuesto a marcharse. Se detuvieron cuando Nicholas palmeó el escritorio con ambas manos. Aidan bufó. Por supuesto, jugaría a intimidarlo. En serio, ¿utilizaría el manual de «Cómo doblegar a su asesino en 10 simples pasos» con él? Bueno, ya era un poco tarde, se lo había leído y empelaba los mismos trucos con cualquiera del Noveno Círculo.

Qué pena.

—¿Qué sucede? —La voz de Markus, el hermano mayor de Nicholas, lo detuvo.

Aidan dio media vuelta, para encararlo. De los dos, pese a casi nunca intervenir en ningún asunto, Markus era quien tomaba las decisiones. El verdadero líder. Un psicópata que incluso dejaba a Charles Manson en pañales y al diablo como una quinceañera con cólicos. A diferencia de Nicholas, Markus vivía con síndrome premenstrual constante. Todos los días del año, las veinticuatro horas. Aterrador. Insufrible.

Al verlo, Markus esbozó media sonrisa.

—¿Dando problemas, de nuevo?

Aidan se encogió de hombros. Pese a sonreír, los ojos oscuros de Markus eran inflexibles. Casi parecían negros, como el abismo en el que vivían todos en la hermandad.

—Me declaro culpable.

Nicholas tomó asiento otra vez y se frotó una ceja.

—¿Y bien?

Aidanladeó la cabeza. Odiaba esas dos palabras, al menos en los labios de Nicholas, porque solo significaban una cosa: «De rodillas para joderte». Sí, bueno, Samantha se equivocaba al creer que su vida era perfecta. En ocasiones, no era otra cosa que la puta de la organización. Aunque, claro, ser el mejor de ellos tenía sus beneficios. Unos que, por cierto, no estaba viendo en ese instante.

—¿Y dónde está mi «por favor»?

Nicholas enterró los dedos en su corta cabellera negra y gimió entre dientes.

—Mark, ayúdame.

Él rió, antes de dirigirse a Aidan.

—Ponla a prueba, si no te agrada eliges a quien más te guste. Haces una competencia, si quieres.

Esa era una oferta que no rechazaría, sobre todo porque Nicholas era terrible escogiéndole hombres. Si no morían, como Madeleine; eran unos insufribles de mierda, como Leo. Y, ¿por qué no?, después estaba el grupo de los que solo tenían un lema: todo-me-asusta-mejor-renuncio-adiós. Estaba harto de eso.

Tan pronto como terminara con Ángel, iría por un par de subordinados nuevos. ¿Cómo era que se llamaba el rarito de los *piercings*? No importaba, lo quería en su grupo. Y también a la asiática ardiente, experta en combate cuerpo a cuerpo.

«Adiós a mi testículo». Se alegró de no haberlo pronunciado.

—Bien. —Se dirigió a Tracy—. No discutas y no hagas estupideces. Yo digo «salta» y tú preguntas «¿qué tan alto?». Si te llamo, vienes. Si te envío, vas. —Le dedicó una sonrisa burlona—. No pongas a prueba mi paciencia, *no te conviene*.

Markus se echó a reír.

—Cariño, yo en tu lugar no dudaría de ninguna de sus palabras.

Aidan reanudó la marcha, sin siquiera ver atrás. «Putá mierda». Solo esperaba volver a casa en una pieza y poder tener algo de sexo..., si podía claro. Ahora, con la chica-tímida viviendo en su casa tendría que limitarse. Y la verdad, odiaba con todas sus fuerzas tener que pasar la noche en un hotel o en el apartamento de Samantha. Siempre que lo hacía, ella lo tomaba como una señal de que su no-relación estaba avanzando.

—¡Mueve el culo, bonita, vamos tarde!

Tracy apuró el paso. Junto a ella, Leo silbó.

—Bienvenida a la familia —le dijo—. El jefe es agradable, a que sí.

Ella negó, sonriente.

—Gracias.

## CAPÍTULO 7

Hannah tomó asiento en una de las bancas de madera del parque y se dedicó a ver a los niños correr. Hasta hacía poco, ella era igual de feliz; ahora, sin embargo, se sentía perdida en un mundo demasiado grande y cruel para alguien como ella. Sola. Cerrando los ojos, respiró profundo tanto aire fresco como le fue posible. Buscó el dulce aroma de la naturaleza en él, no lo halló. Qué extraño. Pese a haber hierbas, árboles y flores, todo lo que olía era el humo de los automóviles y cigarrillos. La contaminación.

La terrible decadencia que le asfixiaba.

Echaba de menos la simpleza de su vida anterior. Los días en los que no era nada fuera de una chica de campo, que no conocía la maldad ni el dolor en ningún sentido. Sus padres se encargaron de mantenerle a salvo, de hacerle creer que el mundo era de un maravilloso color rosa. Luego Mauricio y sus hombres llegaron para acabar con esa ilusión. Pero tenía qué agradecerles de cierto modo, debido a ellos y su crueldad, ya no era la de antes. Ahora era incluso más fuerte.

Y también estaba llena de miedos.

Abrió los ojos de súbito, creyendo que estaba siendo observada. Conocía esa sensación demasiado bien: como si el mundo se hiciera más pequeño, el aire le faltaba, el cuerpo comenzaba a temblarle y sentía el estómago extrañamente vacío. Se encontró de inmediato con los ojos pardos de una chica asiática con la cabellera teñida de rosa, que la miraba con interés. Ella estaba tan solo a tres metros de distancia y parecía debatirse entre acercarse o no.

Hannah se levantó, dispuesta a marcharse. Aunque no lucía mucho mayor que ella, le pareció que lo mejor era no arriesgarse a nada. Después de todo, el mundo estaba lleno de personas horribles que parecían disfrutar del dolor ajeno. Antes de que hiciera cualquier movimiento, la muchacha fue hacia ella.

—Lo lamento, ¿te asusté? —preguntó, con su fuerte acento.

Hannah negó con la cabeza. Lo mejor era no demostrar lo que sentía, eso lo aprendió a golpes. Fingió una sonrisa amable, tratando de no exteriorizar nada en absoluto. El gesto en el rostro de la desconocida le hizo saber que falló del modo más horrible.

—Es que te vi... y parecías tan triste... —Ella titubeó antes de extenderle la mano—. Soy Miyuki, puedes decirme Yuki, ¿y tú?

Hannah vaciló. ¿Acaso sería una amiga de Aidan? Tenía sentido porque, si lo pensaba bien, sus palabras fueron: «Sabré todo lo que haces». Y ¿cómo lo haría estando lejos? La respuesta bailó delante de sus ojos: Miyuki. Pero ¿no era muy joven? Confundida, y después de un minuto sumamente largo, la tomó.

—Hannah.

Miyuki se mordió el labio.

—Y..., ¿eres de por aquí? ¿Qué edad tienes?

Hannah estaba confundida. ¿Qué debía hacer? ¿Continuaba conversando con ella o huía sin ver atrás? «No puedes vivir con miedo», aunque eso también le asustara. Tenía que hacer amigos y comenzar a llevar una vida normal, como el resto de las personas.

—Quince..., *casi*. —Se estrujó los dedos—. Soy nueva.

—Yo cumplí dieciséis hace poco. —Miyuki se llevó el dedo a los labios y entrecerró los ojos, pensativa—. Ya que eres nueva, ¿qué te parece si damos un paseo? —Suspiró—. Mi amigo me dejó plantada, es un idiota. ¡I-dio-ta!

Hannah rió entre dientes. Su nueva amiga era bastante extraña y confianzuda. Le agradaba. Aunque... eran amigas, ¿cierto? Había transcurrido tanto tiempo desde que habló con otras personas, que le costó hallar la diferencia entre un simple conocido y alguien más cercano.

Aidan cuidaba de ella, pero casi nunca estaba en casa. Fuera de eso, era reservado, silencioso y desconfiado. Samantha la evitaba por todos los medios y, en general, estaba sola la mayor parte del día. Necesitaba, y con urgencia, un poco de felicidad.

—Bueno... —La intensa mirada de Miyuki consiguió ponerla nerviosa—. Sí.

Miyuki la sujetó por el brazo y jaló de ella.

—¡*Subarashii!*<sup>[5]</sup>, hay un montón de lugares divertidos. —La alegría en su voz se le contagió—. Y empezaremos por... ¡la feria! Es nueva, ¿sabes? Se suponía que Yutaka iría conmigo, pero el muy... —Ella se detuvo y la tomó por los hombros—. También hay que visitar el museo.

Sin darle oportunidad de responder, Miyuki le arrastró consigo, entre risas, hacia la salida del parque. «Esto es muy extraño». Y aunque lo sabía, Hannah se sintió feliz por primera vez en varios meses.

Miyuki no paró de hablar durante todo el camino, tanto que a Hannah le costaba mantener el hilo de la conversación. Desde el brillante cielo azul moteado de blanco, hasta los árboles y las flores; lo molestos que eran sus vecinos y la irritante personalidad de su amigo Yutaka. Todo. Miyuki parecía incapaz de detenerse y a Hannah no le molestaba en absoluto. Echaba de menos la sensación de sentirse viva y ella se la estaba proporcionando. Fuera una espía de Aidan o no, era lo de menos. Miyuki le hacía reír y olvidarse de su pasado, del dolor que llevaba en el alma. En tan solo unos pocos minutos, consiguió sacar a Mauricio de su memoria y el horror que le hizo experimentar durante el período en el que fue su esclava.

Si bien, aún continuaba extrañando a sus hermanos y preocupándose por ellos, Hannah se dio la libertad de respirar imaginando que alguien también los salvaría, como Aidan lo hizo con ella.

Llegaron a la feria. Hannah paró, de súbito, consiguiendo que Miyuki tropezara y casi cayera. Jamás había estado en un lugar como este; lo más parecido que alguna vez llegó a su pueblo fue una compañía de payasos viejos y sin nada de gracia que hicieron llorar a Megan. Sonrió nostálgica al recordar cómo Ian golpeó a uno de ellos, por asustar a su pequeña hermana. Fue lo más divertido que hicieron esa tarde.

Girando sobre sus pies, Hannah se dejó llevar por esa pequeña dosis de alegría. La bisa fresca le rozó la piel, transportándola a un lugar mágico en el que no existía la maldad. Como una bailarina de *ballet*, ella dio varias vueltas, respirando el delicioso aroma de las manzanas acarameladas y las palomitas de maíz; oyendo las risas de los niños y la música que sonaba por los altavoces.

«¿Estaré soñando?». Se pellizcó de forma discreta. El dolor le dijo que, en efecto, era real.

Hannah se detuvo y se abrazó a Miyuki, al borde del llanto y le agradeció tantas veces como le fue posible. Lo único capaz de hacer más perfecto ese instante, sería las presencias de su gemelo y la pequeña Megan. Ella, no obstante, respondió llevándola de la mano hacia uno de los juegos.

—Mira, es simple. —Miyuki señaló las botellas verdes, que estaban sobre una repisa de madera—: Todo lo que tienes que hacer es meter un aro en cada una y ganar un premio.

Hannah confirmó, con la cabeza. Parecía sencillo, pero ella no se caracterizaba por tener una buena puntería. Ese era su hermano. Ian era bueno en todo.

—Yo... —Se mordió el labio inferior—... lo intentaré.

Miyuki le mostró el dedo pulgar, como símbolo de apoyo.

—¡Tú puedes, Hanny!

Ella cogió los aros de plástico amarillo. Era la primera vez que lo hacía. Con una inhalación, Hannah lanzó el primero y falló por varios centímetros. En lugar de burlarse de su ineptitud, Miyuki continuó animándola con aplausos y silbidos. Motivada por un acto tan sencillo pero raro en su vida, luego de la masacre de sus padres, Hannah continuó probando su suerte. Nada mejoró. Si no los arrojaba demasiado lejos, golpeaba las botellas haciéndolas caer. Otros aterrizaban a centímetros de donde se encontraba y algunos se desviaban hasta terminar junto a sus pies.

Desanimada, ella se volvió hacia Miyuki, quien le guiñó un ojo antes de pedir otra ronda al encargado del juego.

—El secreto está en separar los pies —dijo—, respirar profundo y relajarse.

De inmediato, Miyuki comenzó a lanzar los pequeños aros. Hannah la miró hacerlo, boquiabierta. Cielos, ella era realmente buena con eso; tanto que sus sospechas aumentaron. De verdad, ¿solo quería ser su amiga o estaba vigilándola por Aidan? Más que nunca dudó de que su encuentro fuera simple casualidad. Cada uno, sin excepción, dio en el blanco. Complacida, Miyuki se giró con una sonrisa amplia.

—Escoge uno.

Hannah titubeó. ¿Sería buena idea? Miyuki vio hacia arriba, fastidiada, y bufó.

—¡Vamos! —insistió.

Hannah señaló un panda de poco más de un metro, que le recordaba su pijama favorito y la decoración de su dormitorio, en general. Durante su primera semana con Aidan, él se encargó de amueblar su cuarto, para hacerlo más acogedor. Ahora contaba con una enorme cama con dosel, que se encontraba llena de animales de felpa y algunas muñecas. Las paredes, antiguamente blancas, estaban pintadas de lila y eran adornadas por algunas flores; además del techo que simulaba un cielo nocturno, gracias a las pegatinas brillantes que ella misma colocó.

Sonrió al acordarse la expresión de terror de Aidan cuando vio lo que ella había hecho. Y sus palabras: «Ni se te ocurra hacer esta mierda con el resto de mi casa». Después se marchó refunfuñando algunas maldiciones a las que aún no les hallaba significado. Pero él no interfirió ni le hizo volver a cambiarlo. Le permitió que continuara dándole vida al que sería su espacio todo el tiempo que ella quisiera. Su propio lugar, aunque fuera una habitación en el apartamento de un asesino.

Tan inusual que si llegaba a contárselo a alguien, estaba segura de que se reirían de ella.

—¡*Suteki!*<sup>[6]</sup> —Miyuki juntó las manos, viéndola con los ojos muy abiertos —. Eres tan adorable, Hanny.

Ella desvió la mirada. No sabía cómo sentirse con respecto al atractivo físico y que alguien la considerase adorable. Había personas tan enfermas en el mundo que solo buscaban la belleza para mancharla. Mauricio fue una de ellas, al igual que los hombres que se llevaron a Ian y Megan. Ser atractivo solo te convierte en mercancía. Ella no deseaba ser considerada un objeto nunca más. Con todo, el gesto de Miyuki no le transmitía nada de eso. La chica la estaba viendo como... si ella le importara. No como si quisiera desnudarla y robarle su virginidad, tampoco como si estuviera planeando un modo de castigarla por algo que no hizo; sino como a una hermana.

«Por favor, que sea real». No soportaría enterarse de que solo estaba haciendo su trabajo, por órdenes de Aidan. Hannah deseaba tener algo en su vida, más allá de un techo y comida caliente. Quería amor y amistad; las cosas

que le robaron.

—Yuki... —Calló, buscando la forma de seguir—..., ¿por qué te acercaste a mí?

Ella se llevó un dedo a los labios, los apretó unos segundos y luego rió de forma tímida.

—Mi mejor amigo me dejó plantada. —Titubeó—. Pero... ¿la verdad?

—Sí.

Ella le tomó la mano.

—Bueno..., pienso que eres muy bonita para estar tan triste, ¿sabes? Yo sé lo que se siente estar roto, tú no deberías tener esa mirada nunca. —Jaló de ella, para ir hacia un puesto de comida—. ¿Quieres una salchicha? Yo invito.

Hannah se ferró a su nueva amiga, dejándose guiar. De nuevo, sus palabras la calmaron a niveles que nunca imaginó. Después de mucho tiempo, no le molestó ser considerada linda. Al fin estaba encontrando su lugar en el mundo. Solo deseó que, algún día, la pintura pudiera ser completada por sus hermanos. Sin dudas, eso terminaría de arrancar toda esa tristeza de su corazón.

## CAPÍTULO 8

Aidan hizo girar la silla recubierta de cuero púrpura sobre la que estaba sentado, por décima vez. Harto de esperar, él le dirigió una mirada molesta a Leo quien se limitó a sonreírle de medio lado; casi con ironía. «Maldito hijo de puta», aquellas palabras nunca fueron tan ciertas. ¿Por qué diablos llevaban dos horas en ese lugar, sin hacer nada fuera de verse a las caras como un grupo de retrasados mentales? Él no tenía idea, pero si el bastardo al que debían sacarle información a golpes no llegaba en los próximos minutos, alguien iba a sangrar en su lugar. Y ya tenía en mente al candidato perfecto.

La feroz Bestia quedaría reducida a un adorable abrigo de piel.

Suspirando, Aidan se frotó las sienes y contó hasta veinte en reversa. En un rincón de la oficina, Tracy hacía una grulla de papel. Ella tenía algo que lo inquietaba. Más allá de ser atractiva, de un modo que desafiaba sus mejores habilidades para explicarlo; Ángel tenía una nostalgia casi contagiosa en la mirada, además de que podía jurar que ella seguía cada uno de sus movimientos con atención, pese a estar concentrada doblando papel.

—Minino, explícame una cosa —dijo haciendo chocar entre sí un grupo de pequeñas bolas de metal—, ¿por qué estamos aquí, los tres, solos?

Leo se rascó la nuca, riendo. La cara de Ángel, sin embargo, era impasible mientras los miraba a los dos, sin emitir comentarios.

—¿*Oops*?

Aidan hizo rodar los ojos. ¿«*Oops*», en serio? Gruñó un par de maldiciones, todas en contra de su Mano Derecha. ¿Qué mierda tenía en mente cuando decidió jugarles esta broma de mal gusto? Bufó. Él no quería hacer esto. Si existía algo que odiaba, más que un trabajo fallido o mal hecho, era perder el tiempo. Le gustaba aprovechar cada minuto de su jodida y vacía existencia, disfrutarlo. Lo-que-fuera. Pero ahí estaba: encerrado junto a un idiota y una asesina demasiado callada, que lo hacía sospechar hasta de cada respiración que emitía. Tracy no le gustaba ni un poco. Tan pronto como terminaran con este encargo le daría una patada en el culo, para mandarla de

regreso con Nicholas.

Si tanto le agrada, genial, que se quedara con ella. Que la follara si quería.

—Leo...

Antes de que pudiera terminar, giraron la perilla desde la parte de afuera. Complacido, Aidan se anudó detrás de la cabeza su máscara *kabuki* mientras Leo se cubría la mitad del rostro con su habitual pañoleta y Tracy hacía descender el antifaz —que tenía la forma de un par de alas de ángel— sobre su nariz.

La puerta se abrió. Aidan se puso de pie cuando el hombre de cabellera castaña cruzó por ella, tan distraído que ni siquiera se percató de su presencia. Leo, en silencio, se colocó detrás de él. Tracy continuó en su lugar, esperando.

—Bienvenido al infierno... —Esbozó media sonrisa—. Digo, bienvenido a tu oficina..., Jasper.

El hombre soltó el maletín que tenía en la mano. Pálido y tembloroso, levantó la vista. Aidan ladeó la cabeza y lo miró, satisfecho. La mayor parte del tiempo se sentía ridículo al pronunciar la misma frase gastada y salida de una mala película de vaqueros; sin embargo, formaba parte del protocolo. Por norma el Primer Círculo se encargaba de enviar las advertencias para hacerlos cooperar: una carta que contenía sus sentencias de muerte, que servía para convencerlos. Pero si no funcionaba, entonces el Noveno Círculo iba detrás de ellos.

Y ahí estaba el Equipo Colmillo, a punto de entrar en acción.

Esperaba poder divertirse un rato, al menos, y drenar toda esa maldita ira que estaba volviéndole loco.

—Yo... —Jasper titubeó—. Yo estaba por...

Leo se pegó a él por detrás y lo rodeó con el brazo, sin dejar de mirar a Aidan, quien asintió concediéndole el permiso que solicitaba. Bueno, su tumor favorito quería jugar, ¿quién rayos era él para impedirselo? Sería un pésimo padre si no le permitiera pasarla bien. La idea le pareció graciosa. Madeleine solía hacer comentarios obscenos sobre la relación que mantenían ambos. Pero, por supuesto, a ella le gustaba hacerlo con casi todo.

Madeleine era buena en eso.

Lo que sentía por Leo era fraternal. Mejor que cualquiera, él entendía los motivos del chico. Sabía por que Leo atacaba con tanta furia, tratando de hallar su propia paz en algo tan descabellado como la muerte. Bien, ellos podrían estar haciéndole un favor a la humanidad, pero al final del día no eran nada más que asesinos. Y estaban malditamente condenados al sufrimiento eterno. Eso trajo a su mente una canción que le gustaba. Aidan sacó su teléfono y navegó en el reproductor, buscándola. Cuando la halló, hizo que sonara.

Le gustaba porque era cruel y blasfema, como la organización, su miserable vida y todo lo que conocía.

Pateó la silla hacia Leo, quien empujó a Jasper hasta hacerlo caer sobre ella. Él continuaba temblando, viéndolos con sus pequeños ojos cafés llenos de lágrimas.

*De la profanación de mi corazón hacia la redención eterna,*

*Lo único que verás es la condenación infernal.*

La voz grave y sensual del cantante se elevó sobre los sollozos de Jasper. Aidan tarareó la letra de *Infernum*, de GPKism, yendo hacia donde él se encontraba.

—Explícame una cosa. —Acercó su rostro al de Jasper—: ¿Cómo es que un hombre como *tú*, termina distribuyendo drogas? Es que... simplemente *no* lo entiendo.

Jasper tragó de forma pesada su propia saliva. Aidan esperó que tratara de mentirle o comenzara a rogar por su vida, en su lugar el hombre se mantuvo en silencio y con la mirada gacha. De no conocer mejor a las personas, Aidan habría podido jurar que estaba avergonzado de sí mismo. «Interesante», mucho. Por un instante, tuvo genuina curiosidad.

Esperó un par de minutos. Nada. Jasper no abrió la boca. Con un bufido, Aidan se irguió para recorrer la enorme oficina con los ojos. La mirada fija de Tracy sobre él no pasó desapercibida. De no ser una idea ridícula, habría creído que estaba analizándolo.

No terminaba de gustarle.

—Mira. —Sacó uno de sus cuchillos e hizo bailar la punta sobre su mano abierta—. No tengo mucho tiempo, así que déjame poner las cosas claras: *yo* hago las preguntas y *tú* respondes. Si te niegas... —rió en tono bajo—... *voy a*

*golpear*te mucho, hasta hacerte sangrar Si continúas negándote o me mientes, bueno, *te mato*. ¿Entendiste?

Jasper continuó sin decir una palabra ni levantar la vista, como si se hubiera resignado a morir. Bien, era un hombre tonto o estaba en realidad desesperado. Pero no lo entendía: tenía una familia amorosa, una casa enorme y era dueño de una fábrica de embutidos; ¿qué necesidad tenía de inmiscuirse en un negocio tan turbio como la distribución de drogas?

—Como quieras.

Aidan resopló molesto y empujó la silla hacia atrás haciendo que Jasper cayera al suelo. Colocó el pie sobre su pecho, impidiéndole toda probabilidad de escape. Leo se movió, para sumársele, Aidan levantó la mano indicándole que permaneciera en su lugar. Como respuesta, obtuvo un gruñido similar a un «te odio», por parte de su ayudante. Aidan se burló mostrándole el dedo del medio. Con lo mucho que le importaba lo que Leo sintiera por él o no.

Pero era divertido jugar con sus emociones, decirle «haz lo que quieras» y luego impedirselo.

—¿Y... bueno?

Jasper lloró mordiéndose el labio inferior, aterrado. Aidan lo barrió con la mirada, y entrecerró los ojos al llegar a la entrepierna del hombre. Ah, mierda, ¿qué estaba sucediendo ahí? Confundido, vio la mancha que se extendía sobre la tela caqui hasta sus piernas y terminaba en el suelo, junto a su zapato. Orina.

«¿Qué coño?». Diablos, él estaba acostumbrado a todo tipo de reacciones; esta lo desconcertó. ¿Por qué? Casi sintió lástima.

Pobre tipo.

—Jasper, te estoy dando una oportunidad. —Se apretó el puente de la nariz —. Cooperas o tendré que sacarte la mierda a golpes y créeme, no te gustará.

El hombre asintió despacio. Respiró profundo y cuando habló, su voz salió débil y temblorosa. Como el lamento de un condenado.

—N-no tenía opción —murmuró. Se aclaró la garganta—. Mi hijo tiene cáncer y... gasté todo mi dinero tratando de curarlo. —Hizo una pausa para tomar aire—. Yo... ¡no tenía opción, lo juro!

No era cierto, todos la tenían.

—Tu proveedor.

Jasper negó, al borde del colapso.

—No puedo, ¡asesinarán a mi familia!

Aidan se encogió de hombros. Por supuesto, pero si no hablaba ellos lo matarían a él, y su mujer e hijo quedarían desamparados. Vagando por las calles, hambrientos y desnudos. El chico moriría de una forma u otra, mientras que la madre terminaría como una adicta prostituta. ¿Dónde estaba la diferencia?

Movió el pie hacia su cuello.

—Quiero nombres.

Jasper se rehusó.

—Mal, muy mal...

Ejerció presión. El rostro de Jasper se tiñó de rojo mientras él luchaba por respirar. Aidan no lo disfrutaba. Por primera vez en años, estaba siendo compasivo con alguien. Se había colocado en el lugar del hombre y ahora le costaba concentrarse.

Toda su vida le vino a la memoria, por un momento. Se vio a sí mismo entrenando sin descanso, para poder vengar a sus familiares. A Glaw, su pobre hermano. Sintió de nuevo cada golpe que recibió, los días de hambre y sed que se vio forzado a soportar para hacerse fuerte. Su primer asesinato. Los ojos carentes de vida de Randall.

Él ya no era una persona, sino un animal entrenado para matar sin compasión. El Colmillo del Diablo. No tenía nada ni a nadie. No era humano. Y estaba malditamente seguro de que no existían motivos para ser empático con un hijo de puta que estaba destruyendo vidas inocentes con sus drogas, solo para salvar a su propio trasero.

La furia dentro de su corazón demandó sangre. Lo aplastó con más fuerza, aunque no la suficiente para romperle el cuello. Tenía que obtener información antes de liberarse a sí mismo. Al fondo, sonaba alguna canción de Cradle Of Filth a la que no prestó atención. La música no lo aliviaría en este momento.

—Bien. Me divertiré con tu esposa, es linda. —Dirigió sus ojos hacia Leo —. Minino, ¿tienes la dirección?

Él confirmó con la cabeza. Tracy, no obstante, lo miró desconcertada. Aidan la ignoró por completo. Si no le gustaban sus métodos, podía irse con alguien más amable. Oh, cierto, en Infernum nadie lo era.

—¡No! —La voz Jasper salió ronca y ahogada.

Aidan retiró el pie de su cuello. El hombre debajo de él tosió, tratando de respirar. Sentándose, Jasper se masajeó para que la sangre volviera a circular.

—No toques a mi familia, por favor —dijo—. Son inocentes.

Tal vez. Aidan estaba seguro de que le importaba muy poco.

—Nombres, direcciones, lo-que-sea.

Jasper asintió despacio.

—Il'ya y Vladímir Sokolov. Son dueños de una heladería. Jardín de Cristal, 1-7-23, Lado Oeste. —Hizo una pausa. Aún con los ojos llorosos, vio a Aidan—. Por favor, dejen a mi familia fuera de esto.

Él se encogió de hombros.

—No pensaba meterlos, de todos modos. Pero, por tu bien, busca otras opciones o la próxima vez que nos veamos... *tendré que matarte*.

Jasper movió la cabeza, de arriba abajo, desesperadamente. Aidan esperaba que cumpliera. Siempre resultaba decepcionante tener que regresar, para culminar con el trabajo.

Le dio la espalda y se fue hacia la puerta.

—Bestia, Ángel; nos vamos...

Ambos caminaron detrás de él, en silencio.

Con sinceridad, ¿qué estaba pasándole? Últimamente solo sabía mostrar compasión y recordar cosas demasiado tristes que su cabeza no terminaba de enterraba en el cementerio de su memoria. Estaba harto de todo, en especial de sí mismo. Antes habría torturado a Jasper hasta hacerle suplicar por su patética existencia. Ahora, no obstante, se limitó a ser bueno con él porque tenía un hijo moribundo y una mujer esperándolo. Cosas que él no podría ni soñar. ¿Quién mierda querría formar una familia, sabiendo que su vida pendía de un hilo? Iba a morir un día de esos.

No tenía sentido, y con todo...

Se sobresaltó a la vez que el dolor lo lastimaba en lo más profundo. Odiaba sus recuerdos y patética vulnerabilidad tanto como se odiaba a sí mismo.

La mano de Tracy sobre su hombro incrementó la cólera. ¿Qué, nadie le había dicho que odiaba ser tocado sin su permiso? Sin ningún tipo de amabilidad, Aidan la sujetó e hizo que alejara la mano de él. Ella se le adelantó, hasta quedar frente a frente, y lo miró con una frialdad que competía con la de Aidan a perfección.

—¿Qué fue *eso*?

Aidan arqueó una ceja.

—No utilices ese tono conmigo.

Ella no se inmutó. Así que tenía nervios de acero, ¿eh? Él también.

—Nuestras órdenes fueron...

Aidan vio hacia el cielo, hastiado.

—Cierra la boca.

Sin esperar una respuesta, él apresuró el paso. Que se fuera al carajo, lo que menos quería era iniciar una discusión con ella. Estaba seguro de que al volver a su apartamento Samantha se encargaría de ese minúsculo detalle.

Mientras caminaba, Aidan vio la hora en su reloj de pulsera. Diablos, lo había olvidado por completo: la estúpida chica. ¿Se encontraría bien? Si se había metido en algún problema... Con un gruñido, buscó su teléfono y marcó el número del apartamento. Después del tercer intento, ella atendió. Por el tono apagado de su voz dedujo que la había despertado. Sonrió ante la idea. Sí, bueno, a él le divertía hacer miserables las vidas de otras personas; solo a veces. Cuando estaba aburrido.

—¿Todo bien?

Hannah, del otro lado, bostezó.

—Sí, señor...

Aidan frunció el ceño, ante esas palabras. Bueno, mierda,, ¿nunca lo llamaría por su nombre? «Estúpida niña». Iba a responderle, ella se le adelantó.

—Y... y usted, ¿está bien?

«Qué raro». Ni siquiera Samantha hacía ese tipo de preguntas. Su modo de saber si él estaba bien o en una pieza, al menos, era llevárselo a la cama y *tratar* de montarlo toda la noche. O todo el día, lo que fuera. Sexo sin control en una lucha constante de poder.

Aclarándose la garganta, él trató de contestarle. Nada salió de su boca, al menos por un rato. ¿Estaba bien? La cruel realidad lo golpeó: no, desde que era niño.

Se decidió por otra interrogante.

—¿Qué tal tu día?

El incómodo silencio logró estremecerlo. Ah, mierda, ¿qué había hecho la mocosa? Esperó que no fuera incendiar su precioso apartamento.

—Bu-bueno... —Ella suspiró—. Hice una amiga: se llama Miyuki, es de Japón, tiene dieciséis y yo me preguntaba...

Aidan contuvo una risa. La chica se había tomado en serio sus reglas. Extraordinario, considerando que tenía quince. Se subió a su motocicleta y esperó por Leo y Tracy.

—Miyuki..., ¿qué?

—Kurosawa.

Aidan hizo una nota mental.

—¿Y la conociste...?

De nuevo, Hannah calló un largo rato. Aidan hizo rodar los ojos. Ella podía llegar a ser desesperante por momentos.

—En el parque. Luego fuimos a la feria y me regaló un panda de peluche..., como mi pijama.

Bien, ya lo tenía: Miyuki Kurosawa, adolescente, que la llevó a divertirse y le regaló un animal de felpa. Seguro, una lesbiana. No que le importase, ¿lo sabría la mocosa? Con lo mojigata que solía ser... No, Hannah no tenía una miserable idea.

Como fuera, haría una excepción, solo esta vez. Por algún motivo no consiguió creérselo.

—Llévala. —Leo, a su lado, le regaló una sonrisa burlona—. Pero *nada* de escándalos.

—Gracias.

Odiaba esa palabra, pero parecía ser la única que ella conocía. Una completa molestia.

—Sí, sí. Vuelve a dormir, te oyes cansada —dijo, y colgó.

Leo abrió la boca; Aidan lo inmovilizó con una mirada furiosa.

—No te atrevas.

Él levantó las manos, en señal de rendición. Aidan encendió su Ducati y se puso en marcha. Se había metido en un problema enorme y, por primera vez, le asustaba el futuro incierto.

## CAPÍTULO 9

Samantha deslizó los dedos por el cristal que recubría el retrato de su padre, uno en el que ella aparecía también junto a su madre. El único recuerdo que le quedaba del hombre que le dio la vida. En el pasado, por supuesto, había tenido muchos; tantos que llenaban por completo su recámara, haciéndola parecer una exhibición de arte. Eso fue mucho tiempo atrás, antes de que su madre los quemara en un ataque de furia, después de arruinar sus vidas.

Echaba de menos esos momentos, en los que aún formaba parte de algo real, tangible. Cuando era... verdaderamente feliz.

Ahora no tenía idea de dónde estaba parada. ¿Qué camino debía tomar? ¿Su existencia era valiosa para alguien que no fuera ella misma? Por supuesto, Gemma le apreciaba, era su mejor amiga; pero eso no le parecía suficiente. Había momentos en los que anhelaba algo más intenso y verdadero. Algo parecido al amor. Como en las historias que solía contarle su padre: el príncipe azul que rescataba a la princesa de su eterna soledad. El hombre valiente que vencía al fiero dragón, para salvar a la doncella en peligro. El galante caballero que... Sin embargo, ¿dónde estaba el amor? ¿Había una manera de hallarlo? Quizá una fórmula mágica o un mapa. Lo que fuera. Comenzaba a creer que no. Porque ella no lo conocía. Fuera de sus padres, nunca nadie le amó e incluso eso cambió con lo del divorcio. En consecuencia ambos se olvidaron de que tenían una hija y la dejaron por completo abandonada, en un mundo despiadado que no se compadeció de ella ni una vez.

Estuvo sola, en todos los sentidos, durante tanto tiempo que no dudó ni un segundo en entregarse al primero que le ofreció algo semejante al amor. Claro que, como cada cosa en su miserable existencia, no fue verdadero y el bastardo le abandonó dos días después. Y luego Aidan apareció, como su caballero sin armadura, para rescatarla.

Ella había estado bebiendo esa noche. Harta y asqueada de sí misma y del mundo, pensó que el alcohol le haría olvidar las palabras de Filippo: «Mira,

muñeca, se supone que la primera vez duele. Deja de llorar, abre más las piernas, cierra los ojos y anda a tu lugar feliz». Uno que, por supuesto, ella no halló. Samantha no lo consideró como abuso sexual hasta que Gemma se lo hizo ver. La culpa y el autodesprecio la llenaron al instante. ¿Cómo no se dio cuenta? La respuesta inmediata fue que nunca tuvo una verdadera madre que le hablara sobre esas cosas. Ella solo sabía criticar a su exesposo, quejarse de los hombres en general y amargarle la vida con sus constantes lloriqueos a todo el que se cruzara en su camino.

Por lo que ahí estaba: sentada detrás de la barra, en un bar de mala muerte, bebiendo directo de una botella de tequila. Desorientada, adolorida, intentando sacar de su cabeza las lágrimas que derramó y la cruel indiferencia de Filippo. El modo inhumano en el que la trató: como si no valiera nada; una bonita muñeca inflable que solo servía para satisfacerlo. Filippo le hizo mucho daño en aquella oportunidad. No tuvo ninguna clase de compasión por sus sentimientos. Ella le pidió que se detuviera, no lo hizo. En lugar de eso, le regaló una sonrisa burlona y se hundió con más fuerza en su interior. Incluso la hizo sangrar tanto que manchó las sábanas como en medio de su menstruación.

No fue hermoso, no hubo palabras bonitas y ella ni siquiera tuvo un orgasmo.

Dos hombres se le acercaron. A pesar de estar ebria, Samantha fue capaz de reconocer el brillo lascivo en sus miradas, casi pudo oír sus pensamientos: «Carne fresca, hombre. Una puta pelirroja para follar». Pero ella era más que eso, mucho más, fuera de inteligente. Nadie volvería a utilizarla. Nunca. Así que cuando uno de ellos trató de tocarla, Samantha lo abofeteó con tanta fuerza que consiguió romperle el labio. Después lo insultó diciéndole que era demasiado para alguien tan insignificante como él. Y otras palabras que jamás logró recordar. Eso debió de enfurecerlo, porque lo siguiente que hizo fue arrastrarla con ayuda de su amigo hacia lo más alejado.

Aunque rogó, pataleó y gritó pidiendo ayuda, nadie movió un dedo. ¿Quién iba a enfrentarse al líder de una pandilla y su hermano? Ninguno de los que estaba en el bar, por supuesto. Como todo en New Jericho, cada quien se encargaba de cuidar su propio trasero. Y Gemma no se encontraba ahí para tenderle una mano, tampoco su padre.

Una vez más, ella estaba sola.

Rendida, Samantha aceptó su nuevo destino y se dejó guiar. «Vé a tu lugar feliz, Sam, como con Filippo», se dijo en aquel momento. Sin embargo, supo que aunque lo hallara, ellos se encargarían de enviarla al infierno.

Lo siguiente que recordaba era estar de espaldas, llorando sobre la losa del mugriento baño que apestaba a orina, mientras uno de ellos la desnudaba y el otro se reía recordándole que luego sería su turno. Sin posibilidad de escapatoria, ella cerró los ojos y se dejó ir. Navegando en la nada, ahogándose en sus silenciosas lágrimas, oyó cómo abrían la puerta a patadas. Después, el peso que estaba sobre su cuerpo se desvaneció.

Algunos gemidos, golpes...

Horrorizada, Samantha separó los párpados y se encontró con los penetrantes ojos azules de un hombre que sonreía desdeñoso. Él habló. La profunda voz barítono fue lo primero en capturar su atención, además de sus palabras: «No tolero a los violadores». La rabia con la que lo dijo le hizo entender que no mentía. En verdad los odiaba.

Él le tendió la mano, dudosa Samantha la tomó para ponerse de pie. Vio a su alrededor, mareada y confundida, y se encontró con los pandilleros desmayados. ¿Qué les había hecho? Ellos eran dos hombres altos y musculosos, ¿cómo entonces...? Por instinto, retrocedió, todo lo que él hizo fue extenderle su propia gabardina para que se cubriera. Solo en ese minuto, Samantha se dio cuenta de que estaba completamente desnuda de la cintura para arriba. A pesar de eso, él ni siquiera estaba viéndola.

—¿Puedes caminar? —Aunque su voz era dura, él parecía preocupado.

Samantha asintió, despacio, preguntándose que sería de ella.

—Bueno. —Él se encogió de hombros—. Será mejor que vuelvas a casa; yo tengo que...

—¿Por qué? —Ella no creía en la bondad—. ¿Qué quieres de mí?

Él arqueó una ceja, cruzándose de brazos.

—Si quisiera algo, me habría unido a ellos, ¿no te parece? —Suspiró—. Mira, realmente tengo que terminar con esto. Vete.

Samantha negó, abrazándose a sí misma. Terminar... ¿con qué? Dirigió la mirada hacia el par de criminales. Uno de ellos sangraba de la cabeza y el otro

parecía tener un brazo dislocado. Más que antes, sintió verdadero terror. ¿Quién diablos era él y cómo había logrado reducir a ese par de bestias que estaban por violarla?

—¿Vas... Tú vas a matarlos?

La sonrisa retorcida que le dio puso cada vello de su cuerpo de punta.

—Y si no te vas ahora, tendré que matarte también. —Hizo una pausa—. En vista de que he salvado tu culo, sería contradictorio, ¿cierto?

Boquiabierta, Samantha se estremeció. Santo Dios, ¿estaría soñando?

—¿Va-vas a matarme?

—No, si te vas en... ¿qué, dos minutos?

—Entonces, ¿por qué me ayudaste?

La mirada atormentada que le dio, consiguió estremecerla; le dijo que él conocía el horror de ser utilizado en contra de su voluntad.

—*Odio* a los violadores. —Se pasó la mano por el cabello—. Ahora, largo.

Samantha se mordió el labio inferior.

—Gracias —dijo, y trató de andar hacia la puerta.

Las piernas le fallaron. Antes de que tocara el suelo, él estaba sosteniéndola por la cintura. Samantha trató de aferrarse, no le fue posible. Todo se volvió negro de un segundo a otro.

Cuando despertó, estaba en su apartamento, sobre su propia cama. Desconcertada, Samantha reprimió un grito al darse cuenta de que tenía puesta una de sus pijamas y que ya había amanecido. No obstante, se calmó al verla sobre una silla, con los brazos cruzados sobre el pecho, observándola. Todo era tan confuso, ¿cómo descubrió su dirección? Más importante todavía: ¿él la había duchado? Porque aún tenía el aroma a frutos rojos de su champú sobre el cabello.

Antes de que expresara sus dudas, él ya estaba hablándole con ese tono inflexible:

—Vomitaste por todos lados, tuve que hacerlo. —Ladeó la cabeza—. No te preocupes: *no* miré, *no* toqué...

—Gracias.

Él movió la mano despectivamente.

—Sí, como digas. —Se puso de pie—. Hace un momento llamé a una de tus amigas, una tal Gem, dijo que viene en camino. Yo terminé, me largo.

Ella parpadeó. De no estar tan agradecida con el hombre, se hubiera echado a correr. Era aterrador; aunque atractivo como pocos. Se trataba de una belleza casi femenina, aunque con acentuados rasgos masculinos. Él era... guapo de un modo misterioso. Casi de apariencia perversa, como si hubiera salido del mismísimo infierno; no obstante, sus largas y espesas pestañas negras y esos labios desiguales perfectamente humectados le suavizaban la cara.

Una extraña mezcla de sensualidad y fiereza envueltas en un manto de visible arrogancia.

—¿Cómo..? —Su voz se ahogó cuando él volvió a verla—. ¿Cómo te llamas?

—Aidan.

Samantha le sonrió.

—Y bueno..., Aidan..., ¿quieres quedarte a desayunar?

Él curvó una ceja. Era una mueca burlona, ella lo ignoró.

—¿Qué, Sam, siempre invitas a desayunar a desconocidos *que podrían matarte*?

Ella negó. ¿Cómo infiernos sabía su nombre? Bueno, la había llevado a su casa, seguro tomó los datos de su identificación.

—No. Pero no todos los días un desconocido *que podría matarme* me salva de ser violada por un par de pandilleros, en un baño maloliente, cuando estoy ebria.

Aidan le había sonreído por primera vez sin un rastro de burla y decidió quedarse a desayunar con ella. Y cuatro semanas después, estaba follando desesperadamente.

Tal parecía que era lo único que sabían hacer.

Samantha se limpió las lágrimas, furiosa consigo misma, saliendo del

doloroso torbellino que representaban sus pensamientos. ¿Cómo había terminado cayendo tan bajo? Ahora se encontraba envuelta en una no-relación sin futuro, que se negaba a abandonar porque... estaba enamorada. Ya no se trataba de la emoción de salir con un asesino de criminales, un justiciero en un lugar tan podrido y corrupto como New Jericho; tampoco del sexo sin compromiso ni de la adrenalina que le llenaba el cuerpo siempre que estaban juntos. Más allá del aspecto físico de Aidan y de los orgasmos junto a él, Samantha se sentía parte de algo tangible. Cálido y verdadero. Ella lo amaba, y ese pensamiento jamás fue tan doloroso como en este instante.

Él se lo advirtió, desde el inicio. Diablos, ¿qué mierda tenía en la cabeza, que no escuchó? Ahora no quería dejarlo ir, aunque eso le hiciera daño. Anhelaba, con cada parte de sí misma, hacer que él le correspondiera. Aidan era lo único real que tenía en su vacío mundo. El escape de su habitual soledad.

Lo necesitaba.

Buscó su teléfono y marcó el número de Aidan. Tenía casi dos semanas sin verlo ni saber nada de él. Lo último que le dijo fue que estaría ocupado, lo cual se traducía en un simple: «Estaré cazando, no me jodas Sam». Pero ella necesitaba oír su voz, al menos. Un segundo nada más, no pedía demasiado.

Él atendió luego de la segunda llamada. Su tono severo le hizo saber lo molesto que se encontraba.

—¿Qué?

Samantha contuvo la respiración, para que los sollozos no se le escaparan. Se aclaró la garganta y habló:

—¿Estás muy ocupado?

Él bufó. A lo lejos, se oyeron los gemidos de un hombre y la risa excitada de Leo. Eso no fue lo que llamó su atención, sino la voz enojada de una mujer, que le pedía que dejara de jugar y acabara de una vez. ¿Habían hallado una sustituta para Madeleine tan pronto? Se preguntó si sería bonita.

Aidan no era conocido por enredarse con sus compañeras; pero ella estaba al tanto de que se acostó con algunas en varias oportunidades. Aún recordaba la afroamericana de pechos enormes y sonrisa coqueta. La odió tanto que cuando resultó herida, casi se negó a atenderla. Lo hizo, después de todo,

porque eran «hermanas» y en Infernum la lealtad estaba por encima de todo.

—No, *para nada*. Estoy en Hawái, tomando sol —dijo de forma sencilla, con la voz carente de emociones.

De nuevo él estaba siendo hiriente. No es que nunca lo fuera, aunque hubo un tiempo en el que a ella no le dolió. Ahora quemaba en lo más profundo. ¿Acaso no se daba cuenta? Pero así era él: incapaz de sentir. Ni siquiera sabía por qué la salvó. Nunca hablaba del tema y siempre que ella le preguntaba, él no respondía.

—Ah... —De forma inevitable, se le escapó un lamento—. ¿Vo-volverás pronto?

Silencio. Aunque se trató de pocos segundos, ella lo percibió como una eternidad. Incluso Leo y la mujer misteriosa callaron, aunque el otro hombre siguió lloriqueando y pidiendo por su vida.

—¿Estás bien?

«Si al menos toda esa preocupación fuera real», pensó. Pero no la era. Nunca. Aidan solo preguntaba por costumbre. Ella le importaba realmente poco. Y a pesar de saberlo, se contentó con la idea de que ahora fuera verdad e imaginó su rostro consternado al pensar en ella, preguntándose si estaría herida.

Se sintió patética al pensar en él, deseando regresar a casa pronto, solo para estar a su lado y... hacerle el amor. Pero ellos nunca lo hacían. Se trataba de sexo. Aidan siempre la había tomado desde atrás, de la forma que fuera. Rápido, furioso. Aunque era bueno con los preliminares y jamás le hacía daño, él nunca había querido pasar tiempo con ella aparte del que necesitaba para saciar sus propios deseos. No podía culparlo, ella lo consintió desde el inicio. Firmó su contrato con el diablo y ahora pegaba las consecuencias.

Estaba enamorada del demonio; pero él no sentía nada por ella.

«¿Por qué me conformo con algo tan triste como esto?». Sabía la respuesta, aunque le aterraba revelársela a sí misma.

—Yo... —Botó el aire por la nariz, de forma entrecortada—, quiero verte, Aidan. ¿Puedes quedarte conmigo, una noche, apenas vuelvas?

—Sam, sabes q...

—Por favor...

¿Cuántas veces había suplicado por lo mismo, ya? Perdió la cuenta durante el primer año, por lo que se preparó para la misma respuesta de siempre: «Si no puedes con esto, es mejor terminarlo. Sam, no me pidas lo que no puedo dar». Diablos, incluso él le propuso que se buscara una pareja estable. Ella ni siquiera lo consideró, continuaba negándose a renunciar a Aidan.

Lo amaba, ¿por qué no era capaz de corresponderle? Ah, mierda, ¿qué necesitaba para hacerlo? Por él, ella entregaría su alma sin dudarlo.

Él casi jadeó, como de costumbre. Samantha apretó los párpados, esperando su habitual «no».

—Mañana. Ahora tengo que irme, estoy en medio de algo importante.

Samantha colgó con una sonrisa rota bailando en sus labios. «Mañana». Podía conformarse con las migajas, como estuvo haciéndolo desde niña.

«Mañana». Era mejor que nunca, le ofrecía una pequeña esperanza, una luz al final de su siempre oscuro túnel.

Acurrucándose, abrazó una almohada y se quedó dormida.

Aidan suspiró, sujetándola por la muñeca. Samantha otra vez había iniciado con ese tonto juego del gato y el ratón. Ella tenía la ilusión de poder dominarlo física y sentimentalmente, cosa que no era posible. Él no le permitiría a ningún ser vivo doblegarlo, de ningún modo, jamás. Y menos con una cosa tan efímera e intrascendente como el sexo.

Las mujeres tenían la espantosa propensión de mirar el coito como algo importante, que las conectaba con Dios y sus legiones angelicales. Una demostración de afecto, la señal inequívoca de que sus relaciones sin sentido serían eternas. Aidan no. Para él, el sexo era algo que el cuerpo necesitaba, nada más. Básico, rudo, instinto animal. No esa mierda suave que llamaban «hacer el amor». ¿Acaso existía?

Todavía sabiendo su postura, Samantha no se detuvo. Se trepó a su regazo,

acurrucándose como un pequeño gato pelirrojo en busca de calor. Colocó una mano detrás de su hombro y la otra la utilizó para atraer su rostro al de ella. Sus respiraciones se mezclaron. Si había algo a lo que tenía que darle crédito, además de su perseverancia, era el delicioso aroma de cerezos que poseía el aliento de Samantha. Y el labial que utilizaba: *Rojo Pasión*, como ella. Dulce y con un suave sabor mentolado.

Ella sonrió de forma lenta y seductora antes de posar los labios sobre los suyos, y los movió despacio, incitándolo. Aidan solo se quedó sentado y dejó que ella jugara con la lengua dentro de su boca. Soltándose de su agarre, Samantha le mordió el labio inferior y deslizó la mano de regreso a la bragueta de su ajustado pantalón de cuero negro. Se la desabrochó y lo palpó tratando de excitarlo.

Ah, maldita mierda, lo estaba consiguiendo.

—¿Sabes? —murmuró—. Cuando me pediste que me quedara, imaginé que querrías hablar, dormir o...

Su voz se ahogó. Samantha, sin embargo, se limitó a darle una mirada traviesa.

—Tú y yo, *nunca* dormimos ni hablamos.

Él rió entre dientes.

—Podemos intentar.

Samantha negó.

—Te deseo. —A final de cuentas, eso era lo único que compartían.

Sí, bueno, esa no era una novedad. Pero él realmente estaba cansado. Había tenido dos semanas muy duras y trabajos desagradables. Incluso tuvo que terminar con la vida de un adolescente, de la edad de Hannah, porque ya estaba demasiado podrido como para regenerarse. A su corta edad, era líder de una pandilla que se dedicaba al secuestro, extorciones y... ¿lo peor? El maldito hijo de perra había tratado de violar a su propia hermanita, bajo el efecto de las drogas. Sin posibilidad alguna de redención, Aidan tuvo que meterle una bala entre las cejas, a él y a sus amigos. Infernum se encargaría del resto de la pandilla.

Con un dedo, Samantha recorrió la longitud de su pene, tan lento que

comenzó a desesperarlo. Ahora se debatía entre el agotamiento físico y mental, y las ganas de hundirse dentro de ella hasta la empuñadura.

—Sam...

Ella se retiró las bragas con presteza y se incorporó sobre sus rodillas, con cada una alrededor de él, sobre el sofá. Luego lo introdujo en su interior tan solo unos centímetros, aunque los suficientes como para casi hacerle perder el control.

Estaba jodido y en serio. A ese paso, ellos dos terminarían con otro bebé a bordo.

Aidan colocó sus manos sobre las caderas de Samantha, deteniéndola. «Mierda, mujer». Ahora lo único que quería, todo lo que pensaba era en estar por completo en su interior, en lo más profundo. Tibio, húmedo y apretado. Pero ellos no tenían sexo de frente. Una de sus muchas normas. No es que le temiera a algo, nunca, tan solo odiaba la intimidad que involucraba el contacto visual. A él no le gustaba que las personas se acercaran demasiado, en especial aquellas con las que follaba.

¿Honestamente? Fuera del sexo, el manga, la música y los asesinatos, no le gustaba nada ni nadie. Ni siquiera él mismo. Además, ya había cometido este error una vez, y lo pagó con sangre.

No sería idiota de nuevo.

—Así no —dijo levantándola.

Samantha dejó salir un chillido apenas Aidan la giró, haciéndola quedar con el estómago pegado al sofá. De espaldas, nunca una pareja normal. Decepcionada, lo oyó rasgar el pequeño empaque del preservativo. ¿Por qué? Entendía que la seguridad era lo principal. Pero, por favor, ella no tenía ninguna clase de infección. Estaba limpia, al igual que él.

Aidan se reclinó sobre ella, Samantha se estremeció al percibir su tibio aliento sobre el cuello. Sus manos, recorriéndola despacio. Eso casi le hizo olvidar su indignación. Casi.

—No tengo nada contagioso, ¿sabes? Eres el único con el que me acuesto.

Aidan bufó, frotándose contra ella.

—No te pedí exclusividad.

Golpe bajo. Samantha se mordió la comisura del labio. No, claro que no. Y se lo echaba en cara con la misma frecuencia que ella le reclamaba por su apatía. «No me pertenes y estoy malditamente seguro de que no te pertenezco, Sam. No somos objetos; sino personas». La voz inflexible de Aidan rasgó sus pensamientos. No se trataba de algo tan bajo y degradante, ¿era tan idiota como para no verlo? No era posesividad, sino el deseo de formar un todo junto a él. Una vida a su lado. Ser felices juntos. «Deja de exigirme cosas. Entiende, es solo esto. No hay nada más». ¿Cuántas veces se lo había dicho? No tenía idea. Y su corazón no parecía querer entenderlo.

—Sabes bien... —Le mordió ligeramente la oreja—... que no quiero nuevos accidentes, Sam.

«Por supuesto», pensó. Estaba segura de que ese accidente solo tenía que ver con ella. Si se trataba de otra persona...

—¿No quieres hijos, nunca más?

—No. —Le aterraba la idea de tener una familia y perderla de nuevo. Había pasado por eso, dos veces, no sería tan tonto—. Ya lo hemos hablado, no es algo que vaya a repetirse.

—Podríamos intentarlo, lo de Eirian...

—No.

—¿Por qué?

—No quieres oír la respuesta.

Claro que lo deseaba. Desde el incidente del año anterior, él era más cuidadoso que nunca. Jamás tenía sexo con ella si había bebido, siempre llevaba condones... Estaba actuando como un maniático. No lograba entenderlo.

Él le apretó un seno, masajeándolo. Samantha tragó duro, olvidándose de su diatriba mental.

—Separa las piernas.

—Sí. —Suspiró obedeciendo.

Aidan se hundió en ella de una sola vez y permaneció quieto unos segundos antes de moverse. Samantha contuvo el aliento cuando él deslizó la

mano hacia su entrepierna y jugueteó con su piel. Aidan estaba volviéndola loca. El peso de su cuerpo sobre el propio, su perfume varonil llenándole los sentidos; el rítmico vaivén que comenzaba a llevarle al cielo... Eso era dominación pura y simple. La encontraba deliciosamente satisfactoria.

Y con todo, Samantha deseaba un poco más. Algo parecido al amor. Su propia familia junto a él.

Trató de voltearse para verlo, él se lo impidió sosteniéndola con más fuerza contra el reposabrazo. Le mordió el hombro y se apretó contra su cuerpo.

—Quieta, te harás daño.

Por supuesto. Por su puesto.

—Quiero... —La voz se le ahogó en un gemido—... quiero mirarte.

Él gruñó, hundiendo los dedos en su piel. El delicioso dolor la llevó al borde.

—¿Por qué... es tan... importante para ti?

«Porque te amo». No podía decírselo, arruinaría el momento. Aidan parecía odiar esas dos palabras juntas, sobre todo de la boca de alguien con quien compartía este fugaz placer.

—Porque no soy una puta.

Él la besó en el cuello, sumergiéndose incluso más profundo, llenándola. Oh, por favor, lo que ella daría por verlo a la cara en esos instantes. Quería sostenerlo entre sus brazos y besarlo hasta que le correspondiera.

—Si lo fueras..., yo no estaría contigo. —Hizo una pausa, para recuperar el aliento—. No soporto a nadie que venda su cuerpo, por voluntad propia.

Eso no alivió en nada su agonía. Aidan era un hombre contradictorio: lleno de normas, secretos y demonios tan aterradores que parecían salidos de la pesadilla de un psicópata. Samantha no sabía qué, pero él escondía algo incluso más horrible que se negaba a compartir con ella. Todo lo que él le daba era su cuerpo. Uno que, como una burla cruel, ni siquiera le permitía ver cuando estaban desnudos.

Aidan aceleró sus embates. Se incorporó un poco y continuó con más de

fuerza. Samantha pronunció su nombre con desesperación y anhelo. Con dolor. No se había dado cuenta, sin embargo, ella estaba llorando. El orgasmo mezclado y confundido con una terrible desesperanza, con su amargura.

Estaba sufriendo, por él, porque lo amaba y no era correspondida. Pero Aidan no se percataba del hecho.

Él se dejó caer sobre su cuerpo, débil y jadeante. Depositó un último beso sobre nuca y se alejó tan rápido que ella dudó que realmente hubiera estado atrás, tomándola.

Samantha se limpió las lágrimas de forma discreta, aunque con rabia. «Dios, ¿te apiadarás de mí?». Aunque la única que tenía que apiadarse de su propia alma era ella. Sabía que no podía continuar por mucho más. Sin embargo, no quería terminar como su madre: amargada y sola, en una casa llena de recuerdos dolorosos. O rodeadas de animales que seguro salvaría de las calles. No podía soportar la idea. Imaginarse a sí misma en semejante situación le causaba náuseas.

Aún semidesnuda, se giró. Aidan estaba sin camisa y con el pantalón ligeramente abierto, revisando su teléfono. Ajeno a la situación, la triste realidad en la que ella vivía.

—¿Te quedarás? —preguntó esperanzada.

Oh, diablos, ¿cuán bajo caería? Estaba segura de haber tocado fondo hacía mucho, pero el abismo siempre se ensanchaba cuando se trataba de Aidan. Descendiendo y girando, ella no tenía idea de qué hacer.

Él levantó la vista. Sus ojos azules, severos, la traspasaron.

—Dije que lo haría.

Samantha se mordió la uña del dedo pulgar.

—¿En la cama..., conmigo?

—No. En el sofá o en el suelo; no me importa.

—Aidan...

—Sam, ya lo hemos hablado. —Se apretó el puente de la nariz—. Mira...

Las lágrimas le bañaron el rostro, de forma inevitable. Mierda. Ella no quería parecer débil, Aidan odiaba la debilidad, pero le costaba. Estaba

sensible, además de sola y humillada.

—Por favor.

Él se frotó los párpados, suspirando.

—Está bien. —Se acercó a ella y le secó el llanto—. Pero no te acostumbres.

Samantha contuvo un sollozo. Algo tarde, él estaba en su sistema, infectándola como un doloroso virus. «El problema es, cariño, que ya lo hice. No puedo dejarte, no quiero». Y aunque sabía que eso terminaría llevándola al infierno, Samantha se preparó para caminar sobre las brasas con los pies descalzos.

Aidan se quedó de piedra apenas abrió la puerta de su apartamento. Bueno, joder, ¿qué estaba pasando ahí? Por el infierno y todos sus demonios, ¿no le había dicho que nada de fiestas escandalosas? Pero esa no era ruidosa, en absoluto, ni se trataba de una fiesta. Era, más bien una pequeñísima reunión de dos adolescentes inmaduras, jugando a... ¿Era eso que cantaba alguno de los *Vocaloid*?

Recorrió rápidamente el lugar con la mirada: había algunos globos y serpentinas de papel en las paredes y el suelo, y el televisor estaba encendido. En la pantalla había un par de lolitas<sup>[7]</sup> bailando de un modo infantil y cantando sobre cosas sin sentido, que a él le importaban poco. Hannah y su amiga, Miyuki, ambas vestidas con pijamas en forma de panda, giraban tomadas de las manos. Estirándose con las cabezas hacia atrás y abrazándose entre ellas.

Aunque la música era suave, tanto que apenas lograba oírse, ellas lo estaban disfrutando... absoluta y verdaderamente.

Por un segundo, Aidan retrocedió en el tiempo y se vio a sí mismo jugando con Glaw. Claro que no de ese modo femenino. Ellos solían robarse las galletas de jengibre con chispas de chocolate que hacía su madre y correr hacia la casa del árbol, para esconderse. Una vez ahí, Glaw las contaba y las

dividía en partes iguales. Casi se le escapó una sonrisa al acordarse de las pequeñas mentiras de su hermano: «Una para ti, y otra para mí». Glaw fingía ser justo, cuando la verdad era que terminaban dándole la mayor parte a él. Porque lo amaba. Era el mejor hermano del mundo.

Y se lo arrebataron sin piedad, luego de violarlo solo por tener una apariencia más delicada; casi femenina. Porque usaba el cabello largo y... Justo por eso, él se lo dejó crecer. Era su modo de honrarlo. Ahora lo tenía un poco más corto de por donde lo usaba Glaw, antes de su asesinato.

«Déjalo ya», se dijo a sí mismo. Carraspeó, para llamar la atención del par de chicas. La primera en percatarse de su presencia fue Hannah. Casi con terror, ella se detuvo y se lo quedó viendo, a la espera de un regaño. Miyuki cayó al suelo. Aidan arqueó una ceja. ¿Tan mala apariencia tenía, que la chica estaba a punto de orinarse? Por su expresión, él podía jurar que le habían salido un par de cuernos o una nueva oreja... en la frente.

—Se-se-se... —Se sintió estúpida, por lo que inclinó la cabeza.

¿Por qué comenzaba a tartamudear en los peores momentos? Tenía que darle una explicación, aunque no estuviera haciendo nada malo. Él mismo le había dado permiso de llevar a su única amiga al apartamento y además le dijo que podía divertirse.

Aidan avanzó hacia donde ella se encontraba. A su lado, Miyuki le apretó la mano para infundirle ánimos. Ella era una buena persona. Amable, divertida y... con una chispa de alegría que se le contagiaba. A pesar de llevar pocos días conociéndola, ya la quería como a una hermana.

—Respira —dijo él, colocándole la mano sobre la cabeza—. Continúen con lo que sea que estuvieran haciendo. Yo voy a ducharme.

Hannah asintió, despacio. ¿No estaba molesto?

—Sí... —Vaciló—. Ella es...

—Miyuki, ya lo sé.

¿Lo sabía? Hannah la vio, desconfiada. Oh, cielos, ¿entonces era verdad? Ella no se acercó para ser su amiga, sino por órdenes de Aidan. Se sintió estúpida y usada, como un juguete. Cuando se fijó en Miyuki, ella estaba inclinándose a modo de reverencia.

—Mucho gusto, señor —dijo.

Hannah estuvo más confundida que nunca. ¿Cuál era la verdad? Ya no lo sabía.

—Sí, bueno. Sigán jugando, niñas.

Miyuki se llevó el dedo índice hacia el párpado inferior, el cual jaló mientras le mostraba la lengua.

—¡*Be-da*<sup>[8]</sup>! —Su voz se elevó con molestia—. Ya no somos niñas, ¿sabe? Aidan rió entre dientes, burlándose.

—Por supuesto.

—¡No lo somos!

En lugar de responder, él la ignoró y continuó hacia su propio dormitorio. Miyuki se volvió hacia Hannah y le sonrió.

—Es sexi.

Hannah se ruborizó. Cielos, pero qué cosas decía. Rogó porque Aidan no la hubiera oído. Se moriría de vergüenza de lo contrario.

—Yuki —la regañó—. No digas esas cosas.

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué? —Se mordió el labio inferior—. Oh, ¿viste ese trasero? Está bien formado: firme y redondo, pero no como el de una chica; sino...

—Yuki.

—¿Viste el bulto en sus pantalones? Él debe de ser *grande*. —Hizo un gesto con las manos, enfatizando su punto—. Bueno, con lo alto que es...

—Yuki, basta.

—En serio, Hanny, es caliente como el infierno.

—Yuki, ¡basta!

Ella carcajeó, sacudiendo ambas manos.

—Yaaa, yaaa. —Bufó—. Exagerada.

—Es que es vergonzoso.

Ella pasó su brazo sobre los hombros de Hannah y la atrajo hacia sí misma.

—Sí, lo sé. ¿Me perdonas?

Hannah asintió, sonriente.

Aidan regresó pasados veinte minutos. Para ese momento, las adolescentes se encontraban sentadas una al lado de la otra en el suelo, rodeadas por una enorme cantidad de comida dulce y salada. Veían *Crepúsculo*. La chica asiática tenía la cabeza recostada sobre el hombro de Hannah y, más que ver la televisión, estaba concentrada en ella. «Lesbiana, lo sabía». Porque bueno, a él le pareció evidente desde el inicio.

Sin nada más que hacer, fue a la cocina por una cerveza. Luego tomó asiento en el sofá, cruzó las piernas y se dedicó a ver aquella parodia romántica de los seres oscuros por los que más respeto sentía. Un vampiro que brillaba, ¿en serio? No lo entendía, ¿qué mierda estaba ocurriendo con el mundo? Si se lo preguntaban, él se quedaba con *Hellsing*. «¡Salve, Alucard!», se burló en su interior.

Hannah giró ligeramente el cuello y lo analizó en silencio. ¿Cuán extraño podía verse él, un adulto, mirando una película cursi con un par de niñas soñadoras? Por costumbre, le regaló una sonrisa mordaz. Para su sorpresa, todo lo que hizo fue devolvérsela; pero en cambio la de ella era dulce. Casi angelical.

Una chica rara, considerando todo lo que sufrió.

Aunque en el fondo le causó alegría que comenzara a dejar atrás su horrendo pasado. Estaba honrando la promesa que le hizo a Glaw. «¿Lo ves, hermano? Por favor..., dime que sí». Era todo lo que pedía. ¿Qué sentido tenía si no? Todo lo que estaba haciendo era por él. Para vengarlo. Y cuidar de Hannah, más allá de eso, era su manera de redimirse. De algún modo, él quería que Glaw estuviera orgulloso. Que lo viera desde el cielo, sonriente, y le dijera a Dios, si acaso existía: «¡Ese es mi hermanito!».

No pedía más.

El vampiro besó a la chica. ¿O era el lobo? Él no tenía idea. Reprimió una risa al ver cómo Hannah apretaba los parpados en ese preciso instante. «Mojigata». Miyuki, no obstante, puso toda su atención en la escena, después

se giró hacia él.

—¿No es romántico?

No. Era repugnante.

—Niña, creo que nosotros tenemos una definición distinta de «romance».

Miyuki ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Bueno. —Suspiró—. Tú lo ves como algo importante; *yo no*. Por lo general, la mayoría de los hombres decimos o hacemos cosas cursis para que ustedes abran las piernas. —Se lamió los labios—. Si un hombre te ama, no te lo va a decir; él lo demostrará. ¿El resto? Mentiras para conseguir lo único que interesa: sexo.

Ella abrió los ojos más de lo usual, al igual que la boca. Hannah también estaba asombrada por su declaración. Alguien tenía que romperles la burbuja color rosa, ¿cierto? Mejor él, que no estaba interesado en un par de chicas jóvenes como esas (su escueto código moral no lo permitía. Prefería estar muerto, antes de comportarse como la mierda que exterminaba), que un desgraciado que iba a engañarlas.

Aidan prefería ser sincero: «Solo sexo, cariño, no te ilusiones». Nada de amor eterno ni palabras ridículas.

—Pero —continuó, con la mirada fija en Miyuki— tú no te preocupas por eso, ¿verdad? Digo, por los hombres.

Ella escondió la cara, roja por completo.

*Bingo.*

—¿Por qué Yuki no...?

Aidan rió por lo bajo.

—Porque es muy joven para el sexo, igual que tú. —Se levantó—. Voy a salir, no me esperes despierta.

## CAPÍTULO 10

Aidan reprimió un rosario de maldiciones apenas Miyuki se alejó corriendo, arrastrando a Hannah con ella. ¿Qué, por Dios santo, nunca se quedaba sin energía? Él ya estaba agotado, en cuerpo y mente. Aunque lo que lo ponía furioso en realidad era el hecho de haber cedido ante el par de chicas cuando le insistieron en que sería una «maravillosa idea» celebrar Navidad. Cosa que no hacía desde los siete años. Porque, bueno, ¿quién querría hacerlo estando solo en el mundo? Sin familia ni nadie lo verdaderamente importante o especial como para compartir. Además, para él era una época dolorosa. Un recuerdo amargo que había enterrado alguna vez. Y ahora, no obstante, ellas lo hacían volver desde sus cenizas para enloquecerlo.

Leo, que se había autoinvitado a su horrible tarde de compras navideñas, silbó bajo.

—Vaya, *señor Scrooge* —se burló—, ¿quién diría que abriría su corazón? Solo falta su perra pelirroja para completar el cuadro familiar.

Aidan se frotó las sienes. Estaba empezando a tener una de sus mejores migrañas. «¿Qué hice para merecer esto?». Oh, sí, ya lo recordaba: ser un total hijo de puta, asesino y sádico sin corazón. Lo normal. Debía agradecer que aún continuara en una pieza. O vivo.

—¿Sabes? Yo podría *matarte* y hacer que parezca un suicidio, no sería la primera vez.

Leo rió, dándole palmaditas en el hombro.

—Pero ambos sabemos que no lo harás.

—¿Por qué tan seguro?

Leo arqueó una ceja, al igual que la comisura del labio.

—Porque, *babbo*, verás: has estado diciéndome la misma mierda desde que tenía dieciséis y ya tengo... —Miró su reloj, con indiferencia—. Veinte, por lo que si sabes sumar...

—Leo.

—¿Sí?

Aidan le enseñó el dedo del medio.

—Cierra la boca.

Leo le devolvió el gesto y, sin decir otra palabra, se echó a correr detrás de las adolescentes, quienes se dirigían a una tienda de árboles artificiales. Ah, infiernos, honestamente ¿qué pasaba con él? Antes ni siquiera lo habría considerado, pero apenas Hannah y Miyuki se lo propusieron, y atormentaron durante una semana, él cedió. Porque, bueno, ¿qué tan malo podría llegar a ser? No imaginó cuánto. Ahora lo experimentaba. Era espeluznante, como el tártaro. Toda esa gente desesperada, buscando árboles, adornos, ropa y obsequios. Los niños gritando, las mujeres embarazadas... Un caos total. Lo odiaba con toda su alma. Y pensar que aún faltaba un par de semanas para Navidad.

No era capaz de imaginar, si quiera, cómo serían las compras de última hora.

Se sentía como en medio de un sueño, horrible y retorcido. Más bien, como si estuviera viéndose a sí mismo desde arriba. Ser bondadoso con alguien más era muy extraño en Aidan. Entendía el deseo de venganza, hasta la lealtad y la obligación. Pero el amor y la ternura...

Con un bufido, ingresó a la tienda. Encontró a Leo discutiendo con Miyuki, sobre cuál árbol elegir. En un rincón, permanecía silenciosa y triste, viéndolo todo como si ella no importara. Enojado, caminó hacia ella, la sujetó de la mano y la arrastró hacia el par que empezaba a gritarse como si fueran niños de cinco años.

«Maldita mierda». Comenzaba a arrepentirse de todo.

—Elige uno —ordenó.

Hanna vaciló unos instantes.

—¿Yo? —Se señaló a sí misma, incrédula.

Aidan hizo rodar los ojos. Por supuesto, ella sino ¿quién más? Entre Leonardo y Miyuki estaban empeorando su migraña y él todo lo que deseaba era volver a su apartamento, beber una cerveza y descansar. Incluso había

cancelado su sesión de sexo con Samantha para poder tener tiempo para sí mismo. Uno que, de forma ilógica, estaba malgastando con un pequeño grupo de inadaptados sociales.

—Sí, *tú*. Mira, quiero terminar con esto. —Se apretó el puente de la nariz—. Escoge uno y vámonos; si no, lo hago yo y no te gustará. ¿Quieres una Navidad monstruosa: con vampiros, demonios y putas desnudas?

Hannah negó con la cabeza, con tanto ímpetu que Aidan estuvo seguro de que su mensaje le quedó claro. Ella se dirigió de inmediato hacia uno de tamaño mediano, perfecto para su hogar, blanco por completo; y lo señaló.

—Este es lindo. —Le hacía recordar en la pureza de su vida anterior al Lobo.

Aidan se encogió de hombros. Le daba igual. Antes de que pudiera separar los labios, Miyuki se le adelantó:

—Muy simple, Hanny. Mejor ese. —Señaló uno extravagante y enorme—. Podremos ponerle muchos brillos y cosas.

Leo colocó las manos sobre sus caderas y negó, haciendo chocar la lengua contra su paladar.

—No me gusta, nos hará parecer como maricas desesperadas.

Miyuki lo vio con desdén.

—¿Crees que me importa? Y a todas estas, ¿a ti quién te invitó, *eh?*

—Eres insoportable, china —se quejó, con dramatismo.

—¡Que no soy china, amanerado! Japonesa, soy jaaa-pooo-nee-saaa.

Leo le mostró el dedo medio y lo movió, haciéndole un gesto obsceno.

—Jódete.

—¡Jódeme tú!

Ella no pareció darse cuenta de su pequeño error lingüístico. Una esquina de la boca de Leo se levantó en una sonrisa casi burlona.

—*Abre las piernas y lo haré con gusto, bella*<sup>[9]</sup>.

Miyuki infló las mejillas.

—Tengo dieciséis, perverso.

Él se encogió de hombros.

—Demándame. —Le guiñó un ojo—. No es la primera cosa ilegal que hago.

Aidan respiró hondo, implorando algo de paciencia. Dirigido su mirada hacia Hannah, ella se encontraba avergonzada, relegada lejos del grupo. Diablos, ¿nunca dejaría de hacer eso? Le molestaba muchísimo.

—Cállense. —Casi gruñó—. Nos llevamos el blanco. Punto.

—¡Pero Aidan! —Gimió Leo—. Es caaasi tan aburrido como tú.

Le dedicó una mirada furiosa.

—Me importa una mierda. —Señaló a Hannah con el pulgar—. Es el que le gusta. Y si le hubieran puesto un poco de cuidado, en lugar de pelear como un par de mocosos, quizá lo hubiéramos sometido a votación.

A Miyuki le tembló el labio.

—Pero el otro... Los brillitos... ¡Hanny!

Aidan inclinó la cabeza, como llevaba el cabello suelto le cayó sobre el hombro como una cascada suave y oscura.

—El blanco. —Se volvió hacia Hannah—. No permitas que otros decidan por ti. Jamás.

Hannah afirmó, despacio, con la cabeza. Aidan era un hombre inusual, pero agradable una vez que se lo conocía mejor. Tal vez un poco tétrico e intimidante, pero tenía que admitir que era mucho menos aterrador una vez que dejaba de ser tan fiero y gruñón, y se permitía pequeños momentos como este. Ella podía jurar que, mientras Leo y Miyuki discutían, lo vio sonreír un par de veces.

Se preguntó cómo sería su risa. ¿Daría miedo o sería inquietante, como la del chico rubio que lograba hacerle perder la paciencia cada dos minutos? Aún mejor, ¿sería cálida, como la de Miyuki? No tenía idea, pero en ese instante él casi había abandonado esa actitud de voy-a-patear-tu-culo-tan-fuerte-que-te-mandaré-al-fin-del-mundo, y se veía... feliz.

Casi

Hannah se acercó a él y le obsequió una sonrisa amable.

—Señor.

—¿Qué?

Ella titubeó.

—Usted... tiene un buen corazón.

La mueca burlona que se trazó en su rostro la desconcertó.

—No, niña —dijo. Sus ojos azules se volvieron gélidos—. No es así. Yo solo tengo un montón de trabajo, responsabilidades y... —Miró a Leo— problemas. Sobre todo problemas.

A lo mejor, pero ella no estaba completamente segura. Para empezar, él le había salvado de un monstruo esclavista, que la trataba como a un animal. Luego la llevó a su casa, le dio ropa, comida y una enorme cantidad de lujos que ni en un millón de vidas le podría pagarle. Sin embargo, no le pedía nada a cambio además de «no meterse en problemas». Y como si fuera poco, ahora estaba permitiéndole tener una Navidad tranquila, a pesar de que se notaba que no le gustaban las celebraciones.

Por eso, ella no podía confiar del todo en sus palabras. Hannah quería creer que, más allá de esa apariencia mortal y actitud desdeñosa y estoica, él era una persona como el resto. No, no como todas, sino de las buenas. Como sus difuntos padres, Ian, Megan y Miyuki; incluso como Leo. Que había un corazón humano en él, que no estaba manchado por la maldad a pesar de su horroroso trabajo.

—No. —Contra todo pronóstico, se atrevió a contradecirlo—. Usted tiene un buen corazón.

Aidan curvó una ceja.

—Ah, ¿sí? —Su tono fue burlón y cortante—. Porque tú has vivido mucho y conoces un montón de corazones, ¿cierto?

Hannah negó, aún con esa sonrisa dulce en los labios.

—No, pero... pasé mucho tiempo con Mauricio y él me mostró la diferencia entre una persona buena y una mala. —Respiró hondo, ante el terrible recuerdo—. Así que...

—No. Yo soy egoísta. Soy frío y despiadado. No dejes que esto te confunda, no lo hago porque sea bueno, solo estoy saldando una vieja deuda.

—Usted y su amigo son buenos —insistió.

La risa de Leo resonó en su oído.

—De los mejores, niña —dijo él—. ¿Ves, *babbo*? Ella no me considera un tumor parlante.

Aidan vio hacia el techo, hastiado.

—Eso, *bambino*, porque no te conoce. Dale un par de meses y te odiará.

—¡Dios! Eres taaaan cruel. —Leo apretó los labios, un momento—. Necesitas algo de sexo, ¿sabes? Pero no con la perra chillona, sino con...

Aidan gimió.

—No empieces.

Leo levantó las manos, en señal de rendición.

—Uy, pero qué humor.

Miyuki rió, en tono bajo. Hannah se mantuvo al margen. Aidan, por otro lado, se fue hacia la caja registradora, para pagar.

Cuando salieron de la tienda, se dirigieron hacia las escaleras mecánicas. Él solo podía agradecer una cosa, de la presencia de Leo: el maldito bastardo tendría que ayudarlo con todos esos paquetes. Gracias al cielo que al menos había llevado su propio auto, de modo que sería más simple transportarlo todo. Los encargados de la tienda dejarían el maldito árbol en su apartamento, al día siguiente.

Mientras caminaban, Aidan pensó en las palabras de Hannah. Ella realmente lo consideraba una buena persona. No lograba comprenderlo, ¿qué de bueno tenía alguien como él? Era extraño, su confianza ingenua casi lo reconfortó. Le hizo recordar la época en la que todavía era decente, en la que creía en la bondad y el amor. Cuando era... feliz. Sin embargo, había sido un niño en aquel momento, uno que pensaba que Santa Claus era real y que había un conejo en la luna; que esperaba con impaciencia perder algunos dientes, para que aparecieran monedas y billetes mágicamente debajo de su almohada, que usaba para comprarle pequeños detalles a su madre porque él lo tenía

todo: un hogar, una familia, amor. Además de dinero.

Y en este instante de su vida, solo tenía eso: la herencia familiar que le resultaba demasiado dolorosa como para gastársela en sí mismo. Sin dudas, él sería capaz de entregarlo todo por un minuto junto a sus padres y hermano. Solo uno, nada más. Pero eso no sería posible. Los sueños no se cumplían, lo descubrió durante su entrenamiento en Infernum. No tendría nada de su vida anterior de regreso. Los deseos de Navidad no se les concedían a personas como él.

Suspirando, los condujo hacia un restaurante italiano, donde podrían conseguir algo de comer, antes de regresar a casa.

—¿Aidan? —La voz de Samantha, detrás de él, lo paralizó—. ¡Aidan!

«Mierda». ¿Por qué, de todos en New Jericho, tuvo que encontrarse con ella? Leo, a su lado, soltó una risita burlona; que se parecía más a la de un mal villano de una película añeja y cutre.

—Estamos completos, para la fotografía familiar, ¿uh? —murmuró a su oído.

Aidan resopló, dándose vuelta. Ahí, frente a él, estaban Samantha y Gemma. «Ah, genial, lo que me faltaba». Su amante, la ruidosa, junto a la psicótica que le odiaba. Una pareja explosiva. El dúo ganador. No podía estar más feliz.

Inclinó la cabeza hacia ambas mujeres.

—Sam, Gem —dijo.

Gemma le frunció el ceño.

—Oh, pero si es el Capitán Amabilidad, qué sorpresa.

Aidan bufó.

—¡Gem! —Samantha le dio un codazo, luego se dirigió a él—. De compras navideñas, ¿tú, en serio?

Leo respondió por él.

—Escalofriante, ¿cierto? El señor Scrooge tiene corazón. —Señaló a Hannah y a Miyuki—. Ellas lograron convencerlo y llenar de luz su oscura alma de...

—Cierra la boca —refunfuñó Aidan.

Miyuki hizo una reverencia.

—Hola.

Samantha pasó de la adolescente, por completo. Ella cruzó los brazos y le dirigió una mirada molesta a Aidan. No podía creerlo. En dos años, él jamás quiso acompañarla. Siempre que se lo pedía, reaccionaba de mala manera: «Olvídalo, Sam. No soy tu jodida mascota». Como si lo quisiera para eso. ¿Qué tenía de malo querer compartir un poco de tiempo? Ir a comer, hacer algunas compras... Y en cambio, ahí estaba: con su insoportable perro faldero, una asiática de voz chillona y la pordiosera que vivía en su apartamento. Como una familia feliz.

No tenía sentido.

—Ya nos íbamos. —El tono de Aidan fue impasible, como de costumbre.

—¿Y qué pasó con la comida, italiana, *babbo*?

Samantha arqueó una ceja.

—¿Comida italiana? ¡Qué casualidad!, Gem y yo íbamos a comer ahí también.

Gemma frunció el ceño, ligeramente, contrariada.

—Yo creí que comeríamos tailandesa.

Samantha maldijo en su interior. Oh, bueno, ¿por qué su mejor amiga elegía los peores momentos para ser indiscreta?

—No —dijo con los dientes apretados, y luego en voz más alta—: Recuerda que elegimos italiana.

Gemma hizo rodar los ojos.

—¿Sabes qué, Sam? Me largo. —Barrió a Aidan con la mirada—. Al menos yo sé cuando *estorbo*.

Sin esperar una respuesta, ella cogió sus bolsas y se fue hacia el lado contrario. Samantha dudó. Gemma era su mejor amiga, pero Aidan... Volvió a verlo, él continuaba estoico, como esperando que también se marchase. Y si ella hubiera tenido un poco más de dignidad, lo habría hecho. Sin embargo, el temor a estar completamente sola superaba cualquier otro sentimiento en su

interior.

—Ya se le pasará. Gem es tan dramática a veces.

Leo contuvo una carcajada.

—Como alguien que conozco. —Ladeó la cabeza—. Pero incluso tu «estado de calma» supera su histeria.

Samantha entrecerró los ojos.

—Aidan, contén a tu perro.

De forma inevitable, Leo rió.

—¡*Woof, woof!* —Se lamió los labios, despacio—. A diferencia de ti, él *no* me manda. No te equivoques, puede ser mi jefe; pero yo hago lo que quiero, cuando quiero. Tengo voluntad propia. —Pasó el brazo alrededor de los hombros de Aidan—. Además, lo nuestro es... especial, ¿cierto mi amor?

Aidan rezongó, aunque no hizo el intento de alejarlo. Cuando Samantha habló, su voz salió afectada, como un murmullo.

—¿U-ustedes...?

Ella no tenía idea, pero después de todo Aidan era abierto con su sexualidad. Si él y Leonardo eran amantes, eso explicaría muchas cosas.

—No. —Aidan casi gruñó. Giró la cara hacia Leo y retiró el brazo que lo sujetaba—. Ya, deja de joderla.

Leo silbó.

—Ya quisiera que la jodiera, pero lo siento jefe ella no es mi tipo. — Señaló a Miyuki—. Me gusta más la china insoportable.

Ella gimió.

—¡Que no soy china!

Leo meneó la mano, restándole importancia.

—Da igual: eres amarilla, bajita y no tienes pestañas.

—Muérete.

Él se encogió de hombros.

—Ya lo hice, cuando mataron a mi mujer y a mi bebé. *Pasticcino*<sup>[10]</sup>, esta es toda la diversión que me queda y, créeme, voy a disfrutarla.

Miyuki parpadeó, después miró a Hannah, con desconcierto.

—¿Q-qué?

Aidan se adelantó en responder:

—Nada. —Suspiró—. Vamos.

Leo hizo una exagerada inclinación hacia Miyuki.

—*Dopo di te, tesoro*<sup>[11]</sup> —le dijo en italiano, pero ella lo ignoró y siguió de largo.

Se dirigieron hacia el restaurante. Era un lugar acogedor y cálido. De ambiente familiar. Tenuemente iluminado por bombillas blancas, dentro de lámparas de un cristal aceitinado, que lo hacía lucir como salido de un sueño. Había música en vivo: una soprano alta y de pechos prominentes, que cantaba algo de Andrea Bocelli. Aidan fue golpeado por el destello de una visión: él había estado antes en lugar, junto a su familia, años atrás. Justo después de que su padre lograra encerrar al hijo de perra que envió a su grupo de matones por ellos.

Reprimiendo el deseo de huir, caminó hacia la recepcionista para pedir una mesa. Se giró y vio a su grupo. Nunca estuvo rodeado de tantas personas antes, a excepción de sus habituales reuniones con los miembros del Noveno Círculo e Infernum en general, claro. Por lo demás... No se había percatado de lo solo que estaba. Pero eso no cambiaría, no si dependía de él. No necesitaba personas distrayéndolo de su único motivo para existir.

Con todo...

Un muchacho joven los guió hacia la mesa, que estaba en un rincón. Hannah tomó asiento junto a él. Aidan la vio por el rabillo del ojo: jugaba con los dedos y se mordía la comisura del labio. Al parecer hacía lo mismo siempre que se encontraba nerviosa o incómoda. La entendía. Él también deseaba salir corriendo.

—Yo quiero ravioli. —Samantha suspiró—. *Mmm*, sí, con salsa marinara, camarones y queso azul.

El joven anotó en su pequeña libreta el pedido de Samantha. Miyuki puso

cara de asco.

—¡*Puaj!* ¿Ese quesoapestoso?

Leo sonrió, irónico.

—Cariño, ¿alguna vez oíste que la mierda solo come mierda?

Miyuki se cubrió la boca con las manos y rió.

—¡Aidan, dile algo! —exigió Samantha.

Él bufó.

—Minino, déjala.

Leo le mostró la lengua

—Eres un aburrido, jefe. —Se giró hacia Miyuki—. ¿No te apetecen algunos penne, *amore*<sup>[12]</sup>?

Ella lo vio, boquiabierta y completamente ruborizada.

—¡E-eres un perverso!

—¿Qué? Es solo pasta, *pupa*<sup>[13]</sup>. —Reprimió el deseo de reír—. Ya, yo quiero pizza. Una enoorme y con mucha carne y queso.

Aidan esperó por Hannah, que continuaba viendo el menú confundida. Se preguntó si nunca habría pisado un restaurante. Bueno, por lo que sabía de ella, era de un pueblo y su familia fue humilde. Vivió de un modo simple hasta que Mauricio se la llevó y luego... Ah, mierda, era mucho peor de lo que imaginaba.

Se inclinó, para que sus labios quedaran cerca de la oreja de la adolescente.

—¿Aún no te decides? —murmuró.

Ella sacudió la cabeza, negando.

—N-no... no conozco nada de lo que hay aquí. —Más que eso, se sentía estúpida.

Aidan percibió el dolor y la vergüenza en su voz.

—Bueno, ¿te gustan el ajo y la carne?

—Sí, mucho.

—Entonces amarás esto. —Se dirigió al mesonero—: Ambos queremos Ossobuco, ensalada César con mucha mostaza y miel, y pan con ajo.

Hannah le obsequió una sonrisa tímida.

—Gracias, señor.

—Nunca vas a dejar de usar esa palabra conmigo, ¿verdad?

—No.

Él gimió entre dientes.

—En ese caso, también quiero una botella de su mejor vino —le dijo al muchacho. Y continuó para sí—: Me quiero embriagar.

Samantha le dedicó una mirada acusadora. Aidan se frotó los párpados. Estaba cansado, hambriento y con un terrible dolor de cabeza. Como si alguien se la abriera en dos, él no tenía idea de cómo continuaba de pie. Lo que menos deseaba era iniciar una discusión. Terminaría mal y si Samantha continuaba con esa actitud, él la dejaría de una vez por todas. Sexo podría conseguir en cualquier lugar. Hasta con Leo, si le veía en gana. Ella no debía olvidarlo. En el fondo, supo que había algo de mentira en ello. El motivo por el cual continuaba atado a alguien que no amaba, todavía daba golpes furiosos contra su alma: culpa. Algo para lo cual fue entrenado durante toda su vida, tan duramente que no sabía cómo no perdió la cordura, y aun así la experimentaba con tanta frecuencia que era incluso doloroso.

Cerró los ojos un instante y se vio a sí mismo con un bebé en sus brazos. De haber nacido, tendría un año. «No seas ridículo, sabes que fue lo mejor». Aunque, de ser así, ¿por qué le asaltaban los remordimientos? Bien, quizá porque imaginó una vida con ese pedacito de cielo a su lado. El suyo, al igual que el bebé de Leo, habría sido el comienzo de su nueva vida.

Pero tuvo que morir antes de ver el sol, todo por su causa, por haber abandonado a Samantha durante un pleito. Aún podía verla tirada en el piso del baño, jadeante y sangrando mientras suplicaba por la vida de su hijo. Cuatro meses. Increíble. Y después de un año, seguía quemando como el infierno.

Eirian. La belleza y la luz de su vida decadente.

Vendería su alma por tenerlo consigo. No obstante, como el resto de las cosas en su vida, y al igual que con sus padres y hermano, eso era imposible. Pero lo que más lo hería era el hecho de no haberlo conocido.

—¿Ahora qué?

Samantha entornó los ojos.

—Nada.

—Sam...

Ella se recogió el cabello.

—Oh, nada, es solo que pudiste haber elegido por mí también.

Aidan gimoteó.

—¿En serio, Sam? Es una niña y no sabía qué pedir. —Hizo una pausa, para contener el enojo—. Tú vives en lugares como estos, gastando mi dinero, sabes bien que ordenar en todo caso.

—¡Aidan!

—¿Podemos tener un día en paz, por favor? No quiero discutir, estoy hambriento y cansado. —Se frotó la frente, para aliviar la tensión.

—Siempre estás cansado, cuando se trata de mí.

Entrelazó los dedos debajo de su barbilla y esperó a que sus órdenes fueran colocadas en la mesa. Cuando el joven se fue, él respondió a la queja de Samantha.

—Oh, bueno, ha de ser porque tengo un trabajo que odio con toda el alma; no duermo mucho y tú siempre quieres pelear conmigo. Ah, eso sin contar que ayer hice que saliera libre un pederasta de mierda, que seguro volverá a violar niños mañana. —Apretó las manos—. Por lo que sí, siempre estoy cansado, enojado y con ganas de *joder*; pero ¿qué crees? También soy humano, supongo, y necesito un día tranquilo.

—Lo dices como si fuera mi culpa.

—No lo es. —Respiró hondo—. Vamos a comer, luego dejo a las niñas en casa y voy contigo, ¿te parece?

Ella le sonrió esperanzada.

—¿En serio?

—En serio, Sam. Ahora, come tus ravioli, ¿quieres?

«Esto es enfermó». Y no podía continuar por mucho más tiempo, lo sabía; pero siempre que lo intentaba el recuerdo del aborto espontáneo de Samantha (que él causó, desde su perspectiva y la de ella) lo paralizaba.

Él estaba acostumbrado a sobrevivir solo, ella no.

Al final no era tan cruel como para patearla lejos de su vida, sabiendo que eso iba a derrumbarla como un castillo de naipes.

## CAPÍTULO 11

Hannah abrió los ojos, la habitación se hallaba tenuemente iluminada por los rayos de sol que se colaban a través de la cortina color rosa; no despertó debido a ello, sin embargo, sino el conocimiento de qué día era. Y por primera vez no le causó ninguna emoción agradable y satisfactoria, como en el pasado.

Sentándose sobre la cama, recorrió la alcoba con los ojos. Se encontraba llena de toda clase de animales de felpa, muñecas costosas y afiches de sus agrupaciones favoritas de pop, también algunas de Miyuki; ropa, zapatos y perfumes. Todo lo que una chica de su edad pudiera querer y ella no se sentía feliz. Más que sentirlo, no lo era. Y le pareció desagradecido de su parte, porque Aidan realmente se esforzaba para cubrir sus necesidades, darle todo cuanto quisiera..., excepto una familia.

Reconocerlo le dolía.

Sin madre ni padre; sin Megan. Aunque lo que más le afectaba era saber que ya no contaba con la presencia de Ian. Estaba incompleta.

Estúpidamente lo buscó esperanzada, deseando que solo se tratase de un sueño, lo único que encontró fue un dibujo de su rostro. Yutaka lo había hecho para ella, siguiendo sus indicaciones, como un presente de Navidad. Ahora, era el único recuerdo que tenía de su gemelo.

«Te extraño». Las lágrimas le bañaron el rostro mientras se mordía el labio inferior, hasta enrojecerlo. Quería gritar y hacer salir todo su dolor, esa horrible amargura que la estaba marchitando; no podía. Se contuvo y respiró hondo, tratando de calmarse.

Se levantó y fue hacia el espejo, acercó la mano hacia el cristal y unió su palma con la que se reflejaba, imaginando que era Ian. Que como cada año ellos ejecutaban su precioso ritual.

—Fe... —La voz se le quebró—... feliz cumpleaños, mi otra mitad.

El aire le faltó y las piernas le fallaron. Hannah se recostó de la pared y se deslizó hacia el suelo; escondió la cara entre las rodillas y lloró con gritos

silenciosos.

«Ian..., Megan..., mamá..., papá...». Quería tenerlos a su lado al menos un minuto, nada más. Tan solo eso.

Pero era imposible.

Armándose de valor, y limpiándose las lágrimas, Hannah se puso de pie y caminó hacia la cocina. Quería despejar la mente de cualquier modo, dejar de pensar en lo que Mauricio le robó sin un rastro de piedad. Más que eso, necesitaba dejar de sentirse como una maldita egoísta que no merecía respirar. Por Dios, ¿qué clase de persona era? Viviendo una vida que no era la suya, en una casa prestada, con personas que solo sentían lástima por la «pobre esclava del mafioso»; pero que no la querían. Fuera de Miyuki, no tenía a nadie.

Y luego estaban Ian y Megan, desaparecidos; quizá soportando toda clase de maltratos. Desnutridos, violados o... muertos. Deseó, más que nunca, que Aidan le hubiera disparado. Entonces estaría junto a ellos y tendría paz.

Tan pronto llegó a la cocina, se encontró con Samantha. Ella estaba sobre el mesón de piedra, semidesnuda, bebiendo café de una taza humeante. Era la de Aidan, la reconoció de inmediato por el escalofriante diseño en forma de cráneo humano con cuernos.

Le gustaba más la suya, que tenía forma de oso panda. Como casi todas sus posesiones. Tenía un serio problema con los adorables osos, y no le interesaba resolverlo. ¿Quién iba a culparla? Tan solo tenía quince años. Aunque en ese instante se sentía como si hubiera vivido una eternidad.

Samantha la miró de reojo, casi con menosprecio. Hannah estaba acostumbrada. Le daba la impresión de que se había ganado su odio por el sencillo hecho de existir. O, bueno, también por aparecer en la puerta de su marido dos veces, sangrando y pidiendo ayuda. Si fuera Samantha, ella también se odiaría.

—Disculpe... —Titubeó cuando Samantha se concentró en su humanidad—, ¿el señor... está muy ocupado?

Samantha se encogió de hombros.

—Toma una ducha.

Hannah se mordió la comisura del labio, incómoda.

—Ah...

—¿Por qué?

Apretó los labios, un momento. ¿Estaría bien decirle?

—Quiero hacer un pastel, por el cumpleaños de Ian y el mío y..., bueno, yo...

—¿Quién es Ian?

Desde atrás, la voz de Aidan la sobresaltó:

—Su gemelo.

Aidan caminó hacia el frigorífico y tomó el recipiente de la leche. Tan solo llevaba puesto un pantalón negro y ajustado. Hannah se fijó en el tatuaje que le cubría la espalda en su totalidad. Era un diseño hermoso: un ángel de alas negras, cubierto de rosas sangrantes y espinas, caía desde el cielo y una mano lo sujetaba para no dejarlo hundirse en el abismo. Devolvió su mirada hacia Aidan y lo comparó con el hombre del dibujo. Era él, tenía que serlo, se parecían demasiado. El tatuaje contaba su historia. Por primera vez, ella entendió que el hombre espeluznante que la cuidaba escondía un secreto doloroso como el infierno. Él estaba cayendo en el abismo, pero ¿de quién sería la mano protectora que lo mantenía aún en las alturas?

Aidan se giró hacia ella. Hannah se obligó a mantenerse firme.

—No sabía que era tu cumpleaños —dijo, sirviéndose una taza de cereal.

—Sí.

Él entrecerró los ojos y abrió la boca, Samantha se le adelantó:

—¿Tiene un gemelo? ¿Y dónde está?

—Quizá muerto, no lo sé. Cuando mi equipo y yo llegamos, el Lobo ya los había vendido.

—¿A quiénes?

Hannah respiró, hondo.

—M-mis hermanos, vendió a mis hermanos.

La mirada de Samantha se suavizó.

—¡Oh, cariño!, lo siento mucho, yo...

Hannah negó, cabizbaja. Dolía mucho. Deseó poder morirse.

—No importa. —Se estrujó las manos—. Entonces, ¿puedo...?

Aidan hizo rodar los ojos.

—¿Debo repetirlo? —Se sirvió más leche—. Eres libre, puedes hacer lo que quieras, siempre que no sea ilegal o vaya en contra de mis normas. ¿Quieres hornear un pastel? Hazlo. ¿Salir de compras? Vé. ¿Hacer un curso de computación, cocina, mecánica, lo que sea? Haz-lo.

Hannah confirmó con la cabeza.

—Gracias.

Aidan gimió.

—*Odio* esa palabra.

—Lo siento. —De nuevo, la voz se le quebró—. E-es que...

Enmudeció, llorando. Este tenía que ser el día más importante del año, y en su lugar era el más triste. Sin Ian junto a ella, para celebrarlo, carecía de sentido.

Aidan soltó la cuchara y caminó hacia Hannah, tomándola del mentón la obligó a verlo. Sus gestos se habían ablandado y él estaba incluso conmovido. Casi parecía un humano corriente: amable y sensible.

—Hey, no llores. Sé lo que se siente; pero llorar no va a devolverte a tus hermanos.

—Quiero verlos, los extraño mucho.

—Lo sé. —Contuvo la respiración un momento. Él echaba de menos a Glaw cada maldito día—. Trata de no pensar en eso. Haz tu pastel, celebra tu cumpleaños, invita a tu amiga la insoportable si quieres.

—¿Y a Yutaka?

La soltó.

—¿Quién?

Ella sorbió por la nariz, antes de responder insegura.

—El amigo de Yuki..., el que hizo los retratos de Ian y Megan.

—¿El amanerado? —Bufó—. Ya qué, sí, él también.

—Gracias.

—Sí, sí, *de nada*. Deja de llorar niña, me pone los pelos de punta y con Sam tengo suficiente.

—¡Aidan! —Ella elevó la voz, ofendida.

Él se volvió hacia Samantha, con un gesto prepotente.

—Es la verdad, siempre estás llorando.

—Eres un antipático insoportable.

Él movió un hombro, restándole importancia.

—¿Gracias?

Samantha se quejó.

—Te odio.

Aidan ladeó la cabeza y le sonrió, con burla. Hannah no logró entender lo que estaba sucediendo. ¿Por qué la conversación sobre sus hermanos y cumpleaños se había vuelto una riña marital?

—Dime algo que no sepa. —Aidan comenzó a andar hacia su habitación, pero antes se dirigió a Hannah—. Niña, voy a salir. Volveré en... tres horas, mientras tanto hornea tu pastel.

—Sí, señor.

Él asintió y luego marcó un número en su celular. Cuando atendieron, su voz salió áspera:

—Necesito que investigues a alguien. No, me importa una mierda que estés ocupado Chico Rata. Todo lo que puedas conseguir sobre Yutaka Miyake, diecinueve, estudiante de la Universidad del Norte. —Resopló—. Sí, *para hoy*. Una hora.

Colgó y se fue siendo seguido por Samantha.

Hannah miró a su alrededor y exhaló con pesadez. «Haré tu favorito, Ian». Una lágrima solitaria se deslizó desde su ojo, ella no se molestó en limpiarla.

No podía continuar tragándose la amargura, sin hablar con nadie sobre sus sentimientos, completamente abandonada. No era sano. Pero, siendo honesta, ¿qué importaba? No, aún más, ¿a quién? Estaba segura de que Aidan solo lo hacía por caridad y Samantha..., bueno, ella no le apreciaba demasiado. Solo hipocresía, simple y pura. Podía distinguirla en sus ojos brillantes y astutos, que la menospreciaban.

Por un segundo, volvió en el tiempo. Mauricio, *El Lobo*, solía verla de la misma forma: como si no valiera el aire que respiraba. «Esclava inmundas, ¡de rodillas!», el grito del hombre que la torturó durante meses desgarró su memoria, haciéndola temblar. «¡No, lámelo, como el animal que eres!». Casi pudo verse a sí misma, comiendo del suelo mientras se ahogaba con su propio llanto.

Fueron días muy oscuros.

Aidan y Samantha caminaron hacia la puerta, Hannah se obligó a mantener la compostura, respiró profundo, fingió una sonrisa y los acompañó.

—Feliz cumpleaños, Hannah. —Samantha agitó la mano antes de echarse a correr hacia el elevador.

—Gracias —respondió, aunque ella ya no pudiera oírla.

—No incendies el apartamento. —La sonrisa burlona en los labios de Aidan la confundió—. Nos vemos después.

Hannah movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí.

Y se alejaron, dejándola sola... de nuevo.

Dentro del vehículo, Samantha se giró hacia Aidan, con un gesto de profundo desagrado. Él se limitó a verla de reojo y continuar conduciendo, frenando de vez en cuando en algún cruce o cuando el semáforo se ponía en rojo. Ignorándola por completo. Pero Samantha podía ser persistente, asfixiante, si se lo preguntaban. Y aún así, él... Oh, diablos, estaba incluso

más jodido que su amante. Nadando en un montón de mierda que le llegaba al cuello y amenazaba con tragárselo. La verdad, ¿qué tenía en la cabeza? No lo sabía; aunque era consciente de que todo iba a salirse de control pronto y se vería forzado a terminar con toda esa locura de una vez por todas.

Lo esperaba con impaciencia.

—¿No crees que eres muy *permisivo* con ella? —Actuaba como su cuidador.

Aidan frunció el ceño, ligeramente confundido. ¿Él era qué y con quién?

—¿De qué hablas?

Samantha bufó.

—Han-nah.

Eso lo lió todavía más. ¿De qué demonios estaba hablando? La chica si acaso le hablaba y la mayor parte del tiempo estaban separados; además le había puesto normas demasiado estrictas para una quinceañera.

—Quieres que la encierre en el armario, la ate a una silla o a la cama, ¿es eso?

Ella se palmeó la frente.

—No, diablos, ¡no! Pero la consientes demasiado. A mí ni siquiera me permites llevar a Gem, y ¿dejarás que haga una fiesta?

Bueno, mierda, esto no tenía sentido.

—Gemma me odia, por eso no permito que la lleves a casa.

—¿Y qué? No es excusa, ¿qué sucede si...?

Aidan frenó de repente. Molesto, se giró hacia Samantha, ella ni se inmutó.

—¡Por favor! Es su maldito cumpleaños, no puedes ser tan egoísta.

—No lo soy. —¿Cómo se atrevía a insinuarlo? De serlo, no se preocuparía por él y su bienestar.

Aidan golpeó el volante, con ambas manos, harto.

—Vio morir a sus padres, su casa ser incinerada y a sus hermanos ser vendidos como putas. Está sola. Y *no* me lo ha contado, la maldita chica ni me

habla; lo sé porque su amiga la lesbiana no puede cerrar la boca ni por un momento, así que me lo dijo todo. —Boqueó en busca del aire—. Ahora, estoy seguro de que *no lo entiendes*, porque eres hija única y tus padres están vivos; pero *yo sí lo hago*.

La mirada indignada que le dio, no causó ningún efecto en Aidan. Estaba habituado a sus discusiones, que podían iniciar por los asuntos más triviales que él pudiera imaginar: si se dejaba o no crecer el cabello, si una mujer le coqueteaba o si lo hacía un hombre (como si él fuera gay o le interesara serlo). Sin embargo, estaba seguro que de continuar por ese camino se enredaría con el próximo que se le insinuara, solo para escapar de ella); si no dormían juntos, pero si lo hacían también... Todo, no existía nada en absoluto por lo que no riñeran. Y estaba enfermo de la situación. Con todo, como una burla hacia sí mismo, no se permitía salir de ella.

Se encontraba atrapado.

—Que yo no lo entiendo, ¿en serio, Aidan? —Soltó una risa irónica pero dolida—. ¡No-me-jodas! ¿Ya se te olvidó que perdí a mi bebé?

—No, ¡porque tú no me dejas hacerlo!

Ella carcajeó, otra vez.

—Pues, *no* parece.

Él le dedicó una mirada llena de pena.

—Que no lo demuestre, Sam, no quiere decir que no lo sienta; que no me... También era mío.

Samantha alargó la mano para tocarlo, él la rechazó con el recuerdo golpeando contra su cabeza. El dolor extendiéndose en lo más profundo. «Maldita mierda». Por mucho que intentase lo contrario, continuaba siendo humano. Tenía un corazón que palpitaba y sangre en las venas; y... sentimientos. Diablos, era como cualquier otro, salvo porque limpiaba la basura que el resto no se atrevía si quiera a ver.

Inmoral, corrupto. No, más que eso: herido, atormentado, al borde de la locura. Y con miles de demonios que no le permitían dormir. Lleno de miedos irracionales, de recuerdos tristes que punzaban. Solo, en un mundo que iba de mal en peor. ¿Acaso no lograba verlo?

«¡Maldita, maldita mierda!». No podía más.

—Estoy cansado, Sam —gimió—. Maldita y realmente cansado de esto.

—Está bien, yo...

Él levantó la mirada y carraspeó para aliviar el nudo en su garganta.

—Solo... deja de reñirme, ¿quieres?

Samantha confirmó con la cabeza, suspirando.

—Es que no me prestas atención y eso me enoja.

Se puso en marcha. Tenía varias cosas que hacer antes de regresar a su apartamento. A ese paso, no lo conseguiría nunca. Si no causaba un accidente de tráfico, Samantha haría que le saliera un tumor cerebral o sufriera una trombosis. Como lo viera, estaba jodido.

—Sí..., por supuesto. Porque acostarme contigo no es suficiente.

Ella se quejó, Aidan volvió a ignorarla. En este punto, empezaba a carecer de importancia lo que ella dijera o hiciera. ¿Qué diferencia habría?

Hannah vertió dos tazas del licor rojizo dentro de la mezcla. Aidan era una persona que vivía de un modo cómodo y tenía toda clase de electrodomésticos; pero no una batidora eléctrica. Conociéndolo, no era de extrañar. Él era callado, estoico y distante. Seguramente ni siquiera le gustaban los postres. Para fortuna de Hannah, su familia tampoco tuvo una jamás, por lo que se había acostumbrado a hacerlo a la antigua: con un batidor de alambre o una paleta de madera. Por supuesto, los brazos terminaban doliéndole después de los primeros quince minutos; pero el resultado era satisfactorio.

Mientras terminaba de homogenizar la preparación, se acordó de las veces en las que su gemelo se colaba en la cocina y metía la mano; se llevaba el dedo a la boca, antes de sonreír y decirle: «delicioso, aunque le hace falta un poco de azúcar»; luego él se robaba un poco de la preparación para llevársela a su hermanita. Hannah esperó que ocurriera, no fue así. De modo que suspiró

desilusionada, a la vez que soltaba la espátula.

Nada volvería a ser como antes. Nunca.

Hannah dio un brinco cuando Aidan extendió el brazo desde la parte de atrás y metió el dedo en la masa blanda y rosa del pastel. Estaba tan distraída que no lo oyó llegar. De forma casi mecánica, ella se giró para verlo. Él tenía los ojos muy abiertos y estaba rígido.

—¿Qué le pusiste? —Su voz severa la intimidó.

Junto a él, Samantha los veía de forma aleatoria como esperando que él hiciera algo más que mirarla como si hubiera asesinado a un recién nacido.

—De... —Se ahogó con su propia saliva—... de ese licor rojo que estaba en el estante de arriba, el de... el de cerezas.

Samantha palideció. Por instinto, Hannah dio un paso hacia atrás.

—¿Cuánto?

—D-dos tazas o... algo así.

—Mierda.

Samantha negó, con los brazos cruzados mientras chocaba la lengua contra su paladar.

—Niña —le dijo—, la jodiste en grande. ¿Sabes lo costoso que es?

Por supuesto que no lo sabía. Apenas imaginaba el precio de las cosas que había en ese lugar.

—¿Estoy en problemas?

El rostro de Aidan se suavizó al instante.

—No, para nada. —Apretó los labios, un segundo—. Está realmente bueno. Dudo que te embriagues o algo así. Está bien, mételo al horno.

Hannah se dio la libertad de respirar nuevamente.

—¿No está enojado?

—No. Puedes usarlo siempre que se trate de repostería. Ni se te ocurra beberlo, ¿entiendes?

Asintió con fervor.

—Sí.

Aidan inspiró hondo y se lamió los labios. Cuando le habló, su voz salió sin emociones:

—Toma. —Le extendió una pequeña caja plateada—. Sam lo eligió, para ti. No se me da esto de... los obsequios.

Ella lo recibió dudosa. Samantha le entregó una bolsa de tamaño mediano de color celeste y le guiño un ojo.

—Ya eres una chica grande, ¿eh? Ojalá te guste. —Puso las manos sobre sus caderas y gimió—. No tienes idea de lo que me costó convencerlo. Dice que..., *mmm...*, es un aroma muy maduro para ti. Pero ¡a la mierda!, los hombres no saben nada.

—Gracias.

La inusual bondad la conmovió. Desde hacía mucho nadie era bueno con ella; no desde sus padres. Y a pesar de haberla salvado y cuidarla, Aidan no era... cariñoso. Entusiasmada abrió el regalo de Samantha. Era un perfume caro. Le fue fácil reconocerlo, por la publicidad que le hacían en la televisión. Era una botella de color rosa, que tenía forma de corazón. Se puso un poco en la cara interna de la muñeca e inspiró.

Fascinante, delicioso.

Después le quitó la tapa a pequeño joyero. En él halló un colgante de oro, que tenía un dije con la forma de nota musical. Le encantó. Todo en realidad. ¿Por qué le estaban dando esto a ella, que no era nadie? Un gemido le subió por la garganta; la segunda vez que intentó tragárselo, sin mucho éxito, se le escapó un sollozo. «No llores..., no llores..., no...». Pero el cúmulo de emociones encontradas le ganó.

—Gra-gracias —tartamudeó, atragantándose con sus propias palabras—. De verdad, gra-gracias.

Aidan meneó la mano, dándole a entender que no importaba. Sin embargo, lo hacía y mucho; al menos para ella.

—Ya, ya. —Se encaminó fuera de la cocina—. Voy a ducharme.

Samantha se apresuró detrás de él y lo rodeó con su brazo, por la cintura.

—Te acompaño.

Él se quejó.

—¿Tengo opción?

—No.

Mientras esperaba a sus dos únicos amigos, Hannah se dedicó a decorar el pastel. Estaba poniéndole empeño, sobre todo para no pensar en sus hermanos, no le salía nada bien. Por momentos, se le escapaba una lágrima o un lamento bajo en el que iba escondido el nombre de alguno de ellos. ¿Estarían vivos y a salvo o en las garras de algún criminal despiadado, como Mauricio? El solo hecho de imaginarlos siendo sometidos al mismo horror le rompió el alma. ¿Tendrían frío, hambre, sed...? Pero ¿y si estaban muertos? No quería ni pensarlo; aunque los imaginó pálidos y fríos, en dos cajas de madera.

Tembló ante el horror de sus propios pensamientos.

«Por favor, Dios, por favor», rogó. Si bien ya no tenía esperanzas, deseó que él pudiera sorprenderla un día. Uno no muy lejano.

Hannah suspiró complacida, después de darle el último toque: escribir el nombre de Ian y el suyo. Quizá su gemelo no estuviera ahí, para celebrarlo, pero ella lo haría por los dos. Hasta que volvieran a encontrarse sería su nuevo ritual.

Llamaron a la puerta. Hannah se apresuró para abrir. Al llegar, se encontró a Aidan frente a un chico asiático, alto, de ojos oscuros y labios delgados. Tan pronto como él la vio, levantó la mano a modo de saludo y le regaló una sonrisa amable.

—Estás muy bonita hoy —dijo—. Feliz cumpleaños, Hannah-chan<sup>[14]</sup>.

Ella se acercó, dudosa. Aidan tenía los ojos entrecerrados, estudiándolo. Al final, se movió hacia la derecha para que él ingresara. Detrás de Yutaka se encontraba Miyuki, quien se le lanzó encima chillando eufórica.

—¡Feliz cumpleaños, Hanny!

Hannah correspondió al abrazo, sintiéndose de nuevo parte de algo real y tangible.

—Gracias —murmuró. Se aclaró la garganta y dijo—: Señor, él es No...

—Yutaka Miyake —la interrumpió—. Lo sé.

Hannah sonrió. Oh, cielos, había olvidado que él parecía saberlo todo. Antes de que Aidan cerrara la puerta, una sombra amarilla traspasó el lugar e hizo a un lado a Miyuki de un empujón. Era Leo.

—¿Qué, no hay abrazos para mí?

Hannah se mordió el labio inferior y extendió los brazos, tímidamente. Él la estrechó. No, la apretujó hasta dejarla sin aliento. La levantó e hizo girar un par de veces y la dejó en el suelo, mareada. Leo tenía una amplia sonrisa en los labios, que se desvaneció en el momento en que vio a Samantha.

—Oh, *babbo* —le dijo a Aidan—. Creí que sería algo familiar, ya sabes: tú, yo..., la china insoportable y su amigo el amarillo..., Hannah por supuesto. —Tenía el ceño fruncido, como un niño pequeño y enfadado—. No dijiste nada de *zorras histéricas*.

Aidan hizo rodar los ojos y emitió una larga exhalación, agobiado.

—Minino, hoy no.

Leo hizo un mohín adorable. Después sonrió, mostrando todos los dientes.

—Vale, vale.

Aidan asintió, complacido. Lo menos que quería era que Leo estropeará la pequeña reunión. Honestamente, ¿por qué lo permitía? Aunque invitar a su compañero fue su propia idea, no tenía claro la causa. Sin embargo, su mente comenzaba a descubrirla: cuando probó la pasta rosa del pastel, recordó lo bien que se sentía festejar un día tan importante junto a los seres queridos. Por supuesto, Hannah ya no tenía a su familia, igual que él; por lo que pensó que sería una buena idea tratar de animarla con la irritante presencia de Leo. A la chica parecía agradarle; además de que no deseaba sentirse incómodo rodeado de adolescentes y... Samantha.

«Estoy loco». Y jodido a niveles inimaginables. Se estaba ablandando, lo cual era espantoso. La amabilidad los convertía en sujetos débiles, inservibles. La vulnerabilidad era un pecado capital que se pagaba con sangre. Y él ya estaba harto de sangrar. Primero sus padres y hermano, luego su hijo; después Madeleine y el bebé de Leo... Estaba seguro de que no le quedaba ni una gota. Pero por hoy, solo por un segundo, él quería tener paz. Y quizás un poco de alegría, cualquier cosa. Ser normal. O lo que fuera que eso

significara.

«¿Y desde cuándo somos maricas lloronas?». Oh, bueno, a lo mejor desde que probó la maldita mezcla, que le hizo pensar en su difunta madre. Porque Berth acostumbraba hacer una parecida, que era incluso más dulce, y eso removió todos sus recuerdos dolorosos.

Los cimientos de su corazón.

Se mantuvo quieto en el sofá, sentado entre Leo y Samantha, sus dos adorables dolores de culo. Suspiró dándose cuenta de que todos reían, excepto él. Había olvidado cómo hacerlo. ¿En qué momento dejó de sentir felicidad? La duda lo atormentó. Incluso Leo, que tuvo un pasado igual de horrible, era feliz. O simulaba serlo.

«Venganza, es todo lo que importa». No se creyó su propia mentira.

Hannah se inclinó para soplar las velas. Aidan se vio a sí mismo en ella, mucho antes de la catástrofe que le robó a su familia. También encontró a Glaw y a su propia madre. Incapaz de soportarlo, desvió la mirada. El grupo aplaudió, él no.

—¿Qué pediste, Hanny? —la voz estridente de Miyuki le taladró los tímpanos.

Ella suspiró de forma entrecortada.

—Poder ver a mis hermanos..., de nuevo.

Aidan la miró, sorprendido. Él nunca celebraba su cumpleaños, pero de haberlo hecho también habría deseado lo mismo.

Y entonces que se le ocurrió una idea.

# **SEGUNDA PARTE**

## CAPÍTULO 12

*Un año y dos meses después.*

Mientras caminaban por la Avenida 55, Aidan se percató de unos cuantos hechos importantísimos, que no había notado antes. Primero: Miyuki era una maniática insoportable, escandalosa y fanática del *Visual kei*<sup>[15]</sup>; pero eso por supuesto que ya lo sabía. Lo que no, era que no le gustaban las mujeres; aunque parecía lesbiana, era bastante heterosexual. Mucho. Incluso, él le había pillado viéndole el trasero en más de una oportunidad y aparte de eso tenía una extraña fijación con un cantante afeminado que se creía vampiro. Segundo: Leonardo parecía estar interesado en ella, lo cual encendió cada una de sus alarmas porque eso solo podía significar dos cosas: el chico quería llevársela a la cama y..., bueno, el chico quería llevársela a la cama. Lo que no podía permitir jamás. Ni en un millón de años. Sin embargo, lo que verdaderamente metió su corazón en un puño fue ver cómo Hannah retrocedía, llena del más profundo pánico, cuando una indefensa cría de dálmata se cruzó en su camino.

Por un instante, se reconoció en aquel gesto: temblando sin poder contenerse, delante de un charco de sangre falsa. En Infernum se dieron un festín con él durante los primeros años. Pero eso se encontraba atrás ahora, enterrado en el pasado que insistía en volver en los momentos menos oportunos. Y cuando ella se abrazó a sí misma mientras lloraba sin consuelo, él no fue capaz de detenerse.

La frustración le formó un nudo amargo en la garganta. ¿Cómo iba él a lograr...? Antes de darse cuenta de lo que hacía, ya aprisionaba la cabeza de Hannah contra su pecho. Ella no hizo ningún movimiento, sino que continuó sollozando, empapándole la camisa con sus lágrimas.

Doloroso. Atroz.

Increíble que, luego de más de un año, él recién se hubiera dado cuenta. Estaba realmente aterrada de un cachorro que no podía hacerle ningún tipo de daño. Le pareció por completo razonable, después de lo que había vivido junto a Mauricio.

—E-el perro..., me muerde.

La desesperación en la voz de la chica removi6 las imágenes de su pasado, como de costumbre. Entonces él había dicho algo similar la primera vez que volvió a ver el brillante y espeso líquido carmesí: «Glaw..., no se mueve..., sangre...». Pero a él nadie lo consol6 e incluso ahora seguía lastimándolo.

—Es solo un cachorro —respondió en un murmullo—. Respira.

—Me... me muerde.

Demonios, ¿cómo había conseguido ocultarlo durante tanto tiempo? No lo entendía. Hizo memoria. ¿Alguna vez...? Oh, sí, ya lo recordaba: hubo un par de oportunidades en las que la vio alejarse, siempre que un perro pasaba junto a ella. Como un gatito casi se echaba a correr horrorizada.

—M-me lastima... Me duele...

—No, no lo hace. *Shhh*... Está bien.

No lo estaba, sin embargo, él lo sabía.

Aidan la sujetó por ambos hombros y la alejó de su cuerpo. Hannah tenía la mirada perdida. Contuvo el aliento mientras discutía silenciosamente qué acción tomar. Él sabía sobre emboscadas, crímenes y juicios complicados; sobre mujeres... La única en su vida era Samantha, pero ella era más bien un eterno dolor en el culo. Fuera de eso, estaba jodido, en toda la extensión de la palabra. La verdad, ¿por qué insistía en ser bueno con la chica, cuando no la soportaba la mayoría del tiempo? Era respetuosa, tímida y frágil; un maldito monumento a la debilidad. Y le decía «señor», haciéndolo sentir como un viejo desahuciado. Todo lo contrario a él.

Aun así, ella conseguía despertar su instinto protector con más facilidad que cualquiera. Porque para nadie era un secreto que él solo pondría su vida en peligro por mujeres embarazadas y bebés; nadie más. Nunca. Y, sin embargo, había terminado haciendo un par de tonterías para cuidarla. Una de esas, asegurarse de que nadie la molestara mientras estuviera en la escuela. Y la más importante: continuar ocultándole su existencia a Infernum.

«¿Qué pasa conmigo?». No lo sabía, comenzaba a creer que estaba perdiendo la razón. Ah, sí, genial: Samantha lo había logrado. Pronto se iría directo al sanatorio.

Hannah boqueó en busca de aire y después le dio una sonrisa cansada.

—¿Mejor?

Asintió despacio con la cabeza.

—Sí, gracias... —Se mordió la comisura del labio—. Yo... lo lamento, es que...

—¿Qué fue eso, Hanny? —Miyuki, que estaba junto a Leo, se lanzó sobre ella—. Estabas asíííí de pálida y temblabas y...

—Me dan miedo los perros.

Ella le frunció el entrecejo, confundida.

—Pero Hanny, es un cachorrito.

Hannah suspiró. Desde lo de Mauricio ella era incapaz de reconocer la diferencia, en su mente los perros, sin importar lo pequeños y adorables que pudieran ser, eran bestias sedientas de sangre que iba a devorarla. Como en el pasado, se veía a sí misma siendo atacada por un grupo de ellos; todos adiestrados. Salvajes, peligrosos; negros e inmensos. Uno, incluso, le había hecho una terrible cicatriz en la pierna, que no le mostraba a nadie. Era horrorosa y le traía recuerdos atroces.

Se le hacía inevitable llorar o tratar de huir cuando uno de ellos se le acercaba. Y aunque podía fingir naturalidad a veces, en otras la angustia terminaba vencéndola.

—Nos diste un buen susto. —Leo le sonrió, cálido, amable—. ¿Segura de que estás bien?

—Sí.

No del todo, pero ¿quién lo sabría? Cuando desvió la mirada, se encontró con los penetrantes ojos de Aidan, sondeándola. Por supuesto, él sí. Era observador, intuitivo. Aunque se esforzara, jamás sería capaz de ocultarle información. Él podía leer a cada persona que estuviera cerca.

—Caminen. —Aidan retomó el paso—. Se nos hace tarde.

Leo bufó, haciendo rodar los ojos.

—Sí, *babbo*, ya vamos. —Codeó suavemente a Miyuki—. Está insoportable, ¿cierto?

—Y que lo digas.

Aidan gruñó un par de maldiciones.

—Minino, cierra la puta boca o te saco los dientes, tú decides.

Leo ni se inmutó.

—¿Ven? Insufrible.

Miyuki rió como una colegiala en su baile de graduación. Ella se colgó del brazo de Hannah y la arrastró consigo, detrás de Aidan y con Leo a su costado. Hannah los miró a uno y otro de forma discreta. Había algo en el ambiente, entre ellos dos. Podía verlo en sus rostros y movimientos; pero ¿qué tan extraño sería? Miyuki tenía dieciocho recién cumplidos y Leo veintidós, no se trataba de una gran diferencia, y aun así Aidan se empeñaba en mantenerlos separados. Aunque sería cuestión de tiempo para que todo se saliera de control y sucediera lo inevitable.

Llegaron a una tienda especializada en utensilios de cocina profesionales. Extraordinarios y costosos; todos a su alcance. Hannah sonrió caminando hacia la estantería para hablar con el vendedor. Era un joven alto y moreno, de ojos abultados, que hizo una inclinación de cabeza hacia ella y le sonrió por cortesía. A su espalda, Hannah percibió la presencia de Aidan, no se giró para verlo.

Dentro de algunos meses iría a una Escuela de Cocina para convertirse en repostera profesional. Increíble que se le hubiera ido el tiempo tan rápido. Un año atrás apenas estaba terminando la preparatoria y ahora, no obstante, estudiaría la carrera que le apasionaba. Casi pudo verse a sí misma trabajando en algún restaurante de cinco estrellas o en un programa en Foot Network. Algo al mejor estilo Martha Stewart. Inaugurando su propio negocio... Siendo incluso más feliz, tan simple como eso.

Y a pesar de que aún no sabía nada sobre Megan e Ian, ella no perdía la esperanza de poder hallarlos. Aunque se angustiaba la mayor parte del tiempo, al extrañarlos tanto que resultaba doloroso; también contaba con la amistad incondicional de Miyuki, Yutaka y el propio Leo. Además de... Se dio media

vuelta. Aidan estaba con los brazos cruzados sobre el pecho y su mirada puesta en ella, sin ninguna emoción. Indiferente, distante, como si nada en el mundo pudiera afectarlo; y al mismo tiempo siendo amable y protector, como si realmente le importase.

La calidez de su abrazo contrastaba con lo fría de su actitud.

Sin percatarse, le sonrió amplia y verdaderamente. Él se limitó a arquear una ceja, irónico. Pero de un modo extraño sus ojos sonreían.

«Es muy atractivo». El pensamiento la sobresaltó, a la vez que la sangre se agolpaba en sus mejillas. Nerviosa y avergonzada, volvió a centrarse en el vendedor, que estaba ofreciéndole un juego de cuchillos profesionales. Fue incapaz de responderle, toda su atención se hallaba puesta en Aidan. «Y siempre huele bien». Oh, cielos, ¿qué sucedía con ella? Hannah trató de pensar en cualquier otra cosa, le estaba costando más de lo imaginado. «Deja de hacer eso, es tan... vergonzoso».

—¿Qué dice? —La voz del muchacho le hizo volver a la realidad.

—*Eh*, ¿qué?

Él le sonrió, aunque parecía una mueca de eterno desprecio. Hannah intuyó que le había preguntado lo mismo más de una vez.

—¿Le gustan?

—Bueno... —Se dirigió a Aidan—. Señor, usted sabe de cuchillos, ¿cierto?

Él ladeó la cabeza.

—Sí, ¿qué con eso?

Hannah titubeó.

—¿Son buenos?

La sonrisa retorcida que le dio logró erizar los vellos de su espalda.

—¿Para cocinar? Sí. ¿Para un desafortunado accidente? También. ¿Para un trabajo profesional? *Mmm*, no.

Leo rió, dándole palmaditas.

—Estamos de buen humor de nuevo, ¿*uh*?

Aidan se encogió de hombros.

—Ella quería saber.

Hannah emitió un largo suspiro. No estaba cansada ni molesta, solo confundida. Ella no entendía el siniestro sentido del humor de Aidan, aunque le agradaba porque lo hacía ver menos distante.

—Ya... —Apretó los labios un momento, luego continuó hablando con el vendedor—: Entonces, los llevo. Y todo lo demás también. —Soltó una risita nerviosa—. Es todo lo de la lista, creo.

Miyuki la rodeó con su brazo.

—Hanny, se te olvidó algo —le dijo.

—¿Qué?

Infló las mejillas, fingiendo enojo.

—Mis chocolates.

Hannah evitó reír.

—Pero eso es en la otra tienda.

—Oh, bueno...

Leo hizo rodar lo ojos.

—¿Solo piensas en comer, *bella*? Te pondrás gorda.

Miyuki se giró hacia él y le mostró la lengua.

—Jódete.

—¿Y si mejor te jodo a ti?

Ella se ruborizó, al igual que Hannah. Aidan, sin embargo, emitió un gruñido bajo en el que iba envuelta una maldición.

—Minino, quiero tus hormonas bajo control.

Él bufó, como un pequeño niño enojado con su padre.

—Aburrido.

No, para nada. Amaba follar, al igual que él. Podría incluso jurar que era adicto, solo un orgasmo le hacía olvidar su constante dolor; pero no era

conveniente para Leo enredarse con la chica. Solo conseguiría ponerla en peligro. Además, ¿qué clase de vida tendría la pobre al lado de un desequilibrado mental como él? Sin embargo, ese no era su problema. Sucedería, aunque tratara de evitarlo. Y, honestamente, estaba harto de poner su culo en juego por los demás; excepto por sí mismo.

Tan solo quería un poco de calma.

—Vamos —dijo, adelantándose hacia la salida después de pagar.

Su teléfono sonó. Aidan vio sin mucho interés la pantalla. «Y hablando del demonio..». Era Samantha. Se preguntó si acaso tendría poderes psíquicos, porque siempre lo molestaba en los momentos menos oportunos. Hannah se apresuró hacia él y caminó a su lado, en silencio, tan solo proporcionándole el calor de su compañía. Por primera vez, se dejó envolver por la agradable sensación. Y rechazó la llamada.

Sangraría por eso luego, por ahora todo lo que él podía desear estaba su alcance.

## CAPÍTULO 13

—Noveno Círculo, ¡de pie! —La voz de Leo se elevó sobre los murmullos.

Al verlo, los miembros de su grupo se levantaron para recibirlo. Él avanzó junto a Tracy, con dirección a la amplia mesa detrás de la que se hallaban tres sillas. Como de costumbre, Leo llevaba su pañoleta. Aidan, a diferencia de lo usual, se cubría el rostro con una máscara roja de cuero que tenía tachuelas doradas por todo el contorno y dos pequeños cuernos sobresaliendo de la frente, al igual que una horrenda boca que simulaba colmillos afilados. Con el cabello suelto cayéndole sobre los hombros y vestido completamente de negro, él caminó erguido y arrogante, delante de ambos.

Cuando llegaron, tomó asiento y cruzó los dedos debajo de su barbilla.

—Noveno Círculo, ¡sentados! —Leo volvió a hablar, colocándose a la derecha de Aidan, como una clara muestra de su posición.

Era el hombre de confianza de la Mano Justiciera del Infierno.

De nuevo, el grupo obedeció. Aidan recorrió el lugar con la mirada. No se encontró con nada fuera de lo usual: un techo blanco con bombillas de luz pálida, una puerta de metal; sillas y personas sentadas en ellas. Un espacio reducido, repleto de gente. Comenzaba a sentirse asfixiado. Odiaba esa sensación con toda su alma, le recordaba la horrible muerte de su hermano y cómo tuvo que presenciarla sin ser capaz de ayudarlo. Apretó los párpados un momento para calmarse y retornar a su indiferencia habitual. Era el líder, tenía que mostrarse fuerte para que continuaran respetándolo.

Odiaba los formalismos y en especial las insufribles reuniones en las que todo lo que hacía era oír el incesante parloteo de sus hombres; pero normas eran normas y hasta un rebelde como él tenía que cumplirlas. Así que, suspirando, esperó su nueva dosis de realidad insana. Como si fuera necesario. Y se preparó para fingir inocencia y escuchar sobre lo que ya sabía: estaban a punto de colapsar. Eso, y una de sus mujeres se encontraba muerta. Acabada. Fin. Adiós. Y dejaba a un chico de cinco años solo en el mundo.

Genial, simplemente maravilloso. Nicholas seguro le brindaría un hogar junto a ellos y lo convertiría en un asesino.

Justo como él.

—Informe —dijo, con su voz plana y distante.

Uno de ellos se puso de pie. Al igual que el resto, no ocultaba su identidad. Ese honor estaba destinado, al menos durante las reuniones, solo para los jefes y sus ayudantes; como en el caso de Aidan y Leo.

Alto, de cabello negro, piel sonrosada y ojos grises. Inteligente, el elemento más importante del Escuadrón Cibernético y completamente leal al Noveno Círculo; mejor aún, a su líder. Michael Evans, *Tecno*. Pero para Aidan, tan solo era el Chico Rata.

Carraspeó antes de iniciar.

—El Escuadrón Médico tiene nuevo líder: Cherry —dijo. Aidan evitó gemir ante la sola mención del apodo de Samantha—. El Cuarto Círculo, continúa en manos de Veles<sup>[16]</sup>, quien resultó herido en su última misión. Afortunadamente, no ha sido nada grave.

Aidan exhaló, aliviado. Aleksandr, *Shurik*, Gusev. Conocía al hombre. De sonrisa cálida y amable. Padre amoroso y dedicado; un asesino letal que no se detenía ante nada y un elemento importante en Infernum. Una total contradicción que había llegado diez años atrás, luego de perder a casi toda su familia.

Su mujer, que era maestra de preparatoria, fue brutalmente golpeada y asesinada por un alumno, al que expulsó de su clase después de haberlo cogido copiando en una prueba, y su pandilla. Al igual que el mayor de sus hijos, que eran gemelos. El otro, por fortuna, logró salvarse. Aunque estuvo en coma casi un año.

Yevgeniy, *Zhenya*, Gusev, o tan solo Z. Su padre se esforzaba para mantenerlo alejado de Infernum y de los dificultades; pero parecían perseguir al chico. Aidan no recordaba la cantidad de veces que el pobre Shurik había tenido que cobrar algún favor personal para sacarlo de ellas. Aun así, no era malo; tan solo un idiota en proporciones globales. Un dolor de culo incluso más grande que Leo.

Y Aidan lo odiaba, aunque no era nada personal.

—Muerte y sus hermanos regresaron ayer de Black Lake —continuó Michael—. Al parecer completaron su misión con éxito, aunque Dolor resultó herida. Justo ahora están atendiéndola. —Hizo una corta pausa—. Tiger logró infiltrarse en la pandilla del Lado Oeste y los Limpiadores aún no dan con el paradero del desertor.

Aidan se frotó los párpados. Demonios, a ese paso cada uno de ellos terminaría cinco metros bajo tierra. Casi pudo verse en una caja de madera, siendo comido por los gusanos. Fue una imagen desagradable: con su carne podrida, cayéndose a pedazos y las cuencas de los ojos vacías. Aidan evitó sonreír, por lo florida de su imaginación. Digna de Clive Barker o Dan Wells. Aunque, si lo pensaba mejor, la imagen le recordó más a un manga gore<sup>[17]</sup>. Cualquiera, daba lo mismo, todos eran iguales: sangre, putas mutiladas, sesos, sexo...

—Chico Rata, dime algo bueno.

Michael suspiró a la vez que le sonreía con... ¿Era eso lástima?

—Los Titanes ganaron el campeonato.

Aidan hizo rodar los ojos. ¿En serio? Odiaba a ese equipo. Diablos, qué mala suerte tenía.

—¿Me estás jodiendo?

—Lo siento, jefe, es lo que hay.

Aidan resopló, frustrado. Bueno, ¿y qué le faltaba a su día de mierda? Ah, sí: una catástrofe de proporciones globales. ¿Era ahí cuando iniciaba el fin del mundo? De ser así, esperaba que fuera pronto, porque estaba harto de tanta porquería. Sobre todo, de bañarse en ella y de estar hundido hasta el cuello. Además de que continuaba esperando que alguien se atreviera a darle la noticia que realmente importaba.

—Como sea. —Recorrió a su Círculo con la mirada—. ¿Dónde está Espectro?

Michael titubeó.

—En el hospital de la organización. Su... enfermedad está dándole problemas.

Aidan se apretó el puente de la nariz. Milos era un gran hombre, de los

mejores: silencioso, obediente y sobre todas las cosas, profesional. Al igual que Leo, había sido hijo de una prostituta; sin embargo, esta no dudó ni un segundo al momento de venderlo como juguete con tal de salvarse a sí misma. Increíble, ¿verdad?, como quienes menos lo merecían terminaban hundidos en el abismo. Sin posibilidad alguna de salvación.

«SIDA». La palabra hizo eco dentro de su cabeza. La contrajo siendo un niño, cuando era vendido a cualquiera que pudiera pagar el insignificante precio. Terminaría matándolo más pronto de lo esperado y no existía nada, en absoluto, que Infernum ni ninguno de sus miembros pudiera hacer; excepto ofrecerle la satisfacción de vengarse.

Todos, cada uno de ellos y aunque quisieran negarlo, estaban jodidos.

—¿Y cómo vamos con los rusos?

Michael gimió.

—Como la mierda. Tú y tu equipo tendrán que encargarse. Topacio no ha logrado nada y temo que la descubran.

Aidan asintió, lento. Se mordió el labio y se dirigió al Noveno Círculo, en general. Bien, si nadie se atrevía a hablar al respecto, él lo haría. Y cada uno de ellos tendría que escucharlo, quisieran o no.

«Pusilánimes de mierda».

—Quiero que me expliquen un par de cosas: ¿por qué el Equipo Espectro está aquí y no junto a su líder? ¿Por qué no hemos conseguido sacarle información a un par de rusos idiotas? Pero lo más importante: ¿por qué, ¡maldita sea!, ninguno ha tenido las bolas de siquiera tratar de mencionar que Artemis está muerta, gracias a un descuido de su grupo?

Hubo un prolongado silencio colectivo. Aidan respiró profundo, y añadió:

—Bueno, sé que lo he repetido hasta el hartazgo; pero en vista de que no lo han entendido, vamos de nuevo: si un miembro de mi Círculo muere, lo mínimo que espero es que se me notifique. ¿Quedó claro?

—¡Sí, jefe! —respondieron al unísono.

Aidan se lamió los labios y volvió a relajarse.

—Perfecto. Ahora... —Dirigió la mirada hacia un hombre alto y de piel

negra—. Justice, informe.

Después de tres horas de noticias desastrosas, críticas y quejas, Aidan sentía que moriría gracias a un aneurisma. ¿Por qué cuando pensaba que nada podría empeorar, la vida se empecinaba en mostrarle que sí? Pudo imaginarla como a una puta barata, diciéndole: «¿Oh, sí, bebé? Pues mira cómo te jodo». Y vaya que lo hacía. A ese paso todo acabaría por colapsar, incluso él.

Necesitaba un poco de paz. Respirar, al menos una vez en la vida, sin dolor. Y sentirse libre. Normal. «No seas absurdo». Honestamente, ¿qué sucedía con él? Desde hacía un tiempo solo era capaz de pensar en lo imposible, de anhelar lo que se negó toda una vida por enfocarse en lo único que lo llenaba: venganza. Y ahora, no obstante, su único placer le parecía tan efímero que lo dejaba incluso... vacío. «¿Qué me sucede?». No tenía ni una miserable idea, pero de continuar por ese rumbo se volvería loco. Oh, bueno, ¿quién aseguraba que no lo estaba ya? «Te estás ablandando, eso sucede». Y sería su perdición.

Aidan caminó directo hacia la oficina de Nicholas, quien había enviado por él a su guardaespaldas. Tanto él como su hermano contaban al menos con una decena de ellos, Aidan los entendía: de estar en su lugar, siendo los jefes de una organización que desafiaba incluso al gobierno, también los habría necesitado. En ese instante, bendijo su suerte y agradeció ser solo el líder del más importante de los Nueve Círculos.

Abrió la puerta e ingresó. Nicholas y Markus estaban sentados uno junto al otro. Mientras uno bebía vaso de brandy, el otro fumaba un cigarrillo. En silencio, Aidan tomó asiento frente al par de hermanos y se retiró la máscara.

—¿Cuál es la urgencia?

Markus le dio una intensa mirada, que le hizo comprender la gravedad de la situación. Nicholas, en cambio, apuró el licor que le quedaba. Una clara muestra de desesperación, cosa inusual tratándose de él.

—Hay un traidor entre nosotros.

Aidan frunció levemente el ceño, confundido. Eso era... imposible. Cada uno de ellos había sido entrenado para ser completamente leal a Infernum. Preferirían un suicidio por envenenamiento con cloro que traicionar a la única familia que poseían. Y sí, la mayoría de ellos odiaba a los hermanos O'Connell, por sus normas absurdas y que casi siempre rompían. Estaban

enojados y hartos de lidiar con la mierda; pero eso se olvidaba cuando la oportunidad de vengar a sus familiares o sus pasados doloroso se hacía presente.

—Define «traidor».

Markus emitió un largo y cansado suspiro.

—Alguien ha estado informando cada uno de nuestros movimientos a las pandillas, traficantes, esclavistas... *A todo* el bajo mundo.

Aidan arqueó una ceja.

—¿Y qué necesitan de mí?

—Descubre al traidor y mátalos. Artemis perdió la vida debido a ello.

La noticia lo enfureció. Alguien iba a sangrar y profusamente, se encargaría de eso él mismo. Se frotó los párpados para aliviar la tensión.

—¿Incluso si es el Señor Simpatía?

Markus bufó, haciendo rodar los ojos.

—Sí, McLaughlin, incluso si es Nick.

Nicholas gimió entre dientes.

—Necesito que seas discreto, esto no puede saberse —dijo—. Jamás.

—¿Puedo torturarlo primero?

Ambos confirmaron con un movimiento de cabeza. Aidan sonrió, casi pudiendo saborearlo. Tal vez todo lo que necesitaba era entregarse a la decadencia una vez más y olvidar sus recién adquiridos sentimientos. Bañarse en la sangre de su presa y... follar. Loca y desenfrenadamente. Sexo salvaje, toda la noche, con alguien que no fuera Samantha.

—Considérenlo hombre muerto.

## CAPÍTULO 14

Samantha se esforzó para contener la frustración y el enojo. El dolor. De nuevo, se estaba sintiendo fuera de lugar, como si no ella no importara en absoluto. No, Aidan le hacía sentir así adrede, lo sabía. Porque, ¿qué otra explicación podría haber? Él siempre le hacía a un lado, incluso durante o después del sexo; pero ahora... Se encontraba sentado entre Leonardo y Miyuki, como un padre patético y sobreprotector que cuidaba a su hormonal hijo. Aunque eso no era lo que la enfurecía, sino el hecho de que pasara de ella como de la peste; a pesar de que el resto se interesaba en hablarle.

Él, en cambio, estaba distraído.

En silencio, lo miró. Llevaba el cabello completamente suelto, desparramado sobre los hombros y extendiéndose hasta la mitad de su espalda, confiriéndole un aire seductor. Además, tenía una camiseta roja, que dejaba expuestos sus brazos, uno de los cuales estaba recién tatuado. Se trataba de un pez *koi* negro, que nadaba contracorriente. Se encontraba tan bien hecho que parecía real y, de momento, Samantha sintió como si el agua le llamase. Aunque lo que más destacaba en su pálida piel era el diseño que lo identificaba como jefe del Noveno Círculo, el cual estaba en la parte interior de su muñeca: un cráneo con nueve cuernos y nueve colmillos, envuelto en un aro de fuego. «Abandona toda esperanza», leyó la inscripción sintiendo su cuerpo estremecerse.

Sin dudas, aterrador. Aunque igual de fascinante porque parecía una extensión del propio Aidan.

Él era oscuridad. Decadencia, lujuria y dolor. Su condena, su tormento y la droga de la que no podía escapar. No sabía cómo. Aun así, todo lo que ella quería hacer era abrazarlo, le gustaba la manera cómo le hacía sentir.

Samantha emitió un largo suspiro. Sabía a perfección lo que Aidan era para sí misma, sin embargo, ¿él pensaba en ella alguna vez, como algo más que su muñeca sexual? «Deja de quejarte, tú lo elegiste». Sí, podía ser. No imaginó que su existencia se convertiría en algo tan triste como esto. Y se

odiaba a sí misma por haber sido tan tonta.

Aidan esbozó media sonrisa mientras Hannah relataba sobre su última aventura junto a Miyuki en el centro comercial. Era la primera vez en años que veía ese gesto en él: casi amable. Samantha cerró los ojos un momento y buscó en su memoria. ¿Alguna vez...? Y lo encontró. Fue un recuerdo tan doloroso que se forzó a sí misma a respirar profundo.

Entonces ella había estado asustada de darle la noticia. ¿Cómo la tomaría alguien como él? Un justiciero que se rehusaba a hablarle sobre su pasado, que jamás dormía cuando se quedaban juntos y que... solo era capaz de sentir odio. Sin embargo, cuando lo tuvo al frente, ella solo fue capaz de hacer una cosa:

—Estoy embarazada —había dicho.

La sorpresa y la ira estuvieron bailando en el rostro de Aidan durante tres interminables minutos, en los que no dijo nada. Luego, él solo se había sentado y se la quedó viendo.

—¿Cuánto?

—Se-seis semanas.

En ese momento le pareció que hacía cuentas. A pesar de haberse sentido indignada, ella no le reclamó. Después de todo, la exclusividad era solo de su parte. Él se acostaba con quien quisiera, sin importarle su opinión. Una relación abierta, aunque incluso el título era demasiado grande.

—Cuando estaba ebrio —había respondido, casi en un murmullo—. Debí... ¡Mierda!, soy un idiota.

—No, Aidan, yo...

—Es mi culpa.

Eso le dolió.

—¿Te arrepientes?

Samantha se preparó para su respuesta, para lo que fuera que pensara proponerle o exigirle. En cambio, Aidan esbozó media sonrisa, sin nada de arrogancia o burla. Él parecía feliz. No, no parecía, lo estaba. Y fue en ese momento que dijo las palabras que se le tatuaron con fuego en el corazón:

—¿Por qué habría de hacerlo? Es mi hijo, Sam. Uno simplemente no se arrepiente de tenerlos.

Después de eso, él cambió durante un tiempo hasta transformarse en alguien diferente. Si bien continuaba tomándola desde atrás y negándose a tener cualquier tipo de confianza, él era dulce en su trato. La consentía. Le hacía sentir como la princesa de su propio cuento de hadas. Y ella, como una idiota, llegó a creer que sería eterno. Pero perdió al bebé y Aidan pasó a ser incluso más frío y distante, inhumano.

«Si tan solo pudiéramos volver a esos días». No obstante, ella deseaba mucho más. Samantha sabía que no iba a conformarse con regresar a lo que fuera que hubieran tenido. Ella anhelaba poder casarse con él y tener una familia.

Samantha disimuló toda su amargura y fingió una sonrisa. Aidan tenía toda su atención puesta en Hannah. Ella sabía que era tonto, incluso infantil, pero estaba celosa. ¿Por qué él simplemente no la miraba de esa forma otra vez? Como si le importara. Cuando él movió la cabeza y ella se encontró con las heladas gemas de sus ojos, sintió deseos de llorar.

Él dijo algo, Samantha no lo oyó. Su voz parecía lejana, como un murmullo en el viento.

—¿Qué?

Aidan inclinó la cabeza ligeramente hacia la izquierda.

—¿Estás bien?

La pregunta la sorprendió. ¿Él se estaba preocupando, en serio? Increíblemente, Samantha parpadeó. Antes de que pudiera responder, Leo lo hizo por ella:

—Cierto, ¿qué pasa en el mundo cuando precisamente tú te quedas callada más de dos segundos?

Samantha lo miró, enfadada.

—Tú, cierra la boca, perro.

Leo rió.

—¡*Woof, woof!*

Resoplando, Aidan hizo rodar los ojos. Y ahí, de nuevo, se iba su efímera

paz. Pero era su culpa, por tratar de ser considerado. ¿Cuándo aprendería? Samantha y Leo no podían estar en el mismo espacio sin atacarse uno al otro. Lo llevaban en su ADN. Era su deporte favorito y, como cada vez, él estaba en el medio de la batalla. «Odio mi vida». Más que eso, la forma en la que se conducía a sí mismo hacia la condenación eterna. ¿Sería el infierno un lugar agradable? Bueno, a él no le molestaba siempre que hubiera una que otra puta para complacerlo. Ninguna pelirroja, por favor. Estaba harto de esas. Y de las rubias.

—Minino, déjala.

—¿Por qué siempre me estás arruinando la diversión, *eh?*

Aidan se encogió de hombros.

—¿Qué clase de padre bueno y amoroso sería si no?

Leo le mostró el dedo corazón.

—Te odio.

—Haz la fila, hay gente que llegó antes que tú.

Miyuki dejó salir una risita coqueta a la vez que miraba a Hannah con... ¿Qué mierda era eso? De no ser una idea completamente idiota, Aidan habría jurado que se trataba de picardía. Oh, genial, su locura iba en aumento.

—Pero tú *no* lo odias, ¿cierto Hanny?

Ella se ruborizó, evitando verlo a la cara. No respondió ni siquiera para negarlo. «Interesante». Mucho, aunque él no tenía tiempo para juegos infantiles. Por el silencio de Samantha, podía asegurar al menos una cosa: estaba en problemas. Lo cual se traducía en una noche llena de sermones sin sentido, lágrimas y sexo de compensación. Pero eso había dejado de ser satisfactorio hacía mucho.

«Mira el lado bueno». Que alguien le dijera cuál.

—Sam...

Ella suspiró sonoramente, haciéndole saber que estaba enojada con él.

—Estoy bien. —Le dio un sorbo a la cerveza que él estaba bebiendo—. ¿Vendrás a casa hoy?

Él negó, considerando lo deprimente y predecible de su no-relación.

Discusión, sexo, discusión, sexo, discusión... Un círculo vicioso del que ninguno se atrevía a salir. ¿Cómo habían soportado tanto?

—Debo dormir bien, *toda la noche*, tengo un juicio a primera hora y ya sabes cómo es. Además me iré por unas... cuatro semanas.

—Sí, Sam. —La voz de Leo se elevó con burla—. Cuatro largas e intensas semanas, lejos, muy lejos de ti y tu...

Aidan gimió.

—Cierra la boca.

Él sonrió con fingida inocencia.

—¿Qué, *babbo*? Solo te ayudaba.

—¿Y usted por qué viaja tanto? —Miyuki lo vio con interés.

Samantha y Hannah palidecieron, sin embargo, Leo y Aidan se mantuvieron indiferentes. Habían entrenado duro, a lo largo de los años, para responder a esas preguntas. Antes de que abriera la boca, Hannah se le adelantó:

—Es porque hace servicio comunitario. Ayuda a personas inocentes, que no pueden pagar, así que..., ya sabes..., por eso viaja mucho.

Los ojos de Miyuki se abrieron con sorpresa, confiriéndole un aspecto... Aidan la encontró parecida a un oso panda.

—Oh... —Sonrió ampliamente—. Así fue como terminaste a su cargo, ¿cierto?

Hannah asintió, mordisqueándose el labio.

—Sí, pero...

—¡*Sugoi*<sup>[18]</sup>! Entonces, te quedas con él hasta que tus hermanos aparezcan, ¿verdad?

—Supongo...

La voz de Hannah fue tan solo un murmullo, Miyuki no pareció ser consciente de su dolor. Aidan, sin embargo, lo percibió como propio. Entendía bien esa sensación de estar desprotegido y solo en el mundo, sin nadie en quien confiar. Aunque al menos ella contaba con una amiga verdadera, que no

iba a traicionarla. En su caso, no tuvo a nadie hasta que Leonardo llegó a Infernum y aun así le costó confiar en él. Ahora, no podía quitárselo de encima. Era como su sanguijuela personal.

Y no lo cambiaría por nada en el mundo, aunque eso la Bestia insoportable no tenía por qué saberlo.

—Pero, ¿y si no los encuentras, Hanny?

—Puede quedarse en tiempo que quiera, ella lo sabe. Se lo dije cuando la traje a casa: mañana o en cuatro años, es su decisión.

Samantha le frunció el ceño, Aidan no se molestó en verla. «Tres..., dos..., uno...».

—¿Qué? —Ella casi gritó—. ¿Sabes el problema en el que te puedes meter si...?

Aidan contuvo un bufido. Ah, mierda, ¿en serio le estaba haciendo esa pregunta idiota a él? Increíble.

—Soy abogado, Sam, claro que lo sé. —Apuró lo que le quedaba de cerveza—. Pero me conoces mejor que eso, ¿verdad? *No me van las niñas*.

Leo se desperezó, haciendo más ruido de lo acostumbrado, como cuando deseaba desviar la atención hacia sí mismo.

—¿Y por qué hablamos de cosas aburridas, *uh?* ¡*Stronzo*<sup>[19]</sup>!, me matas.

Miyuki rió por lo bajo, al igual que Hannah. Por detalles como ese, el chico era su Mano Derecha en el Noveno Círculo.

—Eres un quejica, ¿sabes?

Él la miró con interés, antes de sonreírle de forma seductora. Aidan quiso vomitar.

—Pero así te gusto, Yuki.

La chica negó.

—*Nop*, no lo haces.

—Claro, y por eso siempre estás viéndome el culo.

El rostro de Miyuki se coloreó de rojo.

—¡No es cierto!

Él le golpeó la nariz con el índice.

—Niégalo todo lo que quieras, *tesoro*, tú y yo sabemos la verdad.

Aidan hizo una mueca que dejaba en evidencia su repulsión. ¿Qué mierda había en el aire, amor condensado? Lo odiaba, pero todavía más el hecho de que esa pobre chica terminaría en la cama de Leo y después... iba a sufrir, mucho, tanto que desearía la muerte. Porque eso era lo que sucedía con todo el que se involucraba con ellos.

Se puso de pie, caminó hacia la cocina y buscó en el frigorífico otra cerveza. Cuando se giró, Samantha estaba frente a él, viéndolo con intensidad. Enojo, deseo..., ¿acaso podría haber una mezcla más peligrosa y excitante? No, por supuesto, pero aún estaban en su casa y rodeados de personas.

—¿Qué?

—Me ignoras.

Él vio hacia arriba, hastiado. Ah, maldita mierda, ¿de verdad?

—Y por eso estás aquí, ¿no?

—Aun así me ignoras.

—No, estoy malditamente seguro de que no lo hago. Es más, traté de hablarte, pero estabas en tu mundo feliz.

Samantha alargó la mano y le retiró los cabellos que le cubrían al frente. Hubo un tiempo en el que ese toque lo encendía, hasta llevarlo al límite. Ahora, no obstante, le parecía vacío. Incluso doloroso.

—¿A dónde irás?

Él dudó.

—No puedo decirte.

Nick lo castraría. «No, gracias», le gustaba mucho su pene. El único que estaba al tanto de su misión secreta era Leo y debido a que lo ayudaría con la cacería del traidor.

—¿Y a tu perro sí?

Aidan gimoteó. «Dios, mátame ya».

—Es mi Mano Derecha, Sam, él cuida mi culo.

—Y yo tu mujer, caliente tu cama y...

No, no lo era. O tal vez sí, no hallaba la diferencia. ¿Qué tan delgada podía llegar a ser la línea? Aidan no sabía cuándo dejaron de ser nada para convertirse en una horrible pareja que solo discutía. Y por los detalles más anodinos. Se odió a sí mismo por eso. Sin embargo, al final lo único que podía hacer para solventarlo y aliviar la culpa que bullía en su interior era complacerla.

Porque el hijo de ambos estaba muerto gracias a él y su estupidez.

Dio un paso acercándose y la besó. Tal como esperaba, ella se derritió y lo rodeó con los brazos. Entonces mientras Samantha jadeaba contra sus labios y él veía por el rabillo del ojo a Hannah que se devolvía pálida y temblorosa, la arrastró hacia el tocador.

## CAPÍTULO 15

Había pasado más de un mes buscando un modo de ayudarla, pero entre su nuevo trabajo de incógnito, Samantha y sus propios problemas, Aidan no halló el momento adecuado. Hasta hoy. Siendo razonable, no tenía una sola idea de por qué deseaba hacerlo. Ella no le agradaba, era solo otra de sus molestas obligaciones. Demasiado buena como para vivir en un mundo corrupto como este, en un lugar como New Jericho. Incluso más: demasiado buena, como para haber sido la mascota de un esclavista, que la obligaba a luchar contra sus perros entrenados. Y justo por eso, aunque se obstinara en negarlo, él quería protegerla.

«Por Glaw», se dijo, tratando de convencerse. Sin embargo, a estas alturas, Aidan sabía que en realidad le había tomado algo de cariño. Bueno, ¿y quién no? Era como la Madre Teresa, en la juventud. Lo único puro en su vida decadente. Hasta un ser inmoral, como él lo era, sabía que a ese tipo de personas valía la pena cuidarlas.

Bueno, infierno, una nueva complicación en su siempre sencilla vida.

Mientras conducía por la Interestatal, Aidan la vio por el rabillo del ojo. Hannah llevaba el cabello castaño-chocolate recogido en dos coletas bajas y tarareaba alguna canción pop que él no conocía. Ni deseaba hacerlo. Chicas adolescentes, todas tenían pésimo gusto. Joder, ¿dónde había quedado Black Sabbath? Cuando tenía dieciséis era lo único que oía. Sí, y también era un asesino profesional, miraba porno y se masturbaba dos veces al día, toda la puta semana. Un santo. El pensamiento le sacó una leve sonrisa.

Ella giró la cara hacia él y se quitó uno de los pequeños auriculares. La sonrisa confiada en sus labios, casi lo hizo sentir culpable. Casi. «Me odiarás después de eso, chica». Seguramente, pero también esperaba que se lo agradeciera. Hannah no podía continuar viviendo llena de miedo.

—¿A dónde vamos?

Sí, bueno, estaba seguro que era la única que hacía esa pregunta a mitad del camino. Él ni siquiera había terminado de explicarle a dónde irían, cuando

Hannah ya se encontraba montada en su auto, con el cinturón apretado y los ojos brillantes por la emoción.

Una chica tonta.

«Adorable, sin embargo. Ella es muy linda». Quizá. Pero él tenía sus límites bastante claros. Este era el principal de todos.

—A visitar a un amigo.

—Ah... —Apretó los labios un momento—. ¿Leo?

Aidan arqueó una ceja. Oh, diablos, ¿en serio, tan huraño era que la única opción que ella encontraba era su tumor parlante?

—Tengo más amigos, ¿sabes?

Hannah contuvo, sin mucho éxito, una risita.

—Leo dice que no.

«Interesante». Más bien deprimente, que el Minino estuviera en lo cierto.

—¿Y tú qué dices?

Ella titubeó y miró hacia sus propias piernas.

—Que tiene razón —dijo—. Pero ahora me tiene a mí.

En definitiva: era encantadora. Aunque, sus palabras lo pusieron a pensar. ¿Qué estaba haciendo con su vida? Fuera de Infernum, él no tenía nada ni a nadie, con la excepción de Leonardo; pero incluso él le daría una patada en el culo si Nicholas o Markus se lo ordenaban. Por otro lado, Samantha solo era sexo y... Oh, Jesús, estaba malditamente solo.

—¿A ti?

Ella se mordió la comisura del labio.

—Sí, y yo lo tengo a usted. —Se detuvo un momento para pensarlo—. Eso nos hace amigos, ¿verdad?

Aidan esbozó media sonrisa.

—Supongo.

—Eso es bueno.

El conductor de atrás hizo sonar la corneta. Aidan hundió el acelerador; sin darse cuenta, se había detenido.

—¿Por qué?

—Porque sería raro no serlo, ¿no le parece? Es decir, porque vivimos juntos y... eso.

—Sí, tienes razón.

Ese fue el final de su corta plática. A él no le molestó ni un poco; por el contrario apreciaba los momentos como este: silencio absoluto, el suave murmullo del viento contra su oído y la sensación refrescante en su piel.

Continuó conduciendo, olvidándose de que había acordado ser el amigo de una mocosa de dieciséis, que le tenía tanta confianza como para no hacerle más preguntas y a la que él llevaría para ser torturada..., por su bien. Salió de la Interestatal y siguió directo hacia *Iron Horse*, el hospital de rehabilitación que se encontraba en St Patrick.

Atrás, iban quedándose los edificios, que parecían hacerse más pequeños cada vez. Aidan respiró hondo e incrementó la velocidad. ¿Por qué se sentía culpable? «Ya, no seas ridículo. Es por su bien». Claro, pero eso no mejoraba el malestar. Por un momento, pensó en sí mismo. Entonces, él había tenido que enfrentar todos sus miedos para poder graduarse y obtener su venganza. Ella, sin embargo, sería forzada a hacerlo porque era deprimente vivir temiéndoles a simples cachorros.

Porque él no soportaba ver el pánico en su mirada y no poder hacer nada para aliviarlo.

Se detuvo frente a un edificio de tres plantas, completamente blanco. Hannah volvió a mirarlo, con una sonrisa.

—Su amigo está en... ¿un hospital para animales?

Aidan movió un hombro.

—Sí.

—¿Por qué, es veterinario?

—Más o menos.

—Oh. Y...

—Vamos.

Callados, fueron hacia la entrada. Hannah se quedó pegada al suelo tan pronto como vio a una mujer afroamericana paseando a un grupo de perros. Temerosa, se volvió hacia Aidan, todo lo que él hizo fue sujetarla del brazo y llevársela sin dignarse a verla si quiera. ¿Por qué? Hasta donde sabía no había hecho nada que pudiera enojarlo. «Cálmate, quizá es una equivocación». Bueno, era una especie de clínica, así que su amigo bien podía trabajar con caballos. Hannah vio cómo sus esperanzas se desvanecían cuando no se detuvieron en el establo, sino que fueron hacia el interior. Más y más lejos cada vez, hasta llegar a una oficina.

Aidan abrió la puerta sin llamar y la arrastró adentro. Un hombre joven, de cabello castaño se encontraba sentado detrás de un escritorio. Él levantó la cabeza de forma brusca y les frunció el ceño. Hannah se estremeció.

—¿No sabes tocar o qué, McLaughlin? —Casi gruñó.

Como toda respuesta, Aidan le enseñó el dedo corazón. Él afianzó su agarre sobre el brazo de Hannah y la llevó hasta una silla, donde la obligó a sentarse. Eso era extraño, no que Aidan fuera una persona común; pero se estaba comportando como si estuviera molesto con ella. «¿Qué hice?». La pregunta rasgó su mente, no tuvo tiempo para buscar una respuesta.

—Cierra la boca, O' Brian —respondió—. Necesito ayuda.

El hombre le sonrió con ironía.

—¿Tú, de mí?

—Sí, yo, de ti.

Soltó una risita demasiado aguda, para su tono de voz.

—Sabes que voy a cobrártelo, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

Hannah se encogió sobre el asiento, intimidada, cuando sus ojos la escudriñaron con curiosidad. Aidan le apretó el hombro, para calmarla.

—Tiene dieciséis, olvídale, Sebastian.

—Oh, qué pena. —Su mirada se oscureció—. Bueno, ¿y qué quieres?

—Que le ayudes. Les teme a los perros.

Sebastian bufó.

—Necesito detalles.

Aidan soltó el hombro de Hannah y se cruzó de brazos.

—Estuvo con Mauricio, tres meses, en contra de su voluntad.

Sebastian silbó.

—Mierda, ¿el maldito psicópata? —Como Aidan asintió, Sebastian dirigió su atención hacia Hannah—. Tuviste suerte, chica, ¡era un bastardo enfermo! Aidan hizo bien al matarlo. Jodido hijo de puta.

Aidan meneó la mano, restándole importancia.

—Sí, sí. ¿Puedes hacer algo con eso?

Sebastian volvió a reír.

—¿Lo pones en duda? Mamá curó tu miedo a la sangre, ¿recuerdas?

—Sí, pero tú no eres Carrie.

Sebastian se levantó y fue hacia la puerta, con una sonrisa altanera en los labios. Hannah se cuestionó por qué.

—Cierto, soy mil veces mejor que ella. Caminen.

No entendía la situación. En un momento, ella daba un agradable paseo en auto, con un hombre atractivo que la miraba con un poco de amabilidad y mantenían una conversación agradable. Luego, estaba en una clínica veterinaria. Y ahora..., ella simplemente no terminaba de comprender. ¿Era un campo de entrenamiento militar? No, peor: el infierno y sería arrojada en él sin misericordia, como siempre que pensaba que la vida le sonreía.

Tonta ilusa.

Sebastian los había guiado hacia un pequeño corral, que estaba lleno de perros. De toda clase. Los que más llamaron su atención fueron los cinco *rottweiler* que peleaban como leones. O quizá estaban jugando. Hannah no tenía modo de saberlo, el miedo no se lo permitía.

Las piernas le temblaron cuando él llamó a un San Bernardo, tan grande que Hannah se sintió diminuta. El animal corrió hacia ellos, expulsando baba y gruñendo furioso. Por instinto, Hannah trató de retroceder, Aidan se lo impidió

al tomarla fuertemente del brazo.

«Otra vez no, por favor». No lo soportaría. Si le obligaba a comer del suelo o tratar de enfrentarse a semejante bestia, ella...

Antes de que se diera cuenta de lo que hacía, Hannah se lanzó a sus pies para implorar piedad.

—Por favor. —Su voz salió quebrada—. Por favor, señor, no quiero.

Aidan contuvo un gemido ante la imagen: Hannah se encontraba de rodillas frente a él, con las palmas hacia arriba. ¿Qué era todo eso? Trató de tocarla, ella se inclinó aún más hasta chocar la frente con la hierba húmeda y lloró.

—Seré buena, lo prometo. —Siguió hablando, ajena a la realidad—. Se lo juro. Por favor, por favor, no quiero. Seré buena... ¡Seré buena!

«Mierda». ¿Qué demonios le había hecho Mauricio? Por lo que veía, cosas peores a las que imaginó. Solo en ese momento, él puso en duda las palabras de Samantha. Esa pobre chica había sido usada más que como un saco de boxeo. Le habían roto, de un modo horrible.

Sin embargo, y por culpable que se sintiera, tenía que forzarla a enfrentar los demonios de su reciente pasado.

Suspirando, Aidan se inclinó junto a ella, la rodeó con los brazos y la atrajo hasta su pecho. El llanto de Hannah se intensificó. Ella se aferró a él como si fuera lo único que tuviera en el mundo. Y mientras sollozaba, aún rogándole que no la obligase a pelear contra el San Bernardo, él la besó en la cabeza y le arrulló, como solía hacerlo Glaw cuando él tenía miedo.

—Hey —murmuró—. No te hará daño, solo quiere jugar contigo.

Ella ni siquiera levantó la cabeza, cuando le respondió:

—¿Hi-hice algo malo? Seré buena, se lo juro. No... no me haga jugar con él, por favor. No quiero. Siempre duele.

«Siempre duele». Esas palabras lo traspasaron. Maldito Mauricio. Si antes sintió bien por haberlo matado, ahora estaba orgulloso. ¿Cómo se había atrevido?

—No va a dolerte.

—Siempre duele, ¡siempre!

Ella gimió hondo y le enterró los dedos en el brazo. Estaba sufriendo.

—No va a lastimarte, es un buen perro —dijo—. Pero si te lastima, así sea un rasguño, lo mato.

—¡Ni se te ocurra, McLaughlin! —Sebastian se quejó—. Es de los mejores que tengo acá. No puedes ir por ahí, matando a los animales de otros.

—Me importa una mierda. Si le hace daño, despídete de él.

—Imbécil, está entrenado. ¡En-tre-na-do!

Sí, por supuesto, al igual que los de Mauricio. Entendía que ellos solo habían estado cumpliendo las órdenes de su dueño, eso no evitaba que la furia lo invadiera. Aquello le recordó, como en tantas oportunidades, por qué le dedicaba su existencia a Infernum. Al menos ellos trataban de limpiar New Jericho de la escoria.

—Me-importa-una-mierda.

Aidan se levantó, con Hannah entre sus brazos. Era la segunda vez que la consolaba de ese modo. Tan inusual que lo confundía. Su llanto fue disminuyendo, hasta que ella inhaló profundo y se alejó despacio. Sus grandes ojos lo miraron haciéndolo sentir desnudo, vulnerable. Ella fingió una sonrisa.

—No quiero que lo mate. —Apretó los labios—. No tiene la culpa de que yo... sea tan tonta.

—No eres tonta. —Sebastian, al lado de Aidan, la miró con ternura—. Pasaste mucho tiempo junto a un bastardo que te hizo cosas horribles, es normal que sientas miedo.

—¿Lo es?

—¡Pues, claro! Pero estás aquí por eso: vas a enfrentarlo.

Hannah negó, con desesperación.

—No puedo.

Aidan exhaló antes de hacer algo que jamás imaginó: confiar una parte de su pasado a alguien que podía utilizarlo en su contra.

—Puedes —aseguró—. Cuando era niño, mi familia fue asesinada delante de mí, eso hizo que le temiera a la sangre, tanto que... En fin, era vergonzoso.

Hannah lo miró, incrédula.

—¿De verdad?

Aidan asintió, limpiándole las lágrimas.

—Por supuesto, y si yo pude vencer mi temor a la sangre, esto no será nada para ti. Además, estaré contigo.

—¿No me va a dejar sola? ¿Me lo jura?

No titubeó ni por un instante.

—Te lo juro.

—No puedo. —Hannah retrajo la mano tan pronto como la extendió—. Va a morderme.

Sebastian gimió, cansado. Ella entendía que lo estuviera, en lo que llevaban de hora había hecho lo mismo más de diez veces. Pero siendo honesta, ¿cómo atreverse? No podía, por mucho que lo deseara. Los recuerdos de su corta estadía junto a Mauricio golpeteaban contra su mente con violencia.

Aidan respiró hondo. Él estaba fumando su decimotercer cigarrillo, fuera de ello había bebido tres cervezas. Hannah había tenido tiempo de contarlos y también cada maldición que soltaba siempre que ella retrocedía para no tocar al perro. Tan solo eso tenía que hacer: alargar la mano y acariciar su suave y brillante pelaje.

«¡Vamos!», se animó. No surtió efecto. Harta de sí misma y llena de vergüenza, ella dirigió la mirada hacia Aidan. El sol de la tarde se reflejó en sus ojos. Hannah se perdió en ellos varios segundos. Pese a ser inexpresivos, podía jurar que había una pizca de ternura ahí, dirigida hacia ella. «Solo es lástima, por lo patética que eres». No podía imaginar otro motivo. No merecía nada fuera de eso.

Era una inútil.

—Quiero ir a casa —dijo, tragándose el llanto—. ¿Podemos ir a casa, por

favor?

Sebastian le dio una mirada compasiva. Sí, eso era lo único que inspiraba en las personas. «Soy patética».

Aidan lanzó el cigarrillo consumido casi por completo y lo pisó. Hannah inclinó la cabeza. No quería encontrarse con la decepción en su rostro. No podría soportarlo. Quería que se sintiera orgulloso, que no la considerase débil ni triste. Eso era y siempre lo sería.

—¿Sabes lo que hizo su madre para obligarme a enfrentar mi miedo?

—Algo doloroso, imagino.

Aidan rió por lo bajo.

—Básicamente. —El recuerdo pinchó en su interior—. Me mostró las fotos de mi familia y me dijo que lo único que podía hacer por ellos era avanzar. Luego me dio una patada en el culo y me encerró en un cuarto lleno de sangre y cadáveres falsos. —Le dio una mirada desdeñosa a Sebastian—. Por supuesto, Carrie es una maldita perra.

—¡Hey! No hables así de mamá. —Sebastian se quejó—. ¿Sirvió o no?

—Sí, ahora me baño en sangre, ¿no te dice algo?

Sebastian rió de forma escandalosa. Hannah levantó la mirada con horror.

—¿M-me va a encerrar con esa cosa? —Aunque no fue su intención, chilló.

Ella iba a lanzarse de rodillas de nuevo, la serenidad en el rostro de Aidan la detuvo. ¿Eso era una sonrisa? Cálida y acogedora, comprensiva.

—Aunque soy un bastardo de mierda, no lo haré. —Se llevó el cabello suelto detrás de la oreja—. ¿Quieres volver a casa? Voy a llevarte, pero ¿es así como quieres pasar el resto de tu vida?

Hannah titubeó. Cerrando los ojos, pudo imaginarse a sí misma huyendo cada vez que se cruzara un perro en su camino, aunque fuera pequeño e indefenso. Llorando, suplicando para no ser lastimada. «Sería muy triste». Y estaba harta de ser la víctima. Débil y patética. Vulnerable. Que todos tuvieran que ir al frente para cuidarla. En casi dos años que llevaba bajo la protección de Aidan, él y sus amigos habían estado esforzándose para hacer su existencia

menos difícil. Pero no podía continuar por mucho. Ya no era una niña; tenía que avanzar. Ser fuerte por sí misma.

Ser quien caminase al frente, al menos una vez.

—No...

—«No», ¿qué?

Hannah vio al San Bernardo y tragó. «Tú puedes», por primera vez lo creyó.

—No quiero volver aún. Yo... yo quiero intentarlo.

El gesto de satisfacción de Aidan incrementó su reciente seguridad. Antes de que lo intentara de nuevo, tenía sus largos dedos entrelazados con los propios. La sensación cálida la reconfortó. Ella no recordaba la última vez que alguien le había tocado de ese modo, ¿fue Ian o su padre? Tal vez Megan. No importaba. Hannah saboreó la sensación. La mano de Aidan era grande en comparación de la suya, un poco áspera y aun así agradable.

Respiró hondo. Su perfume le llenó la nariz: era cítrico, como él, con una nota cálida. ¿Canela? No pudo identificarlo, aunque le agradó.

—Gra... gracias.

Aidan encogió un hombro. Las mejillas de Hannah se encontraban rojas, él no tenía idea de si se debía al sol o el miedo. Además, el labio inferior le estaba temblando. Realmente encantadora. Y olía a caramelos. «*Okay*, esto es extraño». Peor todavía: lo ponía nervioso. Como fuera, tenía que centrarse.

La chica era valiente, se lo concedería; él solo iba a darle un pequeño empujoncito. No como el de Carrie, por supuesto. Pero si Hannah volvía a retractarse, iba a obligarla a tocar al maldito perro.

—Lo que siga vas a hacerlo sola, ¿entiendes?

Ella se mordió el labio, con los ojos brillantes. Oh, mierda, ¿esas eran lágrimas o de nuevo se trataba del reflejo del sol? Si se echaba a llorar, iba a encerrarla en el auto. Él no tenía una miserable idea del porqué, pero esa era su debilidad. Si una mujer o un niño lloraban, él se quedaba indefenso; se volvía sobreprotector, lo cual era malo. Pésimo.

—Sí, señor...

Despacio, él la guió hasta que su mano hizo contacto con el pelaje del animal. Hannah apretó los párpados y se resistió, tratando de alejarse; Aidan no cedió. Iba a enfrentar su miedo y a superarlo. Cuando creyó que ella se había relajado, Hannah hizo la cosa más increíble del mundo: lo golpeó con su codo en el estómago y corrió para esconderse detrás de Sebastian. Aidan se dobló por el dolor, tratando de tomar aire. «Mierda», ¿quién coño le había enseñado eso? Después lo resolvería. Inclinandose un poco más, tosió.

Dolía como el infierno.

Con los ojos entrecerrados, la vio salir de su «escondite». Habría reído de poder, como no podía todo lo que hizo fue sentarse sobre la hierba y continuar recuperando el aliento. «Maldita niña». Era fuerte.

Temerosa, y dando pasos cortos, ella se acercó. Luego, se puso de rodillas y trató de tocarlo. Aidan la detuvo.

—Perdón, no quería...

—¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé... —Se frotó un párpado—. Tenía miedo.

—Bueno. —Respiró hondo y exhaló—. La próxima pégale a él, ¿quieres?

Hannah inclinó la cabeza.

—¿Está molesto?

—No. Buen golpe.

Hannah lo miró, sorprendida. ¿Qué, ahora no podía hacerle un cumplido? No entendía a las mujeres. Lo mismo solía sucederle con Samantha: si le decía que estaba delgada, era un insulto; si no se lo decía también. Si se fijaba en sus pecas, era malo; si no lo hacía era aún peor. Todo, en absoluto, era un problema. Y por eso solo tenía sexo con mujeres, no una relación. No estaba tan enfermo como para optar por un suicidio lento y doloroso.

—Gracias.

—Sí, como digas. —Se apoyó sobre sus manos para ponerse de pie—. No te mordió, ¿o sí?

Hannah inclinó la cabeza hacia un lado. Aidan no supo el motivo, pero siguió el movimiento con atención. Las coletas realmente le hacían ver más

bonita. «No seas ridículo». ¿Qué mierda le importaba si lo era o no? Tanto trabajo estaba afectando su juicio, cosa que no podía permitirse.

«Es porque tiene la misma edad que Glaw, al morir». No obstante, iba más allá de eso, Aidan lo sabía. Para empezar, su hermano tenía los ojos azules, el cabello negro, era más alto y masculino. Por supuesto que con una belleza andrógina, aun así solo había que verlo para saber que se trataba de un hombre. Y su voz... Dulce y profunda, al menos ese era el modo como la recordaba. Hannah, por otro lado, era pequeña, delgada y con unos grandes ojos cafés claros.

Sí, dos gotas de agua.

Quizá fuera su actitud. Ambos creían en la bondad, en las personas. Glaw era un idealista, que pensaba en un mundo justo, en el que todos pudieran vivir en paz. Y Hannah..., bueno, solo había que verla para saber lo que pensaba. Dos malditos *hippies*.

—No —aceptó, dudosa—. Ni siquiera se movió.

Sebastian bostezó, haciendo más ruido del necesario.

—Porque los perros no atacan a las personas sin motivos.

—¡Pero yo no les hice nada! Ellos solo me mordían.

Sebastian negó, sonriéndole.

—Lo que quiero decir es que hay personas que los entrenan para ser violentos, pero los perros son amigables. —Se estiró los brazos—. ¿Quieres volver a intentarlo?

Hannah volvió a verlo y confirmó con la cabeza, dudosa. Aidan creía en ella, no iba a defraudarlo. Además, lo hacía por sí misma. Quería ser valiente y dejar de huir de sus miedos.

—Sí.

Sebastian silbó.

—¡Spike, muchacho, ven!

El perro corrió hacia Sebastian, ladrando y alegre. Aunque para Hannah fue como ver un monstruo, ella se mantuvo rígida y casi sin respirar al lado de Aidan, quien se limitó a apretarle el hombro. Cuando Spike estuvo frente a

ella, se echó a sus pies. Hannah dirigió sus ojos sorprendidos hacia Sebastian. Él le sonrió.

—Vamos, inclínate y tócalo —le dijo—. Quizá esté lleno de babas, pero no te hará daño.

Hannah obedeció, lento, muy lento. Contrario a todas sus expectativas, Spike no le atacó, sino que se recostó sobre su espalda y separó las patas traseras.

—Quiere que le hagas cosquillas. —La voz de Aidan, a en su oído, la relajó.

Él también se había inclinado. Como prometió, no estaba dejándole sola.

—¿Y si se molesta y me muerde?

Sebastian negó.

—¡Nah!, no te muerde. —Le dio a Aidan una mirada burlona—. Pero si quieres, hago que lo ataque a él. ¿Te gustaría? Es divertido.

—¡No! —Como su voz salió más elevada de lo normal, fingió aclararse la garganta—. No..., yo no quiero eso.

—Quizá luego. —Se rascó el puente de la nariz—. Anda, hazle cosquillas.

Tragando con dificultad, ella comenzó acariciándolo lentamente en el abdomen. Al principio, sus instintos casi la obligan a correr, cuando recordó la forma en la que era atacada por los animales de Mauricio. Sus gritos y lágrimas, las risas burlonas con las que respondían a sus súplicas de auxilio. Las palabras crueles.

«¡Lucha, maldita esclava mugrienta!». La voz de uno de los ayudantes de Mauricio, la llevó al llanto. Mientras las tibias lágrimas le recorrían la cara y ella deslizaba la mano por el pelaje de Spike, él se movió hasta que sus ojos se encontraron. Hannah descubrió que no había una bestia en ellos, sino dulzura. Antes de que hiciera cualquier movimiento, Spike le lamió la mejilla llevándose los restos de su llanto, y acomodó la cabeza sobre sus piernas.

—Le gustas —dijo Sebastian.

Ella sonrió.

—Es como un oso de peluche gigante. —Se atrevió a acariciarlo—. Creo

que... me gusta.

Sebastian rió por lo bajo.

—Genial, porque te llevas un cachorro a casa.

Aidan se atragantó con su propia saliva, levantándose. ¿Ella iba a qué? «Sobre mi cadáver». No en su casa. Nunca.

—Olvídalo, O' Brian.

Él arqueó una ceja.

—Perdóname, ¿hablaba contigo? —Volvió a concentrarse en Hannah—. Te decía: llevarás un cachorro contigo. Vas a alimentarlo, llenarlo de amor, llevarlo al veterinario... Es parte de tu terapia. Al principio será difícil, pero eres una chica valiente y vas a lograrlo.

—No llevará a un costal de pulgas a mi casa.

Sebastian vio hacia arriba, fastidiado.

—¿No? Bueno, suerte con su miedo. Conociéndote, primero asesinas a la pobre chica antes que ayudarla.

Aidan se frotó las sienes. Estaba teniendo una de sus migrañas favoritas. «¡Maldición!». ¿Por qué se metía en tantos problemas? Siendo sincero, no los necesitaba y esa chica no significaba nada para él, en absoluto. «Debería echarle a la calle». Pero no lo haría.

Ah, genial: se encontraba perdido.

—¿Es completamente necesario?

—Coño, ¡sí! —Casi gimió—. Eres insoportable. Se llevará el cachorro, fin de la discusión.

—No utilices ese tono conmigo.

—Entonces saca la cabeza de tu culo y hazme caso, ¡joder!

Aidan estuvo a punto de rebatir, desistió al escuchar la cosa más dulce e increíble de todas: la risa de Hannah. Una sincera. Ella continuaba sentada sobre el pasto, ahora Spike tenía dos de sus enormes patas sobre ella y estaba lamiéndole el rostro. Eso habría sido normal en otras circunstancias, tratándose de ella y su temor... Para él resultaba evidente que aún estaba

luchando contra sí misma, no obstante, también lo disfrutaba. Conocía esa sensación contradictoria.

Vencido, aceptó.

—No será una bestia como esa —dijo.

Sebastian asintió con un brillo en los ojos que le heló la sangre. ¿Por qué no le gustaba?

—Un *golden* le irá bien.

Aidan se encogió de hombros. Esos eran los pequeñitos gruñones que no crecían demasiado, ¿verdad?

—Perfecto.

Hannah dirigió sus ojos llorosos hacia Aidan y le sonrió, agradecida. En su interior, él supo que nada volvería a ser igual para ninguno.

Nunca.

## CAPÍTULO 16

Era ella. Siempre estuvo ahí y no se percató. Honestamente, se encontraba demasiado ocupado como para darse cuenta de que la persona más cercana a él, después de Leo, era quien los estaba traicionando.

La maldita perra iba a sangrar por la muerte de Artemis y las recientes pérdidas de Infernum, pero sobre todo por el pobre chico al que había dejado huérfano y que ahora se encontraba siendo adiestrado para convertirse en alguien como él. Aunque en el fondo sabía que era mejor que terminar con una familia abusiva, en un prostíbulo, como la mula de un traficante o muerto; no podía evitar sentirse responsable.

Había un niño de cinco años, indefenso gracias a su ineptitud.

Aidan gimió, frotándose los párpados con una sola mano mientras tamborileaba los dedos de la otra sobre su rodilla. «Feliz cumpleaños a mí...», se burló. Oh, cómo amaba este día, esto de hacerse más viejo y tener que limpiar la mierda. Al menos tendría un poco de diversión y venganza. Dos por uno, ¿por qué quejarse?

Tracy Wells podía considerarse una mujer muerta. Nadie traicionaba a Infernum y se salía con la suya, no si él estaba allí para evitarlo. «¿Cómo no me di cuenta?». Oh, bueno, ella no le agradó desde el inicio; pero siendo sincero: no le gustaba nadie. Ni siquiera él. Consideraba a las personas las molestias más grandes del mundo, no las soportaba, por lo que atribuyó su desprecio hacia Tracy a su conducta asocial.

Ojalá se hubiera tratado de ello.

—Maldita perra.

¿De dónde mierda la había sacado Nicholas? No, más importante aún: ¿por qué no la investigó? El sexo debía de ser la gloria absoluta para que un maniático como él ni siquiera se hubiera tomado la molestia de revisar más a fondo.

Leo, que se encontraba en el asiento de copiloto, bufó.

—No había manera de saberlo —dijo, con más seriedad de la usual—. Estaba bien cubierta y... ¡Joder! Nick nos la impuso, no hubiéramos...

—Artemis está muerta porque yo no hice mi trabajo —interrumpió. La ira destilaba a través de su voz—. Némesis está muerta porque yo no hice mi trabajo. Akane, Keanu, Topacio, Leraie... Incluso Veles fue herido porque ¡yo-no-me-di-cuenta!

Leo apretó las manos, hasta que se le pusieron blancas.

—Soy quien cubre tu culo, se supone que... ¡Merda<sup>[20]</sup>! ¿Cómo crees que me siento?

Aidan suspiró, calmándose. Tenía que utilizar el cerebro, pensar sin emociones que interfirieran. Ambos debían ser más inteligentes que Tracy.

—Mark y Nick me dijeron que podía hacer lo que quisiera con el traidor. —Una sonrisa maliciosa se le formó en los labios—. ¿Recuerdas al último del que nos encargamos?

Leo le frunció el ceño, confundido.

—¿Mauricio? Diablos, sí: le metiste una bala en la cabeza y ya. Qué aburrido.

Aidan hizo rodar los ojos.

—No, de ese no sabíamos nada. Me refiero al imbécil del Tercer Círculo... Destructor.

—¿El que lloraba como marica? ¡Oh, joder, por supuesto! Nos divertimos bastante con ese. —Sus ojos brillaron con reconocimiento—. No me digas que...

Aidan confirmó con la cabeza.

—La puta va a desear no haber nacido.

Leo soltó una risita aguda, a la vez que se frotaba las manos. Ah, demonios, el chico tenía que dejar de ver películas sobre villanos cutre.

—Eres taaan cruel —dijo, emocionado—. ¿Puedo tener un pedacito de ella, *babbo*, puedo?

—Claro, *bambino*, todo lo que tú quieras.

Leo le sonrió, amplia y verdaderamente.

—Podría besarte, pero eres demasiado musculoso para mi gusto. Oh, y tienes polla, ¡*puaj!*

—Ya, cállate.

Por primera vez en lo que llevaba a su cargo, Leo obedeció sin protestar. Aterrorador. Pero Aidan estaba habituado a sus constantes cambios.

Respirando hondo, se apretó el puente de la nariz. «Maldita loca». Tracy casi logró engañarlos. Casi. Pero afortunadamente, él terminó descubriendo la verdad. Por supuesto que fue un trabajo difícil, que le tomó más tiempo del previsto. Tres largos e intensos meses en los que se vio forzado a invadir la intimidad de cada miembro de la organización, a mentirles y a tratar a cada uno como un potencial sospechoso.

Joder, si hasta tuvo que ocultar cámaras y micrófonos en sus habitaciones para ver cada cosa que hacían. Aidan no era idiota, las personas tenían sexo con regularidad, incluso él, aunque jamás imaginó que fuera con tanta. Diablos, ¿quién le habría dicho que Baby, una de las compañeras de Samantha en el Escuadrón Médico, era ninfomaniaca? Y de las peores. Para Leo no estuvo tan mal, era un pervertido que lo tomaba como «porno casero»; para él, no obstante...

A estas alturas, estaba asqueado.

Pero no podía quejarse. Todo el esfuerzo dio fruto y, después de una larguísima espera, Tracy cometió el error de verse en la Zona Muerta con Viktor Kozynkevych, el ucraniano que era el actual jefe del segundo cártel más importante del país. Un completo hijo de perra que no solo se conformaba con traficar drogas, sino que prostituía menores. Entre ellos, estuvo el gemelo de Hannah. Como todo en la vida, era demasiado tarde. Ian había sido vendido, Aidan no tenía idea de a quién.

Se encargaría de ese detalle luego.

Al principio, Aidan y Leo pensaron que se trataba de un encargo particular, los favoritos de Nicholas, pero al verlos besándose todas sus esperanzas en ella se desvanecieron. Aún más, luego de espiarlos mientras follaban como conejos en celo. No había duda, era Tracy. Así que ahí estaban, a punto de hacerle conocer el infierno.

La bruja sangraría, los dos iba a encargarse de que así fuera.

Mientras vigilaban la casa de Tracy, desde la acera del frente, ella apareció. Dándole un pequeño codazo a Leo, Aidan movió la cabeza indicándole que era hora de trabajar. La noche había caído y no existía riesgo de que los vieran.

Salieron del automóvil y la interceptaron a mitad del camino. Tracy ni se inmutó, cosa que enfureció a Aidan. ¿Quién mierda se creía esa mujer? «Voy disfrutar esto». Cada parte.

—¿Qué, tenemos trabajo? —preguntó.

La sonrisa retorcida de Leo consiguió quebrar su máscara de indiferencia.

—¿Nosotros? *Mmm, síp* —respondió Bestia—. ¿Tú? No lo creo.

La confusión en el rostro de Tracy logró devolverle el ánimo a Aidan.

—No... —Tragó con pesadez—... no entiendo. ¿McLaughlin?

Aidan la rodeó con su brazo, colocándose sobre el hombro, y con la mano libre le apuntó con su Jericho. Aunque Tracy dio un respingo, no hizo el intento de huir.

—Verás, mi precioso Ángel —murmuró contra su oreja—. Tú eres nuestro trabajo.

—¿Qué? No, esto es un error, yo...

—Bienvenida al infierno.

Jamás le hizo tan feliz pronunciar aquellas palabras. Y era lo que le haría vivir. Él simplemente no lo entendía, ¿cómo alguien que se dedicaba a erradicar la maldad del mundo, terminaba convirtiéndose en parte de ella? Pero ese no era el caso de Tracy. La perra siempre había pertenecido al bando contrario. Una informante. Ah, santa mierda, ¿cómo una mujer apoyaba el maltrato infantil y la prostitución? Las horribles violaciones a las que eran sometidas esas pobres personas, día a día, sin descanso. No le halló sentido.

Y el estómago se le contrajo al acordarse del sufrimiento de Glaw.

Empujándola dentro de su propia casa, Aidan cerró la puerta. Leo se recostó de la blanca pared y cruzó los brazos encima de su pecho.

Era un lugar pequeño y casi vacío. Había una mesa de cristal, algunas

sillas de madera y un sofá celeste, que estaba forrado con plástico traslúcido. En las paredes estaban colgadas algunas fotografías suyas de cuando era niña junto con un par de personas que no reconoció.

Cuando Aidan fijó sus gélidos ojos azules en Tracy, ella retrocedió hasta caer sentada en una de las sillas.

—¿Qué sucede, McLaughlin? —Aunque su voz era segura, ella temblaba ligeramente—. ¿Es alguna clase de broma?

Él negó, colocándose los habituales guantes de cuero negro. Leo también lo hizo.

—¿Sabes con que se paga la traición?

Ella confirmó, con la cabeza.

—Muerte. —Sus pequeños ojos se abrieron por la sorpresa. Ella recién lo entendía—. Se trata de un error, yo no he traicionado a Infernum. Soy leal a Nick.

Aidan rió por lo bajo. Oh, bueno, ¿qué tan idiota lo creía? Ella no pensaba que en realidad lo convencería con ese discurso barato, ¿o sí?

—Prueba con un par de lágrimas, cariño. —Se burló.

La desesperación en el rostro de Tracy casi le hace dudar. Casi. Pero él era demasiado inteligente como para caer en un truco tan usado como el suyo. «Oh, soy inocente», estaba harto de oírlo. Por supuesto. Nadie lo era, en absoluto.

Jamás.

—¿Sabes? —continuó—. No soy de torturar mujeres, no me gusta. Pero puedo hacer excepciones, como contigo.

Tracy negó horrorizada. Aidan quería creer que era real, que no había sido ella. No alguien con quien estuvo trabajando el último año. Sin embargo, las pruebas estaban en su contra y le había visto revolcarse como una puta corriente con el enemigo.

—Es un error, yo nunca...

Leo gruñó haciendo rodar los ojos.

—Nunca lo harías. Eres leal a Infernum, a Markus y a Nicholas —dijo—.

Al Noveno círculo y al Colmillo, su líder. Ahórrate el discurso barato, nena, ¡te atra-pa-mos!

Ella hizo el intento de levantarse, Aidan la empujó de regreso a la silla.

—Explícame una cosa: ¿qué hacías junto a Viktor Kozynevych?

El rostro de Tracy se volvió blanco, como una hoja de papel. «Puta de mierda». Cobraría venganza, por Artemis y cada miembro que murió debido a su traición. La torturaría, se bañaría en su pútrida sangre y la dejaría tirada en algún basurero.

—Estaba haciendo mi trabajo. Investigaba —La voz se le quebró de forma dolorosa—. ¡Lo juro!

La risa burlona de Leo llenó la sala. Aidan bufó.

—Es curioso —respondió Aidan, sacando uno de sus cuchillos—, Nicholas y Markus no sabían nada al respecto, ¿cierto Minino?

Leo silbó.

—Se mostraron sorprendidos, de hecho. Me arriesgaré a decir algo muuuy tonto, pero yo creo que *no* estaban enterados.

Tracy boqueó, en busca de aire. Apretó los párpados varios minutos, cuando volvió a verlos la determinación brilló en sus ojos.

—Hay un traidor dentro de nosotros y...

Leo se burló.

—Sí, por supuesto que lo hay: *tú*.

—¡No! Escuchen: nada es lo que parece. Mark sabía lo que estaba haciendo, yo fui quien le dijo sobre el traidor y le propuse... —Gimió, palmeándose la frente—. ¡Mierda! Yo descubrí algo importante: Infernum trabaja para el gobierno, hace mucho que dejó de ser...

Antes de que Aidan hiciera cualquier movimiento, Leo ya se encontraba frente a ella. Tomándola por las mejillas, él hizo que lo viera a la cara.

—Escucha, perra de mierda. —Hubo cólera en su voz—. Infernum es la única familia que conozco, así que piensa bien tus siguientes palabras o te juro que haré que me pidas que te mate, ¿*capisce*<sup>[21]</sup>?

Aidan le apretó el hombro. Entendía su furia. Ambos estaban solos, Infernum era todo lo que tenían en el mundo y el que Tracy tratara de enlodarlos para salvar su pellejo era... repugnante.

—Calma, Minino. No dejes que te domine.

Despacio, Leo la dejó ir. Se volvió hacia él y le sonrió como de costumbre: mostrándole todos los dientes.

—¿Puedo tener un trozo de ella, *babbo*, puedo, puedo, puedo?

Ese era su Mano Derecha. Complacido, Aidan asintió.

—Sí, Mark dijo que nos divirtiéramos, antes de llevarle una parte de su cuerpo. —La barrió con la mirada—. Eso haremos.

Leo aplaudió una única vez.

—¡Oh! ¿Ya dije que te amo? Bueno, lo...

El teléfono de Aidan sonó. Dando un largo y cansado suspiro, él levantó la mano. Leo guardó silencio. Atendió.

—¿Hola? —La voz de Hannah se oyó desde el otro lado.

«Oh, joder». Perfecto, que la chica decidiera llamarlo cuando estaba ocupado. ¿Por qué tenía tan mala suerte? Sin embargo, y aunque quería sentir enojo o indignación, él solo estaba contento. Extraña y aterradoramente contento.

Tracy trató de huir. Leo se lanzó sobre ella y la detuvo, golpeándola contra la pared. Un jarrón se estrelló en el suelo. Del otro lado de la línea, se oyó el gimoteo de un cachorro.

—Habla.

Silencio. Aunque el suave suspiro de la chica lo tranquilizó. Al menos ella estaba ahí, a salvo. O eso esperaba.

—Yo solo... —De nuevo el cachorro gimoteó—. E-es que Thor lo echa de menos y...

Aquello le sacó una sonrisa. ¿El perro fastidioso lo extrañaba, a él? Por supuesto. «Chica tonta». De verdad, ¿pensaba que podía engañarlo con eso?

—¿El cachorro me extraña?

—Sí... —Su voz brotó como un murmullo.

Aidan vio por el rabillo del ojo cómo Leo ataba las manos de Tracy detrás de su espalda mientras ella pateaba para liberarse. Era una mujer fuerte, se lo concedería, pero para su desgracia Leo no era de los que se rendía con facilidad.

—¿Y él te lo dijo?

—No, pero... Bueno, ha rascado la puerta de su habitación y luego se pone a llorar.

Leo soltó una sarta de maldiciones, que hubiera dejado a un marinero como a un bebé en pañales, cuando Tracy logró partirle la nariz con su cabeza. De no ir a ayudarlo, quien iba a morir sería el Minino.

—Estoy ocupado. —Miró a Tracy deshacerse de la cuerda con la que estaba atada—. *Muy* ocupado.

Hannah suspiró. A pesar de que no podía verla, supo que estaba triste.

—Entiendo. Yo solo quería saber si estaba bien y... desearle buenas noches.

Sin quererlo, esbozó media sonrisa. Desde hacía un tiempo era lo único que hacía cuando se trataba de ella. Qué extraño.

—Estoy bien. Estaré de regreso a eso de las... nueve. Llevaré helado, ¿bien?

—¿De pistachos y caramelo?

Leo y Tracy forcejeaban. Vio hacia arriba, fastidiado.

—Sí. Y veremos una película. —Sosteniendo el teléfono con su hombro, tomó su Jericho 941 FS, que estaba bañada en oro y plata, y la cargó—. Ahora, sé una buena chica y déjame trabajar, ¿quieres?

—Sí. —rió—. Thor le envía besos llenos de babas.

—Oh, no sabes cuánto me emociona. Que no haga desastres —dijo y colgó.

Todavía sonriente, Aidan balanceó el arma de una mano a la otra mientras caminaba hacia Tracy, que se hallaba encorvada y jadeando. Leo le dedicó una mirada severa. Joder, si mataran él ya estaría en el infierno. Bueno, el otro.

Rió.

—¿Dónde nos quedamos? —Colocó el cañón de su arma sobre la cabeza de la mujer—. Ah, sí: estabas a punto de sangrar.

Rígida, Tracy levantó las manos en señal de rendición.

Hannah colgó el teléfono mientras se sentaba en el sillón. ¿Por qué había tenido que llamar a Aidan, sabiendo que se encontraba trabajando? Y por trabajo, se refería a un asesinato. Le oyó conversar con Leo sobre alguien llamado Tracy, que había traicionado a Infernum. Él estaba enojado y se sentía culpable por las muertes que ella causó, quería venganza, sangre, lo que fuera. Quizá por eso, tuvo que admitir, él le preocupaba. No, más que eso, le causaba horror la idea de que resultara lastimado. Eran amigos y ella lo quería.

Después de su primera visita a *Iron Horse* se volvieron cercanos, tanto como podía serse tratándose de alguien que desconfiaba hasta de su sombra. De sí mismo. Pero a ella no le molestaba, Aidan era agradable a su modo y si bien, era la persona más reservada que conocía, al mismo tiempo amable. Cálido como un abrazo. «Y caliente». Hannah se mordisqueó el labio inferior, avergonzada por completo. ¿Qué pasaba con ella? No era correcto pensar de ese modo respecto a él. Solo era su invitada, una carga más bien. Él nunca la vería... ¿Cómo quería que la viera?

Respirando hondo, trató de calmarse. Su corazón estaba palpitando casi frenético y las manos le sudaban. «No seas tonta». Un hombre como ese jamás se fijaría en alguien como ella, por dos simples motivos: tenía dieciséis y no era tan atractiva como las mujeres con las que lo había visto. Fuera de eso, él ya tenía a Samantha. Pero a ella le habría gustado que la viera diferente. Todo era culpa de Miyuki, por hacerle notar lo bien parecido que él era. Antes, ella solo sabía que Aidan era inteligente, distante e insensible la mayoría del tiempo; pero ahora... Santo Dios, no podía dejar de pensar en él y en lo extrañamente hermoso que se veía cuando se deba la libertad de sonreír.

Fiero como una pantera negra y sutil al mismo tiempo.

Aidan tenía rasgos delicados, pero su inexpresiva mirada le otorgaba un

aire incluso más masculino. Alto, con un cuerpo bien formado y un lindo trasero... Hannah se llevó las manos al rostro, como si alguien pudiera ver su rubor. Sin embargo, lo que más le gustaba de él era su voz profunda y varonil, que lo llenaba todo al hablar. Además de su larga y lacia cabellera negra, por supuesto. No sabía por qué, pero le entraban unas ganas tremendas de tocarla. ¿Sería suave? Y luego estaban sus ojos, tan azules e intensos, que parecían mirar dentro de su alma. Siempre serios, como él, aunque cuando sonreía se le iluminaban por completo, y a ella...

«¡Detente!». Aidan no podía gustarle, no a ella. ¿Por qué Miyuki tuvo que abrirle los ojos? Cielos, ahora era consciente de que se trataba de un hombre, por completo. Uno al que nunca podría acercarse. «Estoy perdida». No tenía idea de cuánto.

Thor, que estaba a sus pies, lloriqueó. Hannah lo vio un rato, en silencio. Todavía se le hacía difícil tenerlo cerca y cuidarlo; pero al mismo tiempo, algo se unía en su interior poco a poco. Cuando lo veía no hallaba a un monstruo sanguinario dispuesto a comérsela, sino a un cachorrito que necesitaba ser amado. Y ella lo hacía. Era hermoso. Alzándolo, lo atrajo hacia su regazo, donde lo dejó descansar. Thor le lamió la mano causándole cosquillas, Hannah rió.

Increíble que luego de haber atravesado el infierno, tuviera al menos un poco de felicidad.

Thor levantó su pequeña cabeza y la miró con aquellos intensos ojos marrones, que hacían juego con su pelaje dorado, y ella sintió que el corazón le saltaba de alegría. Justo como la primera vez.

Cuando Sebastian se lo había entregado, ella no quiso sostenerlo. Le temía. Sin embargo, Aidan estuvo ahí. Él le había sujetado la mano y guiado lentamente, hasta que lo tocó. En ese momento, cuando hicieron contacto visual, ella lo supo: Thor sería su mejor amigo, de por vida. Parte de su nueva familia, y cuando encontrara a sus hermanos, estarían completos. Entonces serían Ian, Megan, Aidan, Miyuki, Leo y ella contra el mundo. Juntos para siempre.

O el tiempo que pudieran estarlo.

Durante todo el camino de regreso, Aidan había estado recitándole nuevas reglas. Hannah no pudo evitar reír cuando él le dio una mirada llena de

reproche porque Thor se había orinado en su automóvil.

—Putra mierda —rezongó—. Hace esto una vez más y despídete de él.

Hannah lo apretó contra su pecho.

—Pero es un bebé.

—Un bebé mis bolas. No quiero llegar a casa y pisar su orina ni... nada más. —Gimió—. Maldito O' Brian, lo hizo para joderme.

Ella alzó a Thor, hasta que estuvo a la altura del rostro de Aidan. Él arrugó la frente y los labios, con desprecio.

—Vamos, señor, bese al cachorrito.

—Aleja esa cosa de mi cara o lo voy a lanzar fuera del auto.

Ella había negado, sonriéndole.

—Besito, besito... —Acercó a Thor un poco más—. El bebé quiere besito.

—Niña, hablo en serio, aléjalo de mi... —Thor le lamió la mejilla—. ¡Mierda!, es asqueroso.

Hannah había reído alegremente. Luego, giró a Thor y lo besó en la nariz.

—¿Ves? No es tan malo como parece —le dijo al cachorro—. Creo que le gustas.

Aidan le dio una mirada de reproche.

—No, no me gusta.

Ella se encogió de hombros.

—Diga lo que quiera, Thor y yo sabemos la verdad.

Aidan había arqueado una ceja burlándose, luego le sonrió amable. Eso siempre derretía su corazón.

—Debes dejar de pasar tanto tiempo con el Minino y esa asiática psicótica. Hablas como ellos.

El sonido de la puerta la sacó de sus recuerdos. Aidan ingresó con unas bolsas en las manos, que alzó apenas la vio. Hannah se mantuvo inmóvil, mirándolo con una sonrisa boba. Tenía el cabello completamente suelto sobre

sus hombros y espalda, y húmedo como si hubiera tomado una ducha. También se había cambiado de ropa, aunque todavía llevaba puestos los guantes. Eso solo significaba una cosa: asesinato. Quien fuera Tracy, ella había pasado a mejor vida.

Hannah solo esperó que no hubiera sufrido demasiado. Aidan era especialmente violento con quienes lo provocaban.

Ella desvió la vista hacia el reloj, eran las ocho treinta. Volvió a fijarse en él y en lo que llevaba puesto. Aidan prefería las franelas sin mangas y los pantalones ajustados. Muy ajustados, tanto que el bulto entre sus piernas se mercaba. Igual que ahora.

Tragando duro, dejó su escrutinio indiscreto.

—Hola. —Se oyó a sí misma lejana, por lo que carraspeó—. Regresó antes.

Él movió los hombros, dejando las bolsas sobre la mesita.

—Terminé temprano.

—Oh... —Titubeó—. ¿Y cómo le fue?

—No me quejo. Te traje tu helado.

—Gracias.

—¿Aún quedan galletas de mantequilla?

Ella movió la cabeza.

—Sí, una o dos cajas.

—Bien.

Él acarició el pelaje de Thor, un breve tiempo, antes de retirarse hacia la cocina. Hannah no dijo una palabra; tan solo se dedicó a mirarlo. Y entonces, mientras él era ajeno a lo que desataba en ella, Hannah deseó saber cómo podría evitar lo que había en su corazón.

Él, la única persona en todo el mundo que no debía, le gustaba.

## CAPÍTULO 17

Los hermanos O'Connell caminaron a lo largo del pasillo, siendo escoltados por los nueve líderes de los Nueve Círculos y sus respectivas Manos Derechas. Nicholas, quien se hacía llamar *Odio*, llevaba una máscara similar al rostro de un lobo blanco colgada del cinturón; mientras que Markus, *Venganza*, portaba una de lobo negro. Erguidos y arrogantes, ninguno se detuvo hasta haber llegado al centro del Gran Salón, donde se encontraban reunidos los miembros más importantes de Infernum. Aún faltaba mucho para la reunión anual, sin embargo, ambos quisieron adelantarla debido a los últimos acontecimientos.

La traición de Tracy había sido un duro golpe que los hizo tambalearse como un borracho. Ahora las grietas eran más notorias, de no poner orden, todo se saldría de control.

Emitiendo un largo suspiro, Aidan continuó junto a sus compañeros hacia la pared del lateral izquierdo, donde se formaron de acuerdo a la numeración de su círculo. Los hermanos O'Connell, no obstante, tomaron asiento en sus respectivas sillas. Había algo de grandeza en ellos y el aire parecía agitarse peligrosamente a su alrededor. El simple hecho de verlos erizaba la piel de cualquiera.

Pese a estar atestado de personas, el lugar estaba silencioso, tanto que incluso lograba oírse cada respiración.

—¡El Infierno está reservado para los pecadores! —La voz de Mark se elevó sobre el silencio.

—¡De los cuales yo soy el peor! —Como un grito de guerra, cada hombre y mujer recitó su juramento antes de sentarse.

Junto a Aidan, Byron, mejor conocido como *Ghoul*, se mofó. El jefe del Octavo Círculo era alto y delgado, de piel lechosa y ojos verdes, y tenía una fascinación enfermiza con los cadáveres y los felinos. De hecho, en lugar de un antifaz, usaba una espesa capa de maquillaje que le hacía parecer un zombi. Asqueroso, desde su perspectiva, pero no había nada que pudiera hacer al

respecto. Siempre que no se metiera en su camino podía pasar de él.

—¿De qué crees que se trate? —preguntó Byron, con los labios demasiado cerca de su oreja—. Las reuniones urgentes no son usuales.

¿Y él qué pensaba? Por supuesto, no era una junta social. No iban a tomar el té y a comer galletitas como viejas sin oficio. «Nos estamos yendo a la mierda», pensó con amargura. Si Infernum terminaba desapareciendo, ¿qué sería de sus vidas? Por su puesto, había algunos más afortunados que otros. Shurik, por ejemplo, tenía a Zhenya; así como otros recién estaban formando sus propias relaciones o familias. Pero él no tenía nada ni a nadie, con excepción de una adolescente que decía ser su amiga y un dolor de culo parlante, que insistía en hacer aún más miserable su existencia.

Si la organización se hundía, él se iría con ella. Aun así, cuando cerró los ojos un segundo, logró verse a sí mismo junto a dos personas. Las que, para su desgracia, eran una total molestia: Leo y Hannah.

Separando los párpados, se encogió de hombros.

—No sé y no me importa —mintió.

Byron rió por lo bajo.

—Siempre tan simpático, ¿no, Colmillo?

Ni se movió para verlo, aunque la respiración de Byron sobre su piel estaba impacientándolo. Si volvía a rozarle la oreja con la lengua, se la cortaría en frente de todos. Nicholas y Markus podían irse a la mierda, él no soportaba tener a un hombre respirándole encima. Ni siquiera a Leo.

—Cállate y aléjate de mí, antes de que lo lamentos.

Byron se lamió los labios.

—Como quieras.

Nicholas carraspeó. «Aquí vamos». Aidan se preparó para su inspirador discurso. Si se trataba del mismo que les dio a Leo y a él, podía irse olvidando de Infernum. Cada hombre y mujer lo patearía en el culo por tratar de insinuar que eran los culpables. Quizá si Markus hablaba les iría mejor.

—Esta no es una reunión social y yo no estoy aquí para ser amable —comenzó a decir.

Aidan hizo rodar los ojos mientras contenía un gemido. Mal, muy mal, ese no era el modo de animarlos. Pero él sabía que esas no eran las intenciones de Nicholas. El bastardo prefería ser un insoportable de mierda.

Justo como él.

—Cuando nuestro padre fundó Infernum, lo hizo con una visión: limpiar al mundo de la inmundicia. Realmente estaba harto de no poder hacer nada para ayudar a las personas inocentes que eran asesinadas, torturadas, violadas o vendidas. —La intensa mirada que les dio, trajo a la memoria de Aidan su horrible pasado—. Pero más que eso, Infernum nació gracias a su deseo de vengar a nuestra madre, quien fue brutalmente golpeada y asesinada por el simple hecho de honrar su matrimonio. Por decir: «No, lo lamento, estoy casada».

Nicholas guardó silencio. Aidan conocía la historia, cada uno de ellos, pero siempre que los hermanos O'Connell la contaban tenía un efecto devastador. Les hacía vivir de nuevo sus propias miserias y les recordaba el porqué de sus existencias: hacer del mundo un lugar mejor, seguro, aunque el precio fuera sus propias vidas. Porque nadie merecía padecer lo mismo que cada uno de ellos. Esa espantosa agonía que los torturaba sin piedad.

—Mark y yo podemos entender el dolor de cada uno de ustedes —continuó—, el odio, porque también clamamos por justicia y nadie nos oyó. La justicia no existe, así que nosotros la hacemos. Nos ensuciamos las manos y nos llenamos de mierda porque no hay nadie más dispuesto.

Sí, claro. Con todo, ninguno de los dos sabía cómo era tener pesadillas nocturnas tan vívidas y espeluznantes que incluso erizaban la espalda. La culpa, el desprecio hacia ellos mismos. Aidan se frotó los párpados, tratando de no pensar en Glaw. Le fue imposible. Volvió a ver sus vibrantes ojos azules dentro de su memoria y su eterna sonrisa amable. Casi oyó su voz de nuevo, llamándolo.

«Te amo, Dan, nunca lo olvides». Jamás lo haría.

—... Pero si hay algo que no toleramos es la deslealtad. —Su voz y mirada se endurecieron—. Nadie traiciona a Infernum sin pagar el precio: la muerte. —Respiró profundo—. ¡Fotos!

Asintiendo con la cabeza, Michael proyectó detrás de los hermanos O'Connell las imágenes del trabajo que Aidan y Leo realizaron. Hubo un

gemido colectivo. Era algo difícil de ver: el cuerpo de Tracy golpeado y mutilado, la sangre y el horror en su bonito rostro.

Byron acercó de nuevo los labios a su oreja. Aidan tuvo que usar toda su fuerza para no golpearlo.

—Tiene tu estilo y el de tu italiano psicópata —murmuró—. ¿Qué hizo exactamente la bruja?

Él se encogió de hombros.

—Habló demasiado cerca de mi oreja.

Byron rió entre dientes.

—Me gustas, Colmillo.

«Oh, genial». Que alguien lo matara, por favor. Honestamente, ¿era una especie de imán para los locos? Él no tenía nada en contra de la homosexualidad, era abierto, Byron podía ir por ahí follando con todos los miembros de su Círculo, pero él... Bueno, mierda, no le interesaba enredarse con el necrófilo de la organización.

—¿Qué crees? Tú, a mí, *no*.

Byron volvió a reírse e incluso le sopló un beso. Aidan resopló poniéndole los ojos en blanco.

Mientras Nicholas continuaba hablando, Aidan captó el brillo de satisfacción en los ojos de Markus, ¿por qué? Bueno, él era el mejor en su trabajo y su obra de arte era digna de admiración; aun así... «Trabajamos para el gobierno», las palabras de Tracy lo atravesaron. No, esa había sido una excusa para que la liberase. Ellos jamás serían peones de nadie, menos de la entidad más corrupta.

—En vista de los recientes acontecimientos —Nicholas levantó la mano y las imágenes desaparecieron—, Markus y yo hemos decidido reestructurarnos: los equipos estarán conformados por cuatro miembros. De ahora en adelante, nadie utilizará máscaras o maquillaje durante las reuniones. Fomentaremos la confianza entre nosotros. —Hizo una pausa para tomar aliento—. Cada jefe elegirá a sus subordinados y lo más importante: cada Círculo o Escuadrón, incluso los Limpiadores, deberán rendir cuentas de todos sus actos a un único líder, que nos mantendrá informados de todo lo que suceda de ahora en

adelante.

Los hermanos O'Connell se pusieron de pie. Cada persona en el Gran Salón los imitó. El ambiente estaba tan tenso que había podido cortarse con un cuchillo. Aidan, sin embargo, se mantuvo indiferente. Ya conocía la decisión de Markus y Nicholas, y a pesar de no haber estado de acuerdo terminó aceptando. Ahora tendría incluso más responsabilidades, pero podría contar con Leo para que lo ayudase.

Mark carraspeó.

—Debido a la absoluta lealtad que ha demostrado desde el primer día — dijo él— y por haberse encargado de forma personal de la traidora, el Colmillo del Diablo ha sido elegido como su superior. ¡Le deben absoluto respeto y obediencia!

Aidan bufó cuando Leo y Byron lo miraron con total asombro. Y si antes era odiado por sus compañeros, ahora tratarían de matarlo. Genial. Pero lo que más le preocupó fue la satisfacción en los ojos de Samantha. Inquietante como el infierno. Ella seguro querría celebrar.

Lo esperaba con impaciencia.

Después de una hora, que le pareció insufrible e interminable, Aidan se encontró caminando junto a Leo por la calle Klhum. Estaba vacía y el silencio era agradable, cosa extraña tratándose de su compañero. Estaba bien de esa manera, solo quería respirar en paz, sin responsabilidades por un momento. Sin Samantha ni nadie que pudiera molestarlo.

Ahora, como líder de todos los grupos que conformaban Infernum, él tendría más trabajo que nunca. Entre eso, su odiado empleo y todo lo demás, apenas si tendría tiempo para sí mismo. Aunque no se quejaba, Aidan sabía que no podría hacerlo solo. No le gustaba depender de nadie, pero más que nunca le confiaría su espalda a Leo. Después de todo, eran amigos.

«Me he vuelto sentimental». Y le aterraba de un modo que desafiaba toda su lógica. ¿Qué le estaba sucediendo? De reojo, lo miró. Leo llevaba una sudadera morada y un jean negro. El cabello rubio le caía sobre la frente, en un peinado que le recordó a una estrella afeminada del *K-pop*. «Parezco una abuelita, ¡puaj!». Suspirando, tomó asiento en un banquillo, en medio de la plaza y frente a la escultura de un par de niños jugando. Leo lo imitó y mantuvo la mirada fija en el horizonte. Oh, mierda, eso era espantoso.

—¿Debo preocuparme, Minino?

Leo encogió un hombro.

—No —dijo—. Es solo que... esto es extraño.

—¿El qué?

—Tracy, tú, yo... —Dio un largo y cansado suspiro—. Oh, *babbo*, no lo sé. Ella me agradaba.

A él no, ni un poco, pero entendía. Era decepcionante saber que un miembro de tu cerrado círculo de trabajo te traicionaba. Aunque lo peor, sin dudas, era que no le importasen ni un poco las vidas inocentes que destruía. ¿Cuántas mujeres y niños habrían sido vendidos como putas, por causa de su ambición? ¿Cuántos hombres, padres de familia, habrían sido asesinados por culpa de Tracy? No importaba si había sido su compañera ni las lágrimas que lloró, tampoco la aparente sinceridad en su mirada; había sido una perra traidora y su muerte fue lo justo.

Y con todo... él no podía sacarse de la cabeza sus súplicas mientras era torturada por ambos.

—La vida sigue.

—Sí. —Carraspeó—. ¿Y qué, vamos a celebrar nuestra promoción? Podemos ir por unas cervezas y chicas.

Aidan hizo rodar los ojos. ¿Por qué se preocupaba? Leo nunca cambiaría. En su interior, lo agradeció.

—¿Nuestra?

La mirada burlona que le dio, le sacó una leve sonrisa.

—*Babbo*, por favor, ¿no pensarás que voy a quedarme afuera o sí?

—¿Tengo opción?

—*Nop*.

Aidan gimió entre dientes.

—Cervezas y chicas, suena bien —aceptó—. ¿Cuándo? Necesito distraerme.

Leo se frotó las manos, con una sonrisa maliciosa. ¿Por qué eso le

asustaba? Oh, sí: porque siempre se le ocurrían las ideas más desastrosas.

—Mañana por la noche, ¿conoces el club Babilonia?

Aidan negó.

—¿Debería?

Leo se echó a reír.

—¡Joder! Pero si es lo último, está de moda. Hay de todo y para todos. Genial. —Hizo una mueca como si algo le doliera—. Desde que cuidas de Hannah casi no sales. Siempre estás en casa, viendo películas cutres o follando con Sam, ¿qué pasa contigo?

Punto para el tumor parlante. Tenía que admitirlo, llevaba casi dos años siendo un hombre bueno, a su modo. ¿Honestamente?, le preocupaba dejar a la chica sola más de lo necesario. Miyuki siempre estaba con ella, haciéndole compañía, pero no era precisamente responsable de su parte dejar a dos jovencitas sin supervisión. «¿Y por qué me molesto?». Quizá porque ella le importaba más de lo que se permitía a sí mismo admitir.

Pero quería pasarla bien, al menos un rato, y olvidarse de todo. Incluso de sí mismo.

—Leo.

—¿Sí?

—Sin transexuales esta vez, por favor. Sabes que odio encontrarme con una polla cuando lo que busco es un coño.

Él confirmó, con la cabeza.

—Hecho, solo mujeres de verdad... con tetas y coños reales. Sé que no te gustan las *bubis* falsas. —Curvó la comisura del labio en una sonrisa—. Hablando de *bubis* falsas..., ¿si Sam es tu mujer, también será jefe de todos los grupos?

Aidan negó con horror.

—No es mi mujer y no será jefe de nada, deja de hacerte ideas idiotas.

Leo se burló con un bufido agudo e infantil.

—No es tu mujer, por supuesto, y luego yo soy el idiota.



## CAPÍTULO 18

Hannah estaba en su dormitorio, sentada sobre la cama y con una expresión de agonía absoluta, que competía contra la de completa satisfacción de Miyuki. Eran más de las tres de la madrugada y ellas aún no se iban a dormir. Honestamente, ¿cómo podría con tantas inquietudes corroyéndola? Además de su única y mejor amiga, por supuesto, que no parecía querer dejarla en paz.

«En qué líos me meto». Pero no había sido su culpa, sino de Miyuki por traer el tema de regreso, junto con sus recién adquiridas dudas de adolescente.

Estaba enamorada, real y profundamente, del único hombre sobre la faz de la tierra en el que no debía fijarse: Aidan, *Colmillo del Diablo*, McLaughlin, alguien que jamás iba a notarla; no solo porque era insignificante y nada bonita, sino porque nadie en su sano juicio querría estar junto a la exesclava de un traficante de personas, que había marcado su cuerpo de modos horribles.

El recordarlo trajo lágrimas a sus ojos, las cuales reprimió al parpadear. Se encontraba llena de cicatrices que no desaparecerían y Aidan nunca iba a mirarla como algo diferente a una molestia.

—¡Lo sabía! —Miyuki unió las manos, con una amplia sonrisa—. Lo sabía, lo sabía, lo...

—Basta. Es tu culpa.

Miyuki arqueó una fina ceja.

—¿Por qué?

—Bueno... No lo sé, tú hiciste que me diera cuenta de que... —las palabras murieron en su boca.

Miyuki se encogió de hombros.

—¿De que tiene un lindo culo y es caliente como el infierno?

—Quizás.

—¿De que es un orgasmo con piernas y cuando te mira todo tu cuerpo grita

«fóllame»?

En efecto, y ahora ella solo podía pensar en él de maneras poco piadosas. Era usual ver a Aidan sin camisa, pero ¿cómo sería desnudo, completamente? Esa pregunta la mortificaba. Ella no era de esa forma, sus padres no le habían educado para ser una perversa. Una cualquiera. Y sin embargo, era en lo que se estaba convirtiendo.

Mortificada, exhaló.

—Sí.

Riendo, Miyuki se lanzó sobre ella. Ambas cayeron sobre la cama.

—Hanny, es normal, ¿sabes? Él es hombre, tú mujer... A menos que seas lesbiana, no tendría nada de raro.

Ella negó.

—Pero él no... Es que... —Gimió, rendida—. Es tan extraño.

—¿Por qué?

Oh, bueno, ella no lo sabía, pero estaba segura de que no podía ser normal. ¿Lo era ver al hombre que le había salvado de una vida miserable como algo más que un héroe? Porque eso era. Aunque, si lo pensaba, Aidan se parecía más a Deadpool que a Superman. Él no temía ensuciarse las manos ni ser desagradable, y al mismo tiempo podía ser simpático cuando se lo proponía. Quizá ese era el motivo por el que le agradaba tanto, por el que se había enamorado.

Hannah la empujó suavemente. Miyuki rodó sobre el colchón hasta quedar a su lado, luego se sostuvo sobre su codo y se la quedó mirando.

—Es raro —insistió—. Tú no lo entenderías.

—Ponme a prueba.

Hannah volvió a sentarse y dobló las piernas. Mientras jugueteaban con el plisado de su vestido de pijama, ella buscó el modo de expresar sus dudas sin revelar el verdadero motivo por el cual estaba con Aidan. Quién era él. Miyuki sabía que fue secuestrada y torturada, sus padres asesinados y sus hermanos vendidos; no sobre Infernum ni la doble identidad del abogado Aidan McLaughlin. Era un secreto que se llevaría a la tumba.

—Bueno..., él me trajo del orfanato donde estaba para cuidarme y... No lo sé, ¿debería verlo como familia?

Miyuki entrecerró los ojos, pensativa.

—¿Él te ve como familia, Hanny? Porque solo se refiere a ti como «niña», «mocosa» o «chica». Jamás dice tu nombre y... Oh, no lo sé..., creo que considera más a Leo parte de su familia que a ti.

Esas palabras dolieron. «Solo se está quedando conmigo». La voz de Aidan atravesó sus pensamientos como un rayo. «Invitada», otro modo de llamarla molestia. Indeseable. Su buena acción de la última década.

—Tienes razón.

Miyuki se sentó, la rodeó con su brazo y unió su cabeza a la de ella.

—No estés triste —murmuró—. No estás haciendo nada mal. Él se sentiría afortunado si supiera que te gusta.

—¿Tú crees?

Miyuki la apretó con fuerza.

—Estoy segura.

Aunque no creyó ni una palabra, Hannah asintió lentamente. Cansada, bostezó entre los brazos de su mejor amiga y luchó para que los párpados no se le cerraran. No estaba surtiendo efecto. Miyuki la besó en la mejilla antes de acostarse con ella y cubrirla a ambas con los edredones.

—*Oyasuminasai*<sup>[22]</sup>, Hanny —susurró.

— *Oyasuminasai*, Yuki...

El sueño la venció antes de poder agregar cualquier otra palabra.

Se despertó seis horas después, con un intenso dolor en la zona baja del abdomen. Estirando los músculos, vio a Miyuki de reojo. Ella dormía plácidamente: con las piernas y los brazos abiertos, casi contorsionada. La imagen le sacó una sonrisa. Tomando su teléfono, que estaba sobre la cómoda, Hannah le sacó tres fotografías. «Se morirá cuando la vea». Sí, Aidan tenía razón: estaba pasando demasiado tiempo junto a Leo y Miyuki, tanto que sonaba igual. Él no podía culparla, ambos eran divertidísimos y ella los quería con todo el corazón.

Sus hermanos espirituales.

Mordiéndose el labio y apretando las piernas, se fue de puntillas hacia el tocador. Se detuvo antes de ingresar por el sonido del agua fluyendo, lo que incrementó el dolor en su vientre, pero dejó de importarle cuando oyó una de las dos canciones favoritas de Aidan y a él tarareándola suavemente.

*Sinner*, de Deathgaze.

*Si mi voz te alcanza, por favor,*

*Déjala que se queme en tu memoria*

*Como una débil y borrosa prueba.*

*Es doloroso, doloroso...*

Ahora ella sabía el significado de la canción, que buscó en *Internet* tiempo atrás. Era una letra triste, tanto que incluso le hizo llorar. No lo entendía, ¿cómo alguien rudo y desalmado como él podía estar tan deprimido? Real y absolutamente. No le quedaban dudas. Aidan estaba sufriendo y a ella le daba la impresión que era debido al asesinato de su familia, del cual no sabía mucho. Y también le temía a la oscuridad, lo notó durante todo ese tiempo: él siempre dejaba una lámpara encendida en su habitación. Jamás se quedaba en un lugar oscuro o pequeño durante más de un minuto y ella casi podía ver terror en sus siempre gélidos ojos azules.

Curiosa, alargó la mano hacia el picaporte. «No lo hagas. ¡No-lo-hagas! ...». Antes de poder detenerse, ya estaba abriendo la puerta. Hannah tragó en seco y caminó sigilosa hacia el interior. «No es correcto. Deberías darte la vuelta y regresar con Yuki». Sabía que no estaba bien, con cada molécula de su cuerpo. Sin embargo, Aidan tenía una voz grave muy atractiva y ella... Cielos, no podía continuar negándolo: quería verlo, como él era en realidad, cuando nadie le observaba.

¿Lloraría al cantar, como ella lo había hecho? Como lo hacía aún ahora. ¿O sería el insensible que le mostraba a todo el mundo? Quería creer que no, que había algo más escondido, que él era la persona amable que le ayudaba a superar su temor a los perros. Que Aidan era el hombre que sonreía negando cuando la pillaba viendo Foot Network y se burlaba de su pésimo francés.

Ella deseaba...

Se detuvo frente a la ducha, que tenía una puerta de cristal. Aidan estaba de espaldas, lavándose la brillante y negra cabellera. Con el corazón martilleándole contra el pecho, Hannah hizo descender la mirada. Y lo vio en su plenitud. «Ay, Dios. Ay, Dios». Tenía que irse, debía hacerlo; pero sus pies no obedecían las órdenes que les daba.

La canción fue sustituida por una más fuerte, ruda. Había guturales, gritos y gruñidos aterradores. Por lo poco que entendió, hablaba sobre muerte y destrucción. Venganza. Sangre y amargura.

Volvió la mirada hacia arriba. El agua caliente se deslizaba sobre su magnífico y bien formado cuerpo que... del modo más extraordinario, estaba lleno de cicatrices horribles. La mayoría se encontraba cubierta por tatuajes, sin embargo, había algunas que era imposible no mirar. Las reconoció de inmediato, eran como las suyas: quemadas y cortadas. Casi pudo jurar que también lo mordió uno o varios perros. ¿Cómo no se fijó en ellas antes? Oh, bueno, quizá porque no lo miraba como en este instante, como al hombre atractivo que era.

De repente se le secó la garganta y el dolor en su abdomen bajo fue sustituido por uno entre sus piernas. ¿Qué le estaba sucediendo? No podía ser normal, no *eso*. «¿Soy una perversa?». La duda le atravesó con violencia. No podía, no ella. ¿Qué dirían sus padres, de estar vivos? E Ian... La vergüenza sustituyó cualquier otra emoción o sentimiento.

Entonces, él se giró con los ojos cerrados, disfrutando la sensación del agua sobre su piel pálida. Hannah abrió los suyos desmesuradamente. «Ay, no. ¡Ay, no!». Él iba a verla, y eso no podía suceder. Aunque el problema real era que ella lo había visto, a él. *Todo él*. «Vete, ¡ya!». Ojalá pudiera. Sus piernas continuaban sin responder.

Aidan suspiró cerrando el grifo, ella retrocedió aterrada y salió sin ser vista. O por eso rezó. Si Aidan llegaba a enterarse de que estuvo espiándolo, sería el final de su joven vida.

Entró a la habitación y cerró la puerta con seguro. Las manos le temblaban y las tenía frías, como un cadáver. Miyuki se encontraba despierta, jugando con su teléfono. Fingiendo naturalidad, Hannah fue hasta ella.

—Estás pálida —dijo elevando la mirada—. ¿Qué sucede?

Horrorizada, Hannah trató de negar, pero no pudo detenerse a sí misma.

—L-lo vi desnudo. Vi... vi su cuerpo, a él, desnudo. Y vi su pene. Y lo vi desnudo. Muy desnudo. Y su pene estaba... ¡Oh, Dios, va a matarme!

Miyuki le frunció el ceño.

—¿Quién va a matarte por que los viste a él y a su polla, desnudos?

—E... —Tragó de nuevo—. El señor.

La sonrisa traviesa de Miyuki no le alivió, por el contrario hizo más grandes sus temores y bochorno. Ella palmeó la cama, invitándola a sentarse.

—Oh, Hanny, cuéntamelo todo.

Aidan se miró al espejo mientras se vestía. Diablos, tenía unas horribles ojeras y una expresión de supremo cansancio. Pero había sido una buena noche, extraordinaria. ¿Quién le hubiera dicho que aquella morena voluptuosa podía ser una excelente amante? Una complaciente que estuvo a su disposición toda la noche. Tendría que agradecerle a Leo después. Y sobre el Minino..., ¿cómo le habría ido con su *dominatrix*? rió por lo bajo, de solo imaginarlo sobre un potro, amordazado y suplicando. Como fuera. Ahora que había liberado un poco de presión, podría funcionar al cien por ciento en ambos trabajos. Y con Samantha. «No te olvides de la chica». Sí, bueno, Hannah no era un problema. De hecho, casi nunca notaba su presencia.

Agradable, cuando no se dedicaba a ser tímida.

Después de haberse vestido con unos pantalones ajustados de color negro y una franelilla roja, se recogió el cabello en una descuidada cola de caballo, en la que algunos mechones le enmarcaban el rostro, y fue hacia la cocina para tomar el desayuno. Se encontró con Hannah y Miyuki, ambas sentadas sobre el mesón de granito, con tazas de cereales en las manos; mientras que Thor reposaba a sus pies.

—Buenos días, señor —dijeron al unísono.

—Buenos días —respondió yendo hacia la nevera.

Tomó el queso rebanado, algunas verduras, mayonesa y un poco jamón,

luego caminó hacia la alacena y buscó el pan blanco con semillas de sésamo. Todo se encontraba extrañamente tenso y silencioso. Estuvo seguro que de haber dejado caer un alfiler lo habría oído. Qué extraño, pero ¿eso tenía importancia? Mejor un poco de paz, que las eternas discusiones con Samantha. Y qué decir de la efusividad de Leo.

Mordiendo su emparedado, Aidan miró de reojo a las dos mujeres. Demasiado calladas, y estaban viéndolo como si le hubiera salido un cuerno en la frente. ¿Tendría algún moretón del que no se dio cuenta después de salir de la ducha?

De no ser él, se habría incomodado. En lugar de eso, elevó una ceja como una silenciosa pregunta. Las mejillas de Hannah se colorearon de un intenso color rojo que competía con el de su camisa. Genial, estaba enferma. Maldiciendo por lo bajo se acercó a ella y colocó el dorso de la mano contra su frente a la vez que hacía lo mismo con su otra mano, con la propia. No, su temperatura era la normal. Y aun así, su rostro estaba tomando un preocupante matriz.

Ella separó los labios y boqueó como un pez fuera del agua, no habló. «Esto es extraño». No más que la mirada burlona de Miyuki.

Harto, bufó.

—¿Qué?

Miyuki se encogió de hombros.

—Nada.

—¿Niña?

Ella lo vio con los ojos muy abiertos, un momento antes de sacudir la cabeza a cabeza y desviar la mirada.

Eso era poco usual, pero estaba bien.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Miyuki habló con la boca llena.

Sí, lo normal.

—Dispara.

Miyuki apretó los labios unos segundos antes de hablarle. Cuando lo hizo, sus ojos estuvieron puestos en Hannah cada instante.

—¿Alguna vez ha salido con chicas más jóvenes?

Aidan frunció el ceño ligeramente. Y eso, ¿a qué venía? Odiaba encontrarse perdido, pero hasta donde él sabía Miyuki estaba interesada en Leo.

—Define «jóvenes».

Ella se mordió la comisura del labio. Aidan tuvo la impresión de que Hannah estuvo a punto de quejarse, pero apenas lo vio se concentró en su cereal..., el cual ni siquiera había tocado. Ella actuaba de un modo desconcertante.

—Oh, bueno..., digamos dieciséis o diecisiete.

No. Ni una vez en la vida. No estaba tan jodido.

—¿Por qué?

Miyuki infló las mejillas en un adorable puchero.

—Yo pregunté antes.

¿Y qué? Esta conversación estaba tomando un rumbo peligroso.

—No.

—¿Por qué?

—No estoy *tan* jodido como para enredarme con una niña.

Miyuki se burló.

—¿Y qué? Para el amor no hay edad.

Aidan se apretó el puente de la nariz. Sí, y él estaba seguro de que esa era la frase favorita de los pederastas y la mayoría de los que cometían estupro. «Chica idiota». Ella no tenía ni una miserable idea.

—Por supuesto. —Suspiró cansado—. Pero la cosa es que en toda relación debe haber un equilibrio. Tengo veintiséis, soy abogado, tengo este apartamento, un auto y... todo lo demás. Puedo cubrir mis necesidades solo. Eso, generalmente, no puede hacerlo alguien de dieciséis o diecisiete, que seguro está terminando la escuela.

Miyuki encogió un hombro.

—¿Y qué?

—Ya lo dije: no hay equilibrio. Y, ¿honestamente?, no estoy interesado en tener una relación.

Miyuki ladeó la cabeza, confundida. Aidan creyó ver un brillo inusual en los ojos de Hannah; pero ella estaba tan renuente a mirarlo que no podía estar seguro.

—¿Y la señorita Samantha?

La sola mención de su nombre, le erizó la piel.

—Sexo —respondió—. Solo nos rascamos la picazón mutuamente, pero no somos exclusivos.

—Ya...

Aún sin verlo, Hannah se bajó de la mesa y se fue hacia su habitación. «Algo no va bien», y le preocupaba. Antes de que Miyuki la siguiera, Aidan la sujetó por el brazo.

—¿Qué debo saber?

Ella titubeó.

—Nada. Hanny está sensible porque son esos días..., de mujeres..., ya sabe...

No estando convencido, la soltó. Él era abogado, podía detectar una mentira a millones de kilómetros, en especial porque era un jodido experto en ellas. Mentía en una corte, frente a un juez, para vivir. Sí, eso pagaba su glamorosa vida. Pero no tenía tiempo para eso ni ganas. Ella no era su problema, después de todo.

¿A quién trataba de engañar? Le preocupaba el hecho de verla tan decaída.

Intentando distraerse, fue hacia la sala, se lanzó sobre el sofá y encendió la televisión. Vagó por los canales varios minutos. Ah, mierda, ¿no había nada decente a esa hora? Entre caricaturas para retrasados mentales, películas malas y series poco atractivas, él no sabía que era peor. Cuando sin querer terminó viendo a una cerdita deforme que hablaba como deficiente mental, estuvo seguro de que era eso. Sí, el infierno debía de estar lleno de ellas. Ridículamente aterradoras.

Insufribles.

No pudo sacar la imagen triste de Hannah de su cabeza. «Te estás ablandando y lo vas a lamentar». Lo sabía, ¿pero a estas alturas qué importaba? Otro poco de dolor, nuevas traiciones... Que vinieran, él era un jodido masoquista. Se puso de pie y caminó hacia su dormitorio. Llamó a la puerta antes de abrirla. Las dos estaban sentadas sobre el colchón. Miyuki, detrás de Hannah, se encontraba peinándole el cabello.

«No lo hagas. No-lo-hagas...». Demasiado tarde, su estupidez había ganado.

—¿Quieren ir por una pizza?

Los ojos de Miyuki se iluminaron. Hannah, no obstante, continuó cabizbaja. Demonios, ¿qué tenía la chica?

—¡Sí! —Miyuki se levantó como un resorte.

De no estar preocupado, habría sonreído.

—¿Hannah?

Qué curioso, era la primera vez que decía su nombre. Ella alzó el rostro y lo miró tan intensamente que se sintió... intimidado. «Nota mental: no embriagarme de nuevo». Estaba alucinando.

—Sí. —Su voz fue tan solo un murmullo—. ¿Podemos llevar a Leo también?

Aidan contuvo un gemido, a la vez que veía hacia el techo, fastidiado.

—Por su puesto. Pobre de mí si no invito a mi pequeño tumor.

Miyuki se echó a reír, solo en ese momento, Hannah sonrió. Aidan tuvo la certeza de que era un gesto fingido, aunque no tenía idea del porqué.

## CAPÍTULO 19

Sentada a la mesa, en la cafetería del hospital, Gemma se cruzó de brazos mientras negaba.

—No, Sam, olvídalo. No-me-interesa, ¿entiendes?

Samantha resopló, molesta.

—¿Por qué tienes que ser tan... testaruda? Es solo una cita, no te estoy pidiendo que folles con él. —Tamborileó los uñas contra la mesa—. Entiende...

—¡No!, tú entiende: no-me-interesa. *No* quiero.

Samantha gimoteó. Honestamente, ¿por qué se preocupaba? Gemma era su mejor amiga, pero a final de cuentas no podía obligarle. Si quería pasar el resto de su vida como una monja en un convento, era su problema.

Sin embargo, la quería demasiado como para permitirlo.

—Tienes veintitrés, nunca has tenido un novio, lo cual quiere decir que jamás te han dado un beso ni... qué decir de lo demás. A este paso te harás vieja, Gem, ¡y seguirás siendo virgen!

Gemma se encogió de hombros. Samantha no lo entendía, ¿qué era todo ese puritanismo? Como ella, su mejor amiga era alegre, el alma de la fiesta. La jodida rubia sexi con la que todos querían dormir. Diablos, solo había que verla: larga melena dorada llena de rizos elásticos, hermosos ojos celestes; poco más de un metro setenta, delgada, con caderas anchas y cintura estrecha. ¿Y qué decir de sus abultados, firmes y enormes pechos naturales? La envidia de cualquier mujer, incluso la suya. Y aun así, tan solo era... triste, aunque fingiera no serlo.

—Gem...

Ella volvió a negar, dándole un trago a su batido de pudín de fresas. El aroma del café recién colado, que estaba sirviéndole a una de las enfermeras de turno, inundó las fosas nasales de Samantha. Poco a poco, el lugar estaba

llenándose de personas, que reían alegremente. Doctores, los encargados de las camillas, vigilantes y enfermeras como ella.

Amaba su carrera y, para su fortuna, tanto Nicholas como Markus estaban contentos con ella, por ahora.

—De verdad te lo agradezco, pero no... —Exhaló pesadamente—. Quiero algo especial, ¿bueno? Único, mágico; no un rollo de una sola noche. No quiero que mi primera vez sea con un idiota que luego me olvide, ¿sabes?, quiero algo como lo de mamá y papá.

—¿Y qué? Solo será una cita, nada más.

Gemma rió por lo bajo, viéndola con burla.

—¿Con Julián, en serio? —Volvió a reír, con descaro—. ¿Sabes la fama que tiene? No quiero nada con él ni su polla alegre, gracias.

—Pero es lindo.

—¡Diablos, sí! Caliente, como un demonio sexi, lo sé. Está buenísimo. Pero no me interesa, Sam. —Le dio otro sorbo a su bebida—. Sé que no lo entiendes, tú estás enredada con Aidan y lo que sea que tangas con él te hace feliz; pero yo no quiero algo tan deprimente.

Sus palabras dolieron, como cuchillas que se enterraban en su corazón. Samantha respiró hondo, parpadeando para reprimir las lágrimas que le pincharon la parte de atrás de los ojos. ¿Por qué su mejor amiga, en lugar de apoyarla, solo criticaba su relación con Aidan? Echarle mierda encima, era lo único que sabía hacer.

Oh, bueno, ella no había tenido una vida tan perfecta como la de Gemma. Sus padres se divorciaron cuando era una niña y se vio forzada a madurar demasiado pronto. Su maldita y psicótica madre hizo de su existencia el más horrible de los infiernos y su padre... ¿Qué iba a saber Gemma sobre relaciones complicadas y la soledad? Sus padres aún estaban juntos, felices, y ella tuvo una infancia normal.

—Eso fue cruel —dijo—. No necesitabas...

La mirada de Gemma se oscureció. Dando un suspiro, ella alargó la mano y tomó la suya.

—Perdóname, Sami. Te amo, lo sabes, y no quise herirte. Pero por mucho

que trato, no entiendo qué haces al lado de Aidan, cuando él no te ama.

Con desesperación, Samantha negó. Sus ojos llenos de lágrimas rehuyeron de los de su mejor amiga. La verdad era cruel, para su desgracia.

—Me ama. —Su voz salió como un murmullo roto y amargo—. E-es solo que él...

—¿No se ha dado cuenta? ¿Él no lo sabe aún? Cariño, ¿no has notado que es lo mismo que decía Gideon cuando tu madre lo golpeaba? Sé que Aidan no te lastima físicamente. —Le tocó el pecho con ternura—. Pero aquí es donde realmente te hace daño.

Samantha apretó la mano de Gemma entre la suya.

—No es igual. Aidan y yo...

—Aunque me odies y dejes de hablarme, voy a ser brutalmente sincera contigo: ¡No-te-ama! No significas nada para él. Ese idiota italiano e incluso la chica que viven en su casa, son más cercanos a él que tú.

Lo sabía. Por Dios, se había dado cuenta hacía mucho tiempo, sin embargo, su propio amor la mantenía en un estado de negación constante. Siempre que consideraba la opción de abandonarlo, de renunciar a lo que tenían, su corazón se rehusaba impidiéndoselo.

—No lo entiendes, yo no quiero... no quiero...

—¿Envejecer sola y amargada, como tu madre? Por supuesto que lo hago. Yo tampoco quiero hacerlo, créeme, pero no por eso me voy a dejar follar por cualquiera. —Se mordió el labio inferior, antes de continuar—. Te mereces algo mejor, Sam. Aidan es bueno, no lo dudo, pero *no* para ti. Ustedes dos juntos son tóxicos, entiéndelo.

—Lo amo.

—Pero él, a ti, no.

«Lo sé». Y no lograba entender que dolía más: si aceptarlo o continuar aferrándose a una ilusión que creó para sí misma, con la finalidad de huir de su deprimente realidad. Estaba sola en el mundo. No tenía nada ni a nadie. Ni siquiera a su hijo. De forma inconsciente, se llevó la mano al abdomen y lo acarició. De haber nacido, Eirian tendría tres años y ella sería feliz. Y quizá, solo quizá, Aidan le amaría. Pero los hijos no mejoraban las relaciones rotas.

Ella era la prueba viviente de eso. ¿Para qué engañarse? Todo habría tomado el mismo penoso rumbo con el paso del tiempo.

—Tengo que volver al trabajo —dijo.

Gemma emitió un largo y cansado suspiro.

—Yo también. Hay un paciente nuevo que... ¡Diablos! Está terriblemente jodido.

—¿Qué tanto?

Ella silbó.

—Fue secuestrado y vendido a los rusos, quienes lo prostituyeron. Eso sin contar que sus padres fueron asesinados y el resto de su familia esté desaparecida.

Samantha contuvo un gemido de horror. ¿Qué mente enferma hacía ese tipo de aberraciones? «Las mismas que Infernum trata de eliminar. Las que Aidan combate cada jodido día». ¿Qué le impresionaba? El mundo se hundía cada vez más en las sombras, solo era cuestión de tiempo para que se desatara una nueva guerra.

Y nadie podría librar a los inocentes, ni siquiera Infernum.

—Pobre chico, ¿cuántos años tiene?

—Está por cumplir diecisiete. Fue rescatado por la policía, en un operativo, hace ocho semanas y desde entonces el psiquiatra Zhuāng y yo tratamos con él. Tenemos un largo, largo camino. Está muy herido y no confía en nadie.

Samantha se puso de pie, se le estaba haciendo tarde.

—Mierda, ¡es tan injusto!... —Se recogió el cabello—. Haz tu mejor trabajo con él, Gem. Pobre chico. —Miró su reloj—. ¡Oh!, voy tarde. ¿Nos vemos esta noche? Y me cuentas un poco más sobre él, ¿vale?

—A las siete, en mi casa. —Gemma también se levantó—. Haré palomitas de pizza.

—Hecho. —La besó en la mejilla—. Cuídate.

Se echó a correr sin siquiera mirar atrás. Diablos, la doctora residente iba a gritarle por su retraso.

Gemma la miró un largo rato, hasta que Samantha hubo desaparecido. Buscó su teléfono y marcó el número del doctor Zhuāng, quien atendió luego del tercer tono.

—Llegaré un poco tarde —dijo—. Sí, perdóneme. Voy en camino.

Suspirando, colgó. Samantha no era la única con problemas difíciles, por mucho que lo creyera. Pero, después de todo, ella era la especialista. «¿Qué haré contigo, Sami?». Cualquiera en su lugar habría huido, dejándola sola con sus traumas de la niñez, al igual que su padre. Eran mejores amigas, tenía que ayudarla de algún modo. Quería hacerlo. La dificultad más grande era la propia Samantha, que se negaba a ver lo espantosa de su realidad.

«Por supuesto. ¿Y qué hay de ti?». Nada. Vaya dilema. Era una mujer joven y hermosa, que le temía al fracaso amoroso. Igual o peor que Samantha. «¿A quién engaño?». A sí misma, evidentemente. La psicóloga graduada con honores, Gemma Carys Russell, también estaba viviendo una mentira.

Se frotó la frente mientras se encaminaba hacia la salida, para llamar a un taxi.

Tan pronto como llegó a la Institución Psiquiátrica Primavera, Gemma se colocó su habitual bata blanca al igual que el gafete que la identificaba. Caminando por el largo pasillo, ella se preguntó por qué en las películas y series televisivas se empeñaban en hacer lucir los sanatorios como cárceles sombrías, en las que los pacientes vagaban con camisas de fuerzas, desabridos y dando tumbos. Oh, ¿y cómo olvidar las conversaciones sin sentido? Esas eran sus favoritas: todos, sin excepción, deliraban. Sinceramente, ¿los productores se habían tomado la molestia de visitar un psiquiátrico antes de escribir sus guiones cutres? Bien, ella sabía de casos aterradores, pero no era un cliché.

Los psicólogos y psiquiatras, al igual que el personal que trabajaba con ellos, eran profesionales. Tenían sentido común y deseos de ayudar a esos que estaban atrapados en sus mentes. Como aquel hermoso jovencito que le fue asignado.

—Doctora Russell, buenas tardes, ¿cómo está? —Saludó una enfermera.

Gemma encogió un hombro, mientras suspiraba.

—Buenas tardes, Carla —respondió—. Oh, ya sabes, lo de siempre:

trabajo, casa, trabajo, casa, trabajo...

La mujer latina, alta y esbelta, rió.

—¿Y los chicos?

Gemma soltó un gemido de la más pura frustración.

—Hacen fila para entrar a mi cama, como siempre.

Carla carcajeó llevándose las manos al estómago.

—¡*Carajo!*, tiene tanta suerte!

—Sí, mucha. —Se burló—. ¿El doctor Zhuāng está muy enojado?

Carla asintió.

—Si pudiera escupiría fuego, pero se ha calmado cuando lo llamó su esposa. —Resopló—. El chico le ha estado dando problemas. Incluso lo pateó en la ingle y casi le arranca un dedo cuando trató de tocarlo. Ay, doctora, ¿de verdad cree que pueda mejorar?

«No lo sé». Daría lo mejor de sí misma, para ayudarlo. Pero sabía que las personas tan dañadas a veces no se recuperaban. Elegían no volver del mundo que habían creado para ellos mismos dentro de sus cabezas. Era menos doloroso.

—Sí —mintió. Tenía fe—. Yo voy a encargarme de ello. —Miró su reloj de pulsera—. Hablamos luego, Carla, saludos a tus niños.

Lanzó un beso al aire mientras le guiñaba el ojo y continuó hacia la habitación donde estaba el chico nuevo. Abrió la puerta despacio. Él levantó la cabeza al instante y clavó sus grandes e intensos ojos cafés claros en ella como un depredador hambriento que acaba de encontrar su deliciosa y desamparada presa. Eso la hizo sentir nerviosa, vulnerable. Con todo, y tragando en seco, Gemma se atrevió a entrar.

Ian Daniel Sullivan. Prostituto, no por elección, adicto a las drogas. Huérfano. Herido. Roto. Indefenso. Solo.

Avanzó hasta la silla, donde tomó asiento y lo miró con una sonrisa sincera.

—Hola, Ian, ¿cómo has estado? Me dijeron que... golpeaste al doctor Zhuāng, ¿quieres decirme por qué?

Él arqueó una ceja. Era increíblemente hermoso, tanto como una mujer. De hecho, ella habría podido confundirle con una de no ser por su voz y el corte definido de su mandíbula. Y sin embargo, él continuaba siendo... atractivo de un modo que desafiaba su lógica. Aún más con esa larga y suave melena castaña-achocolatada, que se enroscaba en las puntas. Habían querido cortársela, pero Ian no dejaba que nadie fuera de ella le pusiera las manos encima y, con todo, no le permitía que se deshiciera de ella. Así que, por ahora, lo estaban dejando en paz con eso.

—El bastardo me tocó.

Por supuesto, pero Gemma dudaba que lo hubiera hecho de un modo poco profesional.

—¿Dónde te tocó?

Ian encogió un hombro.

—La mano. —Bufó—. Odio que los hombres me toquen, son repulsivos, lo sabes.

—Sí, pero tú eres hombre.

Ian rió entre dientes, burlándose.

—Yo, puedo tocarme. Es puto mi cuerpo, puedo masturbarme y joderme por el culo si quiero. Los demás...

Gemma asintió, tomando nota.

—Vale, ¿y por qué yo puedo tocarte también?

—Porque no vas a lanzarme de rodillas y a follarme por la espalda. A menos que tengas una polla escondida en algún lugar, no hay modo. —Entrecerró los ojos un momento—. Bueno, puedes montarme como en el rodeo, ¡yee-haw!, pero eso no es taaan malo. De hecho, me gustaría, ¿quieres?

«Directo, crudo. Aterrador». Y con todo, estaba sufriendo. Escondiéndose detrás de esa máscara de indiferencia que lo hacía parecer más viejo de lo que era. Tenía dieciséis, pero con la madurez de un hombre de treinta.

—Sabes que puedo ver a través de ti, ¿verdad? No me asustas, he lidiado con personas horribles. Tú solo eres un chico dulce, que...

La carcajada de Ian le heló la sangre. Él no se había movido, pero su

mirada llena de odio era temible.

—Y tú, ¿qué sabes? —El veneno en su voz no pasó desapercibido—. He estado en el infierno y sido jodido por cada uno de sus demonios. Si crees que has lidiado con la mierda, estás mucho peor que yo.

Gemma abrió los ojos desmesuradamente por la crudeza de sus palabras. Él nunca dejaba de sorprenderla.

—¿Quieres hablar sobre eso?

Ian negó. Apoyándose sobre sus manos, él se puso de pie para acercarse a ella. Cuando estuvieron frente a frente, la sujetó por el mentón.

—¿Y si mejor te quitas la ropa y me abres las piernas, *eh*? Quiero follar ese coñito tuyo, lento y suave. Lo prometo, seré gentil.

Su mirada llena de rencor la traspasó. De no haber sido una profesional entrenada habría salido corriendo. En su lugar, se mantuvo firme.

—Suéltame.

—¿Me temes?

Gemma negó.

—No vas a lastimarme.

—¿Cómo estás tan segura? Aquí no hay cámaras, yo podría someterte y violarte en minutos. Cuando el estúpido guardia venga, ya habré terminado.

Con una sonrisa, alargó la mano y tomó la de él para que la soltara.

—Pero no lo harás

—Insisto: ¿por qué tan segura?

—Porque estuviste en el infierno y no quieres que nadie lo conozca como tú.

Ian desvió la mirada. Una lágrima solitaria se deslizó desde el lateral de su ojo izquierdo. Limpiándola, él volvió a sentarse.

Gemma respiró hondo antes de hablar otra vez:

—Entonces, ¿quieres contarme sobre eso?

Él gimió, rompiéndose en mil pedazos.

—Sí, sí quiero...

Samantha no sabía cómo fue que terminaron viendo una película tan melodramática como *Diario de una Pasión*, pero ¿qué importancia tenía? Algo le estaba diciendo que Gemma lo hizo adrede para torturarla. «Oh, sí, cariño, mira cómo es el amor verdadero. Tú no tienes una mierda», se burló en su interior, metiendo la mano dentro del recipiente de cristal que tenía las palomitas de maíz con sabor a pizza. Santa mierda, su mejor amiga era buena en todo. Cocinaba como los dioses.

Ambas se encontraban sentadas en la mullida alfombra celeste que cubría el piso de la sala, frente al televisor. En pijamas y despeinadas, luciendo como dos pordioseras.

Había una pareja en un bote. Samantha gimió de pena por sí misma. ¿Por qué Aidan no era tan perfecto como el hombre de la película? Bueno, él era atractivo. Sensual como un dios griego y tan frío como el Polo Norte, además de cruel. Le hacía honor a su apodo.

Gemma se desperezó.

—Podemos ver otra cosa —dijo.

Samantha negó.

—¿Qué, y quedarme con la intriga? Tú iniciaste esto, Gem, ahora hazte cargo.

Gemma carcajeó.

—Dramática.

—*Síp*, esa soy yo: la reina del drama. —Se llevó un puñado de palomitas a la boca—. Y dime, ¿qué tal estuvo tu día?

Gemma hizo un sonidito parecido a un «*Hmp*» mientras se encogía de hombros.

—Agotador, pero productivo. Mi paciente, después de tanto, ha decidido abrirse conmigo. —Gimió—. Las cosas que le hicieron... ¡Dios! Malditos

bastardos, ¿cómo puede haber gente como esa, Sam?

Ella no tenía idea, pero su organización estaba haciendo lo imposible para exterminarlos a todos.

—No lo sé. Son unos enfermos, supongo.

Gemma negó con la cabeza, varias veces.

—Desearía poder justificarlos, pero no puedo. Si supieras... ¡Pobre chico! Ver cómo asesinaron a sus padres y quemaron su hogar y luego... ser separado de su gemela y su hermanita, y vendido como...

—¿Qué dijiste? —Samantha levantó la voz sin quererlo—. ¿Asesinaron a sus padres y quemaron su casa, quiénes?

—Él mencionó a un tal... Lobo. Mauricio Navarro.

«Ay, mierda». No podía ser verdad. ¿El paciente de Gemma era el gemelo desaparecido de Hannah? Demasiado bueno para ser cierto.

—¿Cómo dices que se llama el chico?

—Ian —respondió con simpleza—. Ian Sullivan.

Pero lo era. Tragando con dificultad su propia saliva, Samantha se preparó para hacer una pregunta cuya respuesta conocía:

—¿Tienes alguna foto?

Asintiendo, Gemma fue hacia su habitación y regresó con una carpeta en las manos, la cual le entregó. Samantha respiró hondo antes de mirar. Demonios. Era Hannah, en su mejor versión masculina: grandes ojos cafés claros, cabello castaño, piel dorada... «¡Oh, por Dios!». Era él.

Con el corazón en la boca, se enfrentó a su mejor amiga.

—Es el gemelo de Hannah.

Gemma le frunció el ceño.

—¿Qué? ¡No! Espera..., ¿lo es?

Samantha señaló la fotografía.

—Míralo, son iguales.

Gemma se llevó ambas manos a la boca, sorprendida por completo.

—¡Oh-por-Dios! Me parecía familiar, pero no... Cielos, es el gemelo de la chica. *Wow*, esto es...

Samantha tomó su teléfono y marcó el número de Aidan. Él atendió después de su quinto intento.

—El número al que usted ha llamado, no se encuentra disponible. —Se burló—. Por favor, inténtelo más tarde.

—No es gracioso. —Hizo una pausa, insegura de continuar—. ¿Qué sabes del gemelo de Hannah?

Del otro lado de la línea, él resopló.

—Nada. Lo tenían los ucranianos, pero lo vendieron y ¡*puff!* Se lo tragó la tierra.

Viendo a Gemma de reojo, ella carraspeó. Honestamente, ¿por qué se preocupaba? Hannah no era su familia y, si se sinceraba, le estaba robando la atención de Aidan. Dudó por un momento. Sin embargo, al recordar su historia entendió que no podía ser egoísta. La chica ya había sufrido demasiado. Y qué decir de su gemelo.

—No... no es así —murmuró. Y luego más alto—: Es paciente de Gem, en el Institución Psiquiátrica Primavera. No sé los detalles, pero al parecer la policía lo rescató de la *Bratva* y...

—¿Estás en casa de Gemma?

—Sí, pero...

—Voy para allá —respondió con un tono que no admitía réplicas—. Espérame.

## CAPÍTULO 20

Mientras conducía camino a la Institución Psiquiátrica Primavera, Aidan respiró profundo viendo por el rabillo del ojo a Hannah, quien estaba mordiéndose las uñas. Notablemente nerviosa y con la nariz enrojecida por haber estado llorando durante extensos treinta minutos, ella comenzaba a preocuparle. Oh, bueno, él no tenía un motivo preciso y aun así no podía evitarlo. Le importaba, más de lo que le hubiera gustado admitir. Pero ¿quién iba a culparlo? El tiempo que llevaba en su departamento, siendo su única compañía... Tuvo que detenerse, al percatarse del preocupante rumbo que tomaban sus pensamientos. «¿Qué mierda pasa contigo?». No podía ser sentimental, nunca. Hannah no era su familia, nadie importante, y él sabía que abrirle lo que le quedaba de corazón podía ser un arma de doble filo.

Estaba solo e iba a estarlo hasta el día de su muerte.

Se lamió los labios. Hannah, que había estado viendo por la ventanilla, se giró hacia él. Sus ojos eran demasiado grandes y ovalados, como los de un elfo; aunque de cierto modo le gustaban porque eran tranquilos y curiosos.

—¿Nerviosa?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Está seguro de que es mi hermano? —Su voz fue un murmullo doloroso—. ¿Es Ian? ¿Y Megan está con él?

Negando, Aidan suspiró. No estaba en sus manos decírselo, sin embargo, el recuerdo picó en lo más profundo de su alma. ¿Por qué matar a una niña de tan solo nueve años, qué placer enfermizo había en eso? Él entendía la sensación satisfactoria que producía el asesinato, siempre que la persona lo mereciera. Criminales: violadores, traficantes, homicidas... Nunca un inocente. Jamás un niño. Y aun así, esos malditos hijos de perra lo habían hecho. Acabaron con la vida, que recién empezaba, de una niña buena y dulce que merecía algo mejor.

Justo como sucedió con Glaw.

«Céntrate», se ordenó a sí mismo. Los sentimientos y su propio pasado no debían interferir.

—Hannah. —Se sentía extraño llamarla por su nombre—. Es tu hermano, pero no sé nada sobre Megan.

Ella desvió la mirada, mordiéndose la comisura del labio.

—Entiendo.

No, no lo hacía, lo cual era triste. ¿Por qué eso le hacía sentir como una completa mierda? Oh, bueno, quizá porque no estaba siendo sincero con la segunda persona en todo el mundo que confiaba en él tanto como para llamarlo su «amigo». Tanto como para seguirlo sin siquiera preguntar a dónde iban.

Lo dicho: era una chica tonta.

—Y... ¿cómo lo encontró?

—Estuve buscándolo este último año, no fui yo quien lo hizo sino la policía. Ahora se encuentra... internado.

—¿Pero por qué? Ian no...

Aidan detuvo el auto frente a la institución, que desde su perspectiva se parecía más a un campamento de verano. Tenía sentido, cada persona internada en ese lugar merecía algo mejor a lo que seguramente vivieron. Sobre todo el hermano de Hannah. En ese instante pensó que de no haber sido por él y su grupo, la chica habría terminado encerrada también. Aunque no significaba que ella no necesitase más ayuda, quizá Gemma podría echarle una mano.

—Llegamos —dijo, con un tono neutral que no filtraba emociones.

Hannah inhaló cuanto aire le fue posible y salió del vehículo. Los nervios hicieron que se enredara con sus propios pies; antes de que cayera Aidan la sujetó contra sí mismo. Con una sonrisa, ella le agradeció. Entonces, ambos continuaron en silencio, uno al lado del otro.

El corazón le palpitaba frenético, Hannah se obligó a sí misma a calmarse. No podía permitir que sus emociones la cegaran, tenía que permanecer fuerte por y para su gemelo, que debió de haberlo pasado peor que ella. Claro que Aidan había estado siendo hermético en cuanto al tema, cada pregunta que le hizo la evadió con descaro. Pero ahora Hannah podía imaginar lo que estaba

sucediendo: Ian había sido herido mucho más que ella, por un tiempo mayor, y seguramente no contaba con nadie que le ayudase a superarlo. Él no tenía a su propio Aidan, que lo cuidase y le mostrara cómo empezar de nuevo.

Eso le dolió en el alma.

«Hermano, perdóname». ¿Qué clase de persona era ella, que ni siquiera fue capaz de ayudarlo? Si la policía no lo hubiera salvado, él continuaría en manos de quien fuera que lo tuviese. A su merced. Solo, desprotegido. Imaginarlo le sacó varias lágrimas, que limpió de forma disimulada.

Y luego se encontraba Megan: desaparecida.

«Lo lamento... Lo lamento mucho». Sin embargo, arrepentirse no solucionaría nada en absoluto.

Tan pronto como cruzaron las puertas, Gemma los recibió con una sonrisa. Ella, a lo largo de esos dos años estuvo mirándola con desprecio, tal como lo hacía Samantha. Y ahora, no obstante..., Hannah creyó ver simpatía en sus ojos celestes. ¿Por qué? No necesitaba la lástima de nadie, aunque fuera lo único que provocara en las personas. «Soy tan patética». Y la peor de las hermanas, sin dudas.

—Antes de continuar... —Gemma titubeó, con la mirada puesta en ella—. Hannah, debes saber que el Ian que conoces no es el mismo que espera en la Sala de Visitas.

—¿Qué? ¿Por qué?

No tenía sentido. A pesar de haber cambiado un poco, ella seguía siendo la misma inepta soñadora, que creía en la bondad humana. Y sí, a veces podía desconfiar un poco y ser cautelosa, paranoica; pero en su interior era la misma Hannah que Ian conoció.

Con un suspiro largo, Gemma la sujetó de la mano.

—Lo que sufrió ha dejado una herida muy grande en él. Mira, no me compete decírtelo, él debe hacerlo, pero Ian fue...

La voz de Gemma disminuyó. Había sido, ¿qué? No entendía nada. Con los ojos cristalizados por las lágrimas, ella miró a Aidan. Él se mantuvo firme y respondió por Gemma:

—Mauricio lo vendió para ser prostituido. Pasó de un burdel a otro, de un

chulo a otro, sin descanso. Ucranianos, rusos, japoneses... —Le apretó el hombro para confortarla—. Tú solo fuiste la esclava de Mauricio, su saco de boxeo y cenicero. Te hizo cosas horribles, pero nunca te violó. Ahora, quiero que imagines por un momento lo que significa para un hombre ser violado.

Horrorizada, Hannah tragó con dificultad. Su pobre hermano... Oh, Dios. Todo era su culpa. De haber insistido, de haber luchado contra Mauricio, tal vez habría conseguido que Ian no fuera vendido. Pero sabía que nada de lo que hiciera en aquél momento habría funcionado.

—M-mi hermano... —Contuvo un sollozo, antes de continuar—. ¿Le hicieron *eso* a él?

Gemma confirmó con la cabeza, soltándole las manos.

—Y no sé qué más. Aún no es completamente abierto ni sincero, aunque el doctor Zhuāng y yo estamos haciendo avances. Sin embargo, también debes saber que Ian es adicto, motivo por el cual no puede abandonar la institución, ¿lo entiendes?

No, en absoluto.

—¿No iré con nosotros? —Se volvió hacia Aidan—. ¿Puede hacer algo? Por favor...

Él se apretó el puente de la nariz.

—Puedo, pero no es conveniente. Niña, tu hermano necesita ayuda, aquí se la están dando.

—Pero...

Gemma volvió a sonreírle, con dulzura.

—Puedes venir a verlo. Hannah, si sale tu hermano hará cualquier cosa para poder drogarse. Lo que sea. Incluso podría morir.

Desesperada, negó. No lo deseaba. Si lo mejor para su gemelo era estar internado, como un asesino en serie, ella no se opondría.

—¿De verdad podré verlo, cuando quiera?

Gemma titubeó.

—Quizá no cuando quieras, pero haré lo posible para que tus visitas sean frecuentes.

—Leo puede traerte cuando yo esté ocupado. —Aidan apretó los labios, un momento—. Hannah, sé que no es lo que quisieras, pero piensa en esto: al menos tú tienes a tu hermano, vivo, y sabes que estará bien. Otros... no tenemos esa opción.

Apretando las manos como puños, Hannah confirmó con un movimiento de cabeza. Había entendido el mensaje de Aidan: ella tenía parte de su familia; él en cambio estaba solo. Completa e irremediabilmente solo.

—De acuerdo —respondió, decidida.

Gemma respiró, aliviada.

—Me alegra. Vamos.

Continuaron por el largo pasillo, siguiendo a Gemma de cerca. Hannah se preguntó qué podría hacer. ¿Cómo ayudaba a su hermano, que había sufrido lo inimaginable y aparte era drogadicto? Ella no tenía las herramientas necesarias. Por favor, si apenas estaba superando su temor a los perros. Miró a Gemma y decidió confiar en ella. Quizá la mejor amiga de Samantha no le tuviera mucha caridad, pero era una profesional. Su gemelo estaría en buenas manos.

Las mejores.

Gemma paró frente a una puerta de metal, que tenía una pequeña ventanilla. Antes de abrirla, giró la cara ligeramente y le guiñó un ojo. Oh, bueno, eso era un poco extraño. ¿Por qué alguien que parecía detestarla sin motivos actuaba como si ahora le importase un poco? «Lástima», se recordó a sí misma. La más pura, simple y cruel compasión.

Justo como con Aidan.

Despacio, Gemma abrió la puerta. Hannah se paralizó al ver a su gemelo sentado en una silla, abatido. Estaba más delgado de lo normal y la cabellera le llegaba hasta los pectorales. Ian siempre la llevó larga, pero esto era... Él levantó la cabeza, cuando sus ojos se encontraron Hannah no pudo hallar en ellos al chico dulce y juguetón que conocía. Gélidos, atormentados, como los de Aidan. Él no se movió. El tiempo transcurrió tan lento que pareció detenerse.

—¿Dan? —preguntó, temerosa de que la respuesta fuera negativa.

Él tragó duro y se puso de pie. Con las manos temblorosas, Ian caminó un par de pasos y se detuvo receloso.

—¿Han, eres tú?

Ella asintió, lo único que recibió fue un ceño fruncido que iba dirigido a Gemma.

—¡Maldita, bruja! ¿Qué mierda me diste? Esa no es... Ella no es... ¡No es mi Han!

«Hermano». ¿Cómo no podía reconocerla? Eran idénticos. Mitades iguales, separadas por un destino inhumano. Sin temores ni dudas, Hannah se atrevió a ir hacia él. Cada paso que daba, Ian lo retrocedía. Pero ya no hubo lugar a dónde huir, cuando lo acorraló contra la pared. Alargó la mano y lo sujetó por la muñeca, él no se resistió. Cuando unió su palma a la de él, Ian se lanzó sobre su cuerpo y la rodeó entre sus brazos, con tanta fuerza que le costaba respirar.

Las cálidas lágrimas le humedecieron el cuello, donde él escondió el rostro y lloró. Abrazándolo, Hannah permitió que su propio dolor fuera liberado.

—Lamento haber tardado tanto, Dan —murmuró—. Perdóname.

Él la besó en la mejilla, antes de verla a la cara. Sus grandes ojos cafés claros ahora tenían un poco de vida.

—No importa. Estás aquí.

Acariciándole la frente, Hannah asintió. Detrás de ella, Aidan carraspeó mientras que Gemma se les acercaba. El rostro de Ian volvió a endurecerse. Con una mirada furiosa, su hermano la empujó detrás de su cuerpo para enfrentarse a Aidan.

—Y tú, ¿quién mierda eres? —Desvió su atención hacia Gemma—. Gem, ¿qué hace este hombre con mi hermana?

Ella le obsequió una sonrisa cálida.

—Tranquilo. Verás: él la ha estado cuidando desde hace dos años.

Ian enarcó una ceja.

—¿Cuidando, cómo? ¿Del tipo «soy tu chulo, perra»? Si le puso un dedo

encima, juro que voy a matarlo.

Aidan sonrió ante la amenaza. ¿Y quién lo diría? El gemelo de su bien portado y siempre amable dolor de cabeza era violento.

—Dan, el señor no es así.

Ian rió por lo bajo, burlándose. Aidan se vio forzado a contener su propio dolor. «Dan». Era así como solía llamarlo su hermano mayor, una abreviatura de su nombre. Fingiendo indiferencia, le devolvió la mirada insolente al chico.

—Guarda esa furia para cuando la necesites, niño —respondió—. Si hubiera querido aprovecharme de ella, ya no sería virgen.

Ian le frunció el ceño. Gemma gimoteó.

—¡Aidan, no estás ayudando!

Él se encogió de hombros. Y una mierda. Le molestaba ser acusado de cosas que no era o hacía. Sí, se acostaba con todo lo que tuviera una vagina; pero joder, ¿una adolescente? Ni aunque de eso dependiera su existencia. ¿Qué sentido tenía asesinar criminales, si iba a convertirse en uno? Bueno, infierno, en New Jericho la edad de consentimiento sexual eran los diecisiete años; aun así a él le importaba una mierda. Hannah era demasiado joven. Demasiado pura.

Exhaló pesadamente.

—Chico, me importa una mierda lo que pienses; pero no soy de los que suele aprovecharse de las niñas indefensas. —Lo barrió con la mirada—. Solo se queda conmigo, como una invitada.

Ian se giró hacia Hannah, dudoso.

—¿Eso es cierto? —le preguntó. Ella asintió con la cabeza—. ¿No te ha hecho daño, segura?

—Segura.

Aidan se cruzó de brazos.

—¿Ves? Soy bueno y ella demasiado joven, para mi gusto. —Frunció los labios, un momento—. Quizá en unos años. —Le guiñó un ojo.

Ian gritó furioso, yendo sobre él para golpearlo. Aidan lo bloqueó y lo mantuvo de espaldas contra su cuerpo. Ian trató de luchar, pero le sostuvo con

fuerza.

—Mira —susurró—. Sé que odias al mundo, igual que yo, pero en lugar de comportarte como un total imbécil, disfruta la compañía de tu hermana..., ya que tienes la oportunidad. No voy a hacerle daño, no me interesa de esa forma y no la he tocado. Así que relájate, no todos somos una mierda. —Rió entre dientes—. Bueno, yo quizá un poquito; pero no con Hannah.

Luego de dejarlo ir, Aidan le tendió la mano.

—Aidan McLaughlin, un placer.

Desconfiado, el chico la tomó.

—Ian Sullivan.

Gemma resopló palmeándose la frente.

—Aidan, ¿puedes dejar de causar problemas, por favor? Odiaría tener que llamar a seguridad y arruinar la visita de Hannah, ¿eso quieres?

Haciendo rodar los ojos, él negó.

—Deja de pasar tanto tiempo con Sam, te contagia lo dramática.

Gemma gimoteó.

—Vámonos, ¿sí? ¡Dios! Juro que... —Se giró hacia Hannah e Ian—. Los dejaremos solos, para que hablen.

Sin agregar otra palabra, los dos se fueron discutiendo como un mal matrimonio a punto de desmoronarse. Aterrador.

Ian concentró toda su atención en Hannah, después de que cerraron la puerta. Afuera estarían uno o dos guardias, esperando a que tuviera otro ataque psicótico para encerrarlo. Lo usual. Pero se contendría, por su hermana, a la que podía ver de nuevo. Si tan solo Megan hubiera tenido la misma suerte.

Se giró y caminó hacia la silla, donde tomó asiento. Hannah hizo lo mismo junto a él y le tomó la mano. Odiaba el contacto físico, sentir el calor de la piel ajena sobre la suya. No obstante, esto era... Tuvo que forzarse a sí mismo a no llorar de nuevo. Había soñado con ese día tantas veces que ahora no podía creérselo. ¿Se encontraría drogado, otra vez, en la habitación de un prostíbulo? Era la única respuesta que su cerebro le daba, pero cuando su gemela le sonrió como antes, cuando eran niños inocentes, él entendió que

todo era real.

Nunca más un sueño.

—Estás muy bonita —dijo—. Y más alta.

Ella asintió, con esa ingenuidad que él amaba. «Te extrañé tanto, Han». Cada día, todas las noches. Al fin estaba completo, y aun así seguía doliéndole porque Megan nunca regresaría.

—Igual tú. —Ella le retiró el cabello de la frente—. Eres tan guapo y ¡alto! ¿Cuánto creciste?

Él encogió un hombro.

—Oh, no lo se... ¿Diez centímetros? No tengo ni idea. —Carraspeó antes de hacer la pregunta que lo corroía por dentro—. ¿Lo que dijo es verdad? ¿No te ha hecho daño, no te pide favores... sexuales?

Aidan podía decir lo que quisiera, no confiaría nunca en un hombre que tuviera su misma mirada: fría, distante, llena de odio. Pudo reconocerse a sí mismo en él. Estaba igual o más jodido, alguien así no era de fiar y menos con una chica tan dulce y hermosa como lo era Hannah.

Ella no vaciló.

—Es verdad, él... —Bajó el tono, como cuando eran niños y estaba a punto de hacer una travesura—. Es un secreto, así que no debes decirlo a nadie. Promételo.

Ian vio hacia arriba, fastidiado. Quería sonreír, ya no sabía cómo.

—Lo prometo, Han.

—Él y sus amigos me salvaron del Lobo. El señor... lo mató. Pero se supone que no debo decirle a nadie.

—¿Y por qué me lo cuentas?

La sonrisa amable que le dio desató la amargura en su alma.

—Porque tú no eres nadie. Eres mi hermano.

Esas palabras... Había creído durante tanto tiempo que no tenía valor, familia, que era nadie... Y ahora, ella llegaba a recordarle su verdadera identidad, ¿no podía verlo? Estaba tan roto.

Se tragó el gemido que le subía por la garganta.

—Ya... Entonces, no es malo contigo ni te pide nada, ¿cierto?

—Cierto.

—Me alegra.

Hannah miró hacia el lado contrario un momento. Se mordió la comisura del labio mientras botaba el aire por la nariz y volvió a enfrentarlo. No necesitó hablar para que Ian supiera lo que deseaba preguntarle. Aun así, ella lo hizo:

—¿Sabes algo sobre... sobre Meg?

Asintiendo, Ian no fue capaz de contener el llanto. «Mi pobre Meg». No quería hacerlo, pero Hannah merecía saber la verdad.

—Murió..., un mes después de que Mauricio nos vendiera. No... no soportó su primer trabajo, con un gordo bastardo de mierda que la...

No pudo terminar. Hannah estaba encogida abrazándose, llorando desconsolada y a gritos. No se atrevió a tocarla. «Perdóname, por favor». Era su culpa. Si hubiera estado ahí, de haber trabajado más duro, Megan no habría tenido que iniciarse hasta los doce. Y quizá no habría muerto. Sin embargo, esa tarde él estaba realmente herido y cansado de tener que acostarse con mujeres y hombres que ni siquiera reparaban en su edad. Que lo usaban como un juguete. Fuera de eso, lo habían drogado como cada vez que se rehusaba a trabajar por un plato de comida que apenas calmaba su hambre.

«¡Oh, mira! Pero qué hermoso eres».

«¿Te gusta, perra, sentirme dentro de ti? Sé amable y puede que te deje propina».

«Oh, sí... Eres tan bueno. Así, cariño, complace a mamá».

Las imágenes, una tras otra, volvieron a su cabeza. Ian se cubrió los oídos, creyendo que las voces se irían. No lo hicieron.

Nunca lo abandonaban.

—Han... —Su voz salió ronca, llena de amargura—. Perdóname, yo... yo traté de mantenerla a salvo, pero no pude. Ellos... Yo...

Hannah levantó la cara y lo miró en silencio, tratando de calmarse.

Mientras negaba con la cabeza, extendió la mano y lo acarició en la mejilla. Lento, suave, para reconfortarlo.

—Lo sé. No fue tu culpa, Dan. Estoy segura...

—Me esforcé. —Gimió—. Trabajé duro, todos los días, para que ella no... Pe-pero estaba cansado y tenía golpes, no podía moverme... Entonces la señora se la llevó y dijo: «No te preocupes, cariño, solo iré a limpiar». ¡Pero no fue a limpiar! Se la vendieron a un italiano, obeso y asqueroso, que... — Sus ojos atormentados la hirieron—. Meg no resistió, era muy pequeña y... Lo lamento.

Rodeando la mesa, Hannah fue hacia él y lo sostuvo entre sus brazos. Jamás lo había visto llorar con tanta desesperación. ¿Cómo era posible que los seres humanos hicieran una crueldad como esa? No tenía importancia. Ahora comprendía más que nunca el dolor de Aidan y el porqué de su lealtad a una organización que trataba de hacer del mundo un lugar seguro para personas como ellos. Infernum era la justicia que la misma justicia les negaba a los inocentes.

Y Aidan seguro se encargaría de vengar a la pobre Megan.

—No fue tu culpa —repitió—. No fue tu culpa.

Él se alejó unos centímetros, dudoso.

—¿No lo fue?

—No, Dan, no lo fue.

Respirando aliviado, él volvió a abrazarla. Y mientras su hermano terminaba de desahogar todo su sufrimiento, Hannah deseó más que nunca ser fuerte.

## CAPÍTULO 21

Nicholas O'Connell ingresó a la oficina de su hermano, sin siquiera anunciarse. Lo encontró sentado en su elegante sillón de cuero rojo, en una posición... nada elegante: con los pantalones hasta las rodillas, él se hallaba siendo atendido por una pelirroja que le recordaba a alguien que alguna vez fue doloroso, para Markus al menos.

—Largo —dijo con su voz plana, señalando la puerta detrás de él—. ¡Ya, fuera!

Haciendo rodar los ojos, Markus gruñó lagunas maldiciones. Acarició la lacia cabellera de la mujer antes de que ella se levantara limpiándose los labios y saliera caminando como una zorra barata. Él se subió los pantalones.

—Ya deja de buscar putas pelirrojas que se parezcan a Kate.

Markus bufó, encogiéndose de hombros.

—No puedo, sabes que Kate era todo mi mundo.

—Pero tú *no* eras el suyo. Kate eligió a Joe y después se murió en un accidente. Supéralo.

Markus se cruzó de brazos.

—¿Y solo viniste para hacer mi día insoportable?

Nicholas negó lento, con la mirada gacha.

—¿En realidad? Necesito a mi hermano mayor.

Exhalando, Markus se levantó y fue hacia él, lo rodeó con sus brazos y permitió que reposara la cabeza sobre su hombro.

—¿Es sobre la pequeña Cy? —Como Nicholas asintió en silencio, él volvió a hablarle—: Te diría que lo superarás, pero sé que no es posible. Aunque Kate eligiera Joe, yo no dejé de amarla; por lo que puedo al menos imaginar cómo te sientes.

El gemido ahogado de Nicholas llenó la oficina. Sin decir una palabra,

Markus lo arrastró consigo hacia el sofá que estaba delante de la pared izquierda y lo sentó. Luego se dirigió hacia el mini bar y preparó dos vasos completos de brandy sin hielo. Le entregó uno a su hermano menor antes de sentarse junto a él. Nicholas le dio un trago mientras cerraba los ojos.

—No lo entiendo, creí que era leal a Infernum, a sus ideales —dijo en voz baja—. Se supone que Oliver hizo un buen trabajo con ella. Yo mismo la entrené, ¡maldición! ¿Qué hice mal?

Markus le apretó el hombro.

—Nada. Estar rodeada de tanta mierda la pervirtió.

Nicholas negó sin verlo a la cara.

—No..., es más que eso.

—Entonces, ¿realmente crees toda esa mierda de que no era ella? Tú y yo *no sabíamos nada* sobre su supuesta misión de encubierto, Nick. —Emitió una larga y cansada exhalación—. Sé que duele, pero debes aceptarlo: Tracy era la traidora. Por su culpa perdimos a personas valiosas y Shurik casi resulta muerto.

—¡Era mi hija! ¿Cómo mierda me pides que piense que...?

Markus lo sujetó por ambos hombros y lo obligó a enfrentarlo.

—Y también mi sobrina. Sin embargo, no hay otra explicación. Aidan nos entregó las pruebas. ¡La pequeña Cy nos estuvo vendiendo! —Dejó ir a su hermano y prosiguió—: Nick, escúchame, fue criada por una drogadicta de mierda que la prostituía para pagar sus... *gustos*, ¿qué esperabas? No debiste mandarla al campo tan pronto, tenías que saber...

—Era mi hija. La primera vez que me llamó «papá»... Dios... Yo, solo... No lo sé, creí que realmente me amaba, que creía en lo mismo que nosotros.

Markus respiró hondo, antes de responderle.

—Te engañó. Te hizo creer que te había perdonado, cuando en realidad solo se vengaba.

Nicholas apretó las manos, como puños, que se le pusieron pálidas.

—Pero ella sabía que no estaba enterado de su existencia, que no lo hice hasta que su madre murió. Y desde entonces he estado cuidándola. ¡Por favor!

Obligué a Aidan a tenerla en su equipo porque sabía que la mantendría a salvo.

—Y aun así, te traicionó. Déjalo ir ya.

—¡Di la orden para que asesinaran a mi propia hija! Dime, ¿cómo mierda lo dejo ir?

—Dejó de ser tu hija en el momento en el que decidió traicionar a Infernum. —Markus estrelló el vaso contra la pared—. Yo soy tu familia, pero no dudaría en asesinarte si descubro que nos traicionas. Nick, toda nuestra vida se reduce a Infernum y los ideales de papá. ¡Nadie que los viole, quedará sin castigo!

—¡Era mi maldita hija, Mark, mi-hija!

Markus respiró hondo para calmarse.

—Bien. Llórala si quieres, pero déjalo ir pronto. *Te necesito conmigo*, hermano.

Nicholas asintió recostando la cabeza del respaldo del sofá. Se llevó las manos a la cara y gimió.

—Me siento tan idiota y traicionado.

Markus le sonrió con pena.

—Lo sé, pero lo superarás. Yo estaré aquí, como siempre. Solo nos tenemos uno al otro, Nicky, siempre.

## CAPÍTULO 22

En la cocina, Hannah lo miró de reojo mientras se servía un tazón de helado de moras con algunas galletas caseras de pistacho que preparó la tarde anterior. Le parecía increíble el modo en el que pasaba el tiempo. Cómo llegó siendo tan solo una niña asustada y ahora, no obstante, se convertía poco a poco en una mujer que estaba logrando dejar atrás de sí todo el dolor y la amargura de su pasado. Pero Aidan seguía sin darse cuenta de lo que despertaba en ella. De lo mucho que le gustaba.

«Déjalo ir». No tenía sentido continuar lastimándose a sí misma por algo que nunca iba a suceder. Como Miyuki le había dicho: tenía que olvidarlo y concentrarse en la recuperación de Ian. Asistir a sus terapias familiares y ser el brazo en el que pudiera apoyarse mientras estuviera internado.

Aidan McLaughlin estaba fuera de su alcance. Solo era una atracción infantil. Nada importante. Nunca.

—¿Qué? —preguntó él, dejando de lado su humeante taza de café negro y alzando una ceja.

Ese gesto arrogante le sacó una leve sonrisa. Se veía especialmente atractivo este sábado: con una apretada cola de caballo, un jean oscuro y roto en las rodillas, y una franela sin mangas. Siendo sincera, ¿había un solo momento en el cual él no luciera bien? Comenzaba a dudar. Sus ojos se desviaron hacia el reciente tatuaje en la parte interna de su brazo. En una hermosa y delicada caligrafía femenina. *Aut inveniam viam aut faciam*: «Voy a encontrar un camino o a hacer uno». Le gustaba el significado. Incluso más cuando Aidan le explicó sus motivos para hacerlo.

Ella le había preguntado si no era demasiado doloroso. Él le mostró media sonrisa, encogiéndose de hombros, antes de contestarle que el dolor era vital en la vida de cualquier ser humano porque los hacía fuertes. «Y sobre la frase, nada me ha detenido hasta ahora. Ya sea por debajo, encima o rodeándolo, voy a conseguir lo que más deseo: venganza». Las palabras resonaron dentro de su cabeza, haciéndole cuestionarse qué tan horrible era su pasado para que todo

lo que pudiera desear en la vida fuera vengarse.

—Nada.

Él alzó su otra ceja, como una pregunta silenciosa. Hannah había aprendido a conocerlo durante estos años, tanto como para saber algunos detalles sobre su estado de ánimo. Ahora él sentía curiosidad, pero más que eso no creyó su negativa.

—Bueno..., Yuki me invitó a un lugar y yo quería saber...

—¿Por qué me preguntas? Ya te lo he dicho: si quieres hacer algo, hazlo.

Por supuesto, pero consideraba de mal gusto salir sin decirle a donde iría. No deseaba preocuparlo. «No se preocupa por ti». ¿A quién engañaba? Solo era una molestia para él. Una invitada.

Se mordisqueó la comisura del labio. ¿Por qué tenía que ponerse tan sensible cuando estaba en su período? Lo odiaba, con cada latido de su corazón. Antes de poder tenerse, sus hormonas alteradas la traicionaron.

—Iremos a un club, a conocer chicos.

El rostro de Aidan pareció endurecerse por un instante. Él no dijo nada durante varios segundos. Parpadeó antes de mirarla con tanta intensidad que hubiera podido derretir el Polo Norte.

—El que sea, que utilice condón —dijo, con su tono indiferente—. Es tu vida, pero *no* quiero un niño en mi casa.

Golpe bajo. ¿Qué clase de persona pensaba que era? Respirando hondo, negó.

—Yo no...

Aidan bufó. No se entendía a sí mismo. ¿Qué mierda le importaba lo que la chica hiciera con su vida? Ella no era su responsabilidad y solo la hospedaría en su casa hasta que el gemelo de Hannah fuera dado de alta en la institución mental. Entonces, se libraría de ella para siempre. Pero el hecho de imaginarla coqueteando con algún hombre, como lo hacía Miyuki con Leo, lo enfermaba. «No seas ridículo». ¿Complejo del Hermano Mayor, él? Ni en un millón de años. Aunque en el fondo, no lo vio de esa manera. Se parecía más bien, y Dios se apiadara de su alma miserable por ello, al Complejo del Marido Celoso.

«Necesito algo más que café». No le gustaba ni un poquito el rumbo inquietante que tomaban sus pensamientos y emociones. No se había sentido tan protector con nadie desde... nunca. Incluso cuando Samantha estuvo embarazada de su hijo, él no le prestaba tanta atención.

—¿Y cómo vas con tus clases de cocina? —Cambió de tema para distraerse a sí mismo.

Hannah se negó a verlo a la cara. Ah, genial, había herido sus sentimientos.

—Bien. Me gustan.

—Sí, lo imaginé.

Ella exhaló suavemente. Titubeó unos segundos, luego le habló con más determinación.

—Llegaré tarde.

Aidan se encogió de hombros. Esa no era una buena noticia. Hannah jamás había vuelto a casa después de las nueve, aún cuando él insistía en recordarle que podía hacerlo. «Déjalo ir. Ella no es tu maldito problema». En el fondo sabía que sí.

—Bien, probablemente pase la noche afuera.

—Ah... —Su voz fue apenas un murmullo.

Sin agregar otra palabra, Hannah dejó el helado sobre la mesa y se fue de regreso hacia su habitación. Él no hizo el intento de detenerla.

Con un suspiro, Aidan se frotó las sienes mientras se dirigía a la sala. Tomó asiento en el sofá y encendió la televisión. Vagó de canal en canal, buscando algo que le agradase. No halló nada, en absoluto. Así que buscó su teléfono y llamó a Leo para invitarle unas cervezas en Babilonia. Oh, mierda, ¿cuán jodido tenía que estar como para que su cita de la noche fuera el Minino?

Honestamente, ¿qué le ocurría? Mientras más lo pensaba, menos entendía. Infiernos. Antes su vida era simple: trabajo, sexo, asesinato, trabajo, sexo... Y ahora, sin embargo, se hallaba hundido en una espiral de sentimientos absurdos. Quizá era el momento de visitar un psicólogo. ¿Gemma querría ayudarlo con ese problemita? rió por lo bajo, por lo ridículo que sonaba. Ella

lo odiaba, aunque él no tenía idea de sus motivos. Primero lo patearía en el culo antes que darle una mano.

No tenía a nadie, estaba solo. Y al menos en este instante, la idea le supo amarga.

Hannah pasó el resto de la tarde encerrada en su dormitorio. Aunque su actitud le pareció preocupante, Aidan no se movió hasta que llamaron a la puerta. Rodando los ojos, fue a tender. Era Miyuki, ¿cómo no lo imaginó? Las chicas habían quedado en salir. Moviéndose a un lado, la dejó entrar. Antes de que hiciera cualquier pregunta, Miyuki unió las manos en un único aplauso, pasando de él como si fuera invisible.

—¡Estás bellísima, Hanny! —chilló—. ¡Te dije que te quedaría bien! Si fuera chico, le lanzaría sobre ti.

Confundido, Aidan giró sobre sus pies. La visión de Hannah con un vestido lo dejó atónito por varios segundos. No era ajustado ni demasiado revelador. Más bien sencillo: floreado, ancho y de tirantes, que le llegaba hasta las rodillas. Una mezcla de azul y violeta que realmente realzaban el tono dorado de su piel. Fuera de eso, llevaba un maquillaje sutil y el cabello trenzado sobre el hombro.

Él estaba acostumbrado a verla en pantalones y con suéteres que escondían cualquier rastro de feminidad, pero esto era... impresionante. Solo en ese momento, se dio cuenta de que estaba varios centímetros más alta y de que sus ojos ya no eran demasiado grandes, sino que se ajustaban a perfección al contorno de su rostro ovalado. ¿Dónde diablos estaba la niña que conocía? Por mucho que trató, no fue capaz de hallar ni un rastro. Ya no le parecía un elfo. Lo que estaba frente a él, con un ligero rubor en las mejillas y mordisqueándose el labio con inseguridad, era una mujer. Completa e indiscutiblemente, una mujer. Una que continuaba teniendo diecisiete y que no le interesaba ni un poco.

«Deja ya esa mierda», se exigió a sí mismo, obligándose a mirar hacia el lado contrario. Nunca fue un cobarde, pero estaba abrumado.

—¿No crees que es muy atrevido, Yuki? —preguntó dudosa—. No quiero que piensen mal de mí y además... se me ven estas cicatrices que... No sé, ¿y si mejor me cambio?

De forma inconsciente, Aidan hizo descender la mirada. Santo-jodido-

infierno. ¿De dónde habían salido ese par de piernas largas y torneadas? En verdad hermosas, con o sin cicatrices.

«Esto no me gusta». Tragó en seco. De todas las personas del mundo, esto no podía estar pasándole a él. Después de todo, ¿se convertiría en la escoria que eliminaba? No. Jamás. Prefería la muerte por envenenamiento a formar parte del club de los abusadores.

—¿Qué? ¡No! Estás hermosa. —Miyuki chasqueó la lengua. Volviéndose hacia Aidan, añadió—: Le queda muy bien, ¿verdad, señor?

Por su puesto, sin embargo, a él no tenía por qué interesarle. Movi6 un hombro, fingiendo desinterés.

—¿La verdad? Me importa una mierda. Que la pasen bien —dijo, y se fue sin siquiera ver atrás.

Hannah se tragó el gemido que le subía por la garganta, dolida. De nuevo, él ni siquiera le había mirado. «¿Y qué esperabas?». Alguien como él nunca se fijaría en una mujer fea y desabrida como ella lo era. ¿Para qué, cuando podía estar con una exuberante pelirroja como Samantha o cualquier otra? Aidan era de gustos refinados. Pero sobre todas las cosas, no traspasaría la inquebrantable línea de lo prohibido por ella. Nunca.

Fingiendo una sonrisa, asió el brazo de Miyuki.

—¿A dónde iremos?

—Babilonia —respondió—. Es un club genial y lleno de chicos guapos. Es nuevo, pero he ido un par de veces y... ¡Lo pasaremos bien!

No estando convencida del todo, Hannah asintió.

—¿Y con quién fuiste, Yutaka?

Miyuki soltó una risita nerviosa.

—Sí, con él y su chica. Ya sabes...

No, no lo sabía. Y por su renuencia a mirarla podía decir al menos una cosa: no había sido Yutaka. ¿Quizá Leo? Eso tenía un poco más de lógica. La tristeza se arremolinó en su alma. ¿Qué tan terrible era querer ser mirada por Aidan como algo más que su segundo tumor parlante? Una mujer hermosa, como cualquier otra, digna de ser deseada. «No seas egoísta. Yuki y Leo son

felices, aunque no digan que están juntos». Lo sabía, solo había que verlos para percatarse de que ya estaban en una extraña relación. Una abierta y contradictoria que les funcionaba.

«Doy tanto asco». Y pena. ¿Qué clase de amiga envidiaba la felicidad de la otra? Ella por su puesto.

—Ah... —murmuró—. Bueno, vámonos.

—Sí. —Miyuki tomó su teléfono y se lo llevó a la oreja—. Déjame pedir un taxi.

Estuvieron en el Club Babilonia cuarenta minutos después. Hannah se sintió intimidada tan pronto como ingresó. El lugar era amplio pero oscuro, con luces de neón que fluctuaban sobre la multitud de cuerpos semidesnudos que bailaban al ritmo de alguna canción electrónica que hablaba sobre lujuria. Sexo. Decadencia. Los gritos excitados se mezclaron con sus pensamientos, confundiéndola. Ella no pertenecía aquí. Tan solo había que ver a esas personas envueltas en minúsculos trajes de cuero, apretujadas unas con otras; cubiertas con sudor... El desconcierto abrió paso al miedo y la vergüenza.

No tuvo que haber escuchado a Miyuki cuando le propuso ir a Babilonia para conocer chicos. ¿Por qué no podían hacerlo en una cafetería o un parque? Un lugar calmado, que se adecuase mejor a su personalidad.

Tomando aire, se giró hacia su mejor amiga y acercó los labios a su oreja.

—Creo que deberíamos irnos —dijo.

Miyuki negó.

—¡No, ni hablar! Vinimos a divertirnos, ¿recuerdas? Conocer hombres, olvidarnos del Señor-Culo-Sexi...

—Sí, pero esto es...

—¿Quieres olvidarte de Aidan o no?

Asintió. Más que nada en el mundo, deseaba dejar de sentirse como una adolescente idiota con complejo de Lolita<sup>[23]</sup>. Quizá un poco más crecida, pero lo consideró parecido. «No seas estúpida. ¿Qué podría salir mal?». A estas alturas, ya nada empeoraría.

—Sí, sí quiero.

—¡Esa es la actitud!

Asiendo su mano, Miyuki la arrastró con ella hacia la pista de baile. Hannah se detuvo, sabiendo sus intenciones.

—No sé bailar.

Miyuki le frunció el ceño.

—¿Qué? ¡No te oigo!

—¡No sé bailar!

Riéndose, ella continuó jalándola.

—¡No importa, Hanny, yo te enseño!

Rendida, se dejó guiar, aunque en su interior tuvo el presentimiento de que fue una mala, pésima idea.

Aidan resopló, viendo fastidiado el techo de su nuevo Alfa Romeo rojo, el cual Leo estaba conduciendo. Ah, las ventajas de ser un abogado prestigioso, experto en liberar criminales de alto perfil que se ahogaban en dinero y aparecían muertos... misteriosamente. Sí, le gustaba en ocasiones. Pero no esta. Ahora él se encontraba molesto y lo único que deseaba era poder distraerse al menos un minuto. Pasarla bien. Nada más.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —Leo se detuvo frente a Babilonia.

Aidan encogió un hombro, debajo de su corta y apretada cazadora de cuero roja.

—Conocer alguna chica, beber, follar... ¿Necesitas un diagrama?

Leo silbó.

—Estamos gruñones, ¿eh? ¿Qué pasó, Sam te pidió matrimonio?

Un escalofrío le recorrió la espalda, lenta, muy lentamente. Oh, joder. Si eso llegaba a pasarle él mismo se metería una bala en la cabeza. El matrimonio no estaba en sus planes ni lo estaría nunca, menos con Samantha.

Prefería arder en las llamas del infierno.

«Estás siendo estúpido». Si se sinceraba, no tenía una idea, por pequeña que pudiera ser, del motivo de su malhumor. Solo era consciente de una cosa: necesitaba desahogarse. Sacar esa injustificada rabia y echarla lejos para continuar funcionando como de costumbre. Infernum lo necesitaba de pie, cada uno de sus Nueve Círculos y Escuadrones, cada maldito grupo, todos sus miembros, incluso Markus y Nicholas. Y luego estaba Hannah...

Su estómago se contrajo al pensar en ella. En la mujer en la que se estaba convirtiendo de forma vertiginosa. ¿Quién lo hubiera dicho? El patito feo se transformaba en un hermoso cisne justo frente a sus condenados ojos y él recién se daba cuenta. «Maldito. Déjalo, ¡ya!». No tomaría ese camino. No él. Ni aunque de eso dependiera su existencia. Jamás.

—No. ¡Joder! Estoy presionado por todas partes, Minino. Necesito sacarlo.

Leo le mostró una sonrisa amplia mientras abría la puerta.

—Sí, lo sé, jefe. —Bajó del auto y le entregó las llaves al mozo—. Licor, putas... Lo tengo. Vamos.

Aidan lo siguió en silencio. Ensimismado en su propio mundo. Nunca antes se había sentido igual, tan frustrado y confundido que lo único que deseaba era golpear una pared hasta hacerse sangre las manos. ¿Por qué le enfurecía tanto? ¿Qué le incomodaba en realidad? Cerró los ojos un segundo. Mala idea. La imagen de Hannah con ese vestido regresó para atormentarlo. «¿Qué coño te pasa? Tiene diecisiete, ¡die-ci-siete!». Y no era de su tipo: demasiado respetuosa, bien portada, suave y... pura. Sí, esa era la palabra. Y como si fuera poco, ni siquiera alcanzaba la mayoría de edad. El solo hecho de pensarlo le revolvió el estómago.

Abriendo los ojos, Aidan se internó en el salvaje mundo que era el Club Babilonia. La estridente música de Celldweller lo recibió, haciéndole sonreír ligeramente. Le gustaba y lo hacía sentir calmado, como si flotara en medio del mar, a la deriva.

Junto a Leo, se dirigió hacia una mesa que estaba desocupada. Al fondo. Tomaron asiento y pidieron un par de *Ward eight* para entrar en calor. Mientras bebían, sus pensamientos vagaban de un lugar a otro, pero siempre regresaban al mismo punto: ¿qué tan malo podría ser? Mucho, más de lo que

debía permitirse. Era un jodido hijo de puta, el bastardo más grande del mundo; sin embargo —y como le aseguró a Ian—, no seducía menores. Al contrario, asesinaba a los que traspasaban esa línea sagrada.

«Solo relájate. Déjalo ir». No podía, por mucho que lo intentase. ¿Así se había sentido Mauricio antes de perder el juicio y dedicarse al tráfico humano? ¿En eso se convertiría él? Genial, maravilloso. Le esperaba la locura infinita. No, antes se suicidaría. ¿Qué pensaría Glaw de ello? De estar vivo, su hermano, ¿qué le diría? Casi pudo oír su voz calmada, respondiéndole: «Haz lo correcto, Dan».

Y eso bastó.

Con un suave codazo, Leo lo devolvió a la tierra.

—A tu izquierda, en la mesa que está pegada a la pared —murmuró en su oreja—. ¿No son Hannah y Yuki?

Encogiendo el entrecejo, Aidan lo miró.

—¿De qué mierda hablas? Ellas están...

—En problemas, *mira*.

Leo señaló hacia donde se encontraban las chicas. Al verlas, toda la cólera que se había esfumado regresó como un guerrero sediento de sangre, demandándola con gritos furiosos. Ambas se encontraban acurrucadas entre dos hombres jóvenes, altos y fornidos. Borrachos. Uno de ellos arrastró la mano a lo largo de la pierna desnuda de Hannah, quien trató de pararlo y todo lo que obtuvo fue hacerlo reír. Miyuki empujó al que quiso besarla a la fuerza y lo abofeteó. Él, entonces, levantó la mano y le devolvió el golpe haciendo que su labio sangrara.

El otro movió la mano hacia el interior de los muslos de Hannah, y la visión de Aidan se volvió roja. «Hijo de puta». Se arrepentiría por eso. Los dos.

Con el corazón martilleándole contra el pecho y los pensamientos desordenados, se levantó y fue hacia la mesa dando pasos largos.

—¡No! —Hannah sujetó la mano que ascendía de forma peligrosa hacia su entrepierna—. Por favor, déjame...

—Ella-dijo-que-no —refunfuñó frente a los cuatro.

Los ojos de Hannah lo miraron suplicantes. El hombre de cabello castaño le arqueó una ceja, viéndolo con burla.

—Yo la vi primero, ricitos, ¡largo!

—Ella *no* quiere, si sabes lo...

—¿Y tú quién mierda eres? ¡Ve-te!

Sin pensarlo, Aidan desenfundó su 9 mm y puso el cañón sobre la frente del hombre. Leo hizo lo mismo con el otro. Ambos pararon al instante.

—Podemos hacerlo de dos maneras —dijo—: continuas moviendo la mano, yo te disparo y mueres... o te vas y yo me olvido de que estuviste tocándola. —Le dedicó una media sonrisa burlona—. *Tictac, tictac...* El tiempo corre. ¿Qué decides?

Levantando las manos, los dos hombres se pusieron de pie.

—Mira, no dispaes —dijo el castaño—. Ya nos íbamos.

Leo rió por lo bajo.

—Ya no son tan valientes, *¿uh?* —Le dio una mirada suplicante—. ¿Puedo tener un pedacito de ellos, *babbo*, puedo, por favor?

Aidan negó.

—Aquí no, *bambino*, hay demasiadas personas.

Leo hizo rodar los ojos.

—Pero ahí tenemos el baño.

Los dos desconocidos temblaron de miedo.

—¡Lo lamentamos, hombre! —habló el que era rubio—. ¡No dispaes, por favor!

Aidan devolvió el arma a su lugar. Malhumorado, Leo también la guardó.

—¡Largo! —Aidan movió la cabeza indicándoles el camino—. ¡Ahora!

Ellos se echaron a correr con dirección a la salida. Solo en ese instante, Aidan y Leo se sentaron, uno al lado de cada chica.

—¿Estás bien, *farfalla*<sup>[24]</sup>? —Leo sujetó a Miyuki por la barbilla para verla a los ojos—. ¿Te hizo daño?

—No, estoy bien. Gracias.

Él respiró aliviado. Después hizo lo que ninguno esperó: unió sus labios con la frente de ella, besándola.

—Maldito hijo de perra. —Casi gruñó—. ¿Te duele mucho, bebé? ¡Mierda!, quería matarlo. ¡Imbécil! Mira cómo te dejó.

Las mejillas de Miyuki se tiñeron de un intenso color rosa. Hannah sonrió a pesar del miedo que aún la llenaba. Finalmente, ellos estaban aceptando su relación en público. ¿Quién lo diría? Solo necesitaban de una situación en extremo peligrosa.

—Leo... —Aidan lo miró, confundido—. ¿Desde cuándo?

Él se encogió de hombros.

—Ocho meses.

—¿Ocho meses? —El tono severo de su voz sobresaltó a todos en la mesa—. ¿Y cuándo mierda pensabas decirme que estás follándote a la chica?

Él se rascó la nuca.

—¿*Oops*?

Aidan gimió.

—Necesito un trago. —Se giró hacia Hannah y le sonrió con amabilidad—. ¿Estás bien?

¿Honestamente? No. Aunque de no haber sido por Aidan y Leo, tanto ella como Miyuki se habrían visto en un apuro. Quizá no la hubieran contado. «Ellos iban a violarnos». El reconocerlo trajo lágrimas a sus ojos. Sin ser capaz de detenerse, se llevó las manos a la cara y lloró. Ese asqueroso cerdo la había tocado, haciéndola sentir como una prostituta barata. ¿Por qué era tan débil y patética? Incluso Miyuki abofeteó al rubio que quiso besarla; ella en cambio... solo suplicó. Como siempre.

Era todo lo que sabía hacer.

Rodeándola con sus brazos, Aidan la consoló.

—*Shh*, todo está bien —susurró—. Estás a salvo. Todo está bien ahora.

—Lo lamento. Lo lamento. Yo solo quería...

Tomándola por los hombros, Aidan la separó de su cuerpo para que lo viera a la cara. Sus ojos azules la traspasaron. Eran tan hermosos, gélidos y extrañamente cálidos a su manera.

—*No* fue tu culpa. Respira.

Eso hizo: tomó aire para calmar sus emociones desenfrenadas. Se secó el llanto y le sonrió.

—Gracias.

—Sí, de nada. —Hizo una pausa—. Minino, lleva a tu mujer a su casa. Yo llevaré a Hannah conmigo.

Leo asintió, tomando a Miyuki de la mano.

—Hecho. Déjame pedir un taxi.

Mientras Leo hacía la llamada, Hannah se percató que Miyuki de nuevo estaba esquivando su mirada curiosa. Lo entendía, debía de ser incómodo para ella que todos se enterasen de que tenía una relación con el hombre que juraba odiar. ¿Cuántas veces los había visto discutir como perros y gatos e insultarse? Bueno, quizá solo fuera una pantalla de humo para despistarlos. Aun así, la entendía. Y, por mucho que le avergonzase admitirlo, sentía envidia.

«No importa», se dijo a sí misma, apretando la mano de su mejor amiga para confortarla. Ella le sonrió.

—Listo. —Leo tomó el brazo de Miyuki y la pegó a su cuerpo—. Ya que no hay nada que esconder, me llevó a mi chica. Hannah, *babbo*...

Hizo una inclinación de cabeza hacia ellos, antes de irse. Aidan respiró hondo.

—Vamos —dijo, conduciéndole hacia la salida.

El camino de regreso estuvo silencioso. Hannah se dedicó a ver todo el tiempo por la ventanilla, temiendo encontrarse con el reproche en la mirada severa de Aidan. Con las manos temblorosas, se alisó las arrugas imaginarias del vestido. Se fijó en sus rodillas descubiertas y palideció. Oh, cielos, ella había tenido la culpa de ser atacada. Por vestir de un modo provocativo. «¿Qué hacen un par de cositas bellas como ustedes tan solas?». La voz del hombre castaño, que estuvo tocándola, la atormentó. «¡Vamos, nena! No me

digas que no lo quieres. No te habrías vestido como una puta si no estuvieras buscando un hombre».

Las lágrimas le pincharon los ojos. Reprimiéndolas, se obligó a sí misma a ser fuerte. «¿Qué esperabas?». Él tenía razón: lo había provocado. Y reconocerlo le dolió al mismo nivel que aumentó el asco por sí misma. ¿En qué estaba pensando?

Aidan se estacionó. Todavía callados, se metieron al elevador y cuando llegaron al quinto piso se dirigieron al apartamento. Luego de cerrar la puerta, ella se desmoronó.

—Lo lamento... —Gimió profundamente, sintiéndose sucia y estúpida—. Es mi culpa, perdón...

Aidan contuvo el aliento antes de acercarse y sostenerla. Hannah lloró en su pecho, desconsolada y fuertemente. Aquello era confuso y doloroso.

—¿Qué fue tu culpa?

Ella vaciló.

—Todo. Yo solo quería... ¡No debí ponerme este vestido! Él tenía razón, parezco una zorra, yo...

—¿Una zorra? —Tomándola por el mentón, él hizo que lo viera a los ojos—. ¿Eso te dijo? Maldito imbécil, ¿por qué mierda no lo maté?

Respirando hondo, Aidan le acarició la mejilla, limpiándole las lágrimas. ¿Por qué diablos le afectaba verla romper en llanto? No lo sabía y a estas alturas carecía de importancia. La chica lo necesitaba, fin de la historia.

—Tu vestido no tiene nada de malo —continuó—. Tienes derecho a usar lo que quieras y aunque fuera ropa de *zorra*, nadie puede tocarte si no lo deseas, ¿entiendes? Esto no fue, para nada, tu culpa.

—Pero...

Negando, la sentó sobre el sofá.

—Nadie. Nunca. Incluso una prostituta puede decir «no». ¿Comprendes?

Ella sorbió por la nariz, viéndolo con esos ojos suplicantes que removían todo en su interior.

—¿No fue mi culpa, de verdad, no lo provoqué?

Esas palabras trajeron las dolorosas imágenes del pasado a su cabeza. El sufrimiento de Glaw, su muerte. Cómo fue violado y torturado sin piedad. Tan seguro como estaba que su hermano no lo merecía, lo estaba que Hannah tampoco lo provocó. ¿En qué mente enferma cabía la posibilidad?

—Diablos, ¡no! —Se frotó una ceja—. Niña, ¿de dónde mierda sacas que casi ser violada es tu culpa?

—Pues...

Silencio. Aunque no hizo falta que añadiera nada, él conocía la respuesta. «¿Qué haré contigo?». Él no estaría siempre a su lado para protegerla. No habría nuevas casualidades. Si se encontraba en peligro real, tendría que defenderse sola. Pero no sabía hacerlo.

Una mierda, como todo lo demás.

—Tienes que aprender a ser fuerte —dijo—. No puedes... ¡Arg! Voy a entrenarte. Defensa personal, armas. Lo que sea. No podré cuidarte siempre.

Ella inclinó la cabeza.

—Lo sé.

—Perfecto, porque empezamos mañana. Ahora, ¿quieres algo de comer o quizá mirar una película?

Hannah confirmó con la cabeza.

—Sí. Helado.

Aidan rió entre dientes, con sentimientos contradictorios agitándose en su interior. «Solo te preocupa porque te recuerda a Glaw». Pese a que de momento la idea lo tranquilizó, supo que no era del todo cierto.

—Sí, helado, cómo no.

Se dirigió a la cocina y preparó un par de tazones de helado de vainilla con *sirope* de caramelo y algunas nueces. Le entregó uno a Hannah y se tumbó a su lado en el sofá. Encendió el televisor y vagó hasta dar con una película.

La vieron en silencio. Nada especial. *Sen to Chihiro no Kamikakushi*<sup>[25]</sup>. Una animación de los estudios Ghibli, él no era fanático, aunque le pareció lo suficientemente entretenida como para verla. Los ojos cafés claros de Hannah seguían con atención cada movimiento de la niña o su amigo el dragón, la

bruja y el bebé gordo y gigante, sonriendo de vez en cuando y limpiando las lágrimas de forma disimulada. Hasta que se durmió. Aidan no fue consciente de cuándo, sino hasta el instante en que sintió el peso sobre su hombro y la oyó respirar suavemente. Entonces él se paralizó sin saber qué hacer.

«Mierda». ¿Tenía que despertarla? Nadie, nunca, había hecho nada parecido antes. Ni siquiera Samantha. Y esto le aterraba a niveles que no lograba comprender. ¿Por qué era tan incómodo y aterrador? Se dio cuenta de que no permitía el contacto físico porque implicaba intimidad y la odiaba. No, él le temía porque lo hacía sentir desnudo y vulnerable. Como el niño patético que no fue capaz de defender a su hermano mayor. De salvarlo.

El chiquillo débil que no pudo ayudar a su familia. Odiaba esa sensación con toda su alma.

Tomando aire, la movió para poder cargarla en brazos y llevarla a su habitación. Empujó la puerta con la rodilla e ingreso con pasos firmes. La dejó sobre la cama y antes de salir la miró en silencio un largo rato. «¿Qué mierda sucede conmigo?». Meneando la cabeza, para disipar la bruma en sus pensamientos, apagó las luces. «Tienes que centrarte», se recordó.

Agobiado, se dirigió hacia su propia recámara para descansar. Esa noche, sin embargo, Aidan no pudo conciliar el sueño. Aunque esta vez no se debió a sus habituales pesadillas.

Durante las últimas semanas, Aidan se había dedicado a enseñarle técnicas de autodefensa, además de manejo de armas blancas y de fuego. Pese a ser callada, tenía que concederle al menos un par de cosas: Hannah poseía buenos reflejos y era una alumna formidable que aprendía rápido. Mucho. Y eso le gustó. Le hacía sentir orgulloso.

Siempre que les fuera posible, la llevaba consigo al gimnasio y al campo de tiro. Al inicio, ella se mostró renuente con las armas, alegando que les tenía miedo; no obstante, poco a poco fue adaptándose hasta atreverse a empuñar un cuchillo de combate. Negro y discreto, que compró para ella y que le sentaba bien.

Justo ahora, en medio del Mar de Cedros, el parque público más importante de la ciudad, Hannah vacilaba apuntándolo con el filo como Caperucita tratando de defenderse del Lobo Feroz. Aidan había optado por enfrentarla con sus manos desnudas, pero ciertamente él tenía un entrenamiento militar. Desafiaba a la muerte desde que era tan solo un niño, para él esto no significaba nada en absoluto. Sin embargo, para ella...

Con un suspiro cansado, lanzó un nuevo golpe sin intención de dañarla, aunque eso Hannah no lo sabía. Ella logró esquivarlo por muy poco. Aidan lo intentó de nuevo. Vez tras vez, hasta acorralarla contra el tronco de un árbol. El terror en sus ojos lo estremeció. Ah, mierda, ¿en serio pensaba que le haría algo horrible? Esta chica lo confundía como nadie lo hizo antes. Por un lado, demostraba una confianza ciega al subirse a su automóvil sin si quiera preguntarle a dónde pensaba llevarla; y por el otro... actuaba como si él fuera un adorador de Satán que estaba a punto de arrancarle el corazón para comérselo.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —preguntó, acercando su rostro al de Hannah—. Estás aquí, no hay escapatoria. Voy a violarte, a estrangularte, lo-que-sea. El tiempo corre. ¿Qué harás?

Ella titubeó dirigiendo la mirada hacia la mano que empuñaba el cuchillo, lo vio a él y la levantó. Aidan la sostuvo por la muñeca. Hizo chocar la lengua contra su paladar repetidas veces, indicándole que estaba haciéndolo mal.

—*Nunca* dudes ni muestres debilidad —continuó—. Me dijiste lo que harías antes de intentarlo.

—¿Cómo lo hice? —Su voz fue un murmullo.

—Miraste el cuchillo y luego a mí. Fue claro. Ahora... —Apretó su articulación hasta que ella gimoteó—. Voy a hacerte daño, niña, uno terrible y real. Olvida al estúpido de Babilonia. Yo soy el demonio, no me importas. Puedo matarte. No, *voy* a matarte; pero quiero divertirme primero. —Alzó una ceja burlándose mientras le separaba las piernas con las rodillas—. No puedes utilizar el viejo truco del golpe en la ingle conmigo y estás a punto de soltar lo único que puede defenderte. ¿Qué harás?

Hannah respiró hondo y negó, con los ojos llenos de lágrimas. Aidan estuvo a punto de soltarla. No sabía por qué, solo que odiaba verla llorar. Se contuvo. Un abusador no la dejaría ir, al contrario: se excitaría con su dolor,

sus lágrimas serían un estimulante. La golpearía, humillaría y le haría todo tipo de horrores antes de matarla. Y él no estaría ahí para protegerla.

Hannah tendría que marcharse un día. Cuando eso sucediera, tendría que estar preparada para enfrentar el salvaje mundo que representaba New Jericho.

—¿Qué harás? —insistió, ejerciendo más presión.

—N-no lo sé. —Gimió—. ¡No lo sé!

Desvió los labios hacia su oreja.

—Yo sí —murmuró. Lo que haría estaba mal, sin embargo, el dolor y la ira eran las mejores motivaciones—. ¿Sabes por qué no pudiste defender a la pequeña Megan? Porque eres débil. Permitiste que se la llevaran. Murió porque *tú no hiciste nada*. E Ian... Pobre chico. Convertirse en una puta drogadicta mientras *tú* ibas a la escuela y llevabas una vida normal. Piénsalo: todos esos hombres que se lo jodieron, una y otra vez...

—¡Cállese! —La amargura en su voz lo traspasó—. Por favor...

Aidan consideró que estaba yendo demasiado lejos con ella. Quizá lo mejor sería soltarla y explicarle que solo estaba jugando con su mente; pero en su interior sabía que era lo más apropiado. «El dolor te hizo fuerte. Es lo que ella necesita», se recordó a sí mismo.

—Eres débil. *Patética*. Una niña tonta que cree en cosas tan ridículas como la bondad y el amor. —Sujetó su otra mano para evitar que lo golpeará—. ¡Despierta, este es el mundo real!

Ella sollozó, relajando los hombros, inclinando la cabeza hacia su cuello. Rindiéndose. «Nunca va a lograrlo». En el mundo en el cual Aidan vivía Hannah sería alimento para los perros. Una persona dulce, como ella lo era, no tendría posibilidades. Cuando consideró soltarla, ella enterró los dientes en su oreja con tanta fuerza que pensó que se la arrancarían. Aidan gimió, aunque no la dejó ir hasta que el dolor se hizo insoportable. Retrocediendo un par de pasos, frunció el ceño al ver la sangre manchando los labios de Hannah. Joder, ¿le habría quitado el lóbulo? Perfecto.

Con los párpados apretados, ella empuñó el cuchillo.

—¿Niña?

Ella abrió los ojos. La furia y el sufrimiento bailaban en ellos. *Bingo*. Con un grito, producto de la más profunda desesperación y culpa, Hannah lo atacó sin descanso. Aidan esquivó cada golpe, uno con más dificultad que el anterior. Ella estaba dispuesta hacerle daño. Uno verdadero. Eso le gustó con la misma intensidad que le causó verdadera preocupación. ¿Se habría excedido? La respuesta le llegó como un doloroso corte en el antebrazo.

Hannah fue por él de nuevo. Aidan se hizo hacia la derecha. Cogiéndola por el brazo, la atrajo hacia su pecho y la mantuvo apretada para que se calmase.

—*Shh*... Respira. Respira...

Ella forcejeó, tratando de liberarse.

—¡Suélteme! —chilló—. ¡Suélteme!

Aidan la estrechó con más fuerza y la forzó a sentarse entre sus piernas, sobre el pasto húmedo.

—Calma, todo está bien ahora. Respira.

Lentamente, Hannah se relajó. Dejó el cuchillo y rompió en llanto. Era doloroso, como miles de agujas envenenadas clavándose en su corazón. ¿Por qué era tan estúpida y débil? Aidan estaba en lo cierto: fue su culpa. De haber sido más fuerte, sus hermanos no habrían sufrido. ¿Por qué no estaba muerta en lugar de Megan? Sin dudas, habría sido mejor.

—Meg... Dan... Perdón, ¡perdón!

Aidan no la soltó, en cambio intentó consolarla. Estaba muy rota como para aceptar cualquier palabra amable, aunque vinieran de él. Quería morir.

—Hey... —Él titubeó—. Lo lamento, fui demasiado lejos contigo. Nada de lo que dije es verdad.

Por supuesto. ¿Iba a crecerle? No. Nunca.

—Suélteme, por favor.

—¿Vas a intentar matarme de nuevo?

Negó, riendo a pesar de sí misma. Aidan la soltó.

Ella había querido hacerle daño, uno real y profundo. No tanto como asesinarlo, pero sí... causarle el mismo sufrimiento que le hizo sentir con sus

palabras. Cuando le hizo ver lo patética de su existencia, su mente se nubló. Un pitido le taladró los tímpanos y todo se volvió negro. No supo de dónde sacó el coraje; sin embargo, su primera reacción fue morderle la oreja. Quizá porque era lo único que estaba a su alcance en ese momento. Y luego... la adrenalina la empujó por un precipicio por el cual solo pudo seguir bajando, cada vez más, arremetiendo contra él. Ciega de furia. Dispuesta a... Horrorizada, descubrió que sí había querido matarlo. De hecho, lo hirió.

Y se encontraba sentada entre sus piernas.

Oh, cielos, esto no podía ser verdad. Temblorosa, se levantó para volver a sentarse, ahora junto a él. Aidan rió por lo bajo, burlándose como siempre.

—¿Mejor? —Levantó el brazo y se tocó la herida—. ¡Joder!

Hannah le vio la oreja ensangrentada y se sintió culpable. Le había hecho daño, dos veces, aun cuando él ni siquiera la tocó.

—Lo lamento, yo...

Él se encogió de hombros.

—No importa. Me encargaré de esto. Buen trabajo.

Su respuesta no le alivió en nada.

—¿Le duele mucho?

—Las he tenido peores. Niña, esto no es nada, créeme.

Y lo hacía. Luego de haber visto sus cicatrices, pudo asegurar que fue torturado incluso más que ella. Tomó aire, buscando las palabras correctas, aunque solo una duda martillaba contra su mente:

—¿Por qué me dijo esas cosas horribles?

Aidan buscó un pañuelo en su bolsillo y se lo llevó a la oreja.

—Estaba provocándote. Ya que el miedo no funcionaba contigo, probé con la furia y el dolor.

—Ah. ¿Eso es lo que hace para poder... trabajar?

—Sí. Niña, mira: es todo lo que conozco y me funciona. Cada quien tiene sus métodos.

No lo dudaba, sin embargo, ¿quería vivir de esa manera? Sintiéndose

culpable, siempre enfadada. Llena de tristeza... No, en definitiva, no deseaba una existencia gris como la de Aidan. Fue en ese instante que entendió por qué estaba deprimido y gustaba de oír canciones que solo hablaban sobre pena, muerte y venganza: se sentía culpable por lo que fuera que le hubiera ocurrido a su familia.

Él estaña sufriendo, pero se escondía detrás de la máscara del diablo para parecer fuerte.

—¿Por qué nunca dice mi nombre? —preguntó, cambiando de tema.

Aidan arrugó los labios, un momento.

—¿Por qué nunca dices el mío?

—No lo sé.

—¿Te molesta que no utilice tu nombre?

—Un poco.

Él bufó. No parecía molesto, sino divertido. Pese a estar serio, sus ojos sonreían de ese modo extraño.

—Hagamos un trato: tú dejas de llamarme «señor» y de hacerme sentir como un viejo desahuciado de mierda... y yo utilizo tu nombre. ¿Te parece?

Asintiendo, Hannah le sonrió.

—Está bien, se... Aidan.

Él cogió el cuchillo y se apoyó sobre las manos para levantarse. Hannah lo imitó.

—Toma —dijo, extendiéndoselo—. Y bien, Hannah, ¿regresamos?

—¿Podemos pasar antes por el centro comercial? Ian me pidió un par de libros.

—Libros, lo tengo. Vamos. —Le ofreció una sonrisa torcida—. ¿Te importa si primero pasamos por la farmacia? Esto duele.

Ruborizada, Hannah comenzó a andar sin darle una respuesta.

## CAPÍTULO 23

—Está delicioso. —El tono alegre de Ian la hizo sonreír—. La comida aquí es una mierda, gracias.

El calor se agolpó en sus mejillas. Hannah miró a su gemelo, por el rabillo del ojo, y asintió. Gemma estuvo en lo cierto: ya no era el mismo. Pese a la alegría de su voz y las tenues sonrisas que a veces le dedicaba, sus ojos siempre estaban tristes. Cubiertos por el impenetrable velo del dolor. Igual que Aidan. Y lo entendía, lo que le sucedió no era fácil de superar, pero extrañaba a su hermano.

Lo quería de regreso.

—Ahora dices muchas palabrotas.

Él alzó un hombro, con desinterés, y se llevó un trozo de pescado a la boca.

—Es la costumbre. A veces los clientes pagaban por tener una puta vulgar, ya sabes.

Hannah contuvo la respiración. «Una puta vulgar», repitió para sus adentros. ¿Eso le habían dicho que era? Su hermano no. Nunca.

Recorrió la habitación con la mirada. Era un lugar blanco y pequeño, en el que solo había una mesa, un par de sillas y una cama. Una ventana con rejas, por la que apenas se colaba la luz del sol y un par de bombillas. Deprimente. Y su hermano no lo compartía con nadie más. Cortesía de Aidan, quien logró que movieran al otro interno, después de que Ian trató de ahorcarlo por un simple malentendido.

—Lo lamento...

—¿Por qué? Yo no lo hago.

—Dan...

Ian exhaló pesadamente.

—Tu comida es la mejor —dijo, cambiando de tema.

Hannah asintió, despacio. Sí, lo más apropiado resultaba no insistir. Como Gemma le había dicho: su gemelo todavía no estaba preparado para abrirse con nadie. Se rehusaba a enfrentar la situación y tocar el tema con sinceridad. Era doloroso, para él, tener que revivirlo.

«Tiempo al tiempo, cariño. Ian aún está atrapado dentro de su cabeza. Pero estamos haciendo avances». La voz de Gemma dentro de sus pensamientos aminoró la angustia.

—Espera probar el postre. —Sonrió—. Hice una de tus favoritas: tarta de limón con cubierta de chocolate.

Los ojos de Ian vacilaron un instante mientras él tragaba con dificultad.

—Mamá solía hacerla los días especiales, ¿recuerdas?

Hannah se mordió el labio inferior con fuerza para no llorar. ¿Cómo olvidarlo? Su madre era la mujer más sensible y dulce que había conocido. Siempre con una sonrisa, incluso en los momentos difíciles. Hubiera cosecha o no. Incluso cuando el dinero escaseaba, ella se mostraba feliz. Las tartas de limón con chocolate eran su modo de decirles cuánto los amaba.

Cerrando los ojos, Hannah se encontró a sí misma en el pasado. Se vio en la cocina de su pequeña casa en el campo, ayudando a su madre a mezclar el queso cremoso con el azúcar y el jugo de los limones, mientras que Ian se dedicaba a robar trozos de chocolate junto a Megan. Entonces, ellas fingían no darse cuenta y continuaban con su labor.

«Algún día serás una excelente pastelera, cariño», solía decirle su madre. Porque aún entonces ella ya sabía cuál era su vocación.

Separando los párpados, Hannah confirmó con la cabeza. Se suponía que este era un momento feliz, no podía arruinarlo poniéndose sentimental. Tenía que ser fuerte, por Ian y por sí misma. Él la necesitaba.

—Lo sé. Este es un día especial.

—Aquí, todos los días son especiales. —Se burló—. Dime, ¿cómo te va en tus clases, tienes amigos nuevos?

Apretó los labios mientras pensaba. ¿Los tenía? Bueno, estaba ese chico ruso, de cabello castaño claro casi cenizo, que jamás iba a ninguna práctica y

que insistía en sacarle conversación: Yevgeniy, aunque prefería ser llamado Zhenya o simplemente Z, para abreviar. Luego, se encontraban Ricardo y Leah, con quienes podía relacionarse sin dificultades; sobre todo porque él era sencillo y amable, pese a hablar poco, mientras que Leah... Oh, bueno, esa chica era un huracán con piernas. Justo como Miyuki. Sin embargo, ¿podía llamarlos amigos? Quizá a Zhenya.

—Sí, supongo...

—¿Cómo es eso? ¿Alguien te molesta? Tú solo dilo, para escaparme e ir a sacarle la mierda a golpes.

—¡No! No... —Vaciló unos instantes—. Nadie me molesta y sí, tengo amigos nuevos. ¿Tú has hecho alguno aquí?

Ian alzó una ceja, cruzándose de brazos.

—¿Aquí, *en serio*? Todos están locos. —rió por lo bajo—. Bueno, supongo que Gem es una amiga. Oh, y también Carla, la enfermera.

Hannah suspiró, negando.

—¿Y los demás?

—Ya te dije: están locos.

—Bueno... ¿Quieres tarta?

Él asintió, dulcificando la mirada.

—¿Me das toda la cobertura de chocolate?

Los ojos de Hannah picaron, debido a las lágrimas que amenazaban con salir. Esa era la pregunta que Ian solía hacerle a la madre de ambos, cuando estaba viva.

—Claro que sí, mi otra mitad.

Por primera vez en mucho tiempo, Ian dejó salir una suave risa sincera producto de la alegría. Sus ojos siguieron con atención el movimiento de las manos de su gemela mientras cortaba la tarta en trozos iguales, que seguramente él comería. En seguida, con calma, les retiró la cobertura para poder colocarla sobre su plato que finalmente le entregó. Cuando sus dedos se rozaron, Ian tuvo la apremiante necesidad de alejarla de un empujón. Se contuvo. «Es tu hermana, no una cincuentona rica y depravada que va follarte

con un consolador de goma». Pese a saberlo, la sensación continuó ahí, torturándolo.

Despacio, se llevó el tenedor de plástico a la boca. La textura sedosa del relleno lo trasportó a la época en la que era feliz, que ahora le parecía lejana. El sabor amargo del chocolate casi lo lleva al llanto. No había vuelto a probarlo desde que Mauricio asesinó a su familia. Ninguno de sus proxenetas fue jamás tan bueno como para premiarlo con chocolate. A lo sumo, le permitían comer algunos caramelos de menta. Y salchichas, ahora las odiaba.

«Déjalo ir». Cerrando los ojos, permitió que la mezcla de la acidez y la dulzura lo inundara, junto con el sabor del queso. El chocolate. Delicioso. Había extrañado tanto esta sensación. La paz absoluta, la dicha. Poder compartir una comida sencilla con su familia, lo que quedaba de ella.

—¿Te gusta?

La duda en la voz de Hannah le hizo abrir los ojos. Con un asentimiento de cabeza, le sonrió.

—Es la mejor del mundo.

—¿De verdad?

Se llevó otro trozo a la boca.

—Sí. Serás una gran pastelera, Han, no lo dudes.

Ella se mordió la comisura del labio, para reprimir una risita. «Me hiciste tanta falta». Ella era hermosa y continuaba siendo la misma, aunque de un modo diferente. Risueña, amable...; pero más fuerte. Quizá tenía que agradecerse al idiota de Aidan, pero en cada visita notaba la diferencia. Como una mariposa, Hannah se encontraba en plena metamorfosis. Y él en cambio...

—¿Me harías un favor?

Hannah asintió entusiasta, con la cabeza.

—Lo que sea.

—¿Me traerías más libros y algo de música? Aquí no hay mucho que hacer.

—¿Qué te gustaría?

Apretó los labios, igual que solía hacerlo su hermana, pensando. Al final, se mordió el superior y exhaló.

—Keigo Higashino, Clive Barker, Ryū Murakami, Stephen King... —Hizo una pausa mientras ella tomaba nota en su teléfono—. Sobre la música. Algo de Arch Enemy, Morbid Ángel, Avenged Sevenfold, Sex Pistols, Épica, Cradle of Filth...

La cara de espanto de Hannah le pareció adorable.

—¿También te gusta esa música aterradora, desde cuándo?

¿También? Fue entonces que recordó a Aidan. Él no juzgaba por las apariencias, pero ya imaginaba que le iba el metal. Bueno, un hombre con esa cantidad de tatuajes y que vestía como vampiro... *Sip*, era de suponer, además de su actitud de que-te-den-por-el-culo, que lo sacaba de quicio.

—Desde que es lo único que aleja las pesadillas. —Se maldijo mentalmente por haberlo confesado en voz alta—. Bueno, me siguen gustando Il Divo y Andrea Bocelli.

—Listo. Te lo traeré en mi próxima... visita.

Ian asintió, desanimado. Odiaba no poder vivir con ella, como antes.

—¿Vendrás pronto?

Hannah dudó.

—Le pediré a la doctora Gemma que me ayude con eso. Pero tienes que dejar de pelearte con todos o no me dejarán venir. —Suspiró—. Por favor, Dan.

Él desvió la mirada, cruzándose de brazos.

—Bueno. Lo haré, solo por ti.

Hannah vio la pantalla de su teléfono y emitió un largo suspiro. Ian entendió de inmediato el porqué.

—Nuestra hora pasó rápido —dijo ella—. Tengo que...

—Sí, lo sé. Gracias por venir, Han.

Ella alargó la mano, para acariciarle la mejilla. Ian la detuvo. No quería sentir la piel de nadie más, nunca. Estaba harto de ser tocado. Su mirada triste

lo destrozó. «Es tu hermana, no seas ridículo». Con un suspiro, se acercó para rodearla con sus brazos.

—Te quiero, Han, pero esto es difícil —murmuró antes de besarla en la cabeza—. Nos vemos pronto.

—Sí.

Sin querer dejarla ir, él la soltó. Hannah se llevó el cabello detrás de la oreja y le ofreció una sonrisa dolida. Salió dejándolo solo en ese lugar que lo hacía sentir asfixiado. «¿De qué te quejas? Al menos no es oscuro y no estás atado... o de rodillas». Y aunque continuara encerrado en contra de su voluntad, esto era mejor que nada que hubiera conocido desde que lo convirtieron en prostituto.

Al menos ahora era libre dentro de su nueva prisión.

Aidan contuvo un gemido. Frotándose las sienes para aliviar la tensión y se reclinó sobre la silla del cuarto de interrogatorios. Estaba cansado y, a juzgar por el intenso dolor de cabeza, desarrollando un tumor cerebral. «Jodida mierda». De todas las personas en el mundo, ¿por qué tuvo que encontrarse de nuevo con el sargento favorito de su padre? Esto hacía su trabajo cien veces más complicado y... doloroso.

Christian García era intuitivo y persistente. Un profesional incorruptible, que no se dejaba deslumbrar por palabras bonitas. Mucho menos intimidar. Un enorme grano en el culo en este preciso momento. Y Aidan sabía que no se la pondría fácil con su nuevo cliente, quien era un sujeto de interés para Infernum.

«Vaya mierda». Inclinandose hacia adelante, cruzó los dedos debajo de su barbilla y la reposó en ellos, fingiendo una actitud despreocupada. Los ojos marrones de Christian se entrecerraron de un modo peligroso. «Ahí vamos», pensó mortificado. Esto se pondría mal.

—No, McLaughlin, parece que no me has entendido: hemos encontrado pornografía infantil...

Le dio un vistazo rápido al lugar: una mesa y cuatro sillas de metal. Una puerta y la ventanilla por la que seguramente estaría observándolos el fiscal o su asistente. Como salido de los ochentas: sombrío, deprimente. Incluso la maldita luz era amarilla.

Volvió la mirada hacia su cliente y evitó maldecir. Dios, cómo odiaba hacer este tipo de cosas. Jacob Forrester era un bastardo abusador que manejaba una red de pornografía infantil. El Trébol Rosa, se hacían llamar. Quisiera o no, tendría que librarlo de esta para que los guiara a su grupo, cosa que García casi arruinaba.

—No, creo que tú no lo haces. No hay nada que vincule la pornografía con mi cliente. Hasta donde sé, ingresaron a su vivienda sin una orden, uno de ustedes se metió en su dormitorio y salió cinco minutos después con las... *pruebas*. —Hizo una pausa, para darle efecto—. Como si fuera poco, lo trajeron e interrogaron durante doce horas, sin la presencia de un abogado, negándole agua y alimentos. Oh, ¿y lo mejor?, lo golpearon brutalmente. Entonces, *sargento*, por como yo veo las cosas...

Christian se puso rígido de inmediato y le dirigió una mirada furiosa a su compañero, quien inclinó la cabeza.

*Touché.*

—La pornografía... —empezó a decir. Gimió pasándose la mano por el cabello—. Mira, McLaughlin: tenía cientos de fotografías y videos de...

—Fotografías y videos que no se encontraron en su disco duro, sino en una memoria USB que apareció mágicamente cuando *su* oficial decidió jugar en la casa de mi cliente. Ahora, ¿estamos listos para liberar al señor Forrester, quien amablemente ha accedido a no iniciar una demanda civil contra el departamento de policía o la ciudad?

Christian suspiró, rindiéndose.

—Sí, puede irse.

—Gracias. —Aidan se puso de pie y miró a Jacob con amabilidad, aunque el asco hacia él estuviera consumiéndolo—. Señor Forrester, es libre. Vaya a casa y *cuídese*. —O no.

Jacob asintió.

—Gracias. Sabía que no me iba a defraudar.

Por supuesto que no. Así como tampoco que enviaría a sus chicos por él, esa misma tarde. Jacob Forrester era hombre muerto. Y el Trébol Rosa llegaría a su final. En silencio, salió de la delegación, siendo seguido por las miradas despectivas de cada oficial. Sí, bueno, él también se sentía como una mierda. La más grande del mundo.

Cada día.

Cuando estuvo afuera, se detuvo frente a su automóvil y buscó un cigarrillo. Llevandoselo a los labios, lo encendió y le dio una calada. El humo comenzó a relajarlo. «Todo estará bien», se recordó, aunque no consiguió creérselo. Tomó su teléfono y marcó el número de Markus.

Él atendió luego del segundo tono.

—Listo. —Su propia voz le pareció carente de emociones—. Forrester salió. Enviaré al Equipo Cuervo por él.

Colgó sin siquiera espera una respuesta, ya sabía lo que iba a decirle. Se preparó para abrir la puerta de su Alfa Romeo, cuando una mano sobre su hombro lo detuvo. Por instinto, lo sujetó por la muñeca y jaló, solo para encontrarse con el rostro impávido de Christian. Soltándolo, retrocedió varios pasos.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Acabas de liberar a un pedófilo.

Negando, Aidan le obsequió media sonrisa burlona.

—No, yo solo hice que liberasen a un inocente que fue incriminado y salvajemente golpeado por tus hombres.

Christian le frunció el ceño.

—¿De verdad te crees toda esa mierda? ¡Tenía fotografías y videos! El muy cabrón...

—Tengo que irme.

Christian lo detuvo, tomándolo por el brazo con fuerza.

—¿Qué pasó contigo? Antes eras un chico bueno y ahora... —Gimió bajo—. ¿Qué crees diría Logan si supiera que su hijo se dedica a liberar

criminales?

—Que lo hago bien.

—No lo entiendo. Después de lo que ocurrió con tu familia..., de lo que le *hicieron* a Glaw, creí que seguirías los pasos de tu padre; no que te convertirías en el mejor amigo de la mierda.

Aidan se quedó sin aliento cuando el dolor lo atravesó. ¿Cómo se atrevía a juzgarlo sin saber...? Oh, pero bueno, su trabajo social era el secreto más grande del mundo. Aun así, Christian no tenía el derecho de mencionar a Glaw solo para hacerlo sentir culpable.

—Y tú, ¿dónde mierda estabas cuando torturaron a mis padres y violaron a mi hermano? ¿¡Dónde mierda estabas, García, cuando ellos suplicaban piedad!? ¿Por qué no llegaste, echaste la maldita puerta abajo y salvaste a mi hermano de ser...? Hasta donde recuerdo, no estuviste ahí sino hasta cinco horas después, ¡cinco! Incluso cuando mi padre te llamó.

El rostro de Christian se deformó por la amargura. Aidan soltó una risita baja y dolida. En serio, ¿pensó que nunca iba a descubrirlo? Entrecerrando los ojos, hundió el dedo en su pecho, empujándolo.

—No me vengas con discursos moralistas. Eres un excelente policía, leal y honesto, te felicito. Pero cuando mi familia te necesitó, no estuviste. Así que guárdate toda esa mierda y no te atrevas a mencionar a mi hermano de nuevo.

Rodeándolo, Aidan fue hacia su vehículo. Encendió el motor y se puso en marcha. «Hijo de puta». Le costó toda su fuerza de voluntad no lanzarse sobre él para molerlo a golpes. Utilizar el asesinato de su familia, la violación de Glaw, en su contra... Aquello fue incluso más bajo que liberar a un pedófilo que estaría muerto al caer la noche.

Mientras conducía por la Carretera 75, con dirección a su apartamento, Aidan encendió el reproductor. La música estridente de Gallhammer<sup>[26]</sup> llenó el coche. Las voces de Vivian, Mika y Risa<sup>[27]</sup> aumentaron su cólera. El odio. Ellas siempre estaban sacando lo mejor de él. Liberándolo. Golpeó el volante y se detuvo frente a un semáforo en rojo. Emitiendo un suspiro, se sacó la molesta peluca negra, que comenzaba a fastidiarle y se soltó la liga de cabello, al igual que la asfixiante corbata. «¿No es más simple si te lo cortas? La verdad es que no te entiendo. Te hace ver femenino y además te causa

problemas casi siempre». El reproche de Samantha le hizo esbozar media sonrisa. Ella jamás lo comprendería, así como él nunca iba a cortarse el cabello.

El automóvil de detrás tocó la bocina. El semáforo ya estaba en verde. Aidan se concentró de nuevo en la vía y hundió el acelerador. Quería llegar a casa y descansar.

Después de media hora abrió la puerta del apartamento. Lo primero que se encontró fue el rostro de Thor, que lo veía con ojos suplicantes mientras babeaba a sus pies. Inclinandose, le acarició la cabeza y el perro le lamió la mejilla. Ah, demonios, ¿quién hubiera dicho que un *golden* crecería hasta convertirse en un monstruo peludo en tan solo un año? «Maldito O' Brian, ¿por qué te hice caso?». Aunque no podía quejarse, al menos Hannah ya no les temía.

—Buen chico —murmuró, yendo hacia el interior.

Dejó su maletín sobre el sofá y se dirigió hacia la cocina, por un vaso de agua. Sus pies se quedaron congelados, unidos al concreto, en cuanto vio a Hannah. Bailando al compás alguna canción de Celldweller, él ahora no podía recordar el nombre, mientras mezclaba algo dentro de la olla que estaba sobre la cocina. Por el aroma dulce de la vainilla pudo adivinar que se trataba de crema pastelera. Aunque eso no distrajo su atención de ella. *Toda ella*. Con un vestido similar al anterior, descalza y con el cabello ligeramente recogido, era la imagen más preciosa que hubiera visto en su condenada vida. Sobre todo porque sus movimientos torpes le otorgaban cierta sensualidad.

La música sonaba lo suficientemente bajo como para no oírse desde la entrada, pero inundaba la cocina. Sin quererlo, Aidan se halló a sí mismo viéndola con más interés del debido. «Páralo, ya». No pudo. Sus ojos continuaron concentrados en ella, siguiendo el ritmo de sus caderas que subían y bajaban en forma ondulante.

Hannah se giró y el tiempo se detuvo al mismo instante en que sus miradas se encontraron. Por un momento Aidan no pudo respirar, él se estaba poniendo duro *por ella*. Él. ¿Qué diablos estaba sucediéndole? Hannah inclinó la cabeza, llevándose un mechón de cabello detrás de la oreja que estaba roja, y el hechizo se rompió. «Solo estás cansado. Solo estás cansado. Solo estás cansado...». Se lo repitió hasta que comenzó a creérselo.

—Llegó temprano. —La menuda voz de Hannah le pareció distante.

Viendo el reloj de la pared, asintió.

—Terminé antes... ¿Qué es eso?

Hannah tembló ligeramente por su tono demandante. Aunque lo que en realidad la estremeció fue la visión de Aidan con un esmoquin desarreglado, en el que la blanca camisa se hallaba entreabierta y dejaba ver su perfecto y bien formado torso lleno de tatuajes. El cabello sobre los hombros y la corbata... Se le secó la boca de repente. Respirando hondo, se obligó a calmarse.

—*Cupcakes* de banana. Quería ponerles canela, pero como soy alérgica utilicé clavos. Espero que sepan bien. —Señaló la rejilla que estaba sobre la mesa—. Se están enfriando, ¿quiere?

Aidan alzó un hombro, despreocupado. Tenía los ojos brillantes, sin embargo, ella no sabía la razón.

—Voy a darme una ducha. —Incluso su voz sonaba afectada, ¿qué tendría?—. Huele bien.

Dándole la espalda, él se fue. Hannah quitó la música y retiró la crema de la estufa para luego pasarla por un colador y mezclarla con un poco de mantequilla. «¿Estará enojado?». Era lo más probable y quizá se debía a la música. Oh, bueno, ella no había querido ser curiosa; pero una vez oyó la canción que provenía del baño, mientras él se duchaba, y le gustó tanto que no pudo contener el deseo de buscarla. «A lo mejor no debí. Es muy reservado». Ya le pediría disculpas, por ahora...

Con un suspiro, Hannah se dedicó a decorar los *cupcakes*, uno por uno. Frunciendo los labios, fue dibujando círculos con la maga de boquilla rizada y espolvoreándolos con lluvia de chocolate amargo rallado. Le llevaría algunos a su gemelo, el próximo día de visita, además de los libros y el resto de las cosas. Solo rezaba porque no volviera a iniciar una riña; de lo contrario, no le permitirían verlo en mucho tiempo. Y la espera siempre resultaba dolorosa.

Odiaba tener que dejarlo solo en el instituto mental. Aunque sabía que era lo mejor para él, dada las condiciones, no podía evitar sentirse culpable. «Tienes que ser fuerte y valiente, Han». Ahora, más que nunca.

Deteniéndose, echó la cabeza hacia atrás para admirar su obra. Estaban

hermosos, tanto que pensó que no valía la pena comerlos. «Pero deben de estar deliciosos». Seguramente. Había alterado la receta, para darle su toque personal. «Solo una probadita, pequeñita, nada más...», negoció consigo misma. Vencida por la tentación, cogió uno y se lo llevó a los labios en el mismo instante en que Aidan cruzaba de nuevo la entrada de la cocina. Ahora con unos pantalones holgados de pijama y una franela de mangas cortas, tan ajustada que se pegaba a su piel todavía húmeda. Todo negro, como de costumbre y el cabello recogido.

Él arqueó una ceja, burlándose en silencio y Hannah se detuvo.

—¿Y está bueno? —preguntó, con ese tono divertido al que no se habituaba del todo.

—No lo sé, supongo.

Él pasó a su lado y tomó uno para sí. Lo mordió y esbozó media sonrisa.

—Sí, está bueno. —Se lamió el dedo del medio, que estaba machado de crema—. Me gusta y yo realmente odio las cosas dulces, con excepción de las galletas.

¿Eso era un halago? Sin saber qué hacer, le dio un generoso mordisco al suyo. La calidez del clavo junto con el sabor de las banana y el chocolate... Dios santo, esto estaba realmente bueno. Apretando los párpados, dejó que el sabor la llenara llevándola hacia su lugar feliz.

—Tienes...

Los dedos de Aidan sobre la comisura de sus labios le hicieron abrir los ojos. Con un gesto inocente, él se los llevó a la boca. Entonces Hannah entendió que tan solo le había limpiado. Y aun así, su rostro se calentó hasta el extremo de enrojecer. ¿Por qué le había tocado? ¿Importaba? No, sin dudas, cuando era lo más cerca que estarían alguna vez.

—Yo... —Las palabras murieron en su garganta.

Inclinando la cabeza, Hannah trató de esconder el rubor de sus mejillas. Demasiado tarde, Aidan ya lo había notado. «¿Por qué hice eso?». Él no tuvo idea, pero ¿importaba? La chica parecía estar a punto de sufrir un ataque cardíaco..., al igual que él.

«Esto no me gusta». Y le aterraba con una intensidad dolorosa. «Necesito

aire». Fingiendo indiferencia, terminó de comer lo que restaba de *cupcake* y salió de la cocina.

«No, lo que yo necesito follar». Más que nunca. Sexo loco, desenfrenado y salvaje.

Tenía que sacar a Hannah de su cabeza, por el bien de ambos.

Samantha abrió la boca, sorprendida de encontrarse con Aidan en su puerta. Con unos pantalones anchos y un suéter que ocultaba sus tatuajes, él parecía desesperado con esa mirada hambrienta que la hizo temblar.

—¿Qué...?

Sujetándola por la nuca, la atrajo hacia sus labios y la besó de un modo tan intenso que sus piernas flaquearon. Empujándola hacia adentro, él cerró la puerta con su mano libre y la llevó hacia el sofá. «Él no es así». ¿Cuándo fue la última vez que Aidan apareció en su puerta y se lanzó sobre ella como un león muerto de hambre? El recuerdo picó duro en su interior: la noche en la que se embarazaron. Entonces él había dicho tan solo dos palabras: «Te necesito». Y la tomó sin siquiera mirarle a la cara. Pero ella supo que estaba llorando, sintió sus lágrimas sobre el cuello.

Jamás preguntó que le afectaba tanto como para llevarlo a ella. Por norma, Aidan prefería irse con sus putas. Samantha, tristemente, era la última opción.

Rompiendo el beso, echó la cabeza hacia atrás y entrecerró los ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó, sin aliento.

Aidan negó, metiendo las manos dentro de su blusa y acariciándole la piel.

—Te necesito.

Oh, sí claro. ¿Y ella qué, no importaba lo que quisiera? Con vergüenza descubrió que todo lo que deseaba para sí misma era él.

—¿Y yo qué gano?

—¿Negocias conmigo por sexo? —murmuró contra sus labios, tratando de

besarla.

Ella se alejó, de nuevo.

—Sí.

Aidan bufó.

—Puedo irme con otra.

Por supuesto, sin embargo...

—Estás aquí. Viniste conmigo.

Haciendo rodar los ojos, Aidan gimió. Samantha pensó que se iría; en cambio, él se mantuvo sobre su cuerpo, aprisionándola contra el sofá. Rendido, suspiró.

—¿Qué quieres?

Esto era extraño. ¿Dónde estaba el truco? «No importa, solo tómallo». Esbozó una sonrisa vanidosa.

—Formalizar nuestra relación.

Su ceño fruncido le anunció que no tentara su suerte.

—Ni de joda. *No* hay una relación. Olvídalo.

Hizo el intento de levantarse. Samantha lo detuvo. Este giro inesperado no le gustaba ni un poco.

—Bueno, por una vez..., ¿podríamos hacerlo de frente?

Aidan entrecerró los ojos, analizando las probabilidades. Samantha esperó en silencio. Probablemente él se negaría, como cada maldita vez, pero ¿quién podía culparla por soñar? Quería verlo a los ojos mientras hacían... Lo que fuera que hiciesen, era su deseo poder mirar su rostro y oírlo pronunciar su nombre. «Dios, ¿es mucho pedir?». A estas alturas, comenzaba a creer que en efecto lo era.

—Está bien.

—Gracias. —No pudo disimular la emoción en su voz.

Él negó, serio.

—Esto no significa ninguna mierda, Sam. Lo sabes —aclaró—. Lo

necesito, es todo.

Una punzada de dolor la atravesó. Debería negarse, Aidan no iba a forzarla. No era de esa clase de hombres. ¿De cuál entonces? No, la pregunta real era: ¿por qué no se negaba? «Lo amo». Y él había estado ahí cada día, cuando lo necesitó. Aun cuando perdió a su bebé y lo culpó por ello, Aidan no la hizo a un lado.

—Lo sé.

Sin decir otra palabra apisonó sus labios con los propios, de inmediato Samantha los abrió para él. Aceptando la muda invitación, Aidan rodó la lengua hacia adentro para jugar con la de ella. Girando y retirándola de vez en cuando, la condujo despacio hacia el delirio.

Samantha suspiró removiéndose debajo de él, sintiendo cómo la erección de Aidan presionaba contra su vientre. Le gustaba mucho esto, aunque al final ni siquiera lo estuviera provocando. Él se retiró, para tomar aire.

—Vamos a la cama —murmuró.

Asintiendo, Samantha se puso de pie y lo guió de la mano, hacia el dormitorio. Aidan abrió la puerta encendió la luz y la atrajo de nuevo hacia sí.

—Tienes demasiada ropa —le dijo al oído.

—Tú también.

Con media sonrisa en los labios. Aidan se retiró el suéter y lo lanzó al suelo. Hizo lo mismo con la blusa de Samantha. Por un segundo, sus pecosos y pequeños pechos lo decepcionaron. ¿Por qué había esperado encontrarse con otra cosa? Un poco más grandes y con una sedosa piel dorada... «Sácalo de tu cabeza, ¡ahora!».

Empujándola suavemente, la hizo caer sobre el colchón. Los ojos curiosos de Samantha lo escudriñaron. Odiaba la intimidad que representaba mirarse a las caras, pero tenían un trato. «¿Desde cuándo rogamos por sexo?». Oh, bueno, tal vez desde que descubrió que estaba comportándose como un perturbado con Hannah. Eso no podía estar bien.

Tratando de sacar las aterradoras ideas de su mente, se inclinó sobre Samantha y la besó. Acariciándole el vientre, fue bajando la mano hasta encontrarse con la liga de sus pantalones. La introdujo y la rozó con los dedos,

consiguiendo arrancarle un suspiro. Samantha separó las piernas y él los introdujo entre los pliegues.

Se sentía cálido y húmedo.

—A-Aidan... —murmuró.

Su voz entrecortada tuvo un efecto contradictorio en él. Ignorándolo, acarició los labios inferiores en busca del clítoris. Samantha se removió ansiosa. ¿Por qué no lograba encender la maldita chispa? Quizá su mente estaba a punto de colapsar debido a tantas obligaciones o la edad estuviera afectándole. Como fuese, necesitaba esto. Ahora. Crudo y salvaje. Toda la jodida noche.

Trazando un camino que partía de su cuello, la besó hasta llegar a los pechos. Se lamió los labios y tomó uno en la boca. Tenían el tamaño correcto; pero continuaba esperando más. Mordió el delicado pezón rosa y lo jaló suavemente, haciéndola gemir y enviando una punzada directo a su entrepierna.

Sí, esto mejoraba.

Samantha apoyó su mano sobre la de Aidan y presionó para que la estimulación se hiciera más fuerte.

—Espera un poco —susurró—. No quiero que te corras.

Inclinándose hacia el frente, ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —Su tono se elevó, con molestia. Lo usual tratándose de Samantha— ¿Cómo que no...?

Él sacó la mano, obteniendo una nueva protesta de su parte y le retiró los pantalones junto con las bragas. Sacó un preservativo, se deshizo de su propia ropa y se lo puso. Luego le ofreció media sonrisa, a la vez que le separaba las piernas.

Era de este modo: sexo, sin contemplaciones ni romance. Animal. Una necesidad humana que debía ser satisfecha. Duro y rápido. Sin palabras bonitas ni falsas esperanzas. Solo placer.

Nada más.

Él le colocó una mano en el abdomen y la presionó aún más contra el

colchón mientras se frotaba contra ella.

—Entonces, ¿será así?

Aidan encogió un hombro.

—Siempre lo es —respondió con simpleza—. Es sexo, Sam, no amor.

Samantha comenzó a discutir. Se detuvo al sentirlo entrar en su cuerpo de una sola vez. Sujetándose el labio entre los dientes, evitó quejarse. Eso había dolido un poco. El malestar se desvaneció en cuanto Aidan se dedicó a moverse. Aunque era rudo, ella se aproximó cada vez más cerca a la orilla del abismo.

Como siempre: dominación pura, sencilla y satisfactoria.

Alargó la mano y le retiró el cabello que le cubría la frente. A pesar de encontrarse cara a cara, sus ojos no estaban mirándola. Aidan solo se concentraba en algún punto de su habitación, que tristemente no era ella.

La respiración entrecortada de ambos se entremezcló con los suaves murmullos de la satisfacción. Echándose hacia adelante, Samantha lo rodeó con sus brazos. Anhelaba sentirlo cerca, al menos ahora, mientras compartían este fugaz momento de placer. Aidan la mordió en el hombro, ahogando un gemido y apretó las manos en sus caderas.

«¿Por qué no puedes amarme?». Su doloroso pensamiento la llevó a aferrarse con más fuerza a él, como si de esa forma pudiera meterse dentro de su corazón.

En definitiva, Aidan era bueno, pero no para ella. Y a pesar de saberlo, Samantha no quería dejarlo ir.

—Mírame —suplicó, al borde del orgasmo—. Aidan, mírame, por favor...

Aidan unió sus frentes y fijó su mirada en la de ella. Los ojos de Samantha, pequeños y marrones, casi negros, por poco lo hacen retroceder. Por un instante, había esperado encontrarse con unos amplios y cafés claros, brillantes, serenos. Amables...

Tenía que dejar de imaginar tonterías.

Sumergiéndose una última vez en ella, Aidan la besó para contener sus gemidos. Y en aquel momento, mientras su preciosa y ansiada liberación venía

a él como una impetuosa tormenta, solo pudo pensar en un nombre: Hannah. Se mordió la lengua para no decirlo. Casi no lo logra.

La deseaba a ella, a la maldita chica. Él... Oh, jodido infierno. Esto no podía ser verdad.

Bajo el sol del mediodía, Hannah suspiró desanimada mientras veía a su perro corretear a un grupo de palomas por el parque. Aidan había pasado la noche fuera y ni siquiera le llamó para decirle cuándo iba a volver «¿Y qué esperabas? No te debe explicaciones. No seas idiota». Pero al menos le hubiera comentado alguna cosa, antes de huir del apartamento después de probar sus *cupcakes* de banana, los cuales terminó tirando a la basura gracias al dolor que le causó.

Cerrando los ojos, vio el horror en la cara de Aidan momentos antes de ir hacia su habitación por un suéter y salir sin siquiera pronunciar una palabra. Ella lloró, preguntándose si quizá lo había ofendido y pasó la noche en vela, esperándolo. Nunca llegó. Ya no importaba, ella no significaba nada en su vida. Solo una invitada. Ni siquiera eran amigos realmente.

La brisa le acarició las mejillas. Hannah frunció el ceño cuando una sombra le tapó la luz y sintió el cálido aliento de alguien jadeando sobre sus piernas. Asustada, separó los párpados y levantó el rostro. Se encontró con los ojos grises de uno de sus compañeros de clases. Zhenya Gusev le dedicó una amplia sonrisa, de esas que le iluminaban todo la cara, concediéndole un aspecto casi infantil.

Correspondiéndole, se llevó el cabello suelto detrás de la oreja.

—Hey, bonita —dijo, con ese marcado acento ruso que lo caracterizaba—. ¿Qué haces aquí?

Ella miró más allá de Zhenya, para cerciorarse de que Thor aún continuaba en el parque. Lo halló siendo acariciado por un par de niños.

—Traje a mi perro. —Señaló con el índice hacia su dirección.

Zhenya giró el cuello, luego de varios segundos volvió a concentrarse en

ella. Hannah vio hacia abajo, solo entonces notó a la hermosa perra que estaba junto a él. Llevaba puestos un vestido y un lazo naranjas, que la hacían lucir como un animal de peluche.

—¿También tienes un *golden*? —Zhenya alzó ambas cejas—. Qué coin... coincidencia. ¿Está castrado?

Hannah negó.

—No. Es un bebé todavía, Z.

—¿Cuántos años tiene?

—Uno y dos meses.

—Ah... —Él hizo rodar el *piercing* que tenía en el labio, con su lengua.  
—¿Cómo se llama?

—Thor.

Zhenya tomó asiento a su lado. Hannah se percató como el brillo del sol se reflejaba en su cabellera haciéndola parecer rubia. Era un hombre atractivo. Amable y colaborador, que siempre le hacía reír.

—Ella es Jelena —dijo, dándole una mirada a su mascota—. Pero le decimos Jel.

Hannah alargó la mano y le acarició la cabeza.

—Mucho gusto, Jel. —Silbó, llamando a su perro—: ¡Thor, bebé, ven con mami!

Zhenya rió. Hannah no entendió el porqué, aunque no valía pena molestarse, él siempre estaba riéndose. Por todo. De todos. Incluso de sí mismo.

Thor acudió a ella de inmediato. Tan pronto como vio a Zhenya, se echó a sus pies para que lo acariciara.

—¿Siempre hace eso? —preguntó, haciendo rodar la «r» en la lengua.

Hannah asintió.

—Sí. Es amable casi siempre.

—¿Casi?

Jel y Thor comenzaron a jugar, mordiendo la correa que la sujetaba. Zhenya la soltó y ambos comenzaron a saltar uno encima del otro.

—*Síp*. Excepto si me gritas, entonces se pone furioso y te ataca. —Se sujetó el labio inferior con los dientes—. El señor Sebastian lo entrenó, para que me cuide.

—Oh... Es un perro peligroso, ya veo.

No supo porqué rió, solo lo hizo. Y se sintió extrañamente bien. Zhenya era todo un enigma. Un veinteañero que actuaba como niño, y en ocasiones era demasiado maduro para su edad. Como si llevase todo el peso del mundo sobre los hombros, él se abstraía largos periodos de tiempo solo para regresar a su actitud despreocupada. Agradable. Cálido. Acogedor. Y sin embargo, había algo peligroso en él, en su mirada.

—Solo si me gritas o intentas hacerme daño.

Él se rascó la mejilla, que tenía una sombra de barba.

—*Nah*, yo nunca dañaría a una mujer. Y menos a una tan... *krasivya*<sup>[28]</sup>... —Dudó varios segundos—. Herrr... hermo... hermosa. Hermosa, como tú.

El rostro le ardió. Respirando profundo, Hannah trató de calmarse. Zhenya siempre estaba tratando de hacer conversación, y cuando la iniciaban se dedicaba a decirle ese tipo de cosas. Halagos a los que no estaba acostumbrada.

—¿Por qué no fuiste a la práctica ayer? —preguntó, cambiando de tema.

Él resopló, mirando al par de perros que ahora corrían por el parque.

—Tuve un pequeño inconveniente... —Se detuvo unos instantes—. ¿Me perdí de algo?

Hannah torció los labios antes de responderle.

—No, en realidad. ¿Quieres los apuntes?

—¿Me los envías por *What... Whatsapp*?

—No tengo tu número. —Buscó su teléfono dentro de su suéter y se le entregó—. Guárdalo.

Zhenya se quedó mirando la pantalla, con el ceño fruncido. Deslizó el

dedo por su ceja izquierda, donde tenía otro *piercing* y se giró para hablarle.

—¿Es tu hermana? —Señaló la fotografía que usaba como cubierta de pantalla—. No sabía que tenías una gemela.

Hannah le frunció el ceño. ¿Hermana? Oh, por favor, habría que ser ciego para no percatarse de que se trataba de un hombre. No sabiendo si sentirse ofendida o burlarse de su confusión, le ofreció una sonrisa cálida.

—Gemelo —aclaró—. Se llama Ian. Es muy guapo, ¿verdad?

Los ojos de Zhenya vacilaron un instante. Vio la foto, luego ella y otra vez la foto. Después de un minuto de silencio, asintió.

—Lo lamento, Hannah, creí que... —Respiró hondo—. Yo también tengo un gemelo... Tenía. Sí, tenía.

El corazón de Hannah se contrajo de la más absoluta tristeza. De repente, él ya no lucía tan contento. Guardó el número en la memoria de su celular y se lo devolvió. Después buscó el propio y lo giró hacia ella. Hannah se encontró con dos niños, de diez o doce años, sonriéndole a la cámara. Se encontraban entre una joven y hermosa mujer rubia y un pelinegro de ojos grises. Sus padres. Ambos chicos tenían las mejillas juntas y parecían igual de unidos como lo fueron Ian y ella una vez, antes de Mauricio.

—Se llamaba Yaroslav, pero le decíamos Slava. Y ella era mi madre, Nadezhda.

—¿Qué... qué les pasó?

Zhenya se encogió de hombros.

—Una pandilla los golpeó hasta la muerte. —Esbozó una sonrisa triste—. No importa, ¿y cómo es tu hermano? ¿Amable como tú?

Ya no. Tal vez nunca volvería a serlo. Negando, Hannah reprimió un suspiro.

—No. Tampoco la tuvimos fácil, nos encontramos con gente mala y... Dan ha cambiado mucho.

—Me imagino. —Zhenya silbó, llamando a Jel—. ¿Quieres ir por un helado? Muero de calor y mi culo comienza a sudar.

Riendo, Hannah se puso de pie y también llamó a Thor. ¿Por qué Zhenya le

hacía sentir segura y en paz? Nunca había hablado sobre su gemelo con nadie fuera de Miyuki y ahora, no obstante, lo estaba haciendo con él, como si fueran viejos amigos. «Porque conoce tu dolor», se dijo a sí misma.

Al parecer, todos los que conocía estaban manchados por un pasado cruel.

## CAPÍTULO 24

El silencio era incómodo, tanto que Hannah prefirió ver por la ventana del vehículo antes que continuar enfrentándose al rostro inflexible de Aidan y a sus ojos que la miraban con menosprecio. Justo como al inicio. Después del incidente con los *cupcakes*, él había vuelto a su actitud distante; solo que ahora le añadía una dosis de crueldad. La dejaba sola por largos periodos y le había confiado su entrenamiento a un irlandés pelirrojo que le parecía realmente aterrador y que se hacía llamar *Death*.

Aidan pasaba de ella como si de una leprosa sin remedio se tratase. Y era doloroso. Además de que había empezado a llevar mujeres distintas los fines de semana, todas pertenecientes a *Infernum*, con las que pasaba la noche haciendo ruidos que... Sin embargo, esta mañana él había decidido llevarla a la Academia Gastronómica Dubois, como al inicio...; salvo porque no quería ni hablarle y Samantha los había acompañado.

El teléfono en su pequeño bolso en forma de corazón, sonó. Con un suspiro, Hannah lo buscó, para leer el mensaje entrante.

*Z (henya):*

«Hey, bonita!

Buenos días, cómo estás?

T estoy esperando».

**Recibido: 18 de nov., 08:15 A.M.**

Sonrió, sin ser consciente de ello, mientras leía el mensaje. El inglés de Zhenya era extraordinario, a pesar de que a veces se confundía con algunas palabras, pero su ortografía... Bueno, al menos esta vez solo se había saltado los signos de puntuación. Colocando los pulgares sobre la pantalla, comenzó a responder.

*Yo:*

«Buenos días, Z.

Estoy bien, ¿y tú?

Voy en camino,  
creo que llegaré en  
20 minutos».

**Enviado: 18 de nov., 08:18 A.M.**

Presionó «enviar» y se removió incómoda en su asiento. Odiaba esta nueva-vieja lejanía. Era triste y le hacía sentir sola. Pero ¿por qué se quejaba? Fuera de Ian y sus amigos, ella no tenía a nadie más. Aidan no le apreciaba, como ella lo hacía con él. Tenía que olvidarlo y ser fuerte. Cada día, hasta que ya nada pudiera herirla.

Aidan tomó aire, antes de hablar. Cuando lo hizo, su tono gélido la atravesó como un cuchillo.

—Estaré fuera hasta Fin de Año. Me voy esta tarde.

—Pero eso es... es después de Navidad.

Pese a elevar una ceja, él no la miró. Aidan abrió la boca, pero Samantha se adelantó para contestar:

—Sí, ¿y qué?

«Que tontamente creí que pasaría conmigo las fiestas, como las últimas veces». Un nudo se le formó en la garganta, tragándose, ella negó. ¿Qué importaba? Estaría bien, siempre lo estaba. Había pensado en invitarlo para que le acompañaran a la institución y festejar junto a su gemelo; pero lo mejor sería invitar solo a Leo y Miyuki, tal vez a Zhenya. Nadie más.

Nunca más.

—Es que yo...

Samantha hizo rodar los ojos.

—Tú, ¿qué? Tienes dieciocho, no cinco. Eres una mujer, no una niña. Deja de ser malcriada.

—Sí..., lo lamento.

Su teléfono volvió a sonar. Desanimada, deslizó la barra de notificaciones para acceder al mensaje de su nuevo amigo.

Z (*henya*):

«Falta mucho? Dónde estás?

Quiero... Bueno, mejor t digo

cuando estés aquí.

Un beso, *solnyshka*».

**Recibido: 18 de nov., 08:25 A.M.**

Yo:

«Ya casi llego.

Gracias por... por el beso.

P.D: ¿Qué significa *solnyshka*? ».

**Enviado: 18 de nov., 08:27 A.M.**

Z (*Henya*):

«Pequeño sol ;)».

**Recibido: 18 de nov., 08:31 A.M.**

Hannah no supo qué responder. Él era tan dulce con ella que la confundía. Prefirió guardar su teléfono y no continuar pensando en los motes cariñosos.

Aidan apretó el volante, como si estuviera debatiéndose. Al final, movió ligeramente el cuello para poder verla.

—Lo lamento, sé que te gusta la Navidad y esa mierda; pero mi trabajo es más importante.

Golpe bajo. Los ojos le ardieron. Hannah parpadeó para no llorar. Él y Samantha tenían razón: ya no era una niña pequeña que necesitaba de su protección. Y más que eso, no les importaba a ninguno.

—Sí, lo sé. —Forzó una sonrisa—. No importa. Entonces..., cuídese, ¿bueno?

—Siempre.

Samantha se llevó el pulgar a los labios y se mordió la uña.

—Por cierto, ¿a dónde irás?

Él exhaló pesadamente.

—Pregúntale a Nick. Yo no estoy autorizado para decírtelo.

—¿No puedes o no quieres?

Aidan dejó salir algo similar a un gemido.

—Las dos. —Detuvo el automóvil—. Llegamos.

Hannah abrió la puerta.

—Bueno, hasta luego —dijo.

Él negó, con esa mirada fría e intensa al mismo tiempo que la llenaba de confusión.

—Te acompaño.

—Igual yo.

Asintiendo, ella no añadió otra palabra y se bajó del vehículo. No le salían y estaba segura que de intentarlo se echaría a llorar. Siempre supo que él no la miraría como a una mujer. Jamás. «Pensé que éramos amigos». Pero los amigos no se trataban con semejante indiferencia. Entendía lo del trabajo, no lo juzgaba. Con todo, había esperado ser considerada importante, al menos una vez. «Todo estará bien. Sonríe».

Callados, los tres caminaron hasta la entrada de la Academia Gastronómica Dubois era un lugar enorme y elegante. Un edificio altísimo, cubierto de espejos que reflejaban la belleza del jardín que envolvía la propiedad. Lujoso. Costoso. Aidan había conseguido que la admitieran pese a no tener ningún tipo de recomendaciones. Siempre se lo agradecería.

Y esperaba un día poder pagarle.

—¡*Malyshka*<sup>[29]</sup>! —Zhenya se lanzó sobre Hannah y la apretó con fuerza—. Estaba esperándote.

Mordiéndose el labio superior, ella correspondió sintiéndose aliviada. Zhenya tenía un efecto tranquilizador que no lograba comprender.

—Hola —respondió, a la vez que él se alejaba y le tomaba las manos—. La vía estaba congestionada, ya sabes cómo es.

—Y que lo digas. Yo no tuve problemas, vine en mi Ninja.

Aidan se paralizó al oír el marcado acento ruso del chico y su fastidiosa voz inconfundible. «¿Z?». No, esto no podía ser verdad. Pero lo era. Zhenya Gusev, el dolor de culo más grande del universo, estaba frente a él, jugueteando con las manos de Hannah como si fueran cercanos. Demasiado para su gusto.

Él elevó la mirada y en el instante en que sus ojos se encontraron, Zhenya esbozó una sonrisa maliciosa. «Coño, no». Esto no era bueno, no estaba bien. Él no podía...

Pero iba a hacerlo.

—¿McLaughlin? —dijo, pasando el brazo por la cintura de Hannah—. ¿Hamilton? ¡Jo!, pero qué sorpresa.

Por un momento, olvidó que después de lo de Tracy, Markus y Nicholas eliminaron la regla de utilizar máscaras en las reuniones para que cada miembro supiera a quién estaba confiándole su vida.

Zhenya la atrajo más cerca de sí mismo y olfateó disimuladamente el cabello de Hannah. ¿Por qué mierda ella no estaba alejándolo? La sorpresa abrió paso al enojo. Respirando profundo, luchó para calmarse. «No seas absurdo. Puede tocarla si quiere. Joderla, si le viene en gana. Todos los días. No es tu problema». El simple hecho de imaginarlos le causó náuseas.

—En vivo y directo —le respondió, con burla—. ¿Qué haces aquí?

—No, ¿qué hacen *ustedes* aquí?

Hannah, después de dos interminables minutos, asió la mano de Zhenya y la retiró de su cintura. Alejándose varios centímetros de él, respondió:

—Vivimos juntos. —Percatándose del doble sentido de sus palabras, se apresuró a corregir—: No juntos como... *juntos*. Sino... Es decir...

Zhenya alzó la comisura del labio.

—¿Él es el hombre que te está cuidando? —Entrecerró los ojos y silbó—. Vaya, ¿quién iba a decirlo? Son como papá y mamá, ¿eh?

Samantha negó.

—¿Qué, estás loco? ¡Claro que no!

Zhenya carcajeó. Hannah, sin embargo, los miró a uno y otro con el ceño

fruncido.

—¿Se conocen, de dónde?

Aidan se encogió de hombros.

—Infernum.

—Ah...

Fue el turno de Zhenya, para lucir confundido.

—¿Ella sabe sobre Infernum? —De nuevo, la «r» rodó en su lengua.

—Sí. *Vive conmigo*, genio, ¿qué esperabas? —Se aseguró de dejarle bastante claro con quien estaba la chica.

«Pero no está contigo», se recordó. Y nunca lo estaría. No podía enredarse con Hannah, de ningún modo. Eso lo convertiría en lo que más aborrecía. «Contrólate». No pudo. Zhenya la rodeó con su brazo, de nuevo, aunque ahora por los hombros. Eso encendió una chispa desconocida hasta ese instante. Quería golpearlo. No, llevarla al apartamento y no dejarla salir. Lo que fuera.

Si Zhenya no retrocedía, iba a deformarle la cara a golpes.

«¡Basta!». No podía ser estúpido. No él. Un pervertido idiota, eso era. Se odió más que nunca. Y aún sabiéndolo, la rabia lo cegó. Antes de poder detenerse a sí mismo, ya estaba hablando.

—Z, ven conmigo.

Él negó. Samantha, por otro lado, le frunció el ceño. Después se ocuparía de ella y respondería todas sus preguntas, por ahora lo único que le importaba estaba frente a sus ojos, con una expresión burlona.

—¿Qué, me estás jodiendo? Tenemos que irnos. Clases, Hannah y yo...  
¿*Ty menya ponimayesh*<sup>[30]</sup>?

¿Qué si entendía? Oh, el maldito mocoso no tenía idea. Lo que entendía era que si no movía el jodido culo iba a hacerle sangrar.

—Ven conmigo, *ahora*.

Bufando, Zhenya lo acompañó varios metros lejos de Hannah y Samantha. Cuando Aidan estuvo seguro de que ninguna los oiría, lo enfrentó.

—Aléjate de ella.

Su sonrisa socarrona solo consiguió enfurecerlo más.

—¿Por qué, te gusta? ¿No es suficiente con *Cherry*, que también quieres a mi princesa?

Cómo odiaba ese estúpido acento. Negó, con las manos vueltas puños. Pese a saber la verdad, no la admitiría. En absoluto. Ella era solo una chica y estaba bajo su cuidado.

—Aléjate. Te conozco, vas a herirla y Hannah me importa.

—¿Por qué?

—Porque está bajo mi protección. —Respiró hondo—. Ahora, sé inteligente y...

—Me *gusta* —respondió con simpleza—. Y si no estás interesado, sal de mi camino.

Aidan entrecerró los ojos.

—Te lo advierto.

—No. *Yo* te lo advierto. No te temo, Colmillo. Guarda tus garras y no me jodas.

Sin siquiera mirarlo, Zhenya regresó junto a Hannah, que lo recibió con una sonrisa. Una como las que solía darle a él.

Enojado y extrañamente dolido, Aidan se metió en su automóvil, llamó a Samantha, quien apenas se despidió del par de chicos, y se puso en marcha. No tenía por qué seguir viendo esto. «Putá mierda». Honestamente, ¿qué le importaba si resultaba herida o no? Ella no era su responsabilidad, solo una molestia de la que se libraría pronto. Sin embargo, en su interior, Aidan supo la verdad: ella, la única persona en todo el mundo que no debía, le gustaba.

Cuando se internaron en la carretera, con dirección al hospital donde Samantha trabajaba, ella se movió para enfrentarlo. Sus ojos entrecerrados lo acusaban, lo percibía. Podía verlo. «Aquí vamos», pensó con tormento. No estaba de humor y si Samantha lo empujaba terminaría pagándola con ella. Encendió en reproductor y puso *Nymphetamine*, de Cradle of Filth a todo volumen. Samantha, después de varios segundos, lo apagó.

Maravilloso. Ardería el infierno.

—¿Qué fue eso?

No le gustaba su tono.

—¿Qué fue «qué»?

Ella resopló, arrugando los labios.

—¡Eso! De no ser tú, y conocerte como lo hago, podría jurar que... estabas celoso.

¿Lo estaba? Sí, cada célula de su maldito cuerpo se moría de celos. Pero no era algo que admitiría con facilidad, prefirió creer que solo se preocupaba por ella. Que Hannah no era otra cosa que una carga insufrible, su obligación.

Rio por lo bajo, burlándose de Samantha.

—¿En serio?

—¡Sí! Es que..., ¡por Dios, te hubieras visto! Tenías esa mirada asesina que pones y... parecías a punto de lanzarte sobre Z.

—Imaginas cosas.

Dobló. Gracias al cielo, el hospital estaba cerca. Si Samantha volvía a gritarle, él perdería el control.

—¿Crees que soy idiota? ¡No-imagino-nada!

Aferrándose al volante, aceleró. «Uno..., dos..., tres... No pierdas la calma... Cuatro..., cinco...». Inhaló hasta que los pulmones le dolieron, para serenarse.

—Explícame, ¿qué te importa si Z se la folla o no? ¿Olvidaste que sé leer los labios? ¡Lo amenazaste!

—No me grites, Sam.

Ella se mofó.

—¡Ah, perdóname! Pero resulta que mi hombre se preocupa más por una huérfana de mierda que por mí. ¡Lo lamento, qué idiota soy!

Frenó de golpe, frente al hospital. Se giró y la encaró con los ojos entrecerrados.

—No te equivoques. No somos nada. Solo sexo —le recordó—. No me

empujes, Sam, porque no será bueno para ti.

—¿Y qué vas a hacer, golpearme?

—Nunca te he puesto una mano encima.

Ella se rió.

—¡No, solo me dejas tirada cuando más te necesito! ¿Recuerdas? «Eres una histérica, Sam. No vas a manipularme. ¡Me largo!», ¿te suena?

Por supuesto. El recuerdo lo apuñaló en su alma. Volvió a verla, como en sus pesadillas: con el vientre hinchado, sobre un charco de su propia sangre. Llorando.

De haberle creído sobre sus dolores, el hijo de ambos estaría vivo justo ahora. Con él. Era su culpa, lo sabía.

—También era mío.

Se corrió la camisa, para que pudiera ver el nombre de su hijo, tatuado en el pecho con los de sus padres y hermano. Su familia. Su corazón.

—Eso no te detuvo.

—¡No quería que pasara! —Golpeó el volante con las palmas de las manos—. ¿Crees que me hace feliz? ¡Era mío, mi maldito bebé, y se murió! Y he tratado de remediarlo desde ese día, pero ya no puedo. No quiero.

—¿Qué?

—Estoy hartó.

Ella alargó la mano casi con miedo y lo tocó en el hombro. Aidan la alejó. No se sentía en control de su propia vida. Como el agua entre los dedos, todo se le escurría de un modo irremediable.

Habían iniciado con su familia y más tarde su bebé. Madeleine y el hijo de Leo. Y ahora Hannah. Perdía todo lo que consideraba importante. Y de no haber sido fuerte, se habría quebrado delante de Samantha, llorando como un niño pequeño.

—¿Qué dices?

—No te amo, Sam. Quizá al principio te quería; ya no. No más.

—No... —Tragó, con los ojos cristalizados—. No entiendo.

—Esto es enfermó. No te amo. Sé que lo de Eirian fue mi culpa. Lo maté. Y tú me odias por eso, ¿por qué mierda te aferras a mí?

—Porque te amo.

Se esforzó para no reírse de su absurda lógica.

—Hasta yo, que no sé nada al respecto, me doy cuenta de que no se trata de amor. Me odias y yo no te soporto. —Tomó aire—. El sexo es bueno, pero te hago daño, y lo lamento. Se acabó.

—¡No! ¿Qué? No puedes —empezó a decir—... Vamos a solucionarlo, Aidan. Por favor...

—No entiendes. Lo digo en serio, Sam: ¡estoy hartó!

La sorpresa y el dolor que se reflejaron en los ojos de Samantha casi lo hacen ceder. Pero no podía volver sobre sus pasos, nunca más. Debió haber acabado con eso hacía cinco años, después de su primer encuentro sexual. O al menos poco después de que su bebé murió. Como fuera, había dejado correr el agua más de lo necesario y, ahora, tenía que asumir las consecuencias de su patética debilidad.

Randall de seguro se revolcaba en su tumba. Había desobedecido cada uno de sus consejos y actuado en contra de todo lo que le enseñó.

—A-Aidan, no... Yo... yo... lo lamento, de verdad.

Negó.

—Se acabó.

Ella sollozó.

—No... no puedes...

Pero ya no había vuelta atrás.

## CAPÍTULO 25

Hannah recorrió con los ojos la Sala de Visitas, que se encontraba casi llena, y sonrió. Leo, Miyuki; Yutaka y su novia, una rubia gótica que se hacía llamar Raven; Gemma, Carla y Zhenya... Todos, excepto Aidan, estaban rodeándolos a ella y su gemelo, queriendo hacer de su día especial uno inolvidable.

«Gracias». Las palabras se atoraron en su garganta al oír la risa suave de Ian, cuando Leo hizo uno de sus habituales chistes sin sentido. «Son maravillosos». Y los amaba. Formaban parte de su vida. Su nueva familia. Lástima que... Tenía que dejar de pensar en ello, por su propio bienestar. Ahora solo tenía que concentrarse en una cosa.

No podía permitir que Aidan continuara ocupando la mayor parte de sus pensamientos. Ya no, cuando la había echado a un lado como a un trasto sin valor.

Nunca más.

Sería fuerte, como no lo fue antes. Nada le afectaría ni derrumbaría. No iba a llorar.

Apretando los párpados, respiró hondo para que las lágrimas no brotasen. «Es un día especial», se recordó. Dieciocho años. Finalmente podía considerarse una mujer.

—¿Qué ocurre? —Ian murmuró sobre su oreja—. Estás callada y triste.

Hannah alzó la mirada y se encontró con sus ojos inquisitivos y severos. No había rastro del niño dulce al que Mauricio raptó para vender como prostituto. Ese que estaba ahí era todo un hombre. Mucho más alto que el año anterior, ahora casi llegaba al metro ochenta; mientras que ella se había quedado diez centímetros más abajo. ¿Acaso tenía lógica? Eran gemelos, y sin embargo, él estaba abandonando ese aire femenino que lo caracterizó desde la infancia para abrirle paso a una sensualidad masculina que resultaba fascinante incluso para ella. Mucho más corpulento y con la cabellera llena de

suaves ondas que le enmarcaban el rostro... Estaba orgullosa del hombre que era. Una pena que jamás volvería a ver esa sonrisa dulce en sus labios. Que nada sería como al principio. Y le dolió.

Alzó la mano y golpeó suavemente la nariz de botón de su gemelo.

—Solo pensaba. —Fingió una sonrisa—. Espero que no te moleste que los haya traído.

Ian negó.

—Son agradables.

—Me alegro... —Titubeó durante varios segundos—. ¿Sabes cuándo te darán de alta?

Él alzó un hombro, con desinterés.

—A este paso, nunca.

—Dan.

—¿Qué? Lo he jodido un par de veces y ya sabes cómo son las cosas —admitió—. Fui prostituto y soy adicto, la combinación perfecta. Estoy demasiado jodido.

Hannah suspiró, antes de soltar una risita baja y adoptar una actitud seria.

—No digas eso. Vas a salir, solo tenemos que...

Él movió la mano, restándole importancia.

—¿Y tu Señor Vampiro?

La sola mención de Aidan agitó el dolor. Esa era una buena pregunta. No tenía idea. Él no lo había mencionado, tan solo se fue sin decirle una palabra. «Respira. No llores». Le estaba costando toda su fuerza no hacerlo.

—Está ocupado. Sí, eso..., ya sabes.

Ian la miró fijamente a los ojos, durante un minuto demasiado largo. Después exhaló con pesadez, acariciándole la mejilla.

—Lo quieres, ¿verdad?

Su pregunta la sobresaltó.

—Sí, ya sabes..., ha sido bueno conmigo y...

Negando, Ian le colocó el cabello detrás de la oreja.

—No. Lo *quieres*. Te gusta. Estás enamorada de él.

Apretándose el labio inferior entre los dientes, asintió avergonzada por completo.

—¿Estás enojado?

—¿Contigo? No. ¿Con él? De estar aquí, intentaría matarlo. —Dejó salir una risita baja—. ¿Lo sabe?

—No...

—Bien. Eso es bueno. —Desvió la mirada hacia el grupo que continuaba riendo—. Creo que le gustas.

—¿A quién?

—Z —dijo—. No deja de mirarte. ¿Eso es un problema, debo ir sacarle la mierda a golpes o algo por el estilo?

Hannah hizo rodar los ojos. ¿En serio? Desde que fue rescatado, Ian lo resolvía todo a golpes. Era como un niño enojado con el mundo que deseaba vengarse. «¿No lo harías tú?». Tenía derecho de estarlo, de querer desahogarse. Lo habían humillado, herido y roto su voluntad hasta convertirlo en una versión oscura de sí mismo. Aterradora.

—¿Cómo crees? Solo somos amigos.

—*Ah-ha*. —Señaló hacia un rincón, donde no había nada—. Oh, mira: el unicornio rosa que pediste cuando cumplimos ocho.

Riéndose, Hannah lo golpeó en el estómago. Nada grave. Fue el turno de Ian, para hacer rodar los ojos.

—Eres cruel —le dijo ella.

—De nada.

—Dan.

—¿Qué? —Se mordió el labio superior, un momento—. ¿Vamos? Tu *amigo* está mirándome como si quisiera matarme.

—Solo es mi amigo.

—Eso dije. A-mi-go.

Meneando la cabeza, Hannah lo asió de la mano. Mientras se acercaban a los amigos de su hermana, Ian se concentró en Gemma. Ella estaba realmente hermosa sin la bata médica y ese ajustado pantalón que se aferraba a sus curvas peligrosas. Una contradicción, dado el aspecto casi infantil que le concedían sus coletas bajas. Ella se lamió los labios mientras hablaba con Miyuki, e Ian siguió el movimiento de su lengua con atención.

Le gustaba, tenía que admitirlo, con la misma fuerza que le hacía desear romperla. Otra contradicción.

Aún no entendía por qué no dejaba de ser su psicólogo, por mal que la tratase, por grosero que fuera. Incluso cuando le había besado un par de veces e intentado tocarla otras más. Ella se retiraba al inicio, pero siempre volvía con una determinación impresionante. La última vez, incluso, lo había retado. «Sé que debajo de esa actitud cruel hay un chico bueno y dulce que anhela ser liberado. Permíteme ayudarte, Dan», le había dicho, haciéndolo reír. Sin embargo, la verdad era que no se equivocaba.

Quería libertad, por dentro y por fuera, absoluta.

«Eres testarudo. Yo lo soy más. Siempre consigo lo que quiero. Mis padres me enseñaron a no rendirme. Y voy a ayudarte, quieras o no». Sonrió ante el pensamiento. Algo le decía que era verdad: Gemma Russel jamás tiraría la toalla. Y él no quería que lo hiciera, por mucho que tuviera ideas contradictorias y esos deseos enormes de quebrantarla.

Soltando la mano de Hannah, se detuvo junto a Gemma. Ella le ofreció una de esas sonrisitas que no sabía descifrar. ¿Cariño verdadero o lástima? ¿Seducción o engreimiento? No lo sabía, pero cuando fijaba sus ojos azules en él sentía que podía verlo todo en su interior. Su alma torturada que pedía a gritos ser salvada. Y eso le parecía espantoso.

Ella lo veía todo de él, sin dejar escapar nada en absoluto. *Todo*, sin máscaras. Al verdadero Ian: el hombre asustado que todavía era un niño.

—Hola —murmuró sobre su oreja.

Le ayudaba que fuera varios centímetros más baja que él. La sintió estremecerse, aunque no perdió el control de sí misma.

—Hola —respondió, buscando en su bolso. Le extendió un paquete

rectangular, forrado en papel azul—. Quizá no sea *tan* apropiado, pero será nuestro secreto. Feliz cumpleaños.

Dudoso, lo tomó y le retiró la envoltura. Un libro. No cualquiera. La edición en tapa dura de su favorito: *Mister B. Gone*<sup>[31]</sup>, de Clive Barker. El recuerdo de su cautiverio picó duro en su interior: fue lo único que lo mantuvo cuerdo durante los primeros meses de adiestramiento. Su primer oasis. Lo había robado a uno de sus clientes, un calvo bajito y musculoso, que lo ató a una pared para... Mierda, luego de eso había obtenido una nueva paliza; pero no fue nada comparada con la satisfacción de poder leer como antes.

Siempre que le tocaba un cliente que parecía «culto», revisaba sus pertenencias y le quitaba un libro, si lo llevaba consigo (jamás lo entendió. ¿Para qué querían libros, si lo que harían era violarlo hasta sangrar? La gente era idiota y extraña, tan solo eso). Así fue como se enamoró del Terror, el Gore, la Novela Negra y el Horror. Odiaba la Erótica, el Romance y la Fantasía. Sobre todo esta última, porque descubrió durante el tiempo que fue prostituido que los mundos mágicos no existían. Los sueños nunca se hacían realidad.

—¿Cómo...?

Ella lo miró orgullosa.

—No eres el único que deduce cosas importantes con tan solo una mirada, ¿uh? —rió—. Soy psicólogo, simplemente supe que te gustaría.

—Pero es mi favorito.

—Suerte. Y tengo tanta que también conseguí *Out Are the Lights*<sup>[32]</sup> —añadió, entregándoselo.

No se lo creyó ni por un segundo. Hannah tuvo que haberle ayudado. Con todo, su gesto logró conmovirlo. ¿Por qué Gemma era buena, aun cuando él se comportaba como un cretino? Carecía de lógica.

—Gracias.

Restándole importancia, ella se soltó la cabellera y sus suaves ondas rubias le cayeron sobre los pechos. Ian no pudo evitar mirarlos. Esta mujer era fascinante.

Zhenya dijo algo que no entendió, por estar distraído mirándola.

Concentrándose entonces en él, habló:

—¿Perdona?

Zhenya rodeó a Hannah por los hombros. Su mano cayó peligrosamente cerca del pequeño escote de su blusa. Si no la retiraba en los próximos dos segundos iba a quebrársela. Para su fortuna, él se percató de su desliz y la movió hacia el brazo de su hermana.

Mejor. Mucho.

—Que si hay alguien que te guste, en este lugarr.

Alzando una ceja, miró a Gemma y sonrió.

—No, aquí todos están locos.

—¿Tú lo estás, debo asustarme por mi chica o algo? —Leo abrazó a Miyuki, fingiendo protegerla.

Ian negó.

—No, qué va. Yo solo estoy *jodido*. —En todo en el sentido de la palabra.

—¡Dan! —Hannah lo regañó.

—Ya, lo siento. Quise decir que estoy de *vacaciones*.

El grupo rió.

—Enton... entonces, ¿ninguna chica? —insistió Zhenya.

¿Por qué le preocupaba ese repentino interés?

—Tal vez.

Sus ojos se abrieron por la curiosidad.

—¿Y es guapa?

De nuevo, su mirada voló hacia Gemma.

—Sí. Y tiene unos labios muy suaves y dulces.

Ella vio hacia el techo, enojada y bufó. Ian reprimió el deseo de echarse a reír.

—No, ¿en realidad? El contacto íntimo entre *vacacionistas* está prohibido. —De forma disimulada, le rozó la mano, ella la alejó—. De todos modos, no

hay nadie de mi tipo, acá.

—¿Y cuál es tu tipo? —preguntó Miyuki.

¿Honestamente? Ninguna. En este punto, odiaba a las mujeres y hombres por igual. Había tenido suficientes pechos, vaginas y penes como para hartarse. Aunque Gemma... «Para esa mierda». Ella no le importaba. No la deseaba.

Pero lo hacía.

—Viejas millonarias, con látigos y pollas de goma.

El rostro de Hannah pasó de la calma absoluta a la sorpresa y el horror. Completamente roja, ella abrió los ojos más de lo normal.

—Dan, por favor...

Él bufó.

—Ya, lo lamento. Solo bromeaba.

Zhenya y Leo rieron.

—¡Eres muy convincente, hombre!

Sí, claro. Ese ruso idiota no tenía una miserable idea.

—Deberíamos ir encendiendo las velas del pastel. Nuestra hora se acaba —anunció Carla.

Todos asintieron. La tradicional canción de cumpleaños dio inicio. Y mientras se inclinaban sobre la mesa, para soplar, los gemelos tuvieron el mismo deseo: poder estar juntos otra vez.

# **TERCERA PARTE**

## CAPÍTULO 26

*Un año y un mese después.*

Aidan apoyó los codos sobre la pulida mesa de madera y cruzó los dedos debajo de su barbilla, para hacerla reposar. Alzando una ceja, miró a través de las oscuras gafas de sol al *Sovietnik*<sup>[33]</sup> de la *Bratva*<sup>[34]</sup> en New Jericho. Fyodor Demíдов. Un ruso alto y fornido, de soberbios ojos verdes, que trataba a todos como a la mierda.

A su lado, Zhenya se removió inquieto. Aidan quiso golpearlo. Se contuvo. No podían echarlo a perder, no después de haber estado trabajando durante mucho tiempo para ganarse su confianza. Cuatro jodidos meses comprándole menores de edad para prostituirlos. Chicos y chicas. Claro que los devolvían a sus familiares, si estaban vivos, o los reasignaban en casas de adopción; algunos incluso se quedaban en Infernum para ser entrenados. Pero estaba harto de este juego. Quería pararlo de una vez y si Zhenya lo arruinaba, iba a matarlo. Si sobrevivían, por supuesto.

Le hubiera gustado traer a Leonardo consigo, habría resultado peligroso. Por ahora, se trataba de ellos dos, nada más.

Dándole un ligero codazo a su compañero, le indicó que mantuviera la calma. Sinceramente, ¿por qué tomó al chico bajo su cuidado? Oh, sí, ya se acordaba: en un inesperado ataque de emociones absurdas, cuando lo vio demasiado cerca de Hannah. Y por «demasiado» se refería a que se encontraba encima de ella, toqueteándola... «¿Dónde quedó eso de “mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca”, ¿eh?», se burló. Hasta ahora, no le estaba funcionando, en absoluto. Y de todos modos, ¿qué le importaba lo que ese par de chicos hiciera? Pero lo hacía. Y por ello trataba de mantener a Zhenya y sus manos inquietas en su campo de visión. Además no negaría que era un buen subordinado, que se había graduado con honores en Infernum.

Chernobog<sup>[35]</sup>. Ese era su sobrenombre y si se lo preguntaban, Aidan era capaz de asegurar que le hacía justicia. «Pero *Grano en el Culo*, le habría quedado mejor», se dijo. Eso era y siempre sería, al menos para él.

Se inclinó hacia Zhenya y le murmuró al oído que se negara a la última proposición del *Sovietnik*. Si bien su ruso era perfecto, tenía que fingir que no era capaz de entender ni una palabra. Ahora él se llamaba Joshua Collins y era un traficante de Manhattan, proxeneta y dueño de una compañía de importación y exportación de pieles, que había venido a New Jericho por mercancía.

—¡*Nyet*<sup>[36]</sup>! —La voz de Zhenya resonó en medio del inquietante silencio.

Aidan se echó hacia atrás, en una actitud relajada, y simuló una media sonrisa. Esto estaba tomando su rumbo.

Fyodor apretó los dientes.

—¡*Ya tebya ne*<sup>[37]</sup>!

Ese era el plan. Zhenya se volvió hacia él, como si pidiera su aprobación. Aidan inclinó la cabeza, en señal de consentimiento.

—*On khochet snachala uvidet' tovar*<sup>[38]</sup> —respondió señalándolo con un gesto indiferente.

Fyodor negó.

—¡*Nyet, nyet, nyet! Eto ne sdelka*<sup>[39]</sup>.

Por supuesto. No obstante, Aidan era el maestro titiritero que manejaba las cuerdas. Estaba haciendo bailar al diablo ruso a su propio ritmo, y él ni siquiera de percataba.

Zhenya tradujo para él. Negando, Aidan puso cara de malos amigos y le ordenó a su compañero que le hiciera saber a Fyodor que no planeaba seguir adelante con su asociación. Él y sus doscientos millones de dólares se irían con alguien más.

—*Delayte, kak vam nraivitsya*<sup>[40]</sup>. —Ambos hicieron el ademán de levantarse—. *My ukhodim*<sup>[41]</sup>.

Echándose hacia adelante, Fyodor los detuvo.

—¡E... esperen! —Su voz sonó ahogada—. Está bien. Voy a mos...

mostrar mercancía, pero necesitar un adelanto.

Oh, con que ahora hablaba inglés. Un detalle encantador, después de pasar todos esos meses jugando a los traductores sin oficio.

—¿Cuánto? —Aidan se mantuvo impasible.

Fyodor ladeó la cabeza, llamando a uno de sus hombres con la mano. Consultó con él, discutió con el otro y al final lo enfrentó con una sonrisa altanera.

—Cin... cincuenta.

Sí, como no. «Y de paso me pongo de rodillas para que me jodas, ¿verdad? Tarado». Negó, empujándose los anteojos con un dedo.

—Treinta.

—¿¡Tri... treinta!? ¿Está loco? —Fyodor bufó—. Quieres ver mercancía, buena, sin comprar. Necesito adelanto. Cincuenta.

Buen punto. Aparentó debatirse entre varias posibilidades.

—Treinta, ruso. Tómalo o déjalo. —Miró a Zhenya—. Mis doscientos millones y yo podemos irnos con las Triadas o la *Yakuza*, incluso los colombianos. De todos modos, putas jóvenes y droga puedo conseguir en otra parte.

—¿Qué? Lento. Más. Más lento.

Resopló, haciendo rodar los ojos.

—Motka —le dijo a Zhenya—. Traduce.

Él obedeció. Fyodor se lo pensó varios minutos. Al final, movió la cabeza de forma afirmativa.

—Tri... treinta.

*Bingo*. Extendiéndole la mano, preguntó:

—¿Tenemos un trato?

Fyodor se la estrechó, amistosamente.

—Trato. El lunes, Mar de Plata. Trae dinero.

—Por supuesto, ruso. —Hizo una inclinación de cabeza—. Nos vemos.

—*Da svidániya*<sup>[42]</sup>.

Erguido y con paso seguro, se encaminó hacia el automóvil en el que había llegado junto a Zhenya. Una vez adentro, cuando estuvieron lo suficientemente lejos y seguros de que nadie los seguía, se retiraron las pelucas y las lentillas de contacto. Los sacrificios que hacían para poder acabar con el tráfico humano, al menos por parte de la ramificación de la *Bratva*. El resto de los grupos estaban encargándose de los japoneses, chinos e italianos. Eso, además de los proxenetas de bajo perfil y las pequeñas pandillas.

Era increíble el modo en que se había disparado la delincuencia en los últimos meses. No podían con todo y sus subordinados estaban muriendo. Al igual que los policías.

Inusual y aterrador. Mucho.

Mientras Zhenya hundía el acelerador, internándose en la autopista que comunicaba el estado de *Black Bride* con *St Louis*, las palabras de Tracy volvieron a su mente. El horror que deformó su bonito rostro antes de morir. «¡Nunca traicionaría a mi padre! —Había gritado, en medio del dolor—. ¡Nunca, nunca!». Por supuesto, él no le creyó. Sobre todo porque llamó a Nicholas para preguntarle sobre su supuesto parentesco con la chica y este lo negó todo. «Trabajamos para el gobierno. ¡Somos peones! Y todas estas muertes las ha causado uno de nosotros, pero no fui yo. ¡No soy yo!». El tono afectado, las lágrimas en sus ojos... La puta casi logró convencerlo. Casi. Pero él no se dejaría engañar por una perra traidora que había llevado a la muerte a una de sus mujeres y dejado huérfano a un niño.

Él no. Jamás.

Y no obstante, ahora dudaba de sus actos. ¿Y si había asesinado a una mujer inocente? Si Tracy estaba en lo cierto, él... «¿Qué mierda voy a hacer?». Prefirió dejarlo de lado por ahora y concentrarse en su misión.

—¿De dónde vamos a sacar treinta millones? —La voz de Zhenya lo devolvió a la realidad.

Viendo hacia arriba, hastiando del chico, maldijo.

—De ningún lado. ¿En todo este tiempo conmigo no has aprendido nada?

—Eh... *Nop*.

No le hizo gracia. Bufando, se cruzó de brazos.

—Entonces quizá tenga suerte y mueras el lunes.

Zhenya carcajeó.

—¿Por qué me odias tanto?

Oh, bueno, él tenía un montón de razones: era un cabrón insolente e insoportable, que no se sometía a su autoridad. Lo desafiaba todos los días, sin descanso. No dejaba de reírse como un retrasado mental y... La verdad era que le enfurecía que fuera tan cercano con Hannah. Pero eso no lo admitiría ni estando a punto de morir.

—¿Honestamente? No es nada personal. Odio a todo el mundo y tú eres un dolor de cabeza del tamaño de un asteroide.

Zhenya lo miró en silencio durante varios segundos. Una sonrisa maliciosa se trazó en sus labios.

—¿Nada más? ¡Hombre! —Arrastró la maldita erre con la lengua—. Creí que era por Han o algo así.

—¿Hannah?

Él confirmó con la cabeza.

—Sí. Pero en vista de que no te importa, te informo que pasaré por ella *esta* tarde.

Le costó toda su fuerza de voluntad no herirlo. Zhenya estaba probándolo. «No. Él está retándote». ¿Aceptaría? ¿Por qué hacerlo? Ella no era su problema. Estaba harto de repetírselo. Alzó un hombro, viendo por la ventanilla.

—*No* la embaraces. —Las palabras brotaron con rencor, Zhenya no se dio cuenta de ello—. Quiero que termine su carrera.

Él volvió a reír.

—Por si... su... supuesto. Yo también.

Ese fue un golpe bajo. Aidan no supo el porqué, sin embargo, le dolió.

Al cabo de tres horas estuvieron de regreso en New Jericho. Zhenya lo dejó en el estacionamiento donde tenía guardada su vieja Ducati y se

separaron. Aidan se dirigió a su apartamento. Durante el camino no pudo evitar pensar en Hannah, en la hermosa mujer en que se convirtió. Un metro setenta centímetros, pechos abultados y firmes; cintura no tan estrecha y caderas anchas, piernas largas; quizá con cinco o seis kilos extra. O Diez... Y un rostro de muñeca de porcelana china. Pero lo que más le impresionaba era su nueva actitud, el modo en que cambió en tan solo un año. Como una larva que se transformó en mariposa, ella dejó de ser la niña miedosa que rescató de la esclavitud. Más segura de sí misma e independiente, ella lo hacía sentir confundido.

Oh, diablos. Le gustaba. Le gustaba mucho. Y lo enfurecía saber que estaba entendiéndose con un imbécil como Zhenya. «Solo amigos, ¡bah!». No soportaba la idea de esos dos juntos. «Deja de ser idiota. Eres un hombre, no un adolescente celoso». Mierda, ¿esos eran celos, estaba reconociéndolos? No. En absoluto.

Jamás.

Dejó la Ducati en el estacionamiento del edificio y se metió al elevador. Cuando llegó a la puerta de su departamento vaciló antes de tomar el pomo. «¿Qué pasa conmigo?». Quizá la falta de sueño estaba afectándole. Sí, eso debía de ser.

Abrió. Thor lo recibió saltándole encima para lamerlo. Aidan no pudo evitar sonreír. El perro seguía sin gustarle y con todo no podía imaginarse sin él. Ya no. Al igual que Hannah, completaban su vacía existencia.

—Eso —dijo, rascándole la oreja—. Buen chico... Buen chico. También te extrañé.

Después de besarlo en la cabeza, continuó hacia el cuarto de baño, de donde Hannah recién salía. Aidan no pudo respirar al encontrarse con ella, envuelta en una pequeña toalla, con el cabello completamente mojado y los labios rojos y temblorosos. Desvió la mirada y tragó duro.

—Disculpa, acabo de llegar. —¿Por qué estaba dando explicaciones y disculpándose si era su casa, después de todo?—. Deberías ir... —Señaló con la cabeza, hacia las habitaciones.

Hannah tembló por completo, por el tono ronco que adquirió la voz de Aidan. ¿Estaba enojado o era una simple gripe? Con él jamás se sabía. Asintiendo, se esforzó para no inclinar la cabeza como hubiera hecho dos años

atrás. Ahora ella era una mujer. Tenía diecinueve años y entrenamiento marcial. No era más esa niña temerosa que se ponía en el suelo para ser pisoteada. Y aun así, cada célula de su cuerpo se estremecía cuando él le hablaba. Cuando sus ojos azules la veían, cubiertos por esa sombra que no sabía cómo descifrar.

—Sí —respondió.

Evitó correr, aun cuando sus piernas se lo exigían. Cerró la puerta de su habitación y tomó asiento sobre la cama. «Respira», se recordó porque había olvidado hacerlo.

Su teléfono sonó. Tomándolo, ella accedió a los mensajes.

*Z (henya):*

«¡Buenas tardes, solnyshka [\[43\]](#)!

Acabo de llegar a casa.

Fue un fin de semana largo,

gracias al señor

Cara-de-Culo-Insoponible.

Tomaré una ducha.

Pasó por ti en una hora.

Un beso».

**Recibido: 09 de feb., 3:45 P.M.**

*Yo:*

«¡Hola! Me alegra que estés bien.

Descansa, podemos salir mañana :)».

**Enviado: 09 de feb., 3:47 P.M.**

*Z (henya):*

«¿Qué? ¡No! Estoy bien.

De verdad, quiero verte :\*».

**Recibido: 09 de feb., 3:50 P.M.**

Yo:

«Está bien.

Nos vemos en una hora :\*».

**Enviado: 09 de feb., 3:53 P.M.**

Presionó «enviar» y se fue hacia el armario por el vestido que usaría. Sonrió pensando en lo mucho que había mejorado la ortografía de Zhenya, y se sintió orgullosa de haberle ayudado con eso. Después de todo, era lo que hacían los amigos. «Han, en serio, ¿no has notado que quiere algo más que ser tu *amigo*? Te mira como si fueras una diosa o una mierda de esas. Te amo, lo sabes, y Z no es mi favorito; pero tienes que hacer algo. ¿Te gusta? Sal con él. ¿No te gusta? Déjase *muy* claro. Destrózalo, sé cruel. Lo superará». La voz de Ian llegó a su mente como una reprimenda justificada. Por supuesto que lo notó, desde hacía varios meses; sin embargo, no era capaz de corresponder a sus sentimientos porque los de ella pertenecían a Aidan.

Pero él ni siquiera volteaba a verla.

«Él no te quiere. No seas ridícula». Tal vez este era el momento de darse una oportunidad con Zhenya. ¿Qué podría perder, después de todo? Tomando aire, decidió que el momento de avanzar había llegado.

Hannah estuvo lista en cincuenta minutos. Con el cabello recogido del lado derecho y un vestido celeste que le llegaba por encima de las rodillas, salió de su dormitorio en el preciso instante en que llamaban a la puerta. Se apresuró para abrir, cuando llegó Aidan se le había adelantado.

Los ojos de Zhenya la miraron sorprendidos. Luego él le sonrió ampliamente mientras ingresaba al apartamento sin siquiera ser invitado. Aidan frunció el ceño, aunque no dijo nada.

—Te ves... —Zhenya le tomó la mano, con suavidad—... hermosa.

Y añadió algo en ruso, que Hannah no entendió e hizo que Aidan se tensara un segundo antes de retirarse hacia la cocina, dejándolos solos.

—Gracias. ¿A dónde vamos?

Él le guiñó un ojo, llevándola fuera del apartamento.

—Es una sorpresa.

Le gustaba el modo en el que arrastraba la erre y alargaba las vocales. También como su lengua trastabillaba algunas veces. Y su acento... Tenía que admitirlo: Zhenya Gusev era seductor. Le agradaba. «Pero no lo quieres de *ese* modo». Lo haría, solo era cuestión de tiempo.

Veinte minutos después, estuvieron en un elegantísimo restaurante ruso. *Belyye rozy*<sup>[44]</sup>. Ella no tenía una miserable idea de lo que podía significar, pero el modo en que Zhenya lo pronunció se le hizo fascinante. Y casi le hace reír pensando que se trataba de una «palabrota».

Un hombre con un esmoquin, que se parecía demasiado al Pingüino de *Batman* como para estar emparentados, los guió hacia una mesa Zhenya reservó con anterioridad. El mes pasado. Estaba ubicada frente a la tarima, donde una mujer rubia cantaba en ruso alguna canción romántica. Zhenya le movió la silla para que se sentase y después se colocó a su lado, no delante. Cerca. Tanto que sus pieles se rozaban al hablar. Eso la puso nerviosa.

Tenía calor.

Zhenya pidió un *White Russian*, que no era una bebida rusa en sí misma; mientras que ella eligió algo mucho más suave: Piña Colada, que le fue servida en una hermosa copa alta.

—Mi padre solía traernos —comentó con melancolía—. En las fechas especiales.

—¿Ya no vienen?

Negó.

—Es doloroso, para él, ahora. Sin mamá... Ya sabes: cuando desperté del coma, me envió a Rusia con mis abuelos para pre... pro... protegerme porque los malditos que mataron a mamá y mi gemelo todavía eran un peligro. Por eso mi in... inglés es tan *malo*. No pude volver sino hasta hace algunos años y... ya nada fue igual. Ahora los dos trabajamos para Infernum y sabes el resto.

—Lo lamento.

Él sonrió con dulzura.

—Ya no importa. Es bueno haber regresado.

Sí, lo imaginaba. Una duda le asaltó de momento:

—¿Y por qué me trajiste a mí?

Su mirada intensa la derritió.

—Eres especial —dijo—. *Ya tebya lyublyu* [45].

Pe se a no haber entendido lo último, su rostro ardió. Tragando con dificultad, Hannah se concentró en su copa casi vacía.

—Me gustas —añadió, como si conociera sus pensamientos—. Te q... que... quiero.

—¿Qué?

—Ya sé que te gusta el señor Cara-de-Culo-Insoponible. —Soltó una risita amarga—. Pero ¿me dejas intentarlo, por favor?

«No».

—Sí.

Los ojos de Zhenya se redondearon por el asombro.

—¿Sí?

«¿Qué haces?». Tratando de ser feliz, después de todo.

—Sí.

Él se inclinó ligeramente sobre su cuerpo y rozó su nariz con la de ella. Hannah se puso rígida por un instante, se relajó. Él iba a besarla. Nadie lo había hecho en el pasado. No sabía cómo. Zhenya lo notaría y... Todos sus pensamientos se desvanecieron en el instante en que unió sus labios. Llevando la mano hacia la parte trasera de su cuello, él los movió despacio... Despacio... Y se alejó.

—¿Soy el pr... primero? —murmuró.

Ella se mareó. «Esto no está bien». ¿Y qué importaba? Lo estaría pronto.

—¿Qué?

—Yo, ¿el primero en besarte?

—Sí.

Él esbozó una de esas sonrisas luminosas y bellas.

—Ven...

Tomándola por la barbilla, le atrajo hacia sí mismo con suavidad.

Aidan se encontraba en el sofá, viendo una película *gore* cuando Hannah llegó. Pasaba la media noche y ella tenía una extraña sonrisa en los labios que lo llenó de furia. Poseía nombre y apellido: Yevgeniy Gusev, Z, insoportable hijo de puta.

Quería deformarle el rostro a patadas.

¿Por qué le molestaba tanto? Bueno, infierno, tal vez —y solo se trataba de una conjetura— porque estaba acercándose a la segunda persona que era importante para él. La única que le gustaba de una forma tan intensa e incomprensible que cada día lo empujaba al borde de un precipicio al que le aterraba lanzarse.

La mujer que deseaba, a la que quería. No iba a negarlo más.

Hannah pareció incomodarse al verlo. Con un bufido, Aidan apagó el televisor e hizo el intento de levantarse. «¿Por qué actúo como un imbécil?». Esto no tenía sentido y a menos que alguno se mudara lejos seguirían viéndose las caras todos los días. De momento, el futuro le pareció menos alentador que antes.

—¿Qué tal tu noche? —preguntó, más curioso de lo que le hubiera gustado estar.

Hannah le mantuvo la mirada, firme.

—Bien. Z me llevó a ese lugar: Ba... Belu... Bely...

—¿*Belyye rozy*?

Movió la cabeza, de forma afirmativa. Ah, el imbécil había jugado bien sus cartas. «¿Y qué? No es tu puto problema». Pero lo sentía como propio y le molestaba que ella estuviera sonriendo por otro que no fuera él. Que jamás sería él. Tenía que ser realista: los hombres como él no se enredaban con mujeres como ella. No cuando estaban tan jodidos. Y además... «Ya no es una

niña». En efecto, aunque no significaba nada en absoluto.

—Sí, ese. ¿Lo conoce?

Encogió un hombro. Había ido varias veces. Agradable, de ambiente familiar. A veces un poco romántico. Perfecto para Hannah.

—Sí.

Ella abrió la boca, formando un círculo perfecto. Parpadeó y forzó una sonrisa. La conocía lo suficiente como para saber que algo le molestaba.

—¿La señorita Samantha?

Su conjetura casi le hace reír. En su lugar, negó tan serio como de costumbre.

—Solo.

—Ah... —Se alisó el cabello detrás de la oreja—. Es bonito, ¿cierto? Y los postres... Me gustaría trabajar en un lugar así. No..., no trabajar. Ser la dueña.

Y él podía imaginarla.«Solo díselo». Respiró hondo.

—Por eso estudias en Dubois y no en una mierda cualquiera. —Se puso de pie. Tenía que alejarse por el bien de ella y su propia cordura—. En fin. Que descanses...

Dando media vuelta, comenzó a andar.

—Aidan.

Le gustaba cuando decía su nombre. Ella lo hacía del modo correcto: Eidan. Sin alargar las vocales ni pronunciarlo como se escribía. Incluso a Samantha le tomó un jodido mes dejar de llamarlo «Ei-den» y «Ai-den».

—¿Sí? —Ni siquiera se volteó para verla.

—Buenas noches.

Sí. A lo mejor para ella. Sin emitir otro sonido, se encerró en su dormitorio.

## CAPÍTULO 27

Markus hizo girar la silla sobre la que estaba sentado, con el teléfono pegado a la oreja, y esbozó una amplia sonrisa maliciosa.

—No, creo que usted no ha entendido: somos la ley. La justicia por encima de la justicia. Odio y venganza. —Su tono se elevó una décima—. Somos Infernum y nadie nos...

Hizo silencio, oyendo a su interlocutor. Asintió, como si pudiera verlo y emitió un bufido largo y cansado.

—No. *Yo* puedo destruirlo. Así que hágase un favor y no me presione, si es que no quiere que revele sus *secretitos*... —Vio hacia arriba y movió los labios burlándose, aunque no habló sino hasta varios segundos después—. *Ahora* nos estamos entendiendo. Sí. Espero la liberación de mis muchachos esta misma tarde. Como siempre, fue todo un placer, señor fiscal.

Colgó en el instante en que Nicholas abría la puerta. Los ojos inflexibles de su hermano lo examinaron un momento antes de ingresar.

—¿Por qué amenazabas al fiscal?

Alzando un hombro, le restó importancia. Abrió su *laptop* y comenzó a teclear.

—Markus —insistió.

Su hermano le frunció el ceño.

—Ya vas otra vez con esa mierda. ¿Qué quieres que te diga? Nos protejo.

—¿De qué?

—Tú sabes de qué.

Tomando asiento en el sofá de la oficina, Nicholas soltó el aire de forma lenta y pesada.

—No me gustan tus métodos. Papá no los aprobaba y yo tampoco.

—Soy el mayor y estoy cuidándote.

Nicholas sacudió la cabeza, negando.

—Pero yo soy el líder. Papá me dejó a cargo, *a mí*. —Se frotó el rostro, casi con desesperación—. La próxima vez, consúltame antes de jugar al mafioso con alguien del gobierno.

—Sí, *señor*.

Nicholas gimoteó.

—Lo lamento. Mark, te amo, lo sabes. Es solo que...

—Hay que jugar limpio, está bien.

Markus fue hacia el mini bar y sirvió dos vasos a la mitad de *Scotch*<sup>[46]</sup> sin hielo. Le ofreció uno a su hermano y bebió del otro.

—Nick, solo estaba recordándole que no puede enjuiciar a nuestros muchachos porque *quizá* causaron un desastre desarticulando a los traficantes de armas del Lado Sur.

Nicholas le dio un trago a su bebida y arrugó la cara cuando le quemó la garganta. Tomó aire y asintió despacio.

—Ya no importa. ¿Estarán libres esta tarde?

—Sí. McLaughlin se encarga del papeleo, mientras que Squitieri desaparece las pruebas del departamento de policía. —rió por lo bajo—. Hicimos un buen trabajo con ese par, ¿eh?

—Sí. Tanto que podrían matarnos, de quererlo.

—Pero no quieren. McLaughlin es como un perro que ladra: no muerde. Y Squitieri... Oh, ese chico nos debe todo.

Nicholas apuró lo que le quedaba de *Scotch*.

—No lo sé... ¿Por qué me convenciste de darles tanto poder? Aidan está ciego de odio y Leonardo es un demente impulsivo, podrían salirnos de las manos.

La sonrisa de Markus se ensanchó.

—Pero no lo harán. Confía en mí, hermano, sé lo que estoy haciendo.

Samantha dio un respingo en cuanto percibió el sólido pecho detrás de sí, cálido, y el característico perfume cítrico y mentolado, con una ligera nota que le recordaba el aroma de las sandías maduras. Antes de que hiciera cualquier movimiento varias rosas de los Alpes y una azul aparecieron en su campo de visión. Quiero ser digno de ti. Espera eterna. Los ojos le ardieron. Habría dado lo que fuera por recibir un detalle como ese por parte de Aidan y, ahora, sin embargo...

Boqueando, en busca de aire, las rechazó. No tenía tiempo ni ganas de ser el pasatiempo de otro hombre. Nunca más. Quería concentrarse en su trabajo y estudiar. El amor había quedado descartado desde que Aidan la abandonó como un trasto viejo.

Estaba cansada.

—¿Qué haces aquí, Peter?

Él soltó una risita despreocupada mientras tomaba asiento frente a ella, a la mesa de la cafetería. Sus medianos ojos ámbares la observaron curiosos y un par de hoyuelos se le formaron en las mejillas. Él insistió con las rosas. Samantha las tomó de mala gana y las puso a su derecha, luego le dio un mordisco a su bocadillo.

—Pasaba por aquí.

—Claro.

Honestamente, ¿por qué no la dejaba en paz? No lo entendía. Peter Larsson era un oficial de la Fuerza Élite, atractivo y exitoso, al que le llovían las mujeres, ¿por qué querría estar con ella? Si algo le había enseñado su travesía junto a Aidan era que los hombres como ese solo jugaban con las desesperadas por atención... como ella lo era.

No caería en el juego. Nunca más. Sus sesiones con Gemma le habían ayudado a identificar su problema de dependencia y estaba superándolo. No podía permitirse enredarse con alguien tan malditamente cautivador como Peter.

—Vele, nena, lo acepto: quería verte. ¿Qué tiene eso de malo?

Samantha hizo rodar los ojos.

—Que yo no estoy interesada.

Peter suspiró con tristeza. Samantha pasó del rostro hacia sus musculosos brazos llenos de tatuajes. La mayoría de ellos eran tribales y tradicionales japoneses, que adornaban a perfección su perfecta piel oscura como el chocolate. Debía admitirlo: este hombre había sido hecho para el pecado. Pero qué lástima, ella estaba redimida desde hacía más de doce meses.

—¿Tan malo fue?

—¿El «qué»?

Peter alzó un hombro.

—El cabrón que te hizo daño.

Eso la sorprendió. Fingiendo indiferencia, Samantha le dio un sorbo a su yogur líquido de melocotones.

—No sé de qué hablas.

En lugar de retroceder, Peter siguió presionando. Mirándola con esa intensidad que la confundía, él respondió:

—Te hizo mucho daño, ¿verdad?

—No —respondió, con rabia. ¿Quería saber? Se lo diría—. Me lo hice yo, por aferrarme a alguien que no me amaba. ¡Una mentira! Y no volveré a caer. Así que toma tus malditas flores y esa sonrisa encantadora y...

Samantha no se dio cuenta de su error hasta que Peter le volvió a sonreír. Oh, Dios, esos hoyuelos eran hermosos.

—Con que... —Se apretó el labio inferior entre los dientes—... tengo una sonrisa encantadora, ¿eh, Sami?

«¡Tonta! ¿Qué, no has aprendido nada?». No podía abrirse con nadie de nuevo y caer en los mismos errores de los años pasados. Pero sí, Peter tenía una sonrisa radiante que lo iluminaba por completo. Todo él era encantador: seguro de sí mismo, amable, risueño... De esas personas que se meten debajo de tu piel el primer día, sin necesidad de tocarte. Y a ella le gustaba el modo en que le hacía sentir.

«Va a terminar mal», se recordó. Como cada cosa en su vida.

—No. ¿Sabes qué? —Recogió su bandeja—. Tengo que irme.

Hizo el intento de alejarse, Peter la detuvo.

—¿Por qué huyes de mí, bebé?

—No soy tu bebé.

—¿Nena, cariño, princesa...?

Refunfuñó, moviéndose para alejarlo.

—Señorita Hamilton.

—O señora Larsson. —Sonrió—. Ya, no me mires así. Lamento haberte molestado, ¿bueno? No volverá a suceder.

Y sin embargo, ella quería que continuara ocurriendo, cada día. Por siempre. Maldita la noche en que se conocieron.

—No, yo... —«No lo hagas». Pero su estupidez ganó—. Hoy trabajo medio turno, ¿quieres...?

Sus ojos se iluminaron mientras él asentía.

—Regreso luego.

Samantha se rascó el cuello, nerviosa. Esto tomaba un rumbo... interesante.

—Sí. —Cogió la rosas—. Gracias por esto.

Tomándola por el mentón, Peter la besó en la mejilla.

—Te traeré otras. Un ramo. Todas.

Le guiñó un ojo y se fue. En ese momento, Samantha se dio la libertad de respirar y, más que cualquier cosa, sonreír.

Aidan y su grupo atravesaron la puerta de Markus, con pasos firmes y la mirada altiva. Nicholas, que estaba leyendo, alzó los ojos y movió la cabeza

indicándoles que tomaran asiento en el amplio sofá frente a él. Aidan se ubicó entre Leo y Diana, el reemplazo de Tracy; mientras que Zhenya se quedaba sobre uno de los reposabrazos. Todos vestidos de negro. Serios, como la situación lo ameritaba.

—Necesito un informe detallado. —Nicholas cerró su ejemplar de *I Am Not a Serial Killer*, de Dan Wells, y lo miró fijamente—. Pero primero, dime, ¿cuándo estarán libres mis chicos?

Aidan se frotó los párpados. Estaba cansado y con un terrible dolor de ojos y cabeza. Como si alguien martillara su cráneo con un mazo lleno de espinas, él no tenía idea de qué le dolía en realidad. Tan solo que necesitaba dormir y una intravenosa de café bien cargado.

—En... —Miró su reloj—... una hora. Minutos más, minutos menos.

Markus fijó sus ojos en Leo.

—¿Hiciste tu trabajo?

Él asintió, con una sonrisa presuntuosa.

—¿Y lo dudas? Siempre hago mi trabajo, jefe. —Bostezó—. Y sí: no dejé rastros, fui cuidadoso, nadie sospecha de mí...

Markus pasó de Leonardo y su monólogo para concentrarse de nuevo en Aidan.

—Ponnos al día.

Aidan se soltó la apretada cola de caballo, en un intento de disminuir la presión en su cabeza. Resultó, aunque el malestar continuó ahí como una punzada ligera.

—Fyodor ha aceptado mostrarme la mercancía.

—¿Cuándo? —Nicholas se inclinó hacia adelante, con los dedos cruzados debajo de su barbilla.

—El lunes. Pidió treinta millones como adelanto. —Cruzó las piernas. Diana le sonrió—. Pero hay algo que me preocupa: fue fácil. Demasiado. No pienso que...

Markus le restó importancia con un gesto.

—Tonterías. Seguiremos con el plan.

Aidan negó. ¿Cuál plan? ¿Lanzarse como suicidas? Él, más que ningún otro, quería terminar con el brazo de la *Bratva* en New Jericho. Estaba desesperado por conseguirlo, pero no pagando con la vida de su gente. Había aprendido en estos últimos años.

—No pienso sacrificar a mis chicos. Si el Señor Simpatía y tú están taaan desesperados, deberían poner sus culos en riesgo también. Es la mafia, no una pandilla de adolescentes.

Nicholas gimió frotándose las sienes.

—Juro que harás que me salga un tumor un día de estos.

—Bienvenido a mi mundo.

Zhenya y Leo rieron por lo bajo; mientras que Diana asentía. Aidan la miró de reojo. Alta, delgada y peligrosa. Después de lo de Tracy, no confiaba por completo en ella; sin embargo, tenía que admitir que era el equilibrio en su grupo. Entre Chernobog y la Bestia, que lo volvían loco, la Princesa lo relajaba.

Un poco de paz nunca venía mal, sobre todo en estos tiempos.

—Si me lo permite, señor. —Diana tomó aire, antes de continuar—. El jefe tiene razón. Bestia y yo no estuvimos en las negociaciones, pero ¿desde cuándo el *Sovietnik* cede como si nada? Es la *mafia*, no tiene sentido.

Cruzándose de brazos, Zhenya asintió.

—Ella no se equivoca. Soy ruso, conozco a la *Bratva*. Ellos no tri... tre... trabajan así. Esto me suena a una trampa, como con mi padre.

Aidan se alegró de no ser el único en haberlo pensado, aunque al inicio no le dio importancia y creyó que manejaba la situación a su antojo. ¿Honestamente? Tenía sus dudas, que eran bastantes. Pero Markus sacudió la cabeza con el ceño fruncido.

—Tonterías. Seguiremos con el plan: vamos a emboscarlos y a terminar con la mierda. Fin de la historia.

Nicholas asintió, apoyándolo como de costumbre. Aidan refunfuñó varias maldiciones. Esto no le gustaba, pero tenía que ceder.

—Bueno, si vamos a lanzarnos a la mierda, lo haremos a mi modo.

Nicholas se recostó del espaldar de su silla.

—Te escucho.

## CAPÍTULO 28

No le gustaba en absoluto. El ambiente, demasiado tranquilo como para tratarse de una negociación multimillonaria, estaba sofocándolo. «Relájate. Concéntrate», se recordó al mismo tiempo que se daba la libertad de respirar.

Echó un vistazo rápido al Club Mar de Plata, propiedad de la *Bratva*. Estaba lleno de hombres con esmóquines negros, armados y peligrosos, que parecían esperar algo. Una señal. Al igual que él.

Aidan hizo un movimiento de cabeza hacia Zhenya. Respirando profundo, el muchacho avanzó un par de metros hacia Fyodor, quien se encontraba esperándolo entre dos matones altos y musculosos. Se detuvo y miró sobre su hombro, Aidan asintió, entonces él abrió uno de los maletines en los que se hallaba el dinero.

Aidan aún no terminaba de entender de dónde había salido ni por qué Markus insistió en llevarlo, cuando jamás hicieron nada similar; pero órdenes eran órdenes y él quería salir de esto de una vez por todas. Aunque no pudo evitar pensar en lo sospechosa de la situación. «Estás paranoico». Respiró hondo y buscó al *Pakhan* con la mirada. No lo halló. Bueno, era lógico, el hijo de perra se dejaba ver pocas veces y esta no parecía ser una de ellas.

Seguía sin gustarle..

Fyodor movió la mano llamando a uno de sus hombres, a quien le habló al oído.

—El *Sovietnik* pregunta si apetece ver mercancía ya.

Oh, con que ahora tenía su propio traductor. Qué detalle más hermoso. ¿Por qué le preocupaba? Fyodor no había mostrado ese interés antes. Zhenya volvió a verlo con el ceño fruncido y murmuró que esto estaba mal. Y sí, tenía que estarlo para que ambos se sintieran inquietos respecto a la negociación. No obstante, la función debía continuar y él no iba a detenerla por un presentimiento estúpido. Mucho menos por la inquietante mirada del *Sovietnik*, que se había retirado los anteojos oscuros.

Zhenya retrocedió tres pasos sin dejar de ver a Fyodor y después se apresuró al lado de Aidan.

—No me gusta —murmuró a su oído—. Es un negocio imp... importante, el *Pakhan* debería estar aquí.

Lo sabía, y era lo que más preocupación le causaba. ¿Dónde mierda estaba Cheslav Rabinovich? Doscientos millones no era una cifra que rechazara con frecuencia.

Inclinándose hacia Zhenya, suspiró.

—Tampoco me gusta, pero seguiremos adelante. Mantente alerta. Si ves algo sospechoso, llama.

—¿Más sospechoso?

Aidan entrecerró los ojos sobre Fyodor y su intérprete. Esta calma era como la que precedía a las tormentas. Lo único que le hacía sentir seguro era que Leo y su grupo esperaban por ellos, muy cerca de Mar de Plata. Si Zhenya llamaba, la caballería iría en su ayuda.

—Sí, más —Se irguió y habló más alto, hacia el intérprete de Fyodor—: Sí, quiero verla ahora.

—Vamos.

Fyodor y sus hombres dieron media vuelta y fueron hacia el interior. Aidan y Zhenya los siguieron dejando un par de metros de distancia. Llegaron a una bodega amplia y oscura. En cuanto encendieron la luz Aidan se quedó sin aliento. Como si de un zoológico se tratase, estaba lleno de jaulas en las que cuatro o cinco adolescentes se acurrucaban, abrazándose entre ellos. Chicos y chicas que no superaban los diecinueve años. Desnutridos, heridos, sucios...

Por un instante volvió a ver a Hannah tiempo atrás, y le dolió en el alma.

Calmándose a sí mismo, fingió indiferencia mientras se acercaba a una de las jaulas. Un niño, de al menos doce, retrocedió hasta los brazos protectores de una adolescente que tenía poca ropa. La furia empezó a abrirse paso en medio del dolor. Quería sangre por esto, litros y baldes enteros.

—¿Y la droga? —preguntó.

Fyodor y su intérprete consultaron entre sí.

—En otra bodega. Llevaremos después. Ahora... prueba mercancía.

«Mierda». Aidan sintió el frío recorrerle el cuerpo con rapidez. Zhenya lo miró con horror, el mismo que él sentía. ¿Probarla? Nunca habían hablado nada al respecto. «No dejes que el pánico te gane». Tenían que llevarlo hasta el final. Asintiendo, se aflojó la corbata.

—¿Aquí, frente a ustedes?

Fyodor negó, aunque su intérprete habló por él:

—No. Habitación. Tenemos una, allá. —Señaló hacia una pequeña puerta metálica—. Elige el que más te gusta y prueba. Todos buenos, de calidad. También tenemos vírgenes, si prefieres.

Sacudió la cabeza.

—No, está bien. —Señaló a una mujer, a la que le calculó diecisiete—. La latina.

Zhenya le apretó el brazo.

—¿Qué mierda haces?

—Sígueme la corriente —le respondió en un murmullo—. Espera quince minutos y llama a Bestia.

Zhenya asintió dudoso. ¿Qué pensaba que haría, violar a una esclava sexual como si nada estuviera sucediendo? Vaya confianza que le tenía. Iba a agradecerse después.

Uno de los hombres de Fyodor empujó a la muchacha hacia sus brazos. Apretándola con fuerza, Aidan se la llevó hacia el cuartucho mugriento y cerró la puerta. Ella hizo el intento de sacarse la blusa, él la detuvo. Antes muerto que acostarse con la niña, aunque su vida estuviera pendiendo de un delgadísimo hilo que amenazaba con romperse.

—No estoy aquí para eso. Vamos a sacarlos.

La chica se burló.

—Sí, claro —respondió en español.

Aidan vio hacia el techo y soltó un bufido.

—Me importa una mierda lo que pienses. Ahora, haz lo que te diga y los

dos estaremos bien. No voy a tocarlo, pero ellos estarán pegados a la puerta, tratando de oír, así que finge, ¿entiendes? O moriremos los dos.

Ella se aterrorizó por la idea, sin embargo, se mostró aliviada segundos después.

—¿Eres *poli*?

Aidan rió, negando.

—Mejor, niña.

Se retiró el guante y subió la manga para mostrarle el tatuaje que lo identificaba como líder del Noveno Círculo. Con los dedos trémulos, ella lo tocó. Sus ojos castaños se cristalizaron al instante.

—¿*Infierno*? —De nuevo su español mezclado con inglés—. Oí de ustedes, que ayudan a personas como yo, pero... creí que era mentira.

Asintió, con orgullo.

—Como te dije: los sacaremos. Pero necesito que colabores.

Ella movió la cabeza, de arriba abajo.

Durante los siguientes veinte minutos mantuvieron una plática e hicieron sonidos similares al sexo para no alarmar a los hombres afuera. Ahora Aidan sabía que ella se llamaba Esperanza, con dieciocho años recién cumplidos y había emigrado de Nicaragua en búsqueda de una mejor vida, solo para caer en las manos de la *Bratva*. Tenía dos hermanos menores, a los que ya no podía enviarles dinero y una abuela enferma que seguramente moriría de dolor cuando supiera los horrores a los que fue sometida. Una cirugía de pechos, dos abortos y... era adicta a las drogas. Lo usual en este mudo.

Sintió lástima por ella. Hannah habría terminado igual de no haberla salvado.

Cuando salieron, Fyodor les sonrió con superioridad; mientras que Zhenya le fruncía el seño con asco. Sí, bueno, Chernobog y él tendrían una seria conversación cuando volvieran a casa. De un empujón hizo que Esperanza regresase a los brazos de uno de los Hombres de Negro, que la metió en la jaula. Ella se arrastró hacia sus amigas y lo miró con intensidad, suplicándole que cumpliera su promesa. Eso haría.

—¿Te gustó? —El intérprete se dirigió a él, luego de consultarlo con Fyodor—. Buena mercancía, ¿verdad?

Se anudó la corbata con desinterés, aunque el tono de su pregunta le hizo dudar. Era una trampa. Le dirigió una mirada a Zhenya, quien sacudió la cabeza de arriba abajo. Solo tenía que esperar un poco.

—Sí. Quiero ver la droga.

Fyodor lo vio con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué la pr... pre... prisa? —Su voz irónica encendió todas las alarmas de Aidan.

—Soy un hombre ocupado, ruso.

Él dejó salir una risa demasiado aguda, como las de un demente de alguna serie televisiva cutre. Por un instante le recordó a Leo y sus malas imitaciones de villanos.

—Por si... supu... supuesto. Y yo también.

«Nos vendieron». La idea cruzó su mente como un rayo. Aidan volteó hacia Zhenya, quien asintió llevándose la mano hacia la espalda.

—Es un honorr conocerte, *Colmillo*. Casi lo... logras engañarnos.

«Joder, ¡no!». Esto confirmó las palabras de Tracy. Ella no era la traidora. Jamás lo fue. Pero ¿quién podría serlo? «No, no, no...». Apretó su Jericho mientras se acomodaba junto a Zhenya.

—Qué lástima —respondió—. No puedo decir lo mismo.

—Sí...

Fyodor chasqueó los dedos y los veinte hombres los apuntaron. «Estamos perdidos». ¿Quién iba a decirlo? Moriría meses antes de cumplir los treinta, solo y sin... «Sé optimista, la ayuda viene pronto». Solo esperaba que pudiera llegar antes de que los llenasen de balas.

Odiaba sentirse vulnerable. Estaba acostumbrado a cuidar de sí mismo, a preocuparse solo por él, y ahora se hallaba en medio de un grupo de mafiosos rusos dispuestos a matarlo. «Las has tenido peores», se recordó. Y en todas había salido entero. Esta no sería la excepción.

Zhenya apoyó la espalda contra la suya, con su Glock 17 en alto.

—¿Y ahora, qué hacemos? —Arrastró la erre como de costumbre.

Respiró hondo, antes de responderle:

—¿Rezar? ¿Hiciste la llamada?

Cargó su arma. Zhenya hizo lo mismo.

—Sí, deberían...

Antes de que pudiera terminar, echaron la puerta abajo. Aidan sonrió al encontrarse con Leo y un grupo compuesto por una docena de miembros de los diferentes Círculos. Alguien hizo un disparo y el infierno se desató.

Hannah estaba en medio de sus habituales prácticas cuando el teléfono sonó. Ignorándolo, ella continuó batiendo las claras a punto de nieve para su merengue italiano. De nuevo, la música de One Direction la sobresaltó. ¿Por qué había olvidado dejarlo en vibrador, para empezar? Cada par de ojos se enfocó en ella.

—¿Piensa contestar, señorita Sullivan, o va a interrumpir el resto de mi clase? —preguntó la instructora de turno.

Completamente avergonzada, asintió retirándose hacia la puerta. Salió en el preciso instante en que el teléfono volvió a sonar. Era Leo. Solo entonces se dio cuenta de que le había enviado al menos dos docenas de mensajes.

Con el corazón en la boca, atendió.

—¿Hannah? —Su voz temblorosa la estremeció. Algo no iba bien—. ¡Gracias al cielo!

—Leo, ¿qué sucede? ¿Estás bien?

Él emitió un quejido hondo. Una mujer le ordenó no moverse y luego silencio.

—¿Leo?

—Sí, sí. ¿Dónde estás?

—En clases. ¿Está todo bien?

Lo oyó tomar aire y maldecir a gritos. De nuevo la mujer le exigió que no se moviera y que se callara. Había otras voces en el fondo, murmullos, y la sirena de una ambulancia.

—Sí. No... —Gimió entre dientes—. Hay una situación y te necesito aquí. Aidan... ¡Mierda! ¿Sabes cómo llegar al Hospital Privado Longchamp?

El alma se le fue al piso. Aidan no se encontraba bien. Quizá estaba muerto o... «¡Tranquilízate!». Tenía que conservar la calma y pensar con frialdad, como Aidan y Darick le enseñaron. Ser fuerte.

No llorar.

—No, nunca he oído de ella. Pero puedo llegar, ¿dónde queda?

—No. Te necesito... ¡Arg!, ¡con cuidado, perra! Hannah, *principessa*<sup>[47]</sup>, escúchame: voy a mandar alguien por ti. Es alto, de piel oscura y rastas. Se llama Effiom, pero va a identificarse como Caym. Espéralo.

Él colgó sin permitirle responder. Regresó a su práctica solo para informar que tenía una emergencia familiar y que se retiraría. «Emergencia familiar», ¿eso era realmente? ¿Aidan era su familia? Por ahora no importaba. Se echó a correr hacia las escaleras y llegó a la puerta del edificio donde esperó por veinte minutos que le parecieron una eternidad.

«Por favor, Dios, que se encuentre bien. Por favor, por favor». Estaba segura de que se moriría de pena de lo contrario.

Llegó en una Harley roja. Caym era altísimo y musculoso, con una mirada severa que la paralizó en un primer instante. Sin mediar palabras él le mostró su tatuaje, que estaba debajo del ombligo junto con su apodo en una perfecta caligrafía, asió su bolso y le hizo una inclinación de cabeza para que se subiera. Ella había montado antes en la Kawasaki Ninja de Zhenya, por lo que se acomodó detrás del Effiom y lo rodeó con sus brazos por la cintura. Él encendió el motor y arrancó.

Se mantuvieron en silencio durante todo el camino. Hannah casi llegó a jurar que el hombre era mudo, su teoría quedó descartada cuando llamó a Leo para informarle que el «paquete» estaba a salvo e iban a toda velocidad. Su corazón se contrajo cuando mencionó a Aidan con tanta devoción que dudó que hablase del hombre frío que todos conocían. «Si algo le sucede al jefe,

Bestia, te juro que voy a derramar sangre», había gruñido antes de colgar.

Estuvieron en el Hospital Privado Longchamp cuarenta minutos después, a ella le parecieron cuarenta días. Sobre todo porque tuvieron que pasar del Lado Este al Sur y el tráfico casi se los imposibilita. Al Final, Caym se vio forzado a saltarse algunas luces en rojo y sobornar a un policía de tránsito que los paró. Con el corazón martilleándole contra el pecho, Hannah corrió hacia la puerta. Un guardia de seguridad, que tenía el aspecto de un mafioso, la detuvo.

—Lo lamento, señorita, el hospital se encuentra cerrada al público. Tenemos una *situación*.

—¡Necesito entrar! —Tragó para aliviar el dolor en su garganta—. Tengo que...

—Ya le dije: está cerrada al público por el momento.

Abrió la boca para protestar. La figura pálida y con un brazo vendado de Leo la detuvo. Detrás del vigilante, él casi gruñó:

—¡Déjala pasar, Harry! Viene conmigo.

El hombre entrecerró los ojos, con el ceño fruncido y negó.

—Sabes que los jefes me ordenaron no dejar que nadie pasara.

De tres largos pasos, Leo estuvo junto a ellos.

—Lo que sé es que haré tu vida miserable si no la dejas entrar.

El guardia de seguridad dio un respingo y se hizo a un lado. De inmediato, Hannah se lanzó sobre Leo, quien la recibió con un fuerte abrazo y un quejido de dolor.

—¿Qué pasó? ¿Están bien? ¿Y Zhenya?

Leo la condujo hacia un cubículo en el que se hallaba Miyuki sobre la camilla, esperándolos. Cuando la vio, fue hacia ella para consolarla.

—Nos emboscaron —respondió al fin, sentándose para descansar—. Fue un baño de sangre. Perdimos cuatro miembros y murieron dos de las chicas que teníamos que rescatar. Matamos a los hijos de puta, pero fracasamos.

Hannah asintió. Leo se frotó los párpados y gimoteó por el dolor que le causaban sus heridas. La venda en su brazo estaba manchada de rojo y además

tenía una envuelta en el abdomen. Ella recién se percató de las horribles cicatrices que le cubrían el pecho y descendían hasta el orillo del pantalón.

—Z se encuentra bien —continuó—. Encargándose de la policía y nuestros jefes.

Temió preguntar, sin embargo, las palabras brotaron por sí solas:

—¿Y... Aidan?

Leo desvió la mirada, con un intenso rubor en las mejillas. Tenía las manos vueltas puños y respiraba de forma entrecortada. Contenía su propia frustración y el llanto.

—Maldito imbécil. Se metió entre mi bala y yo.

—¿Qué?

—Me distraje —explicó—. Había un niño y tenía que sacarlo del medio, para que no lo hirieran. Alguien me disparó y Aidan se interpuso. Jodido imbécil. —Su voz se quebró ligeramente—. ¿Por qué mierda se metió, *eh*? No necesitaba...

Leo se derrumbó, por segunda vez en lo que Hannah llevaba conociéndolo. Recordó lo vulnerable que estaba cuando murió su novia. Se sintió culpable, como aquella vez. Quiso consolarlo, Miyuki se le adelantó.

—Ya, cariño —susurró, colocando la cara de Leo en su regazo—. No fue tu culpa. *Shhh*, está bien...

—¡No! Bebé, no entiendes. Si algo le pasa... ¡Mierda, mierda, mierda!

—Leo... —Hannah le apretó el hombro—. Él estará bien.

Confiaba en eso. Rezaba porque así fuera. No podía imaginar una vida sin Aidan, aunque ni siquiera la mirase.

Las siguientes horas transcurrieron en la Sala de Espera. Leo caminaba como una fiera enjaulada, furioso y triste, maldiciendo cada dos minutos. Hannah podía entenderlo, se sentía igual o peor, pero se mantuvo quieta, esperando por un milagro. Necesitaba uno.

Cuando la cirujano salió ya pasaban las cuatro de la tarde. Hannah se levantó como impulsada por un resorte y se apresuró hacia ella. La mujer le dio una mirada compasiva cuando ella le manifestó que vivían juntos —no que

lo estaban—, y haciendo caso omiso a ello le explicó que la bala casi había perforado un órgano vital. Aidan tuvo suerte, esa fue la explicación sencilla que pudo darle. Eso y que era un «bastardo afortunado, experto en engañar a la muerte». Y así, con una sonrisa, se retiró.

Hannah casi corrió hacia el elevador, para poder verlo. Abrió la puerta nerviosa, no sabiendo si estaba preparada para verlo en su momento más vulnerable. Dando pasos cortos, llegó hasta la cama y lo miró en silencio. Su rostro, terriblemente pálido, estaba sereno. Aidan respiraba con suavidad, pese a que la mueca de dolor en sus labios reseco y entreabiertos.

Ella nunca lo había visto dormir y su corazón se estremeció al considerar lo hermoso que lucía de esa forma. Retirándole el cabello que le cubría el rostro, suspiró para después inclinarse y dejar un beso sobre su frente, aprovechando la ausencia de Leo y Miyuki, quienes continuaban abajo encargándose del papeleo.

—Gracias a Dios —susurró, con un nudo en la garganta—. Gracias a Dios...

Las lágrimas brotaron sin que pudiera detenerlas.

Aidan movió los párpados, que le pesaba, luchando por abrirlos. Sentía una tibia llovizna bañarle el rostro y se preguntó si habría muerto. Recordaba pocas cosas de lo ocurrido en Mar de Plata, sin embargo, la imagen de una bala dirigida hacia Leo era lo que más resaltaba. ¿Por qué se interpuso? ¿Qué le importaba? La respuesta no lo sorprendió: era como su hermano, el que la vida le dio después de quitarle a Glaw, y no lo perdería del mismo modo. Instinto. Amor. Lo-que-fuera. Leo era importante para él.

Unos débiles sollozos se mezclaron con sus pensamientos y la cálida llovizna se convirtió en lluvia. Reconoció la voz al instante. «Hannah». Entonces, ¿sí estaba muerto? ¿Era así como debía sentirse el paraíso? Le pareció ilógico. Él estaba destinado al infierno. Sufrir y sangrar por siempre.

Para siempre.

Con un último esfuerzo, consiguió separar los párpados. Los ojos de Hannah lo vieron con sorpresa. Estaban tan cerca que de haber tenido la fuerza suficiente para moverse la habría besado. Ella tragó con dificultad, pero no se movió.

—¿Por qué...? —Su propia voz le sonó cansada y ronca. Carraspeó—. ¿Por qué lloras?

Estaba atontado por la anestesia, no lo suficiente como para no percatarse de la tristeza y el alivio en su mirada. Confuso. Y lo calentó por dentro.

Ella lo hacía sentir vivo.

—No es nada.

Por supuesto. Y lo engañaría con una mentira tan mala como esa. Con las pocas fuerzas que tenía, levantó la mano y le limpió la mejilla.

—¿Estoy... muerto?

Hannah rió, en medio de su llanto. Oh, bueno, esto era un poco mejor.

—No, pero casi... casi se muere.

—Ah. —Hizo el intento sentarse, una punzada lo atravesó desde el estómago hasta la espalda—. ¡Mierda!

Respiró hondo. Hannah le colocó su pequeña y suave mano sobre el pecho y lo ayudó a volver a su posición inicial. Su tacto lo reconfortó. Quería ser tocado por ella cada día. Por siempre.

—Acaban de operarlo. No tiene que moverse. ¿Por qué es tan descuidado? ¡Si se reabre la herida se puede morir!

Con que ella lo regañaba ahora, qué bien. ¿Cuándo se invirtieron los papeles, que no se dio cuenta?

—Sí, mamá. Lo lamento mucho, mamá. Está bien, mamá...

Ella frunció los labios.

—No es gracioso.

—Para mí, sí —Le ofreció un intento de sonrisa. Suspiró y volvió a su tono serio—. ¿Dónde está Leonardo, él..?

Hannah negó.

—Abajo, con Yuki, se encarga del papeleo. Solo tiene algunas heridas dolorosas, pero está bien.

Respiró aliviado.

—Me alegra. No recibí una bala para que ese idiota se muriera después.  
—Intentó reírse. El dolor casi le hace llorar—. Oh, joder. Duele...

—¿Quiere que llame a la enfermera?

Asintió. Sí. Necesitaba más anestesia, una aspirina, café... Lo que le aliviara el dolor primero. Hannah se levantó en el mismo momento en que Leo abrió la puerta y se lanzó sobre él. Aidan gimió de dolor. Perfecto. La bala no lo mató, aunque estaba seguro de que otro abrazo de Leo lo haría. Pensó en decirle algo sarcástico, se detuvo al ver la culpa y la tristeza en sus ojos.

—Ni se te ocurra decir alguna mierda melosa, Minino. —Se quejó—. Hice mi trabajo, fin de la historia.

Leo se estrujó los párpados, asintiendo.

—Una nueva cicatriz para tatuar, ¿uh?

—Ya sabes, *bambino*, ¿qué sería de mi vida sin ellas?

Leo carcajeó. En definitiva, le gustaba más de esta manera.

—Dulce dolor. Divino tormento. —Miró a Miyuki, con picardía—. Lo lamento, nena, no podrás montarme durante unas semanas.

A ella se le subieron los colores de inmediato.

—¡Cierra la boca!

Leo volvió a reír, al igual que Hannah.

—¿Cómo están el resto de los chicos?

El rostro de Leo se endureció de inmediato. Esas no eran buenas noticias. Él vio a Miyuki antes de hablarle. ¿Ahora le preocupaba su mujer? Un detalle hermoso, de no haberle contado todo al respecto para explicarle el porqué de sus constantes heridas y los secretos que los envolvían a él y Hannah.

—Cuatro muertos, seis heridos... Dos de las putas murieron, al igual que los rusos. Pero fallamos, jefe. Ahora la *Bratva* estará alerta, al igual que el resto. Nos jodimos.

Esas eran malas noticias. Pésimas.

—¿Z y Diana están bien?

Leo movió la cabeza de forma afirmativa.

—Ella solo tiene heridas superficiales. Z se encarga de la policía, los jefes y toda la mierda que dejamos.

Eso estaba mejor.

—¿Quiénes murieron?

Leo tomó aire. ¿Por qué no le gustaba ese silencio incómodo?

—Ray, Dasha, Víctor y Jhon.

—¡Mierda!

—Alguien nos vendió, pero ¿quién? Todos sabían al respecto y somos demasiados como para...

Aidan negó.

—Eso no es lo peor: asesinamos a Tracy, quien era inocente.

Los ojos de Leo amenazaron con salirse de sus cuencas.

—No puede ser verdad.

Pero lo era. Y él iba a hallar al verdadero traidor para acabar con su miserable existencia. Por la memoria de sus padres y hermano, lo haría.

Aidan estuvo de vuelta en su apartamento esa misma noche, después de insistir, gritar amenazas y prometer que sería cuidadoso. Le costaba terriblemente respirar y qué de decir de subir escaleras, pero estaba habituado al dolor físico y emocional. Esto no se comparaba a la pérdida de toda su familia.

Cuando por fin estuvo sentado solo en el sofá, sin Leo y Miyuki revoloteándolo como un par de polillas, se dio al libertad de gemir. Joder. Esto dolía como el demonio. Y se pondría peor, había tenido las suficientes heridas de balas a lo largo de su existencia como para saber que pasaría el próximo mes como una quinceañera con cólicos: echado en la cama, quejándose de dolor... Sí, sería como unas vacaciones en el infierno.

Moría de impaciencia.

Hannah apareció quince minutos después, con un cuenco de caldo de pollo en las manos, que le extendió con esa sonrisa deslumbrante que lo paralizaba. Tomándolo, agradeció con una inclinación de cabeza. Cualquiera podría acostumbrarse a esto: una mujer amable cuidándolo y a la que proteger, el

verdadero calor de hogar. Una familia. Incluso niños. Cualquiera, claro, que no fuera él.

«Está con Zhenya, no seas idiota». Tenía que olvidarse de esas ideas estúpidas.

—Estás cansada —dijo—. Vé a dormir.

Ella negó.

—Estoy bien. ¿Le duele mucho?

Como si el diablo lo ensartase en uno de sus tridentes, eso no se lo diría.

—Te acostumbras.

—Ah... —Se apretó el labio unos segundos—. Estaba preocupada por usted. Creí que... que se moriría.

«Ella se preocupa». ¿Y qué importancia tenía? Tan solo era amabilidad, agradecimiento. Nada trascendental ni parecido al amor. *Amor*. La palabra hizo eco en su cabeza, ¿eso quería de ella, *con* ella? Tuvo que reconocerlo: sí.

—No es fácil matarme, pierde cuidado.

Hannah sacudió la cabeza. Sus ojos cristalizados lo sorprendieron.

—No, yo de verdad pensé que se moriría... —Sorbió por la nariz—. No vuelva... ¡No vuelva a hacerme algo como eso! ¿Me entiende? ¡Nunca, nunca, nunca!

Y como un rayo, desapareció por el pasillo. Momentos después, Aidan oyó el portazo en su habitación. ¿Qué había sido eso? No pudo evitar la media sonrisa que se le formó en los labios.

Una hora después, se arrastró hacia su propio dormitorio y se metió en la cama con cuidado de no herirse accidentalmente. Como un peso muerto, los párpados se le cerraron solos.

Tan cansado estaba que no se dio cuenta de haber dejado la puerta sin seguro.

Hannah se despertó a mitad de la noche, debido a los murmullos que venían de algún lugar del apartamento. Por un instante, sintió miedo al pensar que se trataba de un ladrón. Descartó la idea al reconocer la voz de Aidan, que parecía pelearse con alguien. Oh, bien, los rusos habían ido para matarlos.

Nerviosa, boqueó en busca de aire y sacó del cajón su Browning y el cuchillo de combate. Con pasos suaves, se escurrió por el pasillo hasta llegar al dormitorio de Aidan. Una tenue luz se colaba por la puerta entreabierta, al igual que su voz desesperada. Llenándose de valor, cargó su arma y empujó la puerta. Lo halló en la cama, solo, balbuceando incoherencias.

Soltó el aire y se acercó a él.

—Aidan —murmuró.

No obtuvo respuesta, por lo que alargó la mano y le tocó la frente empapada de sudor. Estaba ardiendo. «Dios, ¿qué hago?». Recordó las veces en las que Megan se enfermó y ella tuvo que cuidarla. «Vinagre y agua helada», pensó. Dejó las armas sobre la cómoda y se echó a correr hacia la cocina, donde mezcló los líquidos en un cuenco de cristal con un poco de hielo. Tomó un paño limpio y regresó a su lado. Aidan temblaba ligeramente y sus ojos se movían debajo de los párpados.

—No, Glaw —dijo entre dientes, con la voz ronca y llena de tristeza—. No tienes que hacer...

¿Quién era Glaw? Por sí mismo, el nombre sonaba hermoso. Suave. Ignorando su propia curiosidad, humedeció el paño y lo llevó a la frente de Aidan. Con cuidado, fue recorriéndole el rostro hasta el cuello. Él se quejó, aunque no abrió los ojos.

—¡Huye, no seas...! Por favor, Glaw, vete...

Debía de ser una persona importante, como para que le llamara en sueños. Hannah le limpió los brazos y él la detuvo con tanta fuerza que le hizo daño. Continuaba dormido. Hannah tan solo esperó a que la soltase.

—Lo lamento —murmuró—. Fue mi culpa. Yo... No me dejes.

Su voz se rompió en un lamento y mientras lloraba él le soltó la mano. Hannah contuvo un sollozo. Aidan estaba sufriendo, pero ella no tenía idea de cómo ayudarlo más allá de su fiebre.

—*Shhh*, todo está bien —dijo ella—. Estoy aquí.

Él se relajó. Con cuidado de no lastimarlo, Hannah le sacó la franelilla. El pecho lleno de cicatrices y tatuajes de Aidan subía y bajaba con calma. Ella humedeció el paño de nuevo y lo deslizó lentamente a lo largo de su piel. Rostro, brazos, pecho... Si esto no funcionaba, pediría una ambulancia.

—¿Glaw?

Hannah sintió sus propias lágrimas mojarle las mejillas. Con la voz afectada, respondió:

—Sí, aquí estoy.

Él sonrió como un niño pequeño. Tan dulce y verdaderamente, que se sintió culpable por mentirle. Era lo adecuado dada la situación. Él necesitaba calmarse.

—Me has hecho falta —susurró—. Te amo, no vuelvas a dejarme solo. Nunca. Por favor, por favor...

Su voz fue disminuyendo hasta convertirse en silencio. Hannah descubrió que el temor más grande del Colmillo era la soledad. Vaya ironía, siendo que optaba por alejar a todos, incluso a ella. Y su dolor más grande era esa persona por la que estaba llorando.

Deseó saber de quién se trataba.

Mientras le bajaba la fiebre, recorrió la habitación con la mirada. No cambió nada con los años desde la primera vez que la vio: paredes negras y grises, llenas de afiches de bandas de rock, superhéroes y personajes de anime. Un armario, una cómoda y la lámpara que él dejaba encendida por las noches debido a su temor a la oscuridad. «¿Por qué?», se preguntó. Alguien debió de haberle hecho un daño terrible.

Finalmente, después de una hora, Aidan estuvo fuera de peligro. Hannah consideró regresar a su propia recámara. Cuando hizo el intento de apartarse, él la asió por la muñeca. Continuaba dormido.

—No quiero estar solo. —Sollozó—. Tengo miedo.

Hannah asintió, con un nudo en la garganta. ¿Cómo alguien rudo y cruel como Aidan podía ser al mismo tiempo tan vulnerable y estar lleno de temores? Ya no tenía importancia. Se metió a la cama con él y, rodeándolo con

sus brazos, intentó dormir.

Aidan se despertó seis horas después, con un cuerpo caliente a su lado y una rodilla entre las piernas, rozándole la dolorosa erección de todas las mañanas. «Mierda». Hasta donde recordaba, estaba herido y no podía follar con nadie... aún. Abrió los ojos y giró la cabeza. Se encontró con el rostro de Hannah, escondido en la curvatura de su cuello. Su respiración suave y calmada le causó cosquillas. ¿Qué hacía ella en su dormitorio, en su cama, a su lado... abrazándolo como si le importase en realidad?

Recordaba haber tenido un sueño en el que Glaw volvía de un largo viaje y cuidaba de él, como cuando eran niños y... «Ay, mierda». La voz que oyó no era la de su hermano, sino una femenina y sutil, melodiosa. Hannah. «¡No, no, no!». Ella había visto toda su debilidad. Ella... lo cuidó y ahora lo abrazaba.

Pensó en alejarla de un empujón. Ella se movió inquieta y su rodilla lo apretó un poco más. «Joder». Esto no podía estar pasando. Pero lo hacía y además estaba muriéndose por las ganas de tocarla y darle un beso. Un roce, aunque fuera inocente. Lento, suave... Alzó la otra mano e ignorando la punzada de dolor, le quitó el cabello que tenía entre los labios. Carnosos, apetecibles. «Bésala. Bésala». No podía.

Hannah abrió los ojos, despacio, y su rostro se coloreó por completo de un rojo intenso. Se alejó de él, como si su contacto la quemara y sentándose al otro lado de la cama evitó mirarlo a los ojos.

La lejanía dolió. Deseaba tenerla cerca y ser sostenido por sus brazos, como estuvo haciéndolo.

—Perdón. —Su voz fue un murmullo ahogado—. Yo solo... Usted tenía fiebre y yo, bueno...

—Gracias.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. Ella le obsequió una sonrisa amplia y se relajó.

—De nada. ¿Cómo se siente?

—Como si me hubieran disparado.

Su ceño fruncido casi lo hace reír. De no tener ese horrible dolor, lo habría hecho. O intentado quizá.

—No es gracioso. ¡Casi se muere! Y anoche tenía mucha fiebre y yo no sabía qué hacer y... ¡me dio un susto enorme!

«Tan bella». Y tenía carácter. No se imponía como Samantha, aunque tampoco se dejaba dominar como en el pasado. Mantenía un agradable equilibrio. Por mucho que trató, ya no fue capaz de ver a la niñita de los años anteriores. Había desaparecido. Y la mujer, que estaba reprendiéndolo como a un mocoso, le gustaba.

Le gustaba mucho.

—¿Vas a reñirme todo el día? Avísame para lanzarme por la ventana.

Contrario a lo que creyó, ella entrecerró los ojos. «*Okay*, esto es extraño». ¿Era normal que se pusiera duro?

—¡Sí! No... Sí. —Tomó aire—. Estoy nerviosa.

—Está bien. Anoche..., ¿te hice daño?

Su confusión lo confundió. Oh, bueno, él tenía que preguntar. La última vez que durmió con una mujer, casi termina ahorcándola.

Hannah negó.

—No. Solo mencionó... —Pareció debatirse durante un minuto entero. Expulsó el aire y continuó—: ¿Quién es Glaw?

«Maldita mierda». Perfecto: había llamado a su hermano mientras tenía fiebre. Tal vez por eso Hannah se quedó a su lado: sentía compasión. Tan solo eso.

—¿Dije ese nombre?

Movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí. Le pidió que no se fuera y le dijo que... Le dijo «te amo».

Algo en su voz no le gustó. Ella no estaba recriminándole, en absoluto, pero había una nota triste en ella. Y sus ojos estaban huyendo de él.

Qué extraño.

—¿Era su... novia o algo así?

No supo si ofenderse o echarse a reír por su confusión. ¿Glaw, su novia? Bien, era un nombre femenino, aunque él fue completa e indiscutiblemente un

hombre. Pero nadie que no hubiera conocido a su madre podría saber sus motivos para elegir un nombre como ese para su primogénito. Y Hannah no la conocía

—Es chico. —O lo fue al menos.

Sus ojos se abrieron incluso más.

—¿Usted...? —Se mordió el labio—. Oh, lo lamento. No debo...

Negando, Aidan se sentó en la cama, recostado de la pared. Dolía un poco menos ahora.

—Era mi hermano.

Hannah se mostró confundida.

—¿Tenía un hermano?

Asintió alargando la mano hacia la cómoda, buscó dentro del cajón y sacó su última fotografía familiar. «No-lo-hagas». Honestamente, ¿qué podía importarle su historia? Sin embargo, en el fondo sentía que se lo debía, por haberlo cuidado. Y más que eso, necesitaba desahogarse con alguien de una vez por todas.

Sacar el dolor.

Le entregó la fotografía. De inmediato, Hannah deslizó los dedos por el cristal, acariciando los rostros de sus padres y hermano.

—¿Es él? —Señaló a Glaw.

Aidan contuvo el aliento varios segundos. De estar vivo, habría sido un hombre hermoso. Con esa larga melena lacia y oscura como las alas de un cuervo, que resaltaba su pálida piel y el azul intenso y vibrante de sus ojos. Una belleza andrógina, más femenina que masculina; pero con una voz profunda que lo llenaba todo. Y su sonrisa...

Los ojos de ardieron al acordarse de su antigua ingenuidad. De la última conversación que mantuvieron. «Cuando sea grande, voy a casarme contigo, así estaremos siempre juntos». Glaw había carcajeado y después de besarlo en la frente, respondió que eso no era posible. «No necesitas casarte conmigo, Dan. Somos hermanos y nadie nos va a separar, ¿entiendes? Además, quiero casarme con una chica, ¿y tú?». En ese momento había hecho una mueca de

asco, aunque acabó riéndose y aceptando que prefería casarse con una mujer... algún día.

Se suponía que se casarían juntos. Que Glaw iba a esperarlo. Eso nunca ocurrió.

No sucedería jamás.

—Sí. —Contuvo un sollozo—. Su nombre significa «lluvia». Mi madre era galesa y...

Calló, con la amargura lacerándole el alma. Estar cerca de la muerte de nuevo le había puesto sentimental. «Detente, no seas patético». Sin embargo, no podía. Su corazón necesitaba liberarse. Quería hablar.

—Era muy... hermoso. Y ambos se parecen. —Ella recorrió el rostro de Aidan en la fotografía—. Usted era un niño tierno.

Rio. Y Aidan sintió que un peso se le iba de los hombros.

—Eso dicen. Pero ya ves: la gente cambia.

—Sí. ¿Qué les sucedió?

Aidan contuvo el aliento antes de contentarle.

—Mis padres fueron asesinados. No sufrieron mucho y tampoco vivieron para ver cómo violaban y torturaban a su hijo mayor. —Soltó una risa amarga, rota, dolida—. Yo sí. Todavía puedo verlo, oír cómo... Es por eso que hago lo que hago, Hannah: no quiero que ninguna persona tenga que sufrir algo como lo que le hicieron a Glaw.

Hannah asintió. Quería llorar, se contuvo sabiendo que habría sido un insulto para él. Ahora lo entendía todo. Deseó poder abrazarlo y llevarse todo su dolor lejos. Pero ¿cómo consolar a alguien que no quería ser consolado? Todo lo que Aidan buscaba era vengarse o hacer justicia, lo que llegase primero, sin importar que su vida peligrase.

—¿Por eso me trajo con usted?

—Al principio. Me recordabas a mi hermano, no pude dejarte.

No era la respuesta que buscaba, estaba bien, sin embargo. Solo compasión, siempre. Nada más. Nunca.

—Ya...

Él abrió la boca para añadir otras palabras, la cerró de inmediato.

—Lamento lo de su familia.

Aidan encogió un hombro. Levantó la mirada y Hannah sintió que se derretía debido a su intensidad.

—Sabes mi secreto, tendré que matarte.

—¿Qué?

Esbozó media sonrisa, a pesar de que sus ojos continuaban pareciendo flamas azules.

—No se me dan las bromas. Como sea. Gracias por lo de anoche.

—Lo hice con gusto.

—¿Por qué?

—No entiendo.

Él ladeó la cabeza y el cabello le cayó sobre el hombro.

—¿Por qué lo hiciste? Podrías haberme dejado, no es la primera vez que tengo fiebre y nadie jamás me había atendido. Mi cuerpo suele curarse sin ayuda. ¿Por qué?

Esa era una buena pregunta. Hannah apretó los párpados, respirando profundo, y buscó la respuesta dentro de sí. «Porque te amo». El pensamiento llegó desde lo más profundo, sobresaltándola.

—Somos amigos —mintió.

Aidan le sonrió. Sus ojos, no obstante, le parecieron tristes.

## CAPÍTULO 29

Aidan cruzó las piernas y se recostó del espaldar del asiento, en la oficina de los hermanos O'Connell, con la mirada fija en Markus. Luego de poco más de un mes sin poder trabajar esto era un alivio, sobre todo porque necesitaba poner unos cuantos asuntos en orden, en especial el minúsculo detalle sobre la emboscada de la que fueron víctimas él y su grupo.

—Es bueno verte, Colmillo. —Markus le sonrió.

Él no fue capaz de devolverle el gesto, estaba furioso.

—Sí, ya sabes: soy inmortal.

Nicholas vio hacia arriba, resoplando. Aidan arqueó una ceja, ¿qué demonios le sucedía? Él había recibido la bala y ¿Nicholas estaba molesto? Oh, genial. Simplemente maravilloso.

Esto no tenía precio.

—¿Y a qué debemos el honor? —preguntó su jefe.

—Tú, ¿qué crees? —Movié el pie que le colgaba. La hebilla de su bota brillaba bajo la luz de la blanca—. Necesito respuestas.

Nicholas negó.

—Tú no necesitas nada. Sigues órdenes y ya.

Aidan entrecerró los ojos. Colocó ambos pies de vuelta en el suelo y se inclinó hacia adelante. No estaba de humor, pero si el Señor Simpatía deseaba jugar...

—Ah, ¿en serio? Permíteme recordarte una cosa: tú eres el jefe, pero yo lidero a Infernum.

—¿Es una amenaza?

—No, yo nunca amenazo, es un simple recordatorio.

Nicholas se aflojó el nudo de la corbata, removiéndose nervioso. Eso

estaba bien, aunque lo que Aidan estaba buscando en realidad era una reacción por parte de Markus. No la obtuvo. Él estaba quieto, con esa mirada segura y orgullosa, casi sonriéndole.

—Mira, McLaughlin, las cosas funcionan así: yo mando, tú obedeces. Si no te gusta, puedes desertar y enviaré a los Limpiadores por ti.

Aidan rió por lo bajo, sacudiendo la cabeza.

—Ah, ¿en serio? ¿Quieres probar?

—¿Estás retándome?

Nicholas tomó el teléfono, Markus lo detuvo sujetándolo del brazo.

—Espera. Estoy seguro de que no es lo que quiso decir, ¿cierto McLaughlin?

Por supuesto que no. Pero tenía que descubrir qué jodida mierda estaba sucediendo. Estas últimas semanas le dieron mucho qué pensar, empezando por Tracy y su vínculo con los hermanos O'Connell. ¿Era realmente la hija de Nicholas? De ser así, ¿por qué dio la orden para que la matase? Ya no le quedaban dudas: era inocente. Y ahora él tenía un nuevo cargo de conciencia y sangre en sus manos que no deseaba.

«Mark me envió. Fue su idea». De nuevo, la voz desesperada de Tracy regresó a su mente para recordarle su estupidez. Había traspasado la línea inquebrantable, su más grande regla. Joder. ¿Qué haría?

—Te equivocas: es lo que quiero decir. —Se humedeció los labios con la lengua—. ¿Saben? He estado pensando en Tracy, en lo que dijo antes de morir.

Los ojos de Nicholas se ampliaron, mientras que Mark se removió inquieto. ¿Qué, en serio pensaban que no trataría de obtener información de ella, que solo la mataría y ya? Los jefes de Infernum no podían ser tan imbéciles, ¿o sí?

—¿Y qué fue eso? —Nick vaciló—. Las personas dicen y hacen muchas cosas antes de ser asesinadas.

Mentir no era una de ellas. Los seres humanos se volvían extremadamente sinceros cuando se encontraban al borde de la muerte.

—Oh, muchas cosas. Ya saben: esto y aquello. —Curvó la comisura de

labio hacia arriba—. Aunque los alegatos de inocencia siempre llaman la atención.

—¿Y le creíste?

«Tú, ¿qué piensas?».

—No. ¿Cómo podría? Es decir, ustedes *no* tienen secretos, ¿verdad? Y por supuesto que *no* nos estamos vendiendo como putas al ente más corrupto del país. Infernum *continúa* apegado a los ideales de Mathew O'Connell.

Markus no hizo ningún movimiento. Eso le pareció extraño. No parpadeó, desvió la mirada ni trató de excusarse. Nicholas, no obstante, boqueó como un pez fuera del agua. Con los ojos desorbitados, apretó los reposabrazos y negó. Él se encontraba absoluta y sinceramente sorprendido.

«Esto no puede ser verdad». Aidan sintió que se quedaba sin aire. Se forzó a mantener la compostura.

—¿¡Estás loco!?! —La voz de Nicholas se elevó hasta convertirse en un chillido agudo—. ¿Es una maldita broma, McLaughlin? ¡Infernum no-se-vende! Nunca. Jamás. ¡Jamás!

Eso no era cierto. Y le dolía en lo más profundo. Todo lo que conoció, en lo que creía desde la infancia se estaba desmoronando frente a sus ojos. «Minino. Mierda». Leo no se lo tomaría bien. Oh, Diablos. La situación se complicaría.

—¡Nick, cálmate! —Ordenó Mark—. Seguro McLaughlin tiene una muy buena explicación.

«Sí: que nos estamos vendiendo, hijo de puta. Que nos enviaron a mis muchachos y a mí a una jodida trampa». Y se vengaría. La sangre iba correr a borbotones. Se encargaría personalmente.

—¿La tienes? —insistió Nicholas.

Aidan encogió un hombro.

—La tengo: Tracy fue una perra traidora y merecía la muerte. Punto. Lo que no me explico es quién pudo habernos entregado a los rusos. Es... sospechoso.

Suspirando, Nicholas asintió.

—Es verdad, tampoco me gusta. McLaughlin encárgate, después de todo casi mueres.

Se levantó y fue hacia la puerta.

—Con gusto. Markus, Señor Simpatía... —Inclinó la cabeza hacia cada uno—. Nos vemos.

Ahora que tenía claro quién era el verdadero traidor, solo le quedaba idear un plan y ponerlo en marcha. Pero antes, tendría que informarles a Zhenya, Diana y Leo, para que tuvieran cuidado. Estaba seguro de que los próximos en la lista eran ellos.

Esto le causó gracia. Infernum, a quien se dedicaron en cuerpo y alma, trataba de matarlos.

Hannah llamó a la puerta del apartamento en el cual vivía su hermano desde hacía casi ocho meses, cuando finalmente fue dado de alta en la institución psiquiátrica. Aidan le había ofrecido que se fuera a vivir con ellos, Ian se negó alegando que necesitaba su propio espacio.

Al principio, le costó hacerse la idea de que no estarían juntos como en la infancia, pero terminó entendiendo que a pesar de ser gemelos también eran seres humanos individuales, que deseaban cosas diferentes en sus vidas. Ella estudiaba Gastronomía, para luego especializarse en la Repostería; él acababa de terminar la preparatoria en una escuela para adultos, mientras trabajaba en Babilonia como *barman*, y recién comenzaría a estudiar Arquitectura.

Dos mitades, partes de un todo, que eligieron caminos diferentes. No tenía idea de cómo sentirse al respecto.

Sonrió tan pronto como Ian asomó la cabeza. Con el pecho desnudo y el cabello tejido en una trenza sobre el hombro, sus ojos se iluminaron en cuanto la vio.

—Pasa —dijo, haciéndose a un lado.

Hannah se mordisqueó el labio superior, viendo las cicatrices que se

extendían a lo largo de su piel dorada, muchas y unas más grandes y horribles que otras, que comenzaba a cubrir con tatuajes. A pesar de conocer toda la historia, no terminaba de acostumbrarse. Le dolía su dolor. Pero Ian mejoraba poco a poco. Cada día lograba abrirse con las personas, en especial con su psicólogo y ella. Claro que continuaba mostrándose precavido con los hombres; sin embargo, ya no iniciaba riñas con nadie ni se alejaba.

Respirando profundo, ingresó. Adentro, Gemma se abotonaba la blusa con las manos temblorosas. «Ay, no. Ay, no». Con los ojos muy abiertos, se giró hacia su hermano quien se limitó a curvar la comisura de su labio hacia arriba en un gesto burlón y prepotente.

—¿Sorpresa?

—Yo... —Gemma escondió la mirada, con el rostro rojo—. Tengo que... Mejor me...

Ian la besó en los labios, suavemente.

—Solo es Han, tranquila.

Ella negó.

—Qué vergüenza. —Tomó su bolso y se fue hacia la puerta—. Nos... Ay, Dios... Nos vemos. Cuídate, Hannah.

Y se marchó sin siquiera ver atrás.

A Hannah le tomó cinco minutos entender lo que estaba sucediendo. Aceptarlo. Su hermano y su psicólogo, la que se suponía que lo ayudaba, estaban acostándose. «Dan, ¿qué pasa contigo?». Él no era de esta forma. Su gemelo nunca... Pero estaba haciéndolo. Ian era de este modo ahora. La prostitución lo había cambiado.

Solo esperaba que Gemma no resultara herida.

—¿Quieres algo? —Ian le preguntó, como si nada estuviera sucediendo.

Sentándose en el sofá, Hannah negó. El apartamento era pequeño y cómodo, pese a tener solo lo esencial. Ian no aceptaba su ayuda ni la de nadie, deseaba labrar su propio camino. Conseguir las cosas por sí mismo. Hacerse fuerte. Y ella lo apoyaba, aunque no estuviera de acuerdo.

—¿La doctora Gemma y tú...?

Ian se colocó a su lado. Asintió indiferente mientras recogía el sujetador que Gemma había olvidado con la prisa.

—Me atrae. Es linda.

Por supuesto, sin embargo, eso no significaba que iría por ahí acostándose con todas las mujeres bonitas que conociera.

—¿Vas en serio con ella?

Él apretó los labios un momento, exhaló y le dio una de esas miradas de «¿no me conoces?». Y a estas alturas, no sabía quién era su hermano.

—Puede ser. —Dobló el sujetador y lo metió debajo del cojín—. Me gusta, pero cree conocerme y eso me jode. Trata de analizarme todo el maldito día.

—¿Eso *qué* significa?

—Que me gusta. Es obstinada.

Ella no le veía la lógica. ¿Le agradaba o le hacía enojar su persistencia?

—No entiendo. ¿Te gusta y vas en serio o te molesta y solo estás jugando?

—¿Ambas?

Hizo rodar los ojos, bufando.

—¡Dan! Esto es serio. Es tu psicólogo y puede perder la licencia si... ¡Por Dios! ¿Qué estás haciendo?

Él le restó importancia con la mano.

—Ya *no* es mi psicólogo. Dejó de serlo la primera vez que me la follé, Han. Es muy, *muy* inteligente. Ahora me atiende un viejo estúpido e insoportable. —Suspiró, apretándose el puente de la nariz—. Gem no es mi chica, tampoco es un juego; solo... es complicado.

—¿Por qué?

—Por el mismo motivo que el Señor Vampiro lo es para ti.

Tuvo que concedérselo. Aidan era el Fruto Prohibido de su vida, la más grande tentación. La persona que amaba y jamás iba a tener. Con todo, no lograba comprender cómo era que su hermano había terminado en este dilema con la psicólogo. «No parece confundido». Más bien, no quería aceptar que

Gemma le importaba.

—¿La quieres?

—A veces.

—Dan, en serio, ¿la quieres?

Él vaciló.

—No lo sé. Antes quería borrarle la sonrisa y hacerle daño; ahora no puedo vivir sin ella y quiero que tenga el valor de aceptar... Esto es una puta mierda.

—Estás enamorado.

Ian hizo una mueca, como si algo le doliera al extremo de ser insoportable.

—Y dime, ¿cómo vas con Z? —contraatacó.

Hannah tomó aire. ¿La verdad? No sabía.

Aidan asintió, más serio de lo normal. Los ojos de Zhenya se ampliaron por la sorpresa y Leo continuaba en estado de *shock*, cabizbajo y murmurando palabras ininteligibles. Lo entendía, de no llevar toda la carga sobre sus hombros y ser el líder del grupo, de cada uno de ellos, se habría derrumbado también.

Esto era duro.

—¿Quieres decir que mi padre casi muere por su maldita culpa? ¡*Sukin syn!* ¡*Ya ub 'yu yego!*<sup>[48]</sup>

Zhenya se atragantó con su propia lengua y acento mientras farfullaba maldiciones en ruso. Aidan se preparó para responderle, Leo se le adelantó:

—Y tú recibiste una bala por... —Respiró hondo—. Trató de matarnos. A ti, a Z, a Diana, a mí...

—Minino, sé que es duro, pero...

Él se burló.

—¿Sabes? ¿Sabes? ¡Toda mi jodida vida es una mentira! Nada... nada es real. ¡No somos una familia, un maldito padre no trata de matar a sus hijos! Él... ¡Mierda, mierda, mierda...!

Aidan sintió su dolor como propio. Había querido evitarle esto, pero no tuvo otra salida. Si no se le adelantaban, él iba a matarlos. No tenía idea de por qué lo hacía, era lo de menos, ahora todos los Círculos y Escuadrones estaban en peligro de muerte. Él no iba a detenerse. Si fue capaz de hacer que asesinasen a Tracy, que llevaba su sangre en las venas, ¿qué no haría con el resto?

—Minino...

—¡No tengo nada! Todo es una mentira... ¿Qué se supone que haré?

Tomando aire, Aidan se acercó a la silla en la que Leo estaba sentado y se inclinó hasta quedar a su altura. Apretándole las mejillas con una mano, le obligó a levantar la cara.

—Leo, mírame. Tienes que calmarte. Esto no ayuda.

—Es una mentira. Todo en lo que creí, por lo que viví y asesiné. Todo...

—¡Mírame! —Lo sostuvo firme—. Sé que duele. La vida es una perra, pero tienes que quedarte conmigo. Te necesito.

—Tú no necesitas a nadie.

Negó. Ya no, nunca más.

—Te necesito. *Los necesito* —aseguró, mirando a al resto de su equipo—. No sé qué está sucediendo ni desde cuándo, tampoco por qué; pero tenemos que frenarlo. No podemos no hacer nada mientras más de nosotros mueren.

Leo respiró hondo, calmándose. Aidan lo dejó ir y le ofreció una sonrisa torcida.

—Tú mandas. Eres el jefe.

Aidan volvió a su silla. Sí, lo era y se encargaría de proteger a Infernum de sí mismo. De lo que fuera que estuviese sucediendo, aunque eso implicase iniciar una revolución. Ninguno de ellos vendió su propia alma para convertirse en el peón descartable del gobierno y las mafias. En absoluto.

Jamás.

—Primero tienen que asegurar a sus seres queridos. —Le dio una mirada a Zhenya—. Hijos, padres, hermanos, parejas... Si descubre que lo sabemos, irá por ellos. Manténgalos a salvo. Si tienen que sacarlos del país, ¡háganlo!

Los tres estuvieron de acuerdo.

—¿Hannah se viene conmigo o se queda en tu apartamento?

La pregunta de Zhenya lo confundió. ¿Tenía que dejarla en sus manos o encargarse de protegerla? No sabía, lo único de lo que fue consciente era que no deseaba dejarla ir. Nunca. La quería cerca. La necesitaba consigo. «Pero la decisión es suya». Lo que Hannah quisiera. Él le apoyaría en todo. Siempre.

—Le preguntaré —respondió.

La sonrisa de Zhenya casi le hace arrepentirse de haberlo prevenido. «Hijo de puta». Le haría un favor enorme si se muriera.

Diana tomó su teléfono.

—Tengo que llamar a mi hermano —dijo, y se fue hacia un rincón.

Leo soltó un bufido.

—Mi chica... No me voy a perdonar si también pierdo a Yuki. Tengo que...

Aidan movió la cabeza de arriba abajo. Entendía la sensación, Leonardo había perdido a demasiadas personas a lo largo del tiempo: su madre, Donovan, Madeleine y el hijo de ambos.

—Tranquilo, estará bien. Puedo reubicarla.

—¿Dónde?

—No hago favores en vano. —Le guiñó un ojo—. Pero nos encargaremos de ella después, por ahora...

Los siguientes setenta minutos transcurrieron en medio de discusiones y planes que iban descartando a medida que perfeccionaban otros. A pesar de tenerlo todo claro, Aidan no sabía cómo hacer que la situación fluyera a favor de su grupo y no en contra. Si eran descubiertos terminarían igual que Tracy: torturados y mutilados, cinco metros bajo tierra. Pero no solo ellos, sino también las personas que eran importantes en sus vidas.

El no permitiría que nadie hiriera a Hannah.

Cuando el reloj marcó las seis de la tarde, finalmente habían llegado a un consenso: le tenderían una trampa a Markus O'Connell y lo guiarían directo a la muerte.

## CAPÍTULO 30

Hannah refunfuñó, removiendo la pasta en su plato. Estos últimos meses habían sido... poco usuales, rozando lo aterradores. Luego de haber sido emboscado, Aidan comenzó a tomarse más precauciones de lo usual: revisaba el apartamento antes de salir y al llegar, llevaba un par extra de armas y no la dejaba sola, en absoluto. De hecho, le había preguntado si quería mudarse con Ian o Zhenya, y cuando se negó terminó contratando a una muy hermosa venezolana, de busto enorme y mirada inquietante: Rocío.

Justo ahora, se encontraban en el comedor de la Academia Gastronómica Dubois, almorzando como un par de amigas. Rocío era madura, calmada y sólo hablaba cuando era necesario. Sin embargo, le inquietaba el hecho de que fuera fría y calculadora, como si no poseyera sentimientos y su vida se resumiera al deber. Una máquina de matar. Por lo poco que le había dicho, Hannah sabía al menos dos cosas: Rocío López era huérfana y había abandonado su país de nacimiento debido a la última guerra civil. A pesar de no haber dado detalles, pudo deducir por su mirada había sufrido mucho, tanto como para llegar a convertirse en una asesina a sueldo y a veces guardaespaldas. No tenía ningún vínculo con Infernum; con Aidan, no obstante...

No tenía una idea clara de lo que estaba ocurriendo, pero Hannah casi podía jurar que se relacionaba con la organización. Había un aura oscura cubriéndolo todo como un manto. Lo veía en los ojos de Leo y Zhenya, en la actitud de Aidan: el caos iba a desatarse como una tormenta.

Se llevó un tenedor a la boca, mirando cómo Rocío bebía de su taza de café. Tal parecía que era su único alimento, ya que jamás le había visto probar bocado. ¿Cómo consiguió Aidan asignarle una guardaespaldas que pudiera estar junto a ella en Gastronómica Dubois, tan exclusivo como era? No, la pregunta real era: ¿cómo estudiaba ella ahí? No valía la pena preocuparse, él tenía sus métodos.

—¿Terminamos? —La voz de Rocío la sobresaltó.

Hannah tragó con dificultad. Le pareció increíble el modo en el que Aidan y Rocío se parecían: callados, distantes..., gélidos. Sí, esa era la palabra. Como el Polo Norte en invierno, pero con un par de ojos tristes que le rompían el corazón. En el caso de Rocío, más bien temibles.

Asintiendo, dejó los cubiertos a un lado.

—Iré a la casa de Z.

—Bien. Te llevo. Camina.

Hannah meneó la cabeza, negando.

—No, yo puedo sola. Quedamos de...

Rocío hizo rodar los ojos. Inclinandose hacia el frente, cruzó los dedos debajo de su barbilla.

—Mira, no te gusto y tú no me gustas. Estamos de acuerdo. Pero me pagan para protegerte, eso hago, así que deja de fastidiarme. Yo-te-llevo, fin del asunto.

—No tienes que ser grosera.

Rocío rió por lo bajo.

—Coño, ¡no! Pero la *vaina*... — El español se mezcló con su perfecto inglés. Hannah no conocía el significado de esa palabra, pero le pareció que eras ofensiva—... es, niña, que me importa una mierda. Hago mi trabajo. —Se recogió el cabello negro de forma descuidada—. El jefe fue enfático con eso: no te dejo ir sola a ninguna parte, ¿captas?

Fuerte y claro. En definitiva, jamás podrían tener una amistad. No porque Hannah no lo hubiera intentando.

—Sí. —Fingió una sonrisa—. Entendido.

El viaje hacia la casa de Zhenya fue particularmente tenso y silencioso. Hannah se dedicó a ver el paisaje a través de la ventanilla, ignorando a Rocío por completo. Y a su malhumor, sobre todo eso. Honestamente, ¿por qué Aidan le había asignado una vigilante? ¿Qué tan mal podían estar las cosas? No sabía. Sin embargo, le molestaba la idea de que continuase tratándola como a una niñita incapaz de defenderse por sí sola. Tenía el entrenamiento adecuado, era buena con las armas y además... «No te ve como a una mujer. Jamás va a

hacerlo». El pensamiento picó duro en su interior. Para él siempre sería la esclava huérfana que le recordaba a su hermano muerto.

Nada más.

Nunca.

Cuando llegaron, Hannah salió corriendo del automóvil hacia la puerta de Zhenya. Era una casa grande, con un jardín lleno de flores silvestres y rodeada por una cerca blanca. Había un columpio, que colgaba de un enorme árbol, que nadie fuera de ella usaba. Tocó la campanilla y esperó. La recibió un pelinegro de ojos grises. Shurik. Sonriéndole, se hizo a un lado para que pasara.

—¿Cómo has estado? —preguntó.

Hannah se encogió de hombros.

—Bien, señor, ¿y usted?

Shurik tomó su chaqueta del perchero, se colocó un par de guantes azules y le ofreció una amplia sonrisa idéntica a la de su hijo. El parecido era impresionante, salvo por sus actitudes: Shurik era serio y amable, mientras que su hijo... Hannah solo halló una palabra para él: inquieto. Y aun así, sus sonrisas eran gemelas.

—Ocupado, intentado que mi hijo no se meta en problemas. Cosa difícil, como sabrás. —rió por lo bajo—. Tengo que irme, pero te quedas en tu casa. Zhenya deberá llegar en... oh, no lo sé, ¿media hora? Bueno, nos vemos.

Asintiendo, Hannah le ofreció una sonrisa.

—Que le vaya bien.

Shurik le guiñó un ojo y desapareció después de cerrar la puerta. «Y ahora, ¿qué hago?». Esto ya era incómodo en sí mismo: ser la amiga especial de Zhenya —el terreno neutro entre una relación formal y la nada—, estando enamorada de Aidan, su jefe. Sin embargo, tener que encontrarse frente a frente con la ilusión en los ojos de su padre... era demasiado para ella. «Quizá debería irme». ¿Qué estaba haciendo, jugando a los novios? Quería ser considerada una adulta, cuando seguía comportándose como una niña.

Debía madurar. Y hacerlo implicaba tomar decisiones difíciles y dolorosas.

La puerta se abrió en el instante en que se aferraba a su bolso, dispuesta a marcharse. La amplia sonrisa de Zhenya la golpeó duro en el estómago. Como un niño en su fiesta de cumpleaños, él la miró con completa adoración y dulzura. Hannah se fijó en el hoyuelo que se formaba en su mejilla derecha siempre que sonreía. Hermoso. Pero no era Aidan. Jamás lo sería.

«Sácalo de tu sistema. ¡Déjalo, ya!».

Devolviéndole el gesto, caminó hacia él. Zhenya pasó el brazo por su cintura y la atrajo hacia su pecho.

—Hola.

—Hola —murmuró.

—Lamento no haber ido a clases ni pasado por ti tampoco. —Se lamió los labios lenta, muy lentamente—. Pero tu señor Cara-de-Culo-Insoponible me mantuvo ocupado. Tooodo el día.

Oír el odioso sobrenombre que le colocó a Aidan incrementó el malestar. Esto no estaba bien y si no lo paraba se pondría peor. «Basta». Solo tenía que concentrarse en Zhenya, en lo mucho que le gustaba y cuánto lo quería. «Pero no es amor». ¿Y qué? Podría serlo. Pronto.

—Me imagino. Ha estado algo... controlador estos meses.

Zhenya soltó una risita baja.

—Tenemos problemas en el infierno, *Malyshka*. Pero estaremos bien —dijo, con su fuerte acento ruso y la erre rodando en su lengua.

Sí, al menos la organización lo estaría. Asintió. Zhenya se encorvó hacia ella para alcanzar sus labios. Deslizó la lengua sobre ellos y la besó despacio, como sabía que le gustaba. Hannah esperó los fuegos artificiales, al menos las mariposas, no llegaron. Nunca lo hacían.

No con él.

—Y entonces..., ¿haremos pizza? —preguntó alejándose.

Zhenya le peinó los cabellos.

—Y veremos una *pele*. ¿Te gusta la idea?

—Me encanta.

De la mano, él la guió hacia la cocina. No que Hannah no conociera el camino, sin embargo, era una manía de Zhenya querer cuidarla. Ahora más que antes. Mientras caminaba por el corredor, ella volvió a extraviarse en la más de dos docenas de fotografías que adornaban las paredes. Casi todas de la madre de Zhenya y su gemelo. Algunas de Shurik y otras donde posaban como una familia feliz digna de un anuncio publicitario.

Paredes pintadas de cereza pálido y blanco, en un ambiente sutil y acogedor, que a veces se sentía demasiado vacío.

Las siguientes dos horas transcurrieron en la cocina, en un agradable ambiente de compañerismo y canciones de hip-hop que Zhenya había elegido. Aunque a Hannah no le atraía la música, podía tolerarla. Pero cuando él se apiadó de su alma y colocó algunas canciones de Zayn, tuvo que contenerse para no gritar como una *fangirl*. Le gustaba Zayn. Jodida, loca y fervientemente. No más de lo que lo hacía Harry, sin embargo, estaba bien.

Se dividieron las tareas: Zhenya se encargó de preparar la masa y Hannah de la salsa napolitana. La pizza la decoraron entre los dos.

Mientras comían, Zhenya colocó una película de la cual ni siquiera miró el nombre. No obstante, había una pareja interracial, un matrimonio que afrontaba todo tipo de situaciones desagradables por el hecho de no tener el mismo color de piel. Eso le desagradó. Pero así era el mundo. Incluso en la actualidad algunas personas continuaban escandalizándose por detalles tan minúsculos como aquellos.

Lloró como un recién nacido durante poco más de media hora. Gritó, se aferró a Zhenya, reprimió varias maldiciones y al final rió.

Cuando el reloj marcó las ocho, los labios de Zhenya cubrían los suyos por completo en un beso demandante que la dejó poco a poco sin respiración. Sus mano grande rodando peligrosamente por su pierna le hizo dudar. ¿Esto estaba bien? Bueno, llevaban poco más de cuatro meses juntos, envueltos en esa no-relación a la que todavía no le otorgaban un nombre. Tenía que estarlo.

La lengua de Zhenya se deslizó dentro de su boca, provocándola, mientras su otra mano le sostenía la cabeza. Una extraña mezcla de delicadeza y control. Hannah boqueó en busca de aire y enfocó la mirada en sus ojos. Lo vio: el deseo palpitante en ellos, quemándola. Jamás pensó que un color frío como el gris pudiera lucir tan cálido. Y con todo, ahí estaba erizándole la piel.

Llamándola. Tentándola.

Él alargó la mano y le delineó la mejilla. Su tacto no le alivió. No se sentía como debería, no había ninguna chispa. Su corazón no palpitaba frenético, como con Aidan, y sin embargo... Él volvió a besarla, en la comisura esta vez. Lentamente dibujó un camino de besos que partía desde su mandíbula y fue extendiéndose cada vez más abajo.

Confuso. Peligroso.

Si iba a pararlo, tenía que hacerlo ya. No lo hizo. En lugar de ello, Hannah enredó los dedos en la cabellera de Zhenya y le permitió continuar. Así tenía que ser.

Zhenya movió la mano hacia su abdomen y la metió debajo de la blusa. Todo en su interior se agitó. «No está bien, lo sabes». ¿Qué importaba? Lo quería. Junto ahora, de este modo. Con él. Porque Aidan jamás iba a mirarla como Zhenya. Entonces, si él estaba ofreciéndoselo, ¿por qué no tomarlo?

—¿Qui... —Zhenya tragó en seco, levantando la mirada. El gris de sus ojos la quemó—... quieres?

Asintió, dudosa.

—¿Segura?

No lo estaba. Nadie tenía por qué saberlo.

—Sí. Estoy segura.

Zhenya movió la cabeza tan rápido y fuerte que pensó que se le saldría. Le sonrió antes de posar los labios en su cuello.

—Z...

La mordió con suavidad, con su mano bajando hacia su vientre. Más abajo cada vez, hasta colarse debajo de su falda.

—Dime.

—Hazme el amor...

Sentado en el sofá, Aidan le dio un trago a su cerveza rubia, con la mirada fija en la televisión y los pensamientos vagando de un lugar a otro. ¿Dónde estaba Hannah? Volvió a ver su reloj: eran las dos y media. Oh, demonios, tendrían algunas palabras. Serias y significativas. ¿Qué estaba pensando, al llegar tan tarde dada la terrible situación? Se encontraban en peligro, todos ellos, ¿cómo podía...? «La chica no lo sabe». Un punto a su favor, sin embargo, Zhenya sí lo hacía. Por completo. A profundidad. Volcó toda su inexplicable ira en él.

Si algo malo le sucedía a Hannah, por pequeño que fuera, un rasguño, haría pagar al gran bastardo. Con lágrimas y sangre.

«¿Qué mierda te importa?». Tal vez no debería, pero lo hacía. Se preocupaba más de lo que pensaba admitir. No pretendía negarlo: era así como un hombre se preocupaba por su mujer. Solo que Hannah no era suya. Y no iba a serlo en esta vida, tampoco en la otra. Se encargaría de mantenerlo de esta manera, en esa zona de no-peligro donde estaba a salvo de él.

Y tristemente, él de ella.

Con un suspiro, apago el televisor y buscó su teléfono. Justo cuando marcaba su número, Hannah abrió la puerta. Sus ojos inflamados y todavía llorosos lo dejaron sin palabras. Cada músculo de su cuerpo se tensó.

—Buenas noches —dijo, arrastrando las palabras.

Ni siquiera levantó el rostro por completo. No fue necesario, pudo darse cuenta de que tenía la nariz roja, aún más: de las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. «Oh, joder, no». Al que fuera, lo mataría.

—¿Estás bien?

Ella alzó un hermoso hombro.

—¿Le importa o pregunta por preguntar?

Esto era extraño y le preocupaba. De cuatro pasos largos estuvo frente a ella. Hannah escondió la mirada de la suya y Aidan vio la marca de unos dientes en su cuello. Esto no podía estar pasando. No a ella. Se sintió igual de inútil que en el pasado. Más furioso. Tenía que golpear algo.

Con las manos temblándole por la ira y el inusual dolor, se atrevió a apretarle los hombros. Lo percibió: el olor del vodka corriente, disfrazado

detrás del perfume que le obsequió en su último cumpleaños. ¿Hannah se había embriagado? No, ni en sus más horribles pesadillas.

Pero era real y sucedía frente a sus ojos.

—¿Estuviste bebiendo?

Ella asintió despreocupada. Sorbiendo por la nariz, trató de pasar de él. Aidan la retuvo.

—¿Qué bebiste y cuánto?

Hannah respiró hondo y exhaló. Su aliento caliente y pesado le dio la respuesta.

—De esa cosa rusa. Un vaso, dos vasos... —Le mostró los cinco dedos de la mano, como dándole a entender su punto—. No lo sé. Perdí la cuenta. ¿Importa?

Claro que lo hacía. Ella era de piñas coladas, bebidas dulces y ligeras, casi sin alcohol.

—Diablos, ¡sí! —Gruñó varias maldiciones—. Mírame. ¿Por qué estuviste bebiendo?

—Z—murmuró.

«Hijo de puta, voy a matarte». Se lo advirtió, pero el muy bastardo no le hizo caso y lo pagaría. ¿Cómo se atrevió a hacerle año, a ella? Buscó las palabras correctas, el modo de continuar. ¿Cómo ser sensible con un tema que no tocaba porque era demasiado doloroso? Sin embargo, Hannah se le adelantó:

—Me quiere y yo no puedo quererlo. Él es bueno conmigo, siempre. Pero yo no soy... —Un sollozo interrumpió sus palabras—. Traté de...

—¿Qué trataste?

Se encogió sobre sí misma, como un gatito bajo la lluvia. Triste.

—Sexo. Traté. No pude. Y lo herí.

Aquellas palabras lo confundieron al mismo nivel que incrementaron la furia. ¿Hannah y Zhenya, follando? No en esta vida. «Es su novio, ¿qué esperabas?». Al menos la teoría de la violación quedó descartada para su alivio.

—Hey, ¿por qué no vas a dormir? Te sentirás mejor en la mañana.

No tenía idea de cómo lidiar con esto. Negando, ella levantó la mirada. Cuando sus ojos llorosos lo enfrentaron, él vio el terrible dolor que estaba soportando. ¿Cuánto tiempo llevaría rompiéndose? Sufriendo en silencio, sola. Cansada.

—Z es un buen chico, pero yo no lo quiero, ¿sabe *por qué*?

Sacudió la cabeza. Hannah le ofreció una sonrisa torcida.

—Por supuesto que no, ¿cómo podría? Esas cosas no son... ¿importantes?  
—Inhaló profundo—. Porque *no* es usted.

El alcohol la convertía en una mujer habladora y... Eso en su voz, ¿era ironía?

—¿De qué hablas?

—Z. No puedo quererlo porque no es usted. Él-nooo-eees-usteed.

Todo su mundo se tambaleó. De repente, Aidan creyó que también estaba ebrio. «Mierda, no». ¿Eso había sido un intento de confesión amorosa? Excitante y aterrador como el tártaro. Le gustaba, pero no podía darse la libertad de ceder.

—¿Sabe lo doloroso que es saber que *nunca* va a mirarme? Vivir en la misma casa y... He tenido estos sentimientos desde los dieciséis. Al principio pensé que se irían, pero no se fueron. Y solo continuaba sintiéndome mal, ¿sabe?, porque yo no era tan bonita como las mujeres que conoce y...

—Estás ebria, vé a la cama.

Rio por lo bajo, removiéndose hasta soltarse.

—Yo solo quiero... quiero que me mire. *Gustarle*. ¿Qué tengo de malo?

Oh, demonios, nada. Le parecía perfecta a su modo imperfecto. Amable y suave, dulce como una caricia. Incluso cuando se atrevió a levantarle la voz más de un par de veces mientras lo cuidaba. Ella era una caja de sorpresas. Y por el infierno, le gustaba, mucho, demasiado; pero se encontraba fuera de sus límites.

Jamás se atrevería a quebrantar la línea con ella.

—Estás ebria y cansada, deberías...

—¡No! —Las lágrimas, como gruesos hilillos, descendieron de sus ojos  
—. Solo dígame: ¿por qué?

Suspirando, le sostuvo la mirada.

—Simplemente, no.

—¿Por qué?

—Eres una niña.

Un bufido. Hannah le puso los ojos en blanco.

—Tengo diecinueve. Soy una *mujer* ahora.

Punto a su favor. Oh, bueno, quizá tendría que recurrir los viejos trucos con ella. «Hora de ser desagradable». Por el bien de ambos, tenía que romperle su nueva burbuja rosa.

—¿Quieres la verdad? Te la diré: no-me-atraes. Muy *simple*. Físicamente, no eres mi tipo: pechos enormes y caderas demasiado anchas. Estás *gorda*. Pero lo que más me desagrada es tu actitud.

Una mentira jamás se sintió tan terriblemente mal. Le encantaba su cuerpo. Tenía las proporciones correctas. Y si se sinceraba, estaba un poco-muy harto de las mujeres delgadas. Jamás fueron su tipo. Le gustaba la facilidad con la que Hannah descartaba las tendencias y las dietas, y se lanzaba sin remordimientos sobre cualquier postre.

—Ah...

Tan solo eso. No añadió otra palabra ni siquiera un suspiro. En silencio y cabizbaja, ella se retiró hacia su dormitorio, dando tumbos.

«La jodiste». Y en grande. Estaba seguro que después de esto, ella no volvería a hablarle. Jamás.

## CAPÍTULO 31

Nueve de agosto. Aidan odiaba este día sobre todos los demás. Hoy se hacía un año más viejo y se encontraba solo, por su propia elección. Nunca le había molestado tanto como ahora, aunque no sabía el porqué. Tan solo era... asfixiante. Sí, esa palabra describía bien la sensación de pecho oprimido que lo asaltó por la mañana, cuando miró el calendario y recordó que era su gran día.

Frotándose las sienes, exhaló. No quería trabajar, sin embargo, el mundo nunca paraba. Él tampoco podía hacerlo. La función tenía que continuar y él con ella, cada jodido día. Sin descanso. Siempre.

Así era y siempre sería.

Mientras ojeaba algunos papeles y firmaba otros, su mente divagó en el extraño torbellino emociones que fueron los últimos meses, desde que Hannah le confesó sus sentimientos. Había sido un maldito hijo de puta, pero trató de convencerse que era por su bien. Él de ella, claro, no el propio. Como era de esperarse, Hannah no lo tomó de la forma correcta: apenas lo saludaba y evitaba quedarse en el mismo espacio cuando lo veía; cosa bastante difícil dado que vivían en la misma casa. No juntos, aquel pensamiento estuvo golpeteando contra su mente todo el tiempo. Incluso tomó la decisión de echar a Rocío, sin consultarle en absoluto, alegando que no necesitaba ser protegida, que podía hacerlo sola. Y diablos, sí, por supuesto que podía; aunque no contra Infernum.

No obstante, estuvo bien hasta que dejó de hablarle. Silencio. Ni una palabra. Como si no existiera, Hannah se dedicó a pasar de él descaradamente, sin mirarlo. Y eso dolió en lo más profundo, casi tanto como la pérdida de su familia. Porque ella le importaba. Ah, mierda, tenía que admitirlo: estaba enamorado de la jodida chica. Tan acostumbrado a ella que cuando puso distancia entre los dos se sintió perdido. Y justo hoy, cuando menos lo necesitaba, lo había hecho de nuevo. Con más firmeza de la que jamás creyó ver en esos ojos amables. Y no podía culparla, por mucho que lo desease. Solo estaba reaccionando como lo haría cualquier persona con el

corazón roto.

Cualquiera menos él.

El teléfono en el bolsillo de su saco sonó, haciéndole volver a la realidad. Refunfuñando, se fijó en el número. Era *madame*<sup>[49]</sup> Dominique Dubois, ama y señora de la academia en la que Hannah cursaba sus estudios. Vieja arpía, tuvo que hurgar en su basura para forzarle a admitirla en su instituto. Y aun así, se negó durante un tiempo, alegando que «no tenía referencias» y Sullivan «no era un apellido importante». Le habría golpeado en ese momento, de no tener sesenta años.

Maldita vieja.

—¿Qué mierda quiere?

Fue enfático: nada de llamadas, a menos que Hannah estuviera en problemas. Y como nunca se metía en ellos...

—*Bonjour. Avec le monsieur McLaughlin, s'il vous plaît.* <sup>[50]</sup>

Ah, y esa porquería del francés barato.

—Repito: ¿qué-mierda-quiere? Y en inglés, sé que lo habla perfectamente.

Dominique vaciló. Aidan oyó varios murmullos y luego, silencio. Algo iba mal.

—*Excusez-moi*<sup>[51]</sup>... Sí, bueno... Es sobre *mademoiselle*<sup>[52]</sup> Sullivan.

Y luego estaba su acento fastidioso, como si le hubieran cortado la mitad de la lengua. Últimamente los odiaba, gracias a Zhenya. Jodido bastardo.

—¿Qué ocurre?

Más silencio. Murmullos. Silencio. Aidan contó hasta diez para calmarse.

—Llamo para informarle —continuó Dominique— que abandonó la carrera, esta mañana. Ella estuvo faltando el último mes, pero dijo que usted lo sabía. Sin embargo, me pareció sospechoso que hiciera esto, considerando que usted canceló todo este año, en enero.

«Mierda, ¡no! ¿Qué demonios, hiciste, Hannah?». ¿Por qué renunciaría a su sueño? Aidan recordó las veces que llegó a mencionarle lo mucho que deseaba poder estudiar en la Academia Dubois, ¿y ahora desistía sin si quiera

informarle? El dinero no le importaba ni un poco. No nadaba en él, aunque tenía suficiente como para permitirle el pequeño lujo. En ese momento, mientras *madame* Dubois parloteaba sin cesar halló la respuesta: estaba saliendo de su vida para siempre. Y todo por su culpa.

Como cada vez.

—Hágame un favor —interrumpió—. Permítame resolverlo, mañana estaré llamándola para informarle si es definitivo.

—Me parece bien. *À tout à l'heure*<sup>[53]</sup> —dijo. Y colgó.

Frustrado, Aidan se frotó el rostro. Esto estaba mal, terrible y jodidamente mal. «¿Qué debo hacer?». Pensó en muchas opciones, dejarla ir no fue una de ellas. No podía.

No quería.

Tan rápido como le fue posible, abandonó su oficina, corriendo hasta el estacionamiento donde estaba su automóvil. Se metió en él y encendió el motor. «Mierda, no me hagas esto». Pero siendo sincero, ¿qué pensaba que sucedería? Una mujer se cansaba de esperar, sobre todo cuando se trataba de hombres como él. Eso lo llevo a una pregunta: ¿qué haría cuando llegara al apartamento? Intentaría convencerla, evidentemente. Sin embargo, de quedarse, ¿cómo cambiarían las cosas? No podrían seguir como compañeros, amigos o lo que fueran, y él tampoco iba a arriesgarse a cruzar la línea.

Frenó frente al semáforo. Quizá lo mejor para ambos era dejarla ir. Ahora ella tenía a su gemelo de vuelta, él la recibiría de brazos abiertos y... La idea no le gustó. «No quiero que te vayas». Hundió el acelerador. Ya lo resolvería cuando la tuviera frente a frente.

Estuvo en su apartamento veinte minutos después. Se había saltado un par de luces en rojo y fue detenido por una patrulla, consiguió librarse con un poco de dinero. Ah, sí, las bondades de New Jericho.

Abriendo la puerta, ignoró a Thor, que había comenzado a gimotearle y fue directo a las habitaciones. La encontró encorvada sobre la cama, metiendo algunas mudas de ropa en su minúscula maleta. Diablos, estaba huyendo y aun así no se llevaba nada fuera de lo esencial. Osos de felpa, pijamas, perfumes, todo seguía donde lo había puesto.

—¿Qué-mierda-haces?

Cerró la puerta. Hannah se sobresaltó. Respirando profundo, apretó las manos y se volvió hacia él. La determinación en sus ojos lo quemó.

—Marchándome.

—Ya veo. —Ladeó la cabeza—. Pero explícame, ¿por qué abandonaste la academia?

Alzó ambos hombros, apretó los labios y se mantuvo en silencio durante dos minutos. Aidan esperó con paciencia, una que se agotaba.

—No puedo pagarla —dijo al fin—. Mi sueldo no...

—¿Cuál sueldo?

Vaciló. ¿Por qué no le gustaba?

—En la tienda para mascotas.

Oh, con que ahí estuvo los últimos treinta días mientras le hacía creer que continuaba estudiando.

—¿¡Qué mierda haces en una tienda para mascotas!? —La furia se filtró a través de sus palabras—. ¡Tienes todo lo que necesitas! Estoy malditamente seguro de eso.

Ella retrocedió asustada. No. Ese no era el efecto que estaba buscando. Tenía que calmarse.

—Hannah.

—Le pagaré..., algún día. —Miró a su alrededor—. Todo esto. Pero no puedo seguir. Tengo que irme.

—¿Con Z?

Tal vez se habían reconciliado y jugarían a la casita feliz. Ella negó.

—Ni siquiera me habla. Es decir, lo intenta, pero no puede. Y yo no quiero hablarle. Fue duro para los dos.

—¿Con quién, entonces?

—Dan. Él se ofreció. Y la verdad es que... —Le sonrió con tristeza—. Muchas gracias por todo, pero debo irme.

Él le frunció el ceño.

—¿Por qué?

Hannah se armó de valor, para no llorar. ¿Era una pregunta seria? ¿Tan ciego estaba que no podía verlo, aun cuando se lo confesó? Estaba enamorada y él no la quería del mismo modo. Cielos, dudaba que lo hiciera de cualquier forma posible. «Te la diré: no-me-atraes. Muy *simple*. Físicamente, no eres mi tipo: pechos enormes y caderas demasiado anchas. Estás *gorda*. Pero lo que más me desagrada es tu actitud». Sus palabras crueles la traspasaron, de nuevo. Todo había sido dicho, no quedaba nada más.

No para ella.

—¿Por qué cree? —Señaló su propio pecho—. Duele, aquí. No es como si importara, ¿verdad? Pero después de tanto, se me hace imposible seguir.

Él avanzó los mismos pasos que ella retrocedió. Esa mirada..., ¿qué era? ¿Ira, dolor? No, tan solo veía sus propios sentimientos reflejados en esos gélidos ojos azules. «¿Por qué no puedo gustarte?». Una pregunta estúpida, dado que conocía la respuesta.

No era ni jamás sería suficiente para él.

—Entonces, te vas. —Su tono molesto le erizó la piel—. Y cuéntame, ¿qué piensas hacer? ¿Trabajar en una tienda estúpida, con un sueldo que te permitirá comer y pagar la renta del apartamento? Y luego, ¿qué? Te olvidas de toda esa mierda de la que hablabas con tu amiga, y ya, ¿así de fácil?

—No, haré algunos cursos. Luego trabajaré en algún restaurante modesto y continuaré estudiando, solo que en una academia menos costosa.

Aplaudió, hiriéndola en lo más profundo.

—Todo cubierto, ¿no?

—Básicamente.

Se rió de ella, en tono bajo, viéndola con los ojos entrecerrados. Como una fiera a punto de atacar, la fue acorralando hasta que la pared la detuvo. Sin escapatoria, Hannah tragó duro y alzó la mirada.

—Gracias por todo, se lo pagaré un día. Yo...

Aidan se inclinó hacia ella, haciéndola callar. Oh, bueno, medir un metro noventa y dos no debía de ser sencillo. Y aunque estaba encorvado veinte

centímetros —poco más, poco menos—, todavía continuaba superándola en altura y luciendo temible.

—Deja de hablar de dinero.

—Por favor. Tengo que irme.

—¿Quieres irte?

Titubeó. Lo único que deseaba, no lo tendría. Aidan unió sus frentes. Por un momento, creyó ver el brillo de las lágrimas en él. Sin embargo, era de los que nunca lloraba. No despierto, al menos.

Jamás por ella.

—¿Qué mierda quieres de mí, Hannah? —preguntó, con la furia filtrándose a través de sus palabras—. ¿Qué-maldita-mierda-quieres?

—¡Que me veas, *a mí*, como lo que soy! No a través ni sobre, ¡sino a mí! ¡A mí, como una mujer! —Las lágrimas finalmente brotaron—. Ya no soy una niña, ¿por qué no puedes verlo? Y ya sé que no soy taaan delgada, pero...

Otra risita. Aidan se lamió los labios.

—Sería más fácil si pudiera verte como a una jodida niña. Pero nunca tengo suficiente de la mierda, ¿*uh?* Eres malditamente perfecta: suave y dulce. Con esos ojos grandes, que me miran siempre. —Fijó su propia mirada en ella, en el pequeño escote de la V de sus pechos—. Y luego, ¿cómo no?, pobre de mí si alguna vez pidiera un poco de paz, está *ese* cuerpo. ¿Sabes lo jodidamente difícil que han sido estos años? Un día eras un tumor insoportable y al otro..., una mujer a la que yo deseaba.

Hannah dudó de su cordura. ¿Estaría soñando?

—¿Yo le gusto?

Asintiendo lentamente, él suspiró.

—Cada día, desde que cumpliste diecisiete. Pero ponte un momento en mi lugar. Es decir, yo limpio la mierda, no me baño en ella. No se supone que... Aun así, pasó. Y aquí estoy: patéticamente impidiendo que te vayas, aunque debería echarte lejos.

—¿De verdad... no quiere que me vaya?

—Mierda, ¡no! Y vuelve a tutearme. Me gusta más. Así no me siento como

un bastardo enfermo.

Muy a su pesar, rió. Le gustaba, a él. ¿Qué podría ser mejor? Quizá que la quisiera.

Un paso a la vez.

—Y ahora te ríes. Creo que me gustabas más cuando eras muda e inclinabas la cabeza.

Eso trajo recuerdos amargos, que pincharon duro en su interior. No quería volver a ser muda ni a tener miedo, padecer hambre o sentir dolor. Antes de responderle, los labios de Aidan se encontraban sobre los suyos, presionando con suavidad.

Apretó los párpados, abandonándose. Él la mordió, incitándola, y Hannah abrió la boca. La lengua de Aidan buscó la suya de inmediato y le costó seguirle el ritmo. Zhenya le había enseñado a besar antes y lo hacía bastante bien, pero esto... Dominación absoluta. Aidan tomó el control por completo y movió una mano a su cabeza para acercarla más hacia sí mismo. Como si el mundo estuviera a punto de terminar, él la besó durante tanto tiempo que se quedó sin aire.

Separándose ligeramente, le ofreció una de sus habituales medias sonrisas.

—Me iré al infierno por esto.

—No soy una niña.

—Claro que no, pero...

En ese instante, fue ella quien no le permitió hablar. Alzando la cabeza, le lamió el labio inferior, antes de rodar la lengua de regreso a su boca. Las manos de Aidan descendieron hasta sus brazos, acariciándolos. La sensación ligeramente rasposa la envió por un precipicio. Esto se sentía como fuegos artificiales. Único y mágico. «No quiero irme». Y de continuar por este camino, seguro no lo haría. Estaba en casa, junto a él.

Y lo quería todo. Estuvo esperando por este momento desde los dieciséis y sin embargo...

Más nerviosa de lo que le habría gustado, se aferró al saco del esmoquin de Aidan y tiró hacia atrás. Entendiendo su nada modesta insinuación, él mismo se lo retiró al igual que la corbata. Con las manos temblándole, Hannah

comenzó a soltarle los botones de su camisa negra. La cálida, suave y tatuada piel la recibió, junto con la cicatriz de su última herida de bala. Acariciándola despacio, rompió el beso y lo miró a los ojos.

El fuego en ellos le abrasó.

Le quitó la liga que le sostenía el cabello, el cual descendió como una cascada oscura hasta sus hombros, extendiéndose más abajo. ¿Sabría él que lucía como un dios griego? Apolo y Adonis habrían tenido mucho que envidiarle a este hombre. Tenía que olvidarse del David de Miguel Ángel y de todos los desnudos que Miyuki le mostraba para ayudarlo a olvidarlo, Aidan era... hermoso. Varonil, perfecta y absolutamente bello.

Su Nuez de Adán se movió. Hannah recorrió con la yema de los dedos el tatuaje en su cadera, uno que no estaba ahí la primera y única vez que lo vio desnudo. Un pequeño dragón tribal, negro y amarillo, que se alargaba en la cola hasta llegar donde el vello se hacía más espeso.

Levantándole la pierna hasta su cadera, Aidan la arrastró hacia la cama. «Ay, Dios. Dios-Dios-Dios-Dios». Iba a suceder. Ahora. Esto. Su mente se quedó en blanco por un instante. Él le mordisqueó los labios, antes de apresarlos en otro beso rudo y demandante. Pasión pura y animal, y a pesar de ello sus manos la tocaban dulcemente. Como si temiera romperla, Aidan acariciaba despacio la piel de su abdomen. Una completa contradicción.

—Deberías detenerme o algo. —Su voz pastosa se coló en lo más hondo.

Parpadeando confusa, Hannah trató de entender. Entonces lo sintió: la dureza de su erección presionándola y sus manos peligrosamente cerca. ¿En qué momento le soltó el broche del pantalón?

—¿Por qué?

Una risita nada alegre. Era más bien amarga y excitada. Como si algo le doliera y le causara placer al mismo tiempo.

—Voy a llevarlo lejos, contigo. No está bien.

—Yo quiero.

—Mierda —se quejó—. Esas no eran las palabras.

¿Por qué no? Por como ella lo veía, era lo único con sentido. Se gustaban, se deseaban. Siendo así, ¿cómo no llevarlo más lejos? Esta vez no sería como

con Zhenya, no huiría llorando y diciéndole que lamentaba haberlo ilusionado. Hoy sería distinto porque se trataba de Aidan.

Siempre se trataba de él.

Aidan tiró de su blusa hacia arriba, sacándola. Ella ayudó levantando los brazos. Cuando la vio en sujetador, él tan solo aspiró todo el aire que pudo con los ojos muy abiertos.

—Eres malditamente hermosa. —Depositó un tierno beso en su clavícula —. Me iré al jodido infierno por esto.

Y a pesar de lamentarse, él no se detuvo; continuó dejando besos castos a lo largo de la piel de su cuello y hombros, subiendo y bajando. Cuando se movió al centro de sus pechos y resbaló la lengua sobre ella, Hannah sintió que podía rozar el cielo con las manos. Se sentía increíble.

Enredando los dedos en su cabellera, jaló con suavidad. Él gimió por lo bajo, hondo y ronco. ¿Eso significaba que le gustó? Probó de nuevo, obteniendo el mismo resultado. Él levantó la cabeza y le dio una sonrisa torcida.

—¿Cuándo coño dejaste de ser tímida y mojigata?

Se mordió la comisura del labio.

—Cuando me dijo... dijiste que tenía que confiar en mí.

—Me gusta —respondió con simpleza.

Retornando a su pecho, continuó trazando un camino de mordiscos hacia abajo. Deliciosa y peligrosamente. ¿Cuán lejos pensaban llegar? Ella podría pedirle que se detuviera y él lo haría, ¿eso era lo que deseaba? Siendo sincera, no. Había esperado por esto, por él, demasiado tiempo como para echarlo atrás.

Llegó al borde de sus pantalones y deslizó el cierre. El leve crujido le erizó los vellos de la nuca. Jalándolos, la dejó en bragas. Jamás había estado así con nadie fuera de Miyuki. Estuvo tentada a cubrirse el rostro. Lo intentó, Aidan la detuvo sosteniéndola por la muñeca. Negando, él la besó por encima de la tela. Tan solo un contacto breve y suave, que la estremeció por completo. Sus ojos la miraron desde abajo. Oscurecidos, peligrosos, como un animal hambriento dispuesto a devorarla. Y, oh, cielos, ella lo quería.

Metió una mano entre sus piernas, separándole los muslos y se dedicó a besar la piel interna. Un gemido se le escapó de la garganta. Él rió, no burlándose, como si le satisficiera más bien. Y volvió a hacerlo, alternando su lengua por momentos. Esto se sentía bien.

Y se puso mejor.

Aidan le quitó las bragas y la observó en silencio durante varios segundos. Confundida y asustada, ella se apoyó sobre los codos. Abrió la boca. Él presionó los labios contra el minúsculo rastro de vello. Enmudeció.

—Jodidamente hermosa. Una mujer.

Lo estaba aceptando, después de todo ese tiempo. Su corazón saltó de alegría.

Sus dedos le acariciaron la cima de su sexo, despacio, despacio... Un par de ellos resbalaron hacia adentro, tan solo un poco. La tocó con delicadeza al principio, dejándole acostumbrarse a él. ¿Quién hubiera dicho que podía hacer ese tipo de cosas? A ella, por supuesto, porque ya había tenido una buena cantidad de parejas antes.

Jamás lo imaginó.

Aidan se llevó los dedos a la boca y los chupó, humedeciéndolos, saboreándola. A estas alturas no tenía idea. Hannah volvió a recostarse, con la respiración entrecortada.

Lo siguiente, no se lo esperó: Aidan separándole los labios vaginales, la calidez de aliento, la húmeda lengua probándola. Esto era el cielo o algo parecido, quizá. ¿Era así como tenía que sentirse? De repente, flotaba en una nube.

—¿Qué ha...? ¡Oh, Dios!

¿Quién hubieras dicho que los dientes pudieran servir para eso? Aidan presionó su clítoris con la lengua y Hannah ya no fue capaz de contenerse.

—Eso es —ronroneó—. Déjame oírte.

Su espalda se arqueó cuando él arrastró la lengua desde el centro, hacia arriba, terminando con una leve mordida. Al parecer, a Aidan le gustaba *mucho* utilizar los dientes. Gimió. Él soltó una risita. Jamás lo había visto tan contento en esos cuatro años. Le gustó. Lo quería. No, ella lo amaba.

Su boca le cubrió el clítoris y su lengua jugueteó con ella hasta enloquecerla. Murmullos y jadeos sofocados llenaron la habitación. Hannah se retorció, sin poder controlarse. Aidan la mantuvo quieta con sus manos envueltas en los muslos. Le gustaba la combinación de su piel ligeramente callosa con la suavidad de sus labios, llevándola al paraíso.

Enredó las manos en sus cabellos lacios y sedosos. Al parecer le gustaba, porque la besó.

—Aidan... —Su propia voz se oyó lejana. Ahogada—... yo... Dios..., no puedo...

Algo parecido a un sollozo le subió por la garganta. Sus músculos internos se contrajeron y tembló. El fuego se extendía rápido en sus entrañas.

Él volvió a mirarla desde abajo.

—Córrete para mí, cariño.

Oh, por favor, no. Qué vergüenza. Se había complacido a sí misma un par de veces, fantaseando con lo que creyó que no sería posible nunca, sabía cómo hacerlo. Pero pensar en que él iba a escucharla, a verla... Hannah jadeó mientras Aidan ponía la boca sobre ella otra vez y aceleraba los movimientos de su lengua. Él presionó el pequeño botón del placer, tan solo un instante, y Hannah vio blanco con luces de colores. Los fuegos artificiales se desataron en su interior. No, más bien como una tormenta o un huracán.

Todo junto.

Con un espasmo, que apenas fue contenido, su cuerpo se sacudió a la vez que gritaba su nombre. Y al final..., la maravillosa calma la llenó.

Él gateó hasta arriba, se limpió los labios con las sábanas y se acostó junto a ella, escondiendo la cara en su cuello. Dejó un beso sobre su hombro y suspiró. ¿Por qué no lo había terminado? La preocupación opacó toda su alegría. ¿No le había gustado?

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí.

Aidan entrecerró los ojos. ¿Por qué no le creía? Ah, sí, tal vez por el leve temblor en su voz o porque evitaba mirarlo.

—Hannah, ¿vas a mentirme ahora? Aún quieres irte, ¿es eso?

Negó. Bueno, al menos no pensaba abandonarlo. Ella iba a quedarse, junto a él. Con él.

—Mírame.

Ella se movió hasta que estuvieron frente a frente. Sus ojos cristalizados fueron un golpe directo en la ingle. ¿Habría ido demasiado lejos esta vez? Quizá le había lastimado, aunque estaba malditamente seguro de no haber llevado los dedos tan profundo. No quería cruzar esa línea todavía.

—¿No te gustó? —Su tono inseguro logró conmoverlo—. Yo..., ¿no soy tan buena? Quiero decir..., nunca lo había hecho, no llegué tan lejos con Zhenya, pero puedo aprender y...

Le frunció el ceño. ¿Estaba loca?

—¿De dónde sacas que no me gustó? Este fue el jodido mejor regalo de cumpleaños del mundo

—No quisiste terminarlo. —Sus ojos se redondearon—. ¿Es tu cumpleaños?

«Oh, eso». Bien, tendría que explicarle. Aprender a ser un poco más comunicativo con ella, a lo mejor. Encogió un hombro.

—Hey, quiero terminarlo. Me muero por estar dentro de ti, no ahora., un poco más adelante. Aun así me encantó. —Soltó el aire contenido, de una vez—. Y sí, es mi cumpleaños. No te sientas mal. Nadie lo sabe, solo mis jefes y el Minino.

—Pero es tu cumpleaños, tengo que...

—*Shh*, está bien. Es un buen cumpleaños. Gracias.

Le sonrió. Esto le agradaba más que sus ojos tristes. Hannah desvió la mirada hacia abajo, sobre su entrepierna.

—Eso duele, ¿verdad? Puedo...

La besó en los labios. Solo un roce.

—Me encargaré en la ducha. —Le retiró el cabello sudado de la frente—. Vas a quedarte, conmigo, ¿cierto? Yo... No se me da esta mierda, lo sabes. Hay pocas personas importantes para mí, tú eres la más importante de ellas.

Ha sido difícil estos años, contigo aquí, pero... Joder. Solo..., vas a quedarte, ¿verdad?

—Sí, voy a quedarme.

—Genial. —Un nuevo beso—. Voy a la ducha.

Hannah asintió. Entonces, Aidan se puso del pie y salió del dormitorio. Afuera, Thor lo recibió. Oh, joder, perfecto: el perro los había escuchado. Inclinandose, lo acarició en las orejas y permitió que le lamiera la mejilla. Fue por una muda limpia de ropa interior y se metió en el cuarto de baño.

El agua fría no funcionó. Y estaba especialmente fría, tanto como para pescar un resfriado. Aidan casi podía ver el humo emanando de su cuerpo, flotando por todo el lugar. Pero ¿quién iba a culparlo? Había tenido a la mujer más hermosa debajo de él, gimiendo su nombre y... Mierda, fue malditamente bueno. Más de lo que imaginó o a lo que estaba acostumbrado; tal vez porque la quería.

«Te enamoraste, acéptalo». Hannah lo tenía a sus pies. Quedó demostrado cuando abandonó la oficina como un loco para ir detrás de ella. La sola idea de tenerla lejos lo enfermaba. No podía soportar imaginarla con otro hombre de esa misma forma. Ni siquiera viviendo con su gemelo, y aunque ninguno tuviera el horroroso Complejo Lannister, no le agradaba la idea. Quería ser él quien la cuidase, cada día. Siempre.

Por siempre.

Mientras el agua gélida corría por su piel color porcelana, Aidan llevó la mano hacia su pene, que seguía doliendo. Cerrando los ojos, vio a Hannah retorcerse debajo de él. El rostro sudado, labios entreabiertos, pechos grandes... Completa y absoluta perfección. Y había sido suya. Lo era aún.

Lo sería por mucho más.

«¿Qué me hiciste?». Estuvo huyendo del amor toda la vida, y terminó encontrándolo en el lugar menos indicado. Jamás se lo esperó. Pero él no era de los que retrocedía. Estaba hecho. Iba a seguir hacia adelante, con ella.

Empujó una, dos, tres veces. También necesitaba esto. Le hubiera gustado más que lo hiciera Hannah. Incluso lo imaginó.

—Mierda.

Un jadeo se escapó de su boca. Recostó la frente de la pared y continuó bombeando su dolorosa erección. La necesidad era impresionante. Nunca se sintió de ese modo por otra mujer. Cuatro, cinco, seis... Gimió cuando su orgasmo explotó desde adentro, con violencia. Ahora se encontraba mucho mejor, aunque no satisfecho. «Tendrá que esperar». Hannah todavía no estaba lista para dar el siguiente paso. La primera vez siempre era importante y él no deseaba apresurarlo. Lo de hoy había sido maravilloso, pero motivado por las emociones fuera de control. Cuando sucediera, sería perfecto.

En ese instante, mientras cerraba el grifo, descubrió la verdadera razón por la que no deseaba llevarlo al final: miedo. De su parte. Él estaba aterrado de sus nuevos sentimientos y... además deseaba ser lo suficientemente bueno para ella. Porque era virgen. No se sentía digno.

Vaya estupidez.

Volvió a la habitación con tan solo un ajustado bóxer negro y una toalla sobre los hombros, con la cual estaba secándose la cabellera. Ahora solo la luz de la lámpara estaba encendida. El rostro de Hannah pasó de un tranquilo tono dorado a un rojo intenso que lo preocupó. ¿Y eso qué era? La misma mujer que estuvo toqueteándolo minutos atrás, ahora evitaba verlo a los ojos. «Tan tierna». Y, por contradictorio que fuera, le gustaba.

—¿Quieres que me vista?

Negó. Seguía sin verlo directamente, nada más por el rabillo del ojo y por intervalos cortos.

—¿Segura?

Sacudió la cabeza, afirmando.

—¿Volviste a esa mierda de la Ley del Hielo?

De nuevo, le respondió solo con un movimiento. Sí, esto no avanzaba. Genial. Fue hacia la cama y se sentó a su lado. Solo entonces ella se atrevió a mirarlo, aunque encogió las rodillas hasta pegarlas de sus pechos. Llevaba puesta un pijama ancho y soso, que escondía cada generosa curva de su cuerpo.

No le gustaba ni un poquito. La prefería en ropa interior.

—Tenemos que hablar.

Sus ojos amenazaron con salirse de sus cuencas. Hannah abrió la boca, no dijo nada. Oh, demonios, sí. Esas palabras se oyeron mal, eran las que siempre decía el que pensaba terminar la relación. Sin embargo, para fortuna de los dos, aún no la iniciaban.

—Está bien.

Ese tono triste, ¿qué diablos tenía que lograba desarmarlo? Se acomodó a su lado y la abrazó. Ella escondió la cara en su hombro. Sí, así le gustaba más.

—Esto es un poco complicado. —Respiró hondo, acariciándole el brazo con el pulgar—. Vamos por lo simple: está bien si quieres trabajar y tener tu propio dinero; pero tienes que volver a esa academia de mierda. No solo porque pagué todo el año, sino porque te gusta y eres buena en ello.

—Está bien.

—Genial porque lo harías, quisieras o no. Ahora, vamos con Z. Es tu amigo y lo odio, pero no soy de los que... ¡Ah, coño! Puedes tener *todos* los amigos que quieras, ¿bueno? Tu vida, tus amigos. Pero no quiero que nadie te toque así..., nunca.

Apoyándose sobre su codo, ella le frunció el ceño.

—¿Qué?

Síp, eso había sonado mal.

—No digo que te dejes tocar por tus amigos, solo que *no quiero* que lo hagan.

Su mirada confundida era una cosa hermosa y tierna.

—No entiendo.

Bufó, exasperado. No era culpa de Hannah, sino suya por no ser directo. «Deja ya. Vé al grano». ¿Cómo? Esto era nuevo y le asustaba como el demonio.

—Eres mi mujer, ahora —explicó.

Contrario a lo que pensaba, ella le ofreció su mejor y más radiante sonrisa. De esas que lo llevaban al abismo. Sin embargo, se volvió una mueca confusa segundos después.

—¿Qué significa eso? ¿Seré... seré como Samantha? ¿Tú traerás mujeres y

yo...?

Negando, le apretó el hombro. Quizá el ejemplo de los años anteriores no fue el mejor.

—No. Sam no era mi mujer. Solo sexo. Y es una historia demasiado larga de la que no quiero hablar. No ahora.

—¿Entonces?

—Eres mi mujer, Hannah. Te hice el amor y es la jodida primera vez que hago algo como eso. Yo soy de follar: duro, rápido y sin complicaciones ni ataduras. No sé una mierda de relaciones, pero se supone que somos exclusivos. Tú y yo. Nadie más. Fin.

Hannah se acurrucó contra su pecho y confirmó con un movimiento suave de cabeza. Le gustaba tenerle ahí. Se sentía bien. Más que eso. Ella entrelazó sus dedos y le apretó la mano, aumentando el calor en su interior. «Estoy perdido». Y era preocupante.

—Me gusta eso —murmuró.

Su aliento le erizó la piel. Quería llevarlo hasta el final, sobre esa cama. Hacerla gemir su nombre, mirarla a los ojos mientras se internaba en ella. Tan solo... «Aún no». Inhaló el perfume de su cabello y la apretó contra sí mismo.

—Quiero que te mudes a mi habitación. Puedes llevar tus cosas y hacer lo que quieras, solo no esa mierda del pop y los asiáticos afeminados. Las estrellas del techo están bien, sin embargo.

—¿De verdad me quieres ahí? Tú dijiste...

—Tengo un montón de reglas, lo sé. Olvídate de esa. De todas. No te estás quedando conmigo, eres *mi mujer*. Te quiero cerca, en mi cama. O en la tuya, si te molesta lo que he hecho ahí. O compras otra. Me da igual.

Hannah lo besó en el cuello. Ah, dulce tortura. Se preguntó si acaso sabría el efecto que causaba en él. ¿Habría notado su nueva y dolorosa erección?

—Me gusta la mía.

A su pesar, rió. Ya imaginaba su lúgubre dormitorio. Casi pudo verlo: el reino de la decadencia con una enorme cama con cortinas de seda rosa. Sí. El infierno definitivamente se había congelado.

—¿Le quitas los doseles?

—*Nop*.

Gimió. Maldita la hora en la que encargó a Darick el resto de su entrenamiento. Aunque había que admitirlo: hizo un estupendo trabajo con ella.

—Joder. Te volviste dura. Recuérdame felicitar a Darick.

Se arrimó más contra él, acurrucándose. Y lo dijo:

—Te quiero.

Aidan se quedó sin aliento durante varios segundos. Atontado. Hannah esperó silenciosa, como si supiera sus temores. «A la mierda». Ya había echado todo por la borda, ¿qué importaba el orgullo?

—Yo igual. —Tomó aire, lo soltó lento—. Te... te quiero y esa mierda.

Ella rió por lo bajo. Aidan alargó la mano para apagar la lámpara. Hannah lo detuvo.

—Me gusta así.

Una mentira. Ella sabía su secreto, ¿desde cuándo? Fue cuidadoso todo el tiempo para que nadie lo notase. No supo cómo sentirse al respecto.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde siempre. No te juzgo, también siento miedo.

—Gracias. Un día voy a contarte todo, lo prometo.

—Gracias. —Una sonrisa cálida y un suave beso sobre los labios—. Que descanses.

En efecto, esa noche fue la primera desde la masacre familiar en la que Aidan no tuvo pesadillas.

## CAPÍTULO 32

Hannah despertó envuelta entre los duros brazos que la sujetaban con fuerza por la cintura. Incluso mientras dormía. Sonriendo se dedicó a observarlo: el cabello, como gruesos hilos oscuros, extendido en la almohada y cubriéndole el rostro; el pecho subiendo y bajando con suavidad... Sin hacer movimientos bruscos alargó la mano y se lo retiró, acariciándole la mejilla. La barba naciente le raspó. Fue una sensación agradable, que envió cosquillas directo hacia su espalda y vientre. A lo mejor un poco más que eso, pero no estaba preparada para admitirlo.

Increíble el modo en que sus expresiones cambiaban, cómo pasaba de ser un asesino sanguinario y un abogado feroz a esto: un adulto con sonrisa de niño que... estaba viéndola con los ojos entrecerrados. Avergonzada, miró hacia abajo. Mala, pésima idea. Continuaba en ropa interior. Un minúsculo bóxer que debía de ser dos tallas más pequeñas y que se aferraba perfectamente a él. Eso no fue lo que capturó su atención, sin embargo, sino el bulto poco discreto entre sus maravillosas y largas piernas. «Oh-por-Dios». Había leído lo suficiente como para saber de qué se trataba y cómo se resolvía.

De repente hacía mucho calor. ¿Por qué le sudaban las manos? Oh, esto estaba mal. Terriblemente. Él iba a notarlo y pensaría que era alguna clase de perversidad precoz, peor que Lolita, aunque estuviera por cumplir los veinte. Respirando hondo, trató de calmarse. No pudo. Sentía el rostro caliente y el corazón palpitándole con fuerza, como si quisiera salirse del pecho.

—Tus orejas se pusieron rojas —murmuró él.

A Hannah le tomó dos minutos procesar sus palabras. Estaba distraída con el movimiento de sus labios y lengua. Los recuerdos de la noche anterior vivieron desde el fondo de su memoria. Él la había usado en ella, acariciándola como nadie lo hizo jamás. Con Zhenya no llegó demasiado lejos. Algunos toques, que la hicieron sentir sucia. Con Aidan, no obstante, fue mágico. «Cálmate». Tenía que respirar. Olvidó cómo.

El aire le faltaba.

—¿Debo preocuparme?

Negó. Por supuesto que no. Una lástima que su cuerpo no estuviera entendiéndolo. Aidan le acomodó el cabello detrás de la oreja y la miró en silencio un largo rato. Sus ojos amables la traspasaron, haciéndola sentir en medio de un hermoso sueño. Esperó despertar, como cada vez, pero no sucedió. En cambio él aguardó sin decir una palabra, por ella.

«Te amo». Quiso tener el valor de decirlo. No era el momento, recién iniciaban su relación. Y con su historial de amoríos fugaces y lo que fuera que mantuvo con Samantha durante tanto tiempo, le pareció alérgico al compromiso.

Tenía que ir despacio, aunque llevase años esperando ser notada y correspondida por él.

—Buenos días.

Una risa baja.

—Sí, buenos días.

Silencio. No uno incómodo, cómplice más bien. Satisfactorio. Aidan se humedeció los labios y Hannah no pudo evitar seguir el movimiento. Le gustaba. Lo quería. Y en este preciso instante deseaba besarlo. Lo hizo. De inmediato, él abrió la boca, permitiéndole resbalar la lengua dentro de ella y frotarla con la suya. Jamás tendría suficiente de esto, de él. La cálida sensación de sus labios, los movimientos suaves que aumentaban de intensidad con el paso de los segundos... El modo en el que Aidan tomaba el control era la gloria absoluta. Por un momento le permitía pensar que estaba dominándolo y al otro se imponía.

Oh, cielos, ¿quién podría culparla? Él sabía lo que estaba haciendo. Lo planeaba. Siempre.

—¿Y eso qué fue? —preguntó alejándose.

Hannah torció los labios un momento.

—No sé. Quería besarte.

Aidan alzó una ceja. Ese gesto le encantaba. Todo él, ¿para qué negarlo?

—Volverás a clases mañana —dijo, cambiando de tema.

Suspiró. Continuaba costándole entender sus cambios de humor.

—Está bien.

—No quiero que vuelvas a mentirme, Hannah. Lo que sea, dímelo, ¿está bien?

Le ofreció una sonrisa tímida. Esto no lo había previsto. Honestamente, su plan se desmoronó la noche anterior. Se suponía que jamás iba a darle explicaciones.

Sí, cómo no.

—Lo siento, solo... No sé, creí que sería más sencillo.

—Yo no lo puse fácil tampoco. Ya no será igual

—Gracias.

—¿Qué harás esta tarde?

Ella titubeó.

—No lo sé. Mi plan era huir. —Rió bajo—. No lo hice.

—Me alegra. Yo tengo que ir a la oficina, a poner la mierda en su lugar. Ayer lo dejé todo tirado y mi secretaria querrá matarme, además de los clientes y... todo el mundo.

Eso la hizo sentir culpable. Aidan era un adicto al trabajo. Cada día, incluso algunos fines de semana. Él jamás actuaba del modo en que lo hizo, y sin embargo, lo hizo por ella. «Me quiere». El pensamiento la alivió. Se lo había confesado de un modo particular, que hubiera ofendido a otra; no a ella. Jamás a ella. Porque lo conocía lo suficiente como para entender lo mucho que le costaba expresar sentimientos nobles. El amor no estaba en su vocabulario. «Te quiero y esa mierda». Tuvo que reírse entre dientes. Podía jurar que le dolió decirlo.

—¿Te parece gracioso?

Sacudió la cabeza.

—No. Solo pensaba en... ¿Me quieres?

Le frunció el ceño.

—Sabes la respuesta.

—Quiero oírla.

Vio hacia arriba, molesto.

—No.

—¿Por favor?

Un gemido ahogado. Aidan acercó su rostro al de Hannah, como para darle un beso, terminó desviándolo hacia la oreja.

—Me gustas. Te quiero... y toda esa mierda melosa. ¿Ya me humillé lo suficiente?

—También te quiero.

Le respondió besándola. Un par de dedos trazaron un lento y peligroso camino desde sus pechos hacia abajo, a la liga del pantalón de pijama. Echó la cabeza hacia atrás y la miró con los ojos dilatados.

—Mueve tus cosas hoy —dijo, colando la mano hacia adentro—. Lamento no poder ayudarte, pero tengo que trabajar. —Le mordisqueó el cuello mientras le acariciaba sobre la ropa interior—. Estaré de vuelta después de las tres. Cuatro treinta, quizá.

Hannah apretó fuerte los párpados. La cabeza le daba vueltas mientras que su respiración iba en aumento.

—¿Puedo pintar las paredes?

—Ningún color femenino. —La besó en donde acababa de morder.

Abriendo los ojos, le dio una sonrisa nerviosa. Contrario a ella, Aidan continuaba perfectamente calmado. Era de esperarse, él había estado haciendo esto desde hacía mucho tiempo; ella, no obstante... ¿Con cuántas mujeres habría dormido? ¿Treinta, cuarenta, más que eso? La idea no le agradó. No deseaba pensar en eso. Todo lo que importaba era el presente, lo que tenían o estaban por construir.

—Está bien.

—Está bien.

Presionó un dedo sobre las bragas. Hannah dio un respingo. No se lo

esperó. Apoyándose sobre su codo, Aidan se inclinó hacia ella. El cabello oscuro cayó hacia adelante, cubriéndole el rostro de nuevo. Suavemente la besó en los labios. Quería verlo, perderse en sus ojos, pero no parecía dispuesto.

Despacio, le acarició el clítoris. Las caderas de Hannah se movieron por sí mismas, haciéndolo sonreír. Ella se sujetó el labio entre los dientes y respiró profundo por la nariz. Tenía que recordar cómo hacerlo antes de ponerse azul.

—Eres malditamente hermosa. —Su voz fue un murmullo. Le siguió un gemido amortiguado—. Toda.

Las mejillas le ardieron. Hannah hizo descender la mirada y se encontró otra vez con el bulto. Eso tenía que ser doloroso. Igual o más que la necesidad en ella. Extendió la mano hacia él, se detuvo a mitad del camino, titubeante. ¿Estaría bien? Anoche, él no había querido que lo tocara. Pero ahora no podía permitir que sufriera como seguramente lo hacía. Era su mujer, eso le dijo, y como tal tenía el derecho de tocarlo. Cada parte de él.

Siempre.

—Quiero tocarte, Aidan —dijo—. Déjame tocarte.

Confirmó con la cabeza. Un movimiento suave. Entonces, ella le apartó el cabello del rostro y lo miró fijamente. Despacio, despacio, hizo rodar los dedos sobre el bóxer, a lo largo de su erección. Aidan tomó aire de golpe, con los ojos muy abiertos. Juntando sus frentes, los cerró.

—Necesito sentirte —susurró antes de besarla.

Hannah ciertamente entendió su mensaje. Metió la mano dentro de su ropa interior y lo tomó en la mano. La calidez de los dedos suaves y pequeños lo envolvió llevándolo al paraíso. Se sentía bien. Mejor que eso, era maravilloso. Imitándola, recorrió los labios de su vagina, delicada y lentamente, oyéndola suspirar y gemir. Era sensible, mucho. Y le gustaba.

Lo volvía loco.

La noche anterior no le dejó ayudarlo porque continuaba alterado por lo que su intento de huida, y habría terminado con él dentro de ella. Tomándola sobre esa cama, sin importar nada más. Ahora, no obstante, era distinto: los dos estaban tranquilos, después de varias horas de sueño. Podían explorarse

con calma, uno al otro, y disfrutarlo.

Hannah retrocedió, viéndolo con los ojos oscurecidos y los labios entreabiertos. Apretándolo, le acarició el glande con el pulgar. Gimieron juntos. Aidan acercó los labios a su cuello y la besó, lamiendo el sudor en su piel, hacia arriba, hasta llegar a la oreja. Mordió el lóbulo. Jamás tendría suficiente de Hannah. Y justo ahora, otra vez se moría de ganas por estar dentro de ella.

«Deja de pensar en eso». Si tan solo pudiera. Quizás ayudaría un poco si paraba de tocarlo, pero sus ojos le dieron la respuesta desde el principio.

Hannah empujó la mano hacia abajo, luego arriba. Manteniendo un ritmo constante, que se detenía cuando él presionaba el clítoris. Acariciándose uno al otro, comenzaron a besarse. Los murmullos y jadeos se elevaron gradualmente hasta que ella contrajo su vientre y gritó, haciendo erupción como un volcán. Aidan esperó a que el estremecimiento del orgasmo pasara y movió su propia mano hacia la de ella. Guiándola, le ayudó a llevarlo hacia el borde. Uno, dos, tres... Enterró la cara en su hombro y se empujó a sí mismo. Cuatro, cinco, seis, siete... Se vino en sus dedos entrelazados, segundos después, murmurando su nombre.

—Lamento eso.

No lo hacía. Fue la cosa más caliente del mundo. Quería repetir, pero daría un paso a la vez. Aunque recorrieron un largo, larguísimo, camino en tan solo algunas horas.

Hannah levantó la mano y en silencio se miró a sí misma, frotándose los dedos.

—Me gustó.

Santa mierda, si quería matarlo de lujuria, estaba haciéndolo bien. Perfectamente. «Debí haberte visto antes». Oh, diablos, tenía que dejar la culpa para después. Fue lo mejor permitir que el tiempo pasara con normalidad. Aunque, siendo sincero, de no haberlo empujado ambos continuarían siendo... amigos. Compañeros de casa. Conocidos. Lo que fuera.

Poseía más determinación de la que creyó posible. Y la forma en la que le gritó que deseaba ser considerada una mujer, casi le hace acabar como un adolescente primerizo.

Sonrió viéndola limpiarse la mano con las sábanas antes de acurrucarse contra él.

—¿En qué piensas?

La oyó tragar. Frotando la mejilla contra su pecho, Hannah vaciló.

—¿Eh?

—De nuevo las puntas de tus orejas estaban rojas. ¿En qué piensas?

Silencio. Un murmullo ahogado, que sonó parecido a «semen», pudo haber sido su imaginación. Cuando se trataba de ella siempre estaba confundido. Atontado y fuera de control.

—¿Qué dijiste?

Más balbuceos y algo similar a una risita ahogada. Sí, él podría lidiar con esto. Incluso acostumbrarse a una vida en pareja, lo que fuera que significase.

—Hannah, cariño, habla bien. No te entiendo.

Todo se congeló. Incluso ella. Aidan apretó los párpados durante varios segundos. Cuando los abrió, Hannah lo miraba sorprendida. Ah, mierda, él lo estaba más. Tanto que se quedó sin aliento.

—Anoche también me dijiste «cariño».

Su sonrisa esperanzada le llegó a lo más profundo.

—¿Lo hice?

Sacudió la cabeza, asintiendo.

—Sí. Fue... es lindo.

Por supuesto. «No es tan malo, deja de ser ridículo», se regañó a sí mismo. Era su mujer y se merecía todos los sobrenombres melosos del mundo. Aunque jamás los hubiera puesto antes. «Cariño», no obstante, estaba bien. Discreto. Podía pronunciarlo sin sentir que le arrancaban la lengua o le sacaban el corazón. Tal vez un poco estúpido, pero era más bien su renuencia a la intimidad; una que ya tenían.

—Cariño, entonces. ¿Está bien?

—*Síp.* También puedo decirte cariño, ¿verdad?

—Sí.

¿Qué tan extraño era sentirse como en un hogar, por primera vez en mucho tiempo? Cálido, agradable. Olvidó cómo era con el paso de los años y en duro entrenamiento en Infernum. Era el *Colmillo del Diablo*, un asesino y a veces abogado corrupto, que hacía justicia a quienes La Justicia se negaba a ayudar. Y con ella, no obstante, tan solo podía ser un hombre común. Deseaba serlo. Sin un pasado oscuro y doloroso, secretos ni toda esa sangre manchándole las manos. Aidan McLaughlin, de nuevo. Nadie más. Y le causaba el más profundo de los temores con la misma fuerza que le gustaba.

Ella lo tenía a sus pies. A lo mejor no lo supiera, pero Hannah Sullivan podría destrozarlo si quería porque la amaba y eso solo tenía un significado: la pondría encima de todas las cosas, incluso de sí mismo. El mundo podía irse a la mierda, ella era su prioridad ahora.

No estaba dispuesto a perder a su familia de nuevo. Ya había enterrado a sus padres, un hermano y su bebé. Además de muchos subordinados. No correría el riesgo. Mientras lo pensaba, recordó que las cosas se saldrían de control pronto y si Markus O'Connell los descubría antes de tiempo iba a perseguirlos. No a ellos en verdad, sino a sus seres queridos. Hannah y Miyuki estarían en la línea de fuego de forma inevitable.

Suspirando, la hizo rodar sobre la cama y la besó en la frente.

—Quiero que me escuches. No debería decírtelo ahora, pero estás en esto también. Desde el primer día.

Hannah asintió. Su mirada confusa casi lo hace dudar. Vaya forma de iniciar su relación: con amenazas sobre ellos, temores y mierda.

—Las cosas están mal, cariño. Hay un traidor en Infernum, y no era la chica que asesiné. Es... alguien importante y probablemente descubra que lo sé, que lo *sabe un enorme grupo*. Vendrá detrás de nosotros, de ustedes. Por eso contraté a Rocío, pero en vista de que la echaste y ya no quiere volver, tendremos que improvisar. —Se lamió los labios. Odiaba sentirse inseguro como ahora—. ¿Cómo te sientes con respecto a Darick?

—Él me gusta. —Aidan alzó una ceja. Ella aclaró—: Es decir, me agrada. Es bueno y podemos hablar sobre chicos calientes.

—¿Chicos calientes?

Hannah le dio una sonrisita que conocía bien. Le hablaría sobre pop y k-pop. Mierda

—Harry, SuGa, Zayn, Lee Min-Ho...

Aidan le puso los ojos en blanco.

—¿A Darick le gusta esa mierda?

Ella rió bajito.

—*Nop*. Le gustan ellos, dice que son sexis y que quiere follarlos.

Fue su turno de reír. Sí, eso sonaba como el terrible hombre.

—Como sea. Él también está en esto, de nuestro lado. Te acompañará, todo el día. No, escucha y deja de fruncirme el ceño. Sin objeciones. Puedes defenderte sola y lo reconozco, probablemente podrías matarme si me descuido, pero te quiero a salvo, ¿entiendes? Miyuki se irá a Italia el próximo mes, solo un tiempo. Yo no quiero mandarte lejos también, pero si me obligas...

—¿Yuki se irá?

Asintió.

—Lo lamento, se supone que te lo diría cuando estuviera lista. Fue decisión de Leo. Estamos haciendo esto porque no correremos riesgos.

—¿Y a dónde me enviarías?

Le ofreció media sonrisa.

—No lo sé. Una isla de mujeres, monjas.

Hannah hizo rodar los ojos.

—Eso no es gracioso.

—No, pero apuesto a que no te gustará.

Negando, ella le llevó el cabello detrás de la oreja.

—Cuando te dispararon, ¿fue Infernum? Tu propia gente casi te... ¡casi te mata!

Confirmó con la cabeza. Y pudo verlo en sus ojos: la duda, el miedo y la ira, con una dosis de dolor. Todo mezclándose de un modo peligroso. No

podría exigírselo, no Hannah. Suplicó en su interior que no lo hiciera.

—Mira —continuó con suavidad—. Sé que lo que hago es peligroso, desquiciado o como quieras. Que no lo entiendes. Pero es mi vida, lo único que conozco desde hace veinte años. Y Probablemente muera hoy, mañana o en un mes. Tienes que saberlo y aceptarlo. No puedes pedirme que lo deje ni unirtenos. Terminaré con la mierda, mis chicos y yo vamos a limpiar Infernum. Y cuando terminé, seguiré ahí, siempre.

Calló. Durante tres interminables minutos, Hannah no le dijo una palabra. Se dedicó a mirarlo fijamente a los ojos. Al final, le acarició los labios sonriéndole.

—Entiendo, lo hago —dijo—. Lo que haces y por qué. Yo nunca... nunca te pediría que lo dejaras. Pero tendrás cuidado, ¿cierto? Solo eso. Y quizá, cuando quieras o necesites hablarlo con alguien, podrías hacerlo conmigo y... Oh, no sé. No contarme sus secretos ni nada, pero conversarlo y dejar que te cuide. No quiero que la fiebre pase sola nunca más ni que...

Besándola, no le permitió continuar. Esto era diferente a su antigua experiencia. Con Samantha obtuvo un par de gritos y su inmediata iniciación en Infernum. Todo lo que le pidió que no hiciera. Hannah, sin embargo, estaba entendiéndolo. Tal vez no lo aprobaba, aunque tampoco le exigía demasiado. Solo permitirle cuidar de él. «Realmente es fácil acostumbrarse a esto». Y ahora que lo tenía no iba a dejarlo tan fácil.

—Tengo que irme. —Dejó un beso sobre su nariz—. Recuerda: nada de afiches de esa mierda pop, ni colores femeninos. Por lo demás, haz lo que quieras. Si quieres comprar una cama, llámame y enviaré a alguien.

Ella rió por lo bajo. Aidan se puso de pie y abandonó la alcoba. Esta era una buena forma de iniciar el día. Esperaba que se pusiera mejor.

Estuvo listo en una hora. Completamente bañado, en esmoquin y con el cabello húmedo en una cola de caballo, se dirigió hacia la puerta. Le sorprendió que Hannah fuera a despedirlo. Cuando ella lo besó, una de sus vecinas estaba saliendo de su propio apartamento. Con los ojos desorbitados, Evelyn Scott los miró horrorizada. Aidan se sintió tentado a mostrarle el dedo del medio, en un arrogante gesto vulgar, no lo hizo. Oh, bueno, tendría que dar un par de explicaciones a lo mejor. Algún día. Por ahora, solo iba a disfrutarlo.

Se fue hacia el elevador y se metió junto a Evelyn, quien no dejaba de verlo. La ignoró completamente hasta llegar a su destino. Antes de salir, se despidió con una inclinación de cabeza y se fue hacia su automóvil. Mientras conducía llamó a Darick, para informarle sobre su nuevo y bien remunerado empleo. Tenía que agradecer que el terrible Muerte fuera un guardaespaldas profesional, además del líder del Equipo Cuervo. De nuevo su bolsillo sufriría, aunque ahora por la persona correcta.

Se sentía jodidamente bien.

La conversación no fue larga. De hecho, se limitó a frases y preguntas simples: sí, señor; no, señor. ¿Cuánto dinero? ¿Qué cantidad de horas?... Sí, señor; está bien, señor; entendido, señor. Hasta luego, señor. Sí. Hablar con Darick jamás le producía dolor de cabeza.

El camino no le pareció largo ni pesado esta vez. Quizá porque estaba contento o no había mucho tráfico. Como fuera. Llegó a tiempo a su oficina. Como lo predijo su secretaria lo recibió con un montón de papeles y el terrible ceño fruncido. Ella odiaba trabajar los fines de semana una vez cada tres meses, él recién la entendía. Con un bufido, levantó la mano, saludándola.

—No estoy disponible para nadie, Lena —dijo—. Tengo un montón de mierda pendiente.

La mujer le dio una mirada compasiva. Ah, diablos, ¿por qué no le gustaba ni un poquito?

—*Uh*, sobre eso... —Señaló la puerta de su oficina—. Hay un par de señores ahí. No pude detenerlos. Traté, pero...

—Nombres.

—Nicholas y Markus O'Connell.

«Ay, no». Maldijo entre dientes. Esto no podía ser bueno.

—Gracias. Sigo sin estar disponible para nadie.

Sin esperar una respuesta, se apresuró hacia sus jefes. Esto solo podía significar dos cosas: una visita social o Markus había descubierto lo que estaban tramando. Tratándose de ellos dos, el panorama era desalentador. Encontró al mayor ojeando sus documentos, mientras que Nicholas jugueteaba con su propio teléfono.

Carraspeó, para hacerse notar. Ambos levantaron la mirada hacia él. Después de cerrar la puerta, Aidan se fue hacia el escritorio y le quitó los documentos. Gracias al cielo no tenía nada comprometedor, que pudiera poner en peligro la emboscada en su contra, ahí. Mark levantó las manos, en señal de rendición.

De momento, toda la alegría matutina se fue al fondo del abismo, oculta en capas y capas de odio y amargura.

—Uy, pero qué genio. —Markus se burló—. ¿Amanecemos del lado incorrecto de la cama hoy, McLaughlin?

Refunfuñó algunas vulgaridades, todas en contra de los hermanos O'Connell y se sentó.

—¿Qué hacen aquí?

Nicholas se encogió de hombros. Desde la muerte de Tracy, nada parecía importarle. Aidan no lo relacionó años atrás. Ahora, no obstante, tuvo sentido para él: el asesinato de su hija lo dejó devastado. Debía de sentirse terrible. Lo comprendía. Estuvo viviendo con esa culpa desde los ocho años. «Bienvenido a mi infierno, cabrón». Aunque llegado este punto, el que en realidad le desagradaba era Markus.

Hijo de puta. Esperaba poder bañarse con su pútrida sangre, después de causarle un inmenso e innecesario dolor.

—Tenemos problemas —le respondió, con la mirada aún en su teléfono—: la Fuerza Élite nos investiga. Debido a lo que sucedió con la *Bratva*, enviaron a un oficial detrás de nosotros: Peter Larsson. Quien se ha estado acostando con Cherry últimamente. Y considerando que es tu mujer...

¿Samantha tenía un amorío? Bien por ella. No hablaban desde que finalizó lo que sea que tuviesen y si se encontraban ella lo evitaba como a un leproso moribundo.

—No es mi mujer.

—Ah, ¿no? —Markus alzó una ceja—. Qué extraño, hasta dónde sé...

—¿Y qué mierda quieren que haga? No voy a deshacerme de ella, olvídenlo. Para eso están los Limpiadores.

Nicholas chocó la lengua con su paladar, desaprobándolo.

—Error. Respuesta incorrecta. Si Cherry nos está vendiendo al gobierno, tiene que morir. Y dado que tú la conoces *mejor* que nadie, debes hacerlo.

Se apretó el puente de la nariz. Lo entendía: Markus estaba distraendo la atención de todos. Ya que la farsa de Tracy se cayó en pedazos, ahora la culparía a ella. No lo permitiría. Samantha no era su responsabilidad y estaba malditamente seguro de que no le importaba; sin embargo, no consentiría una injusticia. Otra. Nunca más. Se suponía que eran los buenos.

—¿Y ella sabe que ese tal Peter Larsson es de la Fuerza Élite?

Markus asintió, con la mirada puesta en la suya. «Maldito bastardo». Lo mataría.

—Las pruebas apuntan a ella —respondió—. Quizá fue la que te vendió a los rusos. No lo sé. Lo cierto es que es la perra del gobierno. Tiene que morir.

—Igual que Tracy.

La mención de su hija, hizo que Nicholas se tensara. Markus, no obstante, se mantuvo igual de calmado. «Psicópata. Enfermo de mierda». Aidan tuvo que reprimir su enojo.

—Sí, igual que Tracy. —Markus volvió a sonreírle.

Aidan respiró profundo. Su teléfono sonó. Atendió después del segundo intento, sin siquiera mirar la pantalla. Craso error.

—Hola.

La voz alegre de Hannah no consiguió el efecto de siempre. En cambio, tragó su propia saliva con pesadez, obligándose a controlar los nervios que se apoderaron de su cuerpo. Si Markus se enteraba de ella la mataría o peor.

—Hola —dijo, fingiendo naturalidad—. ¿Qué sucede?

Del otro lado de la línea, ella vaciló. Se oyeron los gimoteos de Thor y el vidrio rompiéndose. Hannah reprendió al perro y luego soltó una risita nerviosa.

—¿Te gustaba mucho tu cenicero?

—¿Por qué?

Otra risita.

—Quizá Thor pudo haberlo roto... un poquito. Y tu taza de cráneo con cuernos.

Oh, joder, no. Era su favorita.

—¿Quizá? —Soltó el aire poco a poco—. Está bien. Pediré que me hagan otra. ¿Necesitas algo?

—¿Todo bien? Te oyes molesto.

No. Esto era una pesadilla. Y estaba nervioso. Asustado de lo que pudiera ocurrirle a ella.

—No lo estoy. ¿Te decidiste sobre lo que hablamos?

Un corto silencio. Thor continuó sollozando y luego comenzó a ladrar. Se oyeron las voces de Miyuki y otras dos personas. Un hombre y una mujer. Supuso que tenían que ser Yutaka y su novia.

—Sí. *Eh...*, descubrí que me molesta pensar en dormir en la misma cama que... Así que moveremos la mía. Sin los doseles. —Otra risita nerviosa—. Pero me preguntaba, ¿qué hago con la tuya?

Se concentró en los hermanos O'Connell, que esperaban por él. Algo en la mirada de Markus lo puso an alerta. Este hombre era peligroso.

—Donarla a un albergue. Enviaré a alguien por ella. Espéralo. Él sabrá qué hacer, siempre va por todo lo que no se usa, ¿bueno? Estoy ocupado ahora. Tengo que colgar.

—Vale. Te quiero.

Y él le amaba, no podía decírselo.

—Lo sé.

Colgó esperando que Hannah no lo malinterpretase. Devolvió el teléfono a su saco y cruzó los dedos debajo del mentón. Ambos hermanos lo veían con curiosidad, aunque fue Markus quien habló:

—¿Chica nueva? Se oía bastante serio.

Oh, hijo de puta perspicaz. Alzando una ceja, Aidan fingió desinterés.

—El Minino te manda saludos —mintió.

Nicholas pareció creerle; Markus, no obstante...

—¿Y bien? —Nicholas regresó al tema anterior—. ¿Te desharás de Cherry?

Asintió. Esto aceleraba las cosas. No asesinaría a un inocente de nuevo. Mucho menos a Samantha. «¿Por qué no me escuchaste cuando te lo advertí?». No tenía idea, pero honestamente tampoco importaba. Ahora tenía que contarle lo que estaba sucediendo y hacer que desapareciera por un par de meses.

Hannah frunció el ceño cuando Aidan le colgó. ¿Y eso que fue? Por su tono, al principio creyó que estaba furioso, la pequeña vibración que vino desde el fondo de su garganta le dijo que se trataba de algo más que eso.

Preocupada como se hallaba, simuló una sonrisa girándose hacia sus amigos. Raven le devolvió el gesto, aunque con cierta malicia, mientras que Yutaka mezclaba pintura acrílica fluorescente en diversos recipientes plásticos. Miyuki, continuaba sentada en el sofá, en estado de *shock*, asimilando la noticia. Oh, bien, lo admitía: se trata de mucho para digerir. Ellos pasaron de ser nada a una pareja en cuestión de horas, además de hacer el amor dos veces. Y se mudarían a la misma habitación.

Bastante confuso. Ella aún no podía creérselo, pero era la realidad de su nueva vida.

Miyuki abrió la boca y la cerró al menos cuatro veces. Al final, solo hubo un largo quejido de su parte y una mirada confusa.

—Yuki..., ¿estás enojada conmigo?

Negó.

—¿Triste, contenta, tienes hambre?

Una risita inquieta.

—No, Hanny, ¿cómo podría? Es solo que... no puedo creerlo. ¡Mi niña ya es una mujer!

—¡*Shhh!* —Le cubrió la boca con la mano. Ella la mordió—. ¡Yuki!

—¡No me silencies, Hanny! —Infló las mejillas, en un adorable mohín—.

Soy tu mejor amiga.

Ambas rieron. Raven se cruzó de brazos y alzó una ceja. Hannah le sostuvo la mirada, pese a lo inquieta que le hacía sentir. Era una mujer agradable casi todo el tiempo, aunque hablaba de cosas desconcertantes como mutilaciones, zombis y en su mayoría... muerte, dolor y miseria. Sus lentillas rojas le enviaron un escalofrío a lo largo de la espalda. ¿De qué color serían sus ojos en realidad? Bueno, era rubia. Quizá verdes o azules.

—Tu hombre tiene buen gusto —le dijo.

Hannah vaciló. Si por buen gusto se refería a gritos estridentes y voces demoníacas en las canciones. Sí, lo tenía. Encogiéndose de hombros, asintió.

—Supongo —respondió dándole una mirada suplicante a Yutaka, que continuaba batiendo la pintura—. No sé mucho sobre eso, pero está bien.

Raven chasqueó la lengua.

—¿Bien? Le gusta la buena música y no esa mierda comercial. Hooolaaa. Eso está más que bien.

Hannah no supo qué responder a eso. A ella le gustaba el pop y el *j-rock*, también el *EBM*, ¿qué tenía de malo? Yutaka rió entre dientes.

—Rav, nena, necesito tu ayuda. ¿Por qué no dejas de asustar a Hanny-chan y vienes conmigo?

Ella puso los ojos en blanco.

—Bebé, estoy ocupada aquí. —Señaló a Hannah y Miyuki—. Voy a ayudarte a pintar, ¿recuerdas? Dame un respiro.

—Pero no has hecho nada.

—Y eso es *mu*y cansado. —Rió antes de lanzarle un beso—. Te amo, cielo, corazón de mi vida, pero quiero conversar con mis amigas aquí. Sé bueno y te daré un poco de amor después.

Un ligerísimo rubor se instaló en las mejillas de Yutaka. Asintiendo, él tragó con fuerza. Miyuki carcajeó. Hannah, por otro lado, se puso a pensar en el modo en que sus amigos llevaban sus relaciones. Todos ellos usaban apodos tiernos. Leo, por ejemplo, llamaba a Miyuki «bebé», y ella le decía «amor»; mientras que Raven y Yutaka..., bueno, estaba siendo testigo del repertorio

más elaborado de sobrenombres románticos. «Tengo que elegir uno para él». Pero ¿cuál? Estaba segura que de llamar a Aidan por uno de esos le provocaría una trombosis.

Riendo por lo bajo, y para sí misma, lo dejó pasar.

Eso era tan maravilloso que se sentía como en una nube de algodón. No, no como en una ; sino como si ella lo fuera.

—Bueno, ¿y ya decidiste qué quieres? —continuó Raven.

Hannah asintió. Estuvo pensándolo desde que él marchó a la oficina. Al principio creyó que un dragón japonés sería bueno o unos peces koi; cuando recordó la espalda desnuda de Aidan que estuvo viendo mientras él se vestía, halló la respuesta.

—Sí: un ángel de alas negras, cubierto de espinas, cayendo desde el cielo, pero... pero que haya una mano evitando que entre al infierno.

Raven silbó.

—Genial. Me gusta. ¿Tienes alguna referencia?

Asintió. Raven se chupó el labio.

—Bien, vamos por ello.

La siguiente hora, Raven estuvo siguiendo sus indicaciones, hasta hacer un dibujo que lucía exactamente igual que el tatuaje de Aidan. En el pasado, ella no entendió de quién era la mano que lo sostenía; ahora era diferente. Sabía que se trataba de Glaw. Cuando estuvo listo, Yutaka y Raven se pusieron a trabajar.

Aprovechando que las paredes eran grises y negras, el diseño fue hecho completamente con blanco. Las pinturas fluorescentes eran para las constelaciones del techo. Sus signos zodiacales: leo y piscis. Compatibles desde cualquier punto de vista. Oh, está bien, no era una firme creyente de la astrología; sin embargo, le pareció un lindo gesto. Quería que Aidan se sintiera seguro al verlas, sin más temor a la oscuridad.

Mientras sus amigos se encargaban de la decoración, Hannah se fue a la cocina para hornear un sencillo pastel de cumpleaños, aprovechando que ya habían movido sus pertenencias. Estuvo listo en una casi dos horas y adornado con un merengue blanco y negro, sobre el que colocó algunas cerezas.

Perfecto.

Cuando el reloj marcó las seis, Miyuki, Raven y Yutaka ya se habían ido. A ella, solo le quedó esperar.

Aidan llegó cuarenta minutos después. Con el traje completamente desarreglado y el cabello suelto, la miró desde la entrada de la cocina. Acarició las orejas de Thor y fue hacia ella, casi arrastrando los pies. Esa no podía ser una buena señal.

—¿Qué tal tu día? —le preguntó.

Aidan unió sus labios en un beso suave, casi virginal.

—Agradable, como la mierda. —Soltó una risita amarga—. ¿Y el tuyo?

—¿Estás bien?

¿Lo estaba? No. Y a estas alturas, dudaba que lo estuviera en mucho tiempo. No con Samantha y su novio en la mira de Markus.

Dejó salir un suspiro cansado.

—Ahora sí. —Le acarició el labio inferior—. ¿Cómo estuvo tu día, agradable?

Asintió. Eso era bueno. Hannah se hizo a un lado y entonces él lo vio, sobre la mesa: un pastel pequeño y con una decoración simple, que tenía su nombre escrito y una vela no encendida.

—Feliz cumpleaños.

El suelo a sus pies se movió o quizá sus piernas fallaron, no lo supo. Ella aguardó silenciosa, por una respuesta. Él no tenía ninguna. No celebraba su día especial desde hacía veintiún años. Esto era mucho para su sistema.

—Fue ayer.

Quiso golpearse por sus palabras idiotas. La sonrisa de Hannah se ensanchó.

—Pero no lo celebraste, así que...

—Gracias —dijo, desde el fondo de su corazón.

«Te amo». Anheló poder expresarlo con palabras; pero no se sentía capaz. No aún. Quizá en el futuro. Hannah encendió la vela y lo forzó a soplarla,

después de pedir un deseo. No tenía ninguno, salvo que ella estuviera a su lado siempre. Eso no lo cumplía el Destino. Era una decisión. Con todo, fingió hacerlo.

Comieron en silencio, una rebanada enorme, realmente grande cada uno. Con los recuerdos agitándose en su interior. Los agradables, por primera vez. Esto era placentero. Un oasis en medio de su permanente aridez. Luz en su oscuridad.

Él era feliz.

Dejaron los platos sobre la mesa y Hannah lo llevó de la mano hacia la habitación que ahora sería de ambos. Todo bien. La gran cama en el centro, cubierta con edredones de seda negra, varios productos femeninos sobre la cómoda, un panda de peluche viéndolo desde la repisa... El corazón se le subió a la garganta, junto con un lamento, cuando vio las paredes. Su tatuaje, una réplica exacta, pero no era todo: el nombre de su hermano se hallaba escrito con la perfecta caligrafía de Hannah en la mano que sostenía al ángel caído. Ella entendió el significado del tatuaje. Sabía que él era quien descendía al infierno y...

Girándose, la observó. Hannah se mordió la cara interna de la mejilla. ¿Qué hizo para merecer esto, a ella? Nunca le exigía; al contrario, le entregaba todo y lo hacía sentir lleno. Querido. No le gritaba y ni tampoco le recordaba sus errores, que eran muchos.

Ella, tan solo...

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Le obsequió una sonrisa aliviada.

—Me alegra, yo... estaba muy nerviosa porque...

Tomándola por el mentón, le alzó la cara y la besó.

## CAPÍTULO 33

Los ojos de Darick eran de un color miel inquietante, hermosos, aunque le ponían la piel de gallina siempre que la miraba con esa intensidad que hubiera derretido el Ártico de estar en él. Su Actitud, sin embargo, era muy distinta. Pese a ser callado la mayoría del tiempo, ambos podían mantener conversaciones interesantes. Justo como ahora.

Hannah juntó las rodillas cuando el viento levantó el dobladillo de su vestido y lo devolvió a su lugar, sujetándolo hasta que la brisa pasó. Darick ni siquiera pareció notarlo, pero él observaba silenciosamente todo a su alrededor. Cada minúsculo detalle, por insignificante que pareciera.

Thor, como de costumbre, correteaba palomas y a veces se dejaba acariciar por algunos niños. Eso estaba bien, no los atacaría.

—Vale, entonces el secreto es la pimienta —dijo, peinándose la brillante y corta cabellera roja, más bien naranja—. ¿Quién lo diría?

Hannah asintió. Él esbozó una sonrisa casi imperceptible. Darick Kavanagh ciertamente era y podía parecer muy duro; sin embargo, ella conocía su mejor parte.

—Supongo que ahora Neve me dejará en paz por un buen rato con eso. Ha estado torturándome desde que probó tus pastelillos patata dulce. Gracias.

Le fue inevitable reír. No conocía a la hermana de Darick, aunque había oído historias, la mayoría por parte de Leonardo, que solía describirla como un dragón-escupe-fuego, pelirrojo y autoritario. Quizá no con esas palabras. Oh, bien, con algunos insultos. Darick, no obstante, hablaba de ella casi con adoración.

Por lo poco que sabía, Neve ocupó el lugar de su madre, que murió en un intento fallido de robo. El padre de Darick y de sus dos hermanos, había fallecido cuando eran niños. Por lo que, solos en el mundo, terminaron siendo reclutados por Infernum. Ahora, los tres miembros del Equipo Cuervo: Muerte, Dolor y Miseria, se dedicaban al asesinato de criminales. Además de

sus profesiones comunes.

El trabajo de Darick, justo ahora, era protegerla incluso de tropezar con sus propios pies. Lo que causó su inmediato despido de la tienda para mascotas. Al parecer su presencia ahuyentaba a los clientes. Aidan estaba bastante contento con lo sucedido, sin embargo.

—De nada. Cuando quieras.

Darick asintió, con la mirada fija en las personas que paseaban a sus perros o jugaban con sus hijos, como esperando que alguna le atacase. En la última hora lo había visto empuñar su arma al menos veinte veces y alejar con la mirada a tres chicos que se le acercaron para preguntarle si deseaba emparejar a Thor. Hubiera reído de su actitud, de no saber que se tomaba su trabajo en serio, como lo hizo durante el tiempo que la entrenó.

Cada sesión vino a su mente. Las largas horas que pasaron juntos: ella, tratando de golpearlo; él, provocándola para que lo hiciera. El modo en el que le alentaba cuando pensó en rendirse. Aún más, el día en que la consoló porque Aidan fue tan cruel que le hizo desear la muerte.

Esa tarde, Darick la llevó al Mar de Cedros, como cada vez. Aidan, que fue para supervisar, los veía desde la distancia. Con los labios apretados en una línea recta y las cejas encogidas en una mueca de enojo, él terminó perdiendo la paciencia la verla fallar una, otra y otra vez.

—Deja de hacernos perder el tiempo, ¿quieres? —Había dicho—. Darick tiene mejores cosas que hacer. *Yo* tengo mejores cosas que hacer. Honestamente, ¿eres tan inútil que no puedes ni siquiera empuñar bien el maldito cuchillo? ¿Tan estúpida, torpe y malditamente *inútil*, en serio? Debí haberte matado y ahorrarme este puto dolor de cabeza. Agradece que Megan no pueda verte ahora, ¿estaría *muy* decepcionada!

Él le dio la espalda y se fue. Entonces ella se derrumbó, llorando como una niña pequeña. Dolorosa y desconsoladamente. Darick había permanecido de pie y callado los últimos tres minutos, pero al ver que no se calmaba se inclinó y la hizo mirarlo a los ojos.

—No le hagas caso. —Había forzado una sonrisa—. El jefe solo trata de animarte, a su retorcido modo. Te fue bien, sin embargo. Leo lo pasó mucho peor.

—¿Él entrenó a Leo?

Asintiendo, Darick le secó el llanto.

—Fue una cosa sangrienta. La versión oficial, es que los jefes se lo impusieron como compañero. ¿La real?: él mismo lo escogió debido a que no se rendía. Por mucho que lo torturase, Leo siempre volvió por más. Estaba motivado.

—Pero Leo me dijo que asesinó a su maestro.

Darick sacudió la cabeza.

—Lo hizo, era más bien como su padre. Aidan era quien lo golpeaba hasta dejarlo en un charco de sangre.

—Eso fue muy cruel.

Suspiró, asintiendo.

—Es lo que conoce. Cada uno de nosotros fue entrenado para matar, incluso Aidan. Aunque él también lo fue para *no* sentir. Los jefes se interesaron tan pronto lo vieron: llegó siendo un niño, el primero de muchos ahora, e invirtieron todo en él para hacerlo... eso que conoces. Pero le interesas, me atrevo a decir que te quiere, de otro modo no estaríamos aquí. — Se lamió los labios—. Ahora, ¿estás lista para hacerte fuerte?

Moviendo la cabeza, de forma afirmativa, respiró profundo.

—Sí.

Le costó mucho dejar de lado sus miedos y todo lo que conocía para llegar a ser la mujer que era hoy. Le agradecería siempre sus palabras, de no ser por Darick habría huido.

Thor se echó a los pies de Darick para que le acariciara el vientre. Mientras lo hacía, Hannah le sonrió. Había buenas personas en su vida en este momento y esperaba que fuera de ese modo, siempre.

—Oye —le dijo—. Cuando me lleves a casa, ¿te gustaría quedarte mientras preparo algunos postres para tu hermana?

Él se lo pensó varios segundos.

—Sí, estaría bien. Gracias.

—De nada, de nada.

Hannah desvió la mirada y se encontró con Zhenya, que daba un paseo junto a Jel. Como si el tiempo se detuviera, él también la miró desde el otro lado del parque. Levantando la mano, la saludó. Luego se fue hacia donde ella estaba. Darick se puso de pie apenas Zhenya llegó y, con un asentimiento de cabeza, se alejó al menos cinco metros.

—Hey, *malyshka*. —El tono apagado de Zhenya le hizo sentir culpable—. ¿Qué hace el Capitán Sangriento contigo?

Ella encogió un hombro.

—Me cuida.

—Oh, entiendo... Es bueno verte. ¿Cómo has estado?

Hannah se movió para que él pudiera sentarse. Zhenya titubeó antes de hacerlo.

—Bien, gracias..., ¿y tú?

Silencio. Un suspiro.

—Bien... Bien... —Hizo una larga pausa—. Lamento haber sido un completo hijo de puta, pero necesitaba tiempo.

Sacudió la cabeza.

—No, está bien. Fue mi culpa.

Zhenya abrió la boca para rebatir, la cerró con la mirada fija en su cuello. «Ay, no». De forma mecánica, se cubrió con la mano. Aidan había dejado un moretón por la mañana, de un modo agradable y en el que no tenía por qué pensar ahora. Los ojos de Zhenya se oscurecieron, tragando con fuerza, él miró hacia sus propios pies.

—¿Es bueno contigo? Dime si no, para ir a matarlo. —La erre no rodó esta vez; sino que se acentuó.

Su tono le hizo entender que hablaba en serio.

—Lo es.

—Me alegra. —rió—. Hasta que el pequeño hijo de puta se dio cuenta de que tienes un coño, ¿eh?.. Lo lamento, no debí decirlo así.

—Z.

Él se levantó y dio un par de pasos.

—Cuídate mucho, bonita.

Tomándole la mano, ella lo detuvo.

—Lo lamento mucho, no debí...

Negó.

—*Nah*. Sabía en lo que me estaba metiendo. Jugué mis cartas y perdí. Simple. Mi error.

—¿Estarás bien?

—Solo necesito un poco de tiempo. —Se inclinó hacia ella y la besó suavemente en los labios—. Estaremos en contacto, lo prometo.

Y sin más, él se fue.

«Perdóname, Zhenya». No debió darle falsas esperanzas. Ahora, él sufría mientras que ella era feliz junto al hombre que amó en silencio los últimos años. No le pareció justo. Y era su culpa. Siendo sincera, ¿en qué pensaba cuando le permitió besarla la primera vez? Y ni hablar de llevarlo más lejos. Su mirada confundida y llena de dolor aún la traspasaba. Fue injusta en ese momento, iniciando algo que no quería en realidad, no al menos con él, y luego llamarlo por el nombre de otro. Eso estuvo mal. «Lo lamento mucho». Él estaría en todo su derecho si la odiaba, pero ella no quería que no hiciera. Ni tampoco perder su amistad.

Darick volvió a sentarse junto a Hannah. Con una larga exhalación, ella lo miró a los ojos. Ese tono miel, bajo la luz, se volvía demasiado claro.

Darick le apretó el hombro.

—¿Recuerdas lo primero que te enseñé?

No respondió.

—Aprende de tus errores —continuó, dado su silencio— y no los cometas de nuevo. Imagino que Z es uno.

—Le hice mucho daño.

Darick soltó una risita baja.

—Es un asesino sangriento y feroz, inclemente. Es *Chernobog*. Esto no va a derrumbarlo. Lo que sea que le hayas hecho, lo superará. Dale tiempo. — Levantó una ceja—. Ahora, ¿debería informarle al jefe lo del beso o lo mantendremos en secreto?

Hannah dejó salir una risita aliviada, aunque en el fondo continuaba sintiéndose como la peor de las pecadoras.

—¿Puedo comprar tu silencio con una tarta de moras?

Darick fingió pensárselo.

—Me tienes. Traicionaré al Colmillo esta vez, *solo* porque conoces mi *debilidad*. Pero tendrá que ser *enorme*.

Otra risita por parte de Hannah.

—Hecho.

Peter Larsson se paró firme, frente a su superior. Un hijo de perra prepotente que creía con seguridad que todos debían besar el suelo que él pisaba. Un idiota insensible al que mataría, de no ser un acto ilícito. Él no solía arrepentirse de sus decisiones con frecuencia, pero en este momento lo hacía. ¿Qué demonios tenía en la cabeza cuando aceptó investigar a la organización justiciera-vigilante-parajudicial del país? Una que, por cierto, estaba ramificándose al punto de haber alcanzado Estados Unidos, España, Argentina y Japón. Bueno, era de esperarse. Con el mundo en crisis y sin una verdadera justicia, las personas preferían confiar en los vengadores antes que en sus policías corruptas. Y era lo que Infernum les ofrecía: justicia, venganza y paz..., por el módico precio de la lealtad absoluta y sus vidas enteras.

Al principio le pareció un reto interesante, una forma de ponerse a prueba a sí mismo. Pero maldita fuera su mala suerte, ahora se encontraba en una no-relación-solo-sexo con la pelirroja más candente, dominante, tierna e insegura que conocía: Samantha Hamilton, *Cherry*, líder del Escuadrón Médico de Infernum. Eso no era lo peor, sin embargo, sino que además era una asesina entrenada, letal como el demonio y él... estaba enamorado.

Le amaba con cada parte de sí mismo, aunque ella no creyera en sus palabras.

Una mierda de suerte, sí.

Junto a él, Karcsi Lafont, conocido como «K», su mejor amigo y otro oficial infiltrado en Infernum, suspiró. Oh, bien, lo entendía. Esto era agotador.

—General, señor, si me lo permite...

Vincent Hoffman negó, con la mirada altiva de siempre y los labios en una línea recta. Alto, demasiado delgado, de piel pálida y ojos de un inquietante tono marrón casi negros, era como ver a un fantasma.

—No he pedido tu opinión Larsson. Estas personas son criminales, no la justicia.

En un principio también lo creyó, ahora estaba dudándolo. Mucho. Más de lo que podía permitirse. Aunque debía admitir una cosa: Vincent no se equivocaba al menos con respecto a uno de la organización. Markus O'Connell, el maldito era un lobo con piel de oveja, que estaba engañándolos a todos: Infernum e instituciones gubernamentales. No tenía una miserable idea de por qué o qué estaba tramando, pero temía por la vida de Samantha.

—Entiendo, señor, pero...

—Denme algo, Larsson o quedarán fuera de la operación. Mientras pasa el tiempo más personas mueren. Las calles son un caos y con lo último que sucedió tenemos a la mafia rusa suelta. Ahora, sé que no lo entienden o les importa una mierda, pero ¡es mi maldito culo el que está en riesgo! El Señor Presidente quiere algo, un nombre, lo-que-sea.

Peter y K asintieron al mismo tiempo.

—Señor. Sí, señor —dijeron.

Se dieron media vuelta y ambos salieron de la oscura y asfixiante oficina. Un soldado los saludó mientras caminaban de regreso al automóvil. Cuando estuvieron adentro, K se movió para enfrentarlo. Peter supo al instante lo que iba a decirle.

—Diablo, amigo, tienes que parar con esto. —Aunque sus ojos eran severos, su voz suave lo contrarrestó—. No voy a poder cubrirte siempre. Están presionándome. Saben que algo malo pasa contigo; tú no eres así.

Para tener una apariencia tan delicada, femenina según su opinión, K podía llegar a ser un hombre realmente duro.

—Dame tiempo.

—¿Para qué? No necesitas tiempo, sino ser el de antes. Poner los pies en la tierra y hacer tu trabajo.

—Poner a Sami a salvo, no quiero...

K resopló, incómodo.

—Es una de ellos, ¿lo entiendes? Jamás estará a salvo. ¡Tienes que entregarla!

Claro que entendía, pero su corazón no estaba dispuesto a traicionar a Samantha.

Markus miró las luces de la ciudad a través de la ventana de su habitación de hotel. El sol se pondría pronto y él tendría que regresar a su casa vacía, solitaria y gélida. La brisa le movió el cabello. A su espalda, la puerta se abrió. Mark giró sobre sus pies y se encontró directamente con los ojos azul claro de Ekaterina Kuznetsova, una de las chicas de Nephthys, del Séptimo Círculo. Su espía particular.

Y a veces amante.

Con una sonrisa, ella avanzó hacia él, dando pasos largos con sus tacones de ajuga y el ajustado vestido que apenas le cubría el trasero. No era pelirroja natural, Markus dejó de prestarle atención a ese minúsculo detalle hacía un buen tiempo.

—Querido. —Ekaterina arrastró la erre antes de unir sus labios en un beso —. Lamento la demora, tuve algunos... inconvenientes.

Negando, él la llevó hasta la cama, donde tomaron asiento.

—Está bien, Katya. ¿Tienes lo que te pedí?

Con una sonrisa le entregó un sobre amarillo, sellado. Markus sacó de él

un grupo de hojas blancas. Empezó por la más llamativa: la fotografía de una asiática de grandes ojos marrones y cabellera rosa, que tenía el aspecto de una figura de anime y le sonreía a la cámara haciéndolo el símbolo de la paz con los dedos.

APELLIDOS Y NOMBRES: Kurosawa Miyuki.  
EDAD: 21 años.  
LUGAR DE ORIGEN: Prefectura de Kanagawa. Kant ▪ , sur de Japón.  
FAMILIA: Fallecidos.  
DOMICILIO ACTUAL: Residencias Monte Alto. #15. Villeneuve. St Louis.  
SUJETO DE INTERÉS: Squitieri Leonardo Salvatore. *Bestia*. Unión

Leyó:

Haciéndola a un lado, continuó con la de un jovencito de rasgos delicados, bastante apuesto, con una mirada fría e inquietante.

APELLIDOS Y NOMBRES: Sullivan Ian Daniel.  
EDAD: 19 años.  
LUGAR DE ORIGEN: Yellow Horse. New Jericho.  
FAMILIA: Padres y hermana menor, fallecidos. Gemela, viva.  
DOMICILIO ACTUAL: Complejo de apartamentos Beckford. Piso 8. Apartamento 12. Calle Beckford. St Louis.  
SUJETO DE INTERÉS: McLaughlin Aidan Cadfael, *El Colmillo del Diablo*. Gusev Yevgeniy Aleksandrevich, *Chernobog*. Relación desconocida.

Frunciendo el ceño, continuó pasando hoja tras hoja, hasta dar con la fotografía de la gemela del primer chico.

<p>APELLIDOS Y NOMBRES: Sullivan Hannah Daniel. EDAD: 19 años. LUGAR DE ORIGEN: Yellow Horse. New Jericho. FAMILIA: Padres y hermana menor, fallecidos. Gemelo, vivo. DOMICILIO ACTUAL: Complejo de apartamentos <i>Green Heart</i>. Piso 5. Apartamento 1. Deveraux. St Louis. SUJETO DE INTERÉS: Gusev Yevgeniy Aleksandrevich. <i>Chernobog</i>. Amigo. McLaughlin Aidan Cadfael, <i>El Colmillo del Diablo</i>. <u>PAREJA</u>.</p>
--

Con una media sonrisa burlona en los labios, Markus colocó la última hoja sobre los muslos de Ekaterina.

—Hiciste un buen trabajo, cariño. Ahora dime, ¿quién es y por qué ella y su hermano se relacionan con Aidan y Zhenya?

Ella asintió, lamiéndose los labios.

—Oh, bueno, ¿recuerdas esa misión en Black Lake, en la que murió

Madeleine?

—Perfectamente. Asesinaron a Mauricio y... Espera. McLaughlin dijo que no hubo sobrevivientes.

Ekaterina negó.

—No, bebé. Permíteme iluminarte un poco: los hubo. —Señaló el rostro sonriente de Hannah—. *Ella*. Y cuatro o cinco años después, nuestro maldito *traidor* se la está follando.

## CAPÍTULO 34

—¡No!

—Yuki, nena, por favor...

Cruzándose de brazos, ella volvió a negar.

—Dije-que-¡no!

Leo resopló, pasándose la mano por el rostro, casi arrancándose. Hannah contuvo un gemido. Ambos llevaban poco más de una hora en esto: en una absurda discusión que no se dirigía hacia ninguna parte. Miyuki negaba, Leo exigía..., aunque bueno, a estas alturas estaba suplicándole.

Aferrándose a la camisa de Aidan que debido a la diferencia de estaturas le quedaba como un vestido, se cubrió los muslos, encogiéndose sobre el sofá. El reloj marcaba las ocho PM y ellos llegaron en un mal momento. Pésimo. Y Aidan parecía querer cortarles las cabezas con un cuchillo para mantequilla. No dudaba que lo hiciera en los próximos cinco minutos. «Cielos, esto es un desastre». ¿Cómo resolver algo sobre lo que no tenía idea? Tenía que ingeniárselas pronto, estaba segura de haber pillado a Aidan viendo hacia la cocina.

Leo casi jadeó. Ah, bien, ella igual se habría quedado sin aliento de discutir con Miyuki. Su mejor amiga podía llegar a ser tozuda de vez en cuando. Aún le dolía esa ocasión en Babilonia, cuando la forzó a bailar.

—Deja de ser una niña con esto, ¿quieres? Quedamos en que te irías esta semana. No puedes cambiar de...

—¿Una niña? ¿Quedamos? Yo-no-quiero-irme.

—Es por tu seguridad.

—Y una mierda, ¡no quiero!

Aidan entrecerró los ojos. Esto era malo. Hannah entrelazó sus dedos y le dio una mirada suplicante. Asintiendo, él se relajó.

—Yuki, ¿por qué no me escuchas? ¡Mierda! Puedes morir y no quiero perderte también.

El rostro enrojecido de Miyuki fue el preludio del Apocalipsis.

—¿También? ¿Me comparas con ella, es eso? —Se puso de pie y lo señaló con el dedo—. No puedo... ¡*Kusokurae*<sup>[54]</sup>!

Y lo que siguió fue una marea de gritos en japonés que ella no entendía, pero que por la media sonrisa burlona de Aidan tenían que ser horrorosos. Leo abrió la boca y la cerró varias veces antes de levantarse también. Hannah se estremeció.

—Deja de hablar en japonés, Yuki, ¡no te entiendo una mierda! —Se giró hacia Aidan y preguntó—: ¿Qué coño dice?

Él alzó una ceja.

—Debiste estudiar idiomas conmigo.

—Ya, deja de joderme. ¿Está insultándome?

—Básicamente te ha mandado a la mierda, maldecido y usado cada insulto que conozco y son muchos. —Rió entre dientes—. También está insultando a tu polla, tu cerebro y... todo de ti.

—¡*Kuttabare!*

—Que te jodan —tradujo Aidan, sin ningún tipo de interés.

Hannah tragó en seco. Nunca vio a Miyuki tan furiosa como hoy. Leo gimió ronco y profundo.

—¿Ah, sí? ¿Quieres jugar a los insultos, Yuki? Tengo un montón en italiano que van a gustarte. ¡Deja esa mierda y habla conmigo!

—¡No, tú...! —Más palabras en japonés—. Estás comparándome con Madeleine. Eso no...

Negando, Leo trató de abrazarle; Miyuki lo rechazó.

—*Amore mio*<sup>[55]</sup>, hablame, ¿sí? —Suspiró, por enésima vez—. Mira, no te comparo con ella. Madeleine era... Yo la quería, aunque estaba loca y era una bruja la mayor parte del tiempo. Pero eso fue antes. Lo que digo es... Mierda. No me gustaría perder a nadie más de ese modo, ¿entiendes?

—¿Y por eso vas a mandarme a Italia? Aquí está todo lo que tengo: Tú, Hanny, Yutaka y Raven. —Comenzó a enumerar con los dedos—. Mi trabajo..., incluso el Señor-Culo-Sexi. Lo siento, Hanny, sabes que es verdad. No me quiero ir.

Leo se frotó los párpados.

—Pero tampoco aceptas protección.

—Espantan a mis clientes.

—Entonces, dime qué hago. Bebé, estamos en medio de la mierda, Hannah y tú serán blancos fáciles. Lo lamento, es mi puta culpa, pero ¡ayú-da-me!

—Yo podría... podría aceptar que alguien me cuide.

—Eso te propuse desde el inicio

—Lo sé. Lo lamento. —Sollozó—. Malditas hormonas, maldita menstruación... Me convierte en una maniática.

Leo vio hacia el techo, fastidiado, al igual que Aidan. Acercándolos labios a su oído, él le preguntó:

—Recuérdame, ¿por qué no lo he matado?

Hannah contuvo una risita. Pese a su tono molesto, él estaba disfrutando el inusual espectáculo de sus amigos. Se cuestionó si en algún momento ellos actuarían igual. De solo imaginarlo, sintió escalofríos. Aidan era cruel cuando se lo proponía, y a veces sin quererlo, de pelar como Leo y Miyuki él la destrozaría.

—Es tu amigo.

—Sí..., mi amigo.

De un instante a otro, la calma los cubrió como un manto. Leo logró atraer a Miyuki hacia su regazo y se sentó con ella.

—*Babbo*, ¿crees que Darick acepte dividirse o alguna mierda? No confío en nadie más para dejar a mi chica.

Aidan negó.

—Lo siento, *bambino*, está cuidando a la mía. ¿Qué piensas de su hermano?

Leo maldijo entre dientes.

—¿Polla alegre? No, gracias. ¿Y qué tal Uta? —Besó a Miyuki en el cuello—. Es china, como tú, y sabe esa mierda del *Kung-fu*. ¿Te gustaría, *farfalla*? Podría pasar por tu empleada o qué sé yo.

—Que no soy china, Leonardo.

—Ella tampoco. —rió—. Bueno, japonesa, *como tú*. ¿Vas a intentarlo?

—¿Podré mangonearla, en plan eres-mi-esclava?

—Oh, qué cruel... Eso me pone caliente. ¿Vamos a casa?

—Estoy menstruando, no seas asqueroso.

Él le dio una de sus sonrisas sucias.

—¿Y qué? No es como si fuera a beberla o algo. Soy muchas cosas, cariño, vampiro no es una de ellas.

—Leo...

—¿Por favor, por favor, por favor...? Te diré cosas sucias en italiano. — Movié las cejas—. Sé que te gusta.

Miyuki gimoteó.

—En la ducha. Ponte condón.

—Hecho.

Hannah frunció el ceño. En este instante no sabía quién tenía un efecto superior en el otro. Por un lado, Miyuki aquietaba la vena sádica de Leo; pero por el otro, él parecía hacer que ella se saliera de control. No importaba. Ellos eran felices.

—Sí, vamos. —Miyuki se levantó—. Hanny, lamento haberlos interrumpido. No sabía a dónde ir y tú eres mi mejor amiga en todo el mundo.

—No hay problema. —Le sonrió. Lástima que la mirada asesina de Aidan delatase su mentira—. ¿Te veo mañana?

—Sí.

Entre risas coquetas, besos y miradas cómplices, ambos se fueron. Aidan permaneció en silencio varios minutos, viendo la puerta. Hannah lo imitó. No

había nada en ella, sin embargo, imaginó que necesitaba tiempo para procesar lo sucedido. Finalmente, él parpadeó volviéndose hacia ella.

—¿Qué fue eso?

—No tengo idea. —Encendió el televisor—. ¿Quieres comer?

Su gesto de insatisfacción no pasó desapercibido. Lo entendía: estaban haciendo algo bueno, real, placentera y absolutamente bueno, cuando Miyuki comenzó a derribar la puerta a golpes. Ahora, y después de presenciar esa escena perturbadora, no le quedaban ganas de volver a la habitación y seguir jugando a «¿qué tan sensible es Hannah?». Resulta que en el último mes había descubierto que era la mujer más sensible del mundo, cosa que Aidan disfrutaba. Aunque seguía sin querer dar el siguiente paso. Siempre que le preguntaba, recibía la misma respuesta: no estás lista. Lo estaba, ciertamente, de otra forma jamás le habría permitido tocarla como lo hacía.

«Dale tiempo». Quizá quien lo necesitaba era él.

Aidan refunfuñó algunas maldiciones, todas en contra de Leo y Miyuki, pero asintió con un lento, lentísimo, movimiento de cabeza.

—¿Qué es eso? —preguntó, cuando ella se detuvo en algún canal de películas.

—*Desde mi cielo.*

La mirada suplicante que le dio casi le hace reír. Se contuvo.

—¿Esa mierda melosa? ¡Ah, no! Pon algo sangriento, terror o porno.

Hannah hizo rodar los ojos.

—Yo no veo porno.

—Yo sí. *Mucho*, en cantidades industriales. Tengo una colección en mi *laptop*, ¿quieres ver?

Soltó un gemidito ahogado. Navegó entre los canales, al final dio con *The Avengers*. Se detuvo.

—¿Y esta?

—Mejor. Me gusta Black Widow.

Pretendiendo no haberle oído, se levantó.

—Ya vuelvo.

Aidan no respondió. Estaba distraído, viendo el busto de Natasha. Sí, eso también lo descubrió durante este tiempo: era un hombre de pechos. Y se volvía especialmente pervertido con ellos. «Te amo». Ojalá tuviera el valor para decírselo.

Fue hacia la cocina, tomó un bote de helado de caramelo, crema batida, un paquete de galletas saladas y algunos frutos de rojos. Cuando estuvo de regreso, Aidan continuaba perdido en el escote de Black Widow. Oh, cielos, ¿cómo competir contra eso? «Hombres y sus gustos extravagantes». Nadie se interponía entre ellos y sus pasiones. Al menos esta vez no se trataba del *gore*. A ella no terminaba de gustarle. Demasiado visceral y sangriento. Violencia pura y sadismo. Le causaba unas pesadillas terribles.

Pero él lo disfrutaba. Se cuestionó el porqué.

Colocó el helado y el resto de los postres sobre la mesa y aún en silencio, le extendió una cuchara. Aidan no comía nada dulce, excepto cuando estaban juntos y galletas. Lo notó años antes, cuando solo era su «invitada». Incluso entonces, pese a sus sarcasmos y actitud desdeñosa, era bueno con ella.

Sin saber por qué, su mente volvió al pasado. La primera vez que estuvo en el apartamento y durmió en una cama después e meses en cautiverio. Fue la de Aidan, y la habitación le había causado un miedo terrible. Lloró casi toda la noche y en la mañana, cuando pensó que la echaría, él le preparó el desayuno. Casi le había empujado el plato en la cara debido a su renuencia a probar bocado.

—Come, niña, o voy a obligarte. ¿Eso quieres? Tengo mis métodos.

Lo hizo de inmediato. Al final, terminó repitiendo... dos veces. Aidan había hecho algo similar a sonreírle, aunque parecía sufrir un ataque de parálisis facial. No pensó volver a verlo después de ese día, y ahora eran pareja. Una real, que compartía sentimientos reales. ¿Qué tan normal podía ser? Lo vio por el rabillo del ojo. ¿Importaba? Para Aidan la «normalidad» era solo una palabra y ciertamente a ella no le interesaba a estas alturas lo que pudiera pensar el resto. Sus amigos y familiares los entendían y apoyaban, eso era suficiente.

Sin embargo, supo que en algún momento habría que dar explicaciones. De otro modo, alguien podría hacer que Aidan perdiera su licencia y si bien él

odiaba su trabajo, era lo que lo mantenía unido a Infernum. E Infernum era toda su vida. Jamás podría arrebatarse eso.

Hannah se lamió los labios, quitándose los rastros de crema batida. Aidan había dejado de ver la película para concentrarse en ella.

—¿Por qué me miras así? —preguntó—. Me pones nerviosa.

Él se encogió de hombros.

—Me gusta verte comer. Te importa una mierda si es sano o chatarra y, ¿honestamente?, eso me pone duro.

Hannah se mordió el labio superior, con las puntas de las orejas coloreándose de rosa. Esos pequeños detalles en ella hacían latir el corazón de Aidan casi con furia. Era fuerte y blanda al mismo tiempo, tan contradictorio que a veces lo confundía. Pero ahora le hacía desearla. Mucho.

Demasiado. Al punto del dolor.

—¿Dirás lo mismo cuando esté *más* gorda?

Bufó.

—Sí. Y *no* estás gorda. No voy a disculparme por eso de nuevo. Dije lo que tenía que decir, aunque no fuera verdad.

—Vale.

Hannah se llevó otra cuchara cargada, rebosante de helado, a la boca y lo saboreó con los ojos cerrados. Antes de que tragase, Aidan se movió hacia ella y sujetándola por el cuello la besó. A aprovechó su sorpresa para resbalar la lengua dentro de su boca. Nunca tendría suficiente de ella, se dijo, porque de eso iba el amor. Quizá él no fuera un experto en el tema, sin embargo, todavía recordaba cómo fue la relación de sus padres: se querían, apoyaban y entregaban uno al otro. Siempre.

«Te amo». Esas no eran palabras fáciles de decir. Un sentimiento complicado para él. ¿Cómo lo expresaba, cuando apenas podía llamarle «cariño»? No sabía, solo esperaba que entendiera sus acciones; lo que no era capaz de expresarle abiertamente.

Mordiéndole el labio inferior, se alejó despacio. Con los ojos entrecerrados y las mejillas rojas, ella le sonrió.

—¿Eso qué fue?

Fingió indiferencia.

—Tenías helado.

Ella soltó una de esas risitas nerviosas.

—Sí, en la boca.

—Ahí está.

En ese momento, ella hizo rodar los ojos.

—Qué curioso. Ahora que lo pienso, me pones los ojos en blanco pero nunca te he oído decir nada grosero —continuó él—. ¿Por qué?

Negando, ella se llevó el cabello suelto detrás de la oreja. Oh, no tenía una maldita idea del efecto que causaba en él una cosa tan simple como esa. Pero la erección entre sus piernas podría darle una pista: quería continuar lo que dejaron a medias gracias al ataque psicótico de Miyuki.

—Sí lo hago.

Se burló de sus palabras.

—Ah, ¿en serio? ¿Cuándo?

—Cuando estoy enojada. Las pienso.

—Eso no es decir las. Di alguna.

—No estoy molesta.

—Puedo resolverlo. ¿*Quieres* que te ayude?

Hannah negó. Él rió por lo bajo. Ah, diablos, estaba haciendo esa cosa de reír con demasiada frecuencia. Inquietante. Aterrador como el mismo infierno.

—*Ehm...* —Apretó los labios mientras pensaba—. ¿Coño, mierda, joder...?

Nada mal, aunque si las comparaba con su repertorio...

—Esa es una buena palabra. —Miró la V de la unión de sus pechos. Sus camisas se veían bien en ella—. Dila de nuevo: co-ño.

Ella separó los labios, los cerró de repente y negó. Había entendido su

insinuación. Inclinandose sobre Hannah, hasta tenerla debajo de su cuerpo, murmuró:

—¿Por qué?

—Me gusta más «vagina».

Sí, a él también. Sobre todo la suya; cosa que Hannah ya debía saber mejor que nadie. Hizo descender la mano hacia su muslo y lo acarició lento, disfrutando de la sensación de su piel. Era suave. La movió hacia el interior y se dedicó a ascender. La respiración de Hannah fue aumentando con cada roce. Ella era malditamente sensible y eso le gustaba como no lo hizo nada en el mundo.

Había conocido muchas mujeres. ¿Cincuenta, cien, quizá? Más que esas. Y ninguna reaccionaba tan bien a sus caricias. Oh, bueno, lo admitía: jamás se interesó en el verdadero placer de ellas. Era solo sexo. Se aseguraba de hacerlas tener un orgasmo, buscaba el propio y se largaba. Sin sentimientos, llamadas o nuevas citas. Con Hannah, no obstante, era distinto: quería hacerla sentir. Que recordase el tacto de sus dedos cuando él estuviera ocupado. Recordar él mismo cómo se sentía tenerla, cuando estuviera lejos.

Era suya. Y tan seguro como lo estaba de su nombre, le pertenecía a ella por completo.

—Thor nos verá.

Sacudiendo la cabeza, continuó explorándola.

—Ya está dormido.

—¿Seguro?

—Completamente.

Ella se relajó.

Escondió la cabeza en la curvatura de su cuello y la besó. Hannah separó las piernas para él, cuando llegó al borde de sus bragas. Completamente húmeda, su respiración estaba volviéndose más pesada. Tomó el lóbulo de su oreja entre los dientes, Hannah emitió un suspiro largo y entrecortado.

Enredó los dedos en su cabellera y movió la cara para verlo a los ojos. Tenía el ceño ligeramente fruncido. Por un instante, Aidan se paralizó. «No-lo-

digas. No ahora, por favor». Nunca, esa era una mejor opción. Sin embargo, quizá ella quisiera sacar el tema después. Oh, bueno, lo entendía: pocas mujeres deseaban estar con hombres de cabello largo; pero esto jamás entraría en discusión. La respuesta siempre sería negativa.

Tendría que aceptarlo.

—No es justo —murmuró—. Tu cabello es más suave que el mío.

—¿De qué hablas?

Una sonrisa. Hannah se alzó para besarle en la frente.

—Nunca te lo cortes. Es lindo, brillante y suave. Me gusta cuando me hace cosquillas en el pecho. —Hizo una pausa corta—. Bueno, si quieres cortártelo, ¿me lo das?

A su pesar, le sonrió.

—¿Y para qué lo querrías?

—No lo sé. Podría utilizarlo como peluca o algo así.

Y de nuevo, ella lo sorprendía. Samantha siempre estuvo reclamándole por el cabello, incluso algunas mujeres con las que se acostó. Hannah, en cambio, le pedía que no se lo cortase porque le gustaba. ¿Quién iba a decirlo?

—No pensaba cortarlo, de todos modos.

«¿Por qué no naciste diez años antes?». A estas alturas, estarían casados y probablemente con hijos. Uno o dos, nada más. La idea lo aturdió por un momento. Ignorándola, se concentró en la piel de su hombro mientras colaba un par de dedos en su ropa interior. Hannah soltó un gemidito. Moviéndolos, se dedicó a complacerla, como sabía que le gustaba.

Estas últimas semanas descubrió cosas interesantes sobre su cuerpo, como que las cosquillas la excitaban terriblemente y por ello las evitaba, además de que gemía si le apretaba apenas un poco la piel del cuello y era capaz de llegar al orgasmo solo estimulando sus pezones. Y eso le gustaba mucho. Sin embargo, se volvía difícil por momentos. Era complicado encender las llamas y no dejarse consumir por ellas. Nadar contracorriente. Lo-que-fuera.

De no tener dominio sobre sí mismo, lo habría llevado al final la segunda vez. Lo estaría haciendo en este instante. Pero bendito fuera Infernum, por

proporcionarle el entrenamiento necesario. Podía lograrlo.

Sí. Esto no era nada, en absoluto.

Aidan apretó los dientes al oírla gemir su nombre. Santa mierda, jamás nada le gustó tanto. Levantando las caderas, Hannah llegó al orgasmo. Y cayó de nuevo sobre el sofá, jadeando, con los ojos entreabiertos, esforzándose por volver a respirar. Él tan solo la miró recuperarse, callado, entendiendo lo afortunado que era. Sería un idiota si lo estropeaba.

«Díselo». Como si fuera tan simple. ¿Qué hacía, iniciar una conversación casual sobre el tiempo y soltárselo sin más? Oh, mira: que noche tan hermosa. ¿Te gusta la luna? Brillante, ¿verdad? Por cierto, te amo. «Deja de ser ridículo». No funcionaría.

«Todo a su momento». Estaba seguro de que una chica de diecinueve no quería oír esas palabras. No ahora. En cinco años, quizá.

Ella deslizó los dedos por su mejilla.

—¿Qué ocurre?

Aidan respiró profundo. Y lo dijo, las dos palabras prohibidas en su vocabulario:

—Te amo.

«Mierda». Su mirada confusa lo confrontó. Al menos no le pidió matrimonio. Y de todas maneras, ¿por qué pensaba en ello? Nunca se casaría, no deseaba tener que atravesar el dolor de perder a su familia de nuevo. Ni que ellos lo perdieran a él. «Tampoco tendrías nunca una relación estable, y mírate ahora». Sí, bueno. Se trataba de situaciones distintas. Esto podía acabarse pronto.

Él podría dejarla, en cualquier momento, cuando quisiera. En el fondo, supo que se mentía a sí mismo.

—También te amo.

Oh, Diablos, sí.

—¿Qué?

Ella le obsequió una de esas sonrisas radiantes, que lo desarmaban por completo.

—Te amo, cariño.

## CAPÍTULO 35

En medio de la oscuridad de su apartamento, Nicholas O'Connell bebió de una sola vez su medio vaso de coñac, ante la mirada fija de su hermano mayor. Desde la muerte de Tracy, el alcohol era su único refugio. Markus volvió a llenarlo e hizo el intento de colocarle un par de cubitos de hielo para aligerarlo. Nick lo detuvo.

Markus sonrió.

—Estás bebiendo mucho, ¿no crees? —preguntó entregándoselo.

Negando, Nicholas volvió a beberlo, casi ahogándose. Respiró profundo para que el ardor en su garganta disminuyera y le exigió otro con un gesto. Su hermano mayor obedeció.

—Necesito sacarlo, Mark —respondió—. Estoy muy jodido.

—¿Y el alcohol cómo te ayuda?

Alzó un hombro despreocupado.

—Me permite olvidar el padre de mierda que soy... fui. *Era*.

Luego de entregarle la botella para que bebiera directamente, Markus lo rodeó. Estando su espalda, le apretó los hombros y se dedicó a masajearlos.

—Déjalo ir, Nicky. No hay nada que puedas hacer ahora.

Un sollozo. Nicholas se llevó la botella de coñac a la boca y tragó. Vez tras vez, sin detenerse, hasta que la hubo acabado. El silencio los envolvió varios minutos, en los que Markus esperó y trató de consolarlo. Finalmente, Nicholas se rompió. Lanzando la botella contra la pared, gimió el nombre de su hija.

Triste y doloroso.

Agradable y placentero.

—La maté, igual que a su madre. ¡Diablos, Mark, maté a mi hija!

—Era una traidora. Y su maldita madre murió de una sobredosis. Tú-no-hubieras-podido-hacer-nada.

—¡La dejé sola, embarazada de mi bebé!

—No lo sabías. —Suspiró—. Hermano, escucha...

Nicholas se llevó las manos al rostro para esconder su llanto. La intensa amargura.

—Mi pequeña Cy... Sufrió mucho. McLaughlin la torturó. Mutiló cada parte de su cuerpo. Mi niña... —Gimió—. ¿Por qué mierda te hice caso? Hubiéramos podido dejarlo pasar, darle otra oportunidad. Cualquier cosa.

Lamiéndose los labios, Markus se inclinó hacia adelante y lo miró. Sus ojos oscuros tenían un brillo extraño.

—Es difícil, lo sé: la responsabilidad, la vida solitaria y toda la mierda cayendo sobre nosotros. *Sobre ti*. Papá debió haber pensado en ello antes de dejarte al frente. —Hizo una pausa, apretando con más fuerza los hombros de su hermano—. Es terrible, ¿verdad? El dolor, la culpa... consumiéndote. Las pesadillas por las noches... El rostro de la pequeña Cy, su llanto... En realidad, no sé cómo puedes vivir con ello, ¿cómo lo soportas? Yo *no* podría.

Nicholas asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—No lo hago. Veo su cara en todas partes. No puedo dormir, comer ni respirar. Maté a mi hija, ¿no debería estar vivo! Yo... yo...

La mirada de Markus se endureció. Caminó de regreso al frente y encaró a su hermano con el ceño fruncido.

—¿Y qué piensas hacer al respecto, seguir bebiendo hasta perder la razón? Y mientras tanto, nos vamos al demonio.

—No entiendes...

—Lo hago. Pero la pregunta sigue siendo la misma: ¿qué harás, Nicholas? Tienes dos opciones.

—¿Y cuáles son?

Markus tomó la Browning de su cintura, la cargó y la colocó sobre la mesita de madera, frente a su hermano.

—Seguir adelante o... —Señaló el arma con la cabeza—... si deseas tanto

dejar de sentir dolor...

Nicholas se encogió de hombros, abatido. Derrotado por completo. Tomó la Browning y se la quedó mirando mientras las gruesas lágrimas le empapaban el rostro.

—Quiero un poco de paz, ¿es tan malo? ¿Te enojarías conmigo, si yo me rindiera ahora? ¿Me odiarías mucho si decidió ir con mi pequeña?

—No. Nunca podría enojarme contigo, Nicky.

—Qué bueno.

Se la llevó a la boca. Markus asintió con la cabeza, complacido.

*Bingo.*

El alcohol, luego de tantos años, finalmente lo doblegó.

El estruendo del disparo llenó el apartamento de Nicholas O'Connell. Markus ni siquiera parpadeó cuando el cuerpo de su hermano menor, al que juró proteger, se desplomó sobre un charco de su propia sangre. Sin vida.

Después de mucho, este era el final que siempre debió ser.

Inclinándose, Markus le cerró los párpados. Le daría esto ahora, al menos: un poco de compasión y dignidad.

—Adiós, Nicky. Descansa en paz.

## CAPÍTULO 36

La noticia de la muerte de Nicholas O'Connell tomó por sorpresa a cada miembro del Equipo Colmillo y al resto de los integrantes de Infernum. Los detalles eran escasos, todo cuanto se sabía era que se disparó a mitad de la noche, después de haber bebido. Un ebrio suicida, nada más. Sin embargo, Aidan podía asegurar que Markus se encontraba detrás de esto. Nicholas no era débil y pese a no ser su favorito, lo respetaba.

Podía decir que le tenía cierto aprecio, a su manera.

Ahora se hallaban en un terrero peligroso, él y sus muchachos. Markus no era de fiar y estaba demente. Si asesinó a su propia sobrina, ¿qué evitaría que fuera detrás de ellos? De no estarlo haciendo ya. La sola idea lo estremeció. Si algo llegaba a sucederle a Hannah o su gemelo, incluso a Miyuki o cualquiera de sus amigos, jamás podría perdonárselo.

El cementerio se encontraba lleno de personas. Los integrantes de cada Círculo y Escuadrón, incluso los Limpiadores se encontraban ahí: rindiéndole honores a su líder. Algunos tan calmados como si nada hubiera sucedido, otros llorando de forma disimulada y Markus recibiendo condolencia tras condolencia; con la mirada oculta detrás de los anteojos negros. Sonriendo falsamente, vigilando a cada uno de ellos. Tramando un macabro plan que los llevase a la muerte.

Aidan se acercó a Zhenya, que se encontraba recostado de un abeto y se colocó a su lado. Vestido completamente de luto, sin los *piercings*, llevaba el cabello peinado hacia adelante.

—¿Qué sabes? —le preguntó.

Zhenya alzó un hombro. Se había vuelto distante y casi callado desde su ruptura con Hannah. No que le importase, pero lo necesitaba alerta. Cien por ciento operativo.

—No mucho. Markus no permitió que hicieran... —Hizo una pausa, buscando la palabra—. A... Eu... Autep...

—¿Autopsia?

—Sí. Au... autopsia. Pero por lo que sé utilizó la Browning de Markus. — Las *erres* rodaron en su lengua—. Y a que no sabes qué.

—Sorpréndeme.

Zhenya rió por lo bajo, nada alegre, más bien irónico.

—Un vecino dice haber visto al hijo de puta entrar al apartamento junto con Nick y salir después del dis... disparo. Pero eso no es lo mejor, sino que tengo la grabación de la llamada a emergencias. Es la voz del bastardo.

Oh, genial. Esto se pondría feo pronto. Él no solo había tendido una trampa a Tracy, su sobrina, y a varios de los Círculos; sino que además asesinó a su propio hermano e hizo que pareciera un suicidio. Este hombre era de temer. Estaba incluso más perturbado de lo que Aidan supuso desde el inicio. Y se encontraba seguro de que nada lo detendría a menos que acabaran pronto con él. «No puedo precipitarme». Un solo paso en falso sería el final para cada uno de ellos.

Tenía que ser más inteligente que Markus O'Connell.

—Mantenme informado.

Zhenya asintió, viéndolo por el rabillo del ojo. Aidan entendió su silencio. ¿Tenía que sentirse culpable o algo? Porque, honestamente, le importaba una mierda.

—Ya, Chernobog, suéltalo

Un largo y cansado suspiro.

—Ella..., ¿está bien? ¿Es feliz?

—Deberías preguntarle.

—Te pregunto a ti.

—Lo está. Lo es. —Se movió hasta quedar frente a frente—. Me importa una mierda lo que sucedió entre ustedes. *Supéralo*. Si no, avísame para sustituirte.

Zhenya respiró hondo.

—No soy un niño, McLaughlin. *Puedo* con esto.

—Genial. Te quiero alerta.

El sepelio fue como cualquier otro. Quizá mucho más extravagante, aunque nada fuera de lo tradicional. Aidan, sin embargo, se mantuvo en alerta. Cada diez minutos se retiraba a una distancia prudencial para llamar a Hannah y asegurarse de que estuviera bien. A salvo. Leo hacía lo mismo con Miyuki. Ellas eran blancos fáciles, tenían que protegerlas.

Markus dio un discurso y varios miembros se derrumbaron cuando se dedicó a recordar su maravillosa infancia junto a Nicholas. Incluso más, cuando lo llamó «amado hermanito» y rompió en llanto diciendo que lo extrañaría. Sí, nada nuevo. Aunque todas las alertas de Aidan se dispararon en el instante en que anunció que tomaría el control de Infernum y se desharía de los traidores, como Samantha Hamilton.

Una suerte que ella le hubiera hecho caso. No así Peter, quien continuaba detrás de Infernum. Vaya dilema.

Después de tres horas, Aidan estuvo de vuelta en su apartamento. En la entrada, el delicioso aroma de la comida caliente lo recibió. Él lo conocía, era demasiado familiar y doloroso. Agitaba los recuerdos en su interior. Saludó a Thor brevemente y se dirigió hacia la cocina, donde encontró a Hannah parada frente a la estufa, meneando algo dentro de una cacerola. Tenía los auriculares y tarareaba alguna canción de *One Direction* de la que se aprendería el nombre y la letra si continuaba poniéndolas a todo volumen. Cómo odiaba a esos amanerados de mierda. Pero en este instante su atención la tenía lo que cocinaba.

Junto a ella, tomó una cuchara, la metió en el estofado y se la llevó a la boca. Por un instante volvió a ser un niño y casi no pudo respirar. Esto era... Hannah se sobresaltó, quitándose los auriculares, movió la cara hacia él y le sonrió feliz.

—Me asustaste. ¿Te gusta?

Quiso asentir o responderle, no pudo. Sus sentidos atontados no se lo permitieron.

Ella frunció el ceño.

—¿Aidan?

Inhaló cuanto aire le fue posible y movió la cabeza de arriba abajo.

—¿De dónde sacaste la receta?

—*Internet* —explicó apagando el fuego—. Quería sorprenderte. ¿Lo logré? También hice Bara Brith<sup>[56]</sup>.

Ah, mierda sí. Esto era... Los ojos le ardieron de repente. Eran muchas emociones para un día, sobre todo con tantos problemas y peligros al asecho. «Ella no tiene la culpa». No sabía nada sobre su doloroso pasado y aun así había preparado todo esto. Su madre habría estado orgullosa. Esta era una perfecta imitación de su Cawl<sup>[57]</sup>. Por un momento volvió a tener ocho años y a comerlo todos los domingos en familia.

Volvió a verse sentado a la mesa, en el regazo de Glaw o su padre, riendo. Feliz. Apretó los párpados, conteniendo las lágrimas. Esto era mucho, incluso para él. Había renunciado a la comida galesa en la infancia, al igual que a todo lo dulce. Cualquier cosa que le recordase a su familia y le hiciera sentir como en un hogar. Y ahora, ella estaba aquí: proporcionándole todo eso de nuevo, llevándolo al borde. Empujándolo sin saber.

«Me he vuelto débil y patético. Randall estaría orgulloso». ¿Qué importaba? Tan solo esta vez, ahora, se dejaría llevar.

Después de años de lucha, se rindió.

—¿Puedo pedirte algo *muy* estúpido y humillante?

Confundida, Hannah asintió.

—Lo que sea.

—¿Puedes...? —Tomó aire. Diablos, esto era difícil—. Abrázame, tan solo un poco. No soy débil, solo estoy cansado y lo necesito.

En silencio, Hannah lo envolvió entre sus brazos. La situación tenía que ser realmente terrible como para que Aidan se lo pidiese. Por norma, él abrazaba; pero jamás era abrazado. Ni siquiera por ella. Hundiendo la nariz en su cabello, él respiró profundo y tembló. ¿Acaso estaba llorando? Ella trató de alejarse para mirarlo, él la detuvo apretándola contra su pecho.

—¿Qué sucede?

Silencio. Durante al menos un minuto él no pronunció palabra.

—Tengo mucha mierda encima en este momento —respondió al fin, en un

murmullo—. No soy débil, solo hay demasiados problemas.

—Cariño, pedir un abrazo no te hace débil.

Le apretó con más fuerza.

—En mi mundo, sí. —La besó en la cabeza—. Quédate quieta, se siente bien.

El diablo también lloraba, ¿quién iba a decirlo? «Quisiera poder aliviar tu dolor, como tú lo haces con el mío». Si tan solo tuviera ese poder. Pero le ofrecería su hombro, siempre que lo necesitase.

—¿Quieres hablar de ello?

Exhaló con cansancio, como si llevase todo el peso del mundo sobre sus hombros.

—Mi jefe se suicidó. No era mi favorito, pero... Es una mierda y tengo...

Pese a no continuar, Hannah entendió lo que callaba: tengo miedo. Oh, bueno, el demonio atroz al que todos temían era más humano de lo que se mostraba. En su interior, aún estaba ese chico asustado que salía a relucir por las noches, en sus pesadillas. El que lloraba llamando a su hermano y se aferraba a ella como si pudiera perderla en cualquier segundo.

—Todo estará bien. Vas a lograrlo, eres el mejor.

Él dejó salir una risita baja.

—¿Cómo lo haces?

—¿Qué cosa?

—*Eso*. Sabes que soy una mierda y aun así estás conmigo. Sabes que un día voy a salir por esa puerta y no regresaré, pero no me exiges que lo deje.

—No lo sé. Soy genial, supongo.

Soltándola, Aidan se echó hacia atrás. Sus ojos cristalizados la conmovieron.

—Lo eres. —La besó suavemente en los labios—. Vamos a comer.

Fueron a la sala y lo hicieron en silencio, uno que ella respetó. Con cada bocado, Aidan revivió los años del pasado, esos en los que pensó que tendría a su familia por siempre.

El Cawl de Hannah era muy parecido al de su madre, excepto porque Berth le ponía una buena cantidad de azúcar o miel de abejas, como a todas sus preparaciones. Usualmente, le quedaba dulce; pero a él no le importaba. Porque era feliz.

Tuvo que contener el llanto un par de veces, molesto y avergonzado consigo mismo por ser débil. ¿Qué le sucedía? Él no era de ese modo. Nunca lo fue. «Solo estoy cansado». Pero sabía que se trataba de algo más profundo.

Después del postre y lavar la vajilla, regresaron al sofá. Hannah se acomodó entre sus piernas, con la espalda pegada a su pecho. Abrazándola, Aidan se dedicó a jugar con sus dedos entrelazados mientras veían una antigua presentación de *One Direction*. Ahora conocía todos sus nombres: afeminados uno, dos, tres cuatro... Oh, ¿y cómo no? El afeminado de ojos verdes, el dueño de sus suspiros. O algo así. La verdad es que no le prestó atención a los nombres, estaba *muy* distraído viéndola bailar semidesnuda.

Hannah reprimió un grito apenas Zayn comenzó a cantar, ¿o era Liam? No tenía una miserable idea. Pero se trataba del que casi destruyó a la agrupación. Ella giró la cabeza hacia atrás y lo besó, después volvió a extraviarse entre las luces y las voces de los chicos.

¿Cuántas veces le había dicho que le amaba? Oh, bueno, una sola. ¿Qué importancia tenía? No era como si no lo supiera. «Pero necesita oírlo de vez en cuando». Trató de decirlo, no le salió.

Ah, mierda, era triste.

Hannah bajó el volumen al mínimo.

—¿Qué tal me quedó la comida? ¿Fue lo bastante galesa? Estuve leyendo horas para aprender.

—Deliciosa. Me hizo recordar a mi madre.

Ella se tensó por un momento y trató de moverse, Aidan la mantuvo en su posición.

—Lo lamento, solo quise hacer algo... Mierda, soy una estúpida.

Aidan alzó una ceja, aunque ella continuara con la vista en al frente.

—¿Eso fue una *palabrota*?

—Estoy molesta.

—¿Conmigo?

—No, conmigo. Solo trataba de hacer algo especial, no quería...

Colocando la barbilla sobre su cabeza, exhaló.

—Fue especial. Gracias.

—¿De verdad te gustó?

—Mucho.

—Me alegra.

Calló. Durante un largo rato, no hubo más palabras; solo compañía silenciosa y cómplice. Amor silenciado. Hannah se debatió entre preguntar o continuar en las sombras, con respecto a él. Sabía que su pasado era doloroso, violento, pero ¿cuánto? ¿Qué tan dañado podía estar como para tener pesadillas cada noche y considerar débil el hecho de pedir apoyo? Y su miedo a la oscuridad...

Tomando aire, se armó de valor. «Somos una pareja, somos una pareja...». Y como tal tenían que compartir esos detalles, por amargos que fuesen.

—¿Cómo era ella? Tu madre, ¿cómo era?

Aidan le apretó los dedos hasta hacerlos doler. Ella dejó salir un quejido y él volvió a relajarse.

—Ya viste su fotografía: tenía el cabello negro y los ojos azules.

Hannah negó.

—No. ¿Cómo era?

Suspirando, él cedió.

—Amable. Tenía un temperamento... particular. Cuando se enojaba era de temer, pero siempre estaba riéndose. Era buena y me malcriaba.

—¿Y tu padre?

—Casi nunca estaba en casa. Era el fiscal más importante del país. Serio, honrado, estricto...

—Ah... ¿Y Glaw..., cómo era él?

Durante varios minutos, Aidan no le respondió. Hannah esperó por él. Esto no era fácil, lo sabía. Incluso ahora le costaba hablar sobre sus propios padres y Megan, sobre todo su hermana menor. Porque estaba muerta. Pero había que desenterrar el pasado a veces, este era el momento de Aidan.

—Mi mejor amigo. Me cuidaba: cuando estaba enfermo o tenía miedo. Incluso cuando solo era estúpido y hacía travesuras, él me acompañaba. Era amable. —Su voz se quebró, aunque fue casi imperceptible—. Como Ian, él era... ¿andrógino? Eso le causó problemas, pero aprendió a defenderse, así que nadie lo molestaba. Tenía una novia. Ella era..., mierda, realmente extraña. Tenía sobrepeso, pero usaba vestidos ajustados, moños en la cabeza y tacones altos. Parecía una muñeca *pin up*. Y tenía esa actitud de soy-una-putadiosa. Bastante linda.

Rio entre dientes, al igual que Hannah. Echando la cabeza hacia atrás, ella lo miró.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo sé. No la recuerdo del todo. Era rubia y tenía los ojos pequeños y verdes o avellanas. Una vez los vi besándose. A mi padre no le agradaba porque era mayor, tenía veinte o algo así. Decía que llevaría a Glaw por el mal camino. Una mierda, ella lo hacía feliz.

Pudo imaginarla. Con que el hermano de Aidan era de gustos extravagantes. Tuvo que haberlo sido, siendo tan hermoso. Mordiéndose el labio, Hannah buscó el valor de hacer la pregunta dolorosa.

—¿Qué pasó con tu familia, realmente?

Los ojos atormentados de Aidan fueron como cuchillas para su corazón. La tristeza, el odio, la desesperanza... Él tomó aire y lo soltó despacio, despacio...

—Mi padre era el mejor fiscal, ya te dije: honesto, fiel... Unos traficantes trataron de comprar su silencio, en su lugar, él los acusó. Fueron a juicio y los condenaron; pero sobornaron al juez y anuló el veredicto. Para vengarse, enviaron unos matones a casa. —Calló varios segundos—. Glaw y yo estábamos en mi habitación, haciendo no sé qué. No lo recuerdo. Oímos los gritos de mis padres y los disparos. Luego las voces de los asesinos, que buscaban en las habitaciones. Glaw me dijo: «Espera aquí, Dan, No hagas ruido. Volveré pronto» y me encerró en el armario.

—¿Dan?

Asintió.

—Por *Ai-dan*.

—No lo sabía...

—Cariño, hay un montón de mierda que no sabes sobre mí.

—¿Me dirás?

—Eres mi mujer, quiero hacerlo.

Acariciándole los labios, ella le sonrió con tristeza.

—¿Qué sucedió después? Bueno, si quieres decírmelo. Es difícil, lo entiendo.

—Creí que iría a buscar ayuda; me equivoqué. Solo estaba escondiéndome para que no me hicieran daño. Tres gorilas derribaron la puerta y lo vieron. «Oh, miren: una puta bonita. ¿Qué, no tenían dos hijos?». Se burlaron de mi hermano. Cuando Glaw habló, se miraron a las caras y... Lo violaron. Yo creí haber empujado contra la puerta, gritar o algo así. Me quedé malditamente paralizado.

—Eras un niño.

—No. Yo era *débil*. —La amargura en su voz la quemó—. Y no pude ayudarlo. Lo violaron durante horas, Hannah, y lo vi todo. Lo escuché. Cuando terminaron, uno de ellos dijo que era hora de irse. «Solo nos mandaron por los padres. Dejemos a la perra y vámonos», pero otro no quiso y le disparó. —Una solitaria lágrima se deslizó desde su ojo. Aidan la dejó correr—. Antes de salir, el que asesinó a Glaw me saludó por las rendijas del armario. Sabían que estaba ahí: me oriné. Y... Mierda. No pude moverme, así que también vi a mi hermano agonizar, ahogándose en su sangre. Porque, maldita sea, la bala no lo mató de inmediato. La policía llegó después de cinco horas.

—Aidan, no f...

Negando, él continuó:

—«Oh, pobre niño, está en *shock*». ¿Dónde mierda estaban cuando los necesitábamos? No pude hablar en semanas. Me llevaron al albergue donde te dejé porque no tenía a nadie más. Solo el dinero de mis padres, que estaría en

el banco hasta que cumpliera dieciocho. Una buena cantidad, un maravilloso incentivo. Pero nadie quería a un chico como yo: sobreviviente de una horrible masacre, con traumas..., triste. Así que estuve dos malditos años en ese lugar, hasta que Nicholas y Markus me ofrecieron venganza y también justicia.

—¿Has estado haciendo esto desde los diez?

—Sí. A los quince ya lideraba el Noveno Círculo. —Le mostró su tatuaje—. Estaba motivado, supongo.

—Lo lamento mucho. —Su propia voz se quebró—. Sé que no sirve de nada, pero lo lamento.

—Está bien. —Se inclinó para besarla en la frente—. La vida es dura, tú lo sabes.

—Por eso le temes a la oscuri...dad.

Pese a no ser una pregunta, él le contestó:

—Estuve encerrado en un lugar oscuro, cinco horas, con mi hermano muerto frente a mí. Supongo que algún día voy a superarlo.

—No es malo sentir miedo.

Quizá, pero Aidan no lo veía de ese modo. El miedo era una debilidad y la debilidad significaba problemas porque podían usarla en tu contra. En este momento, tenía dos y la más grande de ellas descansaba en su regazo, haciéndole preguntas que jamás imaginó responder.

«Me doblegaste». Era una idea aterradora. Saber que con el paso de los años había cambiado lo suficiente como para atreverse a confiar y, más que nada, amar. Todo por una mujer que ni siquiera cumplía los veinte años. Pero estaba bien, ya no se sentía solo. No lo estaba. «Ninguno de los dos». Se tenían uno al otro. Y a sus amigos.

Increíble, ¿no es así?, como todo lo que necesitó fue un empujoncito. A lo mejor no dejaría de ser quien era. Jamás cambiaría por completo, sin embargo, este avance sería suficiente.

—¿Puedo hacer una última pregunta?

Asintiendo, él suspiró.

—La que sea.

—¿Quién es Eirian? El nombre está tatuado junto a los de tu familia.

Aidan sintió que se quedaba sin aliento. La imagen de Samantha, como cada vez que tocaba el tema, apareció en su memoria. A lo mejor, tuvo que haberlo hecho distinto con ella, pero el hubiera ya no existía. Todo lo que le quedaba era el presente y... su futuro.

—Mi hijo... —Trató de ocultar el dolor en su voz—... con Sam.

La incomodidad en el cuerpo de Hannah no le fue indiferente. La entendía: esto era duro. Difícil de asimilar.

—¿Tuvieron un hijo? ¿Dónde está?

—Murió, por mi culpa... Hice que lo perdiera, cuando tenía cuatro meses de embarazo. Era un niño. Se supone que iba a empezar de cero, por eso elegí el nombre. Significa Brillante, *Hermoso*, en galés.

Hannah tomó aire profundamente, cuando habló, su voz salió afectada:

—¿Qué sucedió?

—Discutimos. Sam quería formalizar, vivir juntos. Pero no había nada entre nosotros y estaba enojado por su ingreso a Infernum, fue lo único que le pedí que no hiciera. Así que... Mierda... Solo discutimos y ella se alteró, dijo que le dolía, no le creí y me marché. Había terminado con eso. Después me llamó llorando, diciendo que sangraba, no le creí. Suplicó, no hice caso... — Calló para tragarse un sollozo. No lloraría de nuevo. Nunca más—. Insistió, así que fui a verla y la encontré en un charco de sangre... con mi bebé muerto entre las piernas. Lo maté, ¿sabes? Y me odio jodidamente por eso.

—No lo mataste. Fue un accidente.

Ah, ¿no? ¿Y cómo se lo explicaba a su conciencia? Lo sintió así desde el inicio, al igual que Samantha. De no haberle gritado, ella nunca... «No seas patético». Quemaba en su interior.

—Yo lo provoqué.

—No lo hiciste. Solo pasó. Es... duro y duele, pero... no fue tu culpa. Nada de eso: tus padres, Glaw y Eirian. No lo provocaste, no lo querías.

—¿Eso piensas?

—No. Estoy segura.

Por varios minutos, no pudo responder. Atontado y conmovido por su amabilidad y comprensión, por la madurez adquirida en tan pocos años. El dolor los había cambiado a ambos, a él lo volvió lo que era hoy en día: un hombre duro y atormentado; pero Hannah... era suave y dulce, con la misma intensidad que podía ser fuerte y equilibrada. Lo único bueno que la vida le había dado en años, y esperaba no perderla.

—Gracias por confiar en mí. —Hannah se giró, hasta sentarse sobre sus muslos, entrelazó sus dedos y lo besó en el dorso de la mano—. Ya sé que no eres débil, pero yo siempre voy a abrazarte. No tienes que pedirlo. Ya no estamos solos, Aidan. Yo te tengo y tú me tienes. Eso es todo. Siempre.

Él no dijo nada por un momento. La sinceridad en aquella declaración lo tocó de una forma en la que nada lo hizo en el pasado. Pero así era con Hannah: cada cosa que ella decía o cada uno de sus actos, por pequeños que fueran, lograban conmoverlo. Ella tenía un alma hermosa. Un corazón increíblemente cálido que lo veía todo con inocencia casi infantil. Esperanza. Ella era capaz de mirar lo mejor de él, si es que lo había, y alcanzarlo.

—Lo sé...

Movió su mano libre hasta el cuello de Hannah y la atrajo hacia sí mismo. «Ella puede verme, a la persona que soy en verdad». No el Aidan despiadado que solo encontraba satisfacción al vengarse o hacer justicia; sino al que se escondía en el rincón más oscuro: el niño con miedo que aún necesitaba amor. Y se lo daba.

Uniéndole sus labios, trató de transmitirle sus sentimientos. Al menos de este modo, dado que con palabras se le hacía imposible la mayoría de las veces. Hannah se aferró a sus brazos y gimió dentro de su boca, inclinándose más hacia él. El roce de sus sexos sobre la tela le envió una descarga a lo largo de la espina. En ese instante, todo lo que pudo desear fue estar dentro de ella, de una vez por todas. Sosteniéndola. Sentir su piel suave rozando contra la propia.

«No es el momento». ¿Y entonces cuándo? Quería hacerlo especial, pero ¿qué significaba? Podría serlo ahora, luego de esta conversación. Lo sentía de esta manera: estaban conectados. Y él no sabía una mierda sobre relaciones, pero estaba seguro de que Hannah lo preferiría a una velada en una habitación de hotel, con rosas y música cursi. La naturalidad del Aidan que conocía,

antes que la delicadeza una persona que él no podría ser. No ahora.

Quizá nunca.

Buscó las palabras para pedirlo. ¿Cómo se hacía? «Oh, por cierto, cariño, quiero hacerte el amor. De verdad esta vez», se burló de sí mismo. Estaba sintiéndose y comportándose como un adolescente virgen y estúpido.

Separándose lentamente, se vieron a los ojos. Ahí estaban otra vez el deseo y la determinación con los que Hannah lo miraba siempre que huía de la posibilidad de terminarlo. Pero hoy no era así. Ahora podía verla como lo que era en realidad: una mujer. Y él quería hacerle el amor. Suave y despacio, durante horas. Entregarse por completo, como no lo hizo antes, y tomarla de vuelta.

—Vamos —su voz grave, fue apenas un murmullo.

Asintiendo, Hannah se puso de pie. Aidan tomó su mano y la condujo hacia la habitación. Cerró la puerta y se volvió a mirarla. El fuego azul en sus ojos la abrasó. ¿Por qué le parecían distintos ahora? Entrecerrados, peligrosos como los de un león antes de atacar a su presa. Se sintió como una.

El calor se elevaba con cada respiración. Aidan dio un paso al frente, con la mano entendida y le acarició el rostro, lento, suave... Y de un momento a otro, la aprisionó contra la pared, dándole el más hambriento de los besos. Había una ferocidad animal en él en este momento. Peligrosa, excitante. Tenía un cuerpo duro y lleno de músculos definidos, que ahora la aplastaban. Estaba bien, no iba a quejarse.

Moviendo los labios hacia su cuello, él le mordisqueó la piel, haciéndola suspirar. Le gustaba esto: sentirlo, entregarse. Sin embargo, ¿se entregaría él en algún momento? No hablaba de algo superficial, sino absoluto. Más que besos y caricias.

Aidan retrocedió y le sacó la blusa. Sus pechos, cubiertos por encaje negro, eran lo más hermoso del mundo. Jamás se cansaría de verlos: grandes y perfectamente formados. Podría pasar toda una vida contemplándolos. Alargó la mano y le soltó el broche del sujetador. Sus miradas se encontraron un segundo antes de que él la hiciera descender. «Jodidamente hermosos». Suaves y llenos, con aréolas de un tono café claro y pezones oscuros. Pequeños, erguidos...

Sostuvo el izquierdo y se lamió los labios. Se moría de ganas. Se inclinó y rodeó la aréola con la lengua, despacio, disfrutando de la sensación. Luego succionó suavemente.

Hannah se quedó sin respiración al sentirlo. Los dientes tiraron de su pezón, haciéndola jadear. Dios, era tan bueno. La cálida y húmeda lengua bordeándola, el aliento sobre su piel... Con cada lamida las piernas las flaqueaban y se le hacía más difícil respirar.

Estaba humedeciéndose, y podría tener un orgasmo de seguir así.

Aidan le soltó el broche del pantalón mientras se movía al otro seno. Hannah recostó la cabeza de la pared y suspiró cerrando los ojos. Quería sentirlo de nuevo, en esa parte que clamaba por él, su contacto. Un suave toque. Mucho más que eso. Pero Aidan no parecía querer atenderla; por el contrario: estaba bastante entretenido con sus pezones. Y lo agradecía, aunque fuera una tortura cruel.

Se detuvo. Hannah gruñó en protesta, abriendo los ojos. Aspiró todo el aire de golpe, al verlo quitarse la camisa, botón por botón. Nada que no hubiera visto antes, y aun así él siempre tenía el mismo efecto en sus hormonas descontroladas.

Ese cuerpo macizo y lleno de abdominales era precioso. Ocho generosos paquetes. Los ojos se le desviaron hacia el pecho lleno de tatuajes y sin un rastro de vello, solo debajo del ombligo, donde había una línea muy delgada que lo había visto recortarse un par de veces.

Le ofreció una media sonrisa mientras buscaba un preservativo en la billetera y lo colocaba sobre la cómoda, al igual que su teléfono. Hannah no lo tomó en cuenta, honestamente estaba distraída con el espectáculo. Él se sacó la correa, luego los zapatos y los calcetines. Se quedó solo con la ropa interior: uno de esos bóxers minúsculos que a ella le gustaban. Azul esta vez, uno que combinaba con su piel color porcelana.

Sin decir una palabra, terminó de desnudarla y la guió hacia la cama, donde la empujó suavemente y la miró desde arriba.

—Abre las piernas para mí, cariño.

El corazón casi se le sale del pecho. Le gustaba cuando le llamaba de esa manera, le hacía sentir especial. Más amada. Asintiendo, obedeció ansiosa. Él

se arrodilló al borde de la cama, pero no la tocó. No hizo ningún movimiento, tan solo se dedicó a verla un largo rato. Demasiado tiempo para su gusto.

—Aidan, tócame, por favor —rogó.

Lo necesitaba, a él calmándola.

Aidan movió la cabeza, confirmando. Cubriéndola con la mano, acarició el corto vello. Con calma, le separó los sensibles pliegues y movió el dedo hundiéndolo. Ella abrió la boca, levantando las caderas, y gimoteó. Complacido, lo deslizó más abajo, permitiendo que la humedad lo cubriera y subió para masajearla.

Con cada caricia a su clítoris ella dejaba salir lloriqueos de placer. Suspiros, jadeos... Era como música para sus oídos. Le gustaba ser el causante de cada uno. Inclino la cabeza para besarle la parte interna de los muslos. Con la lengua, dibujó un camino hasta su sexo tibio y húmedo, y lo probó. Continuó ascendiendo hasta el ombligo, donde hundió la lengua y siguió cada vez más arriba. Se detuvo al llegar a sus labios.

—Mírame.

Hannah entreabrió los ojos. Él le regaló una sonrisa.

—Hola, ¿sigues conmigo?

Negó.

—Me morí.

Presionó contra su clítoris. Ella chilló.

—No me lo parece.

—Espera un poco y verás.

Aidan rió por lo bajo.

—Voy a hacerte el amor, ¿estás de acuerdo?

De haber podido, le habría fruncido el ceño. En su lugar, Hannah se limitó a asentir.

—Siempre lo estoy.

Negando él continuó acariciándola. Un poco más y vería el anhelado final. Solo un poco. Un poco... De nuevo, paró.

—No —dijo—. Te haré el amor, *de verdad*.

Tragó duro. Oh, cielos, claro que sí. Había estado deseándolo desde la primera vez.

—Me hiciste esperar mucho.

—Lo lamento por eso. Entonces, ¿eso es que sí?

—Eso es que sí.

Incorporándose, él tomó el empaque del preservativo y lo rasgó.

—¿Un condón?

—No queremos un bebé ahora, ¿verdad? —dijo, poniéndoselo.

Sin esperar una respuesta de su parte, Aidan descendió de nuevo y la tomó en su boca, sustituyendo los dedos. Hannah gimoteó de puro placer. No entendía cómo, pero siempre hallaba un modo de complacerla. Esta no era la excepción. Sujetándose los nudillos con los dientes, se aferró con su mano libre a las sábanas. Aidan lamiendo y hurgando en su interior era la cosa más satisfactoria del mundo.

Y lo quería, todo por completo.

Él la mordió suavemente y el orgasmo explotó en ella desde adentro. Encorvándose, dejó salir un grito y cayó de regreso en la cama. Aun así, él no se detuvo. Continuó jugando con la lengua en su cuerpo, haciéndola sentir cada vez más caliente. Empujándola hacia ese lugar, cada vez más cerca...

Con los dedos y la lengua, hizo que tuviera un par de orgasmos más.

Y cuando llegó el último, Aidan se incorporó hasta cubrirla con su cuerpo y comenzó a entrar en ella, despacio. Esta era su primera vez y no deseaba hacerla una experiencia dolorosa. Él era lo suficientemente grande como para lastimarla, esperó no hacerlo. Hannah se mordió el labio, apretando los párpados y se quejó. Deteniéndose, la besó en los labios.

—Hey, mírame —murmuró.

Él no entendía esa nueva y poderosa necesidad. Tanta que dolía. Nunca le gustó ser mirado a los ojos durante el sexo, pero ahora era todo lo que podía desear. Con ella. Solo con ella. Hannah enfocó su mirada vidriosa en él.

—Quédate conmigo. —Volvió a besarla—. Relájate, estoy aquí.

Asintió, con una sonrisa tímida y sincera.

—Sí.

Apoyando todo su peso en los codos, se movió hacia su oreja; lamió desde el lóbulo hasta el hombro mientras se frotaba contra ella. Solo un poco más y... Se detuvo. Se le secó la garganta al sentirla recibéndolo en su interior. Esto era malditamente asombroso. No es que nunca se hubiera acostado con alguna virgen, pero Hannah... «Te amo, cariño». Esa era la diferencia.

Le costó más de lo esperado no empujar, pero este no era el momento; su cuerpo aún estaba estirándose para él. Contó mentalmente.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco... Veinte... Cien...

La besó, resbalando la lengua en su boca. Ella lo recibió con un gemido y se removió debajo de su cuerpo, buscando su contacto. Con precaución, se mecía adentrándose más ella e hizo descender la mano. Su pulgar le acarició el clítoris para contrarrestar el dolor.

Un último empujón y finalmente lo tomó por completo.

—¿Está bien así?

Hannah asintió. Retirándole el cabello de la frente y unió los labios con su piel sudada. Le preocupó que no le hablase.

—¿Aún te duele?

Se mordió la comisura del labio.

—No duele. Solo es... es distinto.

—¿Distinto bueno o distinto malo?

—Bueno.

No le había hecho daño. Un punto a su favor.

—¿Está bien si me muevo ahora?

—Sí..., está bien.

Él comenzó a mecerse lentamente, como si temiese romperla. Eso trajo lágrimas a sus ojos. Reprimiéndolas, Hannah se abandonó a la maravillosa sensación de Aidan profundamente en su interior. Llenándola por completo. De sus labios calmándola y su largo cabello oscuro cayéndole sobre los senos;

abrigándola. Alguna vez se preguntó cómo se sentiría ser amada por un hombre, de esta forma íntima y pasional. Imaginó mil escenarios distintos, todos con él, ninguno parecido a este. Porque jamás pensó que un alguien tan rudo, cruel y orgulloso pudiera ser así de gentil.

Gimió cuando él tocó algo en su interior que pareció encenderla en llamas.

—¿Te gusta ahí?

—S-sí... Otra vez.

Él volvió a golpearlo. Oh, cielos. Eso estaba bien. Más que bien, era fantástico. Trató de hablar. Decir una sola palabra coherente. No pudo. En su lugar le salieron balbuceos inentendibles en los que iba escondido su nombre.

—Eres hermosa —susurró contra su oreja y la mordió—. Jodidamente perfecta.

Progresivamente, fue adquiriendo impulso. Con cada golpe en su interior, ella levantaba las caderas hacia él, buscándolo, tratando de seguirle el ritmo. Esperaba hacerlo bien, no quería decepcionarlo.

Enredó los dedos en su cabellera húmeda y jadeó. No tenía idea de cómo estaba haciéndolo, pero siempre tocaba ese punto en ella que le hacía querer gritar. Lo hizo. Con un gemido sonoro y profundo, se aferró a él, sintiendo que su mundo estallaba en mil fragmentos y se unía otra vez.

Aidan la besó profundamente, presionando contra Hannah. Gimiendo, se estremeció, viniéndose con tanta fuerza que le costó respirar. Atontado, enterró el rostro en su cuello e inhaló su esencia, relajándose poco a poco.

Con cuidado de no aplastarla, descansó sobre su cuerpo.

—¿Estás bien ahí? —preguntó.

Hannah alzó las manos y se aferró a él, acariciándole la espalda.

—Sí. —Tomó aire—. Fue... asombroso.

—Lo fue. Lo eres.

Riendo avergonzada, lo besó en la clavícula. Aidan gruñó una maldición cuando se deslizó fuera de su cuerpo. ¿Por qué demonios no podían quedarse siempre así? Le gustaba como se sentía.

—Ya regreso.

Se retiró el preservativo y lo echó en la papelera, después de anudarlo. Esperó algún tipo de reproche. No lo hubo. Esto estaba bien. De nuevo, se acomodó junto a ella en la cama y los cubrió a ambos con los edredones. Hannah recostó la cabeza en su abdomen y entrelazó sus piernas.

—Eres enorme, ¿sabes?

Se inclinó y la miró con picardía. El rubor le salpicó el rostro.

—Qui-quiero decir, muy alto. Alto, de estatura, no de... Bueno, de eso también, no es que sepa mucho. Pero lo que quiero decir es que...

—*Alto*, lo tengo. Respira.

Eso hizo.

—Sí, eres gigante.

—No, tú eres *bajita*. Ese es el problema.

—Tengo una estatura normal.

—Yo también, ¿qué tiene de malo mi metro noventa y dos?

Hannah apretó los labios.

—Pues, que es difícil besarte y soy más bien alta.

Aidan evitó reírse de ella. «Y ahora hacemos esto». ¿Así que tenían una conversación después de follar? No, de hacer el amor. Siempre sería amor, cuando se tratara de ambos. Podría acostumbrarse a la charla también, a ser agradable y bromear con ella. Solo con Hannah.

Siempre.

—En ese caso...

El teléfono sonó, interrumpiéndolo. No atendió hasta la cuarta llamada e incluso lo hizo entre maldiciones.

—¿Qué quieres? No, ¿*ahora*? ¿Estás jodiéndome? —La miró—. Estoy ocupado, *muy ocupado*. No, Mark, es mi maldita... Joder, ¡no! —Suspiró—. Sí, en una hora. Vete a la mierda.

—¿Está todo bien?

¿Lo estaba? Sentándose, Aidan negó. Los ojos de Hannah vacilaron un

momento. ¿Cómo demonios decirle que tendría que dejarla sola después de haber compartido un momento especial como este? Su jodida primera vez. Esto habría sido mucho más simple de tratarse de otra mujer, no de ella. En el pasado ni siquiera tuvo que dar explicaciones, ahora buscaba una mentira que no la preocupase. «Maldito Markus». No lo deseaba, pero tenía que obedecerle por un poco más. Después se desharía del lunático.

—Tengo que irme.

Sus ojos vacilaron.

—Entiendo.

—Hannah, amor, no estoy huyendo. Yo realmente...

Ella le dio una sonrisa pequeña y cálida.

—Tú nunca huyes. Si tienes que irte es porque es importante. No estoy molesta, solo... me gustaría acurrucarme contigo.

—Te compensaré, lo prometo.

—Lo sé.

Ella también se sentó. Aidan dirigió la vista hacia sus muslos, donde había un pequeñísimo rastro de sangre debido a su himen roto. Nada significativo y aun así... «Mierda, soy un puto idiota». Debió ser más cuidadoso.

—Intentaré estar de vuelta al amanecer, ¿bueno? Quédate en cama, pide una pizza o lo que quieras. Descansa.

—Vale.

—¿Te duele?

Hannah sacudió la cabeza, cubriéndose con las sábanas hasta los pechos y se recostó.

—Déjame ver.

—¿Qué?

Aidan las subió hasta su ombligo y el separó las rodillas. Se movió hasta quedar entre ellas y la miró un rato sin hablar. Hannah se estremeció por la calidez de su aliento y dejó salir un suspiro en cuanto la besó, resbalando la lengua. Después se irguió para unir los labios con su frente.

—Lláname si necesitas algo.

—Lo haré. Te amo.

Con un asentimiento de cabeza, Aidan tomó su ropa y se dirigió a la ducha. Odiaba tener que hacer esto. Por el bien de Markus, esperaba que fuera en realidad urgente.

## CAPÍTULO 37

Cuando Peter abrió la puerta de su residencia en el prestigioso complejo policial *Lakehouse*, en el Lado Norte, se encontró con las luces encendidas y el desagradable olor del cigarrillo inundando cada rincón. Frunciendo el ceño, desenfundó su Smith & Wesson MP 9, la cargó y apuntó mientras caminaba con cautela. La única que con las llaves de su casa, además de él, era Samantha; pero había desaparecido sin dejar rastro, después de gritarle lo mucho que le odiaba.

—Sami, bebé, ¿eres tú? —preguntó.

No hubo respuesta. Tomando aire, se dirigió hacia su estudio. Abrió la puerta con el pie y... entonces lo vio: vestido de negro y rojo, en su silla, y con los pies sobre su amada mesa de caoba, fumando un cigarrillo. Aidan McLaughlin, el abogado más prestigioso del país. Y también el más caro.

Guardando su arma, Peter se acercó. Esto no tenía sentido, ¿qué demonios hacía el hombre en su casa y cómo entró?

—Es un placer conocerte, *Diablo* —dijo la última palabra en español.

Aidan ni siquiera estaba mirándolo. Peter cruzó los brazos sobre el pecho y alzó una ceja.

—¿Qué quieres y cómo entraste?

—Tengo mis métodos.

Aidan se retiró la larga gabardina de cuero negro, al igual que los guantes rojos, y le mostró su tatuaje. *Infernum*. El Noveno Círculo. El jodido líder: el Colmillo del Diablo. Inmediatamente, Peter volvió a apuntarle. Aidan ni se inmutó. Contrario a sus expectativas, apagó el cigarrillo sobre la mesa y continuó meneando el pie al ritmo de alguna canción que no estaba oyendo.

—¿Dónde mierda está Samantha Hamilton? —preguntó.

—¿Por qué debería saberlo? No la conozco.

Aidan alzó la comisura del labio.

—¿En serio? Creí que era tu mujer. —Exhaló pesadamente—. Diablos, mira, no tengo tiempo ni ganas: me enviaron por ella, ¿entiendes? *Tengo* que matarla. Y en vista de que no está en su apartamento, vine contigo. ¿Serás un chico bueno y me lo dirás?

Negando, Peter alzó el arma hasta apuntar directo entre sus cejas.

—¿Por qué van detrás de Sami, es por mí?

—¿Sami? Oh, con que sí la conoces. —Riendo por lo bajo, se levantó—. Sí, es por ti. ¿Dónde está la perra?

Peter disparó contra la pared. Aidan no se movió. Como si sus nervios fueran de acero, se recogió la larga cabellera en un moño descuidado y encendió otro cigarrillo. El humo ardió en su garganta. El abogado sabía sobre sus alergias. En poco tiempo, los ojos comenzarían a llorarle. ¿Por qué mierda no se tomó sus medicamentos?

—Samantha. —Casi gruñó—. Su nombre es Samantha. Y más te vale...

Aidan se llevó un mechón de cabello rebelde detrás de la oreja.

—No te preocupes, sé dónde se encuentra Sam, yo le conseguí el pasaporte. Quería saber si tu lealtad estaba con ella y en vista de que sí..., siéntate. Tenemos que hablar.

—No entiendo.

Aidan bufó.

—¿Qué mierda no entiendes? Tengo que matar a Sam y la envié lejos. Tengo que matarte a ti y estoy siendo amable, al conversar en lugar de meterte una bala en la frente. Ahora, oficial, toma asiento y habla conmigo, ¿quieres? ¿O nos vamos a la mierda de los golpes y ya? Tú dime, no estoy de humor.

Incluso más confundido, Peter tomó asiento frente a Aidan, quien volvió a la silla. Inclinandose hacia el frente, le extendió una carpeta llena de fotografías y papeles, en la que no se fijó antes.

—Él es Markus O'Connell. —Señaló al hombre blanco de cabello negro—, pero eso ya lo sabes. Voy a contarte lo que no: hizo una doble alianza con el gobierno y la mafia. Vendió a Infernum a espaldas de su hermano y nos puso a trabajar para la mierda. ¿Por qué? No tengo una puta idea y no me importa. —Colocó el dedo sobre la fotografía de un hombre con la mitad de la cara

destrozada—. Este *era* Nick, hermano menor de Markus, quien lo asesinó e hizo que pareciera un suicidio. Antiguo jefe, un idiota; pero al menos no estaba loco.

Aidan hizo una pausa, permitiéndole asimilar la información. Tomó aire y señaló el cuerpo mutilado de la que supuso fue una mujer.

—Tracy Wells-O’Connell. Hija de Nicholas, sobrina de Markus. Esto se lo hice yo, con un poco de ayuda. Es lo que se supone que tengo que hacerles a Sam y a ti, pero no lo haré. Los necesito con vida. ¿Comienzas a entender o te hago dibujitos?

Peter bufó.

—¿Siempre estás de ese humor del infierno?

Asintió.

—Es peor cuando no tengo café. Pero el de ahora se debe a que dejé a mi mujer en casa y se supone que regresaría al amanecer. No pude, como imaginarás, *gracias a ti*.

Peter curvó la comisura de su labio.

—Hombre, lo lamento mucho.

—Sí, trae los violines. —Apagó el cigarrillo. No encendió otro para su fortuna—. Bien, Diablo, el infierno arderá en New Jericho dentro de poco y te quiero de mi parte.

—Estoy investigándolos, no puedo...

—*Puedes* y lo harás. Mira, no me quieres como enemigo y me debes un favor.

—No te debo nada.

—Ah, ¿en serio? Quizá debería ir a mutilar el bonito cuerpo de Sami y mandarte una parte. ¿Quieres el lunar de su empeine? —Alzó una ceja—. ¿Qué te parece uno de sus pequeños pezones rosa?

Peter se quedó sin aliento. La furia le nubló el juicio. Apretó su arma oficial y se preparó para apuntarle. Mala idea, el cañón de una Jericho se encontró presionándole la frente de inmediato.

—¿Me odias, verdad? Únete al club. Ahora, sé un hombre bueno y

suéltala.

Eso hizo, aunque buscó un modo de golpearlo. No lo había, cualquier movimiento terminaría con una bala enterrada en su cráneo.

—No voy a dañar a Sam, créeme. De haber querido lo habría hecho. En su lugar, la envié a algún pueblo en Argentina o... una mierda así. Volverá pronto y podrás follarla todo lo que quieras. Pero en este momento, te concentrarás en lo que sucederá aquí. Voy a entregarte a Markus y a cualquiera que se haya aliado con él, pero a cambio quiero total lealtad... *a mí*.

—Estás loco.

—Eso me han dicho. Sé que Karcsi, *K*, Lafont es tu mejor amigo, que se ha infiltrado en el Quinto Círculo e informa todo a sus superiores; también por qué te llaman Diablo y todo sobre ti. Eres bueno, honrado y toda esa mierda. Te graduaste con honores. *Felicidades*. Sé que quieres hacer lo correcto, te doy la oportunidad de hacerlo. —Lo miró con intensidad—. ¿Realmente quieres que las mafias se adueñen del país, de lo que queda de él? Infernum lleva años luchando contra la injusticia. *Yo* he dedicado mi puta vida a hacerlo y no pienso permitir que un lunático con sueños de grandeza destruya todo en lo que mis muchachos y yo creemos, por lo que derramamos sangre. Así que, como yo lo veo, tienes dos opciones.

—¿Cuáles?

—Ser parte de la solución y ayudarme o... ser un cobarde de mierda y correr a esconderte. No te preocupes... —Se guardó la Jericho en la cintura— ..., decidas lo que decidas, no te mataré. Sam me odiaría y es una perra insoportable.

Peter asintió despacio.

—Estoy adentro, ¿qué necesitas?

Ian contuvo la respiración al encontrarse por primera vez con la imagen de su hijo, en la pantalla. ¿Cuánto podía crecer en tres meses? Oh, bueno, él no sabía demasiado sobre bebés, pero podía jurar que el suyo era bastante

grande. Enorme. Y ya no tenía forma de frijol, según la doctora que insistía en hacerle ver su cabeza. Todo lo que pudo distinguir fue una mancha que le trajo lágrimas a los ojos. Apretó los párpados para suprimirlas. Dentro de poco podrían oír su corazón, y estaba seguro de que entonces sí se echaría a llorar como una nenita indefensa. Solo que ahora sería de verdadera y absoluta felicidad.

Sobre la camilla, Gemma le sonrió apretándole la mano con tanta fuerza que le hizo doler.

—Es tan pequeño —murmuró.

Asintiendo, Ian se inclinó para besarla en la frente. Esto era, por mucho, lo más increíble que le había sucedido en la vida. ¿Cómo pasó de ser un chico feliz a un prostituto drogadicto, y ahora un futuro arquitecto y padre? No tenía idea, sin embargo, tenía mucho que agradecerle. De no ser por Gemma y su obstinada forma de ser, él continuaría perdido. Encerrado en su propia memoria sádica y llena de aterradores demonios que lo atormentaban.

Eventualmente, habría vuelto a la prostitución y muerto de una sobredosis.

—Lo es.

Ella gimoteó. Ah, mierda, no. Si Gemma lloraba, él terminaría haciéndolo igual.

—Cielo, no...

Demasiado tarde. Ella comenzó a llorar entre risas y maldiciones sin sentido. Ian la ayudó a sentarse y la abrazó.

—Ya, está bien. No pasa nada, Gem...

—Claro que sí: seremos padres.

Bueno, además de eso.

—Quiero decir que todo está bien.

—Lo sé.

Poco a poco, ella se calmó. La doctora le extendió una toalla para que se limpiara el abdomen. Gemma lo hizo rápidamente. Mientras se vestía, él se dedicó a verla. Su cuerpo estaba adaptándose para el hijo de ambos, haciéndose más grande cada día. Ella odiaba que se lo dijera, pero le gustaban

sus nuevas curvas.

Diablos, jamás imaginó que una mujer embarazada pudiera ponerlo tan caliente como Gemma lo hacía. Jodida, verdadera y malditamente caliente. Y ella lo recibía con gusto, hambrienta. Como en la mañana. Recordarlo le sacó una leve sonrisa. En realidad podría acostumbrarse a esto de ser feliz.

Luego de recetarle varios complementos vitamínicos y programar una nueva cita, la doctora los dejó ir.

Mientras caminaban por la calle, Ian tuvo el presentimiento de que algo no estaba bien. Conocía la sensación asfixiante que producía ser observado. Cortesía del tiempo que estuvo en los prostíbulos, donde siempre había alguien vigilándolos. Una maldita cámara grabando sus encuentros sexuales no consentidos. Todo, todo...

Las imágenes vinieron a su memoria, haciéndolo sentir pequeño y lleno de temores. Apretó la mano de Gemma y apresuró el paso. Solo tenían que llegar a casa y encerrarse, entonces estarían bien. Miró hacia atrás, sobre el hombro, no había nadie. Solo personas distraídas, ocupadas en sus propios problemas. Y aun así, él podía sentirlo.

Ian tropezó con un hombre alto y delgado, de piel lechosa y ojos verdes, que tenía un diseño vagamente familiar tatuado en la garganta. ¿De dónde lo conocía? Creyó haberlo visto con anterioridad, en su antigua vida como prostituto. Algún cliente habitual, le pareció lo más probable.

Antes de que abriera la boca, el hombre le ofreció una extraña sonrisa. Demasiado grande, demasiado feliz, demasiado... falsa. Su cuerpo se movió solo hasta dejar a Gemma y su bebé detrás, a salvo. Esa mirada no le gustó en absoluto. Le recordaba a algún felino peligroso, a punto de atacar.

—¿Dan?

La voz preocupada de Gemma solo aumentó su temor. Girando la cabeza ligeramente, le respondió con los dientes apretados:

—No te muevas.

Ella se escudó con su cuerpo. Byron, *Ghoul*, Weissenfels; el jefe del Octavo Círculo, soltó una risita burlona. Cada músculo en el cuerpo de Ian se tensó.

—Lo lamento, no los vi —dijo y se hizo a un lado—. Chico caliente, mi preciosa dama...

Como si nada hubiera sucedido, él continuó caminando, pero Ian temió por su familia. Algo le dijo que este encuentro no fue casual.

Sobre el banquillo de madera del parque, Miyuki lamió lenta, muy lentamente, su helado de pistachos, con la mirada puesta en Leo. De abajo hacia arriba, deslizó la lengua terminando en un giro sobre la punta. Él tragó duro, tanto que casi pudo oírlo. Ella se limitó a sonreírle.

—Deja de hacer eso.

Miyuki encogió ambas cejas.

—¿Qué?

Una nueva lamida a su helado, prolongada. El de Leo se estaba derritiendo, él no parecía notarlo.

—*Eso*. ¡Joder! Ahí está: lo haces de nuevo.

Una mirada y varios parpadeos inocentes.

—¿Qué? —Resbaló la lengua formando círculos—. ¿Esto? Solo como un helado, contigo. Deja de ser depravado.

Entonces decidió morderlo. Leo gimió soltando el suyo, que cayó sobre la hierba del parque. Un perro callejero se lo llevó lejos. Tampoco le dio importancia.

—Lo haces aposta, Yuki —se quejó—. Y haces sufrir a *Leo Jr*.

—Deja de ponerle nombres a tu polla, es... raro.

—Tú le haces una mamada a tu helado ¿y yo soy el raro?

Ella alzó ambas cejas.

—No hago eso. Solo estoy... ¡*Puaj!* —Le lanzó los restos de helados al mismo perro—. Deja de ver tanto *Hentai*<sup>[58]</sup>, te hace daño.

—Sí, cómo no... —Se limpió las manos del pantalón—. ¿Vamos a casa? Se hace tarde y odio limitar tu libertad, *cuore mio*<sup>[59]</sup>, pero ya sabes cómo es.

—Sí, claro. ¿Estás seguro de que no se trata de otra cosa?

Leo esbozó una de sus sucias sonrisas.

—Me pillaste. Quiero que me montes, ¿ya, contenta?

A ella se le subieron los colores. Tomó aire profundamente y asintió.

—Podrías haberlo pedido desde el inicio. No tienes que comprarme con helado, ¿sabes?

Él encogió un hombro.

—Me gustan mis citas contigo. No las tuve antes, no de estas, así que... Como sea, vamos a casa.

Ambos se pusieron de pie. Miyuki rodeó el brazo de Leo con los suyos y se pegó a su cuerpo con una sonrisa bobalicona.

—También te amo, bebé.

Él se burló.

—¡El horror! Dijiste la palabra con «A». Kamisama, Shenlong y Goku, ayúdenme.

Miyuki dejó salir una risita baja. Poniéndose de puntillas, lo besó en el cuello.

—Siempre te digo la palabra con «A», igual tú.

—Durante el sexo no cuenta.

Ella hizo rodar los ojos.

—La decimos de otro modo.

—Te lo voy a conceder, solo porque quiero que me montes. Pero *no* es cierto.

—*Ai shiteru* <sup>[60]</sup>—dijo casi en un susurro—. *Itsumademo zutto kimi to itai* <sup>[61]</sup>.

Los ojos de Leo se redondearon, él respiró profundo y después le sonrió.

—Eso sí lo entendí. Lo primero. También te amo, nena, más que a nadie. Y eso no va a cambiar.

Miyuki asintió, sin perder la sonrisa. En silencio, caminaron por el parque. El sol estaba ocultándose y había pocos niños. Ella los miró con la sombra del dolor cubriéndole el rostro. Leo la rodeó por la cintura y la besó en la cabeza mientras caminaban.

—Ella tendría quince.

Leo le acarició la espalda.

—Lo entiendo. Pero, cariño, mira: está en un lugar mejor ahora.

Asintiendo, Miyuki se movió hasta quedar frente a él. Caminando sin poder ver a donde iba, le sonrió.

—¿Es lo que piensas de Donatello? Yo ni siquiera pude enterrarla, no sé dónde está... Su espíritu no descansa.

—Lo hace, al igual que mi bebé, eso creo.

—¿Quieres tener hijos... de nuevo?

Él se mordió la comisura del labio.

—¿Contigo, en un futuro, dices?

Miyuki asintió, casi tímida por primera vez, y regresó a su lado.

—Por supuesto. Imagínate: dos chinas psicóticas en mi vida. Nunca me quedaré sin diversión, ¿uh? Seremos los putos mejores padres, así todos modernos y esa mierda.

—Suená bien.

Leo pasó el brazo sobre sus hombros y continuó hacia el estacionamiento en el que había dejado guardada su hermosa Kawasaki Z 900, que le costó todo un año de sus dos sueldos. Y algo más, como una enorme deuda con el banco, que no pagaría en esta vida ni la otra. Se detuvo de repente, apretándole el brazo con fuerza. Ella gimoteó, logrando que la soltase.

—No voltees —murmuró a su oído—. Nos están siguiendo. Una mujer. No la conozco.

Ella asintió de forma mecánica.

—¿Qué hago?

—Sigue caminando.

Miyuki volvió a confirmar, por tanto él fingió que cambiaban de ruta hacia una cafetería. Cuando estuvieron a punto de cruzar la calle, la jaló hacia el callejón y la puso detrás de su espalda. Dos minutos después una mujer alta y rubia se detuvo frente a ellos y miró hacia los lados, buscándolos. Leo desenfundó su Magnum y la cargó. Cuando la mujer hizo el intento de continuar, él alargó la mano y la metió junto a Miyuki, quien dio un salto hacia atrás.

La mujer rubia buscó su propia arma, se detuvo cuando sintió el cañón en su cabeza. Levantando las manos, en señal de rendición, ella lo miró a los ojos.

Leo chocó la lengua contra el paladar varias veces.

—Mal, *bella*, muy mal. Odio que interrumpen el tiempo con mi chica. — Se lamió los labios—. ¿Quién eres y por qué nos estabas siguiendo?

Ella no dijo una palabra, Leo logró ver el tatuaje en su cuello. Séptimo Círculo. Una de las chicas de Nephthys. Nuevo ingreso, quizá por eso no la conocía.

—Nombre.

—Candy. —Casi gruñó.

—Bestia, un placer.

Candy le frunció el ceño.

—Ya lo sé. Mano Derecha del Colmillo, el miembro con más muertes atribuidas. Te estudié antes de venir por ti.

Leo silbó.

—Me siento halagado. Entonces, imagino que sabrás por qué me dicen Bestia, ¿verdad?

Lentamente, Candy asintió.

—Torturas antes de matar. Todas tus víctimas quedan destrozadas, como por un animal salvaje. Eres impulsivo, temperamental, incontrolable. Una vez que hueles la sangre, nada puede detenerte.

Orgullosa, él confirmó.

—Alguien hizo su tarea, vaya... Bueno, supongo que sabes lo que sigue.

Candy tragó con fuerza.

—Vas a matarme.

Él le sonrió ampliamente. Mirando de reojo a Miyuki, respondió:

—*Pasticcino*<sup>[62]</sup>, ¿por qué no vas por algo rico y me esperas en la cafetería? Voy a tardar un poco aquí.

Sin decir una palabra, Miyuki salió corriendo del callejón. Cuando Leo estuvo seguro de que ya se encontraba lo suficientemente lejos, sacó su cuchillo de cazador. Aidan tenía a Abismo y Destructor; pero el suyo era Sufrimiento, un obsequio por parte del Colmillo cuando se graduó.

Apretando el cuello de Candy con su mano libre, metió la Magnum dentro del bolsillo de su chaqueta, a la vez que le separaba las piernas con la rodilla, inmovilizándola.

—Bien, calabacita, vamos a jugar...

Zhenya cargaba las compras en ambas manos mientras caminaba por la Avenida Praise, con dirección a su hogar. Junto a él, Shurik sacó las llaves del bolsillo de su cazadora y le ofreció una sonrisa comprensiva.

—¿Quieres pollo frito?

Sin mucho ánimo, él asintió.

—¿Lo marinarás suero de leche, sin ajo, mucho comino, orégano y vodka?

Shurik hizo rodar los ojos.

—Sí, Yevgeniy, *litros y litros* de vodka. También un poco de ensalada, con tomates *cherry*, miel y mostaza. ¿Te parece? Hace mucho que no podemos comer juntos. Tu jefe te mantiene ocupado todo el día.

Zhenya bufó.

—No me digas Yevgeniy, *papa*<sup>[63]</sup>. —Se mordió la comisura del labio—. Ya sabes cómo es el Colmillo: un dolor en el culo. *Govnyuk*<sup>[64]</sup>.

Shurik carcajeó.

—Sí, he oído cosas... Pero, honestamente, ¿qué te tiene tan molesto con él?

Zhenya bufó. Cincuenta metros más y estarían en casa.

—La bonita. Hannah. Supongo que lo se... su...

—¿Superarás?

—Sí, esa mierda, ya sabes. Algún día.

Respirando profundo, Shurik levantó la mano y le apretó el hombro.

—Sí, lo harás. Eres fuerte. *Ya lyublyu tebya vse y dushoy*, Yevgeniy<sup>[65]</sup>.

—*Ya tozhe tebya lyublyu, papa*<sup>[66]</sup>.

Finalmente habían llegado. Shurik introdujo la llave en la cerradura y giró. Zhenya encendió las luces, en cuanto lo hizo fue apuntado por un silenciador. Levantando las manos, soltó las bolsas. Shurik trató de sacar su arma, el musculoso hombre ruso frente a ellos negó con una sonrisa.

—¿*Chto ty delayesh', Vadim?*<sup>[67]</sup> —Shurik apretó los dientes.

Él alzó un hombro.

—*Ya izbavlyayus' ot predateley*<sup>[68]</sup>.

Shurik palideció. Zhenya golpeó al hombre detrás de él con el codo, haciéndolo retroceder, y desfundó su Glock.

—¿*My ne predateli, zhopolisz!*<sup>[69]</sup> —Gruñó, cargándola.

Vadim arqueó una ceja mientras chasqueaba los dedos. Uno de ellos hizo un disparo y, como en cámara lenta, el Shurik se desplomó al suelo.

## CAPÍTULO 38

Cuando Aidan regresó al apartamento, ya había transcurrido un día entero. Completamente exhausto, se retiró la gabardina junto con los guantes y los dejó en la percha. Saludó a Thor y continuó hacia la sala. Se encontró con Hannah en el sofá, dormida y con el televisor encendido en uno de sus canales de cocina. Inclinandose, para besarla, inhaló su aroma. Diablos, cómo le gustaba ese perfume. Encendía cada parte de su cuerpo, haciéndolo sentir en un verdadero hogar.

«Te amo, cariño». Quería poder decírselo con más frecuencia, pero siempre que lo intentaba las palabras huían de él, dejándolo vacío. Un espacio en blanco.

Con una sonrisa tenue, se dirigió hacia la ducha. La necesitaba con urgencia para deshacerse del cansancio y pensar.

La situación estaba volviéndose tensa y preocupante. Como le dijo a Peter: el infierno se desataría pronto. Más de lo previsto. Markus no era de fiar y nadie tenía una miserable idea de lo que tramaba o por qué estaba hundiendo a la organización en la porquería. ¿Qué ganaba con deshacer el único sueño de su padre, todo por lo que el hombre vivió? Y ni hablar de Nicholas, que fue capaz de ordenar la muerte de su propia hija, por el bienestar de Infernum.

Mientras el agua fría se deslizaba por su cuerpo, Aidan maldijo entre dientes. Odiaba la sensación de impotencia, de tener las manos atadas. Ese no era su estilo. Y luego la presión en el estómago, como un mal presentimiento. Cualquier cosa podría suceder, a cualquiera de ellos, y el solo hecho de imaginar a Hannah en peligro... lo enloquecía.

Estaba dispuesto a matar por ella. Morir por ella.

Vivir junto a ella, siempre.

«Estás siendo estúpido, cálmate». ¿Cómo? Ah, infiernos, ¿qué le sucedía? Él no era así.

«Deja de ser sentimental. Piensa frío, con la cabeza y no el corazón. Saca

esa mierda lejos de ti». No podía. No ahora. No lo deseaba.

«La venganza es tu prioridad, nunca lo olvides. Por mamá y papá. Por Glaw. No-los-olvides». Y ahora, sin embargo, la tenía a ella en el primer lugar. «Aléjala».

Cerrando el grifo, Aidan gimió entre dientes. Esto era incluso peor de lo que imaginó. Los sentimientos y el deber en una lucha constante que hubiera desquiciado a cualquiera. No a él.

Con una pesada exhalación, abandonó la ducha. Se colocó la ropa interior y una franela sin mangas. Descalzo y con una toalla sobre los hombros, volvió a la sala. Hannah continuaba durmiendo. Esbozó media sonrisa, dirigiéndose hacia ella. La tomó en brazos, teniendo cuidado de no despertarla y la llevó hacia el dormitorio.

Dejándola sobre la cama, la miró durante dos largos minutos. Ella era su mejor parte. La única luz en su eterna oscuridad. La pureza en medio de su vida decadente, manchada con sangre y dolor. No la alejaría de nuevo. Pensar en que pudiera irse lejos de él lo enfermaba.

No volvería a empujarla en esa dirección. Jamás.

Terminó de secarse el cabello y se lo trenzó de forma descuidada sobre el hombro. Se acomodó junto a Hannah y aferrándose a su cuerpo se quedó dormido rápidamente.

Despertó luego de tres horas, con la extraña sensación de estar siendo observado. Separó los párpados, moviendo la mano debajo de la cama para alcanzar sus cuchillos, y se encontró con los ojos de Hannah mirándolo desde arriba. Parecía estar concentrada en alguno de sus tatuajes, por la inclinación, intuyó que se trataba del dragón en su cadera. ¿Cuándo mierda le quitó la camisa? Tan cansado estaba que ni lo notó.

—Hola. ¿Qué hora es?

—Tres treinta —respondió en un murmullo—. Hola.

—Hola. —rió bajo.

Hannah se apretó la comisura del labio entre los dientes. Aidan puso toda su atención en ellos. Eran suaves y carnosos, dulces. Le encantaban. Tímidamente, alargó la mano y deslizó los dedos, recorriéndole el tatuaje

despacio. Tenía una fascinación con ese, aún no entendía el porqué. Siempre estaba tocándolo con la misma delicadeza.

—Gracias por traerme a la cama.

Con la yema de los dedos, trazó un camino por la cola del dragón, descendiendo, descendiendo... Y se detuvo en la liga de su bóxer.

—Lamento haberte dejado esperando.

Hannah movió un hombro, restándole importancia.

—No importa.

—¿Estás bien?

Negó de forma casi mecánica. Aidan trató de sentarse, ella le colocó la mano sobre el pecho y lo empujó de vuelta a la cama. ¿De qué se había perdido?

—Tuve un sueño —habló otra vez—. No los tenía desde hace un año, creo.

—¿Una pesadilla?

Sabía sobre eso. Había dejado de tenerlas casi en su totalidad desde que comenzaron a dormir juntos. Aunque aún despertaba algunas noches, alterado y cubierto de sudor, Hannah siempre conseguía calmarlo con un abrazo.

Ella sacudió la cabeza.

—Cariño, ¿qué sucede?

Cuando levantó la cabeza y sus ojos se encontraron, Aidan se encontró con el fuego en ellos, y comenzó a entender lo que sucedía. Iba a responderle, Hannah se irguió sobre él y lo besó. Sujetándolo por la muñeca, ella le llevó la mano hacia su entrepierna. Y la sintió: húmeda y cálida.

—Ha sido extraño —dijo echando la cabeza hacia atrás—. Solía tenerlos antes, *contigo*, porque estabas todo el día por ahí con esa ropa ajustada y yo tenía que verte. Dejé de tenerlos y hoy... otra vez...

—Entonces, ¿es mi culpa?

Para su sorpresa, asintió empujándole la mano hacia ella. Aidan rió por lo bajo, él también se había sentido de ese modo durante tres años. Vaya broma

cruel de las circunstancias, para los dos.

—Ven, déjame solucionarlo.

Ella volvió a negar.

—No, quédate así. Yo quiero... quiero hacer algo que leí.

Aidan se limitó a confirmar con un gesto.

Con movimientos suaves, Hannah se sentó sobre sus caderas y lo besó mientras sacaba la almohada de debajo de su cabeza. Ella no tenía una idea clara de lo que estaba haciendo, pero lo quería. Luego de estar navegando en *Internet*, leyendo durante horas, tuvo el tiempo suficiente para pensarlo. Resbaló la lengua dentro de la boca de Aidan y buscó la suya para frotarlas. Le gustaba su sabor, el modo en que se sentía. Y justo ahora, cómo su piel pálida y caliente se rozaba con la de ella.

Descendiendo, dejó un camino de besos sobre su garganta, con pequeñas lamidas y mordiscos suaves. La fricción de sus sexos, sobre la delgada ropa interior, la estremecía por instantes. Todo lo que deseaba era tenerlo en su interior otra vez. Sentirlo ahí, pero quería darle esto ahora. Al menos una vez.

«No estés nerviosa. Lo harás bien», se animó a sí misma.

Moviéndose hacia su pecho, arañó con los dientes sus pectorales y bordeó con la lengua uno de los pequeños botones. Él suspiró satisfecho, Hannah lo tomó como una aprobación.

—Levanta las caderas.

En silencio, él obedeció. Hannah se hizo a un lado y metió la almohada debajo de sus nalgas. Esto estaba bien, resultaba cómodo. Mordiéndose el labio superior volvió a inclinarse sobre él. Besando cada uno de sus tatuajes y cicatrices, rodó los labios a lo largo de su torso, deteniéndose en los abdominales. Hacia abajo... Al llegar al borde de su ropa interior, alzó la mirada. Los ojos de Aidan la miraban con curiosidad.

Él tragó con fuerza y asintió, levantando las caderas para que pudiera retirarle el bóxer hasta la mitad de sus musculosos y bien formados muslos. Hannah miró su pene cuidadosamente. Era grande, ya lo sabía, pero ella nunca se detuvo a admirarla como debería, por vergüenza. Grueso y largo, surcado de venas, con el glande ancho y terso, de un tono rojizo.

El miedo de hacerlo mal amenazó con enviarla corriendo a su antiguo dormitorio para esconderse de él. Se forzó a sí misma a continuar. Lo quería, esto, aquí y ahora.

Hasta el final.

Temiendo lastimarlo, se humedeció el pulgar con saliva y lo pasó sobre la delicada piel. Aidan inhaló fuerte, con los ojos brillantes. Contuvo el aliento y lo dejó salir despacio, relajándose. Él se sostuvo sobre sus codos para ver, entonces, ella inclinó la cabeza y lo besó en el interior de los muslos. Delicada y lentamente, movió la mano libre hacia abajo y le sostuvo los testículos con ternura. Jugando con ellos, explorándolos por primera vez, se sintió como en Navidad. Así que esto era mimar a su pareja. Pues le gustaba, mucho.

Esperó que a él también.

—¿Qué estuviste leyendo? —preguntó, su voz apenas fue un murmullo.

—*Cómo Complacer a tu Hombre en Cuatro Pasos*. —Deslizó la lengua hacia la parte interior, rozándole la piel—. ¿Voy por buen camino?

—Joder, sí.

Eso le sacó una sonrisa. Con suaves toques tímidos, recorrió su erección hasta tomarlo por completo en la mano, disfrutando de la sensación tibia y suave. Empujó una, dos, tres veces... Él gimió con los dientes apretados. Una buena señal. Llevándose el cabello detrás de la oreja, Hannah se atrevió a lamerlo desde abajo hacia arriba. Se detuvo y lo miró, rogando por una respuesta positiva. Lo que encontró fue mucho más que eso: con los ojos fuertemente cerrados, Aidan respiraba de forma pesada mientras apretaba las sábanas.

Con la lengua, rodeó el glande. El sabor salado le pareció agradable. Aidan jadeó en el momento que la resbaló sobre su cresta y presionó. Eso le animó a tomarlo por completo y succionar.

—Mierda.

La cabeza de Aidan dio vueltas cuando ella arrastró la lengua arriba y abajo por su extensión, trazando las venas y jugueteando con la cresta. Jodido infierno, ¿esto se aprendía en un libro? Y aunque sus movimientos torpes la delataban como primeriza, ella estaba dándole placer. Absoluto, verdadero e

intenso placer.

Hannah abrió la boca y lo llevó tan profundo como pudo. Aidan se vio tentado a jalarla del cabello, en su lugar apretó las sábanas con más fuerzas mientras sus caderas se movían por sí solas, con los muslos y el abdomen fuertemente contraídos. Estaba al límite. Tan solo un empujón más, por insignificante que fuera. Un roce diminuto. Una caricia... Ella presionó con su lengua y todo se quedó en blanco. Vacío. Su cuerpo se estremeció liberándose por completo. Uno de los orgasmos más asombrosos de la vida y de nuevo junto a ella.

Hannah tragó.

Aidan entreabrió los ojos respirando agitado y con las mejillas sonrosadas, le ofreció una débil sonrisa. ¿Esto en realidad acababa de suceder? Limpiándose con la lengua y los dedos, ella le devolvió la sonrisa.

—¿Tú, lo tragaste?

Confirmó con un suave movimiento de cabeza.

—¿Lo hice... lo hice bien?

—Jodidamente perfecto.

Una risita tímida. Sí, él mataría y moriría por ese gesto tan tierno y precioso todos los días.

—Gracias.

—¿Ahora quieres un poco de ayuda ahí?

Negó volviendo a sentarse sobre sus caderas. Acercó los labios a su oído y murmuró:

—Me gustaría hacerlo así..., ya sabes..., *así*.

No quiso reírse de ella y su repentino ataque de timidez. Puso toda su fuerza en ello y le ofreció en cambio una mirada lasciva.

—Montarme, ¿dices?

Ella sacudió la cabeza, de arriba abajo. Aidan colocó ambas manos en sus mejillas y la atrajo para besarla.

—¿Qué estuviste haciendo, en realidad?

Un ligero rubor le cubrió el rostro y las puntas de las orejas.

—Bueno, quizá estuve viendo alguna película de esas que tienes en tu *laptop*.

—Oh, viste un poco de porno. ¿Por qué?

—Tenía curiosidad.

—Por supuesto, curiosidad.

—Pensé que podría aprender un poco mientras regresabas, ¿sabes? Así podría ser bueno para ti también.

—Ya es lo suficientemente bueno para mí. —Aidan movió la mano hacia ella y la tocó sobre la ropa interior—. Estás mojada. Déjame ayudarte, mientras que estoy listo para ti.

Asintiendo, ella unió sus frentes y lo miró en todo momento mientras la acariciaba despacio. Cualquier duda o temor que sintiera al respecto desapareció. No podía, quería ni iba a echarla lejos de él. Ella era parte esencial de su vida, su otra mitad. Estaba tan malditamente harto de estar solo. De tragarse todo su dolor sin tener con quien compartirlo. De llegar al apartamento vacío y gélido. De no tener eso que llamaban amor y que no volvió a tener hasta que Hannah llegó a su vida. Amor, en todos los sentidos. ¿Cómo renunciar al cielo cuando ya lo conocía, cuando lo había alcanzado mientras estaba huyendo de él? No más. Nunca.

La amaba y ella lo hacía de vuelta. Una conexión irrompible, almas predestinadas, lo que fuera. Era suya y él le pertenecía por completo.

Hannah gimió sobre sus labios y Aidan sintió que todo su mundo se estremecía de tan solo escucharla. Lo mejor del mundo y ambos lo tenían. Porque esto iba más allá del sexo; era amistad, afecto y compañerismo. Personas parecidas, con pasados iguales, que se diferenciaban entre sí.

Ella era luz y él oscuridad. Se complementaban. Eso era todo.

Empujó el dedo más profundo, sintiéndola contraerse. Tan solo un poco más, para ambos.

—Cuéntame, ¿qué estuviste viendo?

Ella tragó antes de responder. Su voz ronca lo estremeció:

—A... algo sobre una estudiante universitaria y su profesor... y... —  
Gimió alto y profundo, frotándose contra él—. ¡Dios! Ahí... Ahí...

—Sí, cariño, ya sé. —Mordió su barbilla—. ¿Tienes algo con los hombres mayores?

Ella negó, meciéndose sobre su mano.

—S-solo... solo tú.

Empujó de nuevo y ella se vino en su mano, en un grito que lo atravesó en lo más profundo. «No me dejes, por favor». El pensamiento vino desde algún rincón, con la voz del niño atormentado que un día fue. De no ser tan orgulloso, se lo diría. Pero conocía otros modos de hacerlo.

Mordiéndose el labio inferior, le sacó las bragas y se condujo a sí mismo dentro de ella, sustituyendo los dedos.

—Hazlo —ronroneó—. Soy todo tuyo.

El cuerpo de Hannah se encendió al recibirlo por completo. La extensión y el grosor... Esto era fantástico. Apoyándose sobre su pecho, ella comenzó a moverse marcando un ritmo lento y suave, inseguro. Aidan dirigió las manos hacia su espalda baja y la sostuvo.

Se besaron. Esos más de veinte centímetros realmente marcaban la diferencia. Ni siquiera tuvo que inclinarse demasiado hacia él, sin embargo, descubrió que al hacerlo lograba alcanzar ese punto que la conducía al delirio. Mordiéndole el labio, gimió.

No quería que terminara, no aún. ¿Acaso podrían quedarse de este modo para siempre? Unidos, perteneciéndose uno al otro. «Te amo». Esa era la única realidad.

Aidan metió la mano en el punto en que sus cuerpos se unían y le acarició clítoris, a la vez que ella lo montaba, haciéndola gritar su nombre.

—Aquí estoy. —Él le tomó una mano y le lamió los dedos—. ¿Te gusta así?

Con la frente pegada a su hombro, ella asintió.

—Sí, así...

Hannah le enterró las uñas en el brazo al sentir cómo el fuego se

propagaba en su interior, llenándola. Escondiendo la cara en su cuello, chilló sintiendo que explotaba debido a las intensas sensaciones que incluso la sacudieron.

Sujetándola por las caderas, Aidan empujó con más fuerza contra ella, intensificando su orgasmo y uniéndosele con un gruñido de satisfacción.

Hannah cayó sobre él, exhausta, pero sonriente. Acurrucándose, ella le acarició el brazo, solo entonces sintió el ardor que dejaron sus uñas. Podía soportarlo.

—Lo lamento, te lastimé.

—Está bien por mí... —Hizo una pausa—. ¿Satisfecha o necesitas otra ronda?

Ella rió por lo bajo.

—Estoy bien ahora.

Aidan le sonrió envolviéndola entre sus brazos y rodó con ella sobre la cama, hasta dejarla debajo de su cuerpo. La besó lento y dulce. Incluso cerró los ojos, como un adolescente enamorado. Sí, hasta parecía la chica de la relación. Pero nunca tuvo una, esto era diferente y le gustaba la calidez que lo envolvía cuando estaban juntos.

Alejándose, la miró a los ojos y solo en ese instante se percató de que faltaba una cosa. Un detalle minúsculo, nada importante: no utilizaron protección. «Ay, mierda». Eso era malo. Mucho. Pésimo y peligroso. ¿Cuál sería su excusa ahora? No había bebido ni una gota de licor. Se encontraba sobrio e igual la había jodido. En grande.

Hannah le ahuecó la mejilla con la mano.

—¿Estás bien? Te pusiste pálido.

Rígido, negó.

—Olvidé el puto condón.

Entonces fue el turno de Hannah para lucir confundida, nerviosa y tan pálida que incluso sus labios adquirieron un preocupante tinte blanco. Como si la sangre se le hubiera drenado del cuerpo, ella parecía un fantasma. Aidan se preparó para los insultos, los golpes, cualquier cosa. Sabía que a su edad, ella

no querría embarazarse.

—Lo lamento, también lo olvidé. —Su tono profundamente sincero lo confundió—. Sé que tú no quieres... Lo lamento, Dan.

Y lo llamó por su viejo apodo de la infancia. Aidan se quedó sin aliento.

—¿Cómo me dijiste?

Hannah no fue consciente de su error hasta que vio el brillo en sus ojos. Tristeza. Ese profundo dolor. «Ay, no. ¡Tonta!». ¿Cómo se le había ocurrido?

—Yo...

—Nadie me había vuelto a llamar así desde que tenía ocho.

—Perdóname.

Negando, le acarició el labio inferior con el pulgar.

—Está bien. Si te gusta, puedes... puedes decirme Dan.

—¿No es doloroso?

—No viniendo de ti.

Con una sonrisa tímida, ella asintió. Los ojos de Aidan volvieron a ser graves.

—¿Voy a la farmacia por unas pastillas, las del día después?

Se lo pensó por varios segundos. ¿Qué quería en realidad? Cerrando los ojos, imaginó ambas probabilidades. Podía no ocurrir nada, no eran sus días fértiles; sin embargo, a veces los embarazos sucedían cuando uno menos se los esperaba. De ser su caso, tendría que suspender la carrera, retrasar cada uno de sus planes. Habría nuevas prioridades y problemas. «Pero también felicidad. Mucha. Para los dos». Estarían completos.

Podrían recuperar lo que la vida les robó.

Pero sabía que no estaba en los planes de Aidan, además de que recién iniciaban su relación. Los años anteriores no importaban, cuando solo fueron dos personas compartiendo un lugar. Desconocidos que se toleraban. Esto era diferente, y no podía ser estúpida.

Rendida, asintió.

—Sí..., está bien.

Después de darle un beso en la frente, él se vistió tan rápido que apenas le dio tiempo de terminar de procesarlo y se fue, dejándola sola en la cama. Confundida y con una inexplicable tristeza llenándola, fue hacia el armario y buscó una de las franelas favoritas de Aidan y se la puso: negra, sin mangas y con una hermosísima mujer rubia de Anime, que según entendía se llamaba Teresa y era la mejor de las *Claymore*.

En lo que llevaba viviendo con él, Aidan había visto la serie al menos cinco veces, en compañía de Leo. Ambos tenían esas discusiones amistosas en las que exponían sus puntos: ¿por qué Teresa es mejor que Clare? ¿Cuál de las *Claymore* es más sexi y tiene mejores «tetas»? ¿Por qué todas las mujeres deberían ser como las *Claymore*? Oh, eso sin olvidar la frase favorita de Leo: «Priscilla es una perra envidiosa».

Con una tenue sonrisa, se llevó la tela a la nariz y aspiró profundo. Aún tenía su perfume, y ese simple hecho la calmó.

Más animada, se dirigió hacia la cocina. Thor dormía al pie del mesón, como de costumbre. Le acarició las orejas y se sirvió un vaso de leche fría para acompañarlo con galletas de chocolate.

Mientras comía, volvió a pensar en lo del descuido de ambos. De forma inconsciente, se llevó la mano al abdomen y lo acarició con anhelo. Eso era lo que estuvo deseando desde que Mauricio le arrebató a su familia, pero al parecer... «Estás sentimental. Es lo mejor». Ciertamente. Quizá en un futuro podrían construir una nueva familia, juntos. Los dos.

Llamaron a la puerta. Ignorando sus propios pensamientos descabellados, fue a ver de quién se trataba. «Quizá olvidó las llaves». No era Aidan, sino un hombre que rondaba los cuarentas: alto y musculoso, con un atractivo extraordinario. Eso no fue lo que la impresionó, sin embargo, sino el inexpresivo par de ojos casi negros que miraban desde el otro lado, como si supieran que ella estaba ahí.

Este hombre tenía un aura majestuosa que resultaba inquietante.

Consideró no abrirle, pero él volvió a hundir la campanilla con el dedo. Quizá fuera importante, un conocido de Aidan. No muy segura, entreabrió la puerta. El hombre le ofreció una media sonrisa que le erizó los vellos de la espalda. Era sucia y peligrosa.

—Buenas tardes —dijo—. ¿Se encuentra el señor McLaughlin?

Su voz grave fue como un golpe en el estómago. Pronunciaba las palabras con firmeza y elegancia, pero había algo más en ellas.

Negando, respiró profundo.

—No, él volverá pronto. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—Tengo que hablarle, es urgente. ¿Puedo pasar?

Hannah vaciló. Oh, bueno, ya no existía ninguna regla estúpida con respecto a quien entraba al apartamento o no, pero este hombre...

—No creo que sea una buena idea.

Ladeando la cabeza, él se corrió la manga del suéter negro que utilizaba y le mostró el brazo. El Diabolo le sonrió desde su piel, sentado sobre la tierra y envuelto en nueve aros de fuego. «La justicia es inútil. ¡Odio y Venganza!», leyó.

Infernum. El Gran Jefe. Leo se lo mencionó alguna vez.

—Markus O'Connell, mucho gusto. ¿Y tú eres...?

—Hannah... —Carraspeó—... Hannah Sullivan. —Abrió la puerta por completo y se hizo a un lado—. Pase, por favor. Aidan llegará pronto.

Con una inclinación de cabeza, Markus ingresó.

—Siéntese, por favor —dijo, señalando el sofá.

Markus alzó una ceja, viéndola de arriba abajo. Se detuvo en sus piernas y volvió a sonreírle. Ella sintió el calor agolparse en sus mejillas. Había olvidado ponerse pantalones. Si bien, las camisas de Aidan la cubrían lo suficiente, esta tan solo escondía su ropa interior.

—Yo, debería...

—Reconociste el tatuaje, ¿por qué? ¿Eres de nuevo ingreso y por eso no me acuerdo de ti?

«Diablos». ¿Qué sucedía con ella? Se suponía que no tenía por qué saber nada al respecto. Trató de buscar una excusa convincente, no la halló. ¿Qué podría decirle a un hombre como este? Era el líder, no un simple peón. Seguramente la descubriría de inmediato.

—No importa. ¿Qué edad tienes?

—¿Quiere algo de beber?

—Respóndeme.

Su tono demandante la estremeció. «No demuestres miedo». De hacerlo, él la tendría en sus manos.

—No tengo por qué hacerlo. Ahora, ¿quiere algo para beber o prefiere dejar su mensaje e irse?

Markus deslizó la lengua muy lentamente por sus labios. Hannah evitó temblar. No le gustaba en absoluto. Su mirada era peligrosa, despiadada. «Cálmate». ¿Por qué tuvo que ser estúpida y dejarlo entrar? «Piensa frío. No dejes que los nervios te cieguen». Era un poco difícil.

—¿Y bien?

Markus se echó en el sofá y abrió los brazos, colocándolos en el respaldo, mientras cruzaba las piernas.

—Una cerveza, gracias.

Asintiendo, Hannah se fue hacia la cocina. Thor alzó la cabeza al verla y se inquietó. Calmándolo, ella buscó con la vista algo que pudiera servirle como arma. No podía ir por su Browning, al menos por ahora, por lo que solo contaba con... Bingo. Cuchillos de cocina.

Regresó con una cerveza negra, helada y se la extendió. Markus la aceptó de buena gana, sin dejar de mirarle las piernas.

—Tienes muchas cicatrices. —Le dio un largo trago—. ¿Por qué?

—No es de su incumbencia.

—Lo es cuando estás acostándote con mi mejor hombre. Esa es una de sus favoritas, ¿cierto? —Señaló la franela—. Te queda bien.

—Pienso que debería irse.

Markus acabó la cerveza, viéndola por el rabillo del ojo. Se lamió los labios y dejó la botella sobre la mesita. Si intentaba atacarle, ella podría usarla en su contra.

—Pienso que no. Tengo que hablar McLaughlin, pero como no está aquí lo

haré contigo. —Hizo sonar sus dedos, uno por uno, con una lentitud que le puso los nervios de punta—. Ahora, puedes ser una niña buena y responder mis preguntas o... lo hacemos a mi modo, ¿qué decides?

Hannah guardó silencio. Él podría torturarla todo lo que quisiera y aun así no le diría nada. De todos modos, ya había sido golpeada en el pasado, hasta quedar inconsciente en su propia sangre y vómito. Lo que este hombre le hiciera, no significaría nada en comparación con la crueldad de Mauricio, *el Lobo*, y sus hombres.

Estaba lista. Que le diera su mejor golpe y ella se lo devolvería, porque ahora era capaz, y en el caso contrario... soportaría con valor. Nadie iba a doblegarla, nunca más.

—Ah... —Markus sacó un par de guantes de su bolsillo—. Juguemos rudo entonces.

Poniéndoselos, dio un paso hacia ella. Hannah se mantuvo firme, mirando hacia el suelo, esperando. Cuando él la sujetó por la cabellera, obligándola a darle la cara, asió la botella y se la estrelló en la cabeza. Él se tambaleó, soltándola. Inmediatamente, ella se echó a correr hacia la cocina. El grito furioso de Markus alertó a Thor, quien comenzó a ladrar. Hannah tomó el cuchillo grande de carnicero y lo empuñó.

Markus apareció en la puerta de la cocina dos minutos después. Con una sonrisa torcida, se limpió la sangre de la cabeza.

—Jodida puta, ¿quién eres?

Ella lo apuntó con el cuchillo, a la vez que calmaba a su perro con la otra mano para evitar que le saltara encima.

—Váyase de mi casa.

Markus se echó a reír, caminando hacia ella.

Thor gruñó.

—Retroceda o...

—¿O qué?

Hannah no vaciló. Frunciendo el ceño, le contestó con toda la determinación que tenía en ese momento:

—Voy a matarlo.

—¿Ah, sí? —Markus alzó una ceja.

No hicieron ningún movimiento. Analizándose uno al otro, midieron sus probabilidades. Hannah sabía que no era posible enfrentarlo frente a frente. Este hombre medía por lo menos un metro ochentaicinco y era musculoso. Si lo golpeaba, la detendría rápido y sería su final. En cambio, era posible cansarlo. Hacerlo bailar a su ritmo, como Aidan le enseñó, y entonces...

Él dio otro paso e intentó cogerla. Hannah se movió hacia un lado, esquivándolo. Vez tras vez, Markus trató de sujetarla, ella lo evadió con éxito.

—¡Perra!

Hannah creyó ver una abertura, cometió el error de ir hacia ella. Tomándola por el cabello, Markus la paralizó. El dolor trajo las lágrimas que le nublaron la vista. Con su otra mano, él le apretó la muñeca para que soltara el cuchillo. No lo hizo, por insoportable que era el dolor.

«Piensa... piensa... ¡Piensa, maldita sea!» Markus tiró con mucha más fuerza, ella estuvo segura de que le arrancó una buena parte del cabello, y la empujó contra el mesón de espaldas a él. Lo sintió: sus caderas presionando.

Esto estaba mal. Y se pondría peor si no lograba quitárselo de encima.

—¿Qué sabes?

No respondió. Markus afianzó el agarre en su muñeca. Ella se aferró al cuchillo.

—¡Habla, puta!

Negó. Markus le alzó la cabeza, justo antes de que su rostro golpeará contra la piedra, logró levantar su otra mano y enterrarle las uñas en el cuello. Markus aflojó su muñeca y eso fue suficiente para liberarse.

Hannah lo atacó con el cuchillo, haciéndolo retroceder de regreso a la sala. Era ágil, demasiado para su contextura musculosa. Aun así, le hizo varios cortes en el brazo. Él consiguió atraparla de nuevo y la lanzó sobre el sofá, donde le aprisionó entre sus piernas. Con los brazos hacia arriba, hizo que soltara finalmente el cuchillo.

«No. No te rindas». El pensamiento vino desde lo más profundo.

Desprotegida por completo, Hannah lo golpeó con la cabeza, en la nariz. Él retrocedió aturdido y ella lo aprovechó para escurrirse de debajo de su cuerpo. Corrió hacia la puerta, si lograba alcanzarla podría pedir ayuda. Antes de que tomase la perilla, Markus la atrapó por el cuello y la tiró sobre la alfombra. Lentamente, la estranguló.

El aire no le llegaba a los pulmones y la visión se le volvió borrosa. Hannah movió la mano, buscando cualquier cosa con lo que defenderse. No había nada. ¿Era así como moriría? Sola, por la mano de un desconocido al que estúpidamente invitó a su hogar. Darick estaría muy decepcionado y qué decir de Aidan. Pensar en él, en dejarlo solo, le dolió en el alma, no podía.

«¡Lucha!». Ya no era débil. Nunca más la esclava de Mauricio ni la huérfana sola y triste. Tenía familia, un hogar.

—Voy a matarte, perra, más te vale que cooperes.

Asintió. Él disminuyó la presión en su totalidad. Hannah boqueó en busca de aire. No quería hacerlo, porque se moriría si resultaba herido. Los *golden* no estaban diseñados para esto, eran perros de compañía: dóciles, amables..., por eso lo mantuvo al margen hasta ahora; pero era su única esperanza. Sebastian lo había entrenado para defenderla en casos extremos.

—Habla.

—Mué... muérete. —Desvió la mirada hacia la cocina—. ¡Thor, *angreifen!*

Aidan regresó de la tienda con varios paquetes para Hannah, además de los anticonceptivos. Cuando ella aceptó que las comprase una punzada de dolor lo atravesó desde adentro. Ah, mierda, sí: él no quería nuevos accidentes en su vida. No más hijos no planeados que pudiera perder. Pero cuando se trataba de ella, casi podía saborearlo. Una familia completa.

La entendía, no obstante, era demasiado joven aún y... Sus pensamientos se vieron interrumpidos al encontrarse con la puerta entreabierta de su apartamento. Frunciendo el ceño, dejó las compras en la entrada y subió los

dos pequeños escalones de una sola vez. El olor de la sangre estaba por todos lados, llenándolo todo.

Por primera vez en muchos años el pánico fue tan profundo que incluso lo hizo temblar.

—¿Hannah?

Se sacó su Jericho de la cintura y la cargó. Dando pasos suaves y largos, continuó hacia la sala. Entonces la vio: con una de sus franelas favoritas, en el sofá, cubierta de sangre, sosteniendo el cuerpo sin vida de Thor. «Mierda. No, no, no, ¡no!». Markus, en una silla, se vendaba el brazo. Aidan devolvió el arma a su lugar y se apresuró hacia ella.

Sabía que era un movimiento estúpido, que estaba mostrando debilidad. Trató de detenerse a sí mismo, pero su cuerpo no le obedeció. Que se fueran todos a la mierda, ella lo necesitaba. No podía dejarla sola y fingir que nada sucedía.

—Hannah —llamó.

Silencio.

—Cariño, mírame.

Ella ni siquiera levantó la cabeza. Llorando en silencio, continuó apretando a Thor contra sí misma. Furioso, Aidan se volvió hacia Markus.

—¿¡Qué mierda hiciste!?

Él alzó un hombro, despreocupado. Aidan se fijó en su rostro golpeado y el desastre en el lugar. Hannah le dio una buena pelea. Eso le hizo sentir orgulloso y enojado consigo mismo. De no haber ido a la jodida farmacia habría estado ahí para evitarlo.

—Lamento lo del perro —respondió—. Me atacó, estaba defendiéndome.

—Claro que te atacó, ¡entraste a mi casa y...!

—¿Lastimé a tu mujer? Sí, qué pena. Resulta que pensé que ella era el enemigo. No quiso responder a mis preguntas. ¿Cómo podría saber que era tu chica? ¿Qué, cuántos años tiene, die-ci-nue-ve?

«Jodido infierno». Su mirada maliciosa le hizo saber que conocía la verdad. Trató de hacer que Hannah soltase a Thor, ella siguió negándose.

—¿Qué haces aquí?

Markus bufó.

—Tengo algo importante que decirte.

—Ah, claro. Por eso la golpeaste. —Oh sí, no había ningún reproche en ese tono.

Markus movió la mano, señalándose a sí mismo.

—Me hizo mierda, ¿qué esperabas? Solo me defendía. —Gimió apretándose la herida del brazo. Una de las que le hizo Thor—. Es buena. Intégrala a las chicas de Nephthys, me gusta.

Aidan parpadeó incrédulo. ¿El bastardo quería qué? No, nunca, sobre su cadáver. Negando, apretó las manos hasta que le dolieron.

—Olvídalo. —Casi gruñó—. Ella está lejos de tu alcance.

Markus alzó una ceja.

—¿Ah, sí? —Movié la cabeza, señalando la puerta—. Afuera. *Ahora*.

Aidan contuvo el deseo de dispararle ahí mismo. Las cosas estaban mal. Terrible y jodidamente mal. La única persona que deseaba proteger estaba en peligro, golpeada y llena de la sangre de su mascota muerta. En *shock*. Y ahora esto.

Él tenía que saber mucho más de lo que estaba diciendo. Markus era metódico y frío. Lo que había hecho iba más allá.

Besándola en la frente, suspiró.

—Ya regreso —le dijo al oído.

Ella, de nuevo, no respondió ni hizo el intento de moverse. «Maldito enfermo. Espera y verás». Siguiéndolo, miró la sangre cubriendo el piso. Tendría que limpiar después. Seguro como el infierno, no permitiría que Hannah lo hiciera. Tenía suficiente con la golpiza y lo de Thor. «Pobre chico». Al menos murió haciendo un buen trabajo: manteniéndole a salvo.

Markus cerró la puerta y continuó hacia las escaleras. Cuando estuvieron lo bastante lejos, seguros de que Hannah no los oiría, él volvió a hablarle:

—Explícame una cosa: ¿cómo es que la huérfana, sobreviviente de una

masacre en Yellow Horse, a la que salvaste hace unos cinco años... ahora es tu mujer?

Aidan no titubeó.

—Lo que haga con mi vida no es tu maldito problema. Déjala fuera de esto.

Él chasqueó la lengua.

—Error. Es mi problema: se acuesta contigo y sabe sobre nosotros. Así que tienes dos opciones: intégrala o... deshazte de ella.

La furia lo cegó. Antes de darse cuenta de lo que hacía, ya estaba aprisionándolo contra la pared.

—No te equivoques conmigo, Markus. Amenaza a mi mujer de nuevo y...

Él lo empujó.

—El que no debe equivocarse eres tú. Me debes todo y ahora estoy cobrando.

—No te debo una mierda —siseó.

Markus le dio una sonrisa burlona.

—¿No? ¿Quién crees que te sacó de ese maldito orfanato? Nick tenía sus dudas. «Muy pequeño», me dijo. Pero lo convencí y aquí estás. —Hizo una pausa, para darle efecto—. ¿Quién crees que lo convenció de darte todo ese poder? Yo. Y por como lo veo, me debes todo. Así que deja de ser denso y haz lo que te digo.

—No.

Markus se llevó una mano al rostro y se masajeó las cejas.

—Dando problemas, como siempre. Te tengo noticias: yo-no-soy-mi-hermano. Nicholas era débil; yo no. Harás lo que yo te diga, ¿entendido?

Por supuesto. Y lo próximo que haría sería meterle una bala en la frente.

—Déjala fuera de esto.

—¿Sabes qué? Deshazte de ella —insistió—. Jamás te vi preocuparte por ninguna de tus putas y menos traerlas a casa. Te estás ablandando y yo te necesito duro, como siempre. Un maldito asesino, no la mierda llorona que

eres ahora.

—Cállate.

Markus emitió una larga y pesada exhalación.

—Quizá necesitas un incentivo, ¿uh? Tengo algo que quieres. Lo encontré en tu antigua casa. Deshazte de ella, vuelve a ser el de siempre y te lo daré.

—¿De qué mierda hablas?

—Los diarios de Glaw —respondió—. Son ocho, al menos. Hay cosas interesantes ahí. Puedo dártelos, si me *juras* lealtad. —Le dio una mirada severa—. Hay mucha mierda lloviéndonos, necesito a mi Mano Derecha, como siempre. ¿Tengo tu *absoluta* lealtad, McLaughlin?

¿Su hermano tenía diarios? ¿Y por qué demonios jamás lo supo? La ira y el dolor bailaron en su pecho. Aidan respiró hondo para calmarse. Sabía lo enfermo y retorcido que podía ser el bastardo, pero esto... No supo qué responderle. ¿En realidad estaba pidiéndole que asesinase a Hannah? No podía... «¿Y los diarios? Es solo una mujer». Sí, era suya y la amaba. Ella lo amaba, *a él*, sin importar su pasado ni nada más. Ella lo veía todo en su interior y lo aceptaba.

—Piénsalo. —Markus ladeó la cabeza—. La última voluntad de tu amado hermano o la perra que calienta tu cama. *Tictac... tictac.* —Alzó la mano, despidiéndose y comenzó a bajar las escaleras—. Decide bien, Colmillo.

Aidan no se movió hasta que Markus desapareció de su vista. Cansado y confundido, suspiró regresando al apartamento. Encontró a Hannah donde la dejó. Ella levantó la vista y las lágrimas descendieron de sus ojos abiertos. Buscó unas sábanas negras y volvió a la sala.

—Le ordené que atacara —dijo con su voz ronca—... y lo apuñaló hasta matarlo. Es mi culpa, lo siento.

Negando, se inclinó y le acarició la mejilla.

—No lo fue. Dámelo.

—¿A dónde lo vas a llevar?

No sabía. No respondió. Tomó a Thor y lo envolvió en ellas.

—No le abras a nadie —murmuró antes de besarla en los labios.

Hannah se abrazó a sí misma y lo miró partir. Nunca más cometería ese error. ¿Cómo una persona podía ser tan cruel? No lo entendía. ¿En eso se convertiría Aidan? No peor aún, ¿así era él en verdad, en lo más profundo? Por primera vez, la respuesta le aterró. «Estás siendo paranoica. Cálmate». Aidan era bueno. Markus no, él estaba podrido. Corrupto hasta la simiente.

Loco y enfermo.

Con el alma rota en mil pedazos, se levantó y fue por un trapeador y los productos de limpieza. Había mucha sangre y el olor comenzaba a marearla. Llenó un balde con agua y desinfectante y comenzó a limpiar. Mientras lo hacía, las imágenes golpearon contra su memoria. Los aullidos de dolor, la sangre... Thor había sufrido mucho antes de agonizar entre sus brazos. Y en todo ese tiempo, Markus ni se inmutó. El se limitó a mirarlos mientras se atendía a sí mismo, con ese aire de grandeza y una sonrisa sucia, que le hizo odiarlo con tanta fuerza que se sorprendió.

«Lo lamento mucho, bebé». Las lágrimas comenzaron a ahogarla, aun así no se detuvo hasta haber dejado todo limpio y ordenado. Después, volvió a sentarse en el sofá y esperó por Aidan, que llegó transcurrida una hora. Manchado en sangre y tierra, le dio una mirada triste. Tan roto como ella lo estaba. Cada recuerdo le vino en ese instante, los maravillosos días junto a Thor, su bebé. Increíble, ¿cierto? Cómo lo que se suponía tan solo una mascota se convirtió en parte de su familia. Y de nuevo, se la habían quitado.

En silencio, él la cargó en brazos hasta la ducha. Desvistiéndola lentamente, la besó como si pudiera lastimarla. Quizá fuera por su labio roto o porque sentía culpa, lo que fuera, no estaba diciéndoselo. Cuando estuvieron ambos desnudos, abrió la llave del agua y se metió junto a ella, sosteniéndola por la cintura. El lugar se llenó lentamente de un vapor agradable que la hizo sentir en paz.

—Lo lamento —dijo, con la barbilla apoyada en su cabeza—. ¿Te hizo mucho daño?

¿La verdad? Los golpes físicos sanarían, los del alma en cambio...

—No. Estoy bien. —Tomó aire, para no llorar—. ¿Qué hiciste... qué hiciste con él?

—Lo llevé al parque. Lo enterré debajo de un árbol para que puedas ir a verlo.

Su bondad la conmovió. Él había pensado en sus sentimientos, en que querría ir a saludar a Thor cada día, aunque ya no estuviera vivo. Entendió la verdadera razón: sus padres y Megan no tenían una tumba, ella no tenía un lugar al cual ir para rendirle honores. Aidan quiso darle esto, ahora, al menos una vez.

—Gracias...

—Te amo. Lo sabes, ¿verdad? Solo a ti. Siempre. Yo nunca haría nada que pudiera dañarte.

—Lo sé.

—Me alegra. —Exhaló cansado—. Ven.

La hizo girar entre sus brazos. Tomó la esponja y le vertió jabón líquido. Poco a poco, la limpió con ella. Iniciando con su cuello, descendió hacia los pechos y abdomen. Cada vez más abajo... Como si fuera una muñequita de porcelana, deslizó la esponja sobre su sexo y continuó hacia las piernas. Cuando terminó con su cuerpo, se colocó un poco de champú en la palma y lo frotó en su cabello. Le masajeó el cuero cabelludo suavemente, despacio, y la metió debajo del agua. Hannah no habló, tan solo se dejó mimar, disfrutándolo. Él siguió con el acondicionador y la peinó con los dedos.

Hizo lo mismo con su propio cuerpo mientras Hannah tan solo lo veía. Él era autosuficiente, pocas veces se dejaba consentir, lo hacía con ella. Rudo y feroz, pero contradictoriamente dulce y suave.

Se miraron a los ojos. Ella quería ser fuerte, en realidad deseaba serlo; pero algo se rompió desde el fondo. Como un cristal frágil, ella se quebró en miles de fragmentos. Lloró. Aidan la rodeó con sus brazos, apretándola.

—Sácalo. Estoy aquí, todo está bien ahora.

—No debí dejarlo entrar. Es solo que me mostró el tatuaje y yo... No sé, solo creí que... todos eran como Leo, Z, Darick o tú y... y... yo...

—Debí advertirte sobre él. —Tomó aire por la boca—. Voy a matarlo, no solo por todo lo que ha hecho, sino por esto. Te lastimó y... Thor... Mierda, siempre va un paso delante de nosotros.

—¿Qué ha hecho?

—Él es quien trató de matarme. Dudo que esté enterado de que lo sé, pero

no es de fiar.

—Y yo lo dejé entrar a casa.

Aidan cerró el grifo y la envolvió en una toalla. Enrolló otra en su propia cintura.

—No lo sabías. —La besó suave y despacio—. Te ves cansada, ¿quieres dormir?

Asintió sin ánimo.

—¿Me abrazarás toda la noche?

—Siempre.

## CAPÍTULO 39

Eran las cuatro de la mañana cuando el teléfono de Aidan los despertó. Hannah apenas pudo entreabrir los ojos para enfrentarse a la luz de la lámpara que siempre dejaban encendida.

—Te llaman —murmuró.

Detrás de ella, Aidan negó hundiendo la nariz en su cuello y la apretó más contra él. Pese a que todo el cuerpo le dolía, le gustó la sensación. Sus brazos fuertes eran el mejor analgésico que una mujer podía desear. Además de sus besos y caricias. Él estuvo mimándola hasta pasada la media noche, cuando finalmente pudo dormir sin volver a llorar por lo de Thor.

El teléfono sonó otra vez.

—Dan...

—Que se jodan —respondió en un susurro ronco.

Llamaron de nuevo. Una, dos..., cinco veces. Rendido, y de mala gana, atendió. Luego de varios segundos, él asintió con la cabeza. Sentándose, con ella en su regazo, maldijo y colgó pálido como una hoja de papel.

—Cariño, ¿qué ocurre?

Otra maldición y un largo suspiro.

—Dan...

—Shurik Gusev está muerto —respondió—. Y Zhenya gravemente herido, en el hospital. Los emboscaron en su casa.

Las palabras resonaron dentro de su cabeza, mareándola. Esto no podía ser verdad. Dos de sus personas queridas, otra vez. Y como siempre, ella no podía hacer nada. Primero sus padres, luego Megan, el cautiverio y prostitución de Ian; la muerte de Thor y ahora esto. Se sintió terriblemente inútil, como la niña estúpida e indefensa del pasado.

Hannah respiró profundo, aferrándose al cuerpo de Aidan y lloró sobre su

hombro en silencio, siendo consolada por él.

—Sé que duele —murmuró acariciándole la espalda—. Han sido muchas emociones en poco tiempo. Sácalo todo.

No tuvo más opción que obedecerle, sobre todo porque era lo que su alma deseaba. Enterrándole las uñas en la piel, ella dejó salir cada lamento producto de más hondo dolor. ¿Por qué Shurik? No lo conoció por más que un breve tiempo, pero siempre fue bueno con ella. Quizá un poco estricto y a veces taciturno debido a los recuerdos de su esposa y otro hijo muertos; sin embargo, los ojos se le iluminaban al hablar de Zhenya. «Mi mayor orgullo», solía decirle de forma cómplice.

Pobre Zhenya. Podía entender su dolor. Pero ella tenía a su gemelo, Aidan, Miyuki y Leo, incluso Gemma; él en cambio... estaba solo. Completa, verdadera y tristemente solo.

Separándose de Aidan, se limpió las lágrimas. Él tomó aire antes de hablar, cuando lo hizo su voz fue dura:

—Estuve pensándolo, tienes que irte al menos un par de meses.

Ella no lo podía creer.

—¿Qué? No, yo no quiero...

—Me importa una mierda lo que quieras justo ahora. Voy a ponerte a salvo. Muchas cosas están sucediendo aquí y con lo de anoche...

Sacudió la cabeza.

—No voy a irme.

—Deja de ser obstinada y hazme caso. Estás en peligro, Markus pudo haberte matado.

—Pero no lo hizo.

—Hannah...

—¡No! ¡No quiero! Z está en el hospital y su padre muerto, ¿cómo quieres que me vaya? Es mi amigo, no puedo dejarlo solo. Además, aquí está mi familia: Ian, Gem y su bebé; Yuki y Leo. —Le dio una mirada significativa—. Tú.

—¡Tienes que irte!

—¡No!

Aidan se apretó el puente de la nariz.

—Vas-a-irte. Hoy. Ahora mismo.

Hannah se puso de pie de un salto. Semidesnuda y enojada, volvió a negar.

—¡No! Y no puedes obligarme.

Aidan la imitó. Ah, cielos. Ese magnífico cuerpo erguido y rígido era una cosa gloriosa, y ahora le parecía aterradora también. Como una montaña inamovible, él la miró desde arriba con sus ojos fríos.

—¿Quieres ver cómo *sí* puedo? —Dio un paso hacia ella, mismo que Hannah retrocedió—. Haz tu maldita maleta, llama a tu hermano y cuñada, explícales la situación ¡y váyanse! Conseguiré tres boletos a...

—No voy a irme, Aidan, entiéndelo. No quiero dejar solo a Z, me necesita.

Él entrecerró los ojos de una forma que gritaba «peligro». Soltó una risita baja, burlona y la miró de pies a cabeza.

—¿De eso se trata? ¿Z? Tu vida está en peligro, Markus te dio una puta paliza y mató a nuestro perro ¿y te preocupas por el maldito ruso de mierda!? ¿Todavía te gusta, lo quieres, es eso?

—¡No! Pero es mi amigo y uno no abandona a los amigos, Aidan. ¿Tú abandonarías a Leo?

Él vaciló. Negando, finalmente, soltó el aire por la boca y la miró más calmado.

—Cariño, entiendo. Pero ¿puedes ponerte en mi lugar? No quiero... Olvídalo. Quédate, es tu puta vida. No sé ni por qué mierda me molesto.

—¿No quieres qué? Habla conmigo, Dan.

Inclinando la cabeza, él negó.

—Tengo que ir al hospital.

Dándole la espalda, él comenzó a caminar hacia la puerta. Hannah lo detuvo, abrazándolo por la cintura. Él se tensó de inmediato, apretando las manos fuertemente. Respirando agitado, no se movió.

—Dímelo.

Silencio. Durante al menos un minuto, él no respondió. Hannah sabía lo difícil que esto podía ser. Se sintió mal por haberle gritado y actuar como una tonta, pero ¿quién la culparía? Ambos estaban ligados a Zhenya y tenían mucho que perder. Y luego estaba lo de Markus O'Connell, su locura desmedida y el pobre Thor. Aidan también lo pasaba mal, terriblemente y lo soportaba sin quebrarse.

—No quiero perder a mi familia otra vez. *Tú* eres mi familia —murmuró—. Tengo miedo de que algo horrible te suceda, de *no* poder evitarlo, como anoche.

Tenía un doloroso nudo en la garganta, tragándose lo, ella se apretó contra su cuerpo.

—No vas a perderme. Darick y tú hicieron un buen trabajo conmigo, puedo defenderme sola. Lo de anoche fue...

Él giró entre sus brazos y escondió la nariz en su cabello. Hannah lo sintió estremecerse.

—No entiendes. No puedes defenderte de Mark. Te dejó vivir porque..., ¡jodida mierda!..., quiere que *yo lo haga*.

—¿Qué?

Hannah intentó alejarse para verlo a los ojos. Él la mantuvo quieta, en un fuerte abrazo.

—Tiene algo que yo quiero, que es importante para mí. Y me puso a elegir: eso o tú. Te mato y me lo da; te dejas vivir y lo pierdo. Dice que me volví una *mierda débil*, que me he ablandado y tiene razón.

—¿Te arrepientes? Entonces, ¿vas a matarme y ya, porque no quieres ser débil?

La besó en la cabeza. Ella casi pudo jurar que estaba llorando. Podría tratarse solo de su imaginación y propios sentimientos desbordados.

—Yo mataría y moriría por ti, tienes que saberlo. —Se tragó un sollozo—. Voy a arreglarlo. Mataré al hijo de puta, solo necesito un poco más de tiempo. Estoy en ello, créeme. Pero *tienes* que irte.

—No quiero estar lejos de ti.

—Cariño, por favor... —Otro sollozo—. Yo nunca pido nada, jamás, pero te lo estoy suplicando: vete. ¿Por qué mierda no entiendes? Me muero se te ocurre algo malo... Me muero, Hannah, yo no quiero vivir sin ti.

Su declaración la llenó de ternura. Finalmente, él estaba siendo sincero.

—Lo entiendo, pero no me pidas que me vaya. Sé que tienes miedo y yo también, pero se supone que... estamos juntos. Siempre. Eso hace la familia.

Asintiendo, él la dejó ir. Hannah alzó la cabeza y se encontró con lo único que jamás creyó ver, no al menos en Aidan despierto: lágrimas en sus perfectos ojos azules, que descendían por sus mejillas ligeramente rojas.

Aidan estaba llorando, despierto, frente a ella.

—Está bien... —Parpadeó limpiándolas—. Vamos a la ducha, nos esperan en el hospital. —La besó.

Ella no dijo una palabra. No las tenía, ahora al menos.

Estuvieron preparados en quince minutos y en la siguiente hora en la misma clínica en el que Aidan estuvo internado. En este momento ella sabía que el lugar pertenecía a la organización, más bien que era propiedad de los hermanos O'Connell. Según entendió el padre de Nicholas y Markus lo compró para que sus «hijos» —es decir, cada miembro de Infernum— fuera atendido de forma inmediata y sin costo. Ninguna complicación. Aunque también estaba abierto al público y de ahí provenían muchos de los ingresos.

Por el tono solemne con el que se lo contó y el cariño que pudo ver en sus ojos, Aidan lo apreciaba. Al parecer fue un buen hombre. Y pese a no compartir sus ideales, Hannah respetaba lo que hizo por cada uno de ellos. Sin Infernum, habrían terminado muertos.

Incluso Aidan.

En la recepción, una enfermera les dio todos los detalles. Por fortuna, Zhenya estaba fuera de peligro ahora. Con varias heridas de cuchillos y una bala en el hombro, pero a salvo. Shurik, desgraciadamente, murió en el enfrentamiento. Una disparo en la cabeza, después de haberlo torturado durante horas. Lo ejecutaron, mientras que a su hijo lo dejaron con vida como un recordatorio. O castigo, desde su perspectiva.

Hannah dejó a Aidan conversando con la mujer y se dirigió hacia los ascensores para ir a la habitación de Zhenya, quien tenía que estar despierto. Al llegar, abrió la puerta tímidamente. Había una enfermera adentro. No demasiado alta, con una cabellera oscura y rizada que llevaba recogida en una cola. Hermosa, de un modo sutil. Sus grandes ojos color avellana, lo miraban con ternura, pero Zhenya no parecía notarla. Incluso estaba hablándole, y él tan solo...

Hannah carraspeó mientras entraba. La enfermera suspiró rindiéndose y salió. Entonces, ella fue hacia la camilla y tomó asiento junto a él.

—Viniste. —Su voz fue apenas un murmullo—. No tenías... ¿Qué te pasó en el labio?

Ella se encogió de hombros.

—¿Esto? Trataron de asaltarme, no es nada. Yo... lamento mucho lo de Shurik.

Con los ojos abiertos, él lloró. Dos solitarias lágrimas que se deslizaron por sus mejillas, y que no limpió. Tan solo eso.

Nada más.

—No pude protegerlo.

—No fue tu culpa.

Con una risita, él trató de negar; en cambio terminó gimiendo por el dolor.

—Estoy solo, bonita, malditamente solo... Ya no tengo a nadie... nadie. Nunca...

Él balbuceó algunas palabras en ruso y permitió que el llanto lo dominase. Sin saber que más hacer, Hannah se inclinó sobre él y permitió que la rodeara en un abrazo débil que le rompió el alma. Mientras Zhenya liberaba todo su dolor, ella se cuestionó qué sería de él ahora. ¿Continuaría en Infernum, lo dejaría todo para irse a Rusia otra vez?

—Estoy aquí, Z..., estoy aquí...

Asintiendo, él la apretó.

Aidan abrió la puerta y se la quedó mirando desde atrás, sin decir una palabra. Entendía la situación, pero todavía le enfermaba pensar en Hannah y

Zhenya juntos, y qué decir de lo que estaba viendo ahora. Aclarándose la garganta, llamó la atención de ambos. Dejándola ir, Zhenya se limpió las lágrimas y le ofreció una sonrisa rota. Conocía su dolor, lo había experimentado durante la infancia. Era desgarrador y quemaba como las llamas del infierno, desde lo más profundo. Luego vendría la depresión, el deseo de morirse y... al final, la furia incontrolable. Él buscaría venganza pronto.

Hannah volvió a sentarse junto a él, mientras que Aidan lo hizo en una silla.

—Lamento lo de Aleksandr —dijo.

Zhenya respiró profundo.

—Sí, todo el mundo la... lam... lamenta algo.

Aidan ni se inmutó. Era normal que lo atacase. No se desquitaría con Hannah y sabía que lo mataría de intentarlo, de modo que estaba haciéndolo con él. Como todos.

Sí, lo normal. Podía con esto.

—¿Qué pasó?

Zhenya se mordió el labio, respirando profundo mientras levantaba la camilla para quedar ligeramente sentado.

—Rusos. La *mafia*. Papá y yo estábamos en eso aún. No sé que pasó... Solo dijeron una cosa de traición y mierda, que nosotros lo hacíamos.

—¿Algo más?

Zhenya se burló.

—Sí, bastardo: asesinaron a mi padre.

Aidan se frotó las sienes. Ahí volvió su vieja amiga la migraña. Estaba echándola de menos. Iba a responderle con el mismo tono, o peor, pero la mirada suplicante de Hannah lo detuvo. Sí, esto también... Ahora era manipulable. Endeble. Un idiota más.

—Z, entiendo cómo te sientes, pero necesito que te calmes.

Una risita amarga.

—¿Sabes? ¡Sabes una mierda!

«Más de lo que piensas, chico». Estaba lleno de heridas internas, que solo Hannah conocía. Nadie tenía una miserable idea del dolor con el que cargaba desde niño. Por lo que sí, estaba malditamente seguro de entenderlo.

—Z, por favor. —Hannah le apretó la mano—. Él quiere ayudar.

—¡*Na juyu vertet* <sup>[70]</sup>!

Aidan entrecerró los ojos. Ah, no. Podía tolerar su humor de mierda y hasta entenderlo, pero no permitiría que tratase a Hannah de ese modo. Jamás.

Él ni nadie.

—*Ne smey snova krichat' na nego* <sup>[71]</sup> —dijo en un tono bajo y profundo.

Él lo miró asombrado, percatándose de su error, y suavizó el rostro.

—Lo lamento, *malyshka*, solo estoy...

Hannah asintió, con una sonrisa comprensiva.

—Está bien... —Se volvió hacia Aidan y preguntó—: ¿Hablas ruso? ¿Qué me dijo?

—Nada que volverá a decirte, ¿verdad, Z? —Le dio una mirada severa—. También hablo gaélico, francés, español, italiano y un poco de japonés. Cortesía de Infernum, ¿qué puedo decir?

Zhenya rió débilmente.

—Eres como el maldito *Google Traductor*.

—Ya sabes, ruso: la excelencia ante todo.

—Sí, como digas. —Su mirada se endureció de nuevo—. ¿Crees que Mark esté detrás de... lo de mi padre?

Asintiendo, Aidan exhaló. Luego de lo de Hannah y Thor, él no lo pondría en duda.

—No lo descartaría.

—*Teper' ya yego ub'yu. Ya sdelayu eto krovotochit'. ¡Proklyatyy sukin syn!* <sup>[72]</sup> —chilló tratando de levantarse.

Aidan se lanzó sobre él y lo sostuvo contra la camilla.

—Cálmate.

—*¡Juy tebye na postnom maslé! ¡Pust' tvoya zadnitsa uspokoitsya! ¡Iz-za nego umer moy otets!* [\[73\]](#)

—*Vý ne dostignete etogo takim obrazom, vy dolzhny snachala istselit'* [\[74\]](#)  
—respondió en ruso. Miró a Hannah de reojo y agregó—: Vé por la enfermera.

Asintiendo, ella salió corriendo de la habitación mientras Zhenya luchaba para bajarse. Aidan se vio forzado a colocarse sobre su cuerpo y encerrarlo entre sus brazos y piernas. Él trató de darle un cabezazo, falló.

«Jodida mierda». ¿Qué tenía Markus en contra de ellos? No lo entendía. ¿Por qué enviarlos directo a trampas, asesinarlos? Todo por lo que Mathew y Nicholas lucharon, él estaba destruyéndolo sin piedad, sin importarle las personas que mataban y morirían por él. La demencia no era una excusa, tenía que haber algo más enterrado en el fondo.

Hannah volvió momentos después con un par de médicos. Aidan continuó conteniendo el cuerpo de Zhenya para que pudieran sedarlo. Lo soltó cuando finalmente el fármaco hizo efecto.

Ambos salieron de la habitación y volvieron a la Sala de Espera, donde se encontraron con Diana y Leo. Miyuki los acompañaba, cosa que capturó su atención. Por mucho que fuera amiga de Hannah, su relación con Zhenya era inexistente.

—¿Qué hace aquí?

—Hola, *babbo*, es bueno verte también. Sí, todo genial, gracias. —Leo se burló—. No quiero dejarla sola. Nos estuvieron siguiendo. Una de las perras de Nephthys.

Aidan gimió sentándose junto a él mientras Hannah y su mejor amiga iban por café para todos. Lo necesitaba con urgencia. Y quizá un poco de alcohol, una aspirina y una buena dosis de paz. Pero sabía que eso era demasiado pedir.

La paz nunca duraba. No a él.

—¿Qué pasó?

—Vino por mí. No pude sacarle mucho, pero por lo que me dijo: asesiné a su novio y quería vengarse. —Resopló cruzándose de brazos—. Pura mierda.

—¿Qué hiciste con ella?

—¿Tú qué crees?

Aidan se frotó los párpados.

—¿Y el cuerpo?

—En la basura.

Asintió. Leo sabía hacer su trabajo, nadie lo vincularía con el hecho. Diana carraspeó, mirándolo con esa intensidad característica.

—¿Cómo está él?

—Como la mierda. Tuvieron que sedarlo. —Tomó aire. La cabeza le palpitaba terriblemente—. Dice que fue la mafia rusa, aún trabajaban con ellos.

Diana movió la cabeza de arriba abajo.

—Alguien se metió en la casa de Dorian —dijo—. Hicieron un desastre, pero no se llevaron nada.

—Mierda. —Leo casi gruñó—. Esto es muy extraño. Por cierto, ¿qué le pasó a Hannah en el labio?

—Mark hizo una visita sorpresa, cuando yo no estaba. Resumiendo: le dio una paliza y mató a mi perro.

Los ojos de Leo amenazaron con salirse de sus cuencas.

—El maldito sabe algo y fue detrás de nosotros. Esto se pondrá feo. ¿Lograste convencer al *poli*?

Aidan vio a Hannah y Miyuki por el rabillo del ojo. Ella estaba pálida y parecía preocupada por algo. Eso no estaba bien.

—Sí, lo hice. Y no es *poli*.

—Como sea.

Miyuki les ofreció café a Leo y a Diana, mientras que Hannah lo hizo con Aidan y tomó asiento a su lado.

—¿Estás bien?

Ella confirmó con un gesto, bebiendo del humeante líquido oscuro.

—Sí, probablemente no es nada.

—Pero te preocupa.

Dejó salir una larga exhalación.

—Es Ian, dice que alguien estuvo siguiéndolo. Un hombre alto, pálido y de ojos verdes... —Le dio otro sorbo a su café y arrugó el rostro, al quemarse—. Dice que tenía un tatuaje en la garganta: un cráneo con ocho cuernos y ocho colmillos, envuelto en un aro de fuego. Él dice que tenía una inscripción igual a la tuya. ¿Lo enviste tú?

«Ay, mierda». Esto no podía ser. ¿Qué juego macabro había puesto Markus en marcha? Cada vez la situación tenía menos sentido.

—Ghoul —respondió Diana.

Sí, el enfermo de la necrofilia. Si estuvo siguiendo al hermano de Hannah, solo podía significar una cosa y esta no era buena: peligro. Genial, simplemente perfecto. Maravilloso. «Una mierda», se quejó en su interior. ¿Cómo cortarle la cabeza a la Gran Serpiente, si aún no contaba con la lealtad de todos los miembros? O de su mayoría. Solo con un grupo no podría hacer nada significativo. De atacar a Markus ahora, todos cerrarían filas en torno a él, protegiéndolo. Y fracasarían, morirían por nada.

Tenía que reunir pruebas contundentes en su contra y solo Peter podría ayudarlo con eso. Esperaba que cumpliera su promesa.

—Yo me encargo, no te preocupes —le dijo.

—Por favor, dime que tú lo enviste. Ian está preocupado por eso. Con Gem embarazada..., él teme le hagan daño a ella y al bebé.

Sacudió la cabeza.

—Yo me encargo, confía en mí. Por ahora, pídele que cambie todas sus rutas, cerraduras y esté alerta. Enviaré a alguien.

—¿Quién? —Diana se movió para verlo—. Nuestro pequeño grupo está ocupado encargándose de...

—Conozco un montón de gente, Princesa, y para mi fortuna todos me deben

algo.

Aidan se puso de pie y comenzó a andar, Hannah lo detuvo sosteniéndolo por la mano.

—¿A dónde vas?

Él le ofreció una sonrisa maliciosa.

—Es hora de cobrar un favor. —La besó suavemente—. Quédate con Z. Yo regresaré en unas horas.

Miró a Leo y a Diana tan serio como nunca lo estuvo.

—Que nadie entre a su habitación sin que pase por ustedes primero. Doctores, enfermeras, personal de limpieza, incluso Infernum —ordenó—. Si insisten, sean amables. Si lo hacen de nuevo, sean rudos. Si continúan insistiendo, *los matan*. Quien sea, no me importa. Lo quiero a salvo.

Leo asintió.

—Cuenta con ello, jefe.

Complacido, Aidan se marchó. Era hora de poner a trabajar a la mierda, para él...

## CAPÍTULO 40

Los grandes ojos cafés claros de Ian se entrecerraron peligrosamente sobre él. Inmóvil, Aidan le sostuvo la mirada. Increíble el modo en el que siendo gemelos se diferenciaban tanto uno del otro. Ella, suave y dulce, con su eterna mirada amable. Él, frío y duro, con una mirada cruel que solo se apaciguaba por momentos; todos relacionados con su hermana o Gemma.

La vida había sido dura con ambos, pero se ensañó con el chico. Aidan casi sintió compasión por él. Casi. Antes de que se le fuera encima como un animal rabioso y tratara de acuchillarlo. Gracias a Dios por su arduo entrenamiento, de otra forma habría terminado con una herida seria. Ahora, no obstante, él estaba extrañamente calmado, como un volcán antes de hacer erupción; viéndolo como si pensara en mil maneras de asesinarlo.

El desmembramiento vivo debía de ser una de ellas.

—Déjame ser denso por un segundo porque honestamente no entiendo una mierda —dijo, con su voz grave—. Eres abogado, ¿cierto?

—Sí.

—¿Y te acuestas con mi hermana?

Miró a Hannah por el rabillo del ojo. Ella estaba nerviosa, evitando darle la cara a cualquiera de los presentes.

—Correcto.

—Todo bien. Es decir, el cabrón que estaba cuidándola un día decidió que ya estaba lo suficientemente *grande* como para follarla y lo hizo. —No había ni una gota de sarcasmo en su tono, por supuesto—. Normal, puedo con ello. Ahora, lo que *no* entiendo: ¿eres parte de una organización que se supone que *no* existe y *ayudas* a la gente como yo?

—Podría decirse. Sí.

Ian exhaló.

—¿Estás en el Noveno Círculo y te dicen el Colmillo del Diablo?

—Sí, soy el líder, cierto.

—¿Y por alguna mierda mi hermana, mi mujer y mi bebé están en peligro?

Lentamente, Aidan asintió con la cabeza.

—Por eso mismo, te ofrezco protección.

Ian apretó las manos, inclinándose hacia el frente. Él se preparó para un nuevo ataque.

—¡Ah, genial! —Se puso de pie. Aidan lo imitó—. ¡No sabes cuánto me calma! Sí, ¿tu matón va a cuidar tan bien a Gem como lo hiciste tú con Han? —Aplaudió—. ¡Bravo! Es ese labio roto dice mucho de ti y tu aptitud de mierda.

Aidan entrecerró los ojos. La rabia y el dolor entremezclándose lo sacudieron. Demonios, sí, lo aceptaba: fue un inútil protegiéndola. Markus le hizo mucho daño, de quererlo la habrá matado. No tenía una excusa, solo ira y deseos de venganza. Quería sangre por esto.

Ian dio un paso hacia él, levantó el mentón y lo tomó por el cuello de su chaqueta.

—¿Dónde coño estabas, Colmillo, jodiendo con otra huérfana?

Aidan lo sujetó por el brazo.

—No uses ese tono conmigo. Eres su hermano y no puedo matarte, pero estoy malditamente seguro de que nada me impide darte una paliza.

Ian rió.

—¿En serio? ¿Y también vas a joderme? ¿Necesitas más huérfanos agradecidos en tu cama? ¿Soy lo bastante atractivo para ti, *uh*? Dado que nos parecemos mucho...

—Cierra la boca —dijo en un tono bajo y amenazador.

Ian levantó una ceja. Jodido bastardo, ¿cómo podía ser gemelo de Hannah? Era insoportable y todo lo que le provocaba era el irrefrenable deseo de patearle el culo.

—Ciérramela.

Aidan afianzó el agarre y lo empotró contra la pared, sobresaltando a las

mujeres. Hannah se levantó como impulsada por un resorte.

—¡Dan, ya basta!

Ambos voltearon hacia ella.

—¡No! —respondieron al unísono

—Él empezó —añadió Aidan, soltándolo.

Se vieron a las caras. Ian frunció el ceño.

—¿No solo te acuestas con *mi gemela*, sino que también me robas mi apodo? ¡Déjame algo, coño!

—Permíteme pensarlo... No.

—Te odio.

—El sentimiento es mutuo.

Hannah contuvo un gemido. Esto no estaba bien. Se suponía que estaban ahí para buscar una solución los cuatro, juntos, no para iniciar discusiones cada cinco minutos. No tenía idea de cómo resolverlo. ¿Qué palabras decir? Si Defendía a Aidan, su gemelo lo tomaría mal; pero si se colocaba del lado de Ian... Y estar en el medio no ayudaba demasiado.

Respirando profundo, volvió a sentarse al lado de Gemma. Ella le ofreció una mirada amistosa mientras se frotaba el no muy abultado vientre.

Aidan e Ian regresaron a sus respectivos asientos.

—¿Puedes dejar de ser estúpido y cabrearme? Trato de ponerlos a salvo a ti y a tu familia.

Ian volvió a burlarse de sus palabras.

—Sí, ya veo lo bien que haces tu trabajo.

—Dan, por favor —suplicó Hannah.

Ambos la miraron de nuevo. «No puede ser». ¿También pretendían obligarla a elegir a cuál llamaría por el sobrenombre? ¿Qué eran, niños? No, pero quizá el que fueran hombres dominantes y con pasados crueles no ayudaba demasiado. Oh, cielos, estaba bien. Por ahora, ninguno volvería a ser «Dan».

Antes de que pudiera responde, Gemma se le adelantó.

—Cariño, ¿podrías, por favor, escucharlo? Es insoportable, lo sé. Y todavía lo odio por lo que le hizo a Sam, pero hazlo por Oliver , Hannah y por mí.

Ian se relajó, un poco nada más. Hannah pensó en el nombre de su futuro sobrino, con la vista puesta en Gemma y su abdomen. «Portador de paz», eso significaba, según le dijeron. Y sí, tenía que serlo. Sonrió pensando en lo emocionado que se encontraba su gemelo con la idea. «Voy a ser el jodido mejor padre del mundo, Han», le había dicho. Y ella le creía.

Las personas que lo habían perdido todo y alguna vez vivieron en lo más hondo de la miseria, el rincón más oscuro y triste del infierno, tenían la extraña capacidad de amar con una pasión que desafiaba la lógica. Eran protectores, como osos con sus crías, fieles y atentos. Porque conocían de primera mano el dolor y la soledad y lo que menos deseaban era que otros tuvieran que padecer los mismos horrores.

Aidan e Ian eran la prueba viviente de ello.

—Gracias por la ayuda, Gem—Aidan hizo rodar los ojos.

—Más bien agradece que el embarazo me haya vuelto una mujer pacífica y no esté alentándolo para que trate de matarte..., de nuevo. —Se mordió la uña del dedo pulgar—. Francamente, Aidan, ¿te duele ser amable o algo así?

Él bufó. Hannah evitó reír.

—Sí, terriblemente. Como si me destriparan vivo.

—¿Ves? Eres un odioso.

—Sí, Gem... Lo que digas, Gem...

Ian refunfuñó varias maldiciones.

—Habla, ¿cómo vas a limpiar tu mierda?

Markus jadeó hundiéndose una última vez en el cuerpo de Ekaterina y se

dejó caer a su lado. Con una sonrisa de satisfacción, ella se acurrucó en su amplio pecho desnudo y le acarició el tatuaje en el brazo. La habitación, tenuemente iluminada, olía a sudor, sexo y licor barato. Los murmullos de sus respiraciones apenas se elevaban sobre el habitual silencio de sus fugaces encuentros carnales. Este, sin embargo, era distinto. Él no estaba vistiéndose ni dándole la espalda, como de costumbre; sino que la mantenía cerca, pegada a su cuerpo.

Casi dulce, casi suave, casi... amoroso.

—¿Qué has podido averiguar? —preguntó, mirándola desde arriba,

Ella emitió una larga exhalación.

—No mucho, bebé. Nada fuera de lo normal: hace su trabajo, va a casa y se folla a la chica... ¿Estás completamente seguro de que es él?

Asintiendo, le recorrió el rostro con los dedos.

—¿Y quién si no? Es incontrolable. ¿Y todas las cosas que han sucedido desde que Nicholas lo puso al frente?

—Sí, pero...

—¿Dudas de mi, Katya?

Ekaterina sacudió la cabeza.

—No, sabes que yo nunca lo haría.

—Bien.

—¿Qué hago con Squitieri? Envié a alguien a seguirlo para obtener información, nuevo ingreso, y jamás volvió.

Markus tomó aire y lo soltó lentamente.

—Considera al infeliz muerto. Squitieri es incluso peor que McLaughlin, de hecho Aidan es quien lo mantiene bajo control.

—Pobre Candy.

Markus confirmó con la cabeza.

—Sí, pobre Candy. El gemelo de la chica, ¿qué sabes sobre él?

—Nada que no te dijera: huérfano, exprostituto y drogadicto. Trabajó para

todos los chulos del país dolorosa y arduamente. Debido a su belleza, era el favorito de los sádicos. Olvida el BDSM<sup>[75]</sup>, bebé, estos eran sádicos reales que le hacían todo tipo de cosas. Aunque... había alguien que lo alquilaba seguido. Un hombre poderoso.

—¿Nada más?

—Bueno, la novia del chico está embarazada. Dieciséis semanas o algo así.

—¿Es todo, segura?

—¿Por qué el interés?

Markus inspiró antes de hablar. Cuando lo hizo, su voz salió dura, incluso más que antes:

—Eso no te importa. Haz lo que te digo y no me cuestiones.

Ekaterina se tensó. Moviéndose de su lado, se sentó sobre la cama y lo miró preocupada.

—¿Qué no me estás diciendo? Entiendo que Aidan sea un traidor, pero los gemelos son inocentes. Han sufrido bastante y, además, nosotros *no* vamos tras víctimas, so...

Markus también se sentó, con los ojos entrecerrados sobre ella. Sujetándola por el cabello, acercó sus rostros.

—No te conviene hacerme enojar. ¿Qué-carajos-sabes? Estás mintiéndome, puedo verlo en esa mirada de zorra que tienes.

—Me lastimas.

Markus jaló con más fuerza.

—Katya, preciosa, no juegues conmigo. ¿Qué averiguaste?

Ella tragó con fuerza.

—Mark, ¡me haces daño!

Su mirada se volvió fría y oscura. Furioso, la empujó sobre la cama y, aprisionándola entre las piernas, movió las manos hacia su cuello.

—¿Qué sabes? ¡Habla, puta! ¿Acaso el maldito puto te contó?

Ekaterina le enterró las uñas en el brazo.

—¿Co.. contarme qué? No he hablado con...

No pudo continuar, las manos de Markus estrangulándole cada vez con más fuerza se lo impidieron. Ekaterina pataleó debajo de él, removiéndose, tratando de respirar. El aire no llegaba a sus pulmones y los ojos llenos de lágrimas comenzaron a enrojecerse.

—¿Qué te dijo? —exigió.

Ekaterina separó los labios, ningún sonido salió. Markus no se detuvo, continuó apretando hasta que ella dejó de moverse. Pálida y con los ojos muy abiertos, le ofreció una mirada vacía. Muerta. Las manos de Markus estaban temblando. Viéndolas, aturdido, él gimió.

—Mierda, Katya...

—Ahora que lo recuerdo, creo que conocí a uno de ustedes..., hace tiempo.

Ian jugueteó con los de Gemma, quien se había cansado de estar alejada de él y terminó sentándose entre sus piernas. Aidan hizo rodar los ojos, por sus innecesarias muestras de afecto. Desvió la vista y se encontró con los ojos de Hannah puestos en el abdomen ligeramente hinchado de su cuñada. Había anhelo en ellos, lo reconocería a kilómetros de distancia. ¿Por qué?

«Estamos solos», el pensamiento vino desde lo más profundo. «Todos queremos lo mismo: familia, hogar». Trató de ignorarla, de hacerlo consigo mismo. Ahora tenía que preocuparse por asuntos de mayor importancia.

—¿Ah, sí?

Ian movió la cabeza, confirmándole.

—Estaba un poco..., mucho-muy trastornado. Pero de mis clientes era el más amable. Al menos no me colgaba de una pared para joderme.

—Ian, por favor. —Hannah lo vio horrorizada. El hecho de imaginarlo sufriendo le rompía el alma en pedacitos.

Él le puso los ojos en blanco.

—Han, te amo, lo sabes; pero *no* somos vírgenes aquí. Tú lo eras, gracias al Señor Vampiro, ya no. Y sigo enojado por eso.

Ella desvió la mirada.

—Ya sé, pero no me gusta cuándo lo dices así.

—Es la verdad. No era nada bonito. No era hacer el amor y esa mierda, ni siquiera follar. Solo me jodían y ya. Tienes que aceptarlo, yo lo hice.

—No puedo —respondió con dolor—. No quiero.

Aidan le apretó la mano, consolándola.

—Está bien, dale tiempo —le dijo al oído. Luego volvió toda su atención hacia Ian—: Entonces, ¿era uno de nosotros?

—Sabía que había visto esos tatuajes antes —habló para sí mismo. Y más alto—: Supongo. Siempre estaba hablando sobre venganza y un padre de mierda. —Silbó—. Un tipo raro, pero al menos era cuidadoso.

Gemma frunció el ceño.

—¿Es el mismo que te llamaba Kate?

—Sí, cielo, el mismo.

Aidan ladeó la cabeza. ¿Así que había más miembros de Infernum corruptos? Una cosa era acostarse con prostitutas mayores, que habían elegido el camino fácil; y otra muy distinta hacerlo con adolescentes y esclavos sexuales, como Ian lo fue. Eso estaba lejos, a millas de distancia, de lo correcto.

—¿Recuerdas algo sobre él?

Ian besó los dedos de Gemma y se dedicó a jugar con el modesto anillo de compromiso. No era costoso, y Aidan supuso que gastó todo su miserable sueldo comprándolo; pero ella estaba bastante feliz con él. Incluso lo presumía como una colegiala.

—Sus ojos: eran fríos y oscuros, casi negros. También la inscripción en su brazo. Algo sobre el odio y la venganza.

Hannah tragó duro. Aidan la miró con el más absoluto de los terrores.

«Mierda, no». Esto tenía que ser una broma cruel y amarga. «¿Y qué te sorprende? El hijo de perra ha hecho cosas peores». Como lograr que asesinasen a Shurik y Tracy, matar a Thor y herir a Hannah. Y ni hablar de su propio hermano.

—¿La justicia es inútil. Odio y Venganza? —preguntó.

Ian lo miró desconfiado.

—Sí, ese. ¿Hay algo más que debería saber?

Aidan se pasó la mano por el rostro. Ahora entendía por qué le pidió que se deshiciera de Hannah: temía ser descubierto, que lo expusieran como el degenerado infame que era en realidad. Tomó su teléfono y escribió un mensaje para Peter Larsson, acordando una cita para el día siguiente a primera hora.

—Sí: es mi maldito jefe. El psicótico que inició esta locura.

Ian gimió una maldición. Sí, lo entendía perfectamente: era una pesadilla horrible. Mark no solamente quería destruir Infernum, sino que buscaría el modo de deshacerse de él, por conocer su secreto o lo que fuera.

Las siguientes horas, Ian se dedicó a ahondar en su oscuro y doloroso pasado. Con detalles, narró cada encuentro que sostuvo con Markus O'Connell y el resto de sus clientes. Aidan casi nunca sentía empatía por nadie; por él, sin embargo, desarrolló el más profundo de los respetos.

Se lo merecía.

Este chico fue usado como mucho más que el chivo expiatorio de los degenerados que compraban su cuerpo. Hombres y mujeres, solo veían en él a un objeto sexual. Su fuente de placer. Y lo torturaron física y emocionalmente, hasta quebrarlo y convertirlo en un adicto a las drogas que solo servía para complacer. Lo que fuera, él lo hacía: travestirse, humillarse, lastimarse a sí mismo...

Le arrebataron todo y le hicieron creer que Hannah, al igual que Megan, había muerto.

Aidan la miró disimuladamente y exhaló. Tuvo mucha suerte de ser encontrada por él y su grupo; de no haber sido así... La idea lo hirió. Imaginarla atravesar lo mismo que su gemelo fue un golpe duro. Le dolió en el

alma.

«¿Qué estamos haciendo?». Honestamente,. Solo un grupo de personas no era suficiente para limpiar al mundo. La prueba era el mismo Ian, ¿quién lo ayudó? ¿Dónde estaba Infernum cuando él lo necesitaba? El único que pudo haberlo salvado se limitó a utilizar su cuerpo para saciar alguna obsesión enferma. Pero no iba a rendirse, no ahora, después de haberle dedicado su vida entera. Hallaría un camino nuevo. Alguna solución.

Pasaron a conversaciones triviales sobre el embarazo y sus síntomas, la cena y una película de terror que hizo gritar a las mujeres. Aidan se sintió extrañamente cómodo, tanto que no le molestó la idea de quedarse a dormir en el apartamento del hermano de Hannah.

No era un lugar demasiado grande, aunque sí cómodo y acogedor. Se sintió como en familia. Más que eso, descubrió que se estaba ampliando. Ya no se trataba de él y Leo o de él y Hannah; sino de todos. Incluyendo al bebé que venía en camino.

Y le gustó la idea. Le gustó mucho volver a ser parte de algo que no tuviese nada que ver con el dolor, la muerte y la sangre.

Tan pronto como amaneció, dejó a Ian y Gemma a cargo de su nuevo guardaespaldas y llevó a Hannah a la academia, donde Darick estaba esperándolos. Luego se dirigió a la vivienda de Peter para ponerlo al tanto sobre los nuevos avances y buscar un modo de llevar a Markus O'Connell hacia su muerte.

## CAPÍTULO 41

Cuando Aidan y su grupo aparecieron en el salón atestado de miembros de la Fuerza Élite, se hizo silencio. Vestidos de negro, con gabardinas rojas y sus respectivas máscaras, siguieron a Peter y a K hasta el centro y esperaron mientras él se sentaba detrás del único escritorio en la esquina. El Colmillo del Diablo, Princesa y Bestia mostraron sus respectivos tatuajes al público. Como el de Leo estaba en su cadera, tuvo que bajarse ligeramente los pantalones y Diana darse la vuelta, ya que se ubicaba en su omoplato.

«Infernum», «Noveno Círculo», «el líder» se oyó entre los murmullos. Alguien tomó aire con fuerza, buscando su arma oficial; K levantó la mano indicándole que se detuviera.

Aidan se preparó mentalmente para hacer lo único que jamás imaginó: revelar su verdadera identidad a un grupo de personas que no asesinaría. Esto era arriesgado, ellos podrían traicionarlos e ir por sus cabezas después, pero había sido la única condición de Peter y Aidan era un hombre que honraba sus promesas. Leo gruñó una maldición. Lo entendía, ninguno deseaba dar este paso en realidad; sin embargo, Markus los empujó al borde. Tenían que hacerlo.

—Los he reunido —empezó Peter— porque de toda la Fuerza Élite en New Jericho, ustedes son los mejores y los necesito. Hay cosas sucediendo ahora y no podemos seguir de brazos cruzados mientras la ciudad, el país, se hunde en el caos. Hay drogas en las calles, personas muriendo, niños que son esclavizados y prostituidos...

Un hombre levantó la mano. Peter movió la cabeza, concediéndole su aprobación para hablar.

—Señor, entiendo eso pero ¿qué hacen *ellos* aquí? Son criminales, nosotros no...

Peter vio hacia el techo, fastidiado, y bufó.

—Puede que no aprobemos sus métodos, pero hacen el mismo trabajo que

cada uno de nosotros. Por como yo lo veo, estamos del mismo lado. Y ahora que nos necesitan...

—Son criminales, señor.

—¡Son los buenos! —Gruñó poniéndose de pie—. Karcsi ha estado infiltrado en la organización estos últimos meses y puede contarles un poco sobre...

Aidan le apretó el hombro para que parase. No necesitaba que un extraño los defendiera, ese era su trabajo. Infernum era su familia y responsabilidad, él se encargaría de convencer a cada hombre y mujer en ese lugar. Y si insistían en continuar considerándoles los malos, bien, los mandaría a todos y cada uno de ellos a la mierda.

Podía joderse, nadie los trataría como criminales solo por las locuras de Markus.

Retirándose la máscara, los enfrentó con una mirada indiferente. Oyó murmullos con su nombre.

—¡Oh, qué horrible situación! El abogado que libera criminales es el mismo que los envía al infierno. —Se burló—. Espantoso, increíble y toda esa mierda. *Supérenlo*, niños.

Soltándose la cabellera, miró como Leo se bajaba el pañuelo. Diana titubeó antes de retirarse la máscara de muñeca antigua. Completamente expuestos, se plantaron firmes delante del grupo que podrían arrestarlos si quisieran... o peor.

—Soy Aidan McLaughlin, jefe del Noveno Círculo y a veces abogado. No viene aquí para justificar lo que hacemos. Me importa una mierda si aprueban nuestros métodos o no.

Chasqueó los dedos. Detrás de él se proyectó la imagen de una prostituta muerta. Ah, sí, las bondades de tener la lealtad absoluta de Michael. Tecno levantó la mano desde el fondo, saludándolo. Aidan esbozó media sonrisa.

—Pero esto es lo que sucede en el mundo mientras ustedes juegan a la burocracia y a su justicia de mierda, que jamás funciona.

Las imágenes fueron cambiando, mostrando el sufrimiento que todos ignoraban. Se detuvieron en las fotografías de sus padres y hermano.

—Esta es mi familia —continuó, pese al dolor en su alma—. Mi padre, mi madre y mi hermano mayor, quienes fueron brutalmente asesinados porque un juez corrupto decidió vender a mi padre, el fiscal Logan McLaughlin. —El cuerpo ensangrentado de Glaw obtuvo reacciones, justo lo que buscaba—. Este es mi hermano, estaba por cumplir diecisiete cuando fue violado durante horas, por tres malditos bastardos, y asesinado...

Hizo una pausa para tomar aire. Las miradas espantadas de los soldados casi le hacen reír. ¿Qué clase de cobardes eran? ¿Con eso contaba el país? Por favor, Mauricio habría alimentado a sus perros con la carne de cada uno sin problemas.

—Estos son mi mujer y su hermano. Ella fue torturada durante meses, por un enfermo que la utilizaba como chivo expiatorio y entrenamiento para sus *rottweilers*. Él fue prostituido durante al menos dos años. Fue el favorito de los sádicos y... ya saben, le hicieron todo tipo de cosas. Tenían una hermana pequeña, murió su primera noche como prostituta por ser demasiado joven. Su cuerpo no resistió.

Las imágenes de Hannah e Ian, con sus rostros debidamente ocultos, se dispersaron. El silencio continuaba reinando. Aidan movió la cabeza, indicándole a Michael que proyectara un nuevo grupo de fotografías.

—Y esto... —Les dio una mirada despectiva—... es lo que nosotros, los *criminales*, hacemos cuando ustedes están en casa con sus familias, jodiendo con sus mujeres o jugando con sus hijos. —El cuerpo mutilado de uno de los miembros de las Triadas chinas apareció—. Cada uno de nosotros expone su vida porque conoce la peor cara del dolor. Hemos vivido en el infierno durante años y no queremos que nadie más sufra. Ahora, pueden seguir diciéndose esa mierda de que son los buenos y hacen lo correcto; que somos los malos y hacemos lo incorrecto. Pero al final del día, la realidad es esta: seguiremos haciéndolo porque queremos que continúen sus felices vidas. Es todo.

Dio un paso atrás. Recostándose de la pared, cruzó los brazos sobre el pecho. Leo y Diana se mantuvieron firmes. Una mujer levantó la mano. Peter le concedió la palabra.

—¿Cuánto llevas haciendo esto? Los tres, ¿cuánto tiempo y qué edad tienen ahora?

Aidan bufó.

—Veinte años. Cumplicé treinta hace poco.

Leo le mostró una sonrisa amplia y arrogante.

—Oh, no lo sé..., déjame pensar... ¿Diez o doce años, *babbo*? Tengo veintiséis.

Aidan hizo rodar los ojos. Diana suspiró.

—Yo, cuatro años. Cumplicé veintiuno en dos semanas.

—Eran niños cuando iniciaron.

Leo rió burlándose de sus palabras.

—¡*Uy*, el horror! —Se lamió los labios—. Déjame ponerlo en contexto, *bella*: ninguno aquí tuvo una infancia feliz como la tuya. Mientras tú jugabas a las muñecas e ibas a la escuela, la Princesa vivía en la basura *literalmente* y se metía en peleas callejeras para poder darle de comer a su hermano. —Volvió a reír, por lo bajo ahora—. Mientras tú tenías todo lo que un niño podría desear y seguro hacías berrinches porque mami no te compraba el último auto de *Barbie*, yo tenía que ponerle el culo a un montón de viejos asquerosos, comer mierda y llorar a mi madre, que murió tratando de ponerme a salvo. *Síp*, como imaginas, no lo logró. Y el jefe... —Señaló a Aidan con el pulgar—. Bueno, ya lo viste. Así que, ¿de qué niños hablas? ¡Despierta, cariño!: esto pasa en el mundo todos los putos días y tú no haces nada porque es más fácil jugar a los *polis* buenos que hacen lo moralmente correcto.

La mujer tomó aire e hizo el intento de responder, no pudo. Sentándose, se tragó un sollozo y se limpió las lágrimas. Aidan se frotó una ceja.

—Estoy adentro. —K dio un paso al frente—. ¿Qué necesitan?

Antes de que Aidan pudiera responder, cada soldado en el lugar se puso de pie. «Increíble, ellos nos apoyan». Diana y Leo se giraron hacia él, confundidos.

—Me uno —dijo un hombre alto y robusto.

—Y yo. —La misma mujer se sumó a ellos.

Lo que siguió fue una marea de «Y yo», que le robó el aliento. ¿Esto realmente estaba pasando, aquí y ahora? Leo se acercó a él y lo palmeó en el

hombro.

—Lo logramos, *babbo*.

Asintiendo, él trató de asimilarlo.

—Reúne a los jefes de cada Círculo, tenemos que unirnos.

—¿Incluyendo al Señor Necrofilia?

Aidan dudó. ¿Sería buena idea incluir a Byron? Estaba incluso más demente que Markus y aunque podría serles útil...

—No, solo al resto. Pero ten cuidado, no confíes. Llévate a Michael y a Diana. Los veré en dos horas.

—Hecho.

Tan pronto como sus compañeros hubieran salido, Aidan fue rodeado por los miembros de la Fuerza Élite, quienes esperaban ansiosos. Tomando asiento, él procedió a explicarles la situación: cómo Markus O'Connell había decidido hacer una doble alianza con el gobierno y los jefes de las mafias, el asesinato de Nicholas y Tracy... Todo. Incluso el hecho de que el Vicepresidente estaba vinculado con la trata de blancas y la mafia ucraniana, así como miembros importantes del gabinete gubernamental y varios integrantes de las Fuerzas Armadas.

La noticia tomó por sorpresa a cada uno de ellos. Aidan los entendía, le sucedió lo mismo con Markus, sobre todo cuando descubrió que fue él quien lo envió a una trampa para que lo asesinasen.

El plan era simple: Markus se reuniría a las afueras de la ciudad con los líderes de las mafias más importantes del país para firmar algunos acuerdos. Cuando esto sucediera, Aidan y la Fuerza Élite estarían esperando. Él se los entregaría a todos, vivos, con la única condición de que no persiguieran a la organización nunca más.

Infernum se encargaría de juzgar y sentenciar a Markus, personalmente. Nadie les arrebataría el honor, no a él.

Jamás.

Al terminar con Peter y sus hombres, Aidan se dirigió a la bodega abandonada en la que lo estaban esperando. «Jodidas reuniones». Un día de

estos se hartaría y mandaría a todos al demonio. «Ya, deja de ser un bebé llorón». Solo esperaba que esto no fuera tan difícil, no que le creyeran desde el inicio; pero sí que le dieran una oportunidad de probarlo.

De no ser así, estaría firmando su propia sentencia de muerte.

Sus ojos fueron directo al lugar de Shurik, que era ocupado por Zhenya en representación. Ah, sí: el chico había escapado del hospital para poder asistir a la reunión. Eso, y además tenía que enterrar a su padre esa misma tarde.

Una mierda, sí.

«Recordatorio: darle su propio trozo de Mark para que se divierta». Pateó la silla lejos y se cruzó de brazos. Ah, infiernos, estaba un poco cansado de dar discursos motivadores. Esperaba que este fuera el último. Encendió un cigarrillo y le dio una larga calada. Dios, necesitaba esto. Y cafeína. ¿Dónde estaba su café? Mataría por uno ahora.

Zhenya fijó sus afligidos ojos grises en él. Aidan le sostuvo la mirada antes de asentir y dirigirse a sus compañeros.

—Mi cabeza está a punto de explotar, por lo que seré breve: Markus es un traidor de mierda, que nos ha estado vendiendo. Voy a matarlo y espero que colaboren... ¿Preguntas?

Como era de esperarse, todos levantaron la mano.

Sí, este sería un gran día.

Aidan regresó al apartamento después del almuerzo. Tan exhausto como podía estarlo un hombre, casi arrastró los pies luego de abrir la puerta. En esta ocasión Thor no salió a su encuentro, y la imagen de su perro acuchillado lo traspasó desde el alma. Tan triste y doloroso, que le costó ignorar su ausencia. Si alguien le hubiera dicho que se encariñaría con el costal de pulgas no lo habría creído. Él no tenía espacio en su vida para el amor y ahora, no obstante, era todo lo que podía desear.

Suspirando, trató de no tomar en cuenta el recuerdo y la esquina donde

Thor acostumbraba dormir y continuó hacia la cocina, dado que no encontró a Hannah en el sofá viendo televisión, como de costumbre. A esta hora, ella debería estar en casa como acordaron: al menos hasta que la conmoción pasara. Odiaba tener que reprimir su libertad, pero mientras Markus no estuviera muerto él no podía arriesgarse.

Tampoco estaba ahí.

Preocupado y temiendo de que su jefe hubiera vuelto para terminar lo que inició, se sacó el arma de la cintura y cargándola se dirigió hacia las habitaciones. El sonido de alguna canción pop, amortiguado por las paredes, se filtró desde el baño. Con un suspiro producto del más profundo de los alivios, entró y la miró a través de las puertas de cristal, tomando una ducha.

La larga cabellera castaña-chocolate le caía sobre los pechos, con sus ligeras ondas casi lisas. Ella tenía los párpados apretados mientras tarareaba y el agua le recorría la piel dorada y suave que se moría por tocar. Probarla. No, lo que él quería ahora, y con cada latido del corazón, era hundirse profundamente en ella y quedar apretado dentro de su cuerpo. Lo necesitaba.

Aquí, en este momento.

Dejó la Jericho en el lavabo, se quitó la ropa tan rápido como pudo y se metió junto a ella, debajo del agua caliente que llenaba todo de vapor. Abrazándola por la cintura, descansó la barbilla sobre su hombro.

—Hola.

Hannah dio un respingo cuando lo sintió detrás de ella, aferrándose a su cuerpo como si temiera que lo abandonase. Su voz, más ronca de lo usual, aceleró su corazón ya desbocado. Aidan se apretó más contra ella, y Hannah no pudo contener un pequeño suspiro.

Se sentía bien ahí, siempre, con sus brazos protectores rodeándola y su cuerpo duro y caliente.

—Me asustaste, no te oí —respondió—. Hola.

Él soltó una profunda risa baja.

—Sí, lo noté. Estabas distraída con la canción de tu marica de mierda.

—Harry no es marica, es *sexi*.

—*Sexi*, claro. —Se burló—. ¿Debería preocuparme por eso?

Hannah rió divertida. ¿En realidad estaba pasando? Nunca imaginó que Aidan pudiera sentirse amenazado por otro hombre y mucho menos por uno que ella jamás conocería.

—¿Esos son celos?

—Depende: ¿debo preocuparme?

—¿De que me parezca *sexi*? —Fingió considerarlo un momento—. No lo sé..., ¿tú piensas en otras mujeres?

—No desde que me fijé en ti.

«Y eso fue hace mucho». Hannah se sostuvo el labio superior con los dientes.

—¿Cómo es eso?

—¿Me harás decirlo?

—Por favor.

Un gruñido. Él la apretó un poco más contra su cuerpo.

—Estás en mi sistema, Hannah, eso es todo.

Ella no respondió. Estuvo sintiéndose de la misma manera desde que comenzó a mirarlo como a un hombre y ahora, por mucho que pudiera bromear con respecto a otros, solo Aidan ocupaba sus pensamientos.

—Entonces, ¿debo preocuparme por ese tal Harry?

Negó pasando el brazo hacia atrás. Enredando los dedos en el cabello de Aidan, jugueteó con él. Le gustaba cómo se sentía entre sus manos: siempre suave y lacio. Increíblemente cuidado, ahora sabía el porqué: Glaw. Y le parecía un gesto noble y hermoso, jamás sería capaz de pedirle que se lo cortase. De igual modo le quedaba bien, más que eso, se veía arrebataudamente *sexi*.

Él lo era por completo. Cada parte, por pequeña que fuera, de Aidan era atractiva de un modo feroz y suave a veces, en especial cuando dormía.

—No, para nada.

—Me alegra. —La besó en el cuello, dulce y lento—. ¿Qué tal tu día?

Respiró hondo. ¿Para qué mentirle? Había sido duro: golpeada, con la tristeza en su corazón por las muertes de Shurik y Thor, preocupada por Zhenya y... sobre todo por él. Además, temerosa de que Markus O'Connell les hiciera daño a Ian, Gemma o su bebé.

—No muy bueno. ¿Qué tal el tuyo? ¿Cómo te fue con tus reuniones?

—Me costó convencerlos, pero lo logré. Ahora cuento con el apoyo de algunos miembros de la Fuerza Élite e Infernum. Todo mejorará.

—Eso es bueno.

Él no respondió. En lugar de ello, se dedicó a dibujarle círculos con los dedos enjabonados en el abdomen. Hannah suspiró. Le gustaba cómo se sentía esto, él, ahora. La erección de Aidan presionó contra ella. Ya entendía la razón de su necesidad de acompañarla en la ducha.

—Sé que lo de Thor te lastima —murmuró en su oreja. Ella contuvo la respiración, él podía leerla bien— y que ahora no es el momento, pero podemos adoptar otro cuando todo esto pase.

Hannah echó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos. La sinceridad en ellos le abrasó. ¿Dónde estaba el hombre despiadado que podía llegar a ser? Ese de ahí no era el Colmillo del Diablo, sino tan solo un hombre como cualquiera: amable y atento. Aidan McLaughlin, sin máscaras, era dulce y conmovía su corazón.

Ahora que lo pensaba, siempre fue de ese modo con ella, desde el inicio. Antes no se percató; en este momento, sin embargo... La diferencia era notable, tanto que alguna vez oyó a Samantha reñirle por eso. «Siempre le he importado». Y ahora le amaba como a la mujer que era, sin ver más a la niña desvalida que le recordaba a su hermano.

—¿Harías eso por mí?

—Sí.

Le sonrió antes de besarlo.

—Gracias.

Aidan movió la mano hacia su sexo y lo acunó con la palma. Sin hacer nada más, deslizó la lengua por la sensible piel detrás de su oreja, descendiendo hacia su cuello y hombro, donde succionó y volvió a subir.

Hannah dejó salir un sonido producto de la satisfacción. Le gustaba esto: cómo le hacía sentir con tan solo un par de toques suaves.

Con su mano libre, él le sostuvo el seno izquierdo. La callosidad de su palma sobre el pezón sensible le envió una descarga a lo largo del cuerpo. Lentamente, se dedicó a estimularla: bordeando, apretando y jalándolo.

—Tus senos son hermosos —ronroneó—. Me gusta cómo tus pezones se endurecen cuando los toco. —Un solitario dedo le acarició los labios externos y se retiró—. Como te excitas con tanta facilidad. Eres *muy* sensible y ya estas húmeda, para mí.

—Sí... —Fue todo lo que pudo responderle, y se sintió realmente estúpida por ello.

Aidan se frotó a sí mismo contra ella.

—Sí. —Le sostuvo el pezón entre los dedos y apretó—... Sí.

Hannah se sostuvo el labio entre los dientes. No había hecho nada significativo y le temblaban las piernas. Ya imaginaba cómo sería cuando decidiera dejar de torturarla con esto para ir más allá. Él la hizo girar hasta que estuvieron uno frente al otro y la recostó sobre las puertas de cristal. Hannah lo miró con curiosidad, ansiosa por lo que vendría. Con una media sonrisa, Aidan pasó de sus labios directo a su seno. Tomándola en la boca, succionó. Sus caderas se movieron hacia adelante.

Con una risita, continuó hacia abajo, repartiendo besos sobre su piel mojada y acariciándola, hasta llegar a la vulva. Paró, mirándola desde abajo.

—Súbela a mi hombro —dijo—. Y sostente.

Sí, por supuesto, ¿de dónde? «¿Y qué importa?». Lo necesitaba, lo deseaba con tanta intensidad que resultaba incómodo. Asintiendo, obedeció. Aidan le acarició la abertura con la nariz una, otra y otra vez.

—Hueles bien.

Ah, santo Dios, estaba matándola.

—Por favor..., deja de jugar.

Él resbaló la lengua. Solo fricción simple antes de mirarla como de costumbre. Era cruel, mucho.

—Eres hermosa. —Su aliento caliente la desarmó—. Tus senos grandes y caderas anchas, tus largas piernas llenas... Toda tú, cada parte...

Rodando la lengua hacia adentro, le separó los labios y se dedicó a jugar con los internos. Esto era un poco difícil así, pero podía soportarlo. Aunque lo que deseaba en realidad era a él: profundamente en su interior, llenándola. Aidan se humedeció el pulgar y lo llevó hacia su clítoris, acariciándolo despacio, se dedicó a besarle la piel de la cara interna del muslo. Cerrando los ojos, Hannah se abandonó a la sensación. Él era bueno. Sabía cómo tocarla, cada parte de ella, sin lastimarla.

¿Cómo lo conseguía? Como si llevaran años haciéndolo, él conocía a perfección cada parte de su cuerpo: las más sensibles y las que no lo eran, cada cicatriz o lunar... No había nada en ella que él no supiera y se dedicase a mimar cuando estaba solos. La consideraba hermosa, incluso cuando tuviera un poco de celulitis en las piernas. Él veía sus marcas externas con ojos de amor y las tocaba con ternura.

Era increíble el modo en que se transformaba cuando estaba a su lado. Aidan casi volvía a ser un chico dulce y tímido, que se entretenía explorándola. Que le amaba sin importar sus rarezas y que se abría poco a poco, mostrándole su verdadera personalidad.

La presión en su vientre aumentó con cada lamida y toque. Aidan prestaba atención a los detalles: si algo le incomodaba, él conseguía otro modo de complacerla. Igual que ahora. Él deslizó dos dedos dentro de ella y presionó, a la vez que ponía la lengua justo debajo de su clítoris llevándola hacia el clímax con tanta facilidad que le sorprendió. Y la sostuvo hasta que la ola hubo pasado.

En silencio, él se irguió y alargó la mano hacia la repisa. El pequeño paquete del preservativo bailó en sus dedos. Antes de que lo rasgara, ella lo sujetó por el brazo.

—¿Qué sucede?

Tragó duro, buscando las palabras. Se decidió por la única verdad que conocía:

—Yo no quiero usarlo... si tú no quieres. —No, así no era—. Bueno, es obvio que quieres, pero... lo que trato de decir es que...

Calló. ¿Por qué le costaba tanto? Era simple, solo tenía que decirlo, pero ¿cómo? No era tan fácil. Él podría negarse, a lo mejor no compartían el mismo anhelo. Aidan no... Su mirada se suavizó sobre ella, calmándola.

—¿Estás segura? Podría salir, para enfrentar a Markus, y no volver.

Asintió.

—Entiendo que no quieras. Yo nunca te obligaría a...

La calló con un beso. Levantándola en sus brazos, deslizó las piernas de ella alrededor de su cintura. Hannah lo rodeó con sus brazos y gimió sintiéndolo entrar en su cuerpo poco a poco, como si pudiera romperse.

—También quiero una familia contigo —dijo sobre sus labios—. Una parte tuya y mía, creciendo en ti. Solo que pensé que eres joven y te interesaría una mierda.

Eso, por mucho, era la cosa más dulce que él había dicho. Y Aidan era especialmente dulce a su manera. Asintiendo, ella se recostó del cristal y se aferró con más fuerza a su cuerpo caliente y mojado, macizo, que la aplastaba de un modo delicioso.

—Dios...

—Te sientes jodidamente bien ahí. —La besó en el cuello.

—Dan, te necesito.

Aidan gruñó por lo bien que se sentía: apretando completamente dentro de ella, con su piel rozándolo y sus labios acariciándole el cuello. Nunca deseó, necesitó ni amó a nadie de esta manera. Él era de placer salvaje y sin compromisos, no de amor. Pero Hannah lo había cambiado por completo, cada parte, hasta el extremo en el que ya no quería ni tenía fuerzas para luchar contra ello. Contra ella.

Nunca más.

Sujetándola con firmeza, comenzó a marcar un ritmo suave y dulce, como ella lo merecía. Joder, era doloroso contenerse, pero por ahora... Hannah gimió su nombre, enterrándole las uñas en la espalda, animándolo, buscando su contacto. Aidan incrementó la velocidad. Jadeando sobre sus labios entreabiertos, no la besó.

—Mírame, cariño —pidió. Le gustaba sentirse parte de algo otra vez. No más lejanía. Nunca—. Mírame...

Su voz se perdió en un murmullo. Estaba tan cerca, solo un poco más. Atrayéndola y gimiendo alto por el placer que lo inundaba, se hundió una última vez en ella, derramando su semen por completo en su interior. Hannah le siguió momentos después, con los ojos entrecerrados tratando de enfocar su vista en él.

«Quiero vivir contigo, siempre», el pensamiento lo estremeció. «Una familia, de nuevo. Jamás volver a estar solos». Si daba resultado, a partir de hoy serían una por completo.

Los tres.

## CAPÍTULO 42

Las semanas que siguieron al sepelio de Aleksandr Sergéevich Gusev fueron especial y preocupantemente calmadas. Como si nada hubiera sucedido, cada miembro de Infernum se dedicó a continuar con su vida y trabajos. Todos, excepto Zhenya, se olvidaron de él... como era la costumbre. Ninguno pensaba en la muerte, en realidad, teniéndola sobre sus hombros cada día. Sin embargo, los ocho líderes que aún continuaban vivos se encontraban en constante alerta. Markus O'Connell debía ser detenido. Cosa nada sencilla. ¿Cómo retar al demonio en su propio reino? Más importante todavía: ¿cómo ganarle cuando contaba con la lealtad de cientos de personas dispuestas a morir por él? Porque solo un pequeño grupo estaba enterado de quién era en realidad, el resto aún se encontraba entre las sombras, creyéndolo su dios y salvador. Una especie de Mesías que les brindaba la oportunidad de obtener justicia y venganza. Lo que llegarse primero.

Lo vieran por donde lo vieran, parecía un caso perdido.

Las reuniones entre Aidan y Peter se hicieron más frecuentes. El hombre todavía no le agradaba, pero al menos podría serle útil, ya que tenía una excelente motivación: la seguridad de Samantha. Aidan quiso poder sentirse culpable por utilizarla como herramienta, sobre todo porque de haber sucedido con Hannah él ya habría matado al pobre bastardo. Pero de esto se trataba la vida y le importaba una mierda lo que pudieran pensar respecto a su conducta. El fin justificaba los medios y la prioridad en este instante era frenar a Markus sin importar el costo. Incluso si morían todos en el proceso.

Aidan exhaló pesadamente, viendo a Hannah por el rabillo del ojo. Ella y su gemelo estaban riéndose de algún chiste del que se perdió por estar absorto en sus propios pensamientos crueles y desordenados. Cinco días antes se vio forzado a reubicarlos junto a Gemma en una casa de campo fuera de la ciudad. Él no confiaba en nadie a estas alturas y quería protegerlos. Markus estaba tranquilo, demasiado silencioso y en apariencia distraído. No le gustaba. Además de que no volvió a insistirle con «deshacerse» de Hannah, lo cual solo podía significar una cosa: estaba tramando algo. Grande y peligroso.

Tenía que ser más inteligente e irse con cuidado.

Hannah lo miró mientras Ian acariciaba el vientre abultado de Gemma, y le sonrió con esa dulzura que lo ablandaba hasta convertirlo en una mejor versión de sí mismo que le parecía aterradora. No pudo devolverle el gesto, sin embargo, porque su propia angustia no se lo permitía.

Apretó los párpados y por un segundo la vio en el lugar de su cuñada: sonriente, llevando a su hijo dentro de ella. «No puedo fallar». No ahora, cuando después de tanto la vida le regalaba la oportunidad de ser feliz nuevamente. De estar completo, como al inicio. Hannah era la pieza que siempre le faltó y ahora que la tenía, no podía permitirse ser estúpido y arruinarlo. Con todo, había sido precavido al preparar su testamento. Si Markus se lo llevaba junto a él al infierno, al menos no la dejaría en la calle.

No soportaba la idea de que volviera estar sucia, hambrienta y golpeada.

—¿Estás bien?

La suave voz de Hannah a su oído lo devolvió a la realidad. ¿En qué momento llegó a su lado? Abriendo los ojos, asintió. Ella estaba mirándolo fijamente y Aidan se sintió desnudo y vulnerable.

—¿Qué te preocupa?

Ah, diablos, esto era terrorífico. ¿Desde cuándo era tan evidente? «Ella puede leerme. Siempre ha podido, de un modo u otro». Y saberlo le causó emociones contradictorias. ¿Estaba bien sentirse asustado y feliz al mismo tiempo?

—Estoy bien.

Hannah ladeó la cabeza, sin dejar de mirarlo.

—Has estado distante.

«Tengo miedo, por primera vez desde que inicié con esto, de morir. Eso me pasa», pensó. No lo dijo. Lo que menos deseaba era asustarla también. Tenía que parecer fuerte y mostrarse como el Colmillo del Diablo. Aidan McLaughlin no tenía espacio en esta situación, no hoy ni en un largo tiempo.

—Estoy bien.

Ella extendió la mano y le acunó la mejilla con la palma. La suavidad y

calor de su piel lo tranquilizaron. Acercó sus labios y antes de que pudiera ordenar su mente, lo besó. Dulce y despacio, como si él fuera frágil. Alejándose, volvió a sonreírle.

—¿Cuándo te irás?

Él vio su reloj antes de responderle.

—Una hora.

Hannah se apretó la comisura del labio con los dientes. Tenía que fingir naturalidad, aunque las lágrimas quisieran salir de sus ojos. Estaba llena de miedo. Hoy era el gran día y Aidan probablemente se iría para no volver. ¿Cómo lidiar con eso? De forma inconsciente, se llevó la mano al abdomen y lo acarició sobre la tela con el pulgar. Esto podría no ser nada, pero tenía un leve retraso. Una semana. Y él no lo sabía. «No seas estúpida», se regañó. De seguro sus hormonas se habían alterado debido a la presión a la que estaba sometida.

—Entiendo.

Forzó una sonrisa. Nunca le pediría que abandonase a Infernum, pero al menos que fuera cuidadoso, que no se expusiera innecesariamente. No obstante, sabía que él no era de los cobardes que corrían a esconderse detrás de los muros. Aidan iba al frente de sus compañeros, dispuesto a morir para cuidarlos. Podía decir lo que quisiera e incluso fingir ser indiferente, pero ella sabía la verdad. Lo vio cuando era la esclava de Mauricio y también cuando recibió una bala por Leo.

De ser necesario, él lo haría otra vez. Y posiblemente no saldría bien librado.

Aidan la sostuvo por la cintura y unió sus frentes. Humedeciéndose los labios, él cerró los ojos. Una mala señal.

—Si no regreso, quiero que me prometas algo.

—Vas a volver.

—Pero si no lo hago...

Interrumpió, negando con las lágrimas a punto de salir.

—Vas a volver.

Él suspiró y la vio a los ojos. La determinación en ellos era impresionante, aunque también el amor.

—Cariño, escucha: si sale mal y no lo consigo, deja todo y vete. Llévate a tu hermano y cuñada, incluso a Miyuki, y vete lejos. Todo lo que tengo ahora es tuyo, así que...

—¡Cállate!

—Hannah, por favor...

Y lloró. Sin poder evitarlo, terminó rompiéndose delante de él. Esto quemaba en lo más profundo.

—Solo... sólo... ten cuidado y vuelve conmigo, ¿bueno? —Tomó aire—. No te pido nada, solo vuelve conmigo.

La besó en la nariz.

—Lo intentaré.

—No intentes, hazlo. Por favor, por favor...

Aidan respiró profundo, alejándose varios centímetros. Hannah no entendió lo que hacía hasta que le sujetó del brazo y la arrastró con él hacia la recámara que compartían. Cerrando la puerta, él le ofreció una sonrisa débil y pequeña. Casi imperceptible. Se retiró la chaqueta y la franelilla. Hannah se tragó el nudo en su garganta, cuando lo vio semidesnudo con sus ojos azules opacados.

«No me hagas esto, te lo pido». No pudo pronunciarlo, la boca de Aidan sobre la suya no se lo permitió. Esta era una despedida, lo supo en su alma. Él estaba diciéndole adiós de antemano porque sabía tan bien como ella que a lo mejor no iba a cruzar la puerta de nuevo.

Porque esta era la vida que eligió y nadie podría cambiarlo. En efecto, no ella. Aunque hoy quería ser egoísta y suplicarle que se quedase. Pero ¿cómo continuar adelante sabiendo que Aidan tuvo la oportunidad de hacer lo correcto y ella se lo impidió? No podía ser así de mezquina.

Llevándola hacia la cama, Aidan la desvistió poco a poco. Como si tratarse de llevarse la imagen de su cuerpo desnudo como un recuerdo. Y le hizo el amor de una forma suave, lenta y dulce. Más que antes: siempre mirándola a los ojos y con los dedos entrelazados, fundiéndose en un solo ser.

Tristemente bello. Al terminar, ella casi se negó a dejarlo. Lo hizo, no obstante, y con una sonrisa rota y las lágrimas mojándole la cara, lo acompañó hasta la puerta.

—Cuídate, por favor —suplicó.

Asintiendo, Aidan se fue sin mirar atrás. De hacerlo, se arrepentiría y era lo que menos necesitaba en este momento. Tenía prioridades, la más importante de ellas era terminar con el reinado de locura y decadencia de Markus O'Connell. Para siempre.

Se subió en su vieja Ducati y encendió el motor. Mientras conducía, las lágrimas de Hannah lo estremecieron, haciéndolo sentir culpable. ¿Acaso pensaba en renunciar? Honestamente, esto era todo lo que conocía, por lo que había vivido desde la infancia, ¿estaba listo para dejarlo ir? Pero entonces, de hacerlo, ¿qué sucedería con su venganza y la justicia que prometió para el resto de las personas? Las palabras de Hannah volvieron para animarlo: «Yo nunca te pediría que lo dejaras. Pero tendrás cuidado, ¿cierto? Tan solo eso». Con una media sonrisa, asintió para sí mismo.

Acelerando, se internó en la carretera.

Más que cuidarse, él volvería en una pieza a casa. Tendría la familia que estuvo deseando desde que le arrebataron la suya y haría de New Jericho un lugar seguro para ellos. Al menos lo intentaría.

Estuvo en la vieja bodega abandonada media hora después. Afuera, Leo y Diana lo esperaban. Él levantó la mano. Aidan se dirigió hacia ellos y volvió a su seriedad habitual. «A jugar en el infierno. Sí», se burló.

Esto mejoraría dentro de poco.

—*Babbo*. —Inclinó la cabeza hacia él—. Llegaste tarde.

Aidan hizo rodar los ojos. Ni estando a punto de lanzarse a la mierda, Leo dejaba de molestar.

—Estaba jugando con mami, *bambino*, lo siento.

Leo puso cara de horror. Con la boca completamente abierta, se llevó las manos a las mejillas.

—¡No! ¡Por Dios! —Se burló—. ¡Has destruido mi puta infancia!

Aidan bufó, cruzándose de brazos.

—Ya, cállate.

Diana, junto a Leo, negó.

—¿No piensas madurar ni a punto de morir?

Leo le mostró la lengua.

—Jamás, *patata*<sup>[76]</sup>. Y yo no voy a morir, tengo una sexi y muy caliente japonesa esperándome en casa. No sé tú...

Diana gimoteó.

—Jefe, ¿cómo hace para soportarlo? Yo apenas puedo.

Aidan esbozó media sonrisa.

—Buena pregunta.

Leo fingió molestia.

—Oh, qué cruel. Le diré a mami.

Por primera vez en el día —y quizá en lo que llevaban juntos—, Aidan rió entre dientes por las bromas de Leo. Ah, mierda sí, esto de estar al borde de la muerte era peligroso. Volvía a las personas sensibles.

Leo y Diana lo miraron con asombro.

—El infierno se congeló. El fin del mundo ha llegado. ¡Huyan! —Leo se frotó los párpados—. ¿Eso fue una risa? ¡Oh-por-Dios!

Aidan le mostró el dedo del medio.

—Cierra la boca.

Leo alzó las manos en señal de rendición.

—Y ahí, está: el demonio malvado. Necesitas sexo, ¿sabes? Me ofrecería, pero tienes verga y pues... no, gracias. —Apretó los labios un par de segundos—. Quizá Yuki deba enseñarle algunos trucos a Hannah. Ella hace esa cosa con los dedos, que... Nirvana, *babbo*, éxtasis total.

Ignorándolo, Aidan ingresó a la bodega. Ahí el equipo de Peter lo esperaba. Completamente armados con fusiles de asalto y con ropas oscuras, los más de treinta pares de ojos lo miraron. De ser un novato, se habría

sentido nervioso; pero como no lo era... Erguido, caminó hasta Peter y su compañero y se plantó firme delante de ellos. Ambos le extendieron las manos, saludándolo, él correspondió.

Cuando se dispuso a iniciar con su discurso motivador, que consistía en recordarles que iban a morir, todos ellos, sus ojos divisaron a Zhenya. «Joder, no». ¿Qué hacía él en ese lugar? Se suponía que aún estaba lesionado, necesitaba reposo y un montón de cosas que seguro no tenían que ver con balas lloviéndole y mierda. Furioso, fue contra él y lo asió por la camisa.

—¿Qué coño crees que haces?

Con el ceño fruncido, Zhenya le apretó la muñeca para que lo soltase. Aidan no lo hizo.

—¿Tú qué piensas? Voy a vengar a mi padre.

Aidan negó.

—Estás herido, así solo vas a conseguir que te maten.

Una risita burlona. Agria, dolida. Zhenya entrecerró los ojos y abrió los brazos. Aidan lo dejó ir.

—*¡Sosat' moy chlen!*<sup>[77]</sup> —respondió con los dientes apretados—. ¿Crees que me importa? De todos modos, no tengo motivos para vivir. Solo tenía a mi padre, ya...

—Yevgeniy, deja esa mierda. *Ahora.*

Él se burló

—¡Uy!, me llamaste Yevgeniy, ¡qué miedo! —Juntó las cejas, hundiéndole el dedo índice en el hombro—. No te metas en mi camino, Aidan, o voy a pasarte por encima. Ese hijo de... ¡Mató a mi papá! Quiero sangre, su sangre, y nadie va a im... impi... impedírmelo.

Rendido, Aidan suspiró. Lo entendía. Ese mismo sentimiento estuvo motivándolo durante años, hasta convertirlo en el hombre que era en la actualidad. El Colmillo del Diablo se forjó a base de lágrimas, sudor y mucha sangre. La venganza, al final del día, era lo único capaz de aplacar la culpa y el dolor.

—Lo harás a mi manera, Chernobog. Puede que desees morir, pero yo no

quiero eso.

Confundido, él parpadeó.

—¿Por qué?

Alzó un hombro, despreocupado. Siendo sincero, no tenía una razón válida más allá del hecho de que estaba harto de perder miembros de Infernum. Se decidió por una respuesta sencilla y sincera:

—Hannah. Eres su amigo y le importas. Además, también eres de mi equipo y no pienso enterrar a otro de ustedes. Así que, hazme un favor: no mueras.

Zhenya se echó a reír.

—Joder. —La *ere* rodó en su lengua—. Esto es aterrador, ¿qué mierda te hizo la bonita?

Aidan bufó, viendo hacia el techo.

—Sigue y te corto la lengua.

—Como digas.

Aidan decidió pasar de Zhenya y concentrarse en el grupo que esperaba por él. Ah, sí: el discurso motivador que los haría mejores personas y esa mierda. Por supuesto. ¿Y qué iba a decirles? Siendo honesto consigo mismo, no tenía idea. Él era de acción, no de palabras. «Recen por sus almas y ¡de cabeza al infierno!», se burló en su interior. Sí, eso probablemente serviría.

Soltó el aire con pesadez y se paró firme delante de los soldados.

—Si alguno tiene miedo, esta es su oportunidad de salir por esa puerta. —Aidan señaló con el dedo—. Lanzarse a la mierda siempre es aterrador como el infierno y nadie va a juzgarlos.

Silencio. Dado que nadie hizo el intento de moverse, él continuó:

—Repasemos: en la reunión estarán los jefes de las mafias más importantes que operan New Jericho: *Bratva*, *Yakuza*, *Ndrangheta*, Triadas, *Cosa Nostra*, *Kangpae Jopok*... ¿Me siguen? Esto no es un juego de niños, estarán armados, así que sean cautelosos. Un movimiento apresurado y estamos muertos.

Los barrió con la mirada. Leo silbó.

—Esto es como nuestra primera misión juntos, ¿recuerdas, *babbo*? Con los albaneses. —Soltó una risa maliciosa—. Casi no la contamos.

Aidan hizo rodar los ojos.

—Sí, Minino, *no* vuelvas a hacer esa mierda, ¿quieres? O voy a darte una patada en el culo.

Peter le frunció el ceño.

—¿Qué hizo exactamente?

Aidan sintió dolor de solo recordarlo. Había sido acuchillado gracias a su estupidez. Pero eso fue años atrás; ahora Leo no era tan impetuoso ni... «Ay, mierda». Estaban perdidos.

—Resumiendo: quiso ser gracioso y nos expuso. Terminamos en el hospital, múltiples puñaladas.

Alguien gimió. Aidan rió entre dientes. «Maricas», se dijo. ¿En serio les asustaban un par de heridas de cuchillo? Oh, ellos no sabían nada. No tenían una puta idea de lo que era exponerse al peligro, sufrir y sangrar.

Leo esbozó una sonrisa altanera.

—Pero te cubriste las cicatrices con varios tatuajes bonitos. Eres más hermoso ahora.

—Sí, *gracias* por eso. ¿Qué haría yo sin ti?

Hizo una pausa y volvió a fijar su mirada en los miembros de la Fuerza Élite.

—¿Preguntas? —De nuevo, silencio—. Bien, recuerden: quiero a Markus O'Connell con vida. Nadie lo toca. *Es nuestro*, ¿entendido?

Hubo un grito colectivo en el que solo se oyó una cosa: «Sí, señor». Con un asentimiento, Aidan se encaminó hacia la puerta.

El cielo estaba oscuro, pese a ser tan solo las seis de la tarde. Una hora extraña para una reunión ilegal y forma de contratos multimillonarios; pero la

mierda prefería las sombras, ¿qué podía decir? No era como si le importase mucho y siendo sincero, todo lo que quería justo ahora era terminar con esto y volver a casa. Descansar unos días y hacer el amor con su mujer muchas horas. Un poco de esa agradable paz a la que ella lo había acostumbrado.

Si todo salía bien, haría algo que jamás cruzó su mente antes: le llevaría rosas. «Ya, deja de ser estúpido. Concéntrate». No podía distraerse estando a punto de enfrentarse al demonio.

Sonriendo para sí mismo, Aidan se colocó su máscara negra, la que tenía tachuelas doradas por todo el contorno además de cuernos y cargó su Jericho, al igual que un par de CZ SP-01. Ah, mierda, tenía un problema con las 9 mm: le gustaban demasiado. Inspeccionó sus cuchillos y los guardó mientras veía por el rabillo del ojo cómo sus compañeros también se preparaban. Como si fuerana la guerra, cada uno de ellos estaba asegurándose de no quedarse desprotegido. Si incluso tenían puestos chalecos antibalas, cosa que no hicieron antes. Cortesía de la Fuerza Élite. Un gesto hermoso, que casi conmueve su corazón. Casi. No lo hizo, sin embargo.

Se trataba de un trabajo en conjunto con personas que no aprobaban sus métodos. Esto no era amabilidad, sino una obligación. Pero le pareció bien.

Peter, que estaba junto a K, le ofreció una sonrisa torcida antes de cubrirse el rostro. El vehículo se detuvo. Llenándose los pulmones de aire, Aidan descendió haciéndole señas a su equipo para que lo siguieran. Pese a que trabajarían juntos, él solo iba a preocuparse por sus chicos. El resto podía irse a la mierda.

En silencio, se apresuraron hacia el almacén en el que Markus se encontraba. Uno detrás de otro, avanzaron dispersándose. Había tan solo cinco hombres armados como para el Armagedón, rodeando el punto de encuentro. Raro, mucho, aunque no le prestó atención. Era una reunión ultra secreta, seguro no querían despertar la curiosidad de nadie.

Aún callado, Aidan les ordenó con un gesto a Diana y Zhenya. De inmediato, ella y el chico ruso asintieron echándose a correr hacia los custodios. Los hombres que rodeaban el almacén se lanzaron contra los dos miembros de su equipo. Uno de ellos trató de golpear a Zhenya, quien se movió esquivándolo y logró clavarle un cuchillo antes de dispararle a otro. Diana tomó impulso y saltó sobre uno de ellos; aprisionándolo con las piernas, lo

estranguló mientras abría fuego contra el resto.

La hora había llegado. Aidan se apresuró hacia las grandes puertas de madera, siendo seguido por el grupo de la Fuerza Élite. Peter se detuvo un momento para ver los cuerpos en el piso.

—Mierda, son como máquinas de matar —murmuró.

Aidan se burló riéndose entre dientes.

—Y aún no has visto al Minino.

Y sobre eso... Fijó su intensa mirada en él.

—Derríbalas —ordenó.

Leo dejó salir un silbido.

—¡Uff! Ese tono de chulo... Creo que acabo de correrme —dijo tomando un par de granadas aturdidoras. Se rió—. Insisto: necesitas sexo. Una mamada, quizá... —Balanceándolas de una mano a otra, exhaló—. ¡Atrás niños!

Las lanzó por la ventana que acababa de romper. Adentro, el caos estalló y se oyeron voces inquietas. De tres patadas, Leo abrió las puertas.

—¡Muévanse! —Peter sostuvo su arma y dio el primer paso—. ¡Ya, ya!

Ingresó siendo seguido por sus hombres. Aidan se preparó mentalmente para lo que fuera que pudiera suceder. Él no tenía idea de con qué podría encontrarse ahí, pero seguro como el demonio que no era bueno.

El sonido de armas siendo cargadas a su alrededor mandó una corriente a lo largo de su cuerpo. «Maldita mierda. ¡No!»). Tenía que ser un sueño, una pesadilla horrible. Apuntando hacia el frente, divisó a Markus entre el grupo de hombres, que los rodeaban a él y a los soldados. Sus chicos y los de Peter. Contó cuarenta, al menos. Todos armados y peligrosos.

Un hombre alto y musculoso, de penetrantes ojos azules, le sonrió altanero. Vadim Rabinovich, único hijo y matón personal del *Pakhan* de la *Bratva* en New Jericho.

—*Posmotrite, chto my imeyem zdes': simpatichnyye deti na uzhin. ¿Kak dela, Z? ¿I vashi rany, oni uzhe zazhili?*<sup>[78]</sup> —dijo en ruso, con su voz gruesa y burlona.

Zhenya le retiró el seguro a su Glock, dispuesto a dispararle. Vadim hizo lo mismo. La situación estaba a punto de mejorar.

—*¡Ya sobirayus' ubit' tebya, ty chertovski ublyudok!*<sup>[79]</sup> —Escupió al suelo—. *¡Ya budu kupat'sya v tvoyey krovi, Vadim!*<sup>[80]</sup>

Oh, infiernos, no. Este era el hombre que había asesinado a Shurik. Tenía que controlar a Zhenya antes de que hiciera una locura.

—Chernobog, no...

El cañón de un arma sobre su cabeza confirmó sus temores: habían sido traicionados. De nuevo, como cada vez. Aidan se paralizó.

—¡Todos, manos arriba o disparo!

No reconoció la voz del hombre. Tampoco hizo falta. Uno de los soldados de Peter se movió, aún apuntándolo, hasta quedar frente a él. Retirándose el pasamontañas con la mano libre, le ofreció una sonrisa maliciosa.

Leo hizo el intento de acudir en su ayuda, el hombre negó.

—Inténtalo y le vuelo la cabeza.

Leo retrocedió con las manos en alto.

—¿Campbell, qué mierda estás haciendo? —La voz de Peter se elevó en medio del bullicio.

Él lazó un hombro. Quien respondió en su lugar fue Markus:

—¿De verdad pensaste que sería tan simple? Te enseñé mejor que eso. ¿Crees que he sobrevivido todos estos años por ser estúpido? —Rió entre dientes—. Buen trabajo, Stephen. Ahora acaba con el traidor.

Stephen le retiró el seguro a su arma. Zhenya miró a Aidan de reojo, quien asintió levemente. Sucedería lo que tenía que pasar. Entonces, él lo asió por la muñeca haciendo que le disparase a una de las lámparas del techo. Aidan apenas tuvo tiempo de moverse. Stephen soltó el arma y Zhenya la pateó lejos antes de golpearlo en la cara con el codo.

Markus retrocedió dos pasos.

—Vadim es mío. —Zhenya apretó la mandíbula—. Lo quiero, Colmillo. *¡Moy!*<sup>[81]</sup>

Aidan asintió. Sí, le daría esto ahora, sobre todo porque le había salvado el culo. Volvió a poner toda su atención en Markus. No saldría de aquí vivo, iba a asegurarse de ello. Recogiéndose el cabello hasta no dejar ni un mechón que pudiera estorbarle, giró el cuello levemente y le sonrió a su equipo.

—Minino, ¡a jugar!

Los ojos de Leo se dilataron de inmediato. Peter, no obstante, le frunció el ceño evidentemente confundido. Habían acordado que ningún miembro de la Fuerza Élite se movería hasta que él lo ordenase, aunque Peter fuera el oficial a cargo. Esta operación era de Infernum y suya.

—*¡Oh, babbo, ti amo!*<sup>[82]</sup> —chilló.

Levantando su Magnum 47, esbozó una amplia sonrisa e hizo el primer disparo. Uno de los hombres de Markus le respondió con otro. Aidan sintió cómo la sangre le recorría las venas con más rapidez. Ansioso, se lamió los labios.

—¡Princesa, ya sabes qué hacer!

Ella asintió, corriendo y esquivando balas hacia un grupo. Dagas en mano, luchó cuerpo a cuerpo con un hombre que la superaba en tamaño y masa muscular: más de un metro ochenta, moreno y lleno de músculos. Diana atacó sin descanso, haciéndolo bailar a su ritmo: avanzando y retrocediendo, moviéndose hacia los lados. Cansándolo. Esta mujer era hábil y astuta como el demonio. Flexible y atlética, dos jodidas ventajas que les servían de mucho ahora.

—Diablo. —Aidan no se movió para verlo—. ¡Ahora!

Con un movimiento de cabeza, él confirmó. Sus hombres se desplegaron por todo el lugar. Y así, rápidamente, la bodega se llenó de estruendos y gritos: «¡Levanta las manos!», «¡de rodillas!», «¡alto!». Y más de un «¡jódete!» por parte de los hombres de Markus.

Mientras unos luchaban contra los otros, Aidan divisó a Zhenya quien estaba entretenido con Vadim. Le pareció perfecto que vengase a su padre, pero a él le interesaba Markus. Lo buscó. No estaba por ninguna parte.

Maldijo entre dientes, furioso consigo mismo por ser tan idiota. ¿Cómo se le ocurrió descuidarse? Tan solo un segundo..., nada más.

El hijo de perra se había ido.

Hannah le retiró el seguro a su Browning HP tan pronto como la perilla de la puerta se movió. Oh, bueno, ella no habría estado tan nerviosa de encontrarse en una situación normal; esta no lo era en absoluto. Ni un poco. No estando escondida como si fuera una criminal, forzando a su hermano y cuñada a permanecer encerrados junto a ella en esa casa de campo que sabía Dios dónde estaba. Ella solo sabía que se encontraban muy, muy lejos de la ciudad.

No podía quejarse, al menos estuvo a salvo todo este tiempo... hasta hoy.

Con el corazón martilleándole contra el pecho, como si quisiera salirsele, ella se escondió en la esquina junto a la puerta y le hizo señas a Ian y Gemma para que se mantuvieran lejos. Bien, quizá no fuera demasiado fuerte ni estuviera tan bien preparada como los integrantes de Infernum, pero nadie volvería a cogerla con la guardia baja. No repetiría el mismo error que le costó la vida a su perro. Nunca más. Si se trataba de Markus O'Connell, ella lo enfrentaría mejor esta vez porque estaba preparada.

Cuando la puerta finalmente se abrió, ella contuvo un gemido al ver a Aidan. Después de tres largos días, lo único que pudo hacer fue lanzarse sobre su cuerpo y abrazarlo. Él gimió entre dientes, como si algo le doliera tanto que resultaba insoportable.

—¿Estás bien? —preguntó alejándose.

Sus ojos atormentados la confundieron. ¿Qué sucedía? Aidan no respondió, tan solo se mantuvo firme delante de ella, con su rostro inexpresivo lleno de golpes. Ahora era él quien tenía el labio roto.

—¿Cariño?

Silencio.

—¿Aidan? Me estás asus...

Respirando profundo, él se inclinó y le cubrió la boca con la suya. La besó feroz, necesitado, sin prestar atención a nada más que ella. Y a Hannah le

costó seguirlo, sobre todo cuando la apretó contra sí mismo, dejándola sin aliento. Después dos minutos, finalmente la dejó ir.

Juntando sus frentes, él exhaló.

—¿Qué sucede?

Él tragó duro y miró más allá de ella: hacia Ian y Gemma. No necesito oír sus palabras para entenderlo, aun así él decidió hablar:

—Escapó.

Gemma reprimió un grito sin mucho éxito. Ian maldijo alto y fuerte. Hannah, sin embargo, se quedó sin aliento.

—Siempre va un paso adelante y cuando creo que voy a lograrlo... ¡Mierda!

Hannah se forzó a sí misma a respirar.

—Aidan...

—Voy a solucionarlo.

—Lo sé.

—No dejaré que te haga daño. A ninguno de ustedes.

—Lo sé.

—No, no sabes. Yo...

Tomándolo por las mejillas, lo miró a los ojos.

—Lo sé, claro que lo sé. —Le sonrió con dulzura—. Estoy feliz de que hayas regresado..., bueno..., no tan herido.

Aidan soltó una risa débil.

—Las he tenido peores.

Ella se encogió de solo recordarlo.

—Ven, vamos a curarte.

Asintiendo, él se dejó guiar ante las miradas curiosas de Ian y Gemma. Hannah entendió que debía de estar realmente mal en su interior como para no continuar fingiendo delante de ellos que nada le afectaba. Que era invencible,

duro y cruel. El demonio insensible que solo sabía matar.

Cerrando la puerta del baño detrás de su espalda, ella lo miró. Lentamente, comenzó a desvestirlo. En silencio, Aidan se dejó hacer. Como un niño pequeño, él solamente levantaba los brazos y se inclinaba para que ella pudiera sacarle las prendas de ropa.

Hannah abrió la llave del agua y se metió junto a él. Empapada por completo lo limpió delicadamente con una esponja llena de jabón líquido. Igual que como Aidan lo hizo cuando Markus asesinó al perro de ambos. Aunque el recuerdo lastimaba todavía, ella le sonrió. Él estuvo cuidándola desde el inicio. Era su turno. Hoy le tocaba a ella ser la columna vertebral, quien lo sostuviera. Aidan era orgulloso y el que Markus hubiera escapado seguro le afectaba a niveles que ella no lograba imaginar.

Cuando estuvo limpio, por completo, casi tuvo que empujarlo hacia la habitación. Él no quería moverse. Arrastraba los pies, sin querer mirarla. Todo eso le pareció preocupante, sobre todo porque nunca vio tanta desolación en su rostro. Colocó una toalla sobre el colchón y le hizo sentarse sobre ella. Después comenzó a secarle el cabello, que aún goteaba.

Aidan emitió un largo suspiro y, después de un rato, habló:

—¿Qué me hiciste?

Confundida, le frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

Se tocó el pecho. Había algo en sus ojos, triste y profundo, que la traspasó.

—Tu hermano y su mujer no deberían importarme una mierda, tu sobrino no debería importarme una mierda. —Tomó aire. Su voz salió afectada, como un lamento—. *Tú* no deberías importarme una mierda. Y sin embargo, lo hacen.

—Dan, no te entiendo.

Le dio una sonrisa pequeña y cansada.

—Antes era más simple: me importaba una mierda morir. Estaba solo. Y luego apareciste con tu amabilidad y esa cosa del amor, y yo me volví débil. Todo lo que puedo pensar es en ti y en que tengo un lugar al que volver, razones para vivir. Que puedo seguir haciendo esto porque finalmente tengo

alguien a quien proteger. Ya ni siquiera pienso en lo único que debería importarme: venganza. Eso es patético.

Los ojos le ardieron. ¿Estaba queriendo decirle que iba a dejarla porque se había vuelto débil desde su perspectiva? «Por favor, no». Creyó haberlo dicho, las palabras no le salieron. Aidan la jaló, atrayéndola. La tela de la ropa que ella tenía puesta se sentía demasiado fría. Hannah escondió el rostro en su pecho y evitó llorar.

—Estuve pensando en eso y descubrí que no me gusta. No quiero ser débil ni olvidar por o para qué estoy aquí...

—Aidan..., no me digas eso, por favor...

—Escucha: realmente odio esta sensación; pero al pensarlo, descubrí que odio más la idea de no tenerte conmigo. Lo que quiero decir es que... — Volvió a respirar hondo y exhaló—. Cásate conmigo.

Por un instante, Hannah no comprendió lo que acababa de pedirle.

—¿Qué?

Tomándola por los hombros, la alejó de sí mismo. Sus ojos sinceros y titubeantes la conmovieron. ¿De todas las personas en el mundo, Aidan estaba asustado y pidiéndole matrimonio a ella?

—Supongo que debí comprar unas malditas rosas o un anillo, ¿verdad?

—S-sí.

La decepción brilló en su rostro.

—Bueno...

—No, quiero decir que sí... Yo..., quiero casarme contigo.

Asintió, más animado.

—Eso es bueno.

Y la besó.

## CAPÍTULO 43

Hannah despertó sintiéndose observada. Parpadeó acostumbrándose a la suave luz de la lámpara y sonrió al encontrarse con los ojos de Aidan, viéndola desde arriba. Él alargó la mano y le retiró el cabello que le cubría la frente. Deslizándola poco a poco, le acarició los labios y trazó una línea recta que cruzó la V de sus pechos y paró en su abdomen desnudo.

—Hola. —Su propia voz le pareció demasiado distante.

Él presionó ligeramente con su palma.

—Hola.

Inclinándose, sustituyó la mano por sus labios. Sentirlo así envió una descarga a lo largo de su cuerpo. Esto se había vuelto un ritual: Aidan se aferraba a ella durante toda la noche, como si pudiera escaparse, y al amanecer la despertaba con un dulce beso en el vientre.

Y le agradaba, mucho.

—Hola. —Aidan murmuró de nuevo, no para ella por supuesto.

El movimiento en su interior consiguió estremecerla. Él debió de haberlo sentido porque se rió por lo bajo. Últimamente hacía eso con frecuencia. Aidan parecía un niño en una tienda de regalos en plena Navidad. Y nunca quería dejarla sola, incluso estaba considerando abandonar el trabajo y sus casos pendientes en la corte durante un tiempo para dedicarse a ella. A los dos.

Sosteniéndose sobre los codos, Hannah se dedicó a mirarlo con una sonrisa boba. «Dieciocho semanas», pensó, «¿quién lo diría?». El tiempo pasaba rápido y le pareció increíble el modo en el que cambiaron las cosas: Markus O'Connell había desaparecido. Como si se lo hubiera tragado la tierra, no dejó ningún rastro. Cuantas bancarias, propiedades, todo se esfumó de los registros como si él jamás hubiera existido. Y rápidamente se corrió el rumor de que estaba muerto. Aidan no se lo creyó ni por un segundo, por lo que continuó buscándolo sin obtener resultados.

A pesar de ello, los últimos meses transcurrieron en absoluta calma. Una paz a la que Hannah se acostumbró con rapidez, sobre todo porque decidieron mudarse a un lugar más amplio, en el que los recuerdos de lo sucedido con Mark y Thor no les hicieran sufrir. Se trataba de una hermosa casa en una zona familiar, que tenía un enorme jardín en el que se dedicó a sembrar todo tipo de flores.

Asimismo, adoptaron un cachorro de pastor alemán negro. Aidan decidió que era una buena idea llamarlo *Ravenous*, por su canción favorita de Arch Enemy.

*Rav*, para simplificar.

—Tu hermano tiene razón: es la cosa más caliente del mundo.

Aidan frotó la mejilla contra su piel. La barba naciente la raspó y Hannah contuvo un gemido que le subió por la garganta.

—¿Hablas de *esto* con Ian? —Recostándose sobre la almohada, se cubrió el rostro con ambas manos—. Qué vergüenza.

Él soltó una risita divertida, dibujando círculos en su piel con el pulgar.

—¿Y de qué si no? ¿O prefieres esa mierda de los golpes e intentos de asesinato?

—No, pero... es mi gemelo.

—¿Y qué?

—Es vergonzoso.

Se burló de ella.

—No seas mojigata.

Descubriéndose la cara, hizo rodar los ojos mientras soltaba un suspiro largo y cansado.

—Dan...

Él dejó otro beso, más abajo esta vez. Hannah casi olvidó el tema de conversación.

—Estás creciendo —dijo en un susurro—. Y es jodidamente sexi.

La sangre se le agolpó en las mejillas. Desde que supo lo del embarazo,

Aidan se aseguraba de hacerla sentir cómoda. Cada día tratándola como a una reina y diciéndole los halagos más hermosos del mundo. A veces, sin embargo, solo hacía comentarios sexuales sobre su apariencia. Como hoy.

—Estoy *gorda* —repuso—. Me duelen los pechos, mi piel se está estirando...

Negando, él suspiró. Hannah se apretó el labio inferior con los dientes. De momento, hacía mucho calor. Oh, cielos, sí: también estaban las hormonas descontroladas.

—No estás gorda, sino embarazada... de mi bebé. —Calló un momento—. Y no sé por qué, pero me pone duro. Todo el tiempo. Ian tiene razón: el sexo es...

—¡Dan!

Fue su turno para hacer rodar los ojos.

—¿Qué?

—Deja de hablar de sexo con mi hermano, ¿quieres? Es...

—Es caliente, tienes que aceptarlo.

—Bueno, sí, pero...

Movió la mano hacia su muslo y lo acarició antes de sacarle la braga. Ella tragó en seco. A veces pensaba que el embarazo estaba afectándolo más a él que a ella.

—Iremos con el gineco-obstetra esta tarde, para saber si es niña o niño.

Asintió distraída. Él había comenzado a jugar con la piel de su empeine. Estuvieron retardándolo debido a diversas complicaciones: juicios pendiente, Infernum, trabajos de encubierto..., y sobre todo el propio Aidan, que no le permitía salir sola por temor a que algo malo les ocurriese. De que pudiera abortar al bebé. Lo entendía. Había perdido mucho en el pasado, incluyendo a su hijo cuando Samantha tenía el mismo tiempo de embarazo que ella.

—¿De verdad no te parezco gorda? —preguntó—. He aumentado unos cinco kilos, mi ropa ya no me queda y todo es..., no sé...

Aidan negó llevándose el cabello detrás de la oreja.

—¿De dónde sacas eso? Eres hermosa.

—Y *gorda*.

—*Embarazada*.

Resopló.

—*Redonda*.

Apretó los labios contra el escaso vello de su sexo. ¿En qué momento había llegado ahí? Ah, bien, con Aidan nunca se sabía. En un momento estaban conversando y al otro... Resbaló la lengua por la abertura, Hannah cerró los ojos. Se sentía bien ahí.

—No estás gorda, es nuestro bebé creciendo —insistió—. Y a mí me gusta jodidamente tanto... Cada curva y ese nuevo culo... ¿Sabes lo caliente que me pones?

¿En realidad? Estaba haciéndose una idea. Le dio una sonrisa débil. Aidan se irguió sobre ella, sentirlo presionar contra su cuerpo la envió directo a un precipicio. Santo Dios, ¿qué era toda esa sensibilidad? Evitó gemir sin mucho éxito. Él se lamió los labios.

—Quiero que mires esto —dijo colocándole otras dos almohadas debajo de la cabeza.

Su voz ligeramente áspera encendió cada parte de ella, por minúscula que pudiera ser. Hannah consideró negarse. ¿Honestamente? Estos últimos días había estado sintiéndose insegura. ¿Qué diferencia habría si miraba o no? Eso no cambiaría el hecho de que estaba incluso más gorda que antes y Aidan continuaba viéndose como un dios griego o salido de una película porno. Todo músculos y belleza absoluta.

Él regresó y le separó las rodillas.

—Eres preciosa. —Besó el interior de sus muslos: primero uno, luego el otro. Y le sonrió desde abajo—. Tu cuerpo solo se adapta, pero cariño te ves genial.

—¿Lo prometes?

—Yo nunca te miento.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. «Me siento estúpida». Él estaba halagándola ¿y ella lloraría? A Aidan le costaba horrores ser amable, incluso

con las mujeres embarazadas. A Gemma, por ejemplo, la hizo llorar una vez con uno de sus comentarios mordaces, lo que causó una pelea entre Ian y él, pero con ella... era dulce. Siempre.

—No llores. Eres... —Trazó un camino de pequeños besos sobre los labios de su vagina—... tan malditamente... —Separó la abertura con la punta de la lengua—... perfecta...

Sus labios se instalaron definitivamente ahí. Hannah trató de moverse; Aidan la mantuvo quieta sosteniéndola por los muslos mientras la besaba. Quería que pudiera ver esto y entender lo poco que le importaba el peso que tenía o el que estaba ganando su cuerpo. Había un bebé en su interior, formándose. Una vida creada por ambos, y era lo único que le llenaba la cabeza cuando la veía. Además de esto.

Con la boca abierta y su lengua acariciándole el clítoris, se dedicó a arrancarle suspiros. Demonios, no, jamás se cansaría de esto. Se había acostumbrado a la intimidad, a hacerle el amor viéndola a los ojos. Estaba tan habituado a esta mujer, que podía alcanzar la única parte pura de su alma; a la compañía y la felicidad, que no se sentía capaz de renunciar ahora. Ni nunca.

Y menos sabiendo que dentro de unos pocos meses finalmente tendría a su bebé en brazos. Después de todo este tiempo, ya no estaban incompletos..., ninguno de los dos.

Hannah cerró los ojos, aquedándose hacia adelante y gritó estremeciéndose. Aidan no la dejó ir hasta que su orgasmo hubo pasado y se quedó completamente inmóvil, esforzándose por respirar. Sentándose, se lamió los labios y le ofreció una pequeña media sonrisa. Su rostro ruborizado era la cosa más adorable del mundo, y le gustaba el modo en que lo veía después de acorrerse en su boca. ¿Para qué negarlo? Le gustaba como fuera. «Te volviste débil». Sí, y se preocuparía por ello después. Ahora quería disfrutarlo. Los dos merecían algo más que sufrir y sangrar.

Aunque no todo era tan simple. Con Markus desaparecido, Infernum se caía a pedazos. Sin un líder que los guiara, cada Círculo estaba actuando por cuenta propia y eso solo les traía dificultades. De no ser por Peter Larsson y su ayuda, estarían siendo cazados como animales salvajes. Después de la última operación en conjunto, que terminó siendo una trampa, ya nadie confiaba en ellos. Finalmente, Markus O'Connell había logrado lo que se

propuso: destruir todo por lo que trabajaron su padre y hermano, por lo que cada miembro de los Círculos y Escuadrones vivía.

Los había arruinado.

Sin embargo, él no se rendiría. Iba a encontrar un modo de traer el orden de regreso; pero sobre todo se encargaría de hallar a Markus y asesinarlo con sus propias manos. Era una promesa.

—¿Te sientes mejor? —preguntó, ignorando su propio monólogo mental—. ¿Ya dejaste esa mierda de que estás gorda?

—Sí. Bueno, un poco.

Alzó una ceja, ella le ofreció una sonrisa.

—Está bien, lo he olvidado por completo. Pero tú...

Hannah flexionó la rodilla, rozándolo. Sentirla ahí casi le hace perder el control. No podía, iba tarde a su último juicio antes de las vacaciones. Un traficante, lo usual. Tenía unas ganas inmensas de entregárselo a la fiscalía, pero lo necesitaba afuera.

Ya se encargaría de enviar a alguien por él.

—Esperaré hasta la noche. —La besó en la nariz. Increíble la facilidad con la que se acostumbró a ser feliz—. Tengo que correr.

Hannah resopló claramente molesta. Santa mierda, sí. Ian tenía razón: esto de las hormonas era real. Con Samantha lo atribuyó siempre a su carácter imposible, pero con Hannah comenzó a entender que en verdad se desataba toda una revolución dentro de ellas. Pasaban de la alegría absoluta a la tristeza o inseguridad; tenían pesadillas y caprichos que le ponían los pelos de punta. Por ejemplo, Hannah lo despertó en más de una oportunidad pidiéndole sandías con salsa picante o mangos maduros con sal y limón. Incluso le hizo ir a la tienda por galletas de canela, que solo pudo oler debido a su alergia. En otras, sin embargo, todo lo que quería era hacer el amor. Esas eran sus favoritas, sobre todo porque lo montaba suave y despacio hasta quedar exhausta y se dormía acurrucada sobre su pecho.

En el pasado hizo las cosas mal, actuando como un cretino, y si bien esa parte no iba a cambiar ahora tenía la oportunidad de hacerlo bien con ella y ver nacer a su hijo. Criarlo juntos.

Tener todo lo que nunca creyó.

—Amor...

—Bueno... —Se mordió la comisura del labio—. Pero después del gineco-obstetra iremos a la heladería.

Aidan le dio una mirada burlona.

—Nada con canela, ni siquiera para oler.

—Pero es lo que queremos...

Ah, sí. Ian también mencionó esto: se volvían manipuladoras. Aunque quisiera ceder, no podía.

—Recuerdas que eres alérgica, ¿verdad?

Ella le puso los ojos en blanco.

—Nada con canela.

Asintiendo salió de la cama. Estuvo listo en media hora: completamente bañado, con una camisa roja, un esmoquin negro y su habitual cola de caballo. Aidan dejó un suave beso en sus labios como despedida y corrió hacia su vehículo.

Una de sus vecinas, que paseaba a su horroroso y malhumorado chihuahua, lo saludó. Era una vieja entrometida. Malditamente curiosa. Siempre preguntando por su empleo y tatuajes, la edad de Hannah y cómo una chica tan joven terminó con un treintañero como él. «¿No deberías salir con chicos de tu edad?», «¿cómo puedes ser abogado con esa cantidad de tatuajes? Y ni hablar de tu cabellera», «¿cómo se conocieron?», «¿cuándo es la boda?». Diablos, si hasta había gritado cuando se enteró sobre el embarazo de Hannah.

Por cortesía, levantó la mano devolviéndole el saludo. Le habría hecho algún gesto grosero, pero estaba demasiado ocupado. Iba jodidamente tarde.

Puso el motor en marcha y aceleró.

El juicio había sido una mierda, por completo. Un circo deprimente que le

causó una terrible migraña. El juez Hocking, a quien conocía, decidió ausentarse a última hora y fue reemplazado por un hijo de puta insoportable que estaba de parte de la fiscalía. Por poco pierde el caso, pero a final de cuentas su querido traficante era un hombre libre. No por mucho.

Leo se encargaría de hacerlo desaparecer, después de que le entregase al grupo para el que trabajaba.

Encendiendo un cigarrillo, miró el cielo. Tenía que dejarlo, por el bien de su hijo. Lo que menos deseaba era afectarlo con sus malos hábitos; pero Dios, cuánto le costaba. No era fácil después de años como fumador asiduo.

Su teléfono sonó, haciéndolo reaccionar. Era Hannah. Quizá estaba impacientándose con lo de su visita al gineco-obstetra. Sí, bueno, él también estaba nervioso por saber el sexo de su bebé. Aunque ella se encontraba segura de que sería una niña. ¿Él? no tanto, no podía decírselo. La última vez que lo intentó, Hannah se echó a llorar porque él no confiaba en su «instinto» de madre.

Con una media sonrisa, atendió.

—Dan, ¿ya... ya vienes en camino?

Algo en su voz disparó todas sus alertas. Lanzando el cigarrillo al pavimento, Aidan tomó aire antes de responder.

—¿Estás bien?

Silencio. Durante un largo minuto, ella no contestó. Aidan comenzó a impacientarse. Tenía un mal presentimiento, como si alguien el apretara el estómago lentamente.

—Cariño, háblame.

Hubo un gruñido. Aidan reconoció la voz de inmediato. «Jodida mierda. No». Markus.

—¿Es él? —insistió—. ¿Está contigo, en casa?

La oyó contener un gemido. Debía de estar terriblemente asustada. Con lo del bebé y las hormonas, ella se había vuelto mucho más sensible.

—É-él quiere verte.

—¿Dónde?

—Brent Hill, 1-10-8, distrito sur, en St Louis —respondió.

Su antigua casa. El maldito lugar de sus pesadillas, que no visitaba desde el asesinato de sus padres y Glaw. Aidan se quedó sin aire durante un rato.

—Di... dice que vengas solo y sin armas de ningún tipo o...

Ella no culminó. No hizo falta que lo hiciera: los mataría a ambos. No podía permitirlo.

—Ahí estaré.

La oyó tragar duro.

—Es una trampa, ¡no vengas!

—¡Maldita puta! ¿Qué te dije? —gruñó Markus.

Luego hubo un golpe y un chillido estrangulado... por parte de ella.

—¿Hannah? ¡Hannah!

La llamada se cortó.

Aidan sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies. «Hijo de puta». De haberlo atacado a él, no estaría tan furioso; pero el bastardo eligió amenazar lo único que le importaba: su familia. Y por el infierno que no se quedaría de brazos cruzados. ¿Markus quería una guerra? Él iba a dársela, y que Dios se apiadara del imbécil o cualquiera que lo estuviese ayudando porque él no lo haría. Iba a mostrarle la cara oculta del demonio, esa que nadie había visto hasta ahora.

«Aguanta, cariño. Ya voy por ti». Nadie, nunca, volvería a amenazar a los suyos. Ahora él era un hombre, un asesino incapaz de sentir compasión; no un niño indefenso. El Colmillo del Diablo, y como tal se encargaría de darle un recorrido a Markus por el maldito infierno.

Hannah se removió en la silla, intentando aflojar las sogas que le apretaban los brazos. Todo le dolía. Markus le había golpeado después de que decidiera informarle a Aidan sobre la trampa. Al menos no tocó su vientre

porque el hombre con el que trabajaba no se lo permitió.

Ghoul era aterrador por sí mismo, aunque parecía respetar a las mujeres embarazadas. Sentir cierta compasión por ellas.

—No te esfuerces, nadie escapa de mis nudos. —Byron le dedicó una mirada burlona—. Relájate y disfruta.

Sí, por supuesto. Ignorándolo, ella miró más allá de él. La bombilla parpadeó, dándole a la vieja casa un aire espectral. Las cortinas antiguas y mugrientas se movieron debido a la corriente de aire que entró por las ventanas rotas, como fantasmas aterradores que le erizaron los vellos. Olía a moho y a ratas muertas, además de que había manchas por todas partes y sábanas cubriendo los muebles. Se sintió con náuseas. «Este no es un buen momento, bebé», pensó. No podía mostrarse débil, aunque estuviese atada y a merced de dos psicóticos con deseos de sangre.

Ella aún no podía entenderlo, ¿por qué el jefe del Octavo Círculo ayudaba al hombre que había destruido a Infernum? El mismo que los mandaba a la muerte, tendiéndoles trampas y vendiéndolos como si no fueran personas sino juguetes descartables. Esto no tenía sentido. Pero ¿desde cuándo lo tenía la demencia? Y por cómo Hannah lo veía: Ghoul estaba incluso más loco que Markus.

En el tiempo que llevaba como su rehén solo estuvo hablándole sobre felinos, cadáveres de hombres y sexo. Cosas horribles que le pusieron los pelos de punta y casi le hacen devolver su desayuno. El hombre estaba perturbado.

«Por favor, Dan, no vengas».

—Entonces..., ¿eres la mujer del Colmillo?

Hannah asintió, mordiéndose la comisura del labio. Al menos ya no estaba hablándole sobre necrofilia o tartas de limón. El hombre tenía algo con ellas.

—Él me gusta —continuó, jugueteando con el filo de una navaja—. Tiene un humor... particular. Pero sus trabajos... —Silbó—... Ah, mierda, me ponen duro. Toda esa carne y sangre. ¿Sabías que una vez le cortó el pito a un pedófilo y se lo metió en la boca? Lindo.

Una imagen asquerosa. Hannah contuvo el deseo de vomitar. Ella no juzgaba el pasado de Aidan ni su presente, pero no deseaba saber detalles

sobre sus trabajos, no al menos unos tan repulsivos.

—¿Ah, sí? —Fingió interés—. ¿Él hace esas cosas muy seguido?

Byron deslizó el filo de la navaja por la almohadilla de su pulgar. Como un hilo delgado, la sangre brotó. Él la miró antes de lamerla. Hannah contuvo el aliento.

—No tienes idea. Si alguien le hace honor a su apodo..., ese es él. Y su mascota italiana, claro. Pero de los dos, me quedo con el Colmillo. Me van los pelinegros y odio a los italianos. Me jodieron mucho, ya sabes.

Hannah ladeó la cabeza. ¿Estaba insinuando que Aidan le atraía?

—¿Y el tuyo, qué significa?

Byron la miró con sus vibrantes ojos verdes. Parecían irreales. Le ofreció una sonrisa torcida y se peinó los cabellos. Lo llevaba rapado de los lados y largo en el centro.

—Ghoul, como el demonio que desentierra cadáveres y les saca el corazón, y succiona la sangre de los humanos vivos.

«Es un hombre religioso». O al menos le gustaba la demonología. Hannah recordó a sus padres: ambos devotos, miembros activos de la única iglesia de su pueblo. De ahí que ella y su gemelo tuvieran nombres tomados de la Biblia. Pensar en ellos trajo lágrimas a sus ojos. ¿Qué pensarían de su relación con Aidan o el embarazo? De seguro, su padre no aprobaría el que todavía no estuvieran casados. Pero pensaban hacerlo luego del nacimiento del bebé. Sería una boda tradicional. Incluso habían comprado el vestido, solo esperaba que le sirviera.

—O sea, un zombi.

Byron dejó salir un bufido largo.

—*No*. Los zombis son muertos vivientes, un Ghoul es un demonio carroñero.

—Como un zombi —insistió, tentando su suerte.

Podía suceder una de dos cosas: Ghoul se enfurecía y la mataba o simpatizaba con ella y entraban en una discusión amistosa que terminaba con él liberándola. Esperó que fuera la última.

—Son cosas distintas.

—No veo la diferencia.

Él bufó.

—Un zombi fue humano; un Ghoul es un demonio del infierno.

Hannah fingió inocencia.

—Sigue sonando como un zombi, para mí.

Byron le dio una mirada casi comprensiva.

—Sí, lo que quieras... Entonces, ¿cómo es?

Confundida, le frunció el ceño.

—¿Qué cosa?

—El Colmillo, cuando folla. ¿Es bueno? ¿Tiene gustos... particulares?

Santo Dios, ¿qué esperaba que le dijera? Este hombre era perturbador y su interés por Aidan le erizaba la piel. Antes de que pudiera responderle, la puerta rechinó y Markus ingresó a la casa junto con cinco hombres más. Uno de ellos, alto y musculoso, le obsequió una sonrisa lasciva, mientras que el resto se retiraba hacia los rincones para asechar.

—¿Por qué socializas con la perra del traidor, Ghoul? —dijo.

La bilis le subió por la garganta. Tragando fuerte, Hannah entrecerró los ojos. Este hombre era un mentiroso instigador, que estaba poniendo a los compañeros de Aidan en su contra.

Byron se encogió de hombros.

—Curiosidad.

Markus bufó.

—¿Sabes lo que le pasó al gato curioso?

Byron suspiró.

—¿Se comió al lindo canario y folló al hombre muerto?

El hombre musculoso carcajeó. Markus, sin embargo, le dio una mirada de advertencia.

—¿Puedo jugar con ella? —Preguntó el desconocido—. Seré gentil, por lo del bebé.

Hannah sintió como una ola helada le recorría el cuerpo. No le gustó como había sonado eso. Byron pareció tensarse; ella se lo atribuyó a sus nervios.

—Después, Ciann. Concéntrate.

Markus se inclinó hacia ella y le apretó las mejillas con una mano, fuertemente, causándole dolor.

—Eres asqueroso —le dijo.

Markus alzó la comisura del labio.

—Sí, eso me han dicho.

Hannah lo escupió. Furioso, Markus le dio una bofetada. El sabor metálico de la sangre, llenándole la boca casi la lleva al vómito. Esto era horrible, aunque no tanto como él. A estas alturas, no podía justificarlo. No después de saber que tuvo la oportunidad de ayudar a su gemelo y eligió dejarlo en manos de personas que le hicieron cosas horribles; no cuando había hecho que Aidan asesinase a una mujer inocente y pretendió hacer lo mismo con Samantha y ella. Eso no era estar enfermo, sino ser inhumano. Maldad innata.

Byron ladeó la cabeza, con los brazos doblados sobre el pecho.

—Recuérdame: ¿por qué tenemos a la mujer, si quien nos traicionó fue el Colmillo?

Markus resopló.

—¿Desde cuándo te importan los métodos?

Byron frunció los labios, después esbozó una sonrisa juguetona.

—Tienes un buen punto ahí. Pero no la golpees demasiado, ella me gusta. Finge inocencia, pero es una perra dura que trama cosas mientras habla contigo. —Le guiñó un ojo—. Eso es sexi en una mujer. A mí no me gustan, pero ella...

Markus vio hacia arriba, hastiado. Hannah se quedó sin aliento, ¿él lo había notado y solo estuvo siguiéndole el juego? Ya no le sorprendía que fuera el líder del segundo Círculo más importante. No era fácil llegar ahí. Entonces,

siendo tan intuitivo, ¿cómo no se percataba de que esto era una trampa que Aidan no era el traidor, sino Markus?

—Entendido y debidamente anotado. Tendrás el primer turno.

De repente, se oyó el motor de una motocicleta. «Aidan». Él había llegado, estaba ahí por ellos: su familia.

—Desátala —ordenó Markus.

Byron obedeció, con una calma perturbadora. ¿Por qué le asustaba? Ella no sabía, pero el brillo en sus ojos le pareció familiar. La empujó hacia Markus, quien la mantuvo pegada a su cuerpo. Hannah forcejeó, él presionó el cañón de una Browning sobre su cabeza.

—No seas estúpida —gruñó.

Ella se detuvo.

Con pasos seguros, Aidan traspasó la puerta y se detuvo a cinco metros. Vestido completamente de negro, excepto por su franela roja sin mangas, él los miró con una ceja alzada mientras terminaba de ponerse un guante de cuero. Repasó el lugar, tragó duro y fingió indiferencia.

—Y aquí estoy —dijo. Su tono mortal estremeció el cuerpo de Hannah—. Solo y sin armas, *indefenso*, como ordenaste.

Oh, cielos. Él estaba enojado, real y absolutamente furioso. Jamás lo había visto de esa forma. Él la miró un segundo y le mostró una media sonrisa arrogante que le hizo recordar el día en que se conocieron.

—¿Sabes? —Se recogió completamente el cabello—. Estoy *muy* molesto contigo ahora, así que no pienso repetirlo: suéltala. Sin armas o no, *puedo patear* tu maldito culo.

Markus rió por lo bajo.

—No estás en posición de exigir nada, Colmillo.

Aidan se burló. Oh, ¿en serio? Por lo visto Markus había olvidado con quién hablaba, el demonio en el que la vida lo convirtió. Quizá fuera la vejez o su ego desbordante lo que lo llevaban a cometer el error que Nicholas siempre trató de evitar: subestimarlos. Menospreciar al hombre que solo sabía derramar sangre y vengarse. El mismo que invocó al raptar a su mujer.

Creer que podría manipularlo como a un niño porque tuvo la brillante idea de darle juguetes. O que lo debilitaría al hacerle volver a su antiguo hogar.

Miró a Hannah de nuevo. La furia corrió en sus venas como lava ardiente, quemando todo a su paso. Estaba terriblemente golpeada: un ojo amoratado, labio roto y una mejilla inflamada. Desvió la vista hasta sus piernas. «Al menos no está sangrando». Aunque lo tranquilizó un poco, no fue suficiente. Tenía que sacarla de la casa. Pero ¿cómo? Se había metido a la boca del lobo sin medir las consecuencias. Era una trampa, lo supo desde que Hannah lo llamó, y aun así... «Piensa frío». El momento de dejar atrás los sentimientos había llegado.

Evaluó la situación. Markus era un jodido cobarde. Tenía que haber al menos media docena de hombres esperando que ordenase su ejecución, ocultos entre las sombras, además del que estaba a la derecha y Byron. Aidan frunció el ceño.

—Ghoul, ¿qué coño haces aquí?

Byron alzó un hombro, despreocupado, aunque con sus ojos fijos en Hannah. Esto era interesante.

—Oh, no tenía otra cosa que hacer y eres un *traidor*... Eso me duele, ¿sabes? Que no me tomaras en cuenta. Pero como sea, te perdono. —Hizo una pausa corta—. Me gusta tu mujer, es agradable y me explicó cómo hacer tarta de limón. Mark dijo que si te mato, puedo quedármela.

Por supuesto, ¿desde cuándo Ghoul y la heterosexualidad eran amigos cercanos? No tenía importancia, también lo mataría. Y si fue él quien lastimó a Hannah, lo torturaría primero.

Lamiéndose los labios dio en primer paso. Markus chasqueó los dedos. El sonido de las armas siendo cargadas lo detuvo. Se encontraba rodeado, sí, lo usual. Suspiró. Se había cansado de la situación. Markus estaba desesperado y eso lo volvía predecible.

—No te muevas.

El hombre detrás de él no pegó el cañón de su cabeza. Su voz temblorosa lo delató como el más joven del grupo. ¿Cuántos años tendría diecisiete o dieciocho? El eslabón débil y se encontraba unido al hombre frente a él, que estaba supervisándolo con gestos poco sutiles.

Curvó la comisura del labio levantando las manos a una altura mayor del arma, fingió rendirse. Aidan recorrió el lugar con la mirada rápidamente. A estos hombres no los conocía. El musculoso con esteroides a la derecha de Markus, miró el vientre de Hannah y luego a él. Se deslizó la lengua sobre el labio superior y le ofreció una sonrisa burlona, retándolo. Asintiendo, Aidan aceptó.

Iba a jugar con él después, pero ahora...

—Entonces, ¿eres nuevo en esto, niño? —Movié las manos hacia adelante —. ¿Papi te obligó?

—¡Cierra la puta boca y no te muevas!

Ah, sí: el miedo; había mucho de eso ahí. En el pobre chico. Aidan se echó hacia atrás en un movimiento rápido, poniendo su cabeza lejos del cañón del arma y le sujetó el brazo. Girándole la muñeca hacia adentro, lo golpeó con el codo en cara y se la arrebató. El muchacho lo vio desde el suelo, completamente aterrado. Aidan casi sintió lástima por él. *Casi*. Le disparó en la frente. Luego hizo lo mismo con el hombre a su espalda. Por el parecido entre ellos y el dolor en sus ojos, dedujo que era el padre del chico.

Dos menos.

—¡Dan, cuidado!

El grito de Hannah lo alertó. Moviéndose hacia la derecha, evitó el proyectil que venía hacia él. En un instante, el infierno y una lluvia de balas se desataron. Aidan corrió hacia el viejo sofá grande, en el que solía sentarse a ver la televisión junto a su hermano y se escondió detrás de él.

Por un instante, los recuerdos regresaron a él: la felicidad, las noches de terror, las cenas y las risas. Se vio a sí mismo correteando a su hermano, tratando de cogerlo. Casi oyó su antigua risa. ¿Desde hacía cuánto no reía de ese modo? Las lágrimas pincharon la parte trasera de sus ojos. Aidan las suprimió, forzándose a sí mismo a enfocarse.

Markus maldijo y Hannah chilló de dolor. Hijo de perra, le haría pagar por esto.

Asomando la cabeza Aidan volvió a disparar. Hirió a uno de los hombres en la rodilla y después en la cabeza. Se ocultó de nuevo. «Quedan dos». Y el trío de enfermos mentales que rodeaban a Hannah.

—¡Déjala fuera de esto, Mark y puede que tu muerte sea rápida!

Markus carcajeó.

—No lo entiendes, ¿verdad? No tengo nada que perder, en cambio tú...

Hannah dio un desgarrador grito profundo. Aidan contuvo el deseo de ir por ella en ese preciso instante. Era lo que Markus quería, el bastardo estaba probándolo. Si se precipitaba, ambos terminarían muertos; pero de no actuar pronto ella podría abortar al bebé. Ese solo pensamiento lo desgarró. Nunca más vería morir a su familia. No podía permitírselo a sí mismo.

Nunca más.

Respirando profundo, abandonó su escondite y abrió fuego. Una mierda, no la dejaría sufrir más. Los últimos hombres cayeron sobre su propia sangre. De repente, un dolor intenso le perforó el hombro como si explotara desde adentro. Y sintió cómo se humedecía la tela de la franela. Ah, diablos, le alegraba haber elegido la roja, de otro modo se notaría la gran mancha.

Hannah lo miró con horror. Quiso poder decirle algo para tranquilizarla, pero estaba en blanco, así que le sonrió.

Revisando la Magnum 357, maldijo. Estaba vacía. «Mierda, genial». Tendría que hacerlo como en los viejos tiempos.

*Yee-haw.*

—¿Ves? —dijo—. Con armas o sin ellas, voy a meter mi bota en tu culo.

Markus movió el cañón de la cabeza hacia el vientre abultado de Hannah. Aidan contuvo la respiración. Por un segundo vio a Eirian entre las piernas de Samantha. Un feto envuelto en sangre, sin vida. Y sintió el mismo dolor atravesarle el alma. Su madre y su padre. Glaw. Su hijo. No pudo evitar sus muertes y estuvo sufriendo años por ello, culpándose a sí mismo, hiriéndose sin piedad. Sangrando en su interior, debido a la culpa.

No sucedería lo mismo ahora.

—Me debes todo, Colmillo, ¿y así es como me pagas? —Casi gruñó—. ¿Traicionándome?

Aidan miró a Byron, que continuaba quieto. Viéndolo todo, ajeno a la situación. ¿Por qué? Este hombre era un enfermo adicto a la sangre, quedarse

de brazos cruzados no era lo suyo. ¿Qué estaba mal? Entonces sus palabras sobre la traición y no incluirlo en ella lo golpearon: el hombre sabía la verdad. Siendo así, ¿por qué elegía no hacer nada? ¿Acaso estaba loco? Bueno, mierda, tratándose de Byron...

Oh, sí.

—Permíteme repetirlo: no-te-debo-una-mierda. Mi lealtad es para Infernum y mis chicos, no tuya. Ni siquiera Nick o tu padre la tuvieron. ¿De verdad pensaste que por haberme dado juguetes y puesto al frente de todo, yo me convertiría en tu zorra? —Se rió por lo bajo—. Vamos, Mark, ¿eres *tan* ingenuo?

—¡Me debes todo, sin mí no serías nada!

—¡Te debo una mierda! Ahora, suelta a mi mujer. —Entrecerró los ojos sobre Byron—. Y tú, Ghoul, sal de mi camino o únete a mi causa. Lo que sea, pero ya deja de jugar.

Markus hizo un movimiento de cabeza hacia el musculoso con esteroides. Ah, la desesperación. Sí. Podía olerla.

—Ciann, mávalo.

Él soltó una risotada que resonó en el lugar y le ofreció una mirada burlona. Aidan sacó sus dagas de la cintura del pantalón. Markus no había pensado, realmente, que sería tan estúpido como para no llevar nada consigo, ¿o sí?

Byron le ofreció una sonrisa torcida.

—Estoy contigo —respondió Byron—. Solo porque me *gustas* y ella es linda. Pero no vuelvas a dejarme afuera.

Levantó la mano y le disparó a Ciann en la cabeza. Su cuerpo se desplomó como en cámara lenta hacia el suelo y produjo un estruendo cuando impactó. Hannah se encogió sobre sí misma, moviéndose hacia la derecha e intentó correr. Markus también disparó, ella trastabilló cayendo hacia atrás. Aidan se paralizó por un momento.

Con el corazón martilleándole contra el pecho, empezó a moverse hacia ella; Byron se le adelantó y la sostuvo en brazos.

—Tienes suerte —dijo—. Fue en el hombro.

Asintiendo, fijó su mirada furiosa en Markus. El bastardo sangraría.

—Ghoul, sé útil y lleva a mi mujer al hospital.

—¿Puedo ser el padrino de tu bebé?

Aidan lo ignoró, corriendo hacia Markus. No lo dejaría escapar.

—¡Llévatela, ahora!

Byron bufó. Cargando a Hannah, salió de la casa.

Markus efectuó ráfagas de disparos. Aidan esquivó yendo hacia él en zigzag y lanzó el primer golpe. Él se movió hacia la izquierda, evadiéndolo. Aidan lo tomó por el brazo y lo desarmó. Ahora estaba en igualdad de condiciones. Y el maldito pagaría por cada muerte que había causado en Infernum: Artemis, Némesis, Akane, Keanu, Topacio, Leraie; Rey, Lilith, Garō y Asesino...; incluso Tracy, Nicholas, Thor y Shurik. Por el tiempo que estuvo follando al gemelo de Hannah sin importarle que el pobre chico fuera un esclavo sexual. Porque le había afectado directamente. Pero más que eso, por las palizas que le dio y la bala en el hombro de ella.

Ignorando su propio dolor, comenzó a atacarlo con Destructor. Ah, la belleza de la ironía: iba a matar al hombre con los cuchillos que él y su hermano le obsequiaron. Imaginarlo casi le hace reír. Casi.

Markus era ágil. Moviéndose hacia atrás y los lados, consiguió esquivar la mayoría de los golpes. Aidan no se rindió. Aunque la vista comenzaba a fallarle y se debilitaba por la pérdida de sangre, continuó arremetiendo. Consiguió hacerle un par de cortes antes de acorralarlo contra una pared.

—Y aquí estamos.

Tomó aire. Markus le sonrió.

—Eres ingenuo.

Golpeándolo en el costado, lo debilitó. «Jodida mierda». Esto dolía. Y él ya estaba demasiado cansado como para continuar. Markus lo sujetó por la cabeza y hundió la rodilla en su estómago. Aidan se tambaleó hacia atrás, soltando la daga y cayó en el suelo. Sentado sobre sus caderas, Markus comenzó a golpearlo. El dolor propagándose le hizo gemir. Y más recuerdos amargos llenaron su cabeza. En esa misma sala habían asesinado a sus padres. Los gritos volvieron desde algún lugar. Berth y Logan habían suplicado por

sus vidas, y nadie los oyó.

Markus continuó hiriéndolo, vez tras vez, sin descanso. «Muévete. Muévete. Muévete. ¡Muévete!». No podía.

El sudor frío le recorrió el rostro.

«¡Muévete, ya, ya!». En un último intento, le sujetó el brazo y girando junto a él, lo dejó debajo de su cuerpo. Entonces fue su turno de golpear hasta que la sangre brotó. Quería matarlo, pero ¿qué justicia habría en ello? No para sí mismo, sino para cada persona que perjudicó. Markus O'Connell tenía que ser sometido a un juicio justo. Y cada líder de Infernum sabía lo que significaba.

Aidan se levantó y le presionó la tráquea con su bota. La mirada de Markus, llena del más profundo terror consiguió aliviarlo.

—Jefe, bienvenido al jodido y maldito inferno...

Hannah gimoteó cuando trató de mover el brazo y el dolor explotó desde adentro. Llevaba poco más de una hora en urgencias, siendo custodiada por Byron. Aún no terminaba de entender lo sucedido, pero dejó de importarle cuando el doctor le informó que su bebé estaba fuera de peligro. Ian y Gemma acababan de llegar, en cuanto su gemelo vio al líder del Octavo Círculo casi enloquece; sin embargo, ella logró explicarle lo sucedido. Así que esperaban porque Aidan diera señales de vida.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Byron jugueteaba con su teléfono. Él parecía tan indiferente, pese a lo horrible de la situación. No tenía sentido.

—¿No te preocupa? —preguntó.

Byron levantó la mirada y le ofreció una media sonrisa burlona.

—¿Mark o el Colmillo?

—Aidan.

Él encogió un hombro.

—¿Debería? Es grande, puede cuidarse solo. —Dirigió sus ojos verdes

hacia Ian—. Eres lindo. Tienes un buen cuerpo.

Ian le frunció el ceño.

—¿Tratas de ligar conmigo?

—¿Te molesta si lo hago?

—¿Vas a tratar de besarme o alguna mierda extraña?

Byron negó.

—Los besos no son lo mío. Aunque contigo..., sí, definitivamente haría una excepción. Eres hermoso. ¿Te gusta arriba o abajo?

A Ian se le subieron los colores mientras su rostro se deformaba por la furia, Hannah suspiró.

—Está un poquito-muy ocupado. —Gemma reprimió una risa, mostrándole el anillo—. Y no le gustan los hombres, lo siento.

Byron se lamió los labios.

—No tienen que gustarle para que me lo folle.

Ian le mostró el dedo medio.

—No voy a dejar que me folles.

—Ahora tú dices eso. —Byron le dio una sonrisa lasciva—. Pero yo...

Afuera de la habitación se oyeron los chillidos de una enfermera. Byron sacó su CZ SP-01 y la cargó mientras le hacía señas a Ian para que protegiera a las mujeres. La puerta se abrió de una sola vez, alguien gritó. Hannah se abrazó a sí misma temblando de miedo. Si se trataba de Markus o alguno de sus hombres, todos ellos estaban perdidos.

—Guarda esa mierda, Ghoul. —La voz de Aidan resonó—. ¿Quieres matar a alguien o qué?

Byron dejó salir una risa extraña y escalofriante. Era aguda, aunque el tono masculino estaba ahí. Hannah levantó la cabeza y se encontró con los ojos azules de Aidan, que la miraban con dulzura. Cubierto de mugre y sangre, él tenía una herida abierta en el hombro y estaba pálido. Trató de levantarse para ir hacia él. Aidan se le adelantó y la rodeó entre sus brazos.

Un par de enfermeras entraron segundos después.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado—. ¿El bebé...?

—Ambos estamos bien, pero tú no.

—No es nada.

Hannah miró a su hermano. En silencio, Ian asintió.

—Ya sé que eres un vampiro y todo —dijo—, pero ¿puedes dejar que te zurzan? Honestamente, apesta a mierda y toda esa sangre es asquerosa.

Aidan hizo el intento de gruñir. No pudo, en su lugar se quejó.

—Cuando pueda moverme, voy a patear tu culo. ¿Qué haces aquí?

Ian se burló de sus palabras.

—Sí, sí, como digas. Tu amigo me llamó. Dijo que Han estaba herida, ¿qué esperabas? —Hizo una pausa—. ¿Por qué los problemas te persiguen? Eres como un jodido imán o algo.

Ian rodeó a Gemma con su brazo. Aidan tomó asiento en la camilla y respiró profundo. Las enfermeras fueron hacia él. Byron entrecerró los ojos, mirándolo.

—¿Y Mark? —preguntó.

Aidan apretó los dientes. El dolor cada vez era más intenso. El único motivo por el cual continuaba consciente era Hannah y el hijo de ambos.

—Se lo entregué a Bestia, antes de venir para acá.

Byron silbó.

—Pobre jefe. Tu mascota psicótica lo hará mierda. Lástima, me lo perdí.

Hannah puso cara de horror. Aidan se limitó a negar.

—Tiene órdenes, no puede tocarlo. Lo juzgaremos.

Los ojos de Byron amenazaron con salirse de sus cuencas. Sí. Los juicios en Infernum no eran nada bonitos. De hecho, desde su fundación solo se habían hecho tres.

—¿Será juzgado, por todos nosotros?

Asintiendo, Aidan se tragó un gemido. ¿Por qué mierda no dejó que las enfermeras lo anestesiaran cuando entró al hospital?

—Sí. —Tomó cuanto aire le fue posible—. Por ahora, está encerrado. Byron, necesito que hagas algo por mí.

Él confirmó con la cabeza.

—¿A quién debo matar?

Aidan le ofreció media sonrisa.

—A nadie. Vigila al Minino, no queremos que despedace a Markus todavía, ¿verdad?

—¿Tendré mi trozo de él?

Aidan hizo rodar los ojos. Infiernos, él estaba desangrándose ¿y a Byron solo le importaba tener su momento lujurioso con el cadáver de Markus?

—Joder, sí.

—Hecho. —Le sonrió a Hannah—. Eres una perra con suerte —dijo, y se fue.

Aidan miró a las enfermeras.

—Bueno, ya saquen esta mierda de mi hombro. Duele.

## CAPÍTULO 44

Con una bata blanca y tumbada en camilla del hospital, Hannah apretó la mano de Aidan, que estaba a su derecha. Buscó sus ojos y le ofreció una sonrisa nerviosa. Hoy, finalmente, sabrían el sexo de su bebé. Después de tanto tiempo y complicaciones, él se había vuelto un poco paranoico. Por ejemplo, es ese preciso instante, mientras ellos estaban a punto de hacer el descubrimiento más grande del mundo, había una docena de hombres rodeando el hospital. Entre ellos Leo y Darick. Estaba bien, sin embargo, porque le hacía sentir segura.

Después de lo que hizo Markus, los dos estuvieron en alerta constante las primeras semanas. Él, por supuesto, nunca dejó de estarlo.

La doctora tomó un bote de gel y se lo mostró, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Estoy nerviosa —murmuró.

Aidan se inclinó hacia ella al instante y la besó en la frente.

—Yo también —admitió. Ella tuvo que reprimir la sorpresa—. Esto es... nuevo para mí.

Para los dos, ciertamente. Y dado a que estaban acostumbrados a la muerte y el dolor..., el futuro nacimiento de una nueva vida era una experiencia aterradora.

—No hay por qué estar nerviosos —intervino la doctora, con el lector en mano—. Todo saldrá bien.

Aidan confirmó con la cabeza. Hannah se limitó a suspirar. Ella tenía razón, en este momento no existía nada que temer. Aunque lo sabía, o más bien se esforzó para creerlo, no soltó la mano de Aidan. Esta no era la primera ecografía que le hacían, pero ella no terminaba de acostumbrarse a la sensación.

—Ahí vamos. —La doctora se centró en la pequeña pantalla en blanco y negro, con los ojos entrecerrados—. No te muevas, ¿vale? Quiero ver...

Hannah abrió la boca al oír el latido del corazón de su bebé. Siempre resultaba fascinante. Era un sonido hueco y fuerte, como un tamborcito. Apretando con más fuerza la mano de Aidan, tomó aire. Esto era mágico y emocionante, hermoso. La doctora dijo algo, ella lo ignoró. La mancha borrosa que se movía había capturado su atención por completo. «Soy madre». El pensamiento trajo lágrimas a sus ojos. «Mamá, papá, Megan..., soy madre. ¿Pueden verlo?». Deseó, con toda su alma, que sí. Que pudieran ver desde el cielo, la mujer feliz en la que se había convertido.

Una que, después de haber vivido en el infierno, no se dejó contaminar por el odio y pudo hallar su propio camino.

—Es grande, pero bueno dado sus genes... —La doctora les ofreció una sonrisa juguetona—. ¿Cuánto mide, señor McLaughlin?

Aidan no separó la mirada de la pantalla al responderle:

—Un metro noventa y dos. Un poco más con botas.

Ella silbó.

—*Síp*. Grande. Bueno, pero estamos aquí para saber su sexo, ¿verdad? —rió por lo bajo—. Me complace informarles que es un sano y muy, *muy enorme* niño.

Tragó con fuerza su propia saliva. Tenía un nudo en la garganta y emociones confusas arremolinándose en su interior. Deseaba reír y llorar, dar gritos y bailar. Todo junto. Quiso hablar, incluso separó los labios, nada le salió. Pasaron uno, dos, tres minutos en completo silencio.

Hannah se giró para mirarlo. Aidan continuaba con los ojos puestos en la pantalla. Frío, serio, distante. Perdido en su propio mundo en el que no parecía querer dejar entrar a ninguna de las dos, en especial a ella.

La doctora se excusó, dejándolos solos. Y Hannah continuó esperando alguna reacción de su parte. No la hubo.

—¿A... Aidan?

Silencio. Él siguió observando la figura de su hijo, que parecía ondular. Hannah tuvo un mal presentimiento. Angustia. ¿Por qué no estaba celebrándolo? Desde que supo sobre su embarazo, él estuvo diciéndole que su bebé sería un niño. Uno pelinegro y alto, ¿por qué ahora solo parecía estarse

lamentando en su interior? No tenía sentido.

—Cariño..., ¿qué está mal?

Él parpadeó saliendo de su ensoñación. Y la vio a ella, esta vez, con sus ojos azules muy abiertos. Entonces, cuando Hannah pensó en volver a preguntarle qué sucedía, un par de lágrimas brotaron y le recorrieron las mejillas. Aidan escondió el rostro entre las manos y comenzó a llorar. En silencio, inmóvil, con el cabello largo y oscuro cubriéndolo, sollozó frente a ella sin ningún tipo de arrogancia o vergüenza.

Hannah se paralizó ante la visión de Aidan rompiéndose en pedazos, por la emoción de la noticia. Como un niño pequeño, él se estremeció ligeramente y ahogó un gemido.

—Cariño...

Después de un rato, Aidan levantó la cabeza y le ofreció una sonrisa radiante. No era la comisura alzada del labio ni un gesto orgulloso; sino una amplia sonrisa verdadera. Feliz.

—E-es... —Tragó duro—... es un niño. Tendremos un niño. —Su voz se quebró—. Es grande y está sano y... es un niño.

En ese instante, ella entendió el porqué de su llanto: Eirian. Su hijo no nacido. El recuerdo debió de haberlo alterado, hiriéndolo como de costumbre. Se preguntó si alguna vez se perdonaría por ello.

Secando sus propias lágrimas, Hannah asintió sonriéndole.

—Sí, es un niño. *Enorme*, como tú.

Aidan se limpió las mejillas.

—Mi padre y hermano eran altos también.

Hannah se mordió la comisura del labio. «Te amo, Aidan», pensó. Y mientras lo veía pegar la mejilla a su vientre abultado sin importar que estuviera lleno de gel, para hablarle a su hijo, ella tuvo una idea.

—Cariño.

Desde abajo, Aidan volvió a sonreírle.

—Dime.

—Ya sé qué nombre ponerle.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

No vaciló. Quería darle esto ahora, una especie de cierre para los dos. Porque sabía lo mucho que significaban esos nombres para él, las personas que los llevaron en algún momento. Las vidas y muertes que lo convirtieron en el hombre estoico e inclemente que conoció, el mismo que, sin embargo, era dulce y suave. Que estaba lleno de miedos y culpa, pero que pudo abrirle el corazón a ella, una huérfana por la que jamás debió preocuparse. Estaba bien de este modo. De cierta forma, ella también lo necesitaba.

Tenía que admitirlo, este bebé llegaba en el momento adecuado a sus vidas. La brillante y hermosa lluvia que necesitaban sus corazones que apenas sanaban las heridas del pasado.

De igual modo, le rendirían honores al chico de dieciséis años que se entregó a sí mismo por su querido hermano pequeño. Glaw Kenneth McLaughlin se merecía esto y más. Porque gracias a él, ambos tenían una vida, un futuro al cual caminar tomados de las manos.

—Glaw Eirian.

Él se enderezó como empujado por su resorte y la miró confuso.

—¿Estás segura?

—Completamente.

En ese instante, fue él quien titubeó.

—Gracias.

Abrió la boca para responder, Aidan la calló con un beso.

Glaw Eirian McLaughlin. Ese, sin dudas, era un nombre maravilloso.

Aidan y su grupo caminaron a lo largo del pasillo, siendo escoltados por los siete líderes de los siete Círculos restantes y sus respectivas Manos Derechas. Con el cabello completamente suelto, cayéndole sobre los hombros

y espalda; vestido con una gabardina de cuero roja y unos pantalones negros y ajustados, él miró a todas las personas reunidas en el lugar. El silencio los envolvió como un manto. Podía sentirse la tensión, el odio, la furia...

Desde una esquina, Byron lo miró sonriéndole. Aidan asintió, indicándole que fuera por Markus. Eso hizo.

—El Infierno está reservado solo para los pecadores. —Leo los barrió con la mirada.

—¡De los cuales yo soy el peor! —gritaron al unísono.

Leo se lamió los labios.

—Hoy, nos hemos reunido aquí para dictar un veredicto sobre los crímenes cometidos por uno de nuestros miembros —continuó—: Markus William O'Connell. Se le acusa de traición, asesinato, tortura, violación, trata de blancas, tráfico de drogas y extorsión.

Hubo una ola de «oh», «ah» y «traidor» en el momento en que Byron pateó a Markus hacia el centro. Completamente desnudo, como el gemelo de Hannah tuvo que estarlo alguna vez, vulnerable y avergonzado. Estaba lleno de moretones, había sido un poco difícil controlar a Zhenya y a varios miembros que descargaron toda su ira en él.

Aidan se puso de pie y lo miró desde arriba, indiferente.

—Antes de recibir tu sentencia, ¿tienes algo que agregar? —preguntó.

Markus escupió hacia él.

—¡Jódete! —Casi gruñó—. ¡Sin mí no serías nada! ¡Nada! ¡Yo te di todo!

Aidan recorrió con la mirada a los líderes de Círculos. Markus había sido juzgado la semana anterior. En vista de que ningún miembro de Infernum quiso abogar por él, tuvo que hacerlo solo. Las pruebas fueron contundentes: él era responsable por las muertes de más de cien miembros y otros crímenes. Ahora, solo restaba ponerle un fin a toda esta locura de una vez por todas.

—¿Tienen un veredicto?

—Sí, señor. —Pesadilla, el líder del Primer Círculo, dio un paso al frente—. Lo tenemos.

Aidan asintió, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Y cuál es?

Pesadilla respiró hondo antes de hablar.

—Culpable, señor.

Demencia, el jefe del Segundo Círculo, también dio un paso al frente.

—Culpable —dijo.

—¡Culpable! —Samael, del Tercer Círculo, escupió la palabra con odio.

Uno tras otro, declararon lo mismo. Markus O'Connell merecía la muerte. La misma que había estipulado su padre, cuando fundó Infernum, para los traidores; pero no cualquier tipo de ellos. Él había roto cada una de las normas de la organización y, fuera de eso, destruido a su propia familia y causado las muertes de miembros valiosos. Un pecado sin absolución. Tenía que arder, como el maldito enfermo que era.

Aidan deslizó la lengua por sus labios, lenta, muy lentamente.

—Markus William O'Connell —habló, con voz firme—. Has sido juzgado y hallado culpable, por tanto se demanda tu sangre. Tu *vida*. —Movié la cabeza hacia Leo—. Minino, juega con él.

Leo rió frenético, como un mal villano de televisión. Markus chilló, arrastrándose hacia atrás como el patético cobarde que era. Pesadilla lo empujó hacia el frente. Las reglas eran claras: los traidores no merecían piedad. Y de los que hubo alguna vez en Infernum, él era el peor de todos.

Basura como esta, no podía continuar en las calles.

Aidan miró complacido cómo Leo se lanzaba contra Markus, como un felino sobre su presa. El indefenso cervatillo. Ahora él sabría lo que se sentía ser acorralado y perseguido sin piedad. Markus trató de correr, Leo lo detuvo derribándolo con una patada, lo aprisionó entre sus piernas y tomó su cuchillo de cazador.

Oh, mierda. Nada bueno sucedía cuando Leo sacaba a su precioso Sufrimiento a pasear.

Aidan estuvo tentado a sentir lástima por él, el rostro golpeado de Hannah y las historias de Ian no se lo permitieron. Tampoco la muerte de Shurik y las lágrimas de Zhenya, ni los niños huérfanos que Infernum estaba entrenando. El

hijo de perra merecía esto y más.

Lentamente los gritos agónicos de Markus fueron llenando el Gran Salón del Infierno. Esto estaba bien. Leo golpeaba, cortaba y rasgaba con inusual frenesí, descargando toda su furia en él. Ah, mierda, era aterrador cuando no se controlaba a sí mismo. El olor metálico de la sangre lo inundó todo de inmediato, y los chillidos de Markus se volvieron amortiguados.

—¡Basta! —ordenó.

Con un bufido, Leo se detuvo y lo miró enojado.

—*Babbo*, ¿qué es esto? Apenas comenzaba.

Aidan decidió ignorarlo.

—¡Círculos, ejecuten al traidor!

Asintiendo, Pesadilla levantó su arma cargada y disparó. Fue seguido por cada líder, hasta que el turno de Zhenya llegó. Aidan le había concedido el último, como ofrenda de paz. Ahora, Chernobog portaba el título de su padre y ocupaba su puesto. Aidan pudo ver el odio y el dolor bailando en su rostro. Respirando profundo, él le disparó en la cabeza.

—¡*Govnyuk!* —Escupió el cadáver de Markus.

Aidan le dio un vistazo al cuerpo de Markus. «Arde en el infierno, maldito hijo de perra». Inhaló cuanto aire pudo y se dirigió a los presentes. Él se había hecho una promesa tan pronto como supo el sexo de su bebé. Nadie, nunca más, tendría que atravesar lo que Markus los forzó a pasar. No mientras él estuviera vivo.

—Número uno: Por tu vida y honor, nunca le harás daño a un inocente —dijo—. El Infierno está reservado *solo* para los pecadores, de los cuales tú eres el peor.

Hubo murmullos. Mientras se veían unos a otros, la incertidumbre llenó el lugar. Aidan jamás se sintió tan nervioso. Ahora él estaba asumiendo el liderazgo total de Infernum, esta era una carga sobre los hombros que nadie quería llevar; pero no pudo resistirse cuando los líderes de Círculos y Escuadrones se lo pidieron.

—Número dos: Nunca empeñes tu palabra, si no tienes pensado cumplir.  
Número tres: Perteneces a Infernum en cuerpo y alma. Abandonarnos *no* es una

opción. Número cuatro: La traición se castiga con muerte, una lenta y dolorosa... —rió por lo bajo—. Todos sabemos esa mierda, pero la verdad es que somos humanos; no máquinas asesinas. Incluso los más malditos de nosotros, tenemos sentimientos... en algún lugar.

Miró a Byron, quien le ofreció una de sus sonrisas que erizaban la piel de cualquiera, incluso la suya. Esto era verdad, tenía que admitirlo: había subestimado y juzgado mal a muchos de ellos. Hoy, sin embargo, sabía lo mucho que las apariencias engañaban.

—Llegué a Infernum a los diez años, luego de sobrevivir al asesinato de toda mi familia. No me arrepiento, amo jodidamente lo que hago y es todo lo que conozco; pero me habría gustado tener una infancia normal con una nueva familia. Ser un chico de diez años solamente...

Apretó los labios un momento, viendo a Nephthys. La alta y voluptuosa mujer afroamericana movió la cabeza, asintiendo. Como jefa del Séptimo Círculo, el único compuesto por mujeres, ella también se encargaba de los niños. No de cuidarlos y darles amor, sino de convertirlos en asesinos incapaces de sentir, como él lo fue.

—Nunca más Infernum adiestrará chicos menores de dieciséis. Nos encargaremos de reubicar con buenas familias a todos aquellos que lleguen a nuestras manos. ¿Entendido?

Alguien succionó aire, otra persona aplaudió.

—¡Sí, señor! —gritaron.

Genial. Miró a Samantha, que se hallaba de pie frente a su escuadrón y junto a Peter Larsson. Parecía feliz, incluso había ganado peso. Le quedaba bien. Con media sonrisa en los labios, Aidan le guiñó un ojo.

—Pueden irse en el momento en que deseen. No se los juzgará como desertores si mantienen a Infernum y todas sus actividades en secreto. —Samantha ahogó un grito, Peter la estrechó entre sus brazos—. Y pueden regresar cuando quieran. Muchas cosas van a cambiar, esto tan solo es el inicio. Pero por ahora, es todo.

Aidan apretó los párpados un momento mientras se sentaba en una silla antigua con forma de trono. Diana y Zhenya se posicionaron detrás de él, mientras que Leo lo hizo a su derecha. Abriendo los ojos, se apoyó en el

reposabrazos y cruzó las piernas. Había demasiados ojos viéndolos, personas esperando lo mejor y depositando toda su confianza en él. No les fallaría.

Porque puede que ahora fuera el nuevo jefe de Infernum, pero él jamás dejaría de ser el líder del Noveno Círculo.

El Colmillo del Diablo.

## EPÍLOGO

Aidan deslizó el dorso de la mano por la sonrosada mejilla regordeta de Glaw. Era un niño hermoso, una parte suya y de Hannah, que recién había cumplido dos años. Increíble el modo en que el tiempo pasa cuando eres padre: un día tienes a un bebé pequeñito en brazos, que depende enteramente de ti; y al otro... un niño al que debes perseguir para ponerle los pantalones.

Pero era lo correcto. El curso inevitable de las cosas. El ciclo de la vida.

Glaw entreabrió sus grandes ojos azules y se llevó el pulgar a la boca. Aidan sonrió peinándole los ondulados cabellos castaños.

«Lo estoy haciendo bien ahora, hermano, ¿puedes verlo?». Deseó que sí. Porque, después de años de amargura y sufrimiento, él había hallado esperanza en un par de ojos cafés claros, que lo miraron con dulzura desde la primera vez. Y puede que su relación con Hannah no fuera moralmente correcta o que desafiara todo eso en lo que un día creyó, pero ahora no le importaba. Ambos eran felices teniéndose uno al otro, amándose sin importar lo que las personas pudieran decir. Después de todo, ¿quién podría juzgarlos? Tan solo eran un par de almas rotas que se encontraron en un camino lleno de espinas y decidieron atravesarlo juntos, apoyándose.

Tan solo eso.

«Incluso encontré a tu hija. Ella es hermosa». Le había tomado tiempo. Un extenso y muy doloroso año de investigación, luego de leer los diarios de Glaw y la carta que escribió para él un día antes de su asesinato, explicándole sus motivos para huir de casa: él iba a ser padre. Logan lo sabía e intentó separarlo de su novia, pero Glaw había tomado la decisión correcta.

Aidan miró de nuevo a su pequeño hijo. Él habría reaccionado igual si su padre hubiera intentado alejarlo de él y de su esposa. Lástima que Glaw no vivió lo suficiente para conocer a la pequeña Glynis; no tan pequeña ahora. Con casi la misma edad de Hannah, ella era toda una mujer. Había llorado la primera vez que la vio: con sus ojos azul intenso y cabello oscuro, ella era una réplica exacta de su padre. Más femenina y menos alta que Glaw, Glynis era

una mujer hermosa y con un alma tierna que lo recibió desde el principio. Ahora ellos estaban conociéndose, intentando recuperar el tiempo perdido.

Aún eso Markus se lo había quitado. El hijo de puta supo siempre sobre la existencia de su sobrina. Él había amenazado de muerte a Bonnie, la novia de Glaw, cuando ella trató de adoptarlo luego de la masacre familiar. Todavía peor, él fue el causante de ella. Aidan llegó a la terrible confusión después de terminar de leer los diarios de su hermano y atar los cabos sueltos: su padre perteneció a Infernum y cuando no quiso hacer trabajos ilegales, Markus envió a sus matones por él. El descubrimiento lo había sumido en una profunda depresión de la que logró salir gracias a Hannah. Ahora, él solo podía mirar hacia adelante y abrazar su futuro, convertirse en un líder intachable dentro de la organización y continuar con el trabajo que inició Mathew O'Connell.

Hacer del mundo un lugar mejor, aunque solo se tratase de un grano de arena en el desierto.

Su hijo rió entre sueños, abrazando su conejito de peluche y Aidan se limpió las lágrimas que le mojaban las mejillas.

—Duerme bien—murmuró antes de besar la pequeña cabeza de Glaw y se dirigió hacia su propio dormitorio.

Esta era su noche libre, después de tanto trabajo en la corte e Infernum. Las cosas estaban marchando bien. Ahora la organización trabajaba con un reducido grupo de miembros de la Fuerza Élite, que eran liderados por Peter. Poco a poco New Jericho estaba saliendo de la oscuridad. Tomaría años, más de una vida quizá, hacer del país un lugar seguro; pero iban a lograrlo. Él tenía fe en sí mismo y sus hombres.

Abrió la puerta y se encontró con Hannah, que se había dormido esperándolo. Ella también estaba haciendo lo suyo. Él no tenía idea de cómo, pero había logrado balancear su profesión con su vida personal. Ella era capaz de hornear miles de postres, cuidar de Glaw y ser la mejor esposa del mundo a la vez. No dudaba que pronto tuviera su tan anhelado espacio en Foot Network. Como Martha Stewart o algo así.

Miró su anillo de matrimonio, ¿quién iba a decirlo? Él no, por superpuesto. Siempre le temió a la estabilidad y el amor, a ser feliz; a perderlo, y ahora lo tenía todo y más.

Estaba completo.

En medio de la tenue luz de la lámpara que estaba sobre la cómoda, él se acercó para besarla en los labios. Ella parpadeó una, dos, tres veces... y le ofreció una sonrisa.

—Hola.

—Hola. Te dejé esperando, lo siento.

Ella negó.

—¿Glaw al fin se durmió?

Aidan exhaló cansado.

—Después de leerle esa mierda de *Los tres cerditos* cuatro veces y soplar como un idiota. Recuérdame, ¿por qué no lo he quemado?

Ella rió por lo bajo.

—¿Por qué tu hijo lloraría hasta hacerte correr a la librería por otro? Eres un padre muy sensible.

—Sensibles mis bolas.

Ella le puso los ojos en blanco.

—No soportas verlo llorar.

Aidan se burló.

—Cariño, soy el Colmillo del Diablo, puedo con el llanto de mi hijo.

—Creo que dijiste lo mismo cuando traté de hacerlo dormir solo.

Aidan sonrió ante el recuerdo. Ah, demonios, sí, lo admitía: era un sentimental de mierda y un padre sobreprotector que no permitió que su único hijo durmiera en otra habitación hasta después de haber cumplido un año y medio. Que lo demandaran.

Aunque tal vez debió haber hecho caso cuando le dijeron que sería el infierno a esas alturas.

Se quitó la camisa y los pantalones antes de meterse a la cama. Rodeando a Hannah con sus brazos, la besó en el cuello.

—Deberíamos hacer otro. Nos salen malditamente listos y atractivos.

Hannah volvió a reírse, asintiendo.

—El próximo año.

Durante un momento, Aidan no respondió. Él pocas veces había pensado en el futuro. Nunca tuvo motivos, podría morir, ¿qué sentido tenía? Pero ahora era todo lo que podía hacer, al igual que ella. Ambos estaba haciendo planes: vacaciones, viajes, la educación de Glaw..., incluso un nuevo bebé. «El próximo año». Acarició las palabras mentalmente. Esperaría ansioso por ello.

—¿Cariño?

La voz de Hannah se metió en sus pensamientos. Girándose hasta quedar frente a frente, ella lo miró a los ojos.

—Gracias.

Hannah le frunció el ceño.

—¿Por qué?

La besó en la nariz antes de juntar su frente a la de ella. ¿Por dónde empezar? Cada año que pasaron juntos, desde que su equipo y él la salvaron de Mauricio le volvió a la mente. Sin darse cuenta, Hannah sacó a la luz su mejor parte, haciéndole festejar cumpleaños y Navidades, despertando su instinto protector y hasta los celos. Cada día, paso a paso, ella lo empujó al borde y cuando cayó, le hizo darse cuenta de que no era tan malo como parecía. El amor no era doloroso ni una pérdida de tiempo.

Que incluso alguien como él podía llegar a ser feliz.

Se decidió por la verdad:

—Todo. Compañía, amistad, amor... Mi hijo. Somos una familia y eso no habría pasado de no ser por ti, porque trataste de irte y yo tuve miedo de perderte.

—¿Tenías miedo?

Asintió despacio.

—Imaginate con Zhenya me molestaba, pero al final solo tenía miedo de no volver a verte.

Ella le retiró el cabello de la cara.

—Nunca vas a perdernos, Dan. Nunca.

Asintiendo, él alargó la mano hacia la lámpara y la apagó. En medio de la oscuridad, se besaron. Ya no había temores absurdos, remordimientos ni nada que lo atormentase. Nunca más. Porque no estaba solo y no lo estaría de nuevo.

Jamás.

—Te amo, Hannah...

Finalmente, la única verdad era esta: incluso el Colmillo, *sin corazón*, del Diablo podía amar.

***FIN***

## NOTA DEL AUTOR

Ante todo, permítame agradecerte por haber adquirido este libro. De todo corazón, ¡mil gracias! No sabes lo mucho que significa para mí, como autora.

Me gustaría pedirte un favor: si te ha gustado, deja tu puntuación y comentarios en Amazon, como apoyo, para que así más personas puedan llegar a esta historia. Si lo haces, yo te estaré eternamente agradecida.

Por otro lado, te invito a esperar el siguiente libro de la serie: *La Bestia*. Aún no cuenta con una portada, sin embargo, esta es la sinopsis:

*«Si llamas al demonio, no te asombres al verlo llegar.»*

Leonardo Squitieri ha caminado toda su vida por el infierno. Nacido en cautividad y después de haber sido prostituido durante años, él no conoce nada más que la absoluta miseria y el dolor. Porque las personas como él no merecen nada más.

Luego de haber sido rescatado por Infernum, una organización no gubernamental que toma el papel de juez y verdugo en New Jericho, él fue entrenado para convertirse en un asesino a sangre fría. Un vengador encargado deshacerse de los criminales con tanta crueldad como le sea posible. Porque... personas como esas no merecen nada más.

Conocido como Bestia, él solo vive para una cosa: venganza disfrazada de justicia. La misma por la que rogó y nunca tuvo. Y no descansará hasta obtenerla sin importar el costo. Sin embargo, después de una misión fallida en la que su jefe y mejor amigo decide tomar a una huérfana bajo su cuidado, Leonardo sabe que las cosas se pondrán complicadas. No solo porque Aidan es un hijo de puta despiadado que probablemente terminará matándola, sino porque él mismo no puede mantener los ojos fuera de la única amiga de la chica. Miyuki es desesperante y ruidosa como el infierno, y consigue sacarlo de su piel con más facilidad que cualquiera. ¿El problema? Ella tiene dieciséis y acercársele significaría romper una de las reglas más importantes de Infernum.

Pero cuando el pasado de Miyuki vuelve sobre ella, Leonardo deberá tomar la decisión más importante de su vida. ¿Traicionar a la única familia que ha conocido o abrir su corazón al amor?»

Estoy trabajando en él. ¡Pronto estará disponible!

Bueno, sin más me despido.

Mil gracias por tu atención.

*Lorena.*

## SOBRE EL AUTOR



«Soy una escritora de romance, curiosa y soñadora.

Amo a Dios, sobre todas las cosas, y a mi familia; además de la buena comida, los libros, el anime, los cómics y el *Symphonic Black Metal*. ¡Oh!, y por supuesto, escribir.

Mi debilidad son los chicos altos, tatuados, musculosos y de cabello largo, pero eso..., bueno..., imagino que ya lo habrás notado».

Lorena R. Jeffers, mejor conocida como *Tsuki*, es una escritora que tuvo sus inicios en la reconocida comunidad de lectores y escritores, *Wattpad*, en donde publicaba *fanfiction* de sus series, libros y cómics favoritos. Más tarde, se atrevió a sacar a la luz obras originales y pequeños devocionales que fueron recibidas con buenas críticas por el público. Uno de ellos es «Volver a empezar», una hermosa novela romántica que nos recuerda que siempre es posible salir adelante a pesar del dolor que lleguemos a sentir en determinado momento...

Si quieres saber más sobre Lorena y sus próximos proyectos, visita:

<https://www.wattpad.com/user/Tsukichan7>

---

[1] Papi.

[2] Bebé.

[3] Disfruta tu comida/buen apetito.

[4] Arma japonesa con forma de « tridente » .

[5] Expresión que puede ser traducida como « ¡genial! » .

[6] Encantador, maravilloso, espléndido. es aplicado mayormente a la apariencia, es utilizado más comúnmente por mujeres, pero puede ser aplicado a ambos géneros.

[7] Es una subcultura de origen japonés cuya actitud esteticista mezcla corrientes juveniles de libertad con la vestimenta de la aristocracia de los siglos pasados, principalmente las épocas del rococó, victoriana, ocasionalmente el barroco y la eduardiana.

[8] Es el sonido realizado por los japoneses cuando interpretan el *Akanbe*. Es un gesto de desprecio que se hace sacando la lengua y jalando el párpado inferior hacia abajo, lo realizan muy comúnmente las hermanas menores o las lolitas.

[9] Belleza.

[10] Pastelito.

[11] Después de ti, cariño.

[12] Amor.

[13] Chica sexi/chica linda.

[14] Sufijo de cortesía japonés para niños, mujeres jóvenes y mascotas.

[15] Es un movimiento estético surgido entre músicos japoneses a partir del rock japonés, mezclado con el glam rock, el heavy metal, el punk rock, post punk, el rock gótico y el deathrock en la década de 1980. «Visual kei» significa literalmente «estilo visual», y es esa la dirección a la que evolucionó la música rock japonesa, el uso de maquillaje, peinados muy elaborados, vestimenta llamativa, a menudo, asemejando una estética andrógina.

[16] En la mitología eslava es el **dios de los muertos, protector del ganado y del comercio**.

[17] El cine *splatter* o cine *gore* es un tipo de película de terror que se centra en lo visceral y la violencia gráfica extrema.

[18] Expresa una admiración hacia el talento o poder de alguien más, y puede ser mezclado con el sentimiento de terror. Puede ser explicado como algo entre «maravilloso» y «terrible». En este caso, Miyuki expresa admiración por Aidan.

[19] Gran bastardo.

[20] Mierda.

[21] ¿Entiendes?

[22] Buenas noches/ que descanses.

[23] El término lolita o nínfula se refiere a una niña o adolescente que no ha alcanzado la edad de consentimiento sexual y resulta muy atractiva sexualmente a los hombres mayores.

[24] Mariposa.

[25] El Viaje de Chihiro.

[26] Grupo japonés de black/doom cuyo sonido fusiona el black metal, el doom metal y el crust punk. Formado en Tokio en el 2003. Todos sus miembros son mujeres, lo que no es muy frecuente en este género.

[27] Vivian Slaughter (bajo y voz), Risa Reaper (batería y voz) y Mika Penetrator (guitarra y voz). Integrantes de Gallhammer. Mika abandonó la banda en septiembre de 2010.

[28] Hermosa.

[29] Mi niña.

[30] Ruso: ¿me entiendes?

[31] También conocido como «Demonio de libro».

[32] También conocido como «Apagadas están las luces», de Richard Laymon.

[33] *Sovietnik* o el Consejero., uno de los dos ayudantes del *Pakhan* de la *Bratva*.

[34] Una de las organizaciones criminales rusas. Mafia.

[35] Mitología eslava. Significa «El dios negro» y representaba el mal absoluto.

[36] ¡No!

[37] No te entiendo.

[38] Él quiere ver la mercancía primero.

[39] ¡No, no, no! Ese no era el trato

[40] Haz lo que quieras.

[41] Ya nos vamos.

[42] Hasta luego.

[43] Pequeño sol. Mi sol. Solecito.

[44] Rosas blancas.

[45] Te quiero. Te amo.

[46] Whisky escocés, está hecho principalmente de cebada.

[47] Princesa.

[48] ¡Hijo de puta! ¡Voy a matarlo!

[49] La señora.

[50] Buenos días. Con el señor McLaughlin, por favor.

[51] Disculpe.

[52] La señorita.

[53] Hasta luego.

[54] ¡Vete a la mierda!, ¡Al diablo!, ¡Maldito seas!

[55] Mi amor.

[56] Es un pan dulce galés, preparado con levadura, enriquecida con frutos secos, pasas y cáscara de

naranja o de manzana. Tradicionalmente, se le considera patrimonio cultural.

[57] Guiso o sopa tradicional galesa que se prepara con cordero, carnero, ternera o cerdo, puerros, zanahorias, patatas, apio, cebollas y nabos.

[58] Literalmente significa pervertido, pero también es un género de Anime que se caracteriza por su contenido pornográfico.

[59] Mi corazón.

[60] Te amo.

[61] Quiero estar siempre contigo.

[62] Pastelito.

[63] Papá.

[64] Bastardo.

[65] Te amo con todo mi corazón, Yevgeniy.

[66] Yo también te amo, papá.

[67] ¿Qué estás haciendo, Vadim?

[68] Me deshago de los traidores.

[69] No somos traidores, lameculos.

[70] Me la suda.

[71] No te atrevas a gritarle de nuevo.

[72] ¡Ahora sí voy a matarlo! ¡Lo haré sangrar! ¡Maldito hijo de puta!

[73] ¡Que te jodan! ¡Que se calme tu culo! ¡Mi padre murió por su culpa!

[74] No lo lograrás de este modo, tienes que sanar primero.

[75] Siglas para **B**ondage y **D**isciplina; **D**ominación y **S**umisión; **S**adismo y **M**asochismo.

[76] Papa. Patata.

[77] Chupa mi polla.

[78] Mira lo que tenemos aquí: niños lindos para la cena. ¿Cómo estás, Z? Y tus heridas, ¿ya han sanado?

[79] ¡Voy a matarte, maldito bastardo!

[80] ¡Me bañaré en tu sangre, Vadim!

[81] Mío.

[82] Oh, papi, te amo.